

DRIOUX
CURSO DE HISTORIA UNIVERSAL

Historia
DE
LA EDAD MEDIA

SEGUNDA PARTE

LIBRERÍA DE LA V^{ta} DE CHAUCURET

PARIS

MÉXICO

DRIOLUX

HISTORIA

DE LA

EDAD MEDIA

X 2

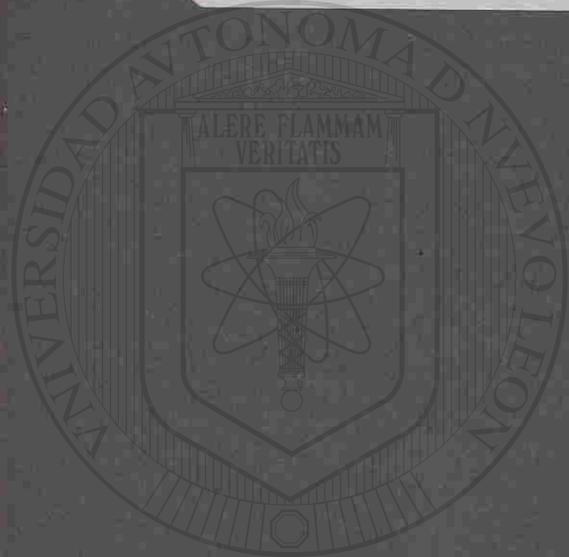
D116

D7

v. 2



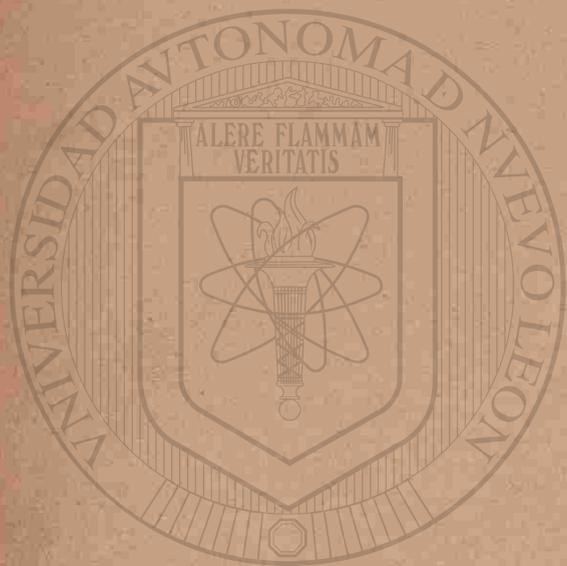
1080012235



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA

DE LA EDAD MEDIA

PRINCIPIO DE LA MODERNA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NUEVO CURSO DE HISTORIA UNIVERSAL

ALERE FLAMMAM
VER
Por el Abate DRIOUX

7 TOMOS EN 12

- I. Historia antigua de Oriente
- II. — de Grecia.
- III. — romana.
- IV. — de la Edad media, desde el siglo V hasta el final del XIII.
- V. — de la Edad media y principio de la moderna, desde fines del siglo XIII hasta los comienzos del XVII.
- VI. — de la Edad Moderna, desde 1610 hasta 1789.
- VII. — contemporánea, desde 1789 hasta nuestros días.

8239-87. — Paris, Imprenta de Ch. Bouret, 23, rue Visconti.

HISTORIA
DE LA EDAD MEDIA

Y
PRINCIPIO DE LA MODERNA

DESDE FINES DEL SIGLO XIII HASTA LOS
COMIENZOS DEL XVII

ESCRITA

Con arreglo á los programas de la Universidad de Francia

POR

El Abate DRIOUX

CABALLERO DE LA LEGIÓN DE HONOR
VICARIO GENERAL Y CANÓNIGO HONORARIO DE LANGRES
DOCTOR EN TEOLOGÍA
PROFESOR QUE HA SIDO DE HISTORIA Y DE RETÓRICA
MIEMBRO DE LA SOCIEDAD LITERARIA
DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE LOVAINA

NUEVA EDICIÓN

enteramente refundida



LIBRERÍA DE CH. BOURET

PARÍS
23, rue Visconti, 23

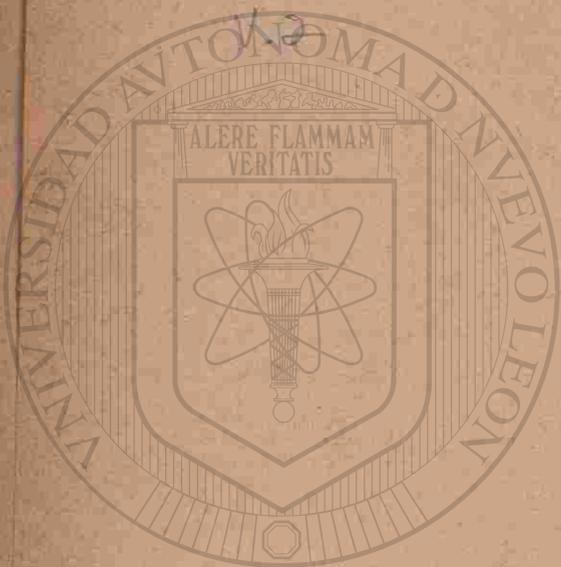
MÉJICO
14, Cinco de Mayo, 14

1888

Propiedad del editor.

D116

D7



FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS

156747

HISTORIA

DE LA

EDAD MEDIA

Y PRINCIPIO DE LA MODERNA

DESDE

FINES DEL SIGLO XIII HASTA LOS COMIENZOS DEL XVII.

(1270-1610).

CAPÍTULO PRIMERO.

GEOGRAFÍA POLÍTICA DE EUROPA EN 1270.

Durante los siglos doce y trece, los diversos Estados experimentan cambios escasos; pero las divisiones políticas y administrativas de cada reino se modifican mucho. Daremos á conocer aquí esas modificaciones interiores, describiendo sucesivamente la situación de Francia, de las Islas Británicas, España, Italia, Alemania, los Estados escandinavos, los Estados eslavos y el Imperio griego de Bizancio.

§ I. — De la Francia.

En Francia tenemos que poner de manifiesto el desarrollo del dominio real, los cambios ocurridos en los grandes feudos, el establecimiento de los patrimonios, y las posesiones de los príncipes extranjeros.

Desarrollo del dominio real. — El dominio real, que por de pronto se limitó á la Isla de Francia, aumentó constantemente bajo los sucesores de Hugo Capeto. Felipe I reunió á la corona el condado del *Gâtinais*, que fué cedido al rey de Francia por el conde de Anjou, Fulques el Melancólico, en 1069; el *Vexino francés*, que volvió á la corona por muerte de su último conde (1082), y el vizcondado de *Bourges*, que el rey compró al conde Eudes Arpino, que partía para la cruzada (1100). Al morir este príncipe en 1108, el do-

minio real comprendía, pues, los condados de Paris, de Melun, de Etampes, de Orleans, de Dreux, de Sens, del Vexino y el vizcondado de Bourges.

Para no recordar aquí las anexiones que sólo fueron temporales, diremos que al extinguirse la rama directa de los Capetos, el dominio real había absorbido:

El condado de Corbeil, arrebatado por Luis el Gordo al señor de Puiset en Beauce.....	1112
El señorío de Monthery, por desherencia.....	1118
El condado del Vexino francés.....	1123
La tierra de Montargis, por cesión.....	1184
Los condados de Vermandois y de Amiens, también por cesión.....	1185
El condado de Meulan, por desherencia.....	1204
Los condados de Uzès, de Viviers, del Velay y del Gavaudan, por tratado.....	1229
Los condados de Carcasona, de Beziers, de Agde, de Nîmes, y de Albí, por cesión.....	1247
El condado de Chartres, por compra.....	1286
El señorío de Beaugency, también por compra.....	1302
La ciudad y condado de Lyon, que antes pertenecían á los obispos de esa ciudad.....	1309

Cambios ocurridos en los grandes feudos. —

El ducado de Normandía y el condado de Anjou, que señalamos entre los grandes feudos situados al norte del Loira, habían sido destruidos en las guerras de Felipe Augusto contra Juan sin Tierra. Esas dos provincias fueron reunidas á la corona en 1204, pero se las separó de ella casi inmediatamente para ser dadas en patrimonio. El condado de Flandes había perdido fuerzas al quedarse sin Arras, Bapaume, Aire, Hesdin, Lens, Saint-Omer y al renunciar al pleito-homenaje de Boulogne, Guines, Saint-Pol y Ardres. El conde de Champaña había vendido á San Luis en 1234 los condados de Blois, de Sancerre, de Chartres y el vizcondado de Chateaudun. La Bretaña, erigida en ducado pairía en 1297, poseía los condados de Penthièvre, de Guingamp y de León, y fuera de esos límites, el condado de Montfort, el vizcondado de Limoges, la Fere y Brie-Comte-Roberto. Ese país había caído, lo mismo que la Borgña, en poder de una rama de segundones de la casa de Francia.

Al sur del Loira, el condado de Tolosa, uno de los mayores poderes feudales, había sido destruido por

efecto de la guerra de los albigenses; los ducados de Aquitania y de Gascuña, tan célebres en otra época, estaban entonces desprovistos de importancia, y el condado de Barcelona no pertenecía ya á Francia. Esta fué precisamente la única modificación que Francia experimentara entonces en sus límites generales.

De los patrimonios. — Esos antiguos señoríos fueron reemplazados por un feudalismo nuevo, que resultó del establecimiento de los *patrimonios, concesiones ó infantazgos*. Así se llamaban (1) las tierras que el rey de Francia concedía á sus hijos segundones, que no podían aspirar á la sucesión real. Primeramente se procedió de ese modo con las infantas de Francia; pero, á partir de Felipe Augusto, se decidió entregarles sólo dotes en dinero. Los hijos del rey recibían como patrimonio provincias enteras, bajo la condición de que esos feudos volverían al dominio de la corona, fuese al morir aquéllos, fuese al extinguirse la línea masculina directa. Á pesar de esa cláusula, tal costumbre desmembraba constantemente las posesiones regias, haciendo perder á la casa soberana el beneficio de sus nuevas adquisiciones. Y hasta surgieron de ese modo principados más peligrosos para la monarquía que el antiguo sistema feudal.

Luis VIII había dado á los hermanos de San Luis dominios considerables. Roberto recibió el condado de Artois, Carlos el Maine, el Anjou y era conde de Provenza; Alfonso poseía el condado de Poitiers, una parte de la Auvernia y era conde de Tolosa. San Luis dió á su hijo Juan el Valois, á otro, Roberto, el condado de Clermont, y al tercero, Pedro, Alençon y la Percha.

De las tierras poseídas por príncipes extranjeros. — Varios príncipes extranjeros poseían importantes dominios en la Francia feudal. Después del repudio de la princesa Leonor por Luis VII, el rey de Inglaterra era mucho más poderoso que el de Francia en el continente. Felipe Augusto arrebató á Juan sin Tierra todas sus posesiones. San Luis devolvió á Enrique III partes de esas conquistas, cuya legitimidad le

(1) En francés *apanages*, de *apanace*, voz que en el bajo latín significaba *dar el pan*.

parecía dudosa; pero, después del tratado de 1259, el rey de Inglaterra sólo conservó el ducado de *Guiena* con sus dependencias, el *Aunis*, la *Saintonge*, el condado de *Perigord* y el vizcondado de *Limoges*. El rey de Aragón tenía derechos sobre el *Languedoc*, pero San Luis obtuvo su cesión por el tratado de Corbeil, de 1258. La rama lateral de la casa real de Castilla poseía desde 1252 el condado de *Aumale*, los baronesados de *Montgomery* y de *Noyelles*, el señorío de *Epernon*, etc. Por fin, el condado *Venaisino* y la mitad de *Aviñón* habían sido otorgados á la Santa Sede por Felipe el Atrevido, en cumplimiento de una de las cláusulas del tratado de Meaux, que puso término á la guerra de los albigenses.

§ II. — De las Islas Británicas.

De la Inglaterra. — Cuando los normandos se apoderaron de Inglaterra, establecieron en ese país el sistema feudal en todo su rigor. Toda la nación fué dividida en 60.215 feudos de caballeros. Guillermo se reservó 462 señoríos, con las principales ciudades y todos los grandes bosques, para formar con eso su patrimonio. Todos los demás feudos fueron distribuidos á los que lo siguieron en la empresa, y de ese modo recompensó á los señores y caballeros. Para fortalecer la autoridad real, exigió juramento de los vasallos principales y de los de segunda clase; y con objeto de estar seguro de la fidelidad de los sajones, cubrió de fortalezas el reino. El cargo de conde, hasta entonces vitalicio, fué declarado hereditario. Ese título confería tal poder, que sólo el de rey lo daba superior. Los que lo llevaban ejercían su influencia sobre los demás vasallos inmediatos, poseían vastos dominios propios, ejercían la jurisdicción real en sus provincias y eran de ese modo al mismo tiempo los oficiales del rey y los grandes vasallos de la corona. En Inglaterra y el país de Gales (1) se contaban entonces 52 condados ó *shires*, á saber:

(1) El condado de Gales fué conquistado más tarde por Eduardo I, de 1277 á 1284.

DIVISIÓN DE INGLATERRA EN CINCUENTA Y DOS CONDADOS CON SUS PRINCIPALES CIUDADES.

CONDADOS.	CIUDADES PRINCIPALES Y SITIOS CELEBRES.	CONDADOS.	CIUDADES PRINCIPALES Y SITIOS CELEBRES.
1.º — 23 al sur.			
Corawal.....	Falmouth.	Shrop.....	Shrewsbury.
Devon.....	Exeter.	Stafford.....	Stafford.
Dorset.....	Dorchester.	Warwick.....	Warwick, Kenilworth.
Somerset.....	Wels, Bath y Glastonbury.	Leicester.....	Leicester, Bosworth.
Wils.....	Salisbury, Clarendon.	Rutland.....	Stamford, Gockham.
Glocester.....	Glocester, Bristol.	Lincoln.....	Lincoln, Boston.
Oxford.....	Oxford, Banbury, Woodstock.	Nottingham.....	Nottingham.
Berkshire.....	Windsor, Runnymede.	Derby.....	Derby, Chesterfield.
Hampshire.....	Winchester, Portsmouth.	Chester.....	Chester.
Isla de Wight..	Newport.	3.º — 6 al norte.	
Sussex.....	Arundel, Lews, Hastings, Battle.	York.....	York, Richemont, Leeds.
Kent.....	Cantobery, Dover, Sandwich.	Lancaster.....	Lancaster, Preston.
Surrey.....	Guildford.	Westmoreland..	Kendal.
Middlesex.....	Londres.	Durham.....	Durham.
Buckingham.....	Buckingham, Aylesbury.	Cumberland....	Carlisle.
Bedford.....	Saint-Albans.	Northumberland	Newcastle, Banborough, Alnwich, Norham, Bedford.
Essex.....	Colchester, Coggeshale.	4.º — 12 en el país de Gales.	
Suffolk.....	Inswick.	Glamorgan.....	Tardiff, Landaff.
Northfolk.....	Norwich, Yarmouth.	Brecknok.....	Brecon.
Cambridge.....	Cambridge, Ely.	Caermarthen....	Caermarthen.
Bedford.....	Bedford.	Pembroke.....	Pembroke, St-David, Milford.
Huntingdon....	Huntingdon.	Cardigan.....	Cardigan.
Northampton..	Northampton.	Radnor.....	Radnor.
2.º — 12 en el centro.			
Monmouth.....	Monmouth, Car-León.	Montgomery....	Montgomery.
Hereford.....	Hereford.	Merioneth.....	Bala.
Worcester.....	Worcester, Evesham.	Caernarvon.....	Caernarvon, Snowdon, Bangor, Aberconway.
5.º — 12 en el norte.			
6.º — 12 en el este.			
7.º — 12 en el oeste.			
8.º — 12 en el sur.			
9.º — 12 en el centro.			
10.º — 12 en el centro.			
11.º — 12 en el centro.			
12.º — 12 en el centro.			
13.º — 12 en el centro.			
14.º — 12 en el centro.			
15.º — 12 en el centro.			
16.º — 12 en el centro.			
17.º — 12 en el centro.			
18.º — 12 en el centro.			
19.º — 12 en el centro.			
20.º — 12 en el centro.			
21.º — 12 en el centro.			
22.º — 12 en el centro.			
23.º — 12 en el centro.			
24.º — 12 en el centro.			
25.º — 12 en el centro.			
26.º — 12 en el centro.			
27.º — 12 en el centro.			
28.º — 12 en el centro.			
29.º — 12 en el centro.			
30.º — 12 en el centro.			
31.º — 12 en el centro.			
32.º — 12 en el centro.			
33.º — 12 en el centro.			
34.º — 12 en el centro.			
35.º — 12 en el centro.			
36.º — 12 en el centro.			
37.º — 12 en el centro.			
38.º — 12 en el centro.			
39.º — 12 en el centro.			
40.º — 12 en el centro.			
41.º — 12 en el centro.			
42.º — 12 en el centro.			
43.º — 12 en el centro.			
44.º — 12 en el centro.			
45.º — 12 en el centro.			
46.º — 12 en el centro.			
47.º — 12 en el centro.			
48.º — 12 en el centro.			
49.º — 12 en el centro.			
50.º — 12 en el centro.			
51.º — 12 en el centro.			
52.º — 12 en el centro.			

De la Escocia. — La Escocia había continuado siendo lo que en el siglo oncenno. La división política del reino era casi la misma, y sus ciudades habían conservado el mismo grado de importancia. Inglaterra pretendía ejercer sobre aquélla derechos de soberanía, pero los reyes de Escocia no reconocían esas pretensiones más que cuando se veían obligados á ello por la fuerza de las armas. El rey Alejandro III había com-

prado al rey de Noruega las islas de *Man* y las *Hébridas*; pero al morir ese príncipe debía estallar horrible anarquía, que estorbó los progresos y mejora de esa nación.

De la Irlanda. — La Irlanda había sido conquistada por Enrique II, exceptuando las montañas del Oeste y los distritos pantanosos del norte, donde se habían refugiado los indígenas. Pero esa conquista no dió sino mediocres resultados. Los reyes y los jefes de clanes mantuvieron bajo sus órdenes toda la población del centro y del norte, y reconocieron apenas la primacía de los normandos. *Dublin*, *Waterford*, *Limerick* y algunas ciudades marítimas de Leicester y de Munster eran casi las únicas posesiones de los ingleses en esa isla. Y aun puede añadirse que esas posesiones tuvieron más bien por dueños á los aventureros normandos, galos y gascones que allí se establecieron que al rey Enrique II y sus sucesores.

§ III. — De la España.

España seguía dividida en dos partes: la España cristiana y la musulmana.

De la España musulmana. — El rey de Castilla Fernando III había arrancado á los musulmanes sus ciudades más bellas. *Córdoba*, *Jaén* y *Sevilla*; Aragón había reconquistado sobre aquéllos el reino de *Valencia*, las islas *Baleares* y la provincia de *Murcia*, que compartió con Castilla; Portugal les había tomado *Lisboa* y los *Algarbes*. Ya sólo quedaba á los infieles el reino de Granada, contenido entre la cadena de las Alpujarras y el mar, y en el cual no entraban sino las regiones del sudeste de la Península. Sus poblaciones principales, después de Granada, su capital, eran *Málaga*, *Almería*, *Cádiz*, *Linares*, *Almuñécar* y *Gibraltar*. Su suelo era muy fértil y su población considerable. Todos los moros de Valencia, Jaén, Córdoba, Sevilla, y demás regiones conquistadas se refugiaron allí, y eso es lo que explica cómo pudieron resistir durante más de dos siglos á los enemigos que los rodeaban.

De la España cristiana. — En ésta se distinguían cuatro reinos: *Portugal*, *Castilla*, *Aragón* y *Navarra*.

1º. Portugal había alcanzado los límites que nunca habría de sobrepasar, comprendiendo la parte occidental de España que se halla entre la desembocadura del Miño y la del Guadiana. Reducido al principio á las provincias situadas entre el Miño y el Duero, comprendió, después de la victoria de Ourique, en 1139, las provincias de *Beira* y de *Extremadura*. Sancho I conquistó el *Alentejo*, en 1203, y Alfonso III sometió, medio siglo más tarde, el país de los *Algarbes*. *Lisboa* fué la capital del Portugal inmediatamente después de la conquista de Extremadura. Sus ciudades principales eran: *Braga* y *Oporto*, sobre el Duero; *Coimbra*, sobre el Mondego; *Santarem*, sobre el Tajo, y *Haro* en los Algarbes.

2º. El reino de *Castilla* comprendía los antiguos reinos de *León* y de *Asturias*, y se extendía por la parte norte hasta el océano Atlántico. Independientemente de Galicia, Asturias y el reino de León, poseía también *Castilla la Vieja* al norte, *Castilla la Nueva* en el centro y *Extremadura*, entre Portugal y Castilla la Nueva, *Andalucía*, que llegaba hasta los dos mares que reúne el estrecho de Gibraltar, y una parte de *Murcia*, al este del reino de Granada. Fernando III, Alfonso X y Sancho IV, habían añadido sucesivamente al reino todas esas provincias. Toledo seguía siendo capital del reino. Sus ciudades principales eran *Santiago*, en Galicia; *Oviedo*, en Asturias; *Bilbao*, en Vizcaya; *León*, *Valladolid* y *Salamanca*, en León; *Burgos*, *Soria* y *Segovia*, en Castilla la Vieja; *Toledo*, *Madrid* y *Sigüenza*, en Castilla la Nueva; *Badajoz*, en Extremadura; *Sevilla*, *Niebla*, *Cádiz*, *Córdoba* y *Jaén*, en Andalucía; y *Murcia*, en la provincia de ese nombre.

3º. El reino de *Aragón* al nordeste no había cesado en su engrandecimiento. *Zaragoza*, su capital, fué conquistada á los moros en 1118, y en 1151 se unió ese Estado al condado de *Barcelona*, que, á más de Cataluña, poseía como feudos los condados del *Rosellón*, de *Urgel*, *Ampurias*, *Confolens*, *Gerona*, y *Vich* ó *Ausona*. Jaime I añadió á eso el reino de Valencia y las *Baleares*, que conquistó, y el señorío de *Montpellier*, que recibió en herencia. También había ganado guerreando la provincia de Murcia, que cedió en su mayor parte á

Castilla, la cual quedó por eso encargada de la lucha contra los moros. El *Segura*, río que va al Mediterráneo, fué el límite entre las dos naciones. Las islas *Baleares* fueron erigidas en reino, tomando el nombre de *reino de Mallorca*. El condado de Montpellier fué vendido á Francia en 1349; pero el reino de Aragón se entendió en esa época en otro sentido, haciendo valer sus pretensiones á Sicilia y el reino de Nápoles.

4.º El reino de *Navarra* era sólo un pequeño Estado, desprovisto de importancia. Sus mejores provincias, *Vizcaya*, *Alava* y *Guipúzcoa* le habían sido arrebatadas. Los condes de Champaña llegaron á ser sus reyes, después de la muerte de Sancho VII, y con motivo del casamiento de Juana I.ª con Felipe el Hermoso, quedó Navarra unida á Francia en 1284. Esa posesión pasó á la casa de Evreux, por matrimonio de Juana, nieta de Luis el Testarudo, con el conde de Evreux (1328).

§ IV. — De la Italia.

Dividiremos lo que tenemos que decir sobre Italia en esa época en cinco partes: la *Lombardia*, las *Repúblicas marítimas*, el *condado de Saboya*, los *Estados de la Iglesia* y el *reino de las dos Sicilias*.

1.º **La Lombardia.** — En Italia el elemento feudal fué absorbido por los municipios, que formaron generalmente repúblicas particulares notables por su fuerza y civilización. Esas repúblicas desempeñaron papel importante en las luchas que Italia tuvo que sostener en favor de su independencia, contra el despotismo de los emperadores de Alemania, que tendían á someterla á servidumbre. Las más importantes de esas repúblicas eran, al norte del Po, *Verceil*, *Novara*, *Milán*, *Como*, *Bérgamo*, *Brescia*, *Lodi*, *Cremona*, *Mantua*, *Verona*, *Vicenza*, *Padua* y *Trevisa*. Al sur de dicho río se hallaban: *Asti*, *Alejandro*, *Tortona*, *Pavia*, *Plasencia*, *Parma*, *Reggio*, *Módena*, *Ferrara*, *Bolonia*, *Rávena*, *Rimini* y *Faenza*. Las grandes repúblicas de Toscana eran *Lucca*, *Pisa*, *Florenzia*, *Siena*, *Arezzo* y *Pistoja*.

Todas esas ciudades se dividían en dos partidos: las ciudades *guelfas*, que sostenían al papa y la independencia nacional de Italia, y las ciudades *gibelinas*, que eran

afectas á los emperadores de Alemania. Á menudo ocurrió, en esa larga lucha, que una ciudad pasó de un partido á otro, de modo que no es posible determinar de manera positiva cuáles eran las *guelfas*, y cuáles las *gibelinas*. Sin embargo, designaremos aquí á *Cremona*, *Génova*, *Como*, *Asti*, *Savona*, *Imola*, *Faenza*, *Rimini* y *Rávena* como generalmente afectas al emperador, mientras *Trevisa*, *Padua*, *Vicenza*, *Ferrara*, *Mantua*, *Bérgamo*, *Milán*, *Novara*, *Verceil*, *Alejandro*, *Plasencia*, *Parma*, *Reggio* y *Bolonia* sostuvieron á los papas.

Las repúblicas lombardas que combatieron tan generosamente por su independencia, no absorbieron sin embargo, aun en tiempo de su mayor poder, todo el sistema feudal. Muchos señores conservaron sus tierras, á título de ducado. Así fué con los *Gonzaga* en el Mantuano, los *Este* y los *Carrara* en el Paduano, los *Romano* y los *Camino* en el Trevisano y el Vicentino, los *Scala*, los *San Bonifacio* en el Veronesado, los *Corregio*, los *Pico de la Mirándola* los *Doria*, los *Grimaldi* y los *Spinola* en la Liguria, los *Malaspina* al noroeste de los Apeninos, etc., etc.

Después de la muerte de Federico II, como las ciudades lombardas no tuvieron ya que combatir contra el despotismo imperial, volvieron sus armas contra sí mismas y no tardaron en convertirse de unos cuantos ambiciosos. Los señores aprovecharon esa división para extender su autoridad particular, de modo que las repúblicas fueron reemplazadas en todas partes por señoríos.

Esa revolución se había realizado á fines del siglo XIII. Así, los *Eccelino*, que poseían la *marca de Verona*, extendían su dominación sobre *Padua*, *Vicenza*, *Trento*, *Bassano*, *Belluno* y *Trevisa*; el marqués de Este añadió *Módena* y *Reggio* á sus Estados, antes contenidos entre el Adigio y el Brenta; el señorío de *Milán* se hallaba en poder de los *Visconti*; el de *Mantua* se hallaba á punto de ser erigido en marquesado en favor de los *Gonzaga* (1328), y todas las antiguas repúblicas obedecían á señores particulares. Florenzia seguía ostentando el nombre de república, pero pronto debían sujetarlo á su ley los *Médicis*.

2.º Las repúblicas marítimas. — Sólo las repúblicas marítimas, *Venecia*, *Génova* y *Pisa* conservaron su primera forma de gobierno. — Venecia había colocado bajo su dependencia la *Istria* y la *Dalmacia*. En 1117, los húngaros le arrebataron esta última provincia, exceptuando á *Zara*, que le fué devuelta en 1202. Pero los cruzados la indemnizaron de esa pérdida abandonándole, después de la toma de Constantinopla, la *cuarta parte y media del imperio romano*. Sus posesiones se extendían entonces sobre las *islas Jónicas y Jónicas*, el *ducado de Gallipoli*, *Arcadiópolis*, *Mesinópolis*, *Heráclea* y *Rodosto* en Tracia, *Arta* y *Lepanto* en Epiro, *Patras*, *Corón* y *Modón* en Morea, la *isla de Candia* y parte de la *Eubea*. Diversos aventureros se establecieron en su nombre en *Candia*, *Corfú*, *Cefalonia*, *Zante*, *Naxos*, *Paros*, *Melos*, *Miconia*, *Sciros*, *Zea* y *Lemnos*, y explotaron en provecho suyo todas esas islas. Poseía tres de los ocho barrios de Constantinopla, en los cuales podía fundar establecimientos muy ventajosos para su comercio. Era dueña del Adriático y ningún bajel podía penetrar en ese mar sin pagarle tributo.

Génova se había hecho muy fuerte, gracias á sus victorias sobre los pisanos. Reinaba sobre todo el litoral que va de los Apeninos al mar, y había conquistado *Córcega*, la *isla de Elba* y parte de *Cerdeña*. Las cruzadas la enriquecieron, elevándola á la categoría de rival de Venecia. En Oriente poseía *Pera*, barrio de Constantinopla, *Cassa*, *Tana* ó *Azof*, *Esmirna*, *Scio*, *Metelin* y *Tenedos*, donde había fundado magníficos establecimientos de comercio. — La república de *Pisa* había llegado, por el contrario, á su período de decadencia, no poseyendo ya en la Cerdeña sino *Cagliari* é *Iglesias*, que le pertenecían en propiedad. Las demás partes de esa isla sólo reconocían nominalmente su soberanía. Por otra parte, los florentinos le habían arrebatado en el continente una porción de su patrimonio, de modo que ese Estado se veía reducido ya casi no más que á la ciudad de Pisa.

3.º Condado de Saboya. — Al este de la Lombardía formaba la Saboya un Estado muy poderoso, que comprendía á *Bugey* (Belley), la *Saboya* (Cham-

béry), el *Chablais* sobre la orilla izquierda del lago Lemán, parte del *Valais* y del país de *Vaud*, con los condados de *Mendón* y *Romonto*, el *ducado de Aosta*, el *marquesado de Suza* y el *principado del Piamonte*. El condado de *Niza* dependía entonces de la Provenza. Pero esos Estados del conde de Saboya fueron desmembrados hacia la mitad del siglo xiii quedando bajo la soberanía de Francia. Sólo volvieron á reunirse otra vez á principios del siglo xv, poco antes de la guerra de Italia.

4.º Estados del Papa. — El patrimonio de San Pedro había conservado en Italia la misma extensión. Pero en la *Romaña*, la *marca de Ancona*, y el *ducado de Espoleto* se habían visto surgir multitud de tiranuelos, que se apoderaron del gobierno de las ciudades, cubriéndose con el nombre del emperador en su hostilidad contra la Santa Sede. Así, *Rávena*, se hallaba sometida á los Polentani, *Rimini* á los Malatesti, *Bolonia*, *Urbino*, *Camerino*, *Imola* y *Faenza* á otros tiranos. En la campiña de Roma se encontraban, los Orsini en *Tibur*, los Colonna en *Prenesta*, los Frangipani hacia *Ancio*, etc. Á menudo esas familias penetraban en la misma Roma y sostenían allí sus bandos. Todo el patrimonio de San Pedro puede ser considerado, en consecuencia, como presentando un conjunto bastante confuso de potentados y señoríos, que vivían en perpetua rivalidad.

5.º Las Dos Sicilias. — El reino de las *Dos Sicilias*, formado por la Sicilia y la Italia meridional, obedecía á la casa de Anjou cuando las *Visperas sicilianas* vinieron de pronto á dividirlo en dos partes, el *reino de Nápoles* y el *reino de Sicilia* propiamente dicho (1282). El reino de Nápoles comprendía los *Abruzos*, la *tierra de Labore*, el *Principado*, la *Capitanata* y el *principado de Bari*. Sus poblaciones más importantes eran: *Aquila*, *Teramo*, *Chieti* y *Pescara* en los Abruzos; *Capua*, *Nápoles* y *Nola* en la Tierra de Labore; *Nocera*, *Sulerno*, *Amalfi* en el Principado; *Lucera*, *Manfredonia* en la Capitanata; *Bari*, en el principado de ese nombre y *Melfi* en la Basilicata.

El reino de *Sicilia*, que pasó á los aragoneses, comprendía, á más de la Sicilia, la *tierra de Otranto* y la

Calabria, en el continente, y las islas de *Malta*, de *Gerba* y de *Kerkini*, conquistadas por Roger de Lauria, un año después de las Visperas sicilianas. La capital de ese nuevo reino fué *Palermo*. Sus ciudades más importantes eran *Mesina*, *Siracusa* y *Catana* en Sicilia, *Reggio* y *Cosenza* en Calabria, *Otranto* en la tierra de ese nombre, etc.

§ V. — De la Alemania.

Límites generales del imperio. — En los siglos XII y XIII, Alemania había estado dividida, lo mismo que Italia, en dos casas rivales, la de los *Welf* (Güelfos) y la de los *Hohenstauffen* (Gibelinos). Los primeros poseían en Alemania el *ducado de Sajonia*, menos la marca de Brandeburgo, el *ducado de Baviera* y la parte de *Suavia* comprendida entre el Lech y el lago de Constanza. Los *Hohenstauffen* eran dueños de la mayor parte de *Suavia* y de *Franconia*, así como del *condado Palatino de Borgoña* (Franco Condado) y del *Voigtland* al sudoeste de la Turingia. Esas luchas debilitaron al imperio, y favorecieron á los reinos que procuraban recobrar su independencia. Así fué que Italia y el reino de *Arles* se libraron enteramente de la dominación imperial; *Hungría*, *Polonia* y *Dinarmarea* se negaron igualmente á reconocer su soberanía. Es cierto que en 1182 la *Pomerania* fué incorporada al imperio, y que las órdenes militares de los Teutones y de los Porta-Espadas, establecidas en *Prusia* y en *Livonia*, se declararon vasallas del emperador; pero esas adquisiciones no compensaban los pérdidas antes dichas.

De los cambios políticos que se efectuaron en el interior del imperio. — Al caer los *Hohenstauffen*, siguieron siendo los mismos los límites exteriores del imperio; pero su constitución interior experimentó profundos cambios; todos los antiguos ducados se transformaron. 1º. Del *ducado de Sajonia* salieron el *Margraviato de Brandeburgo*, el *ducado de Wittemberg*, el *landgraviato de Turingia* y multitud de señoríos y condados. El *Mecklenburgo* y el *ducado de Pomerania* se convirtieron en feudos inmediatos de

la corona. 2º. El *ducado de Baviera* perdió la Carintia, el Austria y la Stiria al caer los *Welf*. Pero al pasar de éstos á los *Wittelbach*, Baviera ganó el *palatinado del Rhin* (1227); ese condado se dividió después en dos, el *Palatinado* propiamente dicho y el *ducado del Rhin*.

3º. La *Suavia* vió salir de su ducado el *margraviato de Baden*, el *ducado de Wurtemberg*, y multitud de condados independientes.

4º. El *ducado de Franconia*, extinguido con la casa Sálica, formó los Estados del *conde palatino del Rhin*, del *landgrave de Hesse*, de los condes de *Nassau* y del obispo de *Wurtzburgo*.

5º. El *ducado de Lorena* se dividió en dos partes: la *Alta Lorena*, que perteneció á los condes de Alsacia, y la *Baja Lorena*, á los condes de Lovaina, que la administraron con el título de *condes del Brabante*. Los condes de *Holanda*, de *Zelanda*, *Frisia*, *Juliers*, *Cleves*, *Guelldres*, *Luxemburgo* sólo dependieron en adelante del emperador.

6º. La *Bohemia* formó un reino particular, cuyo soberano era uno de los siete electores.

De los electores. — La dignidad imperial era electiva, pero la designación del emperador dependía únicamente de siete electores, tres eclesiásticos y cuatro seculares. Los primeros eran los arzobispos de *Colonia*, *Maguncia* y *Treves*. Los seculares eran el *rey de Bohemia* (capital Praga), el *duque de Sajonia* (capital Wittemberg), el *duque de Baviera* (capital Ratisbona) y el *margrave de Brandeburgo* (capital Brandeburgo).

De los principales Estados laicos. — Contábanse unos cien Estados laicos, divididos del modo siguiente: seis grandes duques, treinta condes príncipes y sesenta ciudades imperiales.

Los grandes duques eran los de *Baviera*, *Austria*, *Carintia*, *Brunswick*, *Lorena* y *Brabante-Limburgo*.

Los condes príncipes llevaban los títulos de duque, conde, margrave, landgrave y burgrave. Los más notables eran los duques de *Holstein*, de *Lauemburgo*, de *Stettin* y de *Mecklenburgo* al norte; los margraves de *Brandeburgo*, de *Lusacia*, de *Misnia*, de *Moravia*, al este; los landgraviatos de *Turingia* y de *Hesse*: los

condados de *Habsburgo*, de *Lauffemburgo*, de *Hohenzollern*, de *Wurtzburgo*, de *Luxemburgo*, de *Hainaut*, de *Lovaina*, de *Jubiers*, de *Gueldres*, de *Holanda*, etc., en el centro y al noroeste.

Las ciudades libres llegaron á ser muy importantes en Alemania, convirtiéndose en importantes centros de depósito, que facilitaban las relaciones comerciales del resto de la cristiandad con Asia y los países orientales de Europa. Su tráfico las enriqueció y además formaron entre ellas ligas que aumentaron considerablemente su poder. Entre esas diversas confederaciones se distinguían la *liga rhenana* y la *liga hanseática*. La primera se constituyó en 1254, y comprendía sesenta ciudades del sur de Alemania. Su objeto era oponerse á las pretensiones de la nobleza, pero nunca desempeñó papel importante en los negocios políticos. La *liga hanseática* fué denominada así porque al principio se daba el nombre de *Hansa* (*hansa*, impuesto de la aduana) á los establecimientos que las ciudades comerciantes poseían en el extranjero. *Colonia*, *Hamburgo*, *Lubeck*, *Bremen*, etc., tuvieron *hansas* en Londres desde hora temprana. En 1241, *Lubeck* y *Hamburgo* se aliaron, y entonces no tardaron en unirseles otras ciudades, formando entre todas la *liga hanseática*. Esa confederación comprendía, ya en 1300, sesenta ciudades, entre las que pasaban por más importantes, después de *Lubeck* y *Hamburgo*, *Bremen*, *Colonia*, *Rostock*, *Stralsund*, *Wismar*, *Stetin*, *Dantzick*, etc. Su constitución definitiva data de 1367. Esa liga se apoderó de todo el comercio del mar Báltico y de gran parte del mar del Norte. Sus cuatro grandes depósitos fueron *Novogorod* en Rusia, *Bergen* en Noruega, *Brujas* en Flandes, y *Londres* en Inglaterra. Dividióse en cuatro partes: 1.ª la *Hansa veneda*, capital *Lubeck*; 2.ª la *Hansa westfaliána*, capital *Colonia*, rival de *Lubeck*; 3.ª la *Hansa sajona*, capital *Brunswick* y la *Hansa prusiana* ó *livoniense*, capital *Dantzick*.

De los principales Estados eclesiásticos. — Los Estados eclesiásticos eran algo más numerosos que los laicos. El clero poseía casi la tercera parte de Alemania. Así, la mitad de la *Lorena moselana* ó *Alta Lorena*, dependía de los obispos de *Tul*, *Metz* y *Ver-*

dún. El arzobispo de *Treves* dominaba en los países de *Treves*, *Coblentza* y *Andernach*; el obispado de *Lieja* se extendía de *Givet* á *Maestricht*, y comprendiendo otras diversas posesiones en distintos condados; el arzobispado de *Colonia* se extendía por las orillas del *Rhin*, poseyendo en su orilla derecha *Deutz*, *Essen*, *Werl*, *Soest*, etc., y en la izquierda *Bonn*, *Colonia*, *Neuss*, *Zuljäch*, etc. El obispado de *Utrecht* abrazaba las actuales provincias de *Utrecht*, *Over-Yssel* y de *Groninga*. En *Sajonia* eran de notar los obispados soberanos de *Munster*, *Osnabruck*, *Minden*, *Paderborn*, *Hildesheim*, y los ricos arzobispados de *Bremen* y de *Mogdeburgo*; en *Bariera*, el arzobispado de *Salzburgo*, que comprendía todos los países situados en las dos orillas del *Salza*, desde *Burghausen* al norte hasta el alto valle del *Drave* al sur, y el obispado de *Passau*, que lindaba con las fronteras de *Bohemia*; en la *Suavia*, el obispado de *Augsburgo*; en la *Franconia* el de *Wurtzburgo*, cuyo obispo tomaba los títulos de duque de *Franconia*, conde de *Waldsassen*, del *Badenagau*, del *Gotzfeld*, etc.; en *Suiza*, los obispados de *Constanza*, de *Basilea* y el obispado de *Coire*; en *Alsacia*, el obispado de *Estrasburgo*, que era la cuarta parte de esa provincia. Independientemente de los obispados, había también abades muy poderosos; contábase más de sesenta que poseían extensos territorios.

De la orden Teutónica y de los caballeros Porta-Espadas. — Para acabar la enumeración de todas las partes del imperio germánico, sólo nos queda que mencionar el establecimiento de los *caballeros teutónicos*, que poseían en las riberas del Báltico la *Prusia* y la *Curlandia*, y el de los caballeros *Porta-Espadas*, que eran dueños de la *Livonia* y de la *Estonia*. Esos países bárbaros se civilizaban á medida que las luces del cristianismo iban iluminándolos; surgieron las ciudades de *Riga* en *Livonia*, *Revel* en la *Estonia*, *Mittau* en la *Curlandia*, al norte del *Niemen*, y las de *Culm*, *Thorn*, *Kaenigsberg*, *Marienwerder* y *Marienburgo* en *Prusia*, aguas de dicho río. Esta última ciudad era la capital de la orden y la residencia del gran maestre, que, después que las dos órdenes se reunieron, tomó el título de *príncipe de Imperio*.

§ VI. — De los Estados escandinavos, de los Estados eslavos y del Imperio griego.

De los Estados escandinavos. — Los Estados escandinavos empezaban á salir de la barbarie en que hasta entonces habian permanecido. *Dinamarca* comprendía la *Jutlandia*, la *Scania*, las *islas Danesas*, *Rugen* y *Bornholm* y el norte de la *Estonia*; pero cedió este último país en 1347 á la orden Teutónica. La capital de Dinamarca era *Roskild* en *Seelandia*. Tenía por ciudades principales á *Lund* en *Scania*, su metrópoli eclesiástica, *Sleswig*, *Viborg* y *Odensea*. *Copenhague* empezaba á adquirir importancia. La *Noruega* habia afirmado su soberanía sobre *Islandia*, *Grønlandia* y parte de las *islas del mar del Sur*. Suecia le habia arrebatado la *Jamtelandia* á mediados del siglo XII, pero acababa de recobrarla, y hasta habia extendido su dominación sobre los *laponés* del *Finmarkoccidental*; su capital era *Bergen*. La *Suecia*, reunida á la *Gothia* en 1278, por Magno Ladislao, comprendía la *Gothia* propiamente dicha, la *Suevia*, las *islas de Gothlandia* y de *Alandia*, la mayor parte de la *Finlandia* y de la *Laponia finlandesa*. Sus ciudades principales eran *Upsal*, *Stockolmo*, *Niköping*, *Calmar*, *Carlstad*, etc.

De los Estados eslavos. — Los Estados eslavos independientes del imperio germánico eran: la *Polonia*, la *Lituania*, la *Rusia*, la *Hungría* y la *Bulgaria*.

La *Polonia*, que debía llegar á ser uno de los más poderosos Estados eslavos, se hallaba dividida entonces en diversos principados, que pretendían gobernarse con independencia. Así, los ducados de *Mazovia* y de *Cujovia*, que comprendían casi toda la parte de Polonia contenida en la cuenca del *Vístula*, eran feudos más bien que provincias del Estado. Lo mismo ocurría con la *Pomerania oriental*, la *Silesia*, los ducados de *Breslau* y de *Posen*, y varios otros principados. La *Lituania* habia hecho en el siglo XIII grandes conquistas, y entre las ciudades que poseía se contaban: *Polostk*, sobre el *Dwina*; *Minsk*, hacia los orígenes del *Niemen*, y *Grodno*, en el mismo río. *Wilna*, que debía adquirir tanta importancia, no fué edificada hasta los años de 1300. En la época siguiente esa provincia en-

tró á formar parte de Polonia, dando á ese reino brillo y fuerza que no habia tenido hasta entonces.

La *Rusia* habia estado dividida, lo mismo que Polonia, en principados independientes. De esos diversos Estados sólo quedaban en el siglo XIII la *república de Novogorod*, el *principado de Wladimir* y el de *Kief*. La *república de Novogorod* se extendía al norte entre el *Dwina*, el *Neva*, el lago *Peipus* y el alto *Volga*. Sus ciudades más importantes eran: *Novogorod*, *Pskov* y *Vitepsk*. El *principado de Wladimir* reconocía la soberanía de la Grande Horda; pero el gran duque de Wladimir habia conservado su título de jefe supremo. En ese principado entraban *Susdal*, *Tver*, *Ridzan* y *Smolensk*. El de *Kief* comprendía la *Rusia roja*, la *Galitzia*, la *Severia* y las estepas que rodean el *Boristenes*. Sus principales ciudades eran: *Kief* ó *Kiowia*, *Kalitsch*, *Kaminietch* y *Wladimir*. El khan del *Kaptschaek* habia aprovechado la división de la Rusia para someterla á su ley, apoderándose de toda la Rusia oriental hasta el *Veronejo*, afluente de la orilla izquierda del *Tanais*, lo mismo que del país de los *cumanos*, entre el *Don* y el *Alt*.

La *Hungría* habia aumentado su extensión con la *Dalmacia* entera, menos *Zara*, que los venecianos recobraron en 1202. Así era que iba desde el *Adriático* hasta los montes *Krapacks* y desde el *Morova* hasta el *Aluta*. Distinguiase en ella la *Transilvania*, que habia sido repoblada en parte por colonias sajonas, y cuya capital era *Hermanstadt*. Los *cumanos* se refugiaron allí después de la desastrosa invasión de los mongoles, y esa mezcla de razas dió origen á bastantes discordias interiores en el reino. El soberano de Hungría tomaba el título de rey de *Hungría*, de *Dalmacia*, de *Croacia*, de *Rascia* (que era el nordeste de *Servia*), de *Galitzia*, *Lodoméria* y de *Cumania*, haciendo comprender de ese modo cuáles eran los pueblos y provincias que le obedecían.

La *Bulgaria* iba, por la orilla derecha del *Danubio*, desde *Belgrado* hasta la desembocadura de ese río. Ese reino era muy poderoso, pero tenia en los húngaros y mongoles, sus vecinos, temibles enemigos. Estos últimos lo sometieron á tributo á fines del siglo XIII. Sus

principales ciudades eran: *Widdin, Trinobum, Silistria, Varna y Sofía.*

Del imperio bizantino. — El imperio griego de Constantinopla, restablecido en 1261 por los Paleólogos, no tenía ya la importancia de otra época. En Europa sólo le quedaban la Tracia, la Macedonia y parte del Epiro. Al norte lo limitaba el monte *Hæmus* (Balcanes), que lo separaba del reino de los búlgaros. Los latinos poseían el ducado de Atenas y el principado de Acaya. Los venecianos y los genoveses eran dueños de las islas. Los Paleólogos conservaban en Asia la parte occidental de la Anatolia. Su capital era Constantinopla, y las principales ciudades *Andrinópolis, Saloniki, Misitra, Napoli ó Nauplia de Romania.* Ese débil Estado debía ser presa de los turcos otomanos.

CAPÍTULO II.

FELIPE EL ATREVIDO Y FELIPE EL HERMOSO. GUERRAS CON ARAGÓN, FLANDES É INGLATERRA (1).

San Luis había sido la manifestación más alta de la piedad católica en la edad media, y, por tal motivo, su reinado constituyó una época de progreso en las ciencias, las artes y, en general, para todas las instituciones francesas. Su hijo, Felipe el Atrevido, no era príncipe de medianos alcances, pero las circunstancias no ayudaron á sus talentos, y por eso no dejó grandes recuerdos. Por entonces se llega á fines del siglo xiii, y se nota que va formándose nuevo espíritu contra la Iglesia. Después de haber estado al frente de la sociedad, el poder religioso empieza á ser atacado por el civil, que quiere sustituir su acción á la del primero. Felipe el Hermoso inaugura esa lucha, pero su despotismo produjo una reacción honesta al mismo tiempo á la monarquía y á la nación francesas.

§ I. — *Felipe el Atrevido. Guerra con Aragón (1270-1285).*

Engrandecimiento del dominio real bajo Felipe el Atrevido. — Cuando Felipe III volvió á París,

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Guillermo de Nangis, *Crónicas de San Dionisio*; Godofredo de París, *Crónicas civiles*; Gabourd, *Historia de Francia*; Chateaubriand, *Estudios históricos*; Gaillard, *Revolución de Francia y de Inglaterra*; Rohrbacher, *Historia de la Iglesia.*

llevaba en persona, con los señores de su séquito, el cadáver de su padre. Todo el pueblo acudió á presenciar esa enternecedora ceremonia, y no hubo nadie que no quisiera acercarse á los restos venerados del monarca, que ya invocaban como santo. Depositóse su cuerpo en San Dionisio, y allí se transportaron al mismo tiempo los de la reina Isabel, del conde de Nevers y del rey de Navarra. Después de haber tributado los últimos deberes á esos ilustres personajes, pasó la corte á Reims para el ungimiento del nuevo rey. Felipe III estaba triste y abatido: el óleo santo le devolvió la esperanza; pero la muerte continuó cebándose en su familia. El conde de Poitiers, su tío y su tía la condesa Juana expiraron ambos un poco más tarde.

El reinado de Felipe III, inaugurado en medio de esos acontecimientos, se distingue sólo por el aumento de las posesiones del rey, que se engrandeció por causa de varias herencias. Juan Tristán legó á la corona el Valois y sus tierras de Auvernia; Alfonso de Poitiers y Juana de Tolosa le dejaron el Poitou, la Auvernia, la Saintonge, los condados de Tolosa y de Albí, el Quercy, el Agenois, y el Venaissino. Felipe III cedió al soberano pontífice este último país con la ciudad de Aviñón (1274). También reunió á la corona el condado de Champaña y el reino de Navarra, con motivo de la muerte de Enrique el Gordo, hijo de Thibault. El partido español quiso arrebatárle esa sucesión casando á Juana, única heredera de Enrique, con un príncipe aragonés ó castellano; pero Felipe el Atrevido hizo fracasar todos esos proyectos, preparando la alianza de su hijo Felipe con aquella princesa.

Visperas sicilianas (1282). — Los Capetos habían llegado á ser por entonces muy poderosos en Francia, ejercían gran influencia en España, y ocupaban además el trono de las Dos Sicilias. Carlos de Anjou, que había recibido del soberano pontífice esta última corona, procuró en los principios de su reinado contentar á sus nuevos vasallos; pero su severidad le granjeó luego numerosos enemigos, cuando hubo vencido á los alemanes en Tagliacozzo, cerca de Aquilea (1268). La cruzada de San Luis, los preparativos de guerra que hizo contra Constantinopla, ocuparon su actividad y

principales ciudades eran: *Widdin, Trinobum, Silistria, Varna y Sofía.*

Del imperio bizantino. — El imperio griego de Constantinopla, restablecido en 1261 por los Paleólogos, no tenía ya la importancia de otra época. En Europa sólo le quedaban la Tracia, la Macedonia y parte del Epiro. Al norte lo limitaba el monte *Hæmus* (Balcanes), que lo separaba del reino de los búlgaros. Los latinos poseían el ducado de Atenas y el principado de Acaya. Los venecianos y los genoveses eran dueños de las islas. Los Paleólogos conservaban en Asia la parte occidental de la Anatolia. Su capital era Constantinopla, y las principales ciudades *Andrinópolis, Saloniki, Misitra, Napoli ó Nauplia de Romania.* Ese débil Estado debía ser presa de los turcos otomanos.

CAPÍTULO II.

FELIPE EL ATREVIDO Y FELIPE EL HERMOSO. GUERRAS CON ARAGÓN, FLANDES É INGLATERRA (1).

San Luis había sido la manifestación más alta de la piedad católica en la edad media, y, por tal motivo, su reinado constituyó una época de progreso en las ciencias, las artes y, en general, para todas las instituciones francesas. Su hijo, Felipe el Atrevido, no era príncipe de medianos alcances, pero las circunstancias no ayudaron á sus talentos, y por eso no dejó grandes recuerdos. Por entonces se llega á fines del siglo xiii, y se nota que va formándose nuevo espíritu contra la Iglesia. Después de haber estado al frente de la sociedad, el poder religioso empieza á ser atacado por el civil, que quiere sustituir su acción á la del primero. Felipe el Hermoso inaugura esa lucha, pero su despotismo produjo una reacción honesta al mismo tiempo á la monarquía y á la nación francesas.

§ I. — *Felipe el Atrevido. Guerra con Aragón (1270-1285).*

Engrandecimiento del dominio real bajo Felipe el Atrevido. — Cuando Felipe III volvió á París,

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Guillermo de Nangis, *Crónicas de San Dionisio*; Godofredo de París, *Crónicas civiles*; Gabourd, *Historia de Francia*; Chateaubriand, *Estudios históricos*; Gaillard, *Revolución de Francia y de Inglaterra*; Rohrbacher, *Historia de la Iglesia.*

llevaba en persona, con los señores de su séquito, el cadáver de su padre. Todo el pueblo acudió á presenciar esa enternecedora ceremonia, y no hubo nadie que no quisiera acercarse á los restos venerados del monarca, que ya invocaban como santo. Depositóse su cuerpo en San Dionisio, y allí se transportaron al mismo tiempo los de la reina Isabel, del conde de Nevers y del rey de Navarra. Después de haber tributado los últimos deberes á esos ilustres personajes, pasó la corte á Reims para el ungimiento del nuevo rey. Felipe III estaba triste y abatido: el óleo santo le devolvió la esperanza; pero la muerte continuó cebándose en su familia. El conde de Poitiers, su tío y su tía la condesa Juana expiraron ambos un poco más tarde.

El reinado de Felipe III, inaugurado en medio de esos acontecimientos, se distingue sólo por el aumento de las posesiones del rey, que se engrandeció por causa de varias herencias. Juan Tristán legó á la corona el Valois y sus tierras de Auvernia; Alfonso de Poitiers y Juana de Tolosa le dejaron el Poitou, la Auvernia, la Saintonge, los condados de Tolosa y de Albí, el Quercy, el Agenois, y el Venaissino. Felipe III cedió al soberano pontífice este último país con la ciudad de Aviñón (1274). También reunió á la corona el condado de Champaña y el reino de Navarra, con motivo de la muerte de Enrique el Gordo, hijo de Thibault. El partido español quiso arrebatárle esa sucesión casando á Juana, única heredera de Enrique, con un príncipe aragonés ó castellano; pero Felipe el Atrevido hizo fracasar todos esos proyectos, preparando la alianza de su hijo Felipe con aquella princesa.

Visperas sicilianas (1282). — Los Capetos habían llegado á ser por entonces muy poderosos en Francia, ejercían gran influencia en España, y ocupaban además el trono de las Dos Sicilias. Carlos de Anjou, que había recibido del soberano pontífice esta última corona, procuró en los principios de su reinado contentar á sus nuevos vasallos; pero su severidad le granjeó luego numerosos enemigos, cuando hubo vencido á los alemanes en Tagliacozzo, cerca de Aquilea (1268). La cruzada de San Luis, los preparativos de guerra que hizo contra Constantinopla, ocuparon su actividad y

aumentaron aun más el grupo de personas que le eran hostiles. Pero lo que le atrajo principalmente el odio de sus vasallos fueron sus innumerables exacciones y la brutalidad de sus gentes con los vencidos. Cansados los sicilianos de verse sometidos al yugo extranjero, resolvieron dar muerte á todos los franceses. Formóse vasta conspiración, bajo el impulso de Juan de Prócida, médico de Manfredó, quien, despojado de todos sus bienes, se había retirado á la corte de Pedro, rey de Aragón. Los conjurados convinieron que el lunes de Pascuas (30 de marzo de 1282), en el momento en que las campanas llamasen á los fieles para acudir á las vísperas, se arrojarían sobre los franceses, matándolos sin dejar uno vivo. En dos horas fueron degolladas más de ocho mil personas. Ni las mujeres ni los niños se salvaron, y en toda Sicilia sólo se perdonó á un caballero francés, cuyas virtudes admiraban. Esa matanza es célebre en la historia con el nombre de *Vísperas sicilianas*.

Guerra con Aragón. Muerte de Felipe III (1284-1285). — Pedro de Aragón se había puesto de acuerdo con los autores de esa horrible conspiración, y una vez consumada, se presentó con una flota á recoger el fruto de sus planes. Usando de sus derechos, el soberano pontífice excomulgó á los asesinos, y retiró á Pedro de Aragón su reino de España para darlo al rey de Francia. La Santa Sede tenía derecho incontestable de soberanía sobre Aragón, y nada más legítimo que la acción del papa en dichas circunstancias.

Felipe III aceptó la corona que le ofrecían y se adelantó por el Rosellón con un ejército de ochenta mil hombres á pie y veinte mil de á caballo. Como Pedro de Aragón se hallaba entonces bajo el anatema, y como Felipe no había tomado las armas sino por mandato del sumo pontífice, esa expedición tuvo el prestigio de una cruzada. Fué hábilmente dirigida y empezó con brillantes triunfos; pero los franceses sufrieron una derrota cerca de Gerona y habiendo penetrado en sus filas la peste, tuvieron que retirarse. Felipe se afligió tanto al ver los estragos que el contagio causaba en sus tropas, que su salud se debilitó. Atacado por la fiebre, se arrastró penosamente hasta Perpiñán, donde

murió, después de recibir con gran devoción los últimos sacramentos (1285).

Ese príncipe dió indirectamente rudo golpe al feudalismo, autorizando á los pecheros para adquirir feudos y tomar títulos de nobleza. Las primeras cartas de este género fueron las que concedió en 1272 á su vajillero Raúl. En ese reinado se publicaron también las primeras ordenanzas sobre los *abogados*, que desde entonces empezaron á formar un cuerpo cuya influencia política no tardó en manifestarse. Sus estatutos fueron redactados en 1274, y todos los años debían jurar que sólo defenderían causas que estimasen justas.

§ II. — *Felipe el Hermoso. Guerra con Flandes y con Inglaterra (1285-1299).*

Carácter de Felipe IV. — Hacía tiempo que el poder real se fortalecía, mientras iba por el contrario debilitándose el régimen aristocrático. En ese movimiento progresivo, que por lo demás era tan ventajoso para la civilización, iba envuelto gran peligro para la libertad de los pueblos. Era de temer, en efecto, que el poder real cayese en manos de un príncipe que se dejase arrastrar á excesos despóticos, y esto fué lo que desgraciadamente sucedió. Orgullosa por carácter, exigente por varicia, devorado por insaciable codicia, Felipe el Hermoso hizo pesar sobre sus vasallos férreo yugo, á la vez que desconcertaba con su mala fe la lealtad de sus enemigos. En él no se hallaron la rectitud y religión que eran de esperar en el hijo de San Luis; una política llena de astucia reemplaza esas virtudes eminentes.

Cuando subió al trono, la guerra ardía por todas partes. Hacíasela en Aragón contra Don Pedro, en Castilla contra Don Sancho IV, que había usurpado los derechos de sus sobrinos, y en las Dos Sicilias en favor de la casa de Anjou. Todas esas contiendas terminaron con los tratados de Tarascón (1291) y de Agnani (1295). Aragón siguió perteneciendo á Don Pedro, Castilla reconoció el poder del usurpador, y Nápoles perteneció á Carlos el Cojo, sucesor de Carlos de Anjou. También se le había confirmado en la

posesión de la Sicilia, pero dejó que Federico de Aragón se apoderase de esa isla, y lo reconoció *rey de Trinacria* (1302).

Guerra con Inglaterra. Guerra de Guiena (1293-1299). — Felipe el Hermoso vivía en paz con Eduardo I, rey de Inglaterra; pero una querrela surgida entre marineros normandos é ingleses encendió la guerra. Los dos bandos se dieron combates navales, y los ingleses llevaron la audacia hasta apoderarse de la Rochela. Felipe el Hermoso demandó razón de ese atentado al rey de Inglaterra, y aunque Eduardo I se comprometió á reparar el daño causado por sus vasallos, Felipe lo citó sin embargo ante su corte en calidad de vasallo, Eduardo envió su hermano á Francia, y firmó un convenio, según el cual se obligaba á ceder á Felipe seis plazas fuertes, como reparación del ultraje que le habían hecho. Ese tratado era una simple formalidad, pues los dos reyes habían pactado que las seis plazas serian devueltas á Inglaterra cuarenta dias más tarde.

Pero en vez de cumplir lo pactado, Felipe citó de nuevo á Eduardo y pronunció la confiscación de la Guéna, porque aquél no se había presentado en persona al recibir la primera convocatoria (1293). El rey de Inglaterra respondió á esas violencias con una declaración de hostilidades. Alióse con el emperador de Alemania, Adolfo de Nassau, y Guido de Dampierre, conde de Flandes, cuya hija mantenía cautiva Felipe por indigna felonía (1297). Por su parte, el rey de Francia se alió con los escoceses. Lo extraño de esa guerra fué que los dos monarcas hicieron caer el peso de sus armas sobre sus aliados recíprocos. Eduardo atacó á los escoceses, los venció en Dumbarton, é hizo allí prisionero á su rey Baillol (1297). El famoso Wallace, que se mostró defensor heroico de la libertad de la nación, reanimó los bríos de los vencidos y provocó nueva lucha. Eduardo entró otra vez en campaña, ganando la célebre batalla de Falkirk, que lo hizo dueño de Escocia entera (1298).

Mientras los aliados de Francia perdian de ese modo su libertad, Felipe el Hermoso vencía á los flamencos, aliados de Inglaterra. Carlos de Valois, su hermano,

había conquistado todo el país de aquéllos, y Guido quedaba cautivo en París, como Baillol en Inglaterra.

Como esas guerras eran ruinosas para los dos países, Felipe y Eduardo se entregaron para sostenerlas á las más vergonzosas exacciones. Después de haber violado los derechos del pueblo, ninguno de los dos vaciló en cobrar un impuesto extraordinario sobre los bienes del clero. Bonifacio VIII resolvió oponerse á esos excesos, y publicó con tal motivo una bula (*Clericis laicos*) con objeto de reprimir esos abusos del poder civil (1296). Eduardo I se sometió á ella, pero Felipe el Hermoso, exagerando su autoridad, impidió que salieran de Francia las limosnas destinadas á la Tierra Santa y los donativos anuales hechos á la Santa Sede por el clero de toda la cristiandad. Asombrado el papa por esa resistencia, explicó su bula y probó en una carta que toda su doctrina estaba de acuerdo con lo prescrito por los antiguos cánones (1297). Felipe pareció satisfecho, revocó sus ordenanzas é hizo la paz con Roma, llegando hasta reconocer al papa como árbitro de su querrela con el rey de Inglaterra. Bonifacio VIII, que veía con pena á los dos principales monarcas de la cristiandad agotando las fuerzas de sus Estados por vana satisfacción de amor propio, aceptó con alegría ese papel de amigable componedor. Y como juez equitativo, decidió que Guiena sería devuelta al rey de Inglaterra; que la rendición de las plazas que se habían tomado recíprocamente sería aplazada, y que para consolidar la paz se casase con el rey de Inglaterra, entonces viudo, Margarita, hermana de Felipe, á la vez que se unía Isabeau, hija del rey de Francia con el hijo del rey de Inglaterra Eduardo. Efectuáronse todos esos enlaces, y el tratado, ventajosísimo para Francia, fué cumplido durante algún tiempo.

Guerra de Flandes. Batalla de Courtray y de Mons en-Puelle (1300-1305). — Felipe el Hermoso volvió entonces sus armas contra la Flandes. Su hermano Carlos de Valois penetró en ese país, y se apoderó de la ciudad de Gante. Como el conde de Flandes y sus hijos se presentaran á conferenciar con él, los determinó á volver á París, prometiéndoles que se respetaría su libertad en el caso de que no llegaran

á ponerse de acuerdo con el rey sobre las condiciones de la paz. Pero Felipe faltó en esa ocasión al derecho de gentes, desautorizando lo hecho por su hermano, reduciendo á prisión al conde de Flandes y á sus hijos y declarando que sus provincias eran un feudo vacante cuya administración pertenecía al rey de Francia (1301). Santiago de Chatillón, que fué nombrado gobernador de la nueva provincia, creyó no poder dominar á los flamencos más que por el temor, y se mostró severo, exigente, insaciable. Tantas injusticias excitaron al pueblo á la rebelión. El primer ejército francés que marchó contra los sublevados fué deshecho en Courtray (11 de julio de 1302). Antes de la batalla, el condestable de Nesle, admirado del aspecto de aquellas milicias, quiso moderar el ardor de los caballeros franceses y de sus hombres de armas. «¿Acaso tenéis miedo á esos conejos, le dijo el conde de Artois, ó tenéis el mismo pelo que ellos? — Señor, respondió el condestable indignado, si llegáis á donde yo, avanzaréis mucho.» Y entonces cargó al enemigo al frente de los suyos, sin siquiera tomar la precaución de reconocer la posición de los flamencos. Toda la caballería fué en su impetuosidad y sin advertirlo, á arrojarle en el canal que cubría la línea enemiga. Los flamencos no tuvieron más que avanzar para hundir sus grandes lanzas en aquella masa confusa de hombres y caballos, sin correr peligro alguno. Más de veinte mil hombres perecieron en aquella espantosa carnicería. El conde de Artois, el condestable, los dos mariscales de Francia, los condes de Dreux, de Angulema y de Aumale, quedaron entre los muertos, y los vencedores recogieron en el campo de batalla cuatro mil pares de espuelas doradas, con las cuales compusieron un trofeo.

Al mismo tiempo, Eduardo I perdió tres ejércitos en Escocia. Entonces los dos reyes hicieron un tratado por el que se sacrificaban mutuamente sus aliados (1303). Pero ni los flamencos ni los escoceses aceptaron el yugo humillante de la servidumbre. Felipe el Hermoso marchó en persona contra las Flandes, al frente de diez mil hombres de armas y de sesenta mil infantes. Por su parte las ciudades flamencas hicieron esfuerzos

heroicos y pusieron en pie 80.000 combatientes. Los dos ejércitos se encontraron en Mons-en-Puelle, donde Felipe vengó la derrota de Courtray (1304). Á pesar de ese triunfo, se vió obligado á reconocer la independencia de la Flandes, que volvió á poder de sus antiguos condes, si bien los municipios flamencos se comprometieron á pagarle una contribución de doscientas mil libras para gastos de la guerra y le dieron como garantía toda la parte de Flandes donde se hablaba francés, con las ciudades de Douai, de Lille y sus dependencias (1305).

Resumen de este capítulo. — Después de San Luis, el trono de Francia fué ocupado sucesivamente por Felipe el Atrevido y Felipe el Hermoso.

I. Felipe el Atrevido reunió, gracias á distintas herencias, el Poitou, la Auvernia, la Saintonge, los condados de Tolosa y de Albí, el Quercy, el Agenois y el Venaissino al dominio de la corona, cediendo al soberano pontífice este último país con la ciudad de Aviñón (1274), pero en seguida recogió el condado de Champaña y la corona de Navarra. Los franceses son asesinados en Sicilia, y esa matanza es célebre en la historia con el nombre de Visperas sicilianas (1282). Habiéndose entendido con los autores del complot Pedro de Aragón para establecerse en dicha isla, Felipe III lo atacó, disponiéndose á pasar los Pirineos y conquistar su reino en España, cuya investidura le había dado el papa. Una enfermedad contagiosa atacó á su ejército, y el mismo Felipe falleció víctima de ella en Perpiñán (1285).

II. Felipe el Hermoso inauguró su reinado con los tratados de Tarascón y de Agnani, que pusieron término á todas las guerras que Francia se veía obligada á sostener en España y Sicilia. Una querrela surgida entre marineros ingleses y normandos fué la chispa que encendió la lucha con Inglaterra (1293). Habiendo decretado Felipe el Hermoso, después de esa querrela, la confiscación de la Guiena, Eduardo I, rey de Inglaterra, respondió á esa sentencia con una declaración de hostilidades. El rey de Francia se alió con la Escocia, y el de Inglaterra con el emperador de Alemania y el conde de Flandes. Los aliados soportaron por las dos partes el peso de la guerra. Eduardo I venció á los escoceses, mientras Felipe triunfaba de los flamencos. La mediación del papa hizo cesar por un instante esa lucha (1298). Pero las hostilidades no tardaron en empezar otra vez en Flandes. Un ejército francés fué deshecho en Courtray (1301), mientras Eduardo I era á su vez vencido en Escocia. Los dos reyes hicieron la paz, pero sus aliados se negaron á someterse. Felipe el Hermoso marchó en persona contra los flamencos y reparó con su victoria de Mons-en-Puelle la derrota de Courtray (1304).

CAPÍTULO III.

LUCHA CONTRA BONIFACIO VIII. PRIMEROS ESTADOS GENERALES. CONDENACIÓN DE LOS TEMPLARIOS.

La lucha del papado contra el imperio, del poder espiritual contra el temporal estalló en Francia durante el reinado de Felipe el Hermoso. Pero en esa época la fe se había debilitado ya profundamente; los tiempos de los Gregorio VII, de los Alejandro III, de los Inocencio III e Inocencio IV había pasado. Bonifacio VIII tuvo ocasión para comprenderlo así. Habiendo querido hacer valer contra el rey de Francia los derechos que sus predecesores habían reivindicado justamente contra los emperadores de Alemania, no halló el mismo apoyo en la opinión. Felipe el Hermoso, sostenido por los letrados, se atrevió á poner la mano sobre la persona sagrada del pontífice, cometiendo sacrilegio que hubiera hecho estremecerse de indignación á las generaciones precedentes. En consecuencia de ese ultraje, el poder pontifical, establecido en Aviñón, se convirtió en esclavo de la voluntad del rey de Francia, y entonces vemos empezar de modo ignominioso esa especie de cautiverio, por causa de la debilidad de Clemente V, que no hace más que prestarse á los deseos del rey de Francia.

§ I. — Lucha contra Bonifacio VIII. Primeros estados generales.

Relaciones de Francia con la Santa Sede. —

Desde la conversión de Clodoveo, Francia no había cesado de permanecer estrechamente unida á la Santa Sede. Los sumos pontífices ayudaron á la dinastía carlovingia en su establecimiento, ungiendo con sus propias manos á sus ilustres jefes; y, reconocidos por ese apoyo, los carlovingios defendieron la libertad de Roma y de la Santa Sede contra los lombardos y los orientales. Pipino y Carlomagno fundaron la independencia del papado dándole las provincias que han formado lo que se llamó luego patrimonio de San Pedro. Los Capetos fueron también objeto de los favores especiales de la Santa Sede. Felipe I y Felipe Augusto fueron severamente castigados; pero las sentencias que los alcanzaron fueron motivadas por los mayores escándalos. Cada vez que los papas se vieron forzados, en su lucha contra los emperadores de Alemania,

á abandonar la Italia, encontraron siempre en Francia seguro refugio. Ellos por su parte demostraron constantemente su reconocimiento á los reyes y á la nación trabajando en su favor cada vez que se los permitía la justicia. Bajo el reinado de San Luis, hemos visto al soberano pontífice ofrecer la corona imperial á Roberto de Francia y dar á Carlos de Anjou el reino de las Dos Sicilias. También ayudó á Felipe el Atrevido á reparar el desastre causado por la horrible matanza de las Visperas sicilianas. Esas buenas relaciones se vieron turbadas de pronto por las diferencias que surgieron entre Felipe el Hermoso y Bonifacio VIII.

Dificultades pecuniarias del rey. Alteración del valor de la moneda. — Como las guerras que Felipe había sostenido agotaron el Tesoro público, ese príncipe remedió la dificultad expulsando de su reino á los judíos, y confiscando sus bienes, y además sometiendo á vejaciones sin cuento á los mercaderes italianos y lombardos, que entonces se ocupaban con la mayor actividad en la industria y el comercio. Todas esas vejaciones arbitrarias no sirvieron sin embargo para llenar las vacías arcas, y entonces el rey cometió la más indigna bancarrota alterando el valor de la moneda. Bajo el pretexto de reprimir el lujo de la burguesía y de la nobleza menor, obligó á cuantos tenían menos de seis mil libras (francos) de renta á llevar á la casa de moneda su vajilla de oro y plata, é hizo acuñar una moneda que, según él mismo lo confiesa, no tenía la ley ni peso ordinario. Al mismo tiempo arrebató á los señores el derecho que tenían de acuñar moneda en sus tierras, y decretó la circulación forzosa de su moneda de mala calidad. Esos expedientes no le impidieron necesitar recurrir á nuevas exacciones, estableciendo impuestos de consumos sobre los artículos más necesarios, lo que puso colmo á la indignación del pueblo, que dió á esas nuevas cargas el nombre infamante de *maltôte*.

Dificultades con Bonifacio VIII. — Pero tanta acción de mala ley no bastó á llenar las vacías arcas del tesoro, y entonces Felipe, sin vacilar, echó mano de los bienes de la Iglesia, apoderándose de parte de las rentas del clero. Bonifacio VIII, que ocupaba en-

namente esa bula, convocó con tal motivo los Estados generales, indujo en error á todas las clases de la nación y provocó respuesta irrespetuosa para la Santa Sede (1302). Habiendo convocado el papa un concilio en Roma, Felipe el Hermoso no se avergonzó de hacerlo prender en Agnani, y lo maltrató como á un criminal. Bonifacio VIII murió poco después de esos indignos tratamientos (1303).

II. Sucedióle Benedicto XI; pero al poco tiempo lo reemplazó Clemente V, que se convirtió en esclavo del rey de Francia (1305). Ese pontífice consintió en establecerse en Aviñón, determinación fatal para el papado, que sacrificó de ese modo su independencia, y también para Roma, que perdió la fuente de su prosperidad. Felipe el Hermoso no pudo lograr de Clemente V la condenación de Bonifacio VIII, pero sí obtuvo la de los Templarios. Esta orden militar, fundada por San Bernardo, en tiempos de la segunda cruzada, poseía bienes inmensos, que tentaron la avaricia del rey. Sin duda existían en esa orden grandes abusos, por lo cual la suprimió el concilio de Viena (1311). El gran maestro, Santiago Molay, fué quemado vivo sobre el Puente Nuevo de París; pero emplazó ante el tribunal de Dios á Clemente V para dentro de cuarenta días y á Felipe el Hermoso para cuatro meses más tarde, y ambos causantes de su muerte comparecieron en efecto en la época indicada (1314).

CAPÍTULO IV.

NUEVO CARÁCTER DEL GOBIERNO BAJO FELIPE EL HERMOSO. — LOS LEGISTAS. ALZAMIENTO DE LA NOBLEZA EN 1314. LOS TRES HIJOS DE FELIPE.

Felipe el Hermoso no obedeció en su gobierno más que á un pensamiento egoísta y de ambición personal. San Luis había extendido y fortificado la monarquía gracias á su desinterés y amor á la justicia; Felipe el Hermoso comprometió la obra de su piadoso abuelo siguiendo opuesta dirección, pues procedió como señor absoluto sin respetar los derechos del clero ni los de la nobleza. Sus hijos recibieron el castigo de su despotismo, pues al morir Felipe se produjo terrible reacción; el sistema feudal recuperó de pronto el terreno perdido, y la monarquía retrocedió más de un siglo. ¡Tan cierto es que la arbitrariedad y el despotismo no han fundado nunca nada duradero!

§ I. — *Nuevo carácter del gobierno bajo Felipe el Hermoso. Los legistas.*

Administración de Felipe el Hermoso. — El gobierno de Felipe el Hermoso se distinguió por cierta actividad. Ese rey quiso organizar la administración interior de sus Estados, y con tal motivo publicó gran

número de ordenanzas. Anticipando la política que Luis XI debía seguir más tarde, atizó la discordia entre los señores, en provecho de su autoridad. Vendió á todos los órdenes del Estado cédulas, cartas-patentes y diplomas que aumentarían entre ellos los odios y los celos. Cuando reunió los estados generales, tuvo cuidado de prevalerse de sus acuerdos para hacer más absoluto aún su poder. « La nación, dice Mably, no pareció en cierto modo reunida más que para reconocer de manera más auténtica las nuevas prerrogativas de la corona, y consolidar la autoridad de ésta. »

El dominio real, que se había engrandecido bajo Felipe el Atrevido con el condado de Tolosa, recibió nuevos aumentos bajo Felipe el Hermoso. Éste compró el condado de Chartres en 1286, el señorío de Beaugency en 1302, posesiones que quedaron de manera definitiva en poder de la corona. También compró el mismo año el condado de *Bigorre*, que no tardó sin embargo en ser separado del dominio real. Los viscondados de *Lomagne* y de *Auwillars* le fueron cedidos por su propietario en 1305. Confiscó el baronesado de *Fougères* en 1307, el condado de la *Baja-Morca* con el de *Angulema* en 1308, y el condado de *Rethel* en 1309. pero ninguna de esas reuniones fué definitiva. Ese mismo año reunió la ciudad y condado de *Lyon*, que perteneciera antes á los obispos de esta ciudad. Por el tratado que dió fin á las guerras de Flandes, había obtenido *Lille* y otras varias ciudades del Norte, pero éstas no permanecieron mucho tiempo unidas á la corona.

Como había colocado bajo su cetro la Champaña, la Brie, la Navarra, heredada de su mujer, Juana de Navarra, los grandes feudos quedaron reducidos á cuatro: la *Bretaña*, la *Borgoña*, la *Flandes* y la *Aquitania*. Este último pertenecía al rey de Inglaterra; los duques de Bretaña y de Borgoña eran afeetos al rey.

El parlamento. Centralización judicial. — El parlamento fué, bajo Felipe el Hermoso, el tribunal supremo del rey. Era posible apelar de los juicios dictados por los tribunales de todos los grandes feudos al parlamento del rey, y sus fallos tenían fuerza de ley en toda la extensión del territorio francés.

Los parlamentos ó tribunales de los barones habían sido primitivamente asambleas de señores que se reunían, dice M. Mignet, como pares, como legisladores, ó como soberanos. Si se trataba del juicio de un vasallo, los barones eran convocados como pares, según ya se había visto bajo Felipe Augusto; si se trataba de abrogar ó establecer una costumbre, eran convocados como legisladores; si había un pacto que firmar ó una guerra que declarar, se les convocaba como soberanos. Así pues, los parlamentos eran al mismo tiempo tribunales judiciales, cuerpos legislativos y consejos diplomáticos. En tiempo de San Luis es cuando experimentaron profundo cambio, convirtiéndose exclusivamente en tribunal de justicia.

Al ocurrir el advenimiento de Felipe el Hermoso, el parlamento estaba ya compuesto de varias cámaras, cuyas atribuciones determinó ese príncipe (1291). Distinguiase la *gran cámara*, que dominaba todo el orden judicial, la *cámara de las informaciones*, que preparaba la instrucción de las causas, la *cámara de las apelaciones*, que examinaba sumariamente los asuntos, la *cámara de las vistas*, en que se oía á las partes. En 1302, el rey declaró permanente y sedentario el parlamento. También determinó lo relativo á los tribunales superiores del reino; los *grandes días de Troyes* en que se juzgaban los procesos de la Champaña, el *tribunal absoluto de Ruan*, que conocía de los de Normandía, el parlamento de *Tolosa*, para el Languedoc. Dos veces por año iban á celebrar grandes audiencias judiciales en Troyes y Ruan comisiones del parlamento de París. Había además cuatro grandes bailíos, que dependían del parlamento del rey; el de San Quintín para el Norte, de Sens para la Champaña, de Macón para la Borgoña, de Saint-Pierre-le-Moutier para la Auvernia.

Los reyes adoptaron la costumbre de enviar sus ordenanzas á la gran cámara para que ésta hiciera constar su autenticidad y cuidara de su ejecución; esto es lo que dió origen más tarde al derecho de *comprobación* y de *registro*, así como al *derecho de representaciones*, que el parlamento invocó y que fué el motivo de todas las luchas que sostuvo contra la monarquía.

Los legistas. — Todos esos cambios introducidos

en el orden judicial dieron gran importancia á los hombres de ley. En los primeros tiempos los barones formaron los tribunales, sirviéndose de los legistas para instruir los procesos; pero pronto adquirieron éstos importancia predominante. Su argumentación hueca y sofisticada no podía ser comprendida por los señores, quienes tuvieron que dejar su puesto á jueces de profesión.

Ese triunfo de los legistas fué universal. Desde el descubrimiento de las *Pandectas* en Amalfi, en 1135, aquéllos se extendieron por Italia y Alemania, operando revolución profunda en las ideas. Inglaterra, que hasta entonces no había reconocido más que una ley, y que parecía contentarse con la justicia del rey y del tribunal de los *negocios comunes* obtenido por el pueblo mediante la *Carta magna*, se dejó sin embargo invadir también por los jurisconsultos en el siglo XIII. Esos hombres nuevos, inspirándose en las leyes de Justiniano y en la legislación del mundo antiguo, engrandecieron en todas partes el poder temporal á costa del espiritual, por lo que fueron funestos á la Iglesia.

Pero á la vez que se convertían en instrumentos de arbitrariedad y absolutismo, tuvieron no obstante la mayor influencia sobre los asuntos públicos y contribuyeron á iniciar poco á poco á la clase media en el arte del gobierno, convirtiéndola en un orden particular que se ha llamado *tercer estado*, *estado llano* ó *brazo popular*, para distinguirla del clero y de la nobleza, que formaban los otros dos órdenes de la nación. San Luis fué el primer rey francés que consultó á los burgueses de las grandes ciudades acerca de los asuntos importantes; así lo efectuó en 1256 y en 1262. Pero esas consultas particulares no pueden ser consideradas más que como germen de esa especie de institución, que no se manifestó completamente hasta los tiempos de Felipe el Hermoso, en la convocatoria de los primeros estados generales. Según ya se ha visto, los reunió por primera vez en París, en la iglesia de Nuestra Señora, con motivo de su campaña contra Bonifacio VIII.

Nueva organización del ejército. — El ejército seguía estando formado por las milicias feudales y mu-

nicipales. Esas milicias no recibían paga. Pero en la batalla de Mons-en-Puelle, Felipe el Hermoso no había debido la victoria más que á sus propios esfuerzos. En efecto, había obligado á los nobles y á los burgueses á llevar su vajilla de plata á la casa real de moneda, y con su producto hizo levas extraordinarias para poder contestar á los 80.000 hombres que las ciudades flamencas le opusieron. Además, expuso grandemente su persona, y en la catedral de París se hizo representar tal como se le viera en la batalla, sin más armas que un casco, los guanteletes y la espada. Después de esa guerra comprendió lo necesario que era para la monarquía y la seguridad pública tener un ejército mejor organizado y siempre dispuesto á entrar en campaña. Hizo reemplazar la cota de malla por una armadura completa, y en vez de mantener entre sus feudatarios y los municipios la obligación del servicio militar tal como subsistía, les permitió eximirse de él mediante una suma determinada, y con ese dinero reclutó soldados, tanto nacionales como extranjeros, sometió sus hombres á los ejercicios militares y obtuvo de ese modo tropas mejor dispuestas y más disciplinadas.

De la hacienda. — Todas esas reformas, cuya utilidad es imposible desconocer, imponían á la monarquía pesadas cargas. El dinero se hizo necesario para mantener el ejército y hacer funcionar las distintas administraciones que acababan de ser creadas. Felipe se lo procuró por todos los medios. Abolió la servidumbre en el senescalato de Tolosa y de Albi, mediante un tributo anual. Vendió cartas de nobleza y de oficios en interés del fisco. Creó aduanas, imponiendo á las mercancías derechos de exportación; estableció impuestos indirectos sobre las ventas hechas en los mercados y los objetos de consumo; sometió á contribución la propiedad inmueble atribuyéndose una parte, ya la centésima, ya la cincuentésima ó el décimo del capital ó de la venta. Se apoderó varias veces de las *anatas*, esto es, del primer año de producto de los beneficios eclesiásticos que quedaban vacantes. Dictó leyes contra la usura y las aplicó á los judíos, apoderándose de sus bienes y de sus créditos. Por último, tuvo la triste honra de ser el primer rey de Francia que

alteró el valor de la moneda, lo que le ha valido en la historia el calificativo de *monedero falso*. Durante su reinado cambió constantemente ese valor. En 1305, el marco de plata, que sólo había valido dos libras, fué elevado á ocho libras y diez sueldos. Las quejas fueron universales, aumentando excesivamente el precio de las cosas y quedando interrumpidas las transacciones. Felipe hizo fabricar en el mismo año (1305), especies de tan bajo título, que al siguiente el marco sólo valió dos libras, quince sueldos y seis dineros.

Esas medidas desconsideraron á su gobierno, sin ningún provecho para el tesoro. Felipe hubiese querido conservar el monopolio de esa nueva moneda, pero su ejemplo era imitado por multitud de malhechores que el deseo de lucro llevaba á desafiar la severidad de las leyes. Esas variaciones arbitrarias en la moneda sembraron profunda perturbación en las transacciones sociales. El comercio y la industria quedaron paralizados, y el pueblo, que era el que más sufría por aquella extraña confusión, se rebeló varias veces. Los amotinados se presentaron en 1305 ante el palacio en que vivía la familia real, y la casa de Esteban Barbette, director de la moneda, fué saqueada. Á grandes gritos pedía todo el mundo que se volviese á la moneda de Monseñor San Luis. Esas injusticias fueron funestas á la misma monarquía y excitaron la reacción que se produjo contra ella después de la muerte de Felipe el Hermoso.

§ II. — *Alzamiento de la nobleza en 1314. Los tres hijos de Felipe el Hermoso (1314-1328).*

Reacción de la nobleza en 1314. — Nunca pudo concebir príncipe alguno mayores esperanzas que Felipe en lo tocante á su familia. En el concilio de Viena veía sentados junto á sí sus tres hijos, todos llenos de vida. Los tres llevaron sucesivamente la corona, pero ninguno tuvo heredero directo. Luis X, llamado el Testarudo, sólo reinó dos años (1314-1316). Apenas se hallaba en posesión del poder, cuando se alzó en armas contra él la nación entera, irritada por las injusticias y las tiranías de su padre. En todos

los puntos de la Francia feudal, en Bretaña, en Borgoña, el Nivernais, la Provenza, el Beauvoisis, la Picardía, la Champaña, y el Forez, no hubo sino una voz para reclamar las antiguas franquicias. Los señores exigieron del rey la promesa de no llamar á sus hombres á la guerra, dejando á aquéllos entera jurisdicción sobre sus vasallos. Además, solicitaron el restablecimiento del combate judicial, de las guerras privadas y de la prenda de batalla, prohibidas por San Luis. Queríase que el rey no tuviera derecho de adquirir baronías, ni feudos de ninguna clase, como no fuera por herencia ó confiscación. El duque de Bretaña y el tribunal de Ruan pretendían juzgar sin apelación; los casos reales eran atacados; tasábase el peso de la moneda, que Felipe el Hermoso había alterado tan indignamente; por fin, se solicitaba la destitución de todos los oficiales del rey que habían contribuido á las exacciones del reinado precedente. Carlos de Valois, encargado de negociar con los descontentos, les concedió cuanto quisieron, y esa reacción, que satisfacía á la nobleza, arrancó á la monarquía todos los derechos adquiridos en tiempos de San Luis, y hasta la dejó en peor situación que bajo Felipe Augusto.

Condenación de Enguerrando de Marigny (1315). — Sin embargo, el pueblo, que había sufrido mucho, exigía grandes expiaciones. Ya Felipe el Hermoso no existía, pero los ministros de sus exacciones le sobrevivieron, y la multitud pedía con ira que se les condenase. Aceptando esas exigencias se ultrajaba la memoria del difunto rey: así lo comprendió Luis el Testarudo, y lo detuvo un instante el respeto filial. Pero la debilidad triunfó al fin, y el soberano decidió el sacrificio del ministro de Felipe el Hermoso Enguerrando de Marigny. Carlos de Valois se presentó á apoderarse de esa gran víctima en su casa de Paris, en la calle que se llama Fossé Saint-Germain, lo acusó de dilapidación, robo é infidelidad, y, sin darle tiempo ni medios de defenderse, lo hizo colgar en la horca de Montfaucon. El remordimiento se encargó de hacer expiar cruelmente á este príncipe la iniquidad de semejante proceder. Sintióse atacado algunos años más tarde por incu-

rable enfermedad, reconoció la mano de Dios que lo hería, y recurrió á la oración y la limosna para obtener su perdón. Dió, pues, orden de distribuir á los pobres sumas inmensas, haciendo decir á cada uno que rogasen por él, Carlos de Valois, y por su víctima, Enguerrando de Marigny.

Guerra contra Flandes. — Luis el Testarudo, que no tenía valor para resistir á esas injusticias, intentó sin embargo una expedición contra Flandes; pero estaba tan pobre, que necesitó despojar de nuevo á los judíos, ya tan maltratados por su padre. No habiendo bastado ese expediente, se le ocurrió sacar á remate la libertad de los siervos. Éstos, adscritos á la gleba, desdenaron la oferta, y se negaron á comprar por dinero su independencia. Cuando se vió que miraban con tal desdén aquel beneficio, se resolvió obligarlos á aceptarlo por fuerza. Luis empleó el dinero que así obtuvo en equipar un ejército; pero apenas había llegado á Flandes cuando tuvo que volver sobre sus pasos por causa de lluvias torrenciales, sin haberse distinguido por ningún acontecimiento importante. Murió algo después, víctima de su pasión por el juego (1316), dejando una hija llamada Juana, y á su esposa á punto de ser madre.

Felipe V el Largo. Ley sálica (1316-1322). — La viuda de Luis el Testarudo dió á luz un hijo que fué proclamado rey al nacer, con el nombre de Juan I, pero que sólo vivió ocho días. Felipe el Largo, hermano del último rey, que durante ese tiempo había sido nombrado regente, hizo valer entonces sus derechos al trono (9 de Enero de 1317). Opusieronle la hija de Luis el Testarudo, la princesa Juana. Tratábase de saber si la corona podía caer, como los feudos, de *lanza en ruela*. Invocóse en favor de Felipe V la *ley sálica*, y se declaró que « el reino de Francia es tan noble que no podía pertenecer á ninguna hembra (2 de Febrero de 1317). »

El nuevo rey se vió también asaltado, lo mismo que su hermano mayor, por las pretensiones de los nobles. Entonces se reclamaba el restablecimiento de las antiguas franquicias, que habían quedado destruidas desde la época de San Luis. Para responder á todas

esas quejas, Felipe se vió obligado á halagar á las ciudades y contentar á los nobles, con objeto de que cedieran algo en sus exigencias. Al efecto, queriendo distraer la atención pública, se fué á guerrear con los flamencos, que soportaban de muy mala gana el yugo francés. Esa expedición no se distinguió por nada importante. El papa intervino, é hizo firmar una paz muy ventajosa para Francia.

En ese reinado no turbó la paz pública más que la rebelión de los *pastorcillos*. Dábase este nombre á una multitud de hombres de baja condición que, bajo pretexto de emprender una cruzada, se habían alzado contra los señores, devastando y asolando las regiones por donde pasaban. La aparición de esas bandas de hombres armados fué sólo pasajera, pues la autoridad logró someterlos.

Convocatoria frecuente de los estados generales. Tribunal de cuentas. — Queriendo Felipe el Largo captarse el afecto de sus vasallos, reunió con frecuencia los estados generales, para inspirarse en los consejos de la nobleza, del clero y de los diputados de las principales ciudades del reino. Así fué que los convocó en 1317, 1319 y 1321, y en esas asambleas es donde dictó la mayor parte de las ordenanzas que han caracterizado su gobierno. Esos decretos presentan á la monarquía indecisa y vacilante, pero bien intencionada. Colocado entre dos escollos, el monarca temía por una parte el liberalismo y sus excesos y por otra las invasiones de los señores, si dejaba disminuir los derechos de la corona.

Declaró inenajenable é imprescriptible el dominio real, é hizo del parlamento un cuerpo puramente jurídico. De ahí sacó el *Gran Consejo*, ó tribunal del rey, que convirtió en consejo de Estado dependiente de la persona del soberano, para deliberar con él acerca de los intereses del reino.

Al mismo tiempo separó del mencionado cuerpo la *Cámara ó Tribunal de cuentas*, que encargó, en 1319, de cuanto se refería á la hacienda pública: y dictó reglamentos para obligar á todos los agentes del fisco á llevar contabilidad regular, poniendo de ese modo al pueblo á cubierto de las exacciones.

Desde entonces hubo, pues, al frente de la administración del país tres grandes cuerpos ó consejos: el gran consejo, que se consagraba á los negocios políticos, el tribunal de cuentas para los asuntos económicos y el parlamento, encargado de la administración de justicia.

Cartas de nobleza. — Felipe el Largo trabajó, en interés del comercio, para establecer la unidad de pesas y medidas; mostró protector de las ciencias y de las letras otorgando á la universidad de Paris grandes favores. Unió su nombre á una innovación que tuvo las mayores consecuencias para la aristocracia feudal. Hasta ese momento la nobleza era un atributo del feudo militar y no adquiría títulos más que distinguiéndose por medio de la espada. Felipe el Largo concedió cartas de nobleza á los pecheros, y esos títulos podían adquirirse por medio del dinero. Eso equivalía á cambiar completamente la naturaleza de aquella institución y á arrebatarle todo su prestigio, puesto que se sabía que ya no era el mérito personal, sino la fortuna lo que llevaba á la expresada distinción. Felipe el Largo murió después de haber reinado cinco años menos cinco días (3 de Enero de 1322).

Carlos IV el Hermoso (1322-1328). — Habiendo muerto Felipe el Largo sin hijos varones, la corona pertenecía de derecho á su hermano Carlos el Hermoso, quien hizo morir en los suplicios á Gerardo de la Guette, que había sido acusado de robos y malversaciones. También ordenó la muerte del barón de la Isla-de-Jourdain, señor de Casaubón, que sus asesinatos y actos de bandolerismo habían convertido en terror del Languedoc. Esa severidad hizo que se le denominara el Gran Justiciero.

Publicó reglamentos útiles al comercio y desterró á los negociantes lombardos que Luis X había llamado de nuevo. En la política exterior tuvo su intervención alguna influencia. Reconcilió en Flandes al conde Luis con los municipios flamencos, obligó al rey de Inglaterra á prestarle, en la persona de su hijo, pleito-homenaje por la Guiena y el Ponthieu, y contribuyó á la revolución que produjo la caída del rey Eduardo II de

Inglaterra para dar la corona á su hijo, Eduardo III. Trató de hacerse conceder la corona imperial que se disputaban Federico de Austria y Luis de Baviera, pero fracasó. Murió en Vincennes en 1.º de Febrero de 1328, á la edad de treinticuatro años.

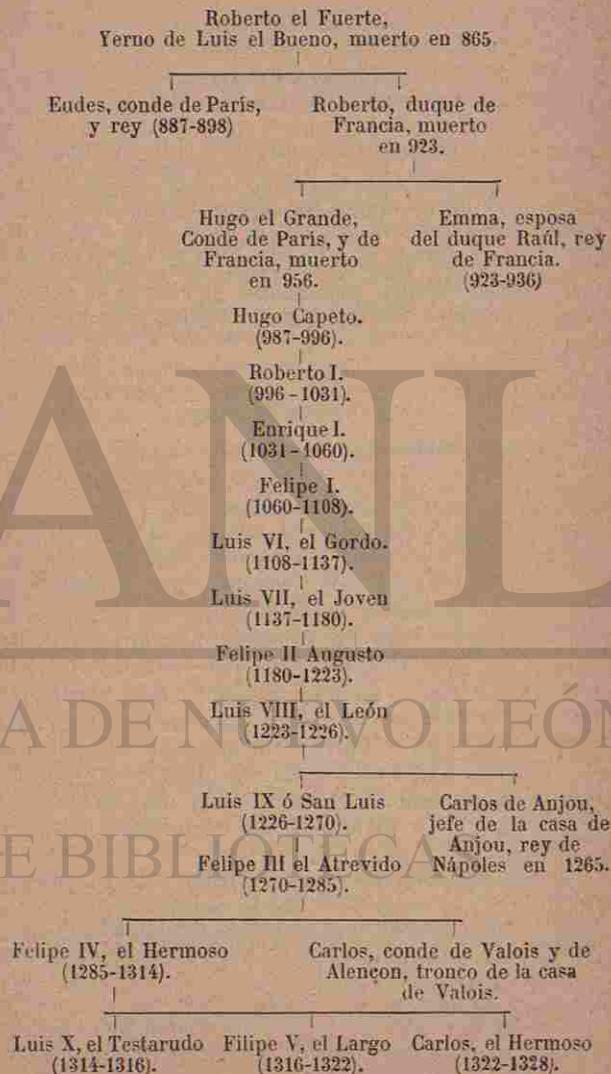
En ese reinado fué cuando se erigió en ducado-pairía el baronesado de Borbón, en favor de Luis de Borbón, nieto de San Luis (1327). Carlos el Hermoso murió sin descendencia. Con él se extinguió la rama directa de los Capetos. No puede menos de causar extrañeza la brevedad de estos últimos reinados. El pueblo había visto en la muerte de Felipe el Hermoso una venganza del cielo; ¿no es verdad que casi nos sentimos tentados á ratificar ese juicio cuando se reflexiona en el triste destino de su familia?

Resumen de este capítulo. — Los últimos Capetos directos suministraron reinados sin brillo, y vieron comprometidos todos los triunfos de sus predecesores por efecto de una reacción que estalló en favor del feudalismo.

I. La administración de Felipe el Hermoso había sido activa, distinguiéndose por diversas leyes útiles, pero partía de un mal principio al consagrar las divisiones de los señores en provecho del poder absoluto. Felipe el Hermoso careció también de lealtad en todas las medidas fiscales que tomó relativamente á las monedas. Sin embargo, las apariencias del éxito parecieron darle razón durante algún tiempo. Había reglamentado de sabia manera los parlamentos; había reunido los primeros estados generales, siendo lo bastante hábil para obtener en todo su asentimiento. Hallábase, por último, rodeado de numerosa familia á la cual se podía predecir brillante porvenir; pero tantas condiciones ventajosas se desvanecieron rápidamente.

II. Felipe el Hermoso murió muy joven, y, en menos de quince años pasaron el trono, y murieron también, sin dejar heredero varón, sus tres hijos. Bajo Luis X, que sólo reinó dos años (1314-1316), prodújose terrible reacción contra la monarquía y la despojó de todas sus prerrogativas. Empezó contra Flandes una expedición que no dió resultado. Felipe V reinó más tiempo (1316-1322), durante cuyo período mostró su actividad y su discreción por numerosas ordenanzas que fueron impotentes para devolver á la monarquía su antiguo poder. Convocó á menudo los estados generales, trabajó en el establecimiento de las pesas y medidas, y concedió á los pecheros cartas de nobleza. En su reinado, y con motivo de su advenimiento, se hizo la primera aplicación de la ley sálica. Carlos IV fracasó en todas sus empresas (1322-1328). Habiendo muerto sin heredero varón esos príncipes, acabó con ellos la rama directa de los Capetos, siendo llamados á sucederle los Valois (1358).

CUADRO GENEALÓGICO DE LA RAMA PRIMOGÉNITA DE LOS CAPETOS.



CAPÍTULO V.

ADVENIMIENTO DE LOS VALOIS. FELIPE VI. PRIMERA PARTE DE LA GUERRA DE CIENTO AÑOS (1).

Habiendo sido llamada á reinar sobre el trono de Francia la rama de los Valois, el rey de Inglaterra pretendió tener á la corona tantos derechos como Felipe, y esas pretensiones renovaron entre los dos Estados las antiguas rivalidades que ya les habian costado tanta sangre. En esa nueva lucha, que no duró menos de un siglo y que se llamó con ese motivo guerra de Cien años, Francia sufrió por de pronto los mayores reveses y fué presa de horribles calamidades. La derrota de Crécy, la peste y el hambre la afligieron en los últimos años del reinado de Felipe VI, y la precipitaron en indescriptibles angustias.

§ I. — Desde el advenimiento de Felipe VI hasta la batalla de Crécy (1328-1346).

Advenimiento de Felipe VI. — Carlos el Hermoso no tenía heredero directo, pero al morir habia dejado á su mujer Juana á punto de ser madre. Confióse la regencia á Felipe de Valois, el pariente más cercano del rey, hasta que diera á luz la reina. Habiendo tenido ésta una princesa, los nobles y los barones proclamaron rey al regente. Sin embargo, los derechos de la casa de Valois no fueron reconocidos universalmente. Eduardo III, que reinaba en Inglaterra desde hacía un año cuando murió Carlos IV, pretendió tener derechos á la corona de Francia por parte de su madre. Pero se le opuso la ley sálica, y disimuló por algún tiempo su resentimiento. Felipe fué á hacerse coronar en Reims y desplegó en esa ceremonia pompa y magnificencia asombrosas para ese siglo.

Poder del rey de Francia antes de la guerra

(1) AUTORES QUE CONSULTAR : para el primer periodo de la guerra de cien años : las *Crónicas* de Froissard, las *Crónicas* de San Dionisio, la *Historia de Carlos V*, por Cristina de Pisán, la *Crónica* de Bertrán Duguesclin por Cuvelier; Chateaubriand, *Estudios históricos*; Barante, *Historia de los duques de Borgoña*; Secousse, *Historia del rey de Navarra Carlos el Malo*; Gaillard, *Rivalidad de Francia y de Inglaterra*, y todas las historias generales de Francia y de Inglaterra.

con Inglaterra. — Desde la época de Carlomagno, ningún nuevo monarca habia dispuesto de fuerzas tan imponentes como el nuevo monarca. Felipe de Valois agregaba á los feudos ya reunidos á la corona por sus predecesores, los condados de Valois, de Anjou, del Maine y de Chartres, y se veía de ese modo dueño de las tres cuartas parte del reino. Su derecho de soberanía, que se extendía sobre los feudos que poseían en Francia los reyes de Inglaterra, de Navarra y de Mallorca, le habia hecho recibir el homenaje de esos soberanos. Habíase aliado con los reyes de Bohemia, que se gloriaban de esa amistad. Era pariente de los reyes de Nápoles y de Hungría, y la protección que ejercía sobre los papas, residentes en Aviñón, le daba la mayor influencia relativamente á los negocios eclesiásticos. En tan brillante y próspera situación, Felipe de Valois concibió el proyecto de ponerse al frente de la nobleza y extender á lo lejos el brillo de su nombre y de su poder, por medio de una nueva cruzada. Pero la desdichada rivalidad entre Francia é Inglaterra, que no tardó en reanimarse con nuevo furor, debía retenerlo en sus Estados.

Pretensiones de Eduardo III. — El rey de Inglaterra Eduardo III, que era nieto de Felipe el Hermoso, por su madre Isabel, pretendía que el principio que excluía á las mujeres de la sucesión al trono, no era aplicable á su posteridad masculina. Los estados generales, ante los que discutieron el asunto los embajadores del rey de Inglaterra, resolvieron que la exclusión de las hembras y de sus descendientes era la costumbre constitucional en Francia. Eduardo pareció someterse, pero no sin conservar el secreto deseo de hacer valer más adelante sus derechos si se le presentaba ocasión favorable para ello. Sus esperanzas eran tanto más fundadas, cuanto que el ducado de Guiena y las demás provincias que poseía en Francia le permitían renovar la antigua rivalidad de Inglaterra contra Francia y sostenerla ventajosamente. También debía hallar apoyo en los flamencos, contra los cuales Felipe VI se vió obligado á tomar las armas casi inmediatamente después de su advenimiento.

Asuntos de Flandes (1329). — Habiéndose pre-

sentado el conde de Flandes, Luis I, á prestar pleito-homenaje al rey de Francia, su señor, reclamó al mismo tiempo el apoyo de éste contra los flamencos sublevados. Felipe VI reunió inmediatamente á los grandes, les comunicó la intención que tenía de sostener á su vasallo, y exclamó: « ¡ Quien me quiera que me siga! » Ante esas palabras, todos los caballeros se armaron, y se dispusieron á marchar contra los flamencos. El rey se preparó á esa expedición con actos religiosos, luego fué á hacer que bendijeran la oriflama en San Dionisio, y la entregó al piadoso señor Mile de Noyers. Brujas, Yprés y Cassel eran los centros de la rebelión. Al llegar cerca de esta última ciudad encontraron los franceses á los flamencos, que, para burlarse de aquéllos, habían colocado en lo alto de su campamento un gran gallo de lienzo pintado, con esta inscripción:

Quando este gallo logre cantar,
El rey á Cassel podrá conquistar.

Los flamencos estaban llenos de confianza en la fuerza de sus murallas y el número de sus batallones. Trabóse el combate al grito de *Mont-joie! ¡ San Dionisio!*, y fué muy sangriento. En poco tiempo quedaron destrozados los flamencos, que dejaron sobre el campo de batalla cerca de veinte mil muertos. El país cesó en su resistencia. Entróse pues en Cassel, aunque no había cantado el gallo. Felipe restableció al conde en todos sus derechos, castigó á los jefes de la rebelión, y volvió á Francia á depositar la oriflama en el altar de San Dionisio, y dar devotamente gracias á Nuestra Señora por la victoria que le había concedido.

Gloria de Felipe. — Entonces llegó á su apogeo la gloria del nuevo rey. Sus liberalidades le habían granjeado el afecto de los señores, y su valor había hecho respetable en todo el mundo su autoridad. Su corte brillaba por la presencia de los reyes de Navarra, Mallorca y Bohemia. Los días se pasaban en fiestas y torneos. Sus primos ocupaban los tronos de Nápoles y de Hungría, y Escocia había reclamado su protección. Sintióse entonces bastante poderoso para exigir del rey de Inglaterra que se presentara en per-

sona á rendirle pleito-homenaje por su ducado de Guiena. Eduardo III consintió en ello. Al poner éste sus manos en las del rey de Francia le dijo: « ¿ Os convertís en el hombre del rey de Francia, monseñor que está presente, como duque de Guiena y par de Francia, y le prometéis fe y lealtad? » y entonces el rey de Inglaterra dijo: « Sí. » Pero esta humillante ceremonia le hirió en lo más vivo de su orgullo, y resolvió en su foro interior tomar un día terrible venganza de ella (1331).

Engañado por el brillo exterior de todos esos acontecimientos, Felipe se dejó desvanecer por la prosperidad, y procedió con todo el mundo sin consideración alguna. Renovó las antiguas leyes favorables á la monarquía, é irritó imprudentemente á Roberto de Artois, declarando nulas sus pretensiones sobre la herencia de su tía Matilde, sin suavizar su fallo por alguna compensación suficiente. Roberto era precisamente el señor que más había contribuido á hacer rey á Felipe. Así fué que tachó de ingratitud la sentencia judicial que lo hería, y se retiró junto á Eduardo III (1334). La guerra entre los dos países fué efecto de los comunes resentimientos de esos dos hombres.

Artewelde. Ruptura con Inglaterra (1337-1340).

— La chispa que debía empezar ese gran incendio partió del centro de Flandes. Las crueldades del conde Luis II habían descontentado á todos sus súbditos. Un burgués de Gante, Santiago Artewelde, excitó al pueblo á la rebelión y se puso al frente de los sediciosos. Ese jefe insurrecto había seguido en otra época al conde de Valois en sus guerras de Italia, siendo « lacayo de la frutería de monseñor Luis de Francia. » De allá volvió á Gante, su patria, donde se casó con una fabricante de miel. Ese hombre, de energía infatigable y de asombrosa actividad, iba por todas partes seguido de un grupo de gente armada, para hacer justicia contra lo que llamaba los opresores del pueblo. Había llegado á ser ídolo de las masas, que lo colocaron á la cabeza del municipio de Gante, desde donde hacia temblar al país entero. Sintiendo que su partido necesitaba el apoyo del rey de Inglaterra, demostró á los flamencos que « sin eso no podían vivir, pues todas las Flandes

se fundaban en las pañerías, y sin lanas era imposible fabricar paño, por lo cual aconsejaba que se buscara la amistad del rey de Inglaterra. » Hizo aceptar esas ideas en Yprés, Brujas, Bergues, Cassel y Furnes, y luego se dirigió á Eduardo III para excitarlo á aliarse con él en contra del rey de Francia.



Aquel soberano, ya lleno de fuego por causa de los rencores de Roberto de Artois, recibió con alegría las proposiciones de Artewelde. Una sola cosa detenía á los flamencos: el juramento que habían hecho de permanecer fieles al estandarte francés. Para obviar esa dificultad, Eduardo tomó el título é insignias del rey de Francia, y en seguida se apresuraron los rebeldes á acogerse bajo las flores de lis de sus banderas.

Esa guerra que Eduardo emprendía agradaba mucho á la nobleza y al pueblo inglés. Todos los caballeros habían hecho voto de no mirar más que con un ojo, mientras no llegaran á distinguirse en Francia con alguna proeza. Así era que recorrían todo el Hainaut y la Baja Alemania en busca de aliados, con un ojo cubierto por un pedazo de paño verde. Felipe se alió, por su parte, con Juan III, duque de Bretaña, y así se hallaron dispuestas para una gran guerra las dos naciones.

Combate naval de la Esclusa (1340). — Las primeras victorias fueron para los franceses, que obtuvieron una en el mar, apoderándose de Portsmouth, de donde sacaron rico botín, y devastando luego la isla de Guernesey. Eduardo se vengó con saqueos é incendios, y esos desastres fueron seguidos por choques de escasa importancia entre las tropas de tierra. Mas, habiendo sabido Felipe que el rey de Inglaterra iba á desembarcar en Flandes con una escuadra inmensa, resolvió oponerles fuerzas casi iguales. En consecuencia, armó y montó cuatrocientos navíos con cuarenta mil hombres, normandos, picardos y genoveses. Los almirantes franceses despreciaron la opinión del genovés Barbevero, y se obstinaron en combatir delante del puerto de la Esclusa, donde no hubiesen hallado en el estrecho espacio que habían ocupado, aquello fué, más que un combate, una destrucción. Los franceses perdieron unos veinte mil hombres, salvándose sólo los bajeles pequeños. El resto cayó en manos de los ingleses (1340). Eduardo marchó contra Tournai, pero fracasó en la empresa; y Roberto de Artois, que avanzó contra Saint-Omer fué batido por el duque de Borgoña. Agotadas las fuerzas de los dos partidos, pactaron entonces una tregua de un año.

Asuntos de Bretaña (1341). — Las turbulencias de Bretaña volvieron á encender en seguida la guerra entre las dos naciones. Habiendo muerto el duque Juan III (1341), el conde de Montfort, su hermano uterino, y su sobrina Juana de Penthièvre, hija del

mayor de sus hermanos, se disputaron la herencia. Juana se había casado con el sobrino del rey de Francia, Carlos de Blois. De una y otra parte se alegaban textos legales que parecían contradictorios. La ley sálica, el derecho consuetudinario, los rescriptos de los emperadores romanos, y hasta la ley mosaica, todo era invocado á falta de razones decisivas y perentorias. Carlos de Blois fué sostenido por Felipe VI, al cual prometió mantener la Bretaña en mayor dependencia de la corona; Juan de Montfort se apresuró, por su parte, á reconocer como rey de Francia á Eduardo III, comprometiéndose á considerar la Bretaña como feudo dependiente de él. De ese modo cada uno de los dos reyes tuvo su candidato al trono ducal.

De ahí resultó, según dice Froissart, una de esas guerras llenas de « encuentros hermosos, actos de caballería, hermosos hechos de armas y hermosas proezas. » Habiendo sido hecho prisionero Juan de Montfort y encerrado en París en la torre del Louvre, la condesa Juana, su mujer, « no obstante que tenía gran luto en el corazón, reunió valientemente á todos sus amigos y sostenedores, y presentándoles un niño que tenía, llamado Juan como su padre, les dijo: ¡ Ah, Señores, no os anonadéis por lo que ocurre á Monseñor que hemos perdido, pues no era más que un solo hombre. Aquí tenéis mi hijo, que será, si Dios quiere, su vengador y que os dará bastantes bienes. » Y así recorrió todas las ciudades; reanimó el valor de sus soldados y sostuvo el peso de la guerra con heroísmo verdaderamente admirable.

Como Carlos de Blois tuviera poco después la misma suerte que Juan de Montfort, su mujer, Juana de Penthièvre imitó el valor de Juana de Montfort, y esas dos mujeres célebres se hicieron una guerra que recibió el nombre de *guerra de las dos Juanas*, en la cual se distinguió por sus hazañas la caballería bretona. Esa lucha no terminó hasta 1363, con el tratado de Guérande, que asignó aquella provincia á la casa de Montfort.

Muerte de Artewelde (1345). — Durante esta guerra de Bretaña, en el momento en que los reyes de Francia y de Inglaterra iban á llegar á las manos

por sostener á sus protegidos, los legados del papa habían intervenido, haciendo aceptar á los dos monarcas una tregua que fué firmada en Malestroit, en 19 de Enero de 1343, y que debía durar hasta el día de San Miguel de 1346. Pero el suplicio de Oliverio de Clisson, que Felipe VI había hecho decapitar en París, sin que pudiera reprocharle otra cosa que su fidelidad á Inglaterra, produjo la ruptura de la tregua en 1345.

El rey de Inglaterra tomó á su cargo la venganza de aquel valeroso caballero, y desembarcó en el puerto de la Esclusa, para excitar una rebelión entre los flamencos. Santiago Artewelde había trabajado las ciudades de Gante, de Brujas é Yprés; pero su palabra no tenía ya la misma autoridad. Y es más: el pueblo acabó por no ver en él sino un aventurero, que especulaba con sus infidelidades y que lo vendía al extranjero. En vez de prestar atención á sus proyectos de alzamiento, le ordenó que rindiese cuentas de su administración y empezó á lanzar acusaciones contra él. Ya había sido invadida su casa por amenazadora multitud, cuando Artewelde se presentó en una de sus ventanas para hablar al populacho irritado. Pero á todas sus palabras contestaba la multitud: « Queremos saber, qué ha sido del gran tesoro de Flandes, que habéis dispersado sin razón. » Pidió un día para justificarse. « No, le respondieron, queremos ver las cuentas en el acto. No os escaparéis así, pues sabemos la verdad. Sabemos que lo habéis vaciado y enviado á Inglaterra sin nuestro consentimiento, por lo cual vais á morir. » Astewelde procuró en vano salvarse. Apoderóse de él la multitud, y lo degolló villanamente y sin piedad. Ese fué un apoyo de menos para el rey de Inglaterra. La política de Felipe le había arrebatado, además, la ayuda del conde de Hainaut, pero todo ello no impidió que la guerra fuera fatal á Francia.

Expedición de Eduardo III á Francia. — El rey Eduardo desembarcó en Normandía, en la Hogue Saint-Vaast, y devastó toda la península del Cotentin. Los ingleses se apresuraron en seguida á marchar sobre Caén, que no pudo oponerles seria resistencia. Saquearon la ciudad y se precipitaron en Ruán, donde creían hallar el mismo botín, pero el ataque fracasó.

Entonces tomaron por la orilla izquierda del Sena, quemando y saqueando las ciudades de Pont-de-l'Arche, Vernón, Meulán, Louviers, y así llegaron hasta Poissy. De allí mandó Eduardo III algunos ojeadores á pegar fuego al castillo de Saint-Germain, á los burgos de Nanterre, Rueil y á todos los pueblos hasta Neuilly. La vista de las llamas asustó á los parisienses; el castillo de Montjoie de la abadía de San Dionisio fué también víctima de esas devastaciones, y por un momento se creyó que nada resistiría al furor de los ingleses.

Sin embargo, habiendo reunido Felipe VI su ejército por la parte de San Dionisio (Saint-Denis), presentó batalla á Eduardo; pero éste, sintiéndose demasiado débil para sostener la lucha, marchó sobre Beauvais, pasó bajo los baluartes de esa ciudad y se deluvo delante del Somma. Todos los puentes estaban bien guardados, y Eduardo se vió en visperas de ser cercado por los franceses, que le estrechaban de cerca y que se hallaban ya á la vista de Amiens. Un traidor le designó un vado del río, y así pudo pasar á la otra orilla; entonces fué á tomar posición en una colina, por encima del pueblo de Crécy, al oeste de Abbeville, y allí esperó al ejército de Felipe.

Batalla de Crécy (26 de Agosto de 1346). — Los ingleses estaban perdidos, si sus adversarios hubieran sido prudentes; pero al hallarse frente al enemigo, los franceses se dejaron arrastrar por su ardor caballeresco. « Ni el rey ni los mariscales pudieron ser dueños de su gente, pues había allí grandes personajes y señores que querían mostrar su poder. Así fué que se lanzaron en ese estado, sin arreglo ni orden, antes de estar cerca de los enemigos ó de verlos en su presencia. Cuando los ingleses vieron que los franceses se aproximaban, se levantaron con mucho orden y sin temor alguno, formándose en batalla. Cuando el rey Felipe llegó al sitio donde los ingleses estaban, parados y en buen orden, y los vió, ardióle la sangre, pues los detestaba con todo su corazón, y dijo á sus mariscales: « Haced que avancen nuestros genoveses y que dé principio la batalla, en nombre de Dios y de mi señor San Dionisio. »

Los príncipes franceses se expusieron valerosa-

mente á los golpes, atravesando la línea de los arqueros ingleses y yendo á dar contra la de los gendarmes, que estaban mandados por el joven príncipe de Gales, quien apenas tenía diez y seis años. El choque pareció tan terrible, que los generales aconsejaron á Eduardo que hiciese avanzar su tercera división, que tenía en reserva; pero el rey se negó, diciendo que quería « que el infante ganase sus espuelas. » En ese combate se sirvieron los ingleses de armas de fuego, pero los cañones estaban tan groseramente fabricados, que hacían más ruido que mal. Las flechas de los arqueros ingleses y las lanzas de los gendarmes fueron más funestas que todas las demás armas á los caballeros franceses. Once príncipes de éstos, con mil doscientos señores ó caballeros, y treinta mil soldados quedaron sobre el campo de batalla. Felipe huyó después de haber recibido dos heridas. Llegó á las puertas del castillo de la Broye cuando ya hacía noche cerrada. El rey hizo llamar al castellano, que asomándose á una tronera, preguntó: *¿Quién viene á llamar á esta hora?* Felipe contestó: *¡Abrid, abrid, es el infortunado rey de Francia!*

§ II. — Desde la batalla de Crécy hasta la muerte de Felipe VI (1346-1350).

Sitio de Calais. — Eduardo hubiera podido marchar sobre París, pero tuvo por más prudente replegarse hacia la parte del mar para afianzar su dominación sobre las costas. Con tal fin, puso sitio á Calais. Todas las grandes ciudades de Inglaterra, Dover, Bristol, Plymouth, Yarmouth, Sandwich, enviaron á Eduardo grandes socorros para que pudiese destruir á dicha plaza, pues importaba mucho al comercio que el estrecho fuera absolutamente libre, y que los barcos ingleses pudiesen abordar fácilmente en Flandes y demás puntos de la tierra firme. El sitio se transformó en bloqueo. Los sitiados resistieron valerosamente, esperando siempre que el rey de Francia acudiera á salvarlos; Felipe se acercó, en efecto, á la ciudad con un ejército: pero viendo las fortísimas posiciones que ocupaba su enemigo, tomó la resolución de retirarse. Los de Calais, vencidos por el hambre, enviaron á

Juan de Viena para tratar de la capitulación. El rey de Inglaterra les hizo decir « que para obtener perdón, debían entregarle seis de los más notables burgueses de la ciudad, que habían de presentársele descubiertos y descalzos, con la soga al cuello, y las llaves de la ciudad y del castillo en las manos, entregándose á discreción. » Juan de Viena reunió á todos los burgueses de la ciudad y les manifestó las condiciones que dictaba el vencedor.

Eustaquio de San Pedro. — Al conocer la exigencia de Eduardo, fué universal la consternación. No



Eustaquio de San Pedro y los burgueses de Calais.

sabían cómo designar las seis víctimas reclamadas. Mas, de pronto Eustaquio de San Pedro, el burgués más rico de la ciudad, se adelantó y dijo á sus conciudadanos : « Señores, grandes y pequeños, sería grande error dejar morir tal gente. Yo tengo mucha esperanza de obtener el perdón de Nuestro Señor, si muero por salvar á este pueblo ; así, quiero ser el primero. » Asombrados por ese lenguaje, todos se echaban á sus pies, regándose con el universal llanto. Otro ciudadano, Juan de Aire, anunció que acompañaría á su compadre el señor Eustaquio ; ofrécese con análoga abnegación, dos hermanos, Santiago y Pedro de Wissant ; y por fin el número se completa con otros

dos notables cuyos nombres no ha conservado la historia.

Cuando esos seis hombres estuvieron prestos, se abrieron las puertas de la ciudad y los siguieron con la vista hasta que llegaron á la entrada del campamento del rey Eduardo. Presentáronse descalzos, con la soga al cuello, en la tienda del monarca para oír su sentencia.

Eduardo los esperaba, rodeado por todos los grandes señores de su corte, en la plazoleta formada delante de su alojamiento. « Señor, le dijo Gualterio de Mauny, aquí está la representación de la ciudad de Calais á vuestras órdenes. » El rey permaneció sin moverse y los miró con aire muy cruel, pues odiaba en extremo á los habitantes de Calais, por causa de los grandes daños y contrariedades que le habían producido en otra época sobre el mar. Esos seis burgueses se echaron en seguida á los pies del soberano, y dijeron así, con las manos juntas : « Noble señor y noble rey, aquí estamos los seis, que hemos sido siempre burgueses de Calais y grandes mercaderes ; aquí os traemos las llaves de la ciudad y del castillo de Calais, y las entregamos á vuestro arbitrio, y nos ponemos á vuestra voluntad, hasta el punto que veis, por salvar al pueblo de Calais, que ha sufrido mucho. Tened piedad de nosotros y hacenos gracia, por vuestra muy alta nobleza. » Ciertamente, no hubo entonces allí señor caballero ni hombre de corazón que pudiera abstenerse de llorar de lástima, ó á quien no se le añudase la voz en la garganta. El rey los miró con ira, pues tenía el corazón tan duro y tan irritado el ánimo, que no pudo hablar, y cuando lo hizo fué para mandar que les cortaran inmediatamente las cabezas. Todos los barones y caballeros presentes, suplicaron llorando al rey, que quisiera tener piedad y hacer gracia á los burgueses ; pero no quiso oír nada. Sir Gualterio de Mauny habló á su vez en favor de Eustaquio y de sus compañeros ; pero Eduardo rechinó los dientes y dijo : « Que venga el ejecutor. » La noble reina de Inglaterra que estaba en cinta y lloraba tan tiernamente de piedad, que no podía sostenerse, hizo entonces gran acto de humildad, y poniéndose de rodillas delante de su

rey y señor dijo: «¡Ah, noble señor, desde que con gran peligro pasé el mar, no os he pedido ni rogado nada. Pues ahora os suplico y requiero humildemente para que me hagáis un presente, por el hijo de Santa María y por mi amor, y es tener piedad de esos seis hombres.» El rey estuvo sin hablar un instante, mirando á la buena señora su mujer, que lloraba muy tiernamente puesta de rodillas, y se le ablandó el alma, pues con dificultad la hubiera contrariado hallándose la reina en aquella situación, y dijo: «¡Ah, señora, preferiría que estuviéseis en otra parte, en vez de hallaros aquí. Me rogáis con tanta instancia, que no me atrevo á negaros lo que me pedís, y aunque lo hago con pena, tomadlos, os los entrego, puesto que tal es vuestro deseo.» La buena señora dijo: «Monseñor, muchísimas gracias.» Entonces se puso de pie la reina, hizo que la imitaran los seis burgueses, mandó que les quitasen las sogas del cuello, y se los llevó á su cuarto, donde los obligó á revestirse y á comer; y luego, dando á cada uno seis nobles (monedas de oro), ordenó que los llevaran fuera del campamento en seguridad (5 de Agosto de 1347) (1).

Peste de Florencia. — Después de esa conquista, el soberano pontífice Clemente VI, que no deseaba más que la paz en interés de la Iglesia, interpuso su mediación entre los dos príncipes, y les hizo firmar una tregua de un año (26 de Septiembre de 1347), que se prolongó hasta 1355. Francia fué por entonces víctima de dos horribles calamidades, la peste y el hambre. La primera, que se ha llamado *peste negra* ó *peste de Florencia*, porque ejerció sus primeros estragos en esa ciudad, apareció en el Languedoc, donde se decía que había venido de *ultramar* por Lombardia. Allí causó horribles estragos durante ocho meses, pasando después á Francia. El primer caso ocurrió en Roissy pequeño pueblo cerca de Gonesse. Desde ahí se difundió por todo el reino. «En muchos puntos, dice el continuador de Nangis, de cada veinte hombres, quedaron apenas dos con vida. En el Hôtel-Dieu de París la mortandad fué tan grande que durante cada día

(1) Froissart, libro I, parte primera, cap. cccxxi.

salian de él en carros, camino del cementerio de los Inocentes, quinientos muertos.» En París perecieron de la plaga ochenta mil personas, y en San Dionisio unas diez y seis mil. Esa calamidad recorrió toda Europa, llevándose la cuarta parte de sus habitantes. En diversas localidades se acusó á los judíos y á algunos malos cristianos de haber envenenado las aguas y les dieron muerte.

La gabela. — Para atender á los gastos de la guerra había recurrido Felipe VI á los mismos medios inicuos y odiosos de que se sirviera Felipe el Hermoso, dictando decretos de expoliación contra los judíos y los mercaderes italianos, arrancando al clero subsidios injustos, y apropiándose, bajo el nombre de *regalias*, los derechos percibidos por los patronos sobre los beneficios vacantes. También recurrió á la alteración de la moneda, y abusó hasta tal punto de esa medida desleal, que en 1342 varió casi cada semana el precio del dinero. Al mismo tiempo, vendió puestos judiciales y creó nuevos impuestos. Una ordenanza de 1343 estableció que el rey de Francia tendría el monopolio de la sal, y que este artículo no podría venderse más que en las *gabelas* ó graneros del rey. Ese impuesto hizo que lo llamaran autor de la ley *sálica*. También estableció una contribución de cuatro dineros sobre todas las ventas, estorbando las transacciones mercantiles. Los estados generales habían decretado en 1338 que los reyes «no impondrían al pueblo ningunas cargas extraordinarias, sin consentimiento de los tres brazos, y que así deberían jurarlo en el momento de su coronación.» Pero ese gran principio, que establecía que la nación no debía el impuesto más que cuando lo consentían sus representantes, fué violado constantemente por Felipe de Valois. Los estados generales de la lengua de *oil*, reunidos en París, y los de la lengua de *oc*, convocados en Tolosa en 1348, reclamaron contra los abusos, pero no pudieron obtener su fin.

Adquisición de Montpellier y del Delfinado. — Felipe VI añadió á los dominios de la corona el señorío de Montpellier y el Delfinado. El primero lo compró á Jaime II, rey de Mallorca, por una suma de ciento veinte mil escudos. El Delfinado le fué cedido por Humberto II, conde de Viena, que llamaban el

delfín del Viennois, porque en las armas de su casa había un delfín. Ese vendió sus Estados al rey de Francia en 1349 por 20.000 florines, bajo la condición de que el heredero presunto de su corona llevaría en adelante el título de Delfín. Esa adquisición era importante, porque llevaba las fronteras de Francia hasta los Alpes, que le servían de baluarte por aquel lado. Felipe VI murió un año después de esa adquisición (1350). Ese príncipe poseyó todas las virtudes de un caballero leal y valeroso, pero careció de las cualidades que caracterizan á los grandes reyes.

Resumen de este capítulo. — Como la extinción de los Capetos directos hiciera surgir en los reyes de Inglaterra pretensiones á la corona de Francia, estalló de nuevo la rivalidad entre las dos naciones, dando origen á una guerra secular, que por tal motivo ha recibido el nombre de guerra de los cien años. Esa lucha se divide en dos periodos: el primero comprende los reinados de Felipe VI, de Juan el Bueno y de Carlos V; el segundo los de Carlos VI y de Carlos VII.

I. Felipe VI principió esa terrible lucha. Tenía á su disposición fuerzas imponentes, y podía gloriarse de poseer las mayores alianzas de Europa. Empezó con fortuna, pues habiéndose rebelado los flamencos contra su conde, Luis I, Felipe tomó partido por su vasallo, triunfó de los sediciosos en Cassel y los sometió á la ley. Entonces exigió que el rey de Inglaterra le prestara pleito homenaje (1331), y vió reunidos en su corte á los principales soberanos de Europa. Tanta suerte lo desvaneció; habiendo dictado una sentencia que disgustó á Roberto de Artois, eso sirvió de pretexto para que empezase de nuevo la lucha entre Francia é Inglaterra (1337). La Flandes se alzó, instigada por Santiago Artewelde, y los rebeldes llamaron en su auxilio al rey de Inglaterra. Después de obtener algunas ventajas, los franceses perdieron la batalla de la Esclusa (1340), á la cual siguió una tregua entre los dos países (1341). Pero las turbulencias de Bretaña y los asuntos de Flandes reanimaron casi inmediatamente las hostilidades. Esta vez Eduardo III no pudo ser secundado por Artewelde, como en sus primeras campañas; ese jefe de rebeldes habia perdido su popularidad, y hasta sido degollado por los flamencos (1345). Sin embargo, los acontecimientos le fueron favorables; el ejército francés fué deshecho en la batalla de Crécy, donde pereció toda la flor de la nobleza de Felipe VI (1346).

II. Sin embargo, el rey de Inglaterra no sacó de esa victoria todo el partido que hubiera podido. Contentóse con sitiar á Calais. En esa circunstancia es de admirar la abnegación de Eustaquio de San Pedro y de sus compañeros. Después de la toma de dicha ciudad, el soberano pontífice logró que los dos soberanos pactaran una tregua que duró hasta (1355). Entonces fué Francia assolada por dos plagas terribles, el hambre y la peste. Felipe VI renovó las exacciones de Felipe el Hermoso, y

estableció la *gabeta* ó estanco de la sal en su favor. Añadió á los dominios de la corona el señorío de Montpelier y el Delfinado, y murió después de reinar 22 años (1350).

CAPÍTULO VI.

JUAN. LOS ESTADOS GENERALES Y ESTEBAN MARCEL.
LA JAQUERÍA. TRATADO DE BRÉTIGNY.

Durante este reinado, lo mismo que en el precedente, continúa la lucha entre Francia é Inglaterra con las mismas calamidades y los mismos desastres. Juan II posee el espíritu caballeresco, como su padre, pero es más imprevisor y pródigo aún. En lo interior del reino se perpetúan las mismas exacciones y abusos; el desastre de Poitiers renueva el de Crécy y tiene consecuencias más funestas todavía, porque el rey y la nobleza se vieron obligados á arruinarse y arruinar al mismo tiempo á la nación para pagar su rescate. Y como el cautiverio del rey dejó que todos los órdenes del Estado quedaran abandonados á su espíritu de independencia, resultó horrible anarquía.

§ I. — Desde el advenimiento del rey Juan hasta su cautiverio.
Batalla de Poitiers (1350-1356).

Carácter de ese príncipe. — Juan el Bueno tenía treinta y un años cuando subió al trono. El nuevo rey habia recibido brillante educación; pero nadie lo habia iniciado en el conocimiento de los hombres y de su siglo. Eduardo III habia triunfado de Felipe de Valois, porque lo atacó con tropas permanentes y regulares, y porque toda su conducta en la lucha se ajustó á principios de táctica que constituían un progreso sobre los tiempos anteriores. Juan el Bueno no sólo no pensó en aprovechar la lección que los suyos habian recibido, sino que ni siquiera la comprendió. Gobernó al reino con imaginación verdaderamente caballeresca, y sólo brilló por la viveza de su valor y la magnificencia de sus dádivas. Empezó por crear una orden nueva, que se llamó *Orden de la Estrella*, porque todos los caballeros de la misma debían llevar una estrella en su *toquilla* ó en el *ferreruelo*. Juan no pensaba más que en fiestas y torneos, y autorizaba los combates singulares en recuerdo de los duelos jurídicos sancionados por la legislación feudal. Esos caprichos hubieran

delfín del Viennois, porque en las armas de su casa había un delfín. Ese vendió sus Estados al rey de Francia en 1349 por 20.000 florines, bajo la condición de que el heredero presunto de su corona llevaría en adelante el título de Delfín. Esa adquisición era importante, porque llevaba las fronteras de Francia hasta los Alpes, que le servían de baluarte por aquel lado. Felipe VI murió un año después de esa adquisición (1350). Ese príncipe poseyó todas las virtudes de un caballero leal y valeroso, pero careció de las cualidades que caracterizan á los grandes reyes.

Resumen de este capítulo. — Como la extinción de los Capetos directos hiciera surgir en los reyes de Inglaterra pretensiones á la corona de Francia, estalló de nuevo la rivalidad entre las dos naciones, dando origen á una guerra secular, que por tal motivo ha recibido el nombre de guerra de los cien años. Esa lucha se divide en dos periodos: el primero comprende los reinados de Felipe VI, de Juan el Bueno y de Carlos V; el segundo los de Carlos VI y de Carlos VII.

I. Felipe VI principió esa terrible lucha. Tenía á su disposición fuerzas imponentes, y podía gloriarse de poseer las mayores alianzas de Europa. Empezó con fortuna, pues habiéndose rebelado los flamencos contra su conde, Luis I, Felipe tomó partido por su vasallo, triunfó de los sediciosos en Cassel y los sometió á la ley. Entonces exigió que el rey de Inglaterra le prestara pleito homenaje (1331), y vió reunidos en su corte á los principales soberanos de Europa. Tanta suerte lo desvaneció; habiendo dictado una sentencia que disgustó á Roberto de Artois, eso sirvió de pretexto para que empezase de nuevo la lucha entre Francia é Inglaterra (1337). La Flandes se alzó, instigada por Santiago Artewelde, y los rebeldes llamaron en su auxilio al rey de Inglaterra. Después de obtener algunas ventajas, los franceses perdieron la batalla de la Esclusa (1340), á la cual siguió una tregua entre los dos países (1341). Pero las turbulencias de Bretaña y los asuntos de Flandes reanimaron casi inmediatamente las hostilidades. Esta vez Eduardo III no pudo ser secundado por Artewelde, como en sus primeras campañas; ese jefe de rebeldes habia perdido su popularidad, y hasta sido degollado por los flamencos (1345). Sin embargo, los acontecimientos le fueron favorables; el ejército francés fué deshecho en la batalla de Crécy, donde pereció toda la flor de la nobleza de Felipe VI (1346).

II. Sin embargo, el rey de Inglaterra no sacó de esa victoria todo el partido que hubiera podido. Contentóse con sitiar á Calais. En esa circunstancia es de admirar la abnegación de Eustaquio de San Pedro y de sus compañeros. Después de la toma de dicha ciudad, el soberano pontífice logró que los dos soberanos pactaran una tregua que duró hasta (1355). Entonces fué Francia assolada por dos plagas terribles, el hambre y la peste. Felipe VI renovó las exacciones de Felipe el Hermoso, y

estableció la *gabeta* ó estanco de la sal en su favor. Añadió á los dominios de la corona el señorío de Montpelier y el Delfinado, y murió después de reinar 22 años (1350).

CAPÍTULO VI.

JUAN. LOS ESTADOS GENERALES Y ESTEBAN MARCEL.
LA JAQUERÍA. TRATADO DE BRÉTIGNY.

Durante este reinado, lo mismo que en el precedente, continúa la lucha entre Francia é Inglaterra con las mismas calamidades y los mismos desastres. Juan II posee el espíritu caballeresco, como su padre, pero es más imprevisor y pródigo aún. En lo interior del reino se perpetúan las mismas exacciones y abusos; el desastre de Poitiers renueva el de Crécy y tiene consecuencias más funestas todavía, porque el rey y la nobleza se vieron obligados á arruinarse y arruinar al mismo tiempo á la nación para pagar su rescate. Y como el cautiverio del rey dejó que todos los órdenes del Estado quedaran abandonados á su espíritu de independencia, resultó horrible anarquía.

§ I. — Desde el advenimiento del rey Juan hasta su cautiverio.
Batalla de Poitiers (1350-1356).

Carácter de ese príncipe. — Juan el Bueno tenía treinta y un años cuando subió al trono. El nuevo rey habia recibido brillante educación; pero nadie lo habia iniciado en el conocimiento de los hombres y de su siglo. Eduardo III habia triunfado de Felipe de Valois, porque lo atacó con tropas permanentes y regulares, y porque toda su conducta en la lucha se ajustó á principios de táctica que constituían un progreso sobre los tiempos anteriores. Juan el Bueno no sólo no pensó en aprovechar la lección que los suyos habian recibido, sino que ni siquiera la comprendió. Gobernó al reino con imaginación verdaderamente caballeresca, y sólo brilló por la viveza de su valor y la magnificencia de sus dádivas. Empezó por crear una orden nueva, que se llamó *Orden de la Estrella*, porque todos los caballeros de la misma debían llevar una estrella en su *toquilla* ó en el *ferreruelo*. Juan no pensaba más que en fiestas y torneos, y autorizaba los combates singulares en recuerdo de los duelos jurídicos sancionados por la legislación feudal. Esos caprichos hubieran

podido serle perdonados si hubiera sabido conciliarse las voluntades. Por desgracia, vejó á todo el mundo con sus medidas imprudentes é inconsideradas.

Así fué como se hizo odioso á la nobleza por el suplicio inútil del condestable Raúl, conde de Eu y de Guines, á quien suponía de connivencia con el rey de Inglaterra; irritó al pueblo alterando la moneda, y se sometió humildemente á todos los caprichos del carácter inquieto y original del rey de Navarra, Carlos el Malo. Tres veces urdió contra él ese pérfido príncipe inicuas conspiraciones, y por tres veces lo perdonó, temiendo que se pusiera de parte de los ingleses. Y hasta recompensó con dádivas en dinero y tierra sus infidelidades, y cometió la torpeza de dar al reino el mayor de los escándalos, dejando así impunes públicamente la deslealtad y el asesinato.

Estados generales de 1355. — Lo que hay de notable en esa época, es el espíritu de independencia que se manifiesta en todas las clases de la sociedad. Habiendo tenido necesidad de subsidios, el rey había convocado los estados generales en 1351; pero sólo obtuvo de ellos promesas, lo que le obligó á recurrir á las exacciones empleadas por sus predecesores. Cuando estuvo á punto de expirar la tregua que había pactado con Inglaterra, como su prodigalidad había agotado todos los recursos, convocó de nuevo los estados para que le concedieran los subsidios indispensables. Así pues, reunió á los *prelados, capítulos, barones y ciudades de Francia* en la cámara del Parlamento en 1355, é hizo que su canciller les expusiera la situación de los ejércitos. Los tres órdenes hicieron separadamente protestas de adhesión y afecto á la persona del soberano y deliberaron sobre las medidas que convenia tomar para la defensa del reino. Decidióse poner en pie de guerra un ejército de 90.000 combatientes, para resistir á los inmensos preparativos que hacia el rey de Inglaterra, y se votaron todos los recursos necesarios para el sostenimiento de dicho ejército. Pero en cambio, los Estados exigieron de Juan II el establecimiento de una moneda invariable, la supresión del derecho de tomar en viaje todas las cosas necesarias, porque, con tal pretexto, los oficiales del rey saqueaban las haciendas co-

lindantes con las residencias reales. Y para que el dinero concedido no fuera disipado locamente, como todo cuanto el rey había tenido hasta entonces á su disposición, ordenaron que quedaría en manos de los recaudadores particulares de los estados, que deberían probar la inversión de esos fondos en el equipo del ejército y las necesidades de la guerra. Los subsidios debían ser obtenidos por medio de un impuesto sobre la sal y con ayuda de ocho dineros por libra sobre todas las cosas vendidas. Ese impuesto debía pesar igualmente sobre todas las clases del reino, prelados, nobles ó burgueses. Esas innovaciones que llevaban



Juan el Bueno en la batalla de Poitiers.

envuelto en sí el derecho de los diputados á votar el impuesto, determinando y vigilando los gastos, arrebatando á la monarquía parte de su soberanía; pero Juan, apurado por el peligro en que se hallaba, consintió en todo lo que quisieron.

Batalla de Poitiers (1356). — La tempestad que amenazaba estalló de repente, amenazadora y terrible. Eduardo III entró en Francia por el Artois, mientras el *Príncipe Negro*, su hijo, asolaba la Gascuña. Normandía se agitó por obra de los pérfidos manejos de Carlos el Malo. Juan II no se desconcertó por eso; empezó por dirigirse contra su rebelde yerno, pacificó el país que éste había trastornado, y encerró al navarro en una

plaza fuerte de Picardía. Una rebelión que estalló en Escocia obligó al mismo tiempo á Eduardo á abandonar el norte de Francia. No quedaba, pues, más que combatir al príncipe de Gales. Juan lo alcanzó cerca de Poitiers y bloqueó de tal manera sus tropas que le era casi imposible salvarse. Para obligarlo á rendirse, bastaba mantenerlo un día más en el punto donde lo habían cercado. Desgraciadamente, el rey no era hombre capaz de estarse veinticuatro horas frente al enemigo sin combatir. Ordenó el ataque de manera irreflexiva, y las tropas francesas fueron completamente deshechas, dejando once mil muertos sobre el campo de batalla. Además, los ingleses hicieron prisionero al rey Juan, con trece condes, un arzobispo, setenta barones y dos mil hombres de armas, todo lo cual constituyó una derrota más desastrosa aún para Francia de lo que lo había sido la de Crécy.

Sin embargo, el príncipe de Gales no se dejó deslumbrar por su victoria. Como sus prisioneros eran doble que sus soldados, no se empeñó en guardarlos cautivos, sino que devolvió la libertad á la mayor parte de ellos, sin más garantía que la palabra que daban de presentarse en Burdeos durante las próximas fiestas de Navidad á pagar el rescate convenido ó á entrar de nuevo en cautiverio. En cuanto al rey Juan, tuvo especial cuidado en no humillarlo, y, al contrario, lo trató con respeto caballeresco, sirviéndole en persona á la mesa, y negándose á sentarse en su presencia. En vez de marchar sobre París después de su victoria de Poitiers, se fué á Burdeos, para poner en seguridad su inmenso botín y sus prisioneros. De allí llevó al rey Juan á Londres, donde el *Príncipe Negro* (por el color de su armadura) fué recibido en triunfo.

§ II. — *Los estados generales y Esteban Marcel. La Jaquería. Tratado de Brétigny (1336-1364).*

El delfin Carlos. Estados generales de 1336. Esteban Marcel. — Cuando el rey Juan se halló en Londres, el papa logró por segunda vez que se conviniera una tregua entre las dos naciones. Francia, privada de su soberano, se hallaba en situación exce-

sivamente crítica. El delfin Carlos, que debía heredar la corona y merecer el nombre de Carlos el Sabio ó Carlos el Prudente, fué proclamado lugarteniente general del reino, después de lo cual convocó en el acto los estados generales (29 de Septiembre de 1336), para tratar de los medios de obtener la libertad del rey su padre y vengar la humillación recibida. En esa asamblea hablaron : Pedro de Craón, arzobispo de Reims, en nombre del clero, Felipe, duque de Orléans, en el de la nobleza y Esteban Marcel, prevoste de los mercaderes en el del estado llano (1). Todos esos discursos respiraban sedición y revueltas. Los estados querían que se castigase á todos los oficiales del rey Juan por haber administrado mal el reino; pedían la libertad del rey de Navarra, bajo el pretexto de que su detención había sido la señal de todos los males que habían caído sobre el reino, y confiscaban en provecho propio la autoridad soberana, imponiendo al delfin consejeros que habían de tener la autoridad de hacer y mandar todo, lo mismo que el rey.

Carlos halló manera de eludir esas pretensiones y suspender las sesiones de los estados; pero la falta de dinero lo obligó á reunirlos otra vez el 5 de Febrero de 1337. Entonces los halló más ardientes é intratables que nunca. El obispo de Laón, Roberto Lecoq, llevó la palabra y pidió al delfin que alejase de sus consejos veintidós de sus ministros, culpables de malversación y de abuso de poder. Al mismo tiempo le suplicó que dejase á los estados generales la facultad de reunirse regularmente dos veces al año, sin más convocatoria, para asegurarse de si las leyes eran observadas fielmente; la de permitirles nombrar treinta y seis comisarios, doce de cada brazo, para asistir al delfin mientras la asamblea no estaba reunida. También pidieron que se les reconociese el derecho de votar los impuestos, vigilando su inversión; que el delfin se comprometiera á no alterar nunca más en lo porvenir la moneda, y á reformar la justicia, ordenando á los jueces expedir sin tardanza los asuntos y con el menor coste

(1) Este Marcel fué el fundador del *Hôtel de Ville* de París en 1357.

posible; y por fin que no volviera á dejar á sus gentes el derecho de tomar en los viajes las cosas necesarias á su persona, pues eso daba origen á monstruosos abusos. Juan de Picquigny, en nombre de los nobles, Esteban Marcel, en el de los burgueses de París, y un abogado de Abbeville en el de los municipios, aprobaron las palabras del obispo de Laón y sostuvieron todas sus proposiciones.

Carlos el Malo. — Entretanto se había fortalecido el partido del rey de Navarra, Carlos el Malo. Éste era, por su madre, nieto de Luis el Testarudo, y sin la aplicación de la ley sálica, le habría correspondido la corona, puesto que era el verdadero representante de los derechos de la rama femenina de la dinastía de los Capetos. Sus partidarios disimulaban mal esas pretensiones, y el rey Juan lo había hecho arrestar porque veía en él un peligroso enemigo de su familia. Al día siguiente de la reunión de los estados generales, Juan de Picquigny fué á sacar al príncipe de su prisión, para convertirlo en jefe de su partido. El rey de Navarra se presentó en seguida en el Pré aux Clercs y arengó al pueblo.

El delfín permanecía aislado durante ese tiempo. Marcel fué á verlo y le ordenó que hiciera justicia al rey de Navarra. Todo el mundo conocía los crímenes y traiciones de este príncipe, que la posteridad ha apellidado *Malo*; pero el delfín tuvo que ceder, concediendo cuanto quisieron. El prevoste de los mercaderes, orgulloso por ese triunfo, no ocultó más sus intentos secretos. Mandó á sus partidarios que se pusieran una toquilla encarnada y azul para reconocerse mutuamente, y resolvió intimidar al delfín, llevando la multitud amotinada hasta dentro del palacio real.

Reunió, pues, á los artesanos, en número de tres mil, y los condujo á la morada del príncipe, donde hizo degollar ante la vista de éste, á Juan de Conflans, mariscal de Champaña, y á Roberto de Clermont, sus fieles ministros. Carlos pidió temblando al prevoste que le hiciera gracia de la vida. « Señor, le dijo Marcel, no debéis temer nada », y en seguida le puso en la cabeza el gorro encarnado y azul, que era el distintivo de los sublevados. El delfín lo aceptó y ratificó los horrores

que acababa de presenciarse; pero no sin conservar en su pecho sentimientos de cólera y de venganza.

Dejó que el prevoste llamara á París al rey de Navarra, y luego, cuando vió á los facciosos divididos, se alejó de la capital, donde su acción tropezaba con grandes trabas, y se retiró á Compiègne, en cuyo punto pudo reunir á su alrededor todos sus partidarios. Allí convocó una asamblea de los tres brazos del reino, obtuvo de ella algunos subsidios, organizó un ejército, y se presentó á bloquear á París. La proximidad del peligro provocó en el pueblo de la gran ciudad nueva reacción. Marcel quería que se proclamase rey al na-



Muerte de Esteban Marcel.

varro; pero dos burgueses, Juan y Simón Maillart, formaron un partido potente contra el fogoso tribuno, y resolvieron darle muerte (1358).

Muerte de Marcel. — Sabían que el prevoste de los mercaderes se había puesto de acuerdo con Carlos el Malo para entregarle la puerta y la bastilla de San Dionisio, haciéndolo de ese modo dueño de París. La ejecución del complot estaba fijada para la noche del 31 de Julio al 1.º de Agosto. Juan Maillart, que había adivinado esos designios, los confió á los jefes del delfín, Pipino de los Essarts y Juan de Charny, y los tres con sus hombres « se presentaron un poco antes de medianoche en la bastilla de San Dionisio, donde ha-

laron al prevoste de los mercaderes con las llaves en las manos. Juan Maillart empezó por dirigirle estas palabras: «¿Esteban, qué hacéis aquí á esta hora?» El prevoste le respondió: «Juan, estoy aquí para guardar la ciudad cuyo gobierno me está confiado. — Por Dios, replicó Maillart, que no lo creo; estáis aquí sin ánimo de cosa buena; y os lo prueba, dijo volviéndose á los que lo acompañaban, que tiene en sus manos las llaves de la ciudad, para venderla.» El prevoste de los mercaderes se adelantó exclamando: «Mentís. — Por Dios, respondió Juan Maillart, traidor, quien miente sois vos.» Y en seguida cayó sobre él y dijo á sus gentes: «Á muerte, á muerte todos los suyos, pues son traidores.» Trabajó empeñado combate, y el prevoste hubiera huido de poder hacerlo; pero se vió acosado tan de cerca, que no lo logró, pues Juan Maillart le asestó un golpe en la cabeza con un hacha de armas y lo tendió á sus pies, aunque era compadre suyo, y no se separó de él hasta darle muerte con seiscientos de los que le seguían; los restantes fueron cogidos y enviados á las prisiones (1).

La Jaquería. — Mientras París era, según se ha visto, teatro de las primeras tentativas de rebelión del estado llano, contra la nobleza, los campos presenciaban desórdenes aun más graves. El populacho se había amotinado, y habiéndole inspirado la miseria odio violento y cruel contra todos los que poseían dinero ó tierras, no distinguió en sus destrucciones y matanzas á los burgueses y los nobles. Se dió el nombre de *jaquería* (2) á esos campesinos armados, porque ellos mismos se llamaban *Jacques Bonhomme* (como si dijéramos, *Juan Lanus*), aludiendo al desdén que les demostraba la nobleza. En su venganza ciega, exterminaban á los señores y cometían en las campañas crímenes horribles. Sus devastaciones principales se efectuaron en Champaña, la Picardía y la Isla de Francia. La nobleza y la burguesía olvidaron por un instante sus

(1) Froissart, libro I, parte segunda, cap. LXIII.

(2) Sería mejor decir *sublevación de los paisanos ó campesinos*, pero el término *jaquería* está aceptado en la lengua por autoridades como D. Fernando de Castro, profesor de historia que fué en Madrid.

querellas particulares, para marchar unidas contra aquellos bárbaros, que sólo hablaban de exterminar. Los ingleses, los navarros y las tropas del regente se reunieron contra las bandas agrarias, mataron gran número de esos rebeldes cerca de Clermont y destruyeron por el hierro y el fuego los restantes en Meaux.

Tratado de Bretigny (1360). — Tantas calamidades hicieron apeteecer la vuelta del rey Juan; así fué que Eduardo quiso hacer pagar cara su libertad, pidiendo que le fueran concedidas sin ninguna condición de homenaje, la Normandía, la Guiena, el Poitou, la Turenna, el Anjou, el Maine, el Agenois, el Quercy, la Gasuña, la Saintonge, el Angoumois, el Limosin, el Perigord, los condados de Boulogne y de Guines, el condado de Ponthieu, el vizcondado de Montreuil y la ciudad. Además, reclamaba cuatro millones de escudos de oro, y por ese precio prometía renunciar á sus derechos á la corona de Francia. El delfin leyó ese tratado temblando de indignación. Convocó los estados generales, y la nación á una rechazó aquellas injuriosas y humillantes condiciones. Decidióse la guerra. Eduardo se presentó en Francia con numeroso ejército, recorriendo las más bellas provincias y saqueando y devastando las campiñas; pero como no podía penetrar en las ciudades, la miseria no tardó en dejarse sentir entre sus tropas, y entonces se vió obligado á reanudar las negociaciones. Devolvió la libertad al rey bajo la condición de que le dejaría en plena soberanía Calais, el Ponthieu y todo el antiguo ducado de Aquitania. Fijóse en tres millones de escudos de oro el rescate de Juan II pagaderos en seis plazos iguales, año á año. Ese pacto, tan oneroso para Francia, se firmó cerca de Chartres, en el pequeño pueblo de Brétigny (1360).

Fin del reinado de Juan II (1360-1364). — Al volver á su capital, Juan fué acogido con entusiasmo por el pueblo, el clero y la nobleza. Al año siguiente, el rey vendió á los judíos el derecho de volver á entrar en Francia, en compañía del fraude y de la usura; luego necesitó recargar de pesadísimos impuestos al pueblo ya arruinado. Sin embargo, en medio de esos grandes desastres, no falló á lo que exigía el honor. Habiéndose evadido uno de sus hijos, el duque de Anjou, que

dejara en rehenes al rey de Inglaterra, Juan, indignado por esa deslealtad, volvió á Inglaterra, donde murió (1364). Á ese monarca se le atribuyen estas hermosas palabras: « Si la buena fe estuviera desterrada del resto del mundo, sería preciso hallarla en boca de los reyes. »

Segunda casa de Borgoña. — Juan II había reunido á su corona la *Normandía*, que recibió como patrimonio, el condado de *Tolosa*, el de *Champaña*, que fué reclamado en vano por el rey de Navarra, y el ducado de *Borgoña*, que pasó á su poder al extinguirse la primera casa de los Capetos de Borgoña en 1361. Pero cometió el error de separar de sus dominios esa última posesión para darla á su cuarto hijo, Felipe el Atrevido, que así se convirtió en jefe de la segunda casa de Borgoña. Habiéndose casado ese príncipe en 1384 con Margarita, hija y heredera del conde de Flandes, ese enlace hizo de los duques de Borgoña los más poderosos vasallos del rey de Francia, y favoreció así su ambición, tan fatal para la monarquía. Juan II dividió torpemente aun más el reino, que en esos momentos necesitaba por el contrario unidad, haciendo del ducado de Anjou y del de Berry patrimonios para sus demás hijos.

Resumen de este capítulo. — El reinado de Juan II es uno de los más tristes y desastrosos de la monarquía francesa.

I. Sin tener malas intenciones, ese príncipe, tan caballeresco como Felipe VI, su padre, pero más imprevisor y pródigo, irritó á todo el mundo á fuerza de exacciones y arbitrariedades. Entonces se manifestó el espíritu de independencia en todas las clases de la sociedad. Cuando estaba á punto de terminar la tregua pactada con el rey de Inglaterra, Juan reunió los estados generales que, si bien aprobaron su política, reclamaron contra los abusos de su gobierno (1355). Decidióse que se pondría en pie de guerra un ejército numeroso; pero la ligereza del rey lo comprometió, haciendo que lo destruyeran los ingleses en la batalla de Poitiers (1356).

II. Habiendo sido hecho prisionero el rey en esa derrota, Francia quedó entregada á la más deplorable anarquía. El delfín Carlos convocó los estados generales (1356) que trataron un momento de gobernar la nación; pero no tardaron en ser oscurecidos por el partido popular, que pretendía dar el poder y la corona al rey de Navarra, Carlos el Malo. Mientras que París veía alzarse la burguesía contra la nobleza, las provincias eran assoladas por el populacho que, con el nombre de *jaquería*, cometió horribles crímenes, turbando en todas partes el orden y

al paz. El tratado de Brétigny (1360) vino á poner por un instante término á todos esos males, pero cuando hubo que cumplir las condiciones del mismo, el rey y la nobleza tuvieron que arruinarse y arruinar al mismo tiempo á toda la nación, sin que esos inmensos sacrificios bastaran. Juan II separó de sus Estados la Borgoña para convertirla en patrimonio de su cuarto hijo, Felipe el Atrevido, que así pasó á ser jefe de la segunda casa de Borgoña, cuya influencia fué tan importante en aquella época.

CAPÍTULO VII.

CARLOS V Y DUGUESCLÍN. GUERRAS Y GOBIERNO. PARÍS EN EL SIGLO XIV.

Carlos V se halló entre dos épocas desastrosas para la Francia, los reinados de los primeros Valois, que sólo se distinguen por faltas y desgracias, y el reinado de Carlos VI, cuya demencia debía ser tan funesta á la nación. Carlos V fué el primero de los reyes franceses que comprendió los tiempos nuevos, penetrándose de las ideas modernas para aplicarlas de manera conveniente. Inauguró un nuevo sistema de guerra que fué muy beneficioso para la Francia, y su genio calculador imaginó la mayor parte de las reformas necesarias para establecer el orden en lo interior del reino y asentar la monarquía de manera firme e inquebrantable. Abolviendo los patrimonios, indicó la manera de poner término á los desmembramientos que impedían á la monarquía llegar al desarrollo de su poder. Recurrió más bien á la inteligencia que á la fuerza para librarse de sus enemigos, y mientras arrojaba de Francia á todos los extranjeros, encontraba manera de aliviar las cargas del pueblo restableciendo en todas partes el orden por medio de las ordenanzas que le han granjeado el calificativo de Sabio.

§ I. — Desde el advenimiento de Carlos V hasta que empiezan de nuevo las hostilidades contra los ingleses (1364-1369),

Restablecimiento del orden en el país y en la hacienda. — Carlos V, cuya experiencia había madurado en la desgracia, llevó al trono genio más elevado y política más profunda que sus predecesores. Su carácter frío y dado á la reflexión no era á propósito para las aventuras, y en él no se halla nada del ardor caballeresco que caracterizó á sus predecesores. Comprendió que la monarquía tenía otros deberes que cumplir y que para la dicha y bienestar del reino importaba ante todo que estuviese sabiamente administrado. De

dejara en rehenes al rey de Inglaterra, Juan, indignado por esa deslealtad, volvió á Inglaterra, donde murió (1364). Á ese monarca se le atribuyen estas hermosas palabras: « Si la buena fe estuviera desterrada del resto del mundo, sería preciso hallarla en boca de los reyes. »

Segunda casa de Borgoña. — Juan II había reunido á su corona la *Normandía*, que recibió como patrimonio, el condado de *Tolosa*, el de *Champaña*, que fué reclamado en vano por el rey de Navarra, y el ducado de *Borgoña*, que pasó á su poder al extinguirse la primera casa de los Capetos de Borgoña en 1361. Pero cometió el error de separar de sus dominios esa última posesión para darla á su cuarto hijo, Felipe el Atrevido, que así se convirtió en jefe de la segunda casa de Borgoña. Habiéndose casado ese príncipe en 1384 con Margarita, hija y heredera del conde de Flandes, ese enlace hizo de los duques de Borgoña los más poderosos vasallos del rey de Francia, y favoreció así su ambición, tan fatal para la monarquía. Juan II dividió torpemente aun más el reino, que en esos momentos necesitaba por el contrario unidad, haciendo del ducado de Anjou y del de Berry patrimonios para sus demás hijos.

Resumen de este capítulo. — El reinado de Juan II es uno de los más tristes y desastrosos de la monarquía francesa.

I. Sin tener malas intenciones, ese príncipe, tan caballeresco como Felipe VI, su padre, pero más imprevisor y pródigo, irritó á todo el mundo á fuerza de exacciones y arbitrariedades. Entonces se manifestó el espíritu de independencia en todas las clases de la sociedad. Cuando estaba á punto de terminar la tregua pactada con el rey de Inglaterra, Juan reunió los estados generales que, si bien aprobaron su política, reclamaron contra los abusos de su gobierno (1355). Decidióse que se pondría en pie de guerra un ejército numeroso; pero la ligereza del rey lo comprometió, haciendo que lo destruyeran los ingleses en la batalla de Poitiers (1356).

II. Habiendo sido hecho prisionero el rey en esa derrota, Francia quedó entregada á la más deplorable anarquía. El delfín Carlos convocó los estados generales (1356) que trataron un momento de gobernar la nación; pero no tardaron en ser oscurecidos por el partido popular, que pretendía dar el poder y la corona al rey de Navarra, Carlos el Malo. Mientras que París veía alzarse la burguesía contra la nobleza, las provincias eran assoladas por el populacho que, con el nombre de *jaquería*, cometió horribles crímenes, turbando en todas partes el orden y

al paz. El tratado de Brétigny (1360) vino á poner por un instante término á todos esos males, pero cuando hubo que cumplir las condiciones del mismo, el rey y la nobleza tuvieron que arruinarse y arruinar al mismo tiempo á toda la nación, sin que esos inmensos sacrificios bastaran. Juan II separó de sus Estados la Borgoña para convertirla en patrimonio de su cuarto hijo, Felipe el Atrevido, que así pasó á ser jefe de la segunda casa de Borgoña, cuya influencia fué tan importante en aquella época.

CAPÍTULO VII.

CARLOS V Y DUGUESCLÍN. GUERRAS Y GOBIERNO. PARÍS EN EL SIGLO XIV.

Carlos V se halló entre dos épocas desastrosas para la Francia, los reinados de los primeros Valois, que sólo se distinguen por faltas y desgracias, y el reinado de Carlos VI, cuya demencia debía ser tan funesta á la nación. Carlos V fué el primero de los reyes franceses que comprendió los tiempos nuevos, penetrándose de las ideas modernas para aplicarlas de manera conveniente. Inauguró un nuevo sistema de guerra que fué muy beneficioso para la Francia, y su genio calculador imaginó la mayor parte de las reformas necesarias para establecer el orden en lo interior del reino y asentar la monarquía de manera firme e inquebrantable. Abolviendo los patrimonios, indicó la manera de poner término á los desmembramientos que impedían á la monarquía llegar al desarrollo de su poder. Recurrió más bien á la inteligencia que á la fuerza para librarse de sus enemigos, y mientras arrojaba de Francia á todos los extranjeros, encontraba manera de aliviar las cargas del pueblo restableciendo en todas partes el orden por medio de las ordenanzas que le han granjeado el calificativo de Sabio.

§ I. — Desde el advenimiento de Carlos V hasta que empiezan de nuevo las hostilidades contra los ingleses (1364-1369),

Restablecimiento del orden en el país y en la hacienda. — Carlos V, cuya experiencia había madurado en la desgracia, llevó al trono genio más elevado y política más profunda que sus predecesores. Su carácter frío y dado á la reflexión no era á propósito para las aventuras, y en él no se halla nada del ardor caballeresco que caracterizó á sus predecesores. Comprendió que la monarquía tenía otros deberes que cumplir y que para la dicha y bienestar del reino importaba ante todo que estuviese sabiamente administrado. De

complexión débil y delicada, sintió que por sí solo no podría atender á todas las necesidades del Estado y á todas las dificultades de su posición; por lo cual resolvió hacer buscar en todos los países gentes de fama



Carlos V.

y filósofos conocedores de las ciencias matemáticas y especulativas, para llamarlos á su lado.

En la administración interior del reino tomó consejo de todos los hombres instruídos. Gracias á las reformas que introdujo y á su economía, logró llenar sus arcas, á la vez que disminuía los impuestos. En 1367 redujo de mitad el impuesto de la sal y las ayudas, y perdonó á los burgueses la cuarta parte de su contribución, bajo el supuesto de que la emplearían en fortificar sus ciudades.

No pudiendo combatir por sí mismo, se rodeó de los más ilustres capitanes, Oliverio de Clisson, Boucicault, Luis de Chalons, Eduardo de Renty, los señores de Beaujeu, de Pommiers, de Leyneval, y otros muchos, que reconocían como jefe y maestro al famoso Bertrán Duguesclín. Carlos V confió la defensa del reino á la espada de ese caballero bretón.

Para recobrar su autoridad y devolver á Francia su independencia, necesitaba Carlos V vencer á tres distinto enemigos: el navarro, que tenía bloqueado á París y era dueño de Normandía, las *compañías blancas*, que sólo eran bandas de aventureros y que asolaban todas las campiñas, y los ingleses, que se valían del tratado de Brétigny para insultar el honor de la Francia.

El bretón Duguesclín fué el ilustre guerrero que libró á Carlos V de todos esos enemigos.

Guerra contra el rey de Navarra. Duguesclín (1364). — La primera guerra emprendida fué contra el Navarro. Duguesclín le tomó Mantes, Meulan, y sus mejores plazas sobre el Sena. Carlos el Malo llamó en su ayuda á Juan de Grailly, famoso caballero gascón, más conocido por el nombre de *captal* (antigua dignidad usada en el mediodía de Francia, equivalente á jefe ó capitán, del latín *capitalis*) de Buch. Los dos ejércitos se encontraron á orillas del Eure, cerca del pueblecito de Cocherel. El captal de Buch había colocado sus tropas en una eminencia. Los caballeros trataron de escalarla como en Crécy y Poitiers, pero



Duguesclín.

Duguesclín hizo tocar retirada casi en seguida, fingiendo huir. Entonces el capitán inglés John Joel, creyendo ganada ya la batalla, se lanzó á perseguir á los franceses, á pesar de las órdenes del capítal de Buch; mas, cuando por medio de dicha maniobra hubo Duguesclín atraído á su enemigo á la llanura, hizo volver atrás su ejército y destrozó á los ingleses. Al mismo tiempo había encargado á treinta de los más valerosos caballeros de no ocuparse sino del capítal, hasta lograr apoderarse de él. Como esta última estratagema saliera bien, las tropas, privadas de su jefe, se desalentaron, y el ejército navarro fué completamente deshecho.

Duguesclín había prometido á Carlos V esa captura como estreno de su reinado. Y, en efecto, dicha victoria lo inauguró, pues el rey la supo el mismo día de su coronación en Reims. Carlos el Malo se apresuró en seguida á tratar con el rey de Francia, aceptando las condiciones que le habían sido impuestas, á saber, la restitución de sus feudos de Normandía en cambio del señorío de Montpellier. Carlos V fué después á Ruan á dar gracias al vencedor, otorgándole como recompensa el condado de Longue ville y haciéndolo mariscal de Normandía.

Fin de la guerra de Bretaña (1365). — La guerra seguía en Bretaña entre las casas de Montfort y de Penhièvre. Esa caballeresca lucha se había distinguido por multitud de combates extraordinarios. Uno de los más célebres hechos de armas fué el combate de los *Treinta*, que se dió en 1351 entre Roberto de Beaumanoir, gobernador del castillo de Josselin, y el capitán inglés Ricardo Bramborough, que mandaba en Ploermel. Lucharon en la landa que se extiende entre esos dos puntos, cada uno con veintinueve compañeros de armas. El combate duró casi todo el día. Habiendo sido muerto el castellano de Ploermel y nueve ingleses, los otros pidieron gracia, quedando victoriosos los franceses que sólo habían perdido cuatro hombres, entre los cuales se contaba Beaumanoir. Habiendo sido herido casi al empezar el combate, y muriendo de sed, pidió de beber. Uno de sus compañeros Geofredo Dubois, le gritó: « Bebe tu sangre, Beaumanoir », al paso que seguía dando tajos á diestra

y siniestra. Esa frase heroica se convirtió en divisa de esta casa.

Esos combates singulares, más parecidos á torneos que á batallas, no eran los que podían dar término á aquella guerra. Los reyes de Francia y de Inglaterra se habían reservado, por una cláusula del tratado de Brétigny, la facultad de socorrer á los pretendientes á la corona ducal de Bretaña, sin que de ahí pudiera resultar una declaración de guerra. En virtud de ese convenio singular, como Carlos V diera orden á Duguesclín para que fuese con sus mejores tropas en socorro de Carlos de Blois, el príncipe de Gales sostuvo por su parte á Juan de Montfort, enviándole doscientas lanzas, doscientos arqueros y buen número de jinetes á las órdenes del valeroso y prudente Juan Chandos.

Los dos partidos querían acabar de una vez, y los señores bretones habían resuelto que si se triunfaba en la batalla y se hallaba en la plaza á monseñor Carlos de Blois, no se le dejaría libre por ningún precio sino que se le daría muerte. Y lo mismo acordaron los franceses y bretones de su bando reunidos, para el caso de coger prisionero á Juan de Montfort, pues todos deseaban acabar la guerra. El encuentro se efectuó cerca de Auray. Los ingleses y Montfort ocupaban una altura donde Duguesclín no quería atacarlos; pero Carlos de Blois, no prestando oídos más que á su ardor caballeresco, trabó el combate, en el cual pereció, con la mayor parte de los señores que lo rodeaban y el mismo Duguesclín, á pesar de su prudencia y valor, cayó en manos de los vencedores. Sin embargo, esa derrota no tuvo consecuencias funestas para Francia. Carlos V se apresuró á negociar, y el 11 de Abril de 1365 puso fin á esa lucha el tratado de Guérande, reconociendo como duque de Bretaña á Juan de Montfort, y asignando á Juana de Penhièvre, viuda de Carlos de Blois, el condado de Penhièvre con el vizcondado de Limoges. Juan de Montfort se presentó á hacer pleito-homenaje de su nuevo ducado al rey de Francia, inclinada la rodilla, con las manos juntas, entre las del rey, reconociéndose su vasallo como lo habían sido todos los duques de Bretaña sus predece-

sores. Duguesclín fué puesto en libertad, mediante cien mil libras que pagó por su rescate.

Las grandes compañías. Intervención de los franceses en Castilla (1366). — Al recobrar la libertad, Bertrán Duguesclín recibió el encargo de libertar á Francia de las *compañías blancas*. Dábase ese nombre á todas las bandas de hombres armados, que, desde el fin de las hostilidades en Normandía y en Bretaña, se habían dirigido hacia el centro de Francia, donde cometían los más espantosos crímenes. El robo, el asesinato, el sacrilegio y el incendio eran las señales de su paso. No pudiendo destruirlas por la fuerza, Carlos V había procurado alejarlas por la política. Quiso seducirlas con un proyecto de cruzada; pero el ardor de otra época había desaparecido. Por entonces, como Enrique de Trastámara pidiera socorro á Francia contra su hermano Pedro el Cruel, que deshonoraba con sus infamias el trono de Castilla, Carlos V aprovechó esa circunstancia para librar á Francia de todas esas bandas indisciplinadas. Dióles por jefe al valeroso Duguesclín, que las condujo al sur del Pirineo. Todo cedió ante sus armas, y Enrique de Trastámara fué reconocido rey de Castilla, huyendo su hermano Pedro el Cruel.

Pero en su destierro este príncipe entró en negociaciones con los ingleses. El rey Eduardo, ya viejo, no tenía ningún deseo de volver á exponerse á los peligros de la guerra; pero el príncipe de Gales y los señores de Guiena no deseaban más que aventuras análogas á esa. Negociaron, pues, la defección de las *compañías* y marcharon luego contra Enrique de Trastámara, cuyo único sostén era la espada de Duguesclín. Al encontrarse los dos ejércitos en Nájera el condestable fué de opinión que no debía aceptarse la batalla. No se siguieron sus consejos, y Enrique fué vendido, quedando Duguesclín prisionero una vez más, y ésto en manos del capta de Buch, de quien se apoderara tiempos atrás delante de Cocherel (1367). El príncipe de Gales le pidió cien mil escudos de oro por su rescate. Los amigos del valeroso capitán, el rey de Francia, y el mismo Juan Chandos, le ayudaron á salir del paso, y así que estuvo en libertad, alzó de nuevo el estandarte

de Enrique de Trastámara, ganó en su favor la batalla de Montiel y lo restableció en el trono. Así acabaron, gloriosamente para el condestable, los asuntos de Castilla, y Francia quedó libre de las *compañías*.

§ II. — Últimas guerras. Gobierno. París en el siglo XIV.

Recomienzan las hostilidades contra los ingleses. — Ayudado por la espada de Duguesclín, Carlos V había hecho ya dos cosas importantes: librar á Francia de los navarros y de las compañías, por lo cual sólo le quedaba que combatir á los ingleses. Antes de atacarlos tomó bien todas sus medidas. Renovó la antigua alianza de Francia con Escocia, se unió con el rey de Castilla, á quien Duguesclín acababa de establecer sobre el trono, y se aseguró de ese modo el apoyo de parte de España. Atrajo á su partido al rey de Navarra, que hasta entonces había permanecido indeciso, y casó á su hermano Felipe el Atrévado con la heredera del conde de Flandes, para impedir que el hijo de Eduardo III, el conde de Cambridge, hiciera valer sus derechos sobre ese país. En 1369 creyó que había llegado el momento favorable para dar principio de nuevo á la guerra contra los ingleses. El tesoro estaba lleno, las tropas se habían disciplinado, y el orden parecía suficientemente restablecido en lo interior del reino. Por el contrario, Eduardo III había disipado sus recursos en fiestas y torneos, al paso que su carácter altanero multiplicaba el número de sus enemigos.

En consecuencia, Carlos V convocó el 9 de Mayo los estados generales y les consultó lo que debía hacer con el rey de Inglaterra. Al volver de la guerra de Castilla, el príncipe de Gales había impuesto enormes contribuciones á todas las provincias que poseía en Francia. Como éstas se dirigieran en su angustia á Carlos V, el rey acogió sus quejas con gran contentamiento y citó al príncipe de Gales para que compareciera ante el tribunal de los pares para *oir el derecho sobre dichas quejas*. Negóse el de Gales, y entonces el tribunal de los pares falló que como el rey Eduardo y su hijo no habían comparecido á la cita, el ducado de

Aquitania y sus demás posesiones quedaban confiscadas.

Nuevo sistema de guerra. — Habiendo aprobado esa resolución los estados generales, Carlos V dió inmediatamente principio á la guerra por tres puntos á la vez, en el Pontieu, la Guiena y la Picardía (1369). Los ingleses desembarcaron poco después en Calais; pero el rey de Francia sabía que lo que había perdido á sus predecesores en Poitiers y Crécy era su desenfrenado ardor; por eso al dar á su hermano Felipe, ya duque de Borgoña, el mando del ejército francés, le prohibió que trabase ninguna acción general. Tres veces invadieron los ingleses la Francia, y cada vez se dejó que murieran de hambre y de miseria sus ejércitos. Los franceses se contentaban con impedirles que entrasen en las ciudades, abandonándoles el resto del país. En una de esas invasiones, se adelantaron hasta el centro del reino y quemaron ante la vista del rey los pueblos de los alrededores de París. Pero el valiente Oliverio de Clisson persuadía á Carlos V para que persistiera en la resolución que había tomado, diciéndole: « Señor, no tenéis para qué emplear vuestras gentes en combatir á esos demonios, dejad que se fatiguen por sí mismos, en la seguridad de que todas esas fogatas no os arrojarán de vuestras tierras. »

Al paso que los ingleses se hacían odiosos á Francia por los desastres que en ella causaban, Carlos V hacía lo posible por captarse la voluntad de las ciudades, concediéndoles exenciones y privilegios. Así, por diversas ordenanzas, declaró libre de impuestos por veinte años á la ciudad de Milhau, concedió privilegios á las ciudades de Montauban, de Verfeil, de Tulle, de Tarbes, Cahors y Castres; prometió á los habitantes de Figeac que no se les inquietaría en la posesión de sus bienes, si pasaban de la obediencia del rey Eduardo á la del de Francia.

Duguesclín se hallaba al frente de algunos destacamentos para entrar en las ciudades que se rendían á los franceses por voluntad propia, ó para introducirse astutamente en otras y establecer guarniciones. En sus evoluciones estudiaba todos los movimientos del enemigo, aprovechando sus faltas para obtener multitud

de ventajas parciales. Así fué cómo batió en Pont-Vallín á Roberto Knolles (1370), uno de los más temidos generales ingleses, y cómo conquistó el Poitou, mientras la flota del rey de Castilla destruía cerca de la Rochela á la de Inglaterra (1372). Al año siguiente (1373), se apoderó de Bretaña castigando así á Juan de Montfort por su alianza contra los enemigos del rey de Francia. Pero Carlos V no debía conservar esta última conquista. Habiendo cometido la imprudencia de querer someter esa provincia á un impuesto odioso, los barones, caballeros y escuderos de Bretaña firmaron en Rennes, el 26 de Abril de 1399, un acta de confederación y recobraron su independencia.

Los ingleses sólo conservan Calais, Burdeos, Bayona y Brest. — El sumo pontífice, que constantemente procuraba ser árbitro de paz, en medio de aquellas escenas de turbulencia y anarquía, detuvo una vez más la efusión de sangre mediante la tregua de Brujas (1375). Poco después bajaron al sepulcro Eduardo III y su hijo, el príncipe de Gales. Este murió por efecto de una cruel enfermedad, que lo había hecho padecer durante seis años. Su padre, abatido por los reveses y subyugado por la voluptuosidad, perdió insensiblemente su gloria, y no fué en los últimos años de su vida sino objeto de desprecio para el pueblo que tanto lo había amado. La única persona que asistió á sus últimos momentos, y eso para robarle fué su concubina Alicia Pierre (1377). Carlos V aprovechó la muerte de su rival para obtener nuevos triunfos. Lanzó cinco ejércitos en distintas direcciones, conquistando toda la Guiena, mientras una flota castellana asolaba las costas de Inglaterra. Asustado por la aparición de estos barcos, el joven Ricardo II, heredero de Eduardo III, se apresuró á firmar con Carlos V una tregua que sólo dejaba en Francia á los ingleses cuatro ciudades, las de Bayona, Burdeos, Brest y Calais.

Muerte de Duguesclín (1380). — El valiente Duguesclín murió delante del castillo de Randón, uno de los últimos puntos que quedaban en Guiena á los ingleses. Cuando sintió que se acercaba su última hora, pidió los sacramentos de la Iglesia, se hizo presentar

su espada de condestable, la besó y la entregó al mariscal de Sancerre, para que la llevara al rey. Luego dirigió enterneedoras palabras á todos sus compañeros de armas, y no cesó, hasta su postrer suspiro, de recordarles que las gentes de iglesia, las mujeres, los niños y el pobre pueblo no eran sus enemigos. La ciudad debía rendirse al día siguiente de la muerte del condestable. Habiendo dicho el gobernador que á quien había dado palabra de rendirse era á Duguesclín, y que sólo á él lo haría, el mariscal de Sancerre tuvo que confesar la muerte de su jefe. Pues bien, replicó el gobernador, depositaré sobre su tumba las llaves de la ciudad. El cuerpo de Duguesclín fué transportado á París con gran pompa, y depositado en San Dionisio, cerca de la tumba reservada á Carlos V.

Muerte de Carlos V. Sabios decretos de ese príncipe. — El mismo año murió Carlos V. Ese monarca había hecho durante su reinado grandes cosas en favor de su nación. Sin ser guerrero, había hecho renacer á su alrededor el espíritu militar, y dando á los hombres de armas que lo rodeaban dirección acertada y prudente, á la vez que empuje patriótico, había logrado expulsar del reino á sus enemigos. « No ha habido, decía Eduardo III, rey de Francia que se armase menos, ni que diera tanto que hacer. »

Sólo una vez convocó los Estados generales para consultarlos acerca de la conducta que debía seguir con el rey de Inglaterra. Los reemplazó por los *lechos de justicia*, que eran solemnidades judiciales en que tomaban parte el parlamento, los grandes funcionarios de la corona, los prelados, y diputados del estado llano y de la universidad. En una de esas asambleas fué donde hizo decretar que los reyes de Francia entrarían en su mayor edad á los trece años, y para evitar el desmembramiento del reino, decretó al mismo tiempo que en lo sucesivo se darían á los infantes de Francia dotaciones en vez de dominios territoriales.

Ese príncipe se ocupó con el mayor cuidado en la administración interior de sus Estados. Favoreció el comercio por medio de acertados decretos y de la creación de una marina que lo protegiese en lo exte-

rior. Su economía le permitió restablecer el orden en la hacienda sin recurrir nunca, como sus predecesores, á la alteración de la moneda. Redujo los impuestos y los repartió con mayor justicia, disminuyó el número de empleados públicos, y alentó la agricultura, las artes y las ciencias. Empezó la construcción de la Bastilla, famosa prisión de Estado más tarde, reconstruyó los baluartes de París y el Louvre, edificó los castillos de Beauté, de Plaisance y de Melún, y concibió el proyecto de unir el Sena y el Loira por medio de un canal que fué ejecutado andando el tiempo, bajo Enrique IV.

Lleno de caridad hacia los pobres, fundó numerosos hospitales. Á menudo se le oía repetir estas memorables palabras: « Soy feliz, porque puedo hacer bien. » No temía dar muestras exteriores de su fe y de su piedad. « Monseñor el rey, dice Froissart, iba en procesión piadosamente, descalzo lo mismo que mi señora la reina. » Gustaba de estudiar y poseía la más hermosa biblioteca de su tiempo, compuesta de novecientos diez volúmenes, que se conservaban preciosamente en una torre del Louvre, con cadenas de hierro. Esa colección fué la base sobre que se formó la Biblioteca nacional de París. Creó en dicha ciudad un colegio de astronomía y de medicina con un observatorio, en favor de un tal Gervais, que pasaba por hábil astrólogo. Alentó la vida de las letras, haciendo traducir la Biblia, Aristóteles, San Agustín y Tito Livio, y durante su reinado realizó grandes adelantos la literatura francesa. El escritor más distinguido de entonces fué Froissart, que se puede considerar como el historiador del siglo XIV, según Villehardouin y Joinville lo fueron del XIII.

Progresos del estado llano — El estado llano ó tercer estado, que había sido admitido por primera vez en los estados generales bajo Felipe el Hermoso, se desarrolló en las frecuentes reuniones de esas grandes asambleas que se efectuaron bajo sus sucesores. En 1332 fué llamado á pronunciarse tocante á los derechos de Felipe V al trono. Habiéndolos convocado en 1355 Juan II para obtener subsidios, se vió obligado, á fin de obtener sus votos, á decretar que en

lo sucesivo no se haría nada sin el consentimiento de los tres órdenes ó brazos del reino, y que el rey tendría la obligación de dar cuenta del empleo de todos los recursos que le fueran concedidos. Durante el cautiverio del monarca, los estados se apoderaron del gobierno y se impusieron por la fuerza al delfín. El prevoste Marcel hizo establecer que en adelante no se podría pactar treguas ni declarar la guerra, sin asentimiento de los tres órdenes, y que la convocatoria de las reservas y los reglamentos sobre moneda é instituciones jurídicas dependerían de su sanción. Pero esos excesos, juntos con las calamidades de la anarquía, que entonces asolaba el país, detuvieron los progresos del estado llano y lo obligaron á retroceder en la vía que había emprendido. Carlos V, que desconfiaba de esas asambleas tumultuosas, sólo se sirvió de ellas para hacer anular el pacto impuesto á su padre, y el estado llano debió buscar medios de desarrollo más bien en la riqueza y la ilustración que en la política. Esa clase de la sociedad preparó, en efecto, su triunfo en los tiempos modernos extendiendo su influjo, de una parte por medio de la industria y del comercio, que fueron para ella manantial fecundo de riqueza y bienestar, y por otra parte consagrándose al estudio, y produciendo hombres distinguidos que la honraron sosteniendo sus intereses.

Importancia del parlamento y de la universidad. — Pero á más de los estados generales, que sólo eran convocados periódicamente, había en Francia otros cuerpos que por de pronto fueron extraños á la política, pero que acabaron por tomar parte en los asuntos públicos. Tales fueron los parlamentos y la universidad.

Los parlamentos no se limitaban á administrar justicia; el registro de los edictos reales dió origen al derecho de *observaciones, reparos ó representaciones*, que fué por mucho tiempo el único freno de la monarquía absoluta. La ilustración de los magistrados y la gravedad de su carácter daban importancia á sus reparos. Así, veremos que desde principios del siglo quince tuvieron autoridad bastante para suspender la ejecución de las voluntades del rey, negándose á regis-

trar sus edictos. Carlos V aumentó aún esa importancia dejando á sus miembros el derecho de proveer por sí mismos los puestos que quedaran vacantes en su seno, y reemplazando los estados generales por esas grandes solemnidades jurídicas que se han llamado *lechos de justicia*, y á las cuales eran admitidos, á más del parlamento, los grandes dignatarios de la corona, los prelados, los diputados de la llaneza y los delegados de la universidad.

Esta era entonces muy poderosa. Contaba más de veinte mil estudiantes que frecuentaban sus aulas, y la ilustración de sus miembros hizo que se les llamase á tomar parte en los consejos de los soberanos. Se les consultó sobre todo en la lucha surgida entre la autoridad espiritual y la temporal, y defendieron con extremado ardor lo que entonces se llamaba *libertades de la Iglesia galicana*. De las cuestiones religiosas pasaron más tarde á los asuntos civiles, y se debe reconocer que en esos desdichados tiempos dictaron varias ordenanzas notables por su sabiduría y moderación. Carlos V se apoyó particularmente en la universidad llamándola *hija primogénita de los reyes*.

París en el siglo XIV. — En el siglo catorce estaba París muy lejos de alcanzar la extensión é importancia que hoy tiene. Es difícil decir con exactitud cuál era entonces su población; pero creemos que debía hallarse entre 200 y 300.000 habitantes. El Sena dividía la ciudad en dos partes, la orilla izquierda y la derecha. No había muelles. Las casas estaban edificadas á la orilla misma del río, con su base en el agua, lo que las exponía á terribles inundaciones, que eran bastante frecuentes. De distancia en distancia habían dejado pequeños puertos para el desembarco de las mercancías. Así, había el puerto del trigo, el del heno y el de Borgoña ó del vino.

La mayor parte de las calles eran callejuelas estrechas, como lo son hoy las de Nevers ó de Guénégaud, donde sólo se puede entrar con un coche. París merecía su antiguo nombre de *Lutecia*, pues era la ciudad por excelencia del lodo. Para sanearlo se habían construído algunos alcantarillados; pero como esas alcantarillas eran descubiertas, se convirtieron

durante el verano en focos de infección, ocasionando epidemias. En 1354 hubo una tan terrible, que fué preciso prohibir á los *pregoneros de difuntos* anunciar los fallecimientos.

No había más que cinco puentes sobre el Sena; á la derecha, el puente de Nuestra Señora, el del Cambio, el de los Molineros; y á la izquierda el Puente Menor y el de San Miguel.

Por esa parte se alzaba la Universidad con sus cuarenta y dos colegios y sus veinte mil estudiantes, y las grandes abadías de Santa Genoveva, de San Benito, de los Mínimos, de los Agustinos y de San Germán. En cambio, á la derecha del río se extendía la ciudad comerciante é industrial, con las dos moradas reales, el Louvre y el hôtel San Pol y sus cuarenta y cuatro iglesias. En el centro, entre los brazos del Sena, la ciudad ó *cité*, que comprendía Nuestra Señora, el Hôtel-Dieu, la Santa Capilla, el Tribunal y veintitrés iglesias.

El comercio por el Sena perteneció á la cofradía de los *nautas* ó *bateros*. El río estaba cerrado por encima de París, á la altura de Charentón, y corriente abajo de la capital, á la altura de Mantes. Cuando llegaba al confluente del Sena y del Marne, todo barco no perteneciente á un burgués de París debía descargar su cargamento. Lo mismo ocurría en Mantes. El jefe de esa cofradía era el *prevoste de los mercaderes*. Asistíanlo cuatro regidores elegidos entre los principales habitantes, y tenía jurisdicción sobre todos los demás gremios, lo cual le daba considerable autoridad. Era designado por los treinta y cuatro concejales de París, los *cuaternarios* ó jefes de barrio (cuadra ó cuartel) y los delegados de los burgueses por tres años, y juzgaba todos los asuntos comerciales, ordenaba los gastos públicos y fijaba el precio de las mercancías desembarcadas en los puertos.

Marcel compró en 1357, para convertirla en residencia de los prevostes, la casa de los Pilares en la plaza de Grève, que luego fué demolida en 1532 para dejar el sitio al Hôtel de Ville. La cofradía de los *mercaderes de agua* se reunía en la *Casa de la mercancía* (*Maison de la marchandise*), situada cerca del Châtelet

ó en el *Locutorio de los burgueses* (*Parloir aux bourgeois*), situado en el otro extremo, hacia la puerta de Santiago.

La industria parisiense era ya célebre. Todos los oficios formaban gremios que tenían sus reglas y estatutos, y se habían tomado discretas precauciones para fortalecer todas las industrias nacientes y permitirles alcanzar el desarrollo que más tarde tuvieron. Sus productos se depositaban en vastas galerías, por encima del gran almacén de los *Champeaux* ó de los mercados, y formaban una especie de exposición permanente.

Mientras no hubo seguridad en los caminos, ó que éstos fueron difíciles, había que viajar por grupos, constituyendo caravanas para el transporte de las mercancías. Precisaba, pues, que hubiera días y puntos determinados para la celebración de grandes ferias, que facilitarían la compra y venta de los productos. Las ferias más célebres eran las de *Landit*, *San Lázaro* y *San Germán*.

La primera se celebraba en la llanura de San Dionisio. El rector de la Universidad compraba en ella todo el pergamino necesario para los colegios y percibía un tanto sobre esa venta. La segunda se efectuaba en el mercado central; el rey cobraba un derecho sobre todas las ventas, y ese era uno de sus más importantes ingresos. La de San Germán tenía lugar en el territorio de la abadía de ese nombre y era también muy famosa.

La ciudad de París estaba amurallada, y esas fortificaciones le servían para defenderse contra los ataques de fuera. Marcel, que temió un golpe de mano después del desastre de Poitiers (1356), había hecho levantar nuevos baluartes; pero como esos trabajos, hechos apresuradamente, no tenían toda la solidez apetecible, el prevoste de París, Hugo Aubriot, los continuó, haciendo construir *la bastilla San Antonio*, que Marcel había levantado, y que más tarde se convirtió en la famosa fortaleza de la Bastilla.

París poseía una especie de guardia nacional, compuesta de *ballesteros* y de *arqueros*. Esa milicia estaba encargada de la defensa de la ciudad contra el enemigo

exterior, pero no se ocupaba de policia. Durante la noche, la única encargada de velar por la seguridad pública en las calles, era la milicia burguesa de la *ronda*.

Esa guardia era demasiado insuficiente para tal fin. En esa época no había alumbrado en París. A las ocho de la noche tocaba á cubre fuego la campana grande de Nuestra Señora. Las gentes honradas y tranquilas se metían en sus casas; pero al mismo tiempo salía á las calles otra población venida de no se sabe dónde, compuesta de ladrones de oficio, *truhanes*, *chulos*, *tomadores*, etc., que se echaban sobre las gentes retrasadas en las calles, despojándolas de cuantos objetos de valor les encontraban. Esos desórdenes subsistían aún en el siglo XVII, pues Boileau los pinta en su sátira sobre los *estorbos de París*.

La distancia era inmensa entre esa ciudad malsana, mal alumbrada, mal construída y la suntuosa y elegante capital de nuestros días. Sin embargo sus habitantes eran tan alegres y felices como pueden serlo los de ahora, llevando existencia más tranquila y disponiendo de más instantes de solaz. En vez de la vida tormentosa y agitada de hoy, que no deja á los habitantes de París ni un momento libre, pasaban largas y encantadoras veladas en el seno de la familia. Sus fiestas eran numerosas; las religiosas muchísimo más que ahora, y en ellas descansaban lo mismo que si hubiera sido domingo. Además, se contaban las solemnidades de la ciudad, las fiestas del soberano, las de los santos patronos de cada oficio y las personales. Todo el mundo celebraba el día del santo cuyo nombre llevaba, y así era que en las familias numerosas no faltaban las ocasiones de divertirse. Esas ceremonias eran ruidosas, yendo á menudo acompañadas por grandes demostraciones que tal vez hoy no nos gustasen, pero que constituían en aquella época fuente de variados placeres que la multitud acogía con estruendosas carcajadas y que, después de todo, valían más que los costosos regocijos que los han reemplazado.

Resumen de este capítulo. — El reinado de Carlos V fué una época reparadora. Al subir al trono, ese príncipe tenía que domeñar tres poderes que estorbaban la independencia de la

monarquía y la tranquilidad de Francia, á saber: el rey de Navarra, las grandes compañías y los ingleses. Como Carlos no era guerrero, se sirvió de Duguesclin contra esos tres enemigos.

I. El héroe bretón empezó por librarlo del rey de Navarra, Carlos el Malo, que había intentado apoderarse de la corona de Francia durante los desórdenes del reinado precedente. Duguesclin lo obligó á someterse, haciendo prisionero á Juan de Grailly, capta de Buch, su aliado, en la batalla de Cocherel (1364). Poco tiempo después, Carlos V puso término á la guerra de Bretaña entre los Penthièvre y los Montfort, por medio del tratado de Guérande (1365). Para librarse de las *grandes compañías*, que no eran sino bandas de aventureros, hizo que Duguesclin los llevase consigo á España para tomar partido en favor de Enrique de Trastámara contra su hermano Pedro el Cruel. Duguesclin, después de haber estado prisionero, terminó con fortuna los asuntos de Castilla, y Francia quedó libre de las terribles bandas que la devastaban.

II. Lo único que aun estaba por hacer era atacar á los ingleses. Carlos V consultó sobre ese particular á los estados generales y empezó de nuevo la guerra, en tres puntos diferentes, en el Ponthieu, la Guiena y la Picardia (1369). Se adoptó una táctica nueva, que paralizó todos los esfuerzos de los ingleses. El rey de Francia recurrió á la persuasión más bien que á la fuerza, y Duguesclin pudo apoderarse, de ese modo, de gran número de ciudades. Habiendo fallecido Eduardo III (1377), Carlos V aprovechó esa circunstancia para redoblar de actividad. Lanzó cinco ejércitos en otras tantas direcciones diferentes, y pronto no quedó á los ingleses más que Bayona, Burdeos, Brest y Calais. El valeroso Duguesclin murió el mismo año que el prudente monarca (1380). Carlos V se había ocupado con el mayor cuidado en la administración interior de su reino, fundando hospitales y protegiendo las ciencias y las letras. Bajo su gobierno adquirieron gran importancia las diversas instituciones; el estado llano, el parlamento y la Universidad empezaron entonces á intervenir en los asuntos públicos, ejerciendo considerable influencia.

CAPÍTULO VIII.

ALEMANIA, ADVENIMIENTO DE LOS HABSBURGOS. INDEPENDENCIA DE SUIZA. LA BULA DE ORO. LA HANSA (1).

Durante el interregno, Alemania es presa de la más horrible anarquía. Los señores y los nobles se ven obligados á aliarse

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Schmid, Kohlrausch, Luden, *Historiadores de Alemania*; Montelle, *Ensayo histórico sobre los engrandecimientos y las pérdidas de la casa de Austria desde el advenimiento de Rodolfo de Habsburgo*; *Historia de los sumos pontífices que han residido en Aviñón*, Aviñón, 1777; Maímburgo, *Historia del gran cisma de Occidente*; *Historia del concilio de Pisa*; *Historia del concilio de Constanza*; *Historia del concilio de Basilea*; todas las historias de la Iglesia.

exterior, pero no se ocupaba de policia. Durante la noche, la única encargada de velar por la seguridad pública en las calles, era la milicia burguesa de la *ronda*.

Esa guardia era demasiado insuficiente para tal fin. En esa época no había alumbrado en París. A las ocho de la noche tocaba á cubre fuego la campana grande de Nuestra Señora. Las gentes honradas y tranquilas se metían en sus casas; pero al mismo tiempo salía á las calles otra población venida de no se sabe dónde, compuesta de ladrones de oficio, *truhanes, chulos, tomadores*, etc., que se echaban sobre las gentes retrasadas en las calles, despojándolas de cuantos objetos de valor les encontraban. Esos desórdenes subsistían aún en el siglo XVII, pues Boileau los pinta en su sátira sobre *los estorbos de París*.

La distancia era inmensa entre esa ciudad malsana, mal alumbrada, mal construída y la suntuosa y elegante capital de nuestros días. Sin embargo sus habitantes eran tan alegres y felices como pueden serlo los de ahora, llevando existencia más tranquila y disponiendo de más instantes de solaz. En vez de la vida tormentosa y agitada de hoy, que no deja á los habitantes de París ni un momento libre, pasaban largas y encantadoras veladas en el seno de la familia. Sus fiestas eran numerosas; las religiosas muchísimo más que ahora, y en ellas descansaban lo mismo que si hubiera sido domingo. Además, se contaban las solemnidades de la ciudad, las fiestas del soberano, las de los santos patronos de cada oficio y las personales. Todo el mundo celebraba el día del santo cuyo nombre llevaba, y así era que en las familias numerosas no faltaban las ocasiones de divertirse. Esas ceremonias eran ruidosas, yendo á menudo acompañadas por grandes demostraciones que tal vez hoy no nos gustasen, pero que constituían en aquella época fuente de variados placeres que la multitud acogía con estruendosas carcajadas y que, después de todo, valían más que los costosos regocijos que los han reemplazado.

Resumen de este capítulo. — El reinado de Carlos V fué una época reparadora. Al subir al trono, ese príncipe tenía que domeñar tres poderes que estorbaban la independencia de la

monarquía y la tranquilidad de Francia, á saber: el rey de Navarra, las grandes compañías y los ingleses. Como Carlos no era guerrero, se sirvió de Duguesclin contra esos tres enemigos.

I. El héroe bretón empezó por librarlo del rey de Navarra, Carlos el Malo, que había intentado apoderarse de la corona de Francia durante los desórdenes del reinado precedente. Duguesclin lo obligó á someterse, haciendo prisionero á Juan de Grailly, capta de Buch, su aliado, en la batalla de Cocherel (1364). Poco tiempo después, Carlos V puso término á la guerra de Bretaña entre los Penthièvre y los Montfort, por medio del tratado de Guérande (1365). Para librarse de las *grandes compañías*, que no eran sino bandas de aventureros, hizo que Duguesclin los llevase consigo á España para tomar partido en favor de Enrique de Trastámara contra su hermano Pedro el Cruel. Duguesclin, después de haber estado prisionero, terminó con fortuna los asuntos de Castilla, y Francia quedó libre de las terribles bandas que la devastaban.

II. Lo único que aun estaba por hacer era atacar á los ingleses. Carlos V consultó sobre ese particular á los estados generales y empezó de nuevo la guerra, en tres puntos diferentes, en el Ponthieu, la Guiena y la Picardia (1369). Se adoptó una táctica nueva, que paralizó todos los esfuerzos de los ingleses. El rey de Francia recurrió á la persuasión más bien que á la fuerza, y Duguesclin pudo apoderarse, de ese modo, de gran número de ciudades. Habiendo fallecido Eduardo III (1377), Carlos V aprovechó esa circunstancia para redoblar de actividad. Lanzó cinco ejércitos en otras tantas direcciones diferentes, y pronto no quedó á los ingleses más que Bayona, Burdeos, Brest y Calais. El valeroso Duguesclin murió el mismo año que el prudente monarca (1380). Carlos V se había ocupado con el mayor cuidado en la administración interior de su reino, fundando hospitales y protegiendo las ciencias y las letras. Bajo su gobierno adquirieron gran importancia las diversas instituciones; el estado llano, el parlamento y la Universidad empezaron entonces á intervenir en los asuntos públicos, ejerciendo considerable influencia.

CAPÍTULO VIII.

ALEMANIA, ADVENIMIENTO DE LOS HABSBURGOS. INDEPENDENCIA DE SUIZA. LA BULA DE ORO. LA HANSA (1).

Durante el interregno, Alemania es presa de la más horrible anarquía. Los señores y los nobles se ven obligados á aliarse

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Schmid, Kohlrausch, Luden, *Historiadores de Alemania*; Montelle, *Ensayo histórico sobre los engrandecimientos y las pérdidas de la casa de Austria desde el advenimiento de Rodolfo de Habsburgo*; *Historia de los sumos pontífices que han residido en Aviñón*, Aviñón, 1777; Maímburgo, *Historia del gran cisma de Occidente*; *Historia del concilio de Pisa*; *Historia del concilio de Constanza*; *Historia del concilio de Basilea*; todas las historias de la Iglesia.

para hacer respetar sus derechos y libertad. La más famosa de esas ligas es la *Hansa*, que protegió los intereses comerciales del norte de Alemania. La autoridad imperial fué restablecida en la persona de Rodolfo de Habsburgo; pero sus sucesores son impotentes. Suiza se separa del imperio y forma una confederación particular. Luis V comete la torpeza de separarse de la Iglesia. Carlos IV da término á ese cisma y dicta su Bula de Oro, que reglamentó la constitución del imperio; pero eso no impide que su autoridad sea muy débil, y sólo logra transmitir á sus sucesores una autoridad casi solamente nominal.

§ 1. — *Del interregno. La Hansa. Advenimiento de los Habsburgos. Independencia de Suiza (1273-1328).*

Estado de Alemania durante el interregno (1250-1273). — Alemania había sido durante veintitrés años presa de la más deplorable anarquía. La autoridad imperial era no más que sombra de lo que fuera antes; los señores se habían apoderado de todos los dominios que pertenecieron á los emperadores. Como la mayor parte de esos dominios se extendían por las orillas del Rhin, los tres arzobispados de Treves, Colonia y Maguncia y el conde palatino se los apropiaron. Lo mismo ocurrió con todas las tierras imperiales diseminadas en los condados y ducados de Alemania. Las ciudades se declararon libres al mismo tiempo de los tributos que pagaban al fisco imperial, y el clero cesó de suministrar las cargas que le estaban impuestas.

Privado de autoridad y de rentas el emperador, los señores que antes dependían de él se hallaron completamente independientes, de lo cual se valieron para satisfacer sus apetitos, resultando una verdadera guerra civil, que no dejó á nadie paz ni seguridad. Gloriábanse todos de armarse, no para efectuar conquistas, sino para despojar al vecino de lo suyo, arrebatándole sus ganados y los productos de sus tierras.

El débil necesitó recurrir á la asociación para defenderse contra las violencias y rapiñas de los más fuertes. Los señores se aliaron unos con otros, y rodearon sus castillos de baluartes y torres que los convertían en verdaderas fortalezas. Las ciudades debieron formar también confederaciones ó ligas para proteger la libertad de su comercio y de su industria. Entre esas

ligas, las más importantes fueron la rhenana y la anseática.

La primera, aprobada en 1255 por Guillermo de Holanda, comprendía sesenta ciudades de las orillas del Rhin, que se habían aliado con los arzobispos de Maguncia, Colonia y Treves.

La Hansa. — La liga anseática era más importante aún. Formábanla todas las ciudades de la Alemania del Norte, de Holanda y de Flandes. Tuvo su origen en Lübeck, en 1241, y su capital fué esta ciudad. Los otros centros eran Colonia, Brunswick y Dantzig. Poseía sucursales en Londres, París, Brujas, Berghem y Novogorod. Acaparó todo el comercio del Báltico y del mar del Norte, y sus barcos remontaban todos los ríos que desembocan en esas aguas. Sus mercaderes eran señores de las pesquerías, las minas, la agricultura y la industria de todas esas regiones. De Rusia sacaban las pieles, sebos y cueros; de Polonia, miel y cereales; de Sajonia y Bohemia, minerales; de Francia y la cuenca del Rhin, vinos; de Holanda, hilados; de Flandes, paños; de Inglaterra, estaño, etc. Tenían varios depósitos donde recibían las mercancías que les llegaban del sur y del oriente, y de ese modo efectuaban por agua un inmenso comercio de importación y exportación que enriqueció á las ochenta ciudades que entraron en la liga.

Ese movimiento comercial contribuyó mucho al desarrollo de las ciudades, pero también sirvió para la emancipación de los siervos en los campos. Las cruzadas y las guerras contra los eslavos habían disminuído considerablemente la población de la Alemania septentrional. La hansa estableció en esas regiones numerosas colonias de cultivadores libres que conservaron su independencia por el trabajo.

Restablecimiento de la dignidad imperial. Rodolfo de Habsburgo (1273-1291). — Sin embargo, esa anarquía acabó por cansar á los señores, que se concertaron para nombrar un emperador. Querían un hombre prudente y resuelto á la vez que pudiera restablecer la dignidad imperial; pero no demasiado poderoso, por temor de que amenazara su independencia. Werner, arzobispo de Maguncia, les indicó

á Rodolfo de Habsburgo, cuya lealtad era proverbial. Todos lo aceptaron, y se vió salir de un oscuro rincón de Suiza, con asombro universal, al señor de Alemania. Rodolfo empezó por visitar el imperio, esforzándose en hacer reinar en él la justicia, castigando las violencias de los señores subalternos. Estos no le presentaron resistencia; pero cuando se dirigió á los grandes feudatarios de la corona para obtener pleito-homenaje, la cosa se hizo más difícil. Ottocar, rey de Bohemia, poseía inmensos territorios que le daban grandísimo poder; así fué que cuando el emperador, antiguo mayordomo palatino suyo, le ordenó que prestara juramento de vasallaje, aquél respondió desdeñosamente: *¿Qué quiere Rodolfo? ¿Acaso no le he pagado su salario?* Esas ultrajantes palabras debían ser por fuerza señal de la guerra; Rodolfo cayó sobre la Bohemia con un poderoso ejército. Ottocar fué vencido en varios combates, y acabó por perder la vida en su última derrota, en Marchefeld, sobre el Morava, cerca de Viena (1278). Dejóse á sus hijos el Brandeburgo y la Bohemia; pero Austria, la Estiria, la Carniola y la marca de Viena pasaron á los herederos de Rodolfo, que de ese modo se convirtió en fundador de la casa de Austria (1282). El resto de su reinado lo empleó en reprimir las horribles exacciones de algunos señores, cuyos castillos, verdaderos asilos de bandiderismo, demolió. A pesar de los importantes servicios prestados por el soberano, se negaron los grandes á reconocerle por sucesor á su hijo, temiendo que la corona se hiciera hereditaria. Rodolfo murió en Gemersheim, en el Palatinado, á los setenta y cuatro años de edad (1291).

Adolfo de Nassau. Alberto de Austria. Impotencia de los emperadores (1291-1308). — Las grandes familias de los Habsburgos, los Nassau, Luxemburgo y Baviera, que no tenían rivales posibles, se disputaron la corona imperial. Gerardo, arzobispo de Maguncia, opuso su primo Adolfo de Nassau al partido de Alberto de Austria, hijo de Rodolfo, y logró triunfar. Pero Adolfo era príncipe sin talento, que descuidó los intereses del imperio, y descontentó á todo el mundo con sus injusticias y bajezas. Hasta su

protector, el arzobispo de Maguncia, lo abandonó; entonces los electores lo destituyeron y nombraron á Alberto (1298), quien distaba mucho de poseer las virtudes de su padre; duro y cruel por carácter, sólo se ocupó de los intereses de su familia, desdeñando los del imperio. Así fué que abandonó al rey de Francia Felipe el Hermoso sus derechos sobre el Franco Condado y otras muchas partes del antiguo reino de Borgoña, mientras él batallaba contra Holanda, la Turingia y Bohemia, procurando arrebatarse esos países á sus legítimos dueños, para darlos á personas de su familia. De todas esas injusticias sólo sacó el odio universal, de que fué al fin víctima, pues lo asesinaron á los diez años de reinar (1308).

Formación de la Confederación helvética (1307). — La confederación helvética se formó el mismo año de la muerte de Alberto I. La Suiza, que había quedado unida al imperio por efecto de la reunión del reino de Arlés á la Alemania, comprendía doscientos feudos, dependientes de la autoridad señorial, con el título de baronesados ó condados. Además, había en ella cuatro ciudades imperiales: Berna, Zurich, Friburgo y Soleure, y otras tres sometidas inmediatamente al gobierno del emperador. Eran esas los *waldstettes* de Uri, Schwitz y Unterwalden. Dicese que Alberto quiso convertir el derecho de patronato que tenía sobre esos tres cantones en derecho de soberanía absoluta. Parece que los suizos se opusieron, y entonces aquél entregó los desdichados montañeses á las insultantes exacciones de su intendente Gessler. Esa tiranía hubo de provocar la conspiración de Grutli, en que tomó parte el célebre Guillermo Tell (1). La liga que entonces se formó tuvo por jefes á Stauffacher de Uri, Walter Fürst de Schwitz y Melchtal de Unterwalden. El día de Año Nuevo de 1308 destrraron de Suiza los conjurados á los intendentes impe-

(1) Hemos empleado aquí la forma dubitativa, porque esos hechos, contados como ciertos por todos los historiadores modernos, son rechazados en la actualidad como puramente fabulosos. Un erudito alemán, M. Kopp, ha demostrado con cartas auténticas, que nunca existió el baido llamado Gessler. Esta observación se halla en el *Compendio* de Møhler.

riales. Enrique VII no se opuso á la nueva organización de los tres cantones. Pero como al morir aquél se disputaran el trono Luis de Baviera y Federico de Austria, los suizos se declararon abiertamente en favor del primero. Entonces los príncipes de la familia de Habsburgo marcharon contra ellos. El duque Leopoldo, hermano de Federico, reunió un ejército de seis mil hombres, y se adelantó á través de las montañas. Los suizos sólo podían presentar enfrente mil quinientos. Pero las dificultades del terreno les sirvieron, y aprovechando un desfiladero donde habían penetrado los enemigos, los deshicieron en Morgarten (1315). Después de esa victoria, los vencedores renovaron su confederación, que Luis de Baviera aprobó (1316), y pronto la aumentaron y consolidaron nuevos cantones. Lucerna entró en ella en 1332, Zurich y Glaris en 1351, Zug y Berna en 1352, San Gall en 1403, Friburgo en 1478, Basilea, Schaffuse y Appenzel en 1501. Habiendo establecido la casa de Austria un derecho sobre el camino de Lucerna, algunos jóvenes de esta ciudad se negaron á pagarlo. El duque Leopoldo de Austria aprovechó el caso para procurar destruir la independencia de Suiza; al efecto, invadió con un ejército numeroso el territorio de Argovia, y atacó cerca de Sempach á los soldados de la confederación (1386). Éstos se defendieron valerosamente, pero ya había sucumbido gran número de ellos cuando un intrépido caballero de Unterwalden, Arnoldo de Winkelried, se sacrificó generosamente por la libertad de su país, y logró romper las filas de los austriacos, lo que causó la derrota de éstos. Esa batalla fué seguida de la victoria de Nöfels (1388), que obtuvieron dos años más tarde los habitantes de Glaris. Esos triunfos produjeron la paz de Zurich, en que el duque de Austria, Alberto III, reconoció los derechos de la confederación helvética.

De la Alemania hasta la excomunión de Luis V de Baviera. Casa de Luxemburgo (1308-1323). — Al morir Alberto I, las virtudes caballerescas del conde Enrique de Luxemburgo le valieron los sufragios de los electores. Aunque su reinado fué corto, pudo sin embargo hacer apreciar la nobleza de sus

sentimientos y lo grande de su valor. Desde Conrado IV, ningún emperador había ido á Italia. Enrique VII lo hizo y tuvo la fortuna de reconciliar por un momento á güelfos y gibelinos; pero después las malas pasiones se despertaron, los odios reaparecieron y fué necesario elegir entre los dos partidos. Á ejemplo de sus predecesores, se puso del lado de los gibelinos, se apoderó de Lodi, de Cremona, y Brescia, y se dirigió á Roma, donde los legados del papa lo coronaron emperador (1312). Roberto, rey de Nápoles, y todos los güelfos, se alzaron contra él. Ya se disponía á comenzar la guerra, cuando murió súbitamente en Toscana por efecto de un enfriamiento (1313).

Después de un año de interregno, el imperio tuvo dos jefes, Luis de Baviera y Federico de Austria. Las ciudades estaban por Luis, con el arzobispo de Maguncia al frente; la nobleza sostenía á Federico, que el arzobispo de Colonia había promovido (1314). Por espacio de varios años paseó la guerra civil el hierro y el fuego por todas las provincias de Alemania, hasta que se dió en Mühlendorf (Baviera) una batalla decisiva. La victoria se declaró por Luis y Federico fué hecho prisionero (1322). Ese triunfo envalentonó al bávaro, que lo aprovechó para favorecer á los gibelinos de Italia. Juan XXII le pidió cuenta de su proceder y lo citó ante su tribunal. Luis apeló de ese acuerdo á un concilio general y se atrevió, en una dieta de Francfort, á hablar contra el papa, acusándolo de proteger á los herejes. Ese acto cismático le valió la excomunión (1323).

Del papado hasta el cisma de Pedro de Corbière (1303-1328). — La historia de los últimos años de Felipe el Hermoso nos ha dado á conocer el carácter de Clemente V, que fué el primero en fijar la residencia de su sede en Aviñón. Después de su muerte, la silla apostólica permaneció vacante dos años. En seguida se eligió á Santiago de Cahors, que reinó bajo el nombre de Juan XXII (1316). Defensor inflexible de los derechos de la Iglesia, entabló la lucha contra el emperador de Alemania excomulgando á Luis de Baviera, que había invadido las prerrogativas del poder espiritual. En vez de someterse, el príncipe es rodeó de doctores heréticos, entre los cuales se dis-

tinguieron Guillermo de Occam, Marsilo de Padua y varios franciscanos condenados. Apoyóse en sus doctrinas para justificarse, y pretendió, con arreglo á sus decisiones, tener el derecho de intervenir aun en los juicios dogmáticos (1324). Fundado en tales principios pasó Luis V á Italia y se hizo coronar en Roma por el prefecto Sciarra Colonna. Ese nuevo atentado le valió otra excomunión de Juan XXII, quien además lo destituyó; entonces fué cuando Luis se creyó con motivo para usar de represalias, destituyendo á su vez á Juan XXII y nombrando un antipapa; al efecto eligió, como instrumento de sus voluntades, un fraile de la orden de los mínimos, llamado Pedro de Corbière, que tomó el nombre de Nicolás ó Nicolao V (1328).

§ II. — Desde el cisma de Alemania hasta el fin del gran cisma de Occidente. La Bula de Oro (1328-1417),

Juan XXII y Luis V (1328-1334). — Luis de Baviera distaba mucho de conciliarse la estimación y confianza de sus vasallos con esos actos cismáticos. Su antipapa, Pedro de Corbière, afectaba, desde que había ceñido la tiara, lujo inmoderado que hasta á sus hechuras ofuscaba, y el emperador, que cubría todos esos gastos, se vió obligado á multiplicar los impuestos. Pedro salió de Roma, donde no estaba ya seguro, y se retiró á Pisa, que por de pronto lo acogió con entusiasmo, aunque sus habitantes no tardaron en reconocer su yerro. Enviaron, pues, mensajeros al papa Juan XXII para que los perdonase, y el mismo Pedro de Corbière dió muestras evidentes de arrepentimiento. Fué en persona á Aviñón, se echó á las plantas del Santo Padre, y le suplicó llorando que lo reconciliase con Jesucristo y su Iglesia. Viéndose abandonado de ese modo por todos sus partidarios, Luis V salió vergonzosamente de Italia y se volvió á Alemania llevando consigo la multitud de falsos doctores que sin cesar lo engañaban con sus pérfidas insinuaciones. Siguiendo esos perniciosos consejos, sembró en Alemania nuevas semillas de rebelión y de cisma, y la guerra contra el papado iba á encenderse de nuevo con mayor violencia, cuando murió Juan XXII (1334).

Último periodo del reinado de Luis V (1334-1347). — Benito XI, que ocupó la silla de San Pedro inmediatamente después de Juan XXII, era un pontífice de suavidad y moderación sin límites y que, como sólo deseaba la paz, hubiera querido reconciliar á la Santa Sede con el imperio. Ya había dejado oír al príncipe humillado palabras de perdón; mas, el rey de Nápoles, Roberto el Sabio y el de Francia, Felipe de Valois, hicieron fracasar ese designio.

Entonces se reunieron por primera vez los electores cerca de Colonia sobre el Rhin (1338), con ánimo de formar una liga capaz de resistir á los enemigos del imperio. Allí declararon al poder civil independiente del espiritual, y hasta hablaron de someter la Iglesia al Estado. Luis hubiera podido sacar mucho partido de esa declaración, pero después de haber visto á los electores pronunciarse de ese modo en su favor, hirió su susceptibilidad aumentando sin cesar las posesiones de su familia. De su mujer había heredado la Holanda, la Zelanda y la Frisia. La extensión de la casa de Brandeburgo le suministró ocasión de investir á su hijo con el margraviato; más tarde le dió además el Tirol, casándolo con la heredera de ese condado. Todas esas adquisiciones sucesivas irritaron á la casa de Austria, á la de Luxemburgo y al rey de Francia. Ligáronse contra él los grandes señores, depusieronlo y eligieron en lugar suyo á Carlos, margrave de Moravia, que era hijo de Juan el Ciego, rey de Bohemia (1346).

Luis se disponía á defenderse por las armas cuando lo sorprendió la muerte en medio de sus preparativos de guerra (1347).

Fin del cisma. Reinado de Carlos IV (1347-1378). — El nuevo emperador, salido de la casa de Luxemburgo, tuvo que empezar por combatir á la casa de Baviera, que le presentó enfrente á Gunther de Schawrzburgo; pero este príncipe no estuvo á la altura de su papel, y murió poco después de su pretendida elección. Desconcertados los hijos de Luis de Baviera por dichos reveses, reconocieron sin dificultad á Carlos IV, quien, libre de competidor, se apresuró á poner término al cisma, estableciendo con Clemente VI, que siempre lo había protegido, relaciones

de buena inteligencia y de perfecta armonía. Luego efectuó una expedición á Italia. Recibió en Milán la corona de hierro y en Roma la diadema imperial, de manos de los dos cardenales que el papa Inocencio VI había enviado allá con tal fin. Pero parece que sólo fué á dicho país para perder todos sus derechos y prerrogativas, pues cedió Padua y Verona á los venecianos, renunció á su soberanía sobre la Italia central (1354), y en otro viaje que hizo al sur de los Alpes, en 1368, sacrificó las posesiones que le quedaban.

Política de Carlos IV en Alemania. La Bula de Oro. — El acto más célebre que llevó á cabo Carlos IV como emperador de Alemania fué la publicación de la constitución conocida por el nombre de *Bula de Oro* (1356). Se le dió ese nombre porque se colgó de ella un sello de oro, que por una parte representaba la efigie del fundador y por la otra el Capitolio de Roma. Esa ley constitutiva del imperio contenía treinta capítulos. Determinaba el número de electores, los puntos donde debían reunirse, sus derechos en las vacantes imperiales, el modo de elección y sus prerrogativas personales. Los electores eran siete, tres de ellos eclesiásticos, á saber, los arzobispos de Treves, de Colonia, de Maguncia, y cuatro seculares, que eran el conde palatino del Rin, el margrave de Brandeburgo, el duque de Sajonia y el rey de Bohemia. La elección debía efectuarse en Francfort sobre el Mein, y la coronación en Aquisgrán por manos del arzobispo de Colonia. El festín de la coronación debía ser servido por el rey de Bohemia, que desempeñaba las funciones de copero mayor, por el conde palatino, que era el gran senescal, por el duque de Sajonia, gran mariscal y por el margrave de Brandeburgo, gran chambelán.

La bula declaraba hereditarios y perpetuos esos electorados, y concedía á los príncipes electores el derecho de explotar las minas, de acuñar moneda y de dictar justicia sin apelación posible; en una palabra, los elevaba á la dignidad de reyes. De ese modo preparó la división de Alemania, naciendo de sus electores señores independientes y debilitando en la misma proporción la autoridad imperial, que Carlos IV era incapaz de sostener.

Ese monarca enajenó todos los feudos del imperio, y no trabajó más que en el engrandecimiento de las posesiones de su familia y por la prosperidad de Bohemia. Así fué que enriqueció á Praga con multitud de iglesias, conventos y palacios; estableció además una universidad que en poco tiempo llegó á poder rivalizar con la de París, y favoreció mucho en sus Estados las ciencias y las letras. Incorporó la Silesia, la Lusacia y la Moravia á sus dominios, y contra lo prescrito en la *Bula de Oro*, que hacía independientes á los electores, unió el Brandeburgo á su reino de Bohemia. En su lecho de muerte repartió sus Estados entre sus hijos: el mayor, Wenceslao, recibió la Bohemia y la Moravia; el segundo, Segismundo, el Brandeburgo; y Juan, el tercero, la Lusacia. Pero éste murió poco tiempo después que su padre, de modo que Wenceslao y Segismundo quedaron por únicos herederos (1).

Resumen de este capítulo. — Este período se divide en tres partes: la primera comprende la independencia de Suiza; la segunda acaba á fines del gran cisma, y la tercera nos muestra la elevación de la casa de Austria.

1. La elección de Rodolfo de Habsburgo puso término al interregno (1273). Una vez elegido, ese príncipe somete á Ottocar de Bohemia, que se negaba á prestarle pleito-homenaje como á soberano. Fundó la casa de Austria dejando á sus hijos el Austria, la Estiria, la Carniola y la marca de Viena. Al morir, los electores habían preferido á su hijo Adolfo de Nassau, pero pronto reconocieron la incapacidad de ese príncipe y nombraron en lugar á Alberto de Austria. Mas, el reinado de éste no fué más dichoso que el del príncipe de Nassau su predecesor. Abandonó al rey de Francia sus derechos sobre el Franco Condado, y á su muerte se formó la confederación de los suizos, que Enrique VII de Luxemburgo reconoció. En la lucha que se entabló en seguida entre Luis de Baviera y Federico de Austria, los suizos se pusieron de parte del primero y ganaron sobre los príncipes de la casa de Habsburgo la batalla de Morgarten (1315). Luis de Baviera reconoció su independencia (1316) y triunfó de su competidor en Mühldorf (1322). Luego, como quisiera hacer absoluta su soberanía, no sólo en Alemania, sino también en Italia, fué depuesto por Juan XXII; pero marchó á coronarse en Roma y creó un antipapa, Pedro de Corbière, con el nombre de Nicolás V (1328).

(1) SUCESIÓN DE LOS EMPERADORES: Enrique VII de Luxemburgo (1309-1313), Luis V de Baviera (1314-1347) y Federico de Austria (1314-1330). Carlos IV de Luxemburgo (1346-1378).

II. La casa de Luxemburgo reanima la antigua lucha de los emperadores y de los papas. Luis de Baviera, que adoptó la política de Enrique VII, no tardó en sufrir el castigo que merecían esos actos inicuos. Su antipapa, Nicolás V, lo abandonó para ir á solicitar perdón del papa Juan XXII, y la opinión pública se pronunció contra él. Los electores le impiden reconciliarse con Benito XII y celosos por los donativos con que el emperador aumentaba constantemente las posesiones de su familia, lo depusieron, dando su corona al margrave de Moravia, Carlos IV, de la casa de Luxemburgo (1347). Ese nuevo emperador pone término al cisma y establece la constitución del imperio en la *Bula de Oro*; pero despoja de todas sus prerrogativas á la autoridad imperial, y sólo parece ocuparse del aumento de sus dominios.

CAPÍTULO IX.

POSTRIMERÍAS DE LA EDAD MEDIA. PRINCIPIO DEL RENACIMIENTO EN ITALIA. DANTE, GIOTTO, PETRARCA. LA PÓLVORA; LA BRÚJULA; EL PAPEL.

Antes de continuar la guerra de Cien años, nos detendremos un instante para hacer constar la situación general de Europa. La edad media se halla en sus postrimerías; la moderna va á principiar. Las señales precursoras de esa gran transformación social son los indicios del renacimiento, que empiezan por manifestarse en Italia. La literatura italiana aparece magníficamente representada por Dante y Petrarca, creadores de su poesía, y Boccaccio, que da flexibilidad á su prosa. Giotto hace marchar á las bellas artes por el mismo camino que las letras. Los inventos de la pólvora, de la brújula y del papel, son al mismo tiempo señales precursoras y causa de la gran revolución social que va á consumarse.

§ I. — *Postrimerías de la edad media. Principio del Renacimiento en Italia. Dante, Giotto, Petrarca.*

Postrimerías de la edad media. — La edad media había llegado á su apogeo en el siglo XIII, época de San Luis y de Santo Tomás de Aquino. Al mismo tiempo aparecen el rey modelo, el más magnífico representante de la monarquía cristiana, la *Suma teológica* del Ángel de las escuelas, resumen y obra maestra de la ciencia sagrada, y la Santa Capilla, que es en cierto modo la última palabra del arte gótico, padre de nuestras maravillosas catedrales. Pero á partir del siglo XIV, todos los elementos que habían consti-

tuído la grandeza de la edad media se debilitan ó desaparecen.

Al morir Bonifacio VIII el mismo poder pontificio ha sufrido terrible choque en lo tocante á su influencia temporal y espiritual. Estableciéndose en Aviñón, los papas han perdido su independencia y no siguen ejerciendo sobre las naciones la misma autoridad. Ese destierro, que se ha llamado segundo cautiverio de Babilonia, tiene por consecuencia espantoso cisma, el de Occidente, que hace mayor daño aún al papado en el espíritu de los pueblos. Al anatematizarse mutuamente, esos pontífices rivales han acostumbrado á los fieles á no prestar valor alguno á sus excomuniones.

En medio de todos esos escándalos se relaja la disciplina, y aunque aumenta el número de universidades, los estudios no son tan florecientes como lo habían sido. Los espíritus se lanzan en discusiones de intereses; estúdiase con ardor el derecho, porque es necesario para mezclarse en las disputas de la época y alcanzar la fortuna en medio de aquellos conflictos; pero se descuidan la filosofía, la teología y todas las ciencias religiosas. Confiérese á talentos estrechos y mediocres el grado de doctor; ocupan las cátedras gentes sin erudición ni entendimiento, y la enseñanza teológica se halla expuesta á perder su exactitud por la falta de conocimientos en los que la dan. Juan XXII nos revela lo profundo del mal en la bula que dictó para remediar esos abusos.

Como la fe se debilita, los espíritus menos afectos á la autoridad caen en multitud de innovaciones peligrosas. Á parte Wickliff y Juan Huss, que fueron los precursores de Lutero, la mayor parte de los doctores de entonces infringieron la ortodoxia y fueron condenados. Así Juan de París, Guillermo de Occam, Raimundo Lulio, Arnaud de Villanueva, Roger Bacon, y el mismo Pedro de Ailly, águila de la Iglesia de Francia, enseñaron doctrinas que la Iglesia censuró severamente.

En el orden civil, considerando lo que ocurre dentro de los Estados, se ve que todas las instituciones de la edad media se debilitan ó desaparecen enteramente. En Alemania, la dignidad imperial, deshecha por el

II. La casa de Luxemburgo reanima la antigua lucha de los emperadores y de los papas. Luis de Baviera, que adoptó la política de Enrique VII, no tardó en sufrir el castigo que merecían esos actos inicuos. Su antipapa, Nicolás V, lo abandonó para ir á solicitar perdón del papa Juan XXII, y la opinión pública se pronunció contra él. Los electores le impiden reconciliarse con Benito XII y celosos por los donativos con que el emperador aumentaba constantemente las posesiones de su familia, lo depusieron, dando su corona al margrave de Moravia, Carlos IV, de la casa de Luxemburgo (1347). Ese nuevo emperador pone término al cisma y establece la constitución del imperio en la *Bula de Oro*; pero despoja de todas sus prerrogativas á la autoridad imperial, y sólo parece ocuparse del aumento de sus dominios.

CAPÍTULO IX.

POSTRIMERÍAS DE LA EDAD MEDIA. PRINCIPIO DEL RENACIMIENTO EN ITALIA. DANTE, GIOTTO, PETRARCA. LA PÓLVORA; LA BRÚJULA; EL PAPEL.

Antes de continuar la guerra de Cien años, nos detendremos un instante para hacer constar la situación general de Europa. La edad media se halla en sus postrimerías; la moderna va á principiar. Las señales precursoras de esa gran transformación social son los indicios del renacimiento, que empiezan por manifestarse en Italia. La literatura italiana aparece magníficamente representada por Dante y Petrarca, creadores de su poesía, y Boccaccio, que da flexibilidad á su prosa. Giotto hace marchar á las bellas artes por el mismo camino que las letras. Los inventos de la pólvora, de la brújula y del papel, son al mismo tiempo señales precursoras y causa de la gran revolución social que va á consumarse.

§ I. — *Postrimerías de la edad media. Principio del Renacimiento en Italia. Dante, Giotto, Petrarca.*

Postrimerías de la edad media. — La edad media había llegado á su apogeo en el siglo XIII, época de San Luis y de Santo Tomás de Aquino. Al mismo tiempo aparecen el rey modelo, el más magnífico representante de la monarquía cristiana, la *Suma teológica* del Ángel de las escuelas, resumen y obra maestra de la ciencia sagrada, y la Santa Capilla, que es en cierto modo la última palabra del arte gótico, padre de nuestras maravillosas catedrales. Pero á partir del siglo XIV, todos los elementos que habían consti-

tuído la grandeza de la edad media se debilitan ó desaparecen.

Al morir Bonifacio VIII el mismo poder pontificio ha sufrido terrible choque en lo tocante á su influencia temporal y espiritual. Estableciéndose en Aviñón, los papas han perdido su independencia y no siguen ejerciendo sobre las naciones la misma autoridad. Ese destierro, que se ha llamado segundo cautiverio de Babilonia, tiene por consecuencia espantoso cisma, el de Occidente, que hace mayor daño aún al papado en el espíritu de los pueblos. Al anatematizarse mutuamente, esos pontífices rivales han acostumbrado á los fieles á no prestar valor alguno á sus excomuniones.

En medio de todos esos escándalos se relaja la disciplina, y aunque aumenta el número de universidades, los estudios no son tan florecientes como lo habían sido. Los espíritus se lanzan en discusiones de intereses; estúdiase con ardor el derecho, porque es necesario para mezclarse en las disputas de la época y alcanzar la fortuna en medio de aquellos conflictos; pero se descuidan la filosofía, la teología y todas las ciencias religiosas. Confiérese á talentos estrechos y mediocres el grado de doctor; ocupan las cátedras gentes sin erudición ni entendimiento, y la enseñanza teológica se halla expuesta á perder su exactitud por la falta de conocimientos en los que la dan. Juan XXII nos revela lo profundo del mal en la bula que dictó para remediar esos abusos.

Como la fe se debilita, los espíritus menos afectos á la autoridad caen en multitud de innovaciones peligrosas. Á parte Wickliff y Juan Huss, que fueron los precursores de Lutero, la mayor parte de los doctores de entonces infringieron la ortodoxia y fueron condenados. Así Juan de París, Guillermo de Occam, Raimundo Lulio, Arnaud de Villanueva, Roger Bacon, y el mismo Pedro de Ailly, águila de la Iglesia de Francia, enseñaron doctrinas que la Iglesia censuró severamente.

En el orden civil, considerando lo que ocurre dentro de los Estados, se ve que todas las instituciones de la edad media se debilitan ó desaparecen enteramente. En Alemania, la dignidad imperial, deshecha por el

anatema que Inocencio IV lanza contra ella en la persona de Federico II, no tuvo ya, con Rodolfo de Habsburgo y sus herederos, más que poder puramente nominal, que se perpetúa sin dignidad y sin grandeza. Inglaterra lleva en su seno el germen de aquella guerra de las Dos Rosas que debe vencer á toda la nobleza, aniquilar al pueblo y dar poder absoluto á la monarquía. Francia, desangrada por la guerra de Cien años, va á ver morir en Crécy, Poitiers y Azincourt la flor de sus caballeros, y Carlos VII preparará con sus instituciones el triunfo de Luis XI sobre el feudalismo. Destruído éste, empieza otra edad distinta de la anterior, la edad moderna.

Principio del Renacimiento en Italia. — Cuando empezó á decaer la escolástica, volvióse el espíritu hacia el estudio de las lenguas antiguas y preparó lo que se ha llamado Renacimiento de los clásicos griegos y latinos. Italia tomó la iniciativa de ese movimiento.

Aun en plena invasión de los bárbaros, ese pueblo no había perdido de vista completamente la tradición artística antigua. Multitud de templos, de acueductos, de anfiteatros y de monumentos de todas clases habían sobrevivido á las ruinas amontonadas por los bárbaros. Y hasta en las construcciones nuevas persistía el estilo griego, encontrándose en ellos la inspiración antigua ligeramente modificada por la influencia de las concepciones extranjeras.

También se había perpetuado el latín popular en medio de todos los cambios que la guerra había producido en el seno de las poblaciones; pues el italiano moderno no es sino la lengua hablada de los antiguos latinos, con las modificaciones inevitables que veinte siglos deben introducir necesariamente en un idioma.

La protección que los sumos pontífices, y á ejemplo suyo la mayor parte de los señores de Italia habían concedido perpetuamente á las letras, había dado á esa nación ventaja visible sobre los restantes pueblos modernos. Cuando ya se encontraba ese pueblo en su siglo de erudición, empezaba apenas á animarse de instintos poéticos la lengua francesa, y mientras el italiano llega en el siglo XVI á su edad de oro, el francés no debía hallar hasta un siglo más tarde el feliz enlace del arte

y de la naturalidad que constituye y caracteriza el genio.

La influencia de los griegos activó ese movimiento. La primera cátedra de lengua helénica fué creada en Florencia en favor de Leoncio Pilatos (1360). Crisoloras, enviado al Occidente por el emperador Manuel, para tratar de la reconciliación de la Iglesia griega con la latina, entusiasmó á Florencia, Milán y Pavia con sus conferencias públicas. Bessarión, que asistió al concilio de Florencia, fué seducido por la buena acogida que hacían á los griegos en Italia, se fijó en ese país y contribuyó poderosamente al triunfo de la literatura antigua.

Por todas partes se lanzaron los eruditos al estudio de los manuscritos griegos y latinos; se buscó en las bibliotecas de los monasterios, y todos se echaron ávidamente sobre esos tesoros que la paciencia y perseverancia de los religiosos había conservado. Practicáronse excavaciones para hallar las estatuas antiguas, tributóse culto entusiasta á las obras maestras literarias y artísticas de los antiguos siglos, y de ese modo se abrió nueva vía ante el genio humano.

Los grandes precursores y promotores de ese renacimiento fueron Dante, Petrarca y Boccaccio en las letras y Giotto en las artes.

Dante. — Dante tuvo la gloria de producir el primer poema épico que han visto aparecer las naciones modernas. Nació en Florencia, en mayo de 1265, de familia noble. Su primer maestro fué el célebre Brunetto Latini, uno de los más eruditos escritores de Italia. Luego visitó sucesivamente las universidades de Bolonia, de Padua y de París, estudiando en ellas al mismo tiempo las ciencias y las letras. Sus maestros en filosofía fueron Aristóteles y Platón, y en teología Santo Tomás de Aquino. En las divisiones que entonces desgarraban la Italia, su familia se había declarado por el partido güelfo y sostenía, en tal virtud, la libertad de los papas, contra el despotismo de los emperadores. Dante siguió por de pronto la misma bandera que los Alighieri, pero más tarde lo abandonó para hacerse gibelino. Habiéndolo elegido por jefe los florentinos, hizo desterrar á los que se hallaban al frente

de las facciones opuestas; pero no pudo mantenerse en el poder, y se vió expatriado á su vez, yendo á desterrarse en Rávena, donde acabó su vida, el 14 de Septiembre de 1321.

En medio de esas agitaciones y animosidades políticas fué como Dante compuso su gran poema la *Divina Comedia*, la epopeya más sublime que haya producido el genio humano. Comprende la humanidad toda entera y nos muestra al hombre llegado al término de su destino y empezando una vida que no debe acabar jamás: el poeta recorre tres mundos, el *Infierno*, el *Purgatorio* y el *Paraíso*, pintándónolos con los más extraños y vivos colores. El *Infierno* es, según él, un embudo inmenso, dividido en nueve círculos que van estrechándose, pero que aumentan en dolores á medida que decrecen. En el extremo de esa horrible espiral se encuentra el círculo de los traidores, y en el fondo se ve á Lucifer encadenado. Nada más espantoso que la pintura de ese monstruo hecha por el Dante: « Al verlo, dice, no morí, pero no quedé tampoco vivo. Si tienes algún genio, lector, piensa en lo que yo me convertí en ese estado, al verme fuera de la vida y de la muerte. »

Dante bajó á los infiernos con Virgilio, que le sirvió de guía é introductor. Supone á Lucifer en el centro de la tierra, cuyo eje forma, de modo que la mitad de su cuerpo quedaba á un lado y la otra mitad al lado opuesto del centro. Para salir del infierno, hay que descender á lo largo de su cuerpo hasta el punto central, subiendo luego á lo largo de sus piernas; trepando así, llegan el poeta y su guía al pie de una montaña que los lleva á la entrada del *Purgatorio*. Éste, lo mismo que el infierno, está dividido en círculos, pero sólo en siete, que en vez de estar separados en grados descendentes, lo está al contrario en ascendentes. Cada grado tiene por objeto purificar las manchas que dejan los diversos pecados cometidos; el último grado linda con el *Paraíso*.

En ese punto Virgilio se separa del Dante, sin duda dando á entender que el cielo estaba cerrado á los paganos antes de la redención de nuestra especie. Beatriz reemplaza al Dante; esa compañera del poeta es

el símbolo de la Teología; juntos recorren los siete cielos de los planetas, y después de haber examinado juntos los círculos celestes, los dos viajeros llegan ante la Divinidad, que, al mismo tiempo triple y una, se les manifiesta bajo la forma de un triángulo de fuego. Así termina la visión del poeta.

Al recorrer las moradas del otro mundo, Dante se ha procurado el medio de representar todo lo que ha ocurrido en el nuestro. Virgilio, la personificación más alta de la ciencia y de la poesía en la antigüedad, es completado por Beatriz, encarnación de las nuevas ideas que la revelación cristiana ha propagado entre los hombres. Asignando á cada acción su castigo y su recompensa, Dante ha penetrado en los secretos más profundos de la ciencia filosófica y religiosa; y, llamando por sus nombres á los habitantes del infierno, del purgatorio y el paraíso, ha resumido la historia y pronunciado, á manera de soberano juez, fallos inmortales sobre el mérito ó demérito de los más célebres personajes.

Á la verdad, esos fallos no son inapelables, y hasta le sucede que se contradice, según las opiniones políticas que profesa en el momento en que escribe. Así, cuando compuso su *Infierno*, era gibelino, y colocó entonces al papa Bonifacio VIII entre los habitantes de esa horrible morada; pero quince años más tarde, cuando terminó su *Purgatorio*, cambió de parecer y llegó hasta comparar la pasión y muerte de ese mismo pontífice con la pasión y muerte de Cristo: « Veo, dice, entrar las flores de lis (1) en Agnani y á Cristo prisionero; lo veo insultado de nuevo; veo renovarse la escena de la hiel y el vinagre, y lo veo morir entre dos ladrones vivos; veo un nuevo Pilato que ese suplicio no basta á saciar, y que lleva al templo sus ávidos deseos. »

Si bien Dante se deja arrastrar á veces hasta emitir juicios infundados sobre las personas, y eso por efecto de la violencia de sus pasiones políticas, es en cambio siempre exacto en su doctrina. Su libro contiene toda la filosofía, toda la teología y toda la ciencia de la edad media. Es una enciclopedia completa, y por ese

(1) Hierro de esa forma con que se marcaba á las condenados.

motivo ha sido objeto de multitud de comentarios. Los escritores más eruditos han tratado de penetrar el velo que envuelve las ideas contenidas en esa obra gigantesca, y descubrir así la verdad oculta bajo la ficción. Juan Visconti, arzobispo y señor de Milán, encargó á seis sabios, dos teólogos, dos filósofos y dos anticuarios, de esclarecer todo lo que podía haber de oscuro en la *Divina Comedia*, y se fundaron dos cátedras, una en Florencia y otra en Bolonia, para explicar ese gran poema á la juventud estudiosa de Italia.

Petrarca. — Petrarca fué en el siglo XIV, el poeta más distinguido y el hombre más influyente de Italia. Nació el 20 de Julio de 1304, en la ciudad de Arezzo; su padre, amigo del Dante, era gibelino como éste; pero sus opiniones políticas no le impidieron llevar á su hijo y á su familia al condado de Aviñón, donde Clemente V llevara la sede pontificia. El joven Petrarca estudió el derecho en Montpellier, aunque prefiriendo siempre las obras de Cicerón y de Virgilio á los oscuros tratados de jurisprudencia. La poesía y la elocuencia fueron sus estudios favoritos, si bien no descuidó las demás ciencias.

Compuso en latín sus primeros ensayos poéticos, pero pronto empleó su musa el lenguaje vulgar, comunicándole la gracia y dulzura que caracterizan todas sus obras. Sirvióse de ese instrumento sobre todo para cantar la pasión que había despertado en su alma la célebre Laura, que conoció en Aviñón en 1327. Como la virtud de esa mujer lo desesperó, sus sentimientos se hicieron más apasionados, y recorrió el mediodía de Francia, París, los Países Bajos y el bosque de las Ardenas, dejando oír por todas partes sus quejas y sus versos. Vuelto que fué á Vaucluse, buscó alivio á sus penas multiplicando sus cantares, y cada día añadió algo á su gloria, sin hallar no obstante el lenitivo de sus males.

En medio de esos proyectos y de sus ocupaciones literarias, había concebido el propósito de escribir en latín la historia de Roma desde su fundación hasta Tito. Mientras acumulaba materiales para esa grande obra, fué vivamente impresionado por los acontecimientos de la segunda guerra Púnica y la elevación

del carácter de Escipión; entonces resolvió celebrar en un mismo poema á ese grande hombre y sus hazañas, y empezó una especie de epopeya titulada *Africa*. Á medida que adelantaba en su trabajo, leía fragmentos á sus amigos, que no hallaron los calificativos de *sublime* y *divino* superiores á la admiración que sentían.

Influido por Roberto de Anjou, rey de Nápoles, el senado romano escribió á Petrarca para ofrecerle una corona de laurel. El joven poeta, que había solicitado personalmente ese honor, se apresuró á marchar á Nápoles, desde donde se trasladó á Roma para gozar del triunfo que lo esperaba allí. Y el 8 de Abril de 1341, día de Pascuas, subió al Capitolio rodeado por los principales ciudadanos, y precedido por doce jóvenes que cantaban y declamaban sus versos. Ese honor nunca visto multiplicó el número de sus rivales, y cuando publicó su poema *Africa*, lo vió desgarrado por amargos censores. Esas injusticias le causaron tanto pesar que más tarde, recordando su coronación, decía que lo habían coronado de espinas.

Siete años después, en 1348, supo la muerte de Laura, que falleció víctima de horrible peste. Petrarca fué fiel á su memoria. Durante la primera parte de su vida había cantado sus perfecciones, y su entusiasmo llegó hasta el éxtasis; durante la segunda mitad, lloró la pérdida de su amiga, y sus cantos revistieron entonces acento penetrante y solemne. Sus poesías italianas pasaban á los ojos de Petrarca como secundarias para su reputación y su gloria, que fundaba más bien en sus versos latinos: la posteridad ha juzgado de distinta manera. Sus versos latinos sólo son conocidos por los eruditos, mientras que sus *Sonetos* y *Canciones* han llegado á alcanzar extraordinaria popularidad.

Dante había encontrado en infancia la lengua italiana, que contaba á la sazón catorce idiomas en Italia, en las dos vertientes del Apenino, y cada uno de esos idiomas se subdividía á su vez en tantos otros, que hubiera sido posible contar hasta mil en toda la Península. La *Divina Comedia* fijó la lengua formando con todos esos dialectos un idioma único que se hizo aceptar universalmente por razón de su incontestable supe-

rioridad. Petrarca á su vez perfeccionó la obra del Dante despojando el idioma de lo que tenía aún de rudo y deforme, y comunicándole la gracia y armonía que nos encantan cuando leemos sus *Canciones* y sus *Sonetos*.

Sus poesías latinas no añadieron nada á la lengua de Virgilio y de Cicerón, pero el apasionado amor que Petrarca tenía por la antigüedad le hizo recorrer Italia, Francia, España y Portugal, en busca de manuscritos de autores antiguos. Hizo efectivamente preciosos descubrimientos y, lo que fué tan ventajoso como eso, difundió en esos países su entusiasmo por la antigüedad, anticipándose de ese modo á la llegada de los griegos á Italia, y provocando la vuelta al estudio de los autores antiguos, que fué el carácter principal del Renacimiento.

Ese activo y laborioso poeta fué hallado muerto en su biblioteca el 15 de Julio de 1374, con la cabeza inclinada sobre un libro abierto. Había muerto de un ataque de apoplejía fulminante á la edad de setenta años.

Boccaccio. — Boccaccio, discípulo y amigo de Petrarca, nació en París en 1313: era hijo natural de un mercader florentino. Su padre lo destinaba al comercio, pero el joven Boccaccio sentía atractivo irresistible hacia el estudio de las bellas letras. Hallándose en Nápoles, conoció á Petrarca, y asistió al examen que precedió á su coronación en Roma. A partir de entonces fué siempre creciendo su pasión por los trabajos literarios, y, siguiendo los consejos de Petrarca, se retiró á una pequeña casa de campo que poseía en Cestaldo, cerca de Florencia, donde compuso en latín diversas obras de erudición y de historia. Contaba con esas composiciones graves y serias para establecer su gloria, pero la posteridad lo engañó, como había engañado á Petrarca. Hoy nadie habla de sus producciones latinas, y toda su celebridad se funda en el *Decamerón*, colección de cien historietas, que compuso en prosa italiana.

Primeramente se ejerció en componer versos, y sin atreverse á pretender llegar hasta el punto á donde se elevara Dante, esperaba por lo menos ocupar el se-

gundo lugar; pero así que vió los sonetos y canciones de Petrarca, no pudo seguir haciéndose ilusiones y quemó todo cuanto había hecho. El principal resultado de ese movimiento de despecho fué, dice Guinguené, hacer que Boccaccio escribiera la prosa con más cuidado, dando á su lengua perfección, número, armonía y giros elegantes que aun le faltaban. Esas cualidades se observan principalmente en su *Decamerón*; pero si esa obra es muy notable desde el punto de vista artístico, también es muy degradada por lo licencioso y obsceno de sus relatos. Cuesta trabajo concebir cómo pudo extenderse por Italia un libro tan inmoral sin excitar la indignación pública. Precisaba que las costumbres estuvieran entonces profundamente corrompidas para dar cierta verisimilitud á las escenas escandalosas que el autor hace referir por mujeres en una sociedad agradable y espiritual, que procura distraerse en medio de los sombríos presentimientos que á todos inspiraba la horrible peste de 1348.

Boccaccio murió en Cestaldo el 21 de Diciembre de 1375. Lo mismo que Petrarca, buscaba con increíble ardor los manuscritos antiguos; sabía griego y exhortaba á sus contemporáneos á efectuar estudio serio de las literaturas antiguas.

Giotto. — Giotto fué para las artes lo que Dante, Petrarca y Boccaccio habían sido para las letras. Era hijo de un labrador, y mientras guardaba los rebaños de su padre, se entretenía en delinear ovejas sobre una laja con la punta de un guijarro. Cimabúe, pintor notable de Florencia, vió en esos dibujos groseros los rasgos del verdadero talento, por lo cual se llevó consigo al niño y le enseñó su arte. El discípulo llegó en poco tiempo á la altura del maestro, y hasta lo sobrepujo por lo agradable del color, la exactitud de las formas y la discreta disposición de sus cuadros.

La pintura había siempre florecido en Italia; los monjes se consagraron á iluminar los libros de las iglesias, y esas iluminaciones eran, por punto general, cuadros muy lindos. Necesitábanse también pinturas para adorno de los oratorios, de las capillas, de las grandes iglesias y de las catedrales. En Nápoles, Roma, Florencia, Verona, Bolonia, Milán y otras ciu-

dades de Italia brillaban numerosos artistas, mucho tiempo antes de que Cimabúe apareciese.

Como esos artistas no trataban más que asuntos religiosos, tenían el mérito de la expresión. Las cabezas de sus vírgenes y de sus santos son verdaderamente inspiradas. Pero en general descuidaron la anatomía y las proporciones. El dibujo es defectuoso y el cuerpo no se halla representado con la gracia, la naturalidad y perfección que distinguen á las obras maestras de los antiguos.

Cimabúe es considerado como el primer pintor del Renacimiento, porque fué el primero que se separó de esos tipos arcaicos y convencionales. Sus personajes no tienen la actitud ruda y la estatura inverosímil de los pintores de la edad media. Sabe expresar la flexibilidad de vestiduras; sus tonos son menos recargados y más fundidos; pero ignora la perspectiva y el dibujo es incorrecto é irregular. Sin embargo, se ha libertado de las tradiciones observadas por sus antecesores y es más natural.

Giotto se resiente de su origen y se esfuerza en pintar las cosas como son más bien que como se las supone. Ese es el primer pintor que haya comprendido el retrato. Hizo los de Dante, de Brunetto, de Corso Donati y de otros varios ilustres florentinos.

Jefe de una escuela ambulante, vagó por las ciudades de Italia, dejando en todas partes trabajos y modelos, aunque los principales se hallan en Florencia. Bonifacio VIII le dió mil doscientos florines por el dibujo de la barca de San Pedro, composición alegórica ejecutada por Pedro Cavallini bajo el pórtico de la basílica del Vaticano. Pintó al fresco el interior del antiguo pórtico de San Juan de Letrán, y enriqueció con sus obras las iglesias de Padua, Nápoles y Asís.

Giotto era también arquitecto; dirigió la construcción del campanario de la catedral de Florencia, el famoso *Campanile* que, con sus cinco cuerpos y sus variedades de mármoles, de ventanas, nichos y estatuas, ha causado siempre la admiración de los artistas más distinguidos.

Ese pintor tuvo numerosos imitadores y mereció ser

colocado al frente de la serie de grandes hombres que han llevado el arte á su mayor perfección.

§ II. — *La pólvora. La brújula. El papel.*

La pólvora. — La invención de la pólvora produjo gran cambio en los ejércitos y contribuyó mucho á la transformación de la sociedad. Las armas de fuego establecieron formidable igualdad entre el villano y el noble, que lo había hollado impunemente hasta entonces bajo los pies de su caballo de batalla. La caballería perdió parte de su anterior importancia, y la infantería, que se reclutaba en la plebe, formó en adelante la verdadera fuerza de los ejércitos. Hubo que cambiar las fortificaciones de las ciudades y de los castillos para permitirles resistir á la fuerza del cañón, y el señor que no pudo hacer esos gastos se halló en cierto modo decaído de su importancia anterior.

Unos han atribuido la invención de la pólvora á un monje inglés, Roger Bacon, y otros á un monje alemán, Bertoldo Schwertz. Pero es más probable que nos ha venido de China, donde se halla en estado natural el salitre que constituye su base. La pólvora se compone en efecto de 75 partes de esa sustancia, 15,50 de carbón y 9,50 de azufre. ¿Quién fué el primero en hallar la mezcla hecha en esas proporciones? No se sabe. Los chinos la conocieron antes que los europeos y la empleaban en sus fuegos artificiales. Los árabes la recibieron de los chinos y la usaron para lanzar proyectiles. Hay en consecuencia que atribuirles la invención de las armas de fuego. Esas armas se aplicaron en España á principios del siglo XIV y en Francia é Italia á fines del mismo.

Primero se fabricaron enormes cañones que eran sólo piezas de sitio destinadas á reemplazar las catapultas, las lanzaderas y demás máquinas de la balística antigua. Dábaseles entonces los nombres terribles de *vibora*, *ruina*, *temblor de tierra*, *elefante*, etc.; esos cañones se cargaban difícilmente. Había que destornillar la culata, echar en ella la pólvora que se cubría con un taco, y luego se volvía á atornillar, metiendo la bala por la boca, todo ello después de enfriar el tubo

con agua ó trapos mojados. Era preciso ser muy hábil para hacer sesenta disparos al día.

Las armas de fuego recibieron en Francia sus principales perfeccionamientos. La invención de la artillería ligera se atribuye á un bombardero normando, Carlos Brisa. Hicieronse cañones que un solo soldado podía llevar. Los hermanos Bureau se distinguieron en tiempos de Carlos VII por las modificaciones que introdujeron en las cureñas y cañones para hacerlos de más fácil transporte. Cuando Carlos VIII pasó los Alpes para hacer la guerra de Italia, no tenía menos de 140 cañones móviles. Cada uno de ellos era arrastrado por un par de bueyes; un tiro análogo conducía un carrillo con las municiones.

Después de los cañones vinieron los arcabuces. Desde 1346 los había en la torre de Turín. Eran esos unos largos tubos de bronce ó de hierro, de calibre algo mayor que el de nuestros fusiles y que tenían un oído. Distinguíanse el *arcabuz de garfio* y el de *mecha*.

El primero pesaba unos 25 kilogramos. Se le colocaba en un caballete de palo, manteniéndolo por medio de un garfio. El arcabuz de *mecha* era más pequeño y fácil de manejar. Un soldado lo llevaba y cuando quería tirar, lo colocaba encima de una horquilla de hierro. La mecha que debía inflamár la pólvora se colocaba en la boca de un pequeño dragón que se hacía caer por medio de un resorte sobre la pólvora del cebo. Después se reemplazó la mecha por un sillex ó piedra de chispa, que se llama *fulcile* en italiano, de donde ha salido la palabra *fusil*. Primero se recurrió á una rueda dentada de acero para producir por el choque contra el pedernal la chispa que debía hacer salir el tiro. Ese arcabuz, llamado *de rueda* era más ligero que los otros; se le usaba generalmente á fines del siglo xvi.

En 1630 se inventó el fusil de piedra propiamente dicho, cuyo fiador se compone de un gatillo provisto de un trozo de pedernal, que va á dar contra un platillo de acero que cubre el cebo. Al caer el gatillo, choca el pedernal contra ese platillo de acero, que por el choque se levanta, y la chispa va caer sobre el cebo, que se inflama, encendiendo á través del oído la carga interior.

La bayoneta se introdujo en el fusil de guerra hacia 1640.

La carabina parece habernos venido de los árabes. La pistola se usa desde 1550, y probablemente recibió ese nombre por haber sido inventada en la ciudad de Pistoya.

Aunque esos instrumentos fueran muy superiores á las antiguas máquinas guerreras, éstas no fueron sin embargo abandonadas inmediatamente. En primer lugar, la fabricación de la pólvora y de los cañones era mala. Además, los nuevos aparatos eran pesados, difíciles de manejar, y no se sabía sostener el fuego ni emplear el fusil como arma defensiva. El suizo prefería su pica y el genovés su arco á los nuevos inventos.

Pero á medida que se perfeccionaron esos instrumentos, se fué extendiendo su uso. Así, en el siglo xv se ve aumentar el número de los arcabuceros, mientras el de los ballesteros disminuye, y en el siglo xvii es completa esa revolución militar. Ya no se ven en los ejércitos ni en los sitios los antiguos instrumentos. La pólvora es lo único que se emplea para herir á distancia.

La brújula. — Á fines de la edad media, los relatos de los misioneros que el celo de la fe había llevado á recorrer la Mongolia, la Tartaria, la India y la China, habían inspirado gusto por los viajes. El célebre veneciano Marco Polo recorrió el Asia y escribió un relato de las cosas que más habían llamado su atención. El inglés Madeville penetró á fines del siglo xiv en la India y la China y despertó en toda Europa el deseo de conocer esas regiones lejanas, inexploradas todavía.

Como los mares cubren las dos terceras partes de la superficie del globo, nunca se hubiera llegado á conocer esos inmensos océanos, si no se hubiese descubierto la brújula. No se sabe con seguridad de dónde nos viene ese precioso instrumento. Guiot de Provins, que vivía á principios del siglo xiii, habla de la polaridad del imán, pero el primero en servirse de la brújula fué un ciudadano de Amalfi en el siglo xiv. Tal vez debió á los sarracenos el conocimiento de ese precioso aparato, y aquéllos lo tomaron quizás de los chinos, como habían hecho con la pólvora.

Quando los marinos pudieron guiarse en medio de los mares, ya no se limitaron como antes á costear las tierras del Atlántico y del Mediterráneo. Los portugueses bajaron á lo largo de África, doblaron el cabo de Buena Esperanza, y hallaron un nuevo camino para las Indias. Cristóbal Colón se lanzó á través del Océano y descubrió un mundo nuevo. Esos viajes produjeron tales cambios en el comercio y la industria que es posible considerarlos como principio de una edad distinta de la anterior.

El papel. — El papel nos ha venido de China, como la brújula y la pólvora. En la edad media se empleaban el papiro y el pergamino, y se grababan las sentencias y las inscripciones en madera, piedra, bronce ó marfil. Los papiros se fabricaban con las fibras de una caña de Sicilia y de Egipto y el pergamino era piel de carnero, de cabra ó de becerro, y se le daba ese nombre porque se le empezó á fabricar en Pérgamo.

Los chinos hacían, desde los primeros siglos de nuestra era una pasta con trapos viejos de seda, de cáñamo y de lino, que extendían en hojas, empleándolas como papel. Los árabes les tomaron esa invención y la transmitieron á Europa por medio de los cruzados.

Primeramente se empleó el papel para la correspondencia y las actas notariales. En el siglo xv servía para la transcripción de los libros, que entonces empezaron á ser menos raros.

Ese descubrimiento precedió algunos años á la invención de la imprenta y contribuyó mucho al desarrollo del nuevo arte. Ocurrió precisamente en el momento en que los espíritus, llevados por la afición á los estudios clásicos á buscar los manuscritos antiguos, experimentaban la necesidad de ver reproducidas aquellas obras maestras, para que se extendiera y vulgarizara su conocimiento. Esto fué lo que dió tanta importancia á dicho invento, y lo que tan precioso lo hizo.

Résumé de este capítulo. — Habiendo llegado al final de la edad media y los principios de la moderna, importa determinar el carácter de esas dos épocas.

I. La edad media se halla en sus postrimerías; la moderna en

su aurora. Todo lo que ha constituido la grandeza de la primera, papado, imperio, nobleza, estudios escolásticos, sistema feudal, todo eso pierde brillo é importancia. El espíritu humano se vuelve hacia la antigüedad. Van á reaparecer los grandes genios de Grecia y de Roma; la nueva generación se forma en su escuela, y á eso se le llama Renacimiento. Italia precede en esa vía á las demás naciones de Europa. Su lengua queda formada antes que las restantes lenguas modernas. Sus poetas se llaman: Dante, que escribe una epopeya; Petrarca, su gran lirico; y á la cabeza de sus prosistas aparece Boccaccio. Las artes van á tomar en su seno nueva dirección. Giotto, discípulo de Cimabúe, inaugura una tendencia particular, que seguirán los grandes maestros, gloria de Italia en el siglo xvi.

II. Ese renacimiento es favorecido por tres grandes inventos: la pólvora, la brújula y el papel. La primera produce transformación completa en los ejércitos y en la táctica militar. La brújula permite á los marinos recorrer todos los mares y completar los conocimientos relativos al globo muy imperfectos todavía. Por último, el papel sirve para la reproducción de los libros, que la imprenta multiplicará más tarde prodigiosamente.

CAPÍTULO X.

LOS PAPAS EN AVIÑÓN. GRAN CISMA DE OCCIDENTE. WICKLEF EN INGLATERRA. AGITACIÓN EN EUROPA.

En este último periodo de la edad media, la Iglesia atraviesa pruebas terribles. Los papas abandonan Roma y van á establecerse en Aviñón. Europa los cree bajo la dependencia de la Francia y eso debilita considerablemente su autoridad moral. En vez de un jefe, la Iglesia tiene dos, que se anatematizan mutuamente, produciendo con tales escándalos la decadencia de la fe en las naciones católicas. A las agitaciones que turban la Europa se unen errores que minan al mismo tiempo las bases de la religión y de la sociedad. Wicklef empieza por enseñarlos en Inglaterra, pero desde allí los veremos pasar á Alemania con Juan Huss, precursor de Lutero.

§ I. — *Los papas en Aviñón. Gran cisma de Occidente.*

Los papas en Aviñón (1308-1378). — Bertrán de Got, arzobispo de Burdeos, que había sido elevado á la Sede pontificia, declaró á instancias de Felipe el Hermoso que permanecería en Francia, residiendo en el condado Venaissino. Aviñón no pertenecía aún al papa. Clemente VI lo compró en 1348, con su territorio y sus dependencias, á Juana, reina de Sicilia, en 90.000 flo-

Quando los marinos pudieron guiarse en medio de los mares, ya no se limitaron como antes á costear las tierras del Atlántico y del Mediterráneo. Los portugueses bajaron á lo largo de África, doblaron el cabo de Buena Esperanza, y hallaron un nuevo camino para las Indias. Cristóbal Colón se lanzó á través del Océano y descubrió un mundo nuevo. Esos viajes produjeron tales cambios en el comercio y la industria que es posible considerarlos como principio de una edad distinta de la anterior.

El papel. — El papel nos ha venido de China, como la brújula y la pólvora. En la edad media se empleaban el papiro y el pergamino, y se grababan las sentencias y las inscripciones en madera, piedra, bronce ó marfil. Los papiros se fabricaban con las fibras de una caña de Sicilia y de Egipto y el pergamino era piel de carnero, de cabra ó de becerro, y se le daba ese nombre porque se le empezó á fabricar en Pérgamo.

Los chinos hacían, desde los primeros siglos de nuestra era una pasta con trapos viejos de seda, de cáñamo y de lino, que extendían en hojas, empleándolas como papel. Los árabes les tomaron esa invención y la transmitieron á Europa por medio de los cruzados.

Primeramente se empleó el papel para la correspondencia y las actas notariales. En el siglo xv servía para la transcripción de los libros, que entonces empezaron á ser menos raros.

Ese descubrimiento precedió algunos años á la invención de la imprenta y contribuyó mucho al desarrollo del nuevo arte. Ocurrió precisamente en el momento en que los espíritus, llevados por la afición á los estudios clásicos á buscar los manuscritos antiguos, experimentaban la necesidad de ver reproducidas aquellas obras maestras, para que se extendiera y vulgarizara su conocimiento. Esto fué lo que dió tanta importancia á dicho invento, y lo que tan precioso lo hizo.

Résumé de este capítulo. — Habiendo llegado al final de la edad media y los principios de la moderna, importa determinar el carácter de esas dos épocas.

I. La edad media se halla en sus postrimerías; la moderna en

su aurora. Todo lo que ha constituido la grandeza de la primera, papado, imperio, nobleza, estudios escolásticos, sistema feudal, todo eso pierde brillo é importancia. El espíritu humano se vuelve hacia la antigüedad. Van á reaparecer los grandes genios de Grecia y de Roma; la nueva generación se forma en su escuela, y á eso se le llama Renacimiento. Italia precede en esa vía á las demás naciones de Europa. Su lengua queda formada antes que las restantes lenguas modernas. Sus poetas se llaman: Dante, que escribe una epopeya; Petrarca, su gran lirico; y á la cabeza de sus prosistas aparece Boccaccio. Las artes van á tomar en su seno nueva dirección. Giotto, discípulo de Cimabúe, inaugura una tendencia particular, que seguirán los grandes maestros, gloria de Italia en el siglo xvi.

II. Ese renacimiento es favorecido por tres grandes inventos: la pólvora, la brújula y el papel. La primera produce transformación completa en los ejércitos y en la táctica militar. La brújula permite á los marinos recorrer todos los mares y completar los conocimientos relativos al globo muy imperfectos todavía. Por último, el papel sirve para la reproducción de los libros, que la imprenta multiplicará más tarde prodigiosamente.

CAPÍTULO X.

LOS PAPAS EN AVIÑÓN. GRAN CISMA DE OCCIDENTE. WICKLEF EN INGLATERRA. AGITACIÓN EN EUROPA.

En este último periodo de la edad media, la Iglesia atraviesa pruebas terribles. Los papas abandonan Roma y van á establecerse en Aviñón. Europa los cree bajo la dependencia de la Francia y eso debilita considerablemente su autoridad moral. En vez de un jefe, la Iglesia tiene dos, que se anatematizan mutuamente, produciendo con tales escándalos la decadencia de la fe en las naciones católicas. A las agitaciones que turban la Europa se unen errores que minan al mismo tiempo las bases de la religión y de la sociedad. Wicklef empieza por enseñarlos en Inglaterra, pero desde allí los veremos pasar á Alemania con Juan Huss, precursor de Lutero.

§ I. — *Los papas en Aviñón. Gran cisma de Occidente.*

Los papas en Aviñón (1308-1378). — Bertrán de Got, arzobispo de Burdeos, que había sido elevado á la Sede pontificia, declaró á instancias de Felipe el Hermoso que permanecería en Francia, residiendo en el condado Venaissino. Aviñón no pertenecía aún al papa. Clemente VI lo compró en 1348, con su territorio y sus dependencias, á Juana, reina de Sicilia, en 90.000 flo-

rines. Pero la Santa Sede era dueña del condado, que había sido dado á Gregorio X por Felipe III.

Clemente V convocó un concilio general en Viena del Delfinado. Esa grande asamblea, que fué el décimoquinto concilio ecuménico del catolicismo (1311), condenó las antiguas sectas de los maniqueos, que habían reaparecido bajo los nombres de fraticelos, beguardos, dulcinistas, etc.; hizo excelentes reglamentos para los hospitales, se esforzó en destruir ciertos abusos que se habían introducido en los monasterios, y pronunció la abolición de la orden de los Templarios.

El sucesor de Clemente V, Juan XXII, tuvo el dolor de ver á Alemania separarse de la Santa Sede. Ese cisma, que duró todo el reinado de Luis V, excitó grandes turbulencias en Alemania y en Italia (véase el capítulo VIII). Carlos IV, su sucesor, se apresuró á ponerse en relaciones con Clemente VI, sucesor de Juan XXII, y á terminar una lucha que era tan funesta al Estado como á la Iglesia.

Conjuración de Rienzi (1347). — Pero el mismo año de la muerte de Luis de Baviera, fué Roma teatro de extraordinaria revolución. Mientras los papas residían en Aviñón, quedaba en Perugia un legado con el encargo de administrar en nombre de aquéllos los Estados de la Iglesia. Roma no obedecía inmediatamente su autoridad, sino que estaba gobernada por un senador anual, elegido por el pueblo, quien procedía de común acuerdo con los capitanes del pueblo y el concejo. Esa especie de gobierno mixto, por más que era favorable á la libertad, no pudo impedir sin embargo las revueltas interiores. Los partidos de los güelfos y de los gibelinos, representados por las familias degeneradas de los Colonna y de los Orsini, mantenían viva con sus disensiones la guerra civil. Esas luchas intestinas hacían que los romanos lamentaran el alejamiento de los romanos pontífices, cuya ausencia era tan desastrosa para Roma. Después de la muerte de Benedicto XII, enviaron embajadores á Clemente para excitarlo á volver. Nicolás de Rienzi, que formaba parte de esa embajada, agradó al papa tanto por su discreción y sus talentos, que éste le dió el cargo eminentemente lucrativo de notario apostólico.

De vuelta á Roma, Rienzi hizo ostentación de los títulos y privilegios que había obtenido y los utilizó como arma contra su bienhechor. Evocando los recuerdos de la antigua república, y, después de haber alejado de Roma á los nobles capaces de resistir á sus quiméricos designios, tuvo bastante ascendiente sobre la multitud para hacerse nombrar dictador, y hacerse llamar, al subir al Capitolio, libertador de Roma y de Italia (20 de mayo de 1347). El éxito lo desvaneció y, no contento con reinar en Roma, aspiró en su loca ambición á una especie de imperio universal. Presentóse como árbitro de la paz general en Italia, ordenó al papa que volviese á Roma, y pretendió decidir entre Luis de Baviera y Carlos de Luxemburgo, que se disputaban el imperio. Sus más fieles partidarios no vieron sino extravagancias en esas pretensiones audaces, y el pueblo, desilusionado por ese exceso de vértigo, empezó desde entonces á mostrarse hostil al fogoso tribuno; el legado alentó esa reacción, y Rienzi tuvo que huir á Alemania bajo un hábito de franciscano (1348). Clemente VI lo excomulgó, lo mismo que á todos sus partidarios.

Ese pontífice había sido durante su reinado testigo de infinitos desastres. Su predecesor, Benedicto XII, no había podido impedir que estallara la guerra entre Francia é Inglaterra, y esa lucha, que debía durar un siglo, se señaló por la derrota de Crécy (1346), tan funesta para la primera de aquellas naciones. Clemente VI se había apresurado á interponer su mediación entre dichos pueblos, teniendo la fortuna de lograr que se pactara una tregua (1347). Pero al mismo tiempo llegaban á su noticia los crímenes de Juana I, reina de Nápoles, que había hecho asesinar á su marido Andrés, hijo segundo del rey de Hungría, y que por eso mismo había obligado á éste á invadir sus Estados. Para colmo de infortunio, en 1348 se extendió por todo Occidente la peste negra, llamada peste de Florencia, que, según Froissart, hizo perecer la tercera parte de la población. El pueblo acusó de esa calamidad á los judíos, pretendiendo que habían viciado el aire con sus maleficios, por lo cual en ciertos países los mataron en masa. Clemente VI tomó partido por ellos y publicó una bula (4 de julio de 1348) para pro-

hibir que se les molestase, ni en sus personas ni en sus bienes. Al año siguiente abrió el jubileo secular, y multitud de peregrinos acudieron presurosos á la tumba de los apóstoles para esforzarse en calmar la cólera celeste. Clemente VI murió dos años después (6 de diciembre de 1352), habiendo ocupado la silla apostólica 10 años, 6 meses y 18 días.

Tuvo por sucesor á Esteban Aubert, cardenal arzobispo de Ostia, oriundo del pueblecito de Beissac, diócesis de Limoges. Fué coronado en 30 de diciembre de 1352 y tomó el nombre de Inocencio VI. Su primer acto fué anular un compromiso que los cardenales habían pactado antes de su erección, para obligar al papa á que los dignatarios de ese título no pasaran de veinte, á que no confriese los altos puestos de la corte romana ó las primeras dignidades de la Iglesia sin su consentimiento y á dejarles disponer á su antojo de la mitad de las rentas de la Santa Sede. Inocencio declaró nulos é ilícitos todos esos artículos, que hubiesen arrebatado su autoridad al poder pontificio, para ponerlo bajo la dependencia de una especie de consejo aristocrático. Recordó á los obispos la necesidad de la residencia, desterró de su corte á todos los prelados que no pertenecían á ella, limitó los gastos de los cardenales y reformó la administración de sus rentas con propósito de realizar economías. Uno de sus grandes designios era restablecer su autoridad en Italia, y comprendía que para lograrlo necesitaba un ejército, cosa imposible de obtener sin medios pecuniarios.

Afortunadamente, tenía á sus órdenes al cardenal Albornoz, hombre de genio, que supo poner en vías de ejecución su proyecto. Ese cardenal era al mismo tiempo guerrero y hombre de Estado. Habíase distinguido en España, donde contribuyó á la famosa batalla de Tarifa, obtenida por Alfonso XI, rey de Castilla. Nombrado arzobispo de Toledo, su franqueza con Pedro el Cruel lo perdió, viéndose obligado á retirarse á Aviñón, donde Clemente VI le dispensó perfecta acogida. Inocencio VI le confió un ejército de mercenarios y lo hizo acompañar por Rienzi, cuyo recuerdo seguía siendo caro á los romanos. Cuando reapareció el antiguo tribuno, el pueblo pidió con entusiasmo que volvieran

á ponerlo al frente de Roma. Albornoz consintió en ello, bajo la condición de que se sometería al soberano pontífice. La proposición fué aceptada, y Rienzi se halló en posesión legítima del poder que en otro tiempo usurpara. Pero los romanos no hallaron en él al mismo hombre. Las costumbres degradantes que había contraído en Bohemia y Hungría les desagradaron, no pudiendo soportar su fausto y su arrogancia.

Así fué que había apenas un año que Rienzi se encontraba al frente del poder, cuando se produjo un motín á los gritos de ¡*Muera el tirano!* Rienzi se presentó ante los sediciosos esforzándose en calmarlos, pero aquéllos lo asesinaron, quemando su cadáver después de haberlo insultado ignominiosamente.

Albornoz dejó que los romanos nombraran dictador á un simple zapatero, Lelio Calzolaio, y cuando los vio cansados de anarquía, les dió por jefe un senador y restableció la tranquilidad. Como en aquel año se presentara en Italia, Carlos IV, Albornoz lo coronó emperador de acuerdo con el papa, y le hizo jurar que respetaría todos los derechos del soberano pontífice en los Estados de la Iglesia y en Italia. La antigua constitución del imperio, que había sido derribada por las violencias de Federico segundo, pareció restablecida. El hábil cardenal derribó al mismo tiempo todas las familias que se habían hecho absolutas en las ciudades de la marca de Ancona y de la Romaña, y tuvo la gloria de preparar la vuelta de los papas á Roma, acabando la sumisión de los Estados de la Iglesia.

Llamamiento y vuelta de los papas á Roma.

— La ciudad de Roma había caído en el más triste estado desde que la abandonaran los papas. Su población era inferior á sesenta mil almas; sus templos, sus calles, sus plazas públicas, todo parecía un desierto más bien que un lugar habitado.

El poeta Petrarca escribió á Urbano V en nombre de los romanos para excitarlo á volver á Roma. Sus patrióticos y religiosos acentos enternecieron el alma del pontífice, quien anunció al sacro colegio que su intención era volver junto á las tumbas de San Pedro y de San Pablo, y no tardó en ejecutar su propósito: su entrada en Roma se efectuó el 16 de octubre de 1366

en medio de una multitud transportada de alegría.

Pero la guerra de Francia y de Inglaterra lo obligó á volver á Aviñón, donde murió el 29 de Diciembre de 1370. Tuvo por sucesor á Gregorio XI, sobrino de Clemente VI. Santa Brigida, que había querido impedir á Urbano V que volviese á Francia, se presentó al nuevo pontífice, comunicándole sus revelaciones. « Sabed, le dijo, que vuestro interés os ordena volver á Roma, y que mientras más retardéis la ejecución de ese designio, más disminuirán ante Dios vuestros méritos. »

Santa Catalina de Sena, que entonces llenaba de admiración á Italia, unió sus ruegos á los de Santa Brígida. Gregorio XI se decidió á salir de Aviñón entrando en Roma el 17 de Enero de 1377. El pueblo lo acogió con transportes de alegría, y los Estados de la Iglesia, que eran presa de espantoso desorden, volvieron á su deber, lo mismo que los florentinos, con arreglo á los consejos de Santa Catalina de Sena, á quien el papa había dado plenos poderes para esa negociación.

Cisma de Occidente (1378). — Los papas habían residido en Aviñón setenta años. Gregorio XI murió el 27 de marzo de 1378, catorce meses después de haber restablecido en Roma la silla apostólica.

Los cardenales le dieron como sucesor á un napolitano, Bartolomé Prignano, arzobispo de Bari, que tomó el nombre de Urbano VI. Los caprichos singulares y desigualdad de carácter del nuevo pontífice, inspiraron casi inmediatamente pesar de lo hecho á los miembros del sacro colegio. Diez y seis de ellos se retiraron á Agnani y lo excitaron á presentar su renuncia, bajo el pretexto de que su elección no había sido libre.

Habiéndose negado á abdicar Urbano VI, y habiendo propuesto que se examinara la cuestión en un concilio ecuménico, pretendieron que era inútil apelar del caso á todo el orbe católico, y anularon por su propia autoridad la elección efectuada en Roma algunos meses antes. Después se reunieron en Fondi para efectuar una elección nueva, y nombraron, en 21 de septiembre á Roberto de Ginebra, obispo de Cambrai, que tomó el nombre de Clemente VII.

El nuevo papa se instaló en Aviñón, y Urbano VI

permaneció en Roma. El mundo católico se dividió entonces en dos partes. El papa de Aviñón, Clemente VII, fué reconocido por Francia y sus aliados, Castilla, Aragón, Portugal, Saboya, Escocia, Lorenay Nápoles. Italia, menos Nápoles, y los demás Estados católicos, reconocieron al papa de Roma, Urbano VI. Un cisma deplorable, que se ha designado por el nombre de gran cisma de Occidente, dividió de ese modo la Iglesia durante cuarenta años, y tuvo las más funestas consecuencias para la fe y la disciplina.

Bonifacio IX y Benedicto XIII. — Los dos pontífices rivales se anatematizaron mutuamente y se convirtieron de ese modo en piedra de escándalo para la cristiandad.

Al morir Urbano VI (15 de octubre de 1389), el rey de Francia envió embajadores á Roma para conjurar á los cardenales á que no procediesen á nueva elección; pero antes de que esos diputados llegaran, la elección estaba ya hecha. Los cardenales romanos habían elegido á Pedro Romacelli, que tomó el nombre de Bonifacio IX.

Clemente VII excomulgó á este nuevo pontífice, como antes lo hiciera con Urbano VI, y resistió á cuantas tentativas hicieron con él la mayor parte de los prelados franceses y de los doctores de la universidad de París, que lamentaban esas escandalosas disensiones.

Habiendo muerto Clemente VII (26 de septiembre 1394), el rey de Francia, Carlos VI, se apresuró á escribir á los cardenales de Aviñón para excitarlos á no elegir nuevo papa. Su carta llegó en el momento en que aquéllos iban á entrar en conclave; pero como sospechaban su contenido, no la abrieron y se apresuraron á elegir en lugar de Clemente VII al cardenal Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII, persona de carácter obstinado é inflexible. Esa designación perpetuó el cisma hasta el concilio de Constanza.

§ II. — *Wicklef en Inglaterra. Agitaciones en Europa.*

Agitaciones en Europa. — El gran cisma era causa de perturbación en toda Europa. Habiéndose dividido en dos grupos las naciones, cada cual se obsti-

naba en su obediencia, despreciando las sentencias promulgadas por el pontífice opuesto.

Como las instituciones de la edad media se hallaban en decadencia, y las que debían reemplazarlas no estaban todavía bien establecidas ni siquiera determinadas, resultaban en lo interior de las naciones luchas que las mantenían en perpetua agitación.

Así, en Francia, durante la terrible guerra de Cien años á los ataques de los ingleses se agregaban las atrocidades de la Jaquería en los campos, de los sediciosos en las ciudades. Marcel tenía en jaque á la monarquía en la persona del Delfín, y la rebelión de la burguesía provocaba levantamientos populares.

En Italia había la conspiración de Rienzi y las agitaciones de las repúblicas, en España las pretensiones de las Cortes contra el poder real, en Flandes excitaban las revueltas los dos Artewelde, en Inglaterra Wat-Tyler y los lollards causaban el espanto de las gentes pacíficas con sus doctrinas antisociales.

Á favor de la indisciplina y de la anarquía, había penetrado la división hasta en los conventos. Los franciscanos se separaron en dos bandos respecto de su voto de pobreza. Los hubo que pretendieron que ese voto excluía toda propiedad, aun la de las ropas, del pan y de las cosas que se consumen por el uso.

Esos falsos místicos se dieron los nombres de *fratriculos*, y llegaron en su exaltación hasta condenar á la misma Iglesia y hacer reproducirse los errores y excesos de los antiguos maniqueos, dando por otra parte en tierra con todos los principios de la familia y de la propiedad.

Por lo demás, esas consecuencias destructoras de toda sociedad eran la doctrina de casi todos los sectarios que aparecieron entonces.

Una peste horrible, que se llamó negra y de Florencia, recorrió toda Europa, causando en ella tantas víctimas, que el historiador Froissart calcula que pereció la tercera parte de su población.

Esa calamidad dió nueva vida á la secta de los flagelantes. Estos fanáticos, que habían aparecido á mediados del siglo XIII, pretendían calmar con sus peni-

tencias la cólera de Dios. Así era que recorrían las ciudades y los campos con la espalda y hombros desnudos, y armados de látigos con los cuales se azotaban hasta hacerse sangre. Dábanse el nombre de *devotos*, y atribuían tan gran virtud á sus voluntarias flagelaciones, que con ellas querían reemplazar la confesión, el ayuno, la misa, los sacramentos, y todas las buenas obras.

No reconocían ni Iglesia ni poder civil; atacaban á los judíos, y en nombre de la libertad violaban las propiedades de los laicos y del clero. Clemente VI renovó contra esos infames sectarios los anatemas que ya habían sido lanzados contra ellos; pero el error no se ocultó más que para reaparecer bajo otra forma.

De los wicklefistas. — A los escándalos del cisma se habían unido los ataques de la herejía. Un doctor de la universidad de Oxford, Juan Wicklef, cura de Lutterworth, en la diócesis de Lincoln, se había puesto á dogmatizar, allá por los años de 1376. Ese sacerdote se había distinguido en la lucha que se entablara entre los monjes mendicantes y los clérigos seculares, pero al atacar á las órdenes religiosas, hizo presentir los errores en que incurriría más adelante. Como la autoridad del papa y de los obispos lo obligó á tocar retirada, se vengó atacando el derecho que tienen los eclesiásticos de poseer bienes temporales, de ejercer jurisdicción sobre los laicos y de pronunciar censuras. Esa doctrina halagaba demasiado á la autoridad civil para que su autor no hallara numerosos auxiliares entre los jefes del gobierno. Ese apoyo lo hizo más osado aún, y entonces negó la primacía de la Iglesia romana y su supremacía sobre todas las demás iglesias, así como la superioridad de los obispos sobre los simples sacerdotes, y después de haber trastornado toda la jerarquía eclesiástica, acabó de arruinar la autoridad de los clérigos y de los regulares, pretendiendo que esa autoridad dependía de su santidad, y que no se debía obedecerles desde el momento en que dejaban de encontrarse en estado de gracia.

El arzobispo de Cantorbery, Simón de Sudbury, citó al innovador ante un concilio en Londres (1376), para que diese cuenta de las proposiciones que propagaba.

Wicklef se presentó efectivamente en él, acompañado por el duque de Lancaster, regente del reino y por varios señores. Allí veló sus errores, envolviendo sus frases en restricciones y sutilezas equívocas, y como se le veía sostenido por los más influyentes hombres de Estado, no se pronunció contra él ninguna censura. El concilio se contentó con dictarle la orden de que en adelante se abstuviese de sentar porposiciones análogas. Pero el papa Gregorio XI no tuvo la misma debilidad; condenó diez y nueve proposiciones extraídas de las diversas obras de Wicklef, y envió su censura á los obispos de Inglaterra (22 de mayo de 1377) y al rey Eduardo III, rogándoles que le ayudasen en asunto tan grave para la fe. Los obispos celebraron un nuevo concilio en Lambeth. Wicklef se presentó en él con una escolta armada, y sin dejarse impresionar por la condenación de Gregorio XI, dirigió á Urbano VI las proposiciones censuradas por su predecesor, y se ofreció á defenderlas públicamente como ortodoxas.

El gran cisma que en esos momentos se produjo le permitió propagar impunemente durante algún tiempo sus errores. Pero en 1382, Guillermo de Courtenay, arzobispo de Cantorbery, reunió contra él un tercer concilio en Londres, al cual asistieron ocho obispos y varios doctores. Los congregados condenaron veinte y tres ó veinticuatro de las proposiciones de Wicklef, diez como heréticas y catorce como erróneas ó contrarias á los decretos y práctica de la Iglesia. Las primeras atacaban la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, el dogma de la transubstanciación, el sacrificio de la misa, las indulgencias y la necesidad de la confesión sacramental; las segundas, la excomunión, el derecho de predicar la palabra de Dios, los diezmos, los oficios de difuntos, la vida religiosa, el poder y las prerrogativas del soberano Pontífice, y el derecho de la Iglesia á poseer bienes temporales. Extendía á los señores y á los mismos príncipes el falso principio de que no se puede ser legítimo propietario sino en el caso de estar exento de pecado mortal, y de ese modo minaba las bases de la sociedad civil lo mismo que de la religiosa. Créese que Wicklef se retractó de sus errores, sometiéndose á la sentencia del concilio, pues sin

eso, el rey Ricardo II, que se había empeñado en perseguir severamente á todos sus partidarios, no lo hubiera dejado sin duda en posesión de su curato, donde murió dos años después, de un ataque de apoplejía (1384).

El sistema de Wicklef, que se encuentra expuesto principalmente en su *Triologo*, la más famosa de sus obras, es pura y sencillamente el panteísmo, derivándose en línea directa de los principios que Amaury de Chartres tomara á principios del siglo XIII en los libros de Scot Erígenas y de los filósofos árabes. Wicklef estableció, lo mismo que aquél, que toda la naturaleza es Dios y que todo ser es Dios. Su panteísmo es también un panteísmo idealista, pues dice, como Amaury, que la idea y Dios son lo mismo. Una vez admitido ese punto de partida, todas las proposiciones de Wicklef son consecuencias lógicas de dicho primer principio. Así, no admitiendo la creación, sino suponiendo al contrario que todo lo que existe es eterno, no había razón para reconocer en Dios la libertad; y era necesario, si se quería ser consecuente, sostener que todo lo que ocurre se realiza de manera fatal; según eso, ni Dios hubiera podido impedir el pecado del primer hombre, ni era posible que el Hijo de Dios dejara de encarnar; según eso, además, todo cuanto existe es de necesidad absoluta, nuestra libertad lo mismo que la de Dios es un mito, y perpetua ilusión la creencia en nuestro libre albedrío; según eso, en fin, Dios destina á los buenos como á los malos á todo lo que hacen, aprobando el mal como el bien, pues ambos son igualmente inevitables (1).

Ese fatalismo destruía toda moral, pues por una parte presentaba á Dios como indiferente á las acciones humanas, buenas ó malas, sustrayendo al hombre por otra la responsabilidad de sus actos. Estableciendo que todo es Dios, el panteísmo destruye la individualidad y la personalidad de todos los seres, arrebatando de ese modo al derecho de propiedad su base y fundamento esencial. Por consiguiente, Wicklef hubiera

(1) Todas esas consecuencias son proposiciones que Bossuet ha sacado del *Triologo* de Wicklef. Véase la *Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes*, lib. XI, n.º. 153.

podido sin trabajo enlazar con los principios generales de su teoría sus declamaciones contra los bienes de los eclesiásticos ó de los seculares. Únicamente las gentes instruidas estaban en situación de comprender la parte abstracta de su sistema; el pueblo se limitó á apoderarse de sus posibles aplicaciones prácticas. Así fué que en toda Inglaterra se alzaron, bajo los nombres de *lollards* ó *wicklefistas*, bandas de ladrones que cayeron sobre obispos y monjes, condes y barones, diciendo que todos los hombres nacen iguales, que no debería haber nobles ni siervos, que todos tienen análogo derecho á la propiedad, y que era preciso destruir la desigualdad en las clases acabando con los privilegios de la cuna y de la riqueza. En consecuencia, se pusieron á saquear las moradas señoriales, á demoler sus casas, á incendiar y devastar las iglesias y á decapitar á los jueces y jurisperitos, reprochándoles sus sentencias como verdaderos crímenes; negáronse á pagar los impuestos y pretendieron no deber nada á su soberano. Fué preciso recurrir á la fuerza pública para dominar ese movimiento. Enrique V, que los había favorecido cuando sólo era duque de Lancaster, los exterminó al subir al trono. Pero con el nombre de hussitas reaparecieron en Alemania.

Resumen de este capítulo. — La edad media llegó á su apogeo en el siglo xiii. En el xiv empieza la decadencia, notándose en la Iglesia por la disminución de fuerzas del papado y los errores que surgen.

I. La lucha de los papas con los emperadores termina con las dificultades surgidas entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso. Los sucesores de Bonifacio salen de Roma y van á establecerse en Aviñón. De ese modo pierden su independencia y con su independencia su libertad. Alemania se separa de la Iglesia, y ese cisma, que dura cerca de veinte años, inaugura el camino que Lutero seguirá más tarde. Estalla una conjuración en Roma, y la antigua ciudad de los papas se venga del abandono en que la dejan constituyéndose en república. El cardenal Albornoz restablece en Roma la autoridad pontifical, pero el regreso de los papas á la ciudad eterna se hace necesario. Todo los invita á volver. Gregorio XI lo hace efectivamente; pero cuando él muere, son nombrados dos papas, Urbano VI y Clemente VII; uno reside en Roma y otro en Aviñón, y empieza el gran cisma de Occidente. Francia y sus aliados, que son Castilla, Aragón, Portugal, Saboya, Escocia, Lorena y el reino de Nápoles, toman partido por el papa de Aviñón; Italia y los demás Estados católicos por el papa de Roma. Urbano VI tiene por sucesor á Boni-

facio IX y Clemente VII á Benedicto XIII. Ese deplorable cisma va á perpetuarse cuarenta años.

II. La división se ha introducido, pues, en la Iglesia, notándose además en todas las naciones de Europa. Francia se ve turbada por la Jaqueria, los *maillotins*, los *tuchins* y *cabochianos*; Inglaterra, por los partidarios de Wicklef; Flandes, por los Ar-tewelde; España por las Cortes; Roma, por Rienzi. Casi en todas partes se juntan la guerra civil y la extranjera. Las sectas que pululan en esa agitación tienen todas el mismo carácter, todas quieren destruir la Iglesia, y con la Iglesia la familia y la sociedad. Tales son las doctrinas antisociales de los fraticulos, de los flagelantes y de los wicklefistas. Estos últimos excitan turbulencias en Inglaterra; pero sus errores no acaban cuando Enrique V destruye las bandas de esa secta, pues ya veremos que Juan Huss y Jerónimo de Praga los propagan en Alemania.

CAPÍTULO XI.

SEGUNDA PARTE DE LA GUERRA DE CIENT AÑOS. CARLOS VI: ACCIÓN DE LA CASA DE BORGÑA (1380-1421) (1).

El reinado de Carlos VI señala en la historia de Francia una de esas épocas de transición en que todo parece hallarse en decadencia. Las ideas nuevas no tienen aún bastante poder para animar y sostener la sociedad que se transforma, y en esa transformación, el pasado, que toca á su fin, pierde cada día alguna parte de su fuerza y de su prestigio, de manera que todo eso produce una especie de decaimiento universal. Ese es el fenómeno que puede observarse fácilmente en aquella época tan calamitosa para la monarquía francesa. En lo interior, Francia se halla trabajada por violentas luchas que tienen el carácter prematuro de nuestras revoluciones modernas; practicanse ensayos de reforma; pero fracasan porque los espíritus no se hallan aún bastante preparados para tan grandes cambios. El enemigo exterior aprovecha ese momento de anarquía y explota con tal fortuna esas disensiones, que llega á apoderarse de la mayor parte del territorio francés, logrando el mismo poder real declare legítimas esas conquistas.

§ I. — *Menor edad y demencia de Carlos VI (1380-1392).*

Menor edad de Carlos VI. — Carlos VI no contaba aún doce años cuando subió al trono. Según un decreto de Carlos V, su padre, debía ser mayor de edad á los catorce; pero ese joven se hallaba en la

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: *La Crónica del religioso de San Dionisio*, Juvenal de los Ursinos y los historiadores de Carlos VI. las *Memorias* de Pedro de Femín (1309-1322), las *Crónicas* de Monstrelet á partir de 1400, la *Vida del mariscal Boucicaut*, *Memorias* de Lefebvre de Saint-Remi, llamado Toisón de Oro.

podido sin trabajo enlazar con los principios generales de su teoría sus declamaciones contra los bienes de los eclesiásticos ó de los seculares. Únicamente las gentes instruidas estaban en situación de comprender la parte abstracta de su sistema; el pueblo se limitó á apoderarse de sus posibles aplicaciones prácticas. Así fué que en toda Inglaterra se alzaron, bajo los nombres de *lollards* ó *wicklefistas*, bandas de ladrones que cayeron sobre obispos y monjes, condes y barones, diciendo que todos los hombres nacen iguales, que no debería haber nobles ni siervos, que todos tienen análogo derecho á la propiedad, y que era preciso destruir la desigualdad en las clases acabando con los privilegios de la cuna y de la riqueza. En consecuencia, se pusieron á saquear las moradas señoriales, á demoler sus casas, á incendiar y devastar las iglesias y á decapitar á los jueces y jurisperitos, reprochándoles sus sentencias como verdaderos crímenes; negáronse á pagar los impuestos y pretendieron no deber nada á su soberano. Fué preciso recurrir á la fuerza pública para dominar ese movimiento. Enrique V, que los había favorecido cuando sólo era duque de Lancaster, los exterminó al subir al trono. Pero con el nombre de hussitas reaparecieron en Alemania.

Resumen de este capítulo. — La edad media llegó á su apogeo en el siglo xiii. En el xiv empieza la decadencia, notándose en la Iglesia por la disminución de fuerzas del papado y los errores que surgen.

I. La lucha de los papas con los emperadores termina con las dificultades surgidas entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso. Los sucesores de Bonifacio salen de Roma y van á establecerse en Aviñón. De ese modo pierden su independencia y con su independencia su libertad. Alemania se separa de la Iglesia, y ese cisma, que dura cerca de veinte años, inaugura el camino que Lutero seguirá más tarde. Estalla una conjuración en Roma, y la antigua ciudad de los papas se venga del abandono en que la dejan constituyéndose en república. El cardenal Albornoz restablece en Roma la autoridad pontifical, pero el regreso de los papas á la ciudad eterna se hace necesario. Todo los invita á volver. Gregorio XI lo hace efectivamente; pero cuando él muere, son nombrados dos papas, Urbano VI y Clemente VII; uno reside en Roma y otro en Aviñón, y empieza el gran cisma de Occidente. Francia y sus aliados, que son Castilla, Aragón, Portugal, Saboya, Escocia, Lorena y el reino de Nápoles, toman partido por el papa de Aviñón; Italia y los demás Estados católicos por el papa de Roma. Urbano VI tiene por sucesor á Boni-

facio IX y Clemente VII á Benedicto XIII. Ese deplorable cisma va á perpetuarse cuarenta años.

II. La división se ha introducido, pues, en la Iglesia, notándose además en todas las naciones de Europa. Francia se ve turbada por la Jaqueria, los *maillotins*, los *tuchins* y *cabochianos*; Inglaterra, por los partidarios de Wicklef; Flandes, por los Ar-tewelde; España por las Cortes; Roma, por Rienzi. Casi en todas partes se juntan la guerra civil y la extranjera. Las sectas que pululan en esa agitación tienen todas el mismo carácter, todas quieren destruir la Iglesia, y con la Iglesia la familia y la sociedad. Tales son las doctrinas antisociales de los fraticulos, de los flagelantes y de los wicklefistas. Estos últimos excitan turbulencias en Inglaterra; pero sus errores no acaban cuando Enrique V destruye las bandas de esa secta, pues ya veremos que Juan Huss y Jerónimo de Praga los propagan en Alemania.

CAPÍTULO XI.

SEGUNDA PARTE DE LA GUERRA DE CIEN AÑOS. CARLOS VI: ACCIÓN DE LA CASA DE BORGÑA (1380-1421) (1).

El reinado de Carlos VI señala en la historia de Francia una de esas épocas de transición en que todo parece hallarse en decadencia. Las ideas nuevas no tienen aún bastante poder para animar y sostener la sociedad que se transforma, y en esa transformación, el pasado, que toca á su fin, pierde cada día alguna parte de su fuerza y de su prestigio, de manera que todo eso produce una especie de decaimiento universal. Ese es el fenómeno que puede observarse fácilmente en aquella época tan calamitosa para la monarquía francesa. En lo interior, Francia se halla trabajada por violentas luchas que tienen el carácter prematuro de nuestras revoluciones modernas; practicanse ensayos de reforma; pero fracasan porque los espíritus no se hallan aún bastante preparados para tan grandes cambios. El enemigo exterior aprovecha ese momento de anarquía y explota con tal fortuna esas disensiones, que llega á apoderarse de la mayor parte del territorio francés, logrando el mismo poder real declare legítimas esas conquistas.

§ I. — *Menor edad y demencia de Carlos VI (1380-1392).*

Menor edad de Carlos VI. — Carlos VI no contaba aún doce años cuando subió al trono. Según un decreto de Carlos V, su padre, debía ser mayor de edad á los catorce; pero ese joven se hallaba en la

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: *La Crónica del religioso de San Dionisio*, Juvenal de los Ursinos y los historiadores de Carlos VI. las *Memorias* de Pedro de Femín (1309-1322), las *Crónicas* de Monstrelet á partir de 1400, la *Vida del mariscal Boucicaut*, *Memorias* de Lefebvre de Saint-Remi, llamado Toisón de Oro.

imposibilidad de llegar á gobernar. Sus cuatro tíos, Luis, duque de Anjou, Juan, duque de Berri, Felipe el Atrevido, duque de Borgoña, y Luis el Bueno, duque de Borbón, se apoderaron del poder. El mayor, duque de Anjou, había assolado en otro tiempo con sus rapiñas el Languedoc, cuyo gobernador era. Al morir Carlos V, había robado las joyas de la corona, haciéndose presentar además por Pedro de Savoisy el tesoro del rey, donde había tomado dinero á manos llenas. El duque de Borgoña se había adjudicado el gobierno de la Picardía; el de Berri poseía ya como patrimonio el Berri, la Auvernia y el Poitou, y había añadido á esos países la Aquitania y el Languedoc. El único que no tomó nada fué el duque de Borbón, pero su honradez lo privó de toda influencia.

El duque de Anjou, quien, en calidad de hijo primogénito, tomó el título de regente, pensaba en la conquista del reino de Nápoles, que la reina Juana le había legado por testamento. Como siempre andaba en apuros de dinero, hizo pregonar un nuevo impuesto sobre las mercancías vendidas (1 de marzo de 1382).

Alzamientos en Paris, en Ruán y en el Languedoc. — Con ese motivo estalló la rebelión que se ha llamado de los *maillotins*. Como al día siguiente de la promulgación de ese decreto quisieran los perceptores cobrar el impuesto sobre unos berros que acababa de vender una vieja, el pueblo corrió á la alcaldía y al Arsenal, donde había grandes depósitos de lanzas, de espadas y mazos de plomo (mazas de armas), se apoderó de ello y persiguió hasta darles muerte á los agentes del fisco. El impuesto fué anulado, y con eso se calmó la sedición.

Pero ese movimiento no se había limitado á la ciudad de Paris, sino que se manifestó también en las provincias. La insurrección tuvo sus comienzos en Ruán, donde el pueblo se alzó antes que los parisienses; de allí se comunicó á las ciudades de Reims, Chálons, Troyes, Orléans y Sens.

El duque de Berri había visto también la guerra civil turbando su gobierno del Languedoc. En vano intervino el papa; los campesinos renovaron con furor los desórdenes de la Jaquería, refugiándose en las

montañas de los Cévennes, desde donde aterrorizaban con sus crímenes á los nobles y los ricos. Dióseles el nombre de *tuchins* ó bandidos.

Guerra de Flandes. — Los flamencos creyeron favorable el momento para alzarse contra su conde y hacerse independientes. Pedro Dubois y Felipe Artewelde, hijo del famoso Santiago Artewelde, se pusieron al frente de la insurrección de los *gorros blancos*, y vencieron al conde Luis en la batalla de Brujas, el 3 de mayo de 1382. Después de esa victoria, fueron á Inglaterra diputados de las ciudades de Gante, Ypres y Brujas, con intento de ver á Ricardo II, al cual ofrecieron reconocerlo rey si les ayudaba. Los regentes de Francia comprendieron lo peligroso de la situación. Un día que los duques de Borgoña y de Berri estaban tratando del asunto, entró el joven Carlos VI con un gavilán en la mano: «¿De qué importante asunto están tratando mis señores tíos? les dijo. — ¡Ah, Monseñor!, contestó el de Berri, mi hermano de Borgoña está contándome que los flamencos han expulsado á su señor de su feudo, con todos los gentiles-hombres, y que un cervicero llamado Artewelde, que es inglés de corazón, tiene sitiados en Audenarde el restolo de caballeros de Flandes; sólo vos podéis socorrerlos. — Á fe mía, replicó el rey, muy dispuesto estoy á ello. Vamos en nombre de Dios. Nada deseo tanto como armarme, pues todavía no he llevado armas, y sin embargo, es necesario, si he de reinar con prestigio y honor.» Así quedó resuelta la guerra de Flandes.

Victoria de Roosebeke (27 de noviembre de 1382). — La nobleza, que tenía que vengar la derrota sufrida en Courtrai en 1302, ardía en deseos de llegar á las manos con los rebeldes. Así fué que no tardó en hallarse en pie de guerra un ejército considerable. Al acercarse los franceses, gran número de ciudades abrieron por sí mismas sus puertas, y Felipe Artewelde se vió obligado á sostener con sus ganteses una batalla decisiva en Roosebeke. Toda su táctica consistió en echarse sobre el enemigo con ciega furia; sus gentes se habían atado unos á otros para que nadie pudiera retroceder. Esa maniobra, que les salió bien en Brujas

contra el conde de Flandes, les fué funesta contra los franceses. Esa masa enorme é inmóvil se vió envuelta por las tropas de Carlos VI, y aquello fué más bien escena de exterminio que combate. Veintiséis mil hombres quedaron muertos en el campo de batalla, y entre ellos Felipe Artewelde.

Esa victoria anonadó á los rebeldes de París y del resto de Francia. Los regentes la aprovecharon para restablecer los antiguos impuestos y retirar á las ciudades sus franquicias y privilegios. Así es que á París lo privaron de sus magistrados electivos, de sus gremios, corporaciones y cofradías, y se formó causa á los que pasaban por jefes de los descontentos. Los príncipes de la sangre se sirvieron de las circunstancias para perder al fiscal general Juan Desmarets, quien marchó al suplicio con admirable firmeza. Al llegar al punto donde iban á ejecutarlo, los que lo rodeaban le gritaron: « Pedid gracia al rey, señor Juan, para que os perdone vuestras maldades. » El respondió: « He servido al rey Felipe su bisabuelo, al rey Juan y al rey Carlos su padre, bien y lealmente, por lo cual ninguno de esos tres reyes tuvo nada que decirme; así es que no haría lo que decís, aunque el de ahora tuviera edad é inteligencia de hombre. Sólo á Dios he de pedir gracia » (1383).

Así que fueron suprimidos de ese modo los principales personajes, el rey decretó que se haría gracia de la vida á los demás rebeldes, mediante ciertos arreglos pecuniarios. Los *tuchins*, atemorizados por esos suplicios, se rindieron igualmente en el Languedoc. Y como el conde de Flandes muriese, el duque de Borgoña, que se había casado con su hija Margarita, heredó sus extensos dominios (1384); esa herencia, que se transmitió durante cuatro generaciones en esa familia, convirtió á esos príncipes en los más temibles rivales del rey de Francia.

Proyecto de desembarco en Inglaterra (1385).

— Al año siguiente se casó el rey Carlos con Isabeau de Baviera (Julio de 1385). Las fiestas que con tal motivo se celebraron no hicieron perder de vista el proyecto que se había concebido de hacer un desembarco en Inglaterra, para castigar á esa nación por la ayuda

que prestara á los rebeldes flamencos. Con tal fin reunió el rey en el puerto de la Esclusa mil quinientos bajeles, cincuenta mil caballos para la expedición, é inmensas municiones de boca y de guerra, contándose entre las primeras barriles de yemas de huevo cocidas y machacadas como si hubiese sido harina. Habíanse hecho, con piezas de las llamadas taraceas, que se montaban y separaban según se quería, una ciudad de madera de tres mil pasos de diámetro, provista de torres y baluartes, y capaz de contener un ejército. Los barcos de la flota estaban adornados con pinturas y esculturas, y los mástiles, cubiertos de oro y plata: magnificencia que recuerda la de la escuadra de Cleopatra. Pero esos inmensos preparativos no dieron resultado alguno. La torpeza del duque de Borgoña y la lentitud calculada del de Berri dejaron que llegase la mala estación, y las tempestades destruyeron la armada (1386).

Fin de la regencia (1386). — Carlos VI sacudió el yugo de sus tíos. Estos habían emprendido una expedición contra el duque de Gueldres, que el rey de Inglaterra había excitado á lanzar un veto al rey de Francia. La empresa salió como las otras: costó mucho dinero y no dió resultado alguno. El pueblo estaba harto de tantas exacciones y debilidad, y deseaba ver terminada la ruinosa administración de esos príncipes, que llamaba los *señores de las flores de lis*. Carlos VI tenía entonces veintiún años. El cardenal Pedro de Montaigu, obispo de Laón, lo excitó, en un consejo que se celebró en Reims, á declarar que en adelante tomaba en sus manos las riendas del gobierno. Hizolo así y llamó al poder á los antiguos ministros de su padre, Oliverio de Clisson, Bureau de la Rivière, Le-bégue de Vilaines, Juan de Novión y Juan de Montaigu, que los grandes señores llamaron desdeñosamente los *monigotes ó chuchumecos*. Esa nueva administración fué prudente y económica, como lo había sido el gobierno de Carlos V; desgraciadamente, las locuras del rey paralizaban sin cesar sus esfuerzos. Carlos daba continuas fiestas, alentando con su ejemplo el lujo y la profusión de toda clase que su mujer Isabeau había puesto de moda entre los señores de su corte. Esas

prodigalidades agotaban el tesoro público, y los caprichos del monarca impedían que sus ministros más fieles restablecieran el orden en la hacienda. Así era que cada día precisaba inventar nuevas cargas é imaginar nuevas torturas contra el infeliz pueblo. Por último, un acontecimiento desdichado sumió á Francia en verdadero abismo de infortunios.

Asesinato de Clissón. — Pedro de Craón, favorito del duque de Orleans y pariente de Montfort, duque de Bretaña, resolvió dar muerte al condestable Olivier de Clissón, jefe del nuevo gobierno. Esperó una noche, el 13 de junio de 1392, al salir de una fiesta que se había dado en el hotel de Saint-Pol y lo atacó en la calle de Santa-Catalina. El condestable no advinó por de pronto lo que querían de él; pero Pedro de Craón le gritó: « ¡A muerte, á muerte Clissón! ¡Vais á morir! » El condestable se sintió herido inmediatamente y cayó de su caballo. Las gentes de Pedro de Craón lo creyeron muerto y huyeron; pero sólo estaba herido. Al saber ese atentado, el rey corrió á la casa donde Clissón había sido recibido y llegó en el momento en que el condestable empezaba á recobrar el conocimiento. « Condestable, le dijo, nunca será pagada tan cara ni castigada tan severamente cosa alguna como va á serlo ésta. »

Demencia del rey. — Después de ese atentado, Pedro de Craón huyó á Bretaña para escapar á la venganza del rey. Carlos VI resolvió perseguirlo y se puso en persona al frente del ejército que debía castigar á ese vasallo rebelde. En el bosque del Mans apareció una especie de fantasma envuelta en un sudario, con la cabeza descubierta y los pies descalzos, y precipitándose á la brida del caballo de Carlos VI exclamó: « Rey, no sigas andando, antes vuélvete, pues estás vendido. » El espectro penetró en el bosque sin que lo persiguieran. Carlos continuó sin embargo su camino, tembloroso y con el rostro descompuesto. En esto un paje, que llevaba la lanza del rey, la dejó caer sobre el casco de otro paje; al oír ese ruido, el rey se estremeció, y desvainando la espada, cayó sobre aquellos gritando: « Adelante, vamos sobre los traidores. » El duque de Orleans acudió, y Carlos al verlo se lanzó

sobre él: « ¡Huid, huid, mi sobrino de Orleans, exclamó entonces el duque de Borgoña; monseñor quiere mataros!; ¡socorro!; qué gran desgracia!; monseñor está trastornado!; Por Dios, que lo sujeten! » El rey no mató ni hirió á nadie, diga lo que quiera Monstrelet; pero desde allí lo llevaron al Mans en una carreta tirada por bueyes.

Ese acontecimiento lo volvió á colocar bajo la tutela de sus tíos, cuyas pasiones é intereses políticos había servido Pedro de Craón al querer asesinar al condestable. Las gentes del común, ó, como esos señores los llamaban, los *mequetrefes*, fueron alejados del poder. El señor de Montaigu huyó á Aviñón. Clissón se fué á sus feudos de Bretaña; Bureau de la Rivière, el señor de Novían y Lebègue de Vilaines, que no lograron evadirse, fueron encerrados en el castillo de San Antonio.

§ II — *Desde la demencia del rey hasta la batalla de Azincourt. Las Armañacs y los Burguñones (1392-1415).*

Cruzada de Nicópolis (1396). — La enfermedad del rey no hizo que la corte renunciara á sus fiestas, y hasta parece que con ellas se trató de distraer los ánimos impresionados por las desgracias de tiempo, y la historia sólo puede referir en aquella época odiosas saturnales y horribles orgías. El pueblo era sumamente desdichado. Terribles inundaciones, á las que se agregaron el hambre y la peste, lo habían sumido en la miseria. Y los que lo gobernaban no parecían ni siquiera ocuparse de esos desastres, ¡ hasta tal punto eran esclavos de los placeres!

En ese mismo año se resolvió emprender una cruzada contra el sultán de los turcos otomanos, Bayaceto, que en su odio contra los cristianos había jurado que daría de comer avena á su caballo sobre el mismo altar de San Pedro de Roma. Los caballeros se alistaron con entusiasmo para esa guerra santa. Desde la batalla de Roosebeke no habían tenido ocasión de distinguirse por grandes hazañas, y ardían en deseos de mostrar su valor. El conde de Nevers, Juan, hijo del duque de Borgoña, que por su intrepidez había reci-

bido el calificativo de *Sin Miedo*, fué puesto al frente del ejército.

Cuando los cruzados hallaron al enemigo cerca de Nicópolis, el rey de Hungría, Segismundo, les aconsejó que lo dejaran atacar con su infantería las primeras filas del ejército otomano, quedándose ellos de reserva para caer sobre los janisarios que Bayaceto había colocado en una eminencia, para que sólo combatieran en segunda línea. Mas, los caballeros pensaron que su honor los obligaba á luchar en primera fila, y cargaron contra las tropas de Bayaceto que, ante tan vivo ataque, se desbandaron fácilmente. Sin embargo, cuando llegaron al punto donde estaban los janisarios, los caballeros estaban ya cansados y deshechas sus filas; de modo que el sultán los destrozó, haciendo morir á cuantos prisioneros quedaron en sus manos. Sólo exceptuó á Juan de Nevers y otros veinticuatro señores, á quienes devolvió la libertad mediante cuantioso rescate (1398).

Isabeau de Baviera. — Mientras los caballeros franceses morían en Nicópolis, los regentes habían pactado una tregua de veintiocho años con el rey de Inglaterra, y no supieron sacar partido alguno de las dificultades que se creó Enrique IV para arrebatar su corona á Ricardo II. Esos codiciosos consejeros no mostraron energía más que en gozar y gastar, arruinando con fiestas y regocijos á la nación francesa. Isabeau de Baviera que hubiese podido prestar á la nación inmensos servicios, de tener la firmeza y virtudes de Blanca de Castilla, era por el contrario mujer vengativa, viciosa y cruel, que sólo tomó parte en los acontecimientos de la época para deshonrarse, labrando la ruina de su patria adoptiva. Esa reina había abandonado la Alemania á los quince años, y no tardó en adquirir las costumbres disolutas de la corte de su marido. Ávida sólo de goces, se había entregado con frenesí á las diversiones y regocijos, excitando aun más en Carlos VI esos gustos, tan desarrollados naturalmente en él. Y cuando la razón de ese príncipe sucumbió de agotamiento de fuerzas y fatiga, su mujer no permaneció á su lado, durante sus demencia, más que para disfrutar de la autoridad, haciéndola servir á la satisfacción de sus pasiones y de sus vicios.

Asesinato del duque de Orleans (1407). — En las rivalidades que habían surgido entre las casas de Borgoña y de Orleans, Isabeau se había declarado por la segunda. Sin embargo, Felipe el Atrevido había conservado sobre ella autoridad preponderante hasta su muerte (1404). Su hijo, el conde de Nevers, Juan Sin Miedo, al recoger su herencia y ocupar puesto en el consejo de los regentes, quiso ejercer la misma influencia que su padre; pero el duque de Orleans, que se sentía apoyado por la reina, se opuso á ello. De ahí resultó entre los dos príncipes terrible rivalidad que estuvo á punto de degenerar en guerra civil. Ya habían reunido sus gentes, fortificado sus residencias é iban á venir á las manos, cuando el duque de Berri se interpuso y logró calmar sus diferencias. La reconciliación parecía completa: el domingo veinte de noviembre, dichos señores de Orleans y de Borgoña oyeron misa juntos, recibieron el cuerpo de Nuestro Señor, después de jurarse mutuamente buena simpatía y fraternidad (1407). Pero esa reconciliación ocultaba la más odiosa perfidia.

El miércoles siguiente, á las ocho de la noche (23 de noviembre de 1407), en el momento en que el duque de Orleans seguía la calle *Vieille-du-Temple*, acompañado solamente por algunos de los suyos, fué asaltado por una banda de asesinos que se precipitaron sobre él gritando: « ¡ Que muera! ¡ que muera! » El duque para hacerse reconocer, dijo: « Soy el duque de Orleans. » — « Á ese es al que buscamos, » respondieron los asesinos; y con eso le deshicieron el cráneo á fuerza de golpes, de tal manera que los sesos cayeron al suelo.

Ese asesinato llenó de consternación á la ciudad. Al día siguiente, Juan de Nevers fué como todos los demás á visitar al príncipe muerto y echarle agua bendita en la iglesia de los *Blancs-Manteaux*: « Nunca, dijo al ver el cadáver, nunca se ha cometido en este reino un asesinato más triste. » Luego asistió de riguroso luto á los funerales y llevó, con lo ojos arrasados por el llanto, una de las puntas del paño mortuario. Pero cuando terminaron las averiguaciones motivadas por el crimen, como todas revelasen la culpabilidad del del

Nevers, el rey le prohibió la entrada en su consejo, y entonces él huyó á Flandes, después de encargar al maestra sala Juan Petit que hiciera su apología.

Los Armañacs y los Burguñones. — Expulsado, pues, de Francia, Juan Sin Miedo, duque de Borgoña halló para defenderse algo mejor que la argumentación sofística, y fué su genio político y belicoso. Habiendo obtenido en Hasbain, cerca de Tongres, una gran victoria sobre los ciudadanos de Lieja alzados en armas, volvió entonces á París, arrancó al rey cartas de remisión, y le hizo jurar que la muerte del duque de Orleans no le había causado niugún *disgusto*. Á partir de ese momento hubo en el seno del reino dos partidos formidables el del de Orleans y el del duque de Borgoña. Durante su administración, el primero se había hecho odioso al pueblo con sus exacciones y libertinaje, llegando hasta declarar la guerra á Inglaterra, para luego no hacerla y sin embargo valerse de ese pretexto para establecer nuevos impuestos. Pero los nobles, irritados al ver que Juan Sin Miedo no respetara en él la inviolabilidad de los príncipes, habían tomado su partido. El suegro del joven duque de Orleans, el conde de Armañac, se puso al frente de ese bando y le dió su nombre.

Por el contrario, el duque de Borgoña buscó apoyo en el pueblo y la burguesía. Éste no había tenido nunca la allívez del de Orleans, y siempre se había opuesto á que se esquilmará al pueblo. Á fuerza de mostrarse atento con los burgueses en todas las circunstancias, su popularidad llegó á ser considerable. Así fué que al verlo penetrar de nuevo en París, la multitud se puso de su parte, y trató de aprovechar las discusiones que armaban á los grandes unos contra otros.

Matanzas en París. — Entonces empezaron de nuevo todos los desórdenes que habían surgido durante el cautiverio del rey Juan. El pueblo se dirigió al hotel del Delfín, le ordenó que despidiera á todos los ministros, bajo el pretexto de que le aconsejaban mal, y le hizo observaciones sobre su propia conducta. Al mismo tiempo se organizó una milicia, al mando de un despellador llamado Simón Caboche, por lo cual se dió á los que la constituyeron el nombre de *cabochianos*.

Sus pretensiones consistían en vigilar la corte, reformar el Estado, y destruir las facciones enemigas. Por su parte los doctores y los legistas prepararon las leyes reformadoras que se reclamaban, y publicaron la famosa ordenanza *cabochiana*. El duque de Borgoña aprobó todo lo que se hizo, no avergonzándose de conceder á la multitud cuantas víctimas le pidió ésta.

Desesperados los Armañacs llamaron en su auxilio al rey de Inglaterra, lo que fué una manera de excitar contra ellos al pueblo ya descontento. Alzóse el cadalso en todas las plazas públicas y la sangre de los Armañacs corrió á torrentes por todas partes. Pero el duque de Borgoña acabó por no poder contener á su vez el populacho que había sublevado. Los *cabochianos*, que al principio sólo parecían pedir la reforma de los abusos, proscibieron después la riqueza, y la emprendieron, asesinando y saqueando, contra cuantos poseían algo. La burguesía se avergonzó de esos crímenes y deseó la vuelta de los príncipes. La reacción en ese sentido fué tan grande que el bando cabochiano se vió sometido y el duque de Borgoña tuvo que huir á Flandes (1413).

Batalla de Azincourt. — Mas, cuando la guerra civil se calmaba un instante, era para que tomase nuevo impulso la guerra extranjera. Habiendo muerto el rey de Inglaterra, Enrique IV, su hijo Enrique V se apresuró á hacer nueva reivindicación de los pretendidos derechos de Eduardo III á la corona de Francia, siguiendo la vía trazada por su ilustre predecesor. El parlamento aprobó sus planes, y la nación los recibió con aplauso, por que entonces tuvo esperanzas de satisfacer los celos y rivalidad que siempre abrigara contra Francia. Así fué que Enrique exigió de Carlos VI la ejecución del tratado de Brétigny, y ante la negativa del rey de Francia, desembarcó de improviso en las costas de Normandía, con un ejército de cincuenta mil hombres. Harfleur le abrió sus puertas, y el inglés pasó el Somma, con ánimo de retirarse hacia Calais, evitando al ejército francés, que era cuatro veces más numeroso que el suyo. Retrasóse en su marcha, y se halló con que le habían cortado la retirada en el Artois, cerca de Azincourt; pero lo que causó la pérdida

de los franceses en Crécy y Poitiers, la motivó también en esta nueva jornada. Al precipitarse ciegamente sobre los enemigos, los soldados se hundieron en los pantanos hasta media pierna, y entonces los aniquilaron con sus flechas los arqueros ingleses.

Los franceses perdieron diez mil hombres, entre ellos siete príncipes y ciento veinte señores mesnaderos. Los duques de Orleans y de Borbón, los condes de Eu, de Vendôme y de Riehemont fueron hechos prisioneros. Felizmente para Francia, la falta de recursos y lo trabajado de su ejército impidieron á Enrique V sacar de su victoria todo el partido posible, obligándolo á reembarcarse en Calais.

§ III. — Desde la batalla de Azincourt hasta la muerte de Carlos VI (1415-1422).

Nuevas disensiones entre los Armañacs y los Burguñones. — Después de la derrota de Azincourt, los franceses, en vez de permanecer unidos, volvieron á sus anteriores disensiones. Los Armañacs habían perdido en la derrota gran número de los suyos, pero se hallaban dueños de París y su jefe, el conde de aquel nombre, á la sazón condestable, tenía en sus manos todos los asuntos del reino, administrando la hacienda, determinando los impuestos y disponiendo á su arbitrio de todas las dignidades importantes del Estado. Juan Sin Miedo observó de cerca los actos de su administración y logró sublevar al pueblo contra él, declamando contra lo enorme de las cargas públicas. Esa frase tan poderosa siempre en los tiempos de turbulencia y de anarquía, operó en las circunstancias presentes profunda revolución. La multitud maldijo á los Armañacs, y como París abriera sus puertas á los Burguñones, Juan Sin Miedo se apoderó de los vencidos. Aquello fué terrible carnicería: las matanzas duraron un día y dos noches, no perdonándose ni siquiera á las mujeres preñadas. El populacho se lanzaba al azar á la calle, penetraba en las casas, y degollaba á cuantos pasaban por pertenecer al partido de los Armañacs. Carlos VI permanecía extraño á esos horrores, é Isabeau de Baviera tuvo la audacia de unirse enton-

ces con el rey de Inglaterra contra los derechos del rey su marido y contra las esperanzas legítimas de su hijo el Delfin.

Asesinato de Juan Sin Miedo. — Pero Juan Sin Miedo, que no podía aceptar la idea de un desmembramiento de la Francia, se separó de esa alianza, rompiendo con la reina para entenderse con el Delfin, de lo cual se alegró el pueblo, pensando que los dos iban á reunir sus fuerzas contra los ingleses, que eran los verdaderos enemigos del reino. Y efectivamente, ambos príncipes debían celebrar en Montereau una entrevista con aquel fin. El Delfin acudió á la cita y Juan también; pero apenas se halló éste en presencia del primero y de sus gentes, cuando Tanneguy de Châtel lo hirió con su masa de armas y lo hizo caer de rodillas (10 de septiembre de 1419). El duque quiso llevar la mano á su espada para defenderse, pero en seguida fué asaltado por otra multitud de asesinos, que lo hicieron pedazos. Esa era una expiación horrible por la muerte del duque de Orleans; el asesinato pagaba por el asesinato.

Tratado de Troyes (1420). — Al saber esa horrible nueva, Isabeau, que se hallaba en Troyes, se declaró por el hijo de Juan Sin Miedo, Felipe el Bueno, y juró ayudarle á vengar la muerte de su padre. El nuevo duque de Borgoña se arrojó desesperado en brazos del partido inglés, firmándose con el rey de Inglaterra el vergonzoso tratado de Troyes, que lleva la fecha de diciembre de 1420. En ese documento se hacía decir al rey: «Queda convenido que después de nuestra muerte, la corona y reino de Francia pasarán y pertenecerán perpetuamente á nuestro dicho hijo el rey Enrique y sus herederos... La facultad y el ejercicio de gobernar y ordenar la cosa pública de dicho reino, serán y pertenecerán durante nuestra vida á nuestro dicho hijo el rey Enrique, con el consejo de los nobles y notables del dicho reino... Todas las conquistas que haga nuestro dicho hijo el rey Enrique sobre los rebeldes, serán y se harán en provecho nuestro... Considerando los horribles y enormes crímenes perpetrados en dicho reino de Francia por Carlos, llamado delfin del Viennois, queda convenido que nos, ni nues-

tro hijo el rey, ni nuestro carísimo hijo Felipe, duque de Borgoña, no tratarán en manera alguna de paz ni de concordia con el dicho Carlos, ni trataremos ni haremos tratar sino con el consentimiento y consejo de todos y de cada uno de nosotros tres, y de los tres estados de los dos reinos antedichos. »

Cansado el pueblo de París de todos los sufrimientos que por espacio de tantos años venía soportando, aceptó ese pacto escandaloso con el mismo entusiasmo que una victoria. Cuando los dos reyes Carlos VI y Enrique V se presentaron en la capital, la multitud los aclamó. Reuniéronse los estados, y Enrique V los halló tan complacientes con él como indóciles habían sido antes con sus legítimos soberanos. Y hasta pudo contar lo bastante con su fidelidad para permitirse volver á Inglaterra y hacer allí gala de sus nuevos títulos y conquistas. Los señores, los caballeros y los hombres de armas compartieron sus esperanzas y se apresuraron á atravesar una vez más en su compañía el estrecho para concluir la sumisión de la Francia.

Muerte de Enrique V de Inglaterra y de Carlos VI. — Felizmente para Francia, no toda la nación sancionó, como lo habían hecho los parisienses, el infame tratado de Troyes. Sens, Montereau, Melún y Meaux resistieron á los ingleses, y el duque de Clarence fué derrotado y muerto en el Anjou (23 de marzo de 1421). Habiéndose retirado el Delfín con el partido nacional al sur del Loira, Enrique V se preparaba á ir á combatirlo, en compañía del duque de Borgoña, cuando lo sorprendió la muerte (31 de Agosto de 1422). El duque de Bedford se apoderó de la regencia, y declaró rey de Francia y de Inglaterra al hijo de Enrique V con el nombre de Enrique VI. Carlos VI murió siete semanas más tarde, no teniendo para asistirlo en sus últimos momentos más que á su canciller, su primer chambelán y su confesor. Su cuerpo fué transportado á San Dionisio. El duque de Bedford asistió á la ceremonia, y el pueblo de París oyó sin indignación las lúgubres frases pronunciadas sobre el féretro de su rey: « Que Dios conceda eterno reposo al alma de Carlos VI, rey de Francia, y que dé vida á Enrique VI, rey de Francia y de Inglaterra, nuestro señor soberano. »

Resumen de este capítulo. — El reinado de Carlos VI fué el más deplorable de la monarquía francesa. Divídese en tres períodos, cada uno de los cuales termina en horrible desgracia: el primero acaba en su demencia, el segundo en la batalla de Azincourt, el tercero en el tratado de Troyes.

I. La menor edad de Carlos VI se inicia de manera poco lisonjera con las dilapidaciones de sus tíos, que dirigen la regencia. Sus excesos provocan alzamientos en todos los puntos del reino; el joven rey logró dominarlos gracias á su victoria de Roosebeke (1382), pero las exacciones de sus tíos paralizan su acción. Entonces se hubiese podido operar con éxito un desembarco en Inglaterra, pero la torpeza y malevolencia de los regentes hicieron fracasar esa empresa. Para colmo de infortunio, el rey se volvió loco (1392).

II. Esa enfermedad volvió á colocarlo bajo la tutela de sus tíos, y con el brillo de las fiestas reaparecieron los anteriores desórdenes. Entonces se predicó una cruzada contra los turcos, y la flor de la caballería fué á hacerse exterminar bajo la dirección imprudente de Juan Sin Miedo en la batalla de Nicópolis (1396). Por un instante se pudo creer que iban á cesar las rivalidades de Francia y de Inglaterra. Ricardo II se casó con la hija de Carlos VI y se pactó entre las dos naciones una tregua de veinticinco años (1396). Pero las discordias que surgieron entre la casa de Borgoña y la de Orleans produjeron horribles disensiones que terminaron en guerra civil. El asesinato del duque de Orleans fué la señal de esas luchas interiores, tan funestas para Francia (1407). Después de ese crimen, la nación se dividió en dos partidos: los nobles sostuvieron á los Armañacs, mientras el pueblo y la burguesía se declararon por los burguñones. Habiendo vuelto á París Juan Sin Miedo, reaparecieron todos los desórdenes que habían ocurrido durante el cautiverio del rey Juan. Los cabochianos se reclutaron entre el populacho y atacaron á los ricos. La burguesía llegó á cobrar horror á esos excesos y pasó al bando de la nobleza, lo que obligó á Juan Sin Miedo á huir á Flandes (1413). Ese mismo año murió Enrique IV, teniendo por heredero á su hijo Enrique V, que al llegar al poder cambió de conducta, y se consagró seriamente á dirigir los asuntos de su Estado. Queriendo aprovechar las luchas interiores que desgarraban á Francia, pasó el estrecho, é infligió á los franceses en Azincourt una derrota semejante á las de Crécy y de Poitiers (1415).

III. Ese desastre no puso término á las desdichadas disensiones de Armañacs y Burguñones. Después de horribles matanzas, Isabeau de Baviera se alió con el rey de Inglaterra, pero tan odiosa política repugnó al mismo Juan Sin Miedo, y entonces pareció que iba á efectuarse una reconciliación entre los partidos, cuando el asesinato de Montereau (1419) reanimó los odios. Felipe el Bueno juró que vengaría á su padre, y se pasó á los ingleses, lo que originó el vergonzoso tratado de Troyes (1420), por el cual fué Francia sacrificada á Inglaterra. Enrique V murió poco después, y Carlos VI no le sobrevivió más que siete semanas (1422). Con Enrique VI y Carlos VII va á comenzar una era nueva.

CAPÍTULO XII.

CARLOS VII. JUANA DE ARCO. TRATADO DE ARRAS
(1422-1443) (1).

El reinado de Carlos VI había sido el más desastroso de la monarquía francesa; por el contrario, el de Carlos VII fué uno de los más notables y gloriosos. Ese rey halló la Francia casi enteramente ocupada por los ingleses, de cuya dominación logró al fin librarla. En la administración del Estado reinaban los mayores desórdenes, que reparó por medio de sabias disposiciones. Sin embargo, no es posible atribuir al genio de ese príncipe todos esos maravillosos resultados. Al principio de su gobierno pareció tan débil y nulo, que se podría decir que la Providencia quiso reducirlo á ese estado de anonadamiento y de debilidad para que se reconociese mejor la acción divina en los acontecimientos sorprendentes que entonces se verificaron.

§ I. — Carlos VII. Juana de Arco.

Enrique VI, rey de Inglaterra coronado rey de Francia. — Enrique VI, que el duque de Bedford había proclamado rey en San Dionisio, no era más que un niño de diez meses. Sus tíos tomaron á su cargo la administración de sus Estados; el duque de Bedford recibió el gobierno de Francia, y el de Gloucester el de Inglaterra. El nuevo rey fué reconocido por los estados generales, el parlamento, la universidad, el primer príncipe de la sangre, Felipe el Bueno, duque de Borgoña, y por la reina Isabeau de Baviera. París, la isla de Francia, la Picardía, el Artois, la Flandes, la Champagne, la Normandía, y, en general, todos los países situados al norte del Loira, aceptaron la dominación inglesa. El duque de Bedford usó de su autoridad como regente para efectuar reformas útiles y captarse el afecto del pueblo, y á la vez se apresuró á reunir nuevas tropas para combatir á los partidarios de Carlos VII.

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Además de las obras indicadas en el capítulo precedente, *Crónica de la Doncella*, *Memorias de Richemont*, *Crónica de los duques de Borgoña*, Quicherat, *Nueva ojeada sobre Juana de Arco*, Wallón, *Williamé*, *Historia de Juana de Arco*, Pedro Clément, *Santiago Coeur y Carlos VII*; de Barante, *Historia de los duques de Borgoña*.

Carlos VII no conserva más que las provincias situadas al sur del Loira. — Cuando Enrique VI fué proclamado en San Dionisio, el Delfin supo ese fatal acontecimiento en el castillo de Mehún sobre el Yèvre, en el fondo del Berri. El primer día vistió luto por la muerte de su padre; pero como al siguiente se presentara en misa vestido de color bermejo, algunos caballeros franceses desplegaron la bandera real gritando: « Viva el rey Carlos, séptimo de ese nombre, por la gracia de Dios, rey de Francia. » Esa monarquía comenzaba en circunstancias muy críticas. Sólo una parte de las provincias del centro y del sur de Francia, la Turena, el Orleanés, el Berri, el Borbonés, la Auvernia, el Languedoc, el Delfinado y el Lyonés la reconocieron. La Guiena obedecía desde mucho tiempo atrás á los ingleses que llamaron por irrisión á Carlos VII, *rey de Bourges*.

Inercia del rey de Bourges, fiestas é intrigas continuas en su reducida corte. — Lo que había más deplorable aún era que Carlos VII no parecía comprender que existía « un gran crimen que reparar en un reino que conquistar. » Transportó á Poitiers su consejo, su parlamento y su universidad; pero ese príncipe, ocioso é indolente en extremo, hallando que esa ciudad era demasiado ruidosa y animada, la abandonó pronto para ir de castillo en castillo llevando vida de fiestas y placeres. Todos los subsidios que votaban los Estados generales reunidos en Bourges eran disipados en regocijos, en vez de emplearlos en la guerra. Viendo ese lujo y diversiones tantas, hubiera podido creerse que se estaba en los días más dichosos de la monarquía, y sin embargo ésta se hallaba más cerca de la ruina que de otra cosa.

Las provincias que se habían declarado por Carlos VII eran las menos belicosas de Francia, por lo cual hubo que reclutar los ejércitos en el extranjero. Habíase renovado la alianza con Escocia, recibiendo de ella tropas mandadas por el condestable de Buchan, pero esas fuerzas fueron vencidas, primero en Crevant, cerca de de Auxerre (1423), y luego en Verneuil, de Normandía, donde murió el condestable escocés (1424).

Esas derrotas no pudieron sacar de su inercia al rey,

quien se abandonaba á los encantos de la voluptuosidad perdiendo así alegremente su reino. Los favoritos que tenía á su alrededor se disputaban su privanza, y sin conocerlo se hallaba sometido al influjo de los más diestros. Así fué como empezó por entregarse en manos de Yolanda de Sicilia, su suegra, y como la autoridad pasó más tarde, de manos de esa mujer intrigante, á las de Tanneguy Duchâtel, el matador del duque de Borgoña; posteriormente, el rey se dejó gobernar por el condestable de Richemont, por el conde de Beaulieu y por el señor de la Trémoille. Todas esas influencias parecían sucederse al azar, y sin embargo, en medio de aquellas intrigas se preparaba el porvenir. Al separarse de Tanneguy Duchâtel, Carlos abrió la puerta á una reconciliación con el duque de Borgoña, que entonces ejercía tan gran preponderancia, y dando la espada de condestable al duque de Richemont, se atrajo á la Bretaña, que debía suministrarle vigorosos defensores.

Renace el sentimiento nacional. — Después de sus victorias de Crevant y de Verneuil, los ingleses permanecieron algún tiempo sin emprender nada serio. Pero en 1428 Bedford hizo ir de Inglaterra á Francia, al mando del conde de Salisbury, seis mil hombres de nuevas tropas, ordenó una leva en Normandía, y resolvió atacar vigorosamente al rey de Bourges. Ese ejército se apoderó de todas las plazas que le quedaban en el Maine á Carlos VII, y se preparó á poner sitio á Orleans, cuya toma debía abrir á los ingleses la entrada del Borbonés, del Berri y del Nivernés.

En ese momento se despertó el sentimiento nacional. Orleans, que esperaba ese sitio, quemó sus alrededores y dió de ese modo ejemplo de abnegación y de heroísmo. La nobleza de Francia, no queriendo obedecer á un inglés, recobró alientos. El valiente conde de Dunois, el intrépido Xaintrilles, la Trémoille, los señores de Villars, de Guitry y multitud de otros nobles caballeros se lanzaron dentro de dicha plaza con cuatro á cinco mil soldados y sesenta bocas de fuego. Entre sus hombres se contaba el valeroso Esteban Vignolles, llamado La Hire, que, al arrojarse al combate, decía: « Dios mío, te suplico que hagas hoy por La Hire tanto como

querrias que La Hire hiciese por tí, si él fuera Dios y tu fueras La Hire. »

Los ingleses se presentaron ante los muros de Orleans el 12 de octubre de 1428, y se pusieron á levantar baluartes alrededor de la plaza para privarla de toda comunicación exterior. Cada semana construían uno nuevo, y la ciudad iba á encontrarse envuelta por esas obras, sin poder recibir víveres. Ya había cuatro meses que duraba el sitio, y los recursos iban concluyéndose. Angers, Tours, Bourges, Poitiers, y las poblaciones del Loira se interesaban vivamente por los sitiados, y de todas partes les mandaban dinero y municiones de boca; pero era visible que no bastaba avituallar la plaza, sino que además era preciso interceptar los víveres que se enviaban al campamento inglés.

Habiendo sabido el conde de Clermont que el duque de Bedford mandaba desde París á los ingleses cuatrocientos á quinientos carros cargados de harina y arenques salados, por acercarse la cuaresma, resolvió atacar y apoderarse del convoy. Toda la nobleza de la Auvernia, del Berri y del Borbonés se puso á sus órdenes para intentar ese golpe de mano. Pero la empresa fracasó. Clermont fué vencido, y ese combate es célebre con el nombre de *jornada de los arenques*, porque el campo de batalla quedó cubierto de pescado que cayó de los barriles deshechos por las balas (12 de febrero de 1429).

Ese revés, que se añadió á todas las calamidades que pesaban ya sobre el reino, sirvió para dar nueva vida y ardor al sentimiento nacional. En París el pueblo había sufrido horriblemente desde que la nación cayera en la anarquía; la población de los campos era presa de males mayores todavía.

La guerra había producido en ella el hambre, y con ésta llegaron las enfermedades contagiosas. « En París hubiérais oído, dice un cronista, lamentaciones desgarradoras y hubiérais visto niños que gritaban: ¡Me muero de hambre! » Sobre un montón de estiércol se hallaban veinte, treinta niños y niñas pereciendo de necesidad y de frío. Moría tanta gente y con tal rapidez que fué necesario abrir en los cementerios grandes fosas donde se echaban treinta ó cuarenta cadáveres á

la vez, cubriéndolos apenas con tierra. Los sepultores afirmaban haber enterrado más de cien mil personas. Los zapateros contaron, el día que se reunió su cofradía, los muertos de su oficio, y hallaron que en dos meses habían fallecido 1800 de su gremio, entre maestros y aprendices. »

En medio de tantos males, el pueblo atribuía á los ingleses todos sus sufrimientos. Atribuíales aquellas plagas y estaba persuadido de que desaparecerían así que Francia arrojara de su seno al enemigo que la había invadido. Decíase que todo aquello era el castigo de la infame traición de Isabeau de Baviera, que no había vacilado en entregar la Francia al extranjero. Sin embargo, no se sabía cómo salir de aquella espantosa crisis, cuando Dios envió la heroína de Domremy, Juana de Arco, para salvar á Francia, hija primogénita de su Iglesia.

Juana de Arco. — Juana de Arco nació en el pueblo de Domremy, en los Vosgos, de un sencillo labrador, Santiago de Arco y de Isabel Romée, el 6 de enero de 1412. Su provincia no había sufrido casi nada por efecto de las últimas guerras. Sin embargo, el sentimiento nacional se había despertado allí como en los demás puntos del reino, y las gentes seguían con interés el curso de los acontecimientos. El pueblo de Domremy y la familia de Juana de Arco eran armañacs, mientras que el caserío cercano, Marey, era burguinón. Las luchas de los dos bandos, que tantas veces ensangrentaron á París, se habían reproducido en distintas ocasiones entre aquellos lugares, y los hermanos de Juana habían vuelto en diversas circunstancias á su casa cubiertos de sangre y heridas alcanzadas en las viñas con los habitantes de Marey. Al morir Carlos VI, los habitantes de Domremy reconocieron con entusiasmo como su rey al Delfín Carlos, y no hablaban más que de lo injusto que era ver á ese infortunado príncipe expulsado de su reino por los ingleses.

Juana de Arco contaba entonces sólo catorce años, y era una buena muchacha, sencilla, dulce y tímida, según los contemporáneos, que gustaba mucho de ir á la iglesia y sitios sagrados y que se confesaba á menudo. En 1423 tuvo una primera visión en el huerto

de su padre, donde oyó una voz que le decía : « Juana, sé buena, y discreta, y ve á menudo á la iglesia. » Poco tiempo después oyó la misma voz que le dijo : « Juana, acude en socorro del rey de Francia y le devolverás su reino. » La joven respondió temblando : « Señor, yo no soy más que una pobre muchacha, que no sé montar á caballo ni guiar á los hombres de armas. » La voz le replicó : « Ve á dar con el señor de Baudricourt, capitán de Vaucouleurs, que te hará presentar al rey ; Santa Catalina y Santa Margarita te ayudarán. » Durante cuatro años, Juana oyó las voces y vió suaves y santos rostros. Al fin refirió lo que había visto y oído y no pudo resistir á las órdenes que le habían sido dadas.

Fué pues á visitar al señor de Baudricourt, que mandaba en Vaucouleurs. « Señor capitán, le dijo, sabed que de algún tiempo acá, Dios me ha hecho saber y mandar varias veces que me presente al gentil Delfín, que debe ser y es verdadero rey de Francia, para que me dé fuerzas con que ir á levantar el sitio de Orleans, para llevarlo luego á Reims, donde lo coronarán. » Baudricourt la creyó loca y la despidió; pero Juana no perdió ánimos, sino que volvió á Vaucouleurs y dijo al señor de Baudricourt que tenía que estar en presencia del rey antes que llegaran los mediados de la cuare-



Juana de Arco. ®

ma, « aunque para ir allá debiese, añadió, gastar mis piernas hasta las rodillas. » Baudricourt siguió resistiendo; mas como Juana le anunciara de antemano el revés sufrido por los franceses en la jornada de los Arenques, la dejó marchar (febrero de 1429).

Revistiéronla de un traje de guerra, y le dieron un caballo, armas y una pequeña escolta. De Vaucouleurs á Chinón, donde estaba el rey, había una distancia de ciento cincuenta leguas y el país se hallaba cubierto de enemigos. Sin embargo, á las once días, Juana se presentó ante Carlos VII. El rey se había disfrazado para poner á prueba á la joven, pero ésta supo reconocerlo en medio de todos los cortesanos y le dijo: « ¡ Ah, por Dios, gentil príncipe, vos sois el rey y no otro alguno. » Luego se la sometió á las pruebas más difíciles para estar seguros de su misión. Los prelados y los doctores la interrogaron delante de los príncipes y grandes del reino, los maestros de la universidad le hicieron las más insidiosas preguntas; pero á todos los llenó de admiración por la sabiduría y sublimidad de sus respuestas. — « Juana, le decía uno, aseguráis que Dios quiere libertar al pueblo de Francia; pero si tal es su voluntad, no necesita gentes de armas. — Ah, respondió ella, los guerreros batallarán, y Dios les dará la victoria. — ¿ Creéis en Dios?, le preguntaba otro. — Más que vos, replicó. — Pues bien, Dios no quiere que se preste fe á vuestras palabras si no hacéis un milagro que pruebe que debemos creerlos. — No he venido, contestó, á hacer milagros. Llevadme á Orleans y os mostraré los milagros para que he sido enviada. Que me den soldados, tan pocos como quieran, é ire allá y haré levantar el sitio. »

Y luego, volviéndose al rey, añadió: « Gentil Delfín, ¿ por qué no me creéis? Os digo que Dios tiene piedad de vos, de vuestro reino y de vuestro pueblo, pues San Luis y Carlomagno se hallan de rodillas delante de él, rogando por vos. Si me dais tropas, haré levantar el sitio de Orleans, y os llevaré á ungiros en Reims, pues Dios quiere que sus enemigos los ingleses se vayan á su país y que este reino os pertenezca. » La firmeza de esas frases, y el acento profético con que Juana las pronunciaba triunfaron del espíritu escép-

tico y burlón de los cortesanos, y ya no se vaciló en confiarle el mando de las tropas.

Sitio de Orleans. — Juana se hizo presentar una espada que estaba oculta en Santa Catalina de Fierbois, y que tenía como marca cinco crucecitas cerca de la empuñadura; mandóse hacer una bandera blanca sembrada de flores de lis, con imagen del Salvador teniendo un globo en la mano y dos ángeles arrodillados á sus pies. En el centro brillaban estas palabras: *Jesús Maria*. Ese pequeño estandarte debía ser su pendón de batalla. Así equipada, Juana se dispuso á penetrar en Orleans con un convoy de víveres y una pequeña escolta, como en efecto lo hizo el 29 de abril de 1429. Su llegada devolvió el valor á los sitiados, y sus consejos efectuaron en el ejército transformación extraordinaria. Aquella soldadesca desenfrenada, que antes vivía en infames torpezas, se confesó y comulgó, y cambió de tal modo sus costumbres que ya no se oían en el campamento blasfemias ni desvergüenzas. Por el contrario, los ingleses la llamaban bruja, lanzándole las más groseras injurias; pero en el fondo la temían, y al verla al frente de las tropas se desalentaban inmediatamente. Así, el 4 de mayo dejaron entrar en Orleans el ejército que se hallaba en Blois, y los sitiados, con ese socorro, pudieron tomar la ofensiva. Decidióse que el 6 se atacarían los baluartes de los Agustinos y de los Tournelles, que los ingleses habían construído en medio del Loira. Juana de Arco en persona dirigió el asalto contra el primero, plantó su estandarte á orillas del foso, y la fortaleza fué tomada, quemada y arrasada. Al día siguiente atacó el otro de los mencionados fortines, y al subir al asalto recibió una herida profunda; pero eso sólo sirvió para excitar su valor y animar á sus soldados. Los ingleses fueron vencidos y quinientos de ellos pasados al filo de la espada. El 8 se les arrojó de las fortificaciones que ocupaban al norte de la plaza, y entonces tuvieron que levantar el sitio. Los franceses querían perseguirlos, pero Juana de Arco se opuso á ello. La heroína salió de Orleans el 17 para ir á dar en Tours con el rey y excitarlo á que se apresurara á hacerse ungir en Reims. « Noble Delfín, le dijo, no celebréis tantos y tan largos consejos, sino más

bien venid á Reims á tomar vuestra digna corona. »

El rey ungido en Reims. — Antes de emprender ese largo viaje, había que tomar á los ingleses todas las ciudades que conservaban sobre el Loira. Juana promete la victoria, é inmediatamente los franceses son dueños de Jargeau, de Meung sobre el Loira y de Beaugency. El duque de Bedford manda de París



Catedral de Reims.

considerables refuerzos, y se da una gran batalla cerca del pueblo de Patay. Los franceses quedan victoriosos una vez más. Esos triunfos exaltan el valor de todos, y Juana arrastra á Carlos VII y á su ejército en la dirección de Reims. Al pasar cerca de Auxerre, los burgueses de esa ciudad ofrecieron al rey viveres para sus soldados, pero se negaron á recibirlo bajo el pretexto de que se les había prometido la más estricta neutralidad. La Doncella pareció descontenta de esa frialdad, pero se respetaron los pretendidos derechos de los de Auxerre y se marchó sobre Troyes. Allí es donde se había firmado el famoso pacto que despojaba á Carlos de sus Estados en favor del rey de Inglaterra. Los burgueses detestaban la dominación extranjera, pero

temían á la guarnición inglesa, que era dueña de su ciudadela. Los oficiales de Carlos VII, detenidos ante esa ciudad, hablaban ya de batir en retirada, cuando Juana de Arco les prometió la victoria si se daba súbitamente el asalto. Obedecieronle, y así que sonaron las trompetas dando la señal de ataque, los sitiados, llenos de temor, pidieron de rodillas la capitulación.

Châlons se conmovió al recibir esa noticia. Todos los habitantes corrieron con su obispo al frente á presentarse á Carlos VII, y el camino de Reims se abrió, por decirlo así, espontáneamente. Cuando el rey llegó á esta última ciudad, todas las campanas tocaban á vuelo; el pueblo y los caballeros acudían á su paso; los sacerdotes bendecían á Dios por su señalada protección, y todos los ojos se fijaban en la muchacha de Domremy, que permanecía en pie cerca del rey con su banderín en la mano. Cuando hubo terminado la ceremonia, Juana se echó á sus plantas y le dijo llorando: «Gentil rey, hoy queda ejecutado el deseo de Dios que quería que yo levantara el sitio de Orleans y que os trajese á esta ciudad de Reims á recibir el sagrado ungimiento, mostrando que sois el verdadero rey y aquel á quien el reino de Francia debe pertenecer (17 de julio de 1429).» La muchacha hubiera querido volverse á su pueblo, pero la obligaron á permanecer en el ejército. Consintió en ello, pero con el triste presentimiento de su desgracia.

Cautiverio de Juana de Arco. — Habiendo partido de Reims, Carlos VII procuró tomar á Paris. Juana se distinguió en el sitio de esta ciudad por su habitual intrepidez, pero fué herida y el ejército tuvo que replegarse sobre el Loira (29 agosto 1429).

El rey se había retirado á Chinón, para continuar su vida de placeres, y habiendo dado orden de evacuar á San Dionisio, los ingleses y los burguñones aprovecharon esa circunstancia para penetrar en Soissons y sitiar á Compiègne. Juana tuvo lástima de esta última ciudad y resolvió lanzarse dentro de sus muros para defenderla.

Como el mismo día de su llegada, el 24 de mayo de 1430, hiciera una salida, la traición la entregó á sus enemigos; cayó en efecto en manos del bastardo de

Vendóme, que la cedió á Juan de Luxemburgo, quien á su vez la vendió á los ingleses en diez mil francos. El cautiverio de la heroína fué un gran triunfo para los insulares; en París se cantó un *Te Deum*, como al día siguiente de alguna brillante victoria. Ese triste incidente no impidió sin embargo, que los franceses siguieran ganando terreno. Bedford, furioso, resolvió vengarse sobre la pobre joven, á quien guardaba prisionera.

La universidad de París pidió que se le sometiera á juicio, y Pedro Cauchón, obispo de Beauvais, se convirtió en el más ardiente de sus perseguidores. Condujéronla á Ruan y allí le formaron causa. El proceso duró cuatro meses, durante los cuales atormentaron á la heroína con todas las preguntas imaginables. Cuanto había hecho les parecía crimen: reprocháronle sus visiones, su bandera blanca, sus revelaciones y hasta su valor. En el curso de ese horrible interrogatorio, salieron de su boca frases tan hermosas que hasta sus enemigos se conmovían al oírlas.

« Quisiera que esta mujer fuera inglesa », exclamó un oficial de Enrique VI; pero nada pudo desarmar el furor de sus jueces, que la declararon *apóstata, relapsa idólatra y herética* y la enviaron al suplicio, llevando en la cabeza una mitra donde se habían escrito las anteriores palabras.

Muerte de Juana de Arco (1431). — La ejecución se efectuó el 30 de mayo de 1431. Por la mañana de ese día, Pedro Cauchón envió á Juana un confesor, fray Martín Ladvenu, para anunciarle su muerte y excitarla á la resignación. Á las nueve la vistieron y la colocaron en una carreta tirada por cuatro caballos. El término del triste viaje era el Mercado Viejo, pescadería de Ruan. Se habían construido allí tres tabladados. En uno estaban las sillas real y episcopal y el trono del cardenal de Inglaterra, entre los asientos de los preladados. En otro debían figurar los personajes del lúgubre drama, el predicador, los jueces y el baillío, y, por último, la condenada. Á parte estaba una gran pira de yeso, cargada y más que cargada de leña; « nada se había negado á la hoguera, que daba miedo por su altura. »

Una inmensa multitud acudió á presenciar el paso

de Juana de Arco, que atravesó vertiendo lágrimas aquellas masas de pueblo. Al verse delante de la pira, se reanimó, oyó su sentencia, se arrodilló, invocando á Dios, á la Virgen, á San Miguel y á Santa Catalina, perdonando á todos, pidiendo perdón, y diciendo á los concurrentes: « ¡ Rogad por mí ! » Suplicó á todos los sacerdotes que allí estaban que dijeran una misa por su alma, y todo eso lo hizo de manera tan devota, humilde y enternecedora que, aumentando la emoción, nadie pudo contener el llanto; el obispo de Beauvais se echó á llorar, el de Boulogne sollozaba y hasta los mismos ingleses vertían lágrimas.

Los jueces, desconcertados un instante, se reanimaron y renovaron la promulgación de la sentencia. Presentáronle la cruz de la parroquia de San Salvador, que besó largo rato y sobre la cual tuvo fijos los ojos hasta el momento de morir. Habiéndole dirigido las últimas exhortaciones el sacerdote que la acompañaba, Martín Ladvenu, la soldadesca inglesa halló demasiado largo el sermón, y en su cínico furor le gritaba: « ¡ Cómo! curaz vas á hacernos cenar aquí? » Por último, dos sargentos la sacaron de la carreta y la hicieron subir al lugar del suplicio.

Cuando Juana hubo llegado al punto más alto de la inmensa pira, viendo desde allí la ciudad, y á la multitud inmóvil y silenciosa, exclamó: « ¡ Ah, Ruan, Ruan, mucho temo que te cueste cara mi muerte ! » Habiendo pegado fuego á la leña el verdugo, Juana lo notó desde arriba, y lanzando un grito advirtió al fraile que la exhortaba y que no había fijado su atención en las llamas, á que bajara para que no sufriese daño alguno. Según ese sacerdote, que la asistió en sus últimos momentos, Juana no cesó hasta el postrer instante, aun cuando la rodeaban las llamas, de repetir y confesar el nombre de Jesús, implorando á los santos y santas del paraíso; y al entrar su espíritu en el Señor, inclinó la cabeza, y dijo: *¡ Jesús !* en señal de que su fe en Dios era fervorosa. Sus cenizas fueron arrojadas al Sena, y lo más inexplicable que hay en esto es que Carlos VII no pareció prestar el menor interés á la suerte de la que le había devuelto su corona.

§ II. — *Tratado de Arras. La Praguería.*

Reveses de los ingleses. — Después de la ejecución de Juana de Arco, queriendo el duque de Bedford legitimar á los ojos del pueblo la monarquía de Enrique VI, resolvió hacerlo coronar en París. En efecto, el ungimiento se efectuó el 16 de diciembre de 1431, pero, con asombro del regente, no pareció producir ninguna impresión. Casi ningún francés acudió á Nuestra Señora, y el mismo duque de Borgoña halló un pretexto para no asistir á la ceremonia.

Luego continuaron las hostilidades, pero la guerra no favoreció la causa inglesa más que la coronación. El mariscal de Boussac estuvo á punto de apoderarse de Ruan; el valiente Dunois tomó á Chartres, y los ingleses pudieron ver que en las plazas más importantes tenían enemigos poderosos, que sólo esperaban para abandonarlos una ocasión favorable. Habiéndose puesto el duque de Bedford en persona al frente de sus tropas, perdió la batalla de Gerberoi, y los franceses recuperaron esa ciudad, Saint-Valéry y otras varias poblaciones.

El único apoyo que quedaba en Francia á los ingleses era la alianza burguinona. El duque de Bedford lo comprendía, pero no así el de Gloucester. Felipe el Bueno había sorprendido algunas cartas de este último, en que se trataba nada menos que de perderlo, para arrebatárle las provincias que poseía en el Norte. Esas revelaciones empezaron á apartar al duque de aquella alianza extranjera, que había consentido obligado por las circunstancias, pero que en el fondo siempre le causara contrariedad. El condestable Arturo de Richemont, que era negociador hábil, procuraba sacar partido de todas las faltas de los enemigos para reconciliar á Felipe el Bueno y á Carlos VII. La muerte del duque de Bedford, que ocurrió por entonces, apresuró la solución de ese asunto.

Tratado de Arras (1435). — Habíase convocado en Arras una asamblea general de todos los plenipotenciarios europeos, á la cual asistieron embajadores del papa, del emperador, de los reyes de Castilla, de

Navarra, de Aragón, de Portugal, de Sicilia, de Nápoles, de Chipre, de Polonia y de Dinamarca, el condestable de Richemont con los señores que representaban á Carlos VII, el cardenal de Winchester y los lores que tentan poderes de Enrique VI, y el duque de Borgoña. El congreso empezó sus sesiones el 5 de agosto de 1435 en la capilla de Saint-Waast. Como los ingleses pidieran la ejecución pura y simple del tratado de Troyes, se les ofreció la Aquitania y la Normandía con absoluta soberanía sobre esos países; pero no aceptaron esa oferta y se retiraron de las deliberaciones el 6 de septiembre. Todo el mundo se volvió entonces hacia el duque de Borgoña para excitarlo á reconciliarse con el rey de Francia. Por de pronto opuso á las proposiciones que le fueron hechas argumentos especiosos, pero al fin comprendió que su interés estribaba en dicha reconciliación con lo cual se firmó en 21 de septiembre el tratado que la consagraba. Se convino en que « el rey dirá, ó hará decir por medio de sus gentes notables con plenos poderes para ello, á Monseñor de Borgoña que la muerte del difunto Monseñor duque Juan su padre (que Dios absuelva) fué inicua y malamente llevada á cabo por los que la perpetraron con censurable consejo y que esa muerte siempre la ha condenado y la condena ahora con todo su corazón; y que si al ocurrir hubiese tenido la edad y conocimiento que ahora tiene hubiera proveído según su poder; pero era muy joven y de poco mundo, y no tuvo el buen acuerdo de proveer. Y rogará á mi dicho señor de Borgoña que expulse de su alma todo rencor ú odio que pueda tener por esa causa en él, entrando con el rey en paz y amor. »

Después de esa condenación del asesinato de Juan sin Miedo, venían concesiones importantes que el rey hacía á Felipe el Bueno. Así, cedióle los condados de Auxerre y de Mácon, las ciudades del Somma, San Quintín, Amiens, Abbeville, San Valery, los castillos de Péronne, Roye, Montdidier, es decir todos los baluartes de Francia por la parte norte, con exención de todo homenaje durante la vida del rey y la del duque, lo que lo convertía en soberano independiente; por fin, Carlos VII se comprometía á renunciar á toda

alianza contra el duque, y á ayudarle en todas sus guerras contra sus enemigos.

Carlos VII en París (1436). — Esas enormes concesiones constituían por decirlo así la abdicación completa de la monarquía en manos del duque de Borgoña. Pero aquella reconciliación era necesaria, y no había que preocuparse del precio exorbitante que costaba. Ese tratado fué acogido en toda Francia con transporte de alegría, y los partidarios de los ingleses empezaron á mostrarse inquietos. El pueblo y la burguesía de París se declararon abiertamente por Carlos VII, y llamaron á la capital al condestable de Richemont, quien entró allí efectivamente el 29 de mayo de 1436. Los ingleses, atrincherados en la Bastilla, capitularon con la única condición de que se les permitiera retirarse en compañía de los que quisieran seguirlos. Embarcáronse en el Sena y lo bajaron hasta Ruan.

El condestable tuvo el tino de hacer honrosa su victoria á fuerza de moderación; proclamó la amnistía y se esforzó en aliviar los sufrimientos del pueblo haciendo entrar en París por el indicado río convoyes de trigo y otros víveres. Carlos VII se hallaba en lo más profundo del Languedoc cuando supo esa noticia. Consolidó su dominación en el mediodía, tomó en persona algunas plazas fuertes, y volvió en triunfo á habitar el palacio de sus mayores (1436); pero tuvo el dolor de ver al pueblo de París afligido cruelmente por una enfermedad pestilencial. En el Hôtel-Dieu perecieron más de cinco mil personas y en toda la ciudad cerca de cincuenta mil. « Cuando la muerte penetraba en una casa, dice un cronista, se llevaba á la mayor parte de sus habitantes, sobre todo á los más jóvenes y vigorosos. »

Para reparar los males que la guerra había causado á Francia, se necesitaba un carácter activo y firme, que no se dejara turbar por ningún obstáculo. Hasta ese momento había sido Carlos VII admirablemente servido por los hombres y las circunstancias, pero él mismo nada había hecho aún. Desesperábase de hacerlo salir de su ociosidad y su indolencia, cuando, excitado por las personas que lo rodeaban, se aver-

gonzó de su debilidad y se puso á trabajar con energía. Y organizando el ejército, y haciendo respetar en todas partes el orden y la justicia, mereció ser llamado *restaurador de la Francia*.

De la Pragería (1440). — En 1439 dispuso Carlos VII que los barones mantendrían en guarnición á los soldados que tuvieran á su servicio, bajo pena de ser responsables de sus excesos, y les prohibió cobrar arbitrariamente contribución alguna para la conservación de sus fortalezas; por fin dictó penas severas contra los que despojasen de lo suyo á los burgueses y pecheros. Con objeto de poner término á todas las depredaciones y excesos de las gentes consagradas á la guerra, estableció compañías de milicias y arqueros francos, y los señores que se atrevieron á infringir sus ordenanzas fueron severamente castigados.

Esos rigores excitaron entre los grandes vivo descontento, por lo cual fomentaron una conspiración que ha sido llamada *Pragería* (1440). Los duques de Borbón, de Alencón, los condes de Dunois, de Vendôme y de Chabannes fueron sus jefes. El mismo Delfín, cansado de verse sin influencia ni poder, se unió con los señores descontentos, y se atrevió á atacar á su padre, bajo el pretexto de que éste era esclavo del condestable de Richemont. Carlos VII desplegó grande actividad, marchando en persona contra el duque de Alencón y Juan de la Roche, que habían sorprendido el castillo de Saint-Maixent, é hizo ahorear, decapitar ó ahogar á sus gentes. El pueblo se declaró en todas partes favorable al rey y hostil á los facciosos. Los estados de Armañac declararon que pertenecían en personas y bienes al buen rey protector, y todas las ciudades abrieron sus puertas á las tropas del soberano. Abandonados de esa manera, los rebeldes tuvieron que pedir gracia. Los duques de Borbón y Alencón y el mismo Delfín se arrodillaron ante el rey y solicitaron su perdón. Carlos se contentó con decir á su hijo: « Luis, sed bienvenido: mucho tiempo habéis estado ausente; id á descansar en vuestro palacio, y mañana hablaremos de vos. » Pero al duque de Borbón le dirigió estas palabras: « Primo, muy descontento

estoy por la falta que ahora y antes de ahora habéis cometido por cinco veces contra nuestra majestad», y le declaró los sitios donde había estado, añadiendo: « Si no fuese por el honor y el amor de alguna persona que no quiero nombrar, ya os hubiese mostrado el disgusto que siento. Así, pues, guardaos de volver en adelante á hacer lo que ahora. » Al día siguiente, el duque de Borbón y el Delfín suplicaron al rey que perdonase á sus cómplices. Carlos dijo que no haría nada más que permitirles únicamente volver á sus casas sin ser molestados. Entonces el Delfín exclamó: « Monseñor, en ese caso deberé volverme con ellos, pues así se lo he prometido. El rey le dijo: « Luis, las puertas están abiertas, y si no las halláis bastante grandes, haremos derribar quince ó veinte tocas de pared para que marchéis á donde os parezca. Sois nuestro hijo y nada podéis hacer por nadie sin nuestro consentimiento y beneplácito; pero si queréis marcharos, no lo impediremos, pues gracias á Dios hallaremos en nuestra familia alguien que nos ayude á mantener nuestro honor y señorío mejor de lo que vos lo habéis hecho hasta aquí. »

El Delfín se esforzó en adelante en borrar su falta por el celo y valor que desplegó en los mandos que le fueron confiados en Pontoise, en la Réole y sobre todo en el de Dieppe, donde obligó á los ingleses á levantar el sitio (15 de agosto de 1443).

Resumen de este capítulo. — El reinado de Carlos VII es uno de los más gloriosos de la monarquía francesa, aunque no comenzó bajo afortunados auspicios.

I. El rey de Inglaterra Enrique VI fué proclamado rey de Francia en San Dionisio, y la mayor parte del Estado reconoció su autoridad (1442). Carlos VII no poseía más que las provincias situadas al sur del Loira y era llamado irónicamente rey de Bourges. Ese soberano vivía únicamente en fiestas y placeres y perdía alegremente su reino. Los escoceses le enviaron algunos socorros, pero esas tropas fueron vencidas en Crevant (1423) y en Verneuil (1424). Bedford resolvió acabar con el rey de Bourges y emprendió una campaña que debía ser decisiva (1428). Orleans estaba sitiada, y la jornada de los Arenques aumentó el abatimiento general del reino (1429). En esas circunstancias críticas fué cuando apareció Juana de Arco, que debía salvar á Francia. La heroína tuvo sus primeras visiones en 1423 y abandonó su pueblo de Domremy después de la batalla de los Arenques, yendo á Chinón donde estaba el rey, y de allí á Orleans.

En esa ciudad entró el 29 de abril de 1429, obligó á los ingleses á levantar el asedio, y el 17 de mayo siguiente se presentó en Tours al rey para excitarlo á que marchara á hacerse coronar en Reims. La ceremonia se efectuó el 17 de julio. Juana, cuya misión había terminado, pidió que la dejaran volverse á casa de su padre, pero la obligaron á permanecer en el ejército, hasta que cayó en manos de los enemigos en el sitio de Compiègne, el 24 de mayo de 1430. Los ingleses le formaron causa y la condenaron á ser quemada viva como hereje y relapsa. Esa horrible sentencia se ejecutó en Ruan el 30 de mayo de 1431.

II. Después de la muerte de Juana, sufrieron los ingleses nuevos descalabros. En vano el duque de Bedford hizo ungir y coronar en París á Enrique VI, pues cada día tomaban los franceses ciudades importantes. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, se separó de la alianza con Inglaterra para unirse á Francia en el congreso de Arras (1435). Esa defección acabó de perder al partido inglés. Al año siguiente entró en París Carlos VII (27 mayo 1436), y desplegó extraordinaria actividad para reparar los males que la guerra civil había causado al reino. Su severidad con los nobles fué causa de la Praguería (1440). Su hijo el delfín Luis se atrevió á ponerse en persona al frente de los sediciosos, pero la nación comprendió que su verdadero interés consistía en apoyar al rey. Sostuvo, pues, á Carlos, que sofocó la rebelión, perdonando á sus autores. En adelante el Delfín se consagró por entero á hacerse perdonar su falta, haciendo gala de celo y abnegación.

CAPÍTULO XIII.

FIN DE LA GUERRA DE CIENTO AÑOS. INSTITUCIONES DE CARLOS VII. EJÉRCITO PERMANENTE; PRAGMÁTICA DE BOURGES. COSTUMBRES; LA NUEVA CABALLERÍA; LA CORTE DE BORGONA.

Ese período, tan fecundo en calamidades y desastres para Francia, no fué sin embargo estéril para desarrollo de sus instituciones. Como lo dicen los historiadores de dicha nación, la desgracia templó los espíritus, comunicándoles prodigiosa actividad. En Inglaterra, los acontecimientos favorecieron el desarrollo de las libertades públicas. En Francia, las leyes, la administración, el arte militar, las ciencias y las letras se desarrollaron para satisfacer las necesidades de una sociedad atormentada por las calamidades de la guerra civil y extranjera. Los innumerables males que la nación soportó contribuyeron á la ruina del feudalismo y de las ideas de la edad media. Aprovechando los abusos del antiguo régimen, la monarquía llegó á ser omnipotente bajo Carlos VII, gracias á las prudentes reformas que entonces fueron realizadas.

estoy por la falta que ahora y antes de ahora habéis cometido por cinco veces contra nuestra majestad», y le declaró los sitios donde había estado, añadiendo: « Si no fuese por el honor y el amor de alguna persona que no quiero nombrar, ya os hubiese mostrado el disgusto que siento. Así, pues, guardaos de volver en adelante á hacer lo que ahora. » Al día siguiente, el duque de Borbón y el Delfín suplicaron al rey que perdonase á sus cómplices. Carlos dijo que no haría nada más que permitirles únicamente volver á sus casas sin ser molestados. Entonces el Delfín exclamó: « Monseñor, en ese caso deberé volverme con ellos, pues así se lo he prometido. El rey le dijo: « Luis, las puertas están abiertas, y si no las halláis bastante grandes, haremos derribar quince ó veinte tocas de pared para que marchéis á donde os parezca. Sois nuestro hijo y nada podéis hacer por nadie sin nuestro consentimiento y beneplácito; pero si queréis marcharos, no lo impediremos, pues gracias á Dios hallaremos en nuestra familia alguien que nos ayude á mantener nuestro honor y señorío mejor de lo que vos lo habéis hecho hasta aquí. »

El Delfín se esforzó en adelante en borrar su falta por el celo y valor que desplegó en los mandos que le fueron confiados en Pontoise, en la Réole y sobre todo en el de Dieppe, donde obligó á los ingleses á levantar el sitio (15 de agosto de 1443).

Resumen de este capítulo. — El reinado de Carlos VII es uno de los más gloriosos de la monarquía francesa, aunque no comenzó bajo afortunados auspicios.

I. El rey de Inglaterra Enrique VI fué proclamado rey de Francia en San Dionisio, y la mayor parte del Estado reconoció su autoridad (1442). Carlos VII no poseía más que las provincias situadas al sur del Loira y era llamado irónicamente rey de Bourges. Ese soberano vivía únicamente en fiestas y placeres y perdía alegremente su reino. Los escoceses le enviaron algunos socorros, pero esas tropas fueron vencidas en Crevant (1423) y en Verneuil (1424). Bedford resolvió acabar con el rey de Bourges y emprendió una campaña que debía ser decisiva (1428). Orleans estaba sitiada, y la jornada de los Arenques aumentó el abatimiento general del reino (1429). En esas circunstancias críticas fué cuando apareció Juana de Arco, que debía salvar á Francia. La heroína tuvo sus primeras visiones en 1423 y abandonó su pueblo de Domremy después de la batalla de los Arenques, yendo á Chinón donde estaba el rey, y de allí á Orleans.

En esa ciudad entró el 29 de abril de 1429, obligó á los ingleses á levantar el asedio, y el 17 de mayo siguiente se presentó en Tours al rey para excitarlo á que marchara á hacerse coronar en Reims. La ceremonia se efectuó el 17 de julio. Juana, cuya misión había terminado, pidió que la dejaran volverse á casa de su padre, pero la obligaron á permanecer en el ejército, hasta que cayó en manos de los enemigos en el sitio de Compiègne, el 24 de mayo de 1430. Los ingleses le formaron causa y la condenaron á ser quemada viva como hereje y relapsa. Esa horrible sentencia se ejecutó en Ruan el 30 de mayo de 1431.

II. Después de la muerte de Juana, sufrieron los ingleses nuevos descalabros. En vano el duque de Bedford hizo ungir y coronar en París á Enrique VI, pues cada día tomaban los franceses ciudades importantes. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, se separó de la alianza con Inglaterra para unirse á Francia en el congreso de Arras (1435). Esa defección acabó de perder al partido inglés. Al año siguiente entró en París Carlos VII (27 mayo 1436), y desplegó extraordinaria actividad para reparar los males que la guerra civil había causado al reino. Su severidad con los nobles fué causa de la Praguería (1440). Su hijo el delfín Luis se atrevió á ponerse en persona al frente de los sediciosos, pero la nación comprendió que su verdadero interés consistía en apoyar al rey. Sostuvo, pues, á Carlos, que sofocó la rebelión, perdonando á sus autores. En adelante el Delfín se consagró por entero á hacerse perdonar su falta, haciendo gala de celo y abnegación.

CAPÍTULO XIII.

FIN DE LA GUERRA DE CIENTO AÑOS. INSTITUCIONES DE CARLOS VII. EJÉRCITO PERMANENTE; PRAGMÁTICA DE BOURGES. COSTUMBRES; LA NUEVA CABALLERÍA; LA CORTE DE BORGONA.

Ese período, tan fecundo en calamidades y desastres para Francia, no fué sin embargo estéril para desarrollo de sus instituciones. Como lo dicen los historiadores de dicha nación, la desgracia templó los espíritus, comunicándoles prodigiosa actividad. En Inglaterra, los acontecimientos favorecieron el desarrollo de las libertades públicas. En Francia, las leyes, la administración, el arte militar, las ciencias y las letras se desarrollaron para satisfacer las necesidades de una sociedad atormentada por las calamidades de la guerra civil y extranjera. Los innumerables males que la nación soportó contribuyeron á la ruina del feudalismo y de las ideas de la edad media. Aprovechando los abusos del antiguo régimen, la monarquía llegó á ser omnipotente bajo Carlos VII, gracias á las prudentes reformas que entonces fueron realizadas.

§ I. — *Fin de la guerra de cien años. Instituciones de Carlos VII. Ejército permanente. Pragmática de Bourges.*

Expulsión definitiva de los ingleses. — Mientras Carlos VII trabajaba en reformar interiormente el reino, sus ejércitos seguían obteniendo nuevos triunfos sobre los ingleses. Así fué que les tomaren Meaux, Pontoise, Dieppe, y casi todas sus provincias, obligándolos á pedir una tregua y á implorar la mano de Margarita de Anjou para su rey Enrique VI. Esa tregua, que fué firmada en Arras en 1444, se pactó sólo por dos años, pero duró cuatro.

Entonces Carlos VII se halló bastante embarazado por el considerable número de soldados que agotaban el tesoro y que, por su brutalidad é indisciplina, llenaban de espanto á las provincias, que les daban el nombre de *despellejadores*. Felizmente para Carlos, el emperador Federico III le pidió fuerzas auxiliares contra los suizos; el rey de Francia le envió aquellas terribles bandas á las órdenes del delfín Luis. Ese indómito ejército encontró á sus nuevos adversarios en Saint-Jacques, á orillas del Birsé (1444) y los exterminó sin dejar uno; pero á la vez sufrió grandísimas pérdidas que el rey de Francia se guardó muy bien de lamentar. Al expirar la tregua con los ingleses, Carlos VII se previó de aquella victoria obtenida contra la primera infantería de Europa, para inspirar á sus tropas nuevo ardor. Habiendo creado un ejército permanente, se sintió bastante fuerte para acabar con la invasión extranjera. Y como un inglés se apoderara del pequeño pueblo de Fougères á pesar de la tregua, el rey de Francia y el duque de Bretaña pidieron al duque de Sommerset una indemnización para reparar las pérdidas que les causara aquella violación del derecho de gentes. Los ingleses, por entonces divididos, no pudieron acceder á esa petición, y entonces entró en Normandía un ejército francés, y se apoderó de Pont-Audemer, Lisieux, Mantes, Vernon, Evreux, Louviers, Coutances y Valogne. Por último, el 18 de octubre de 1449 aparecieron los franceses ante las murallas de Ruán. Habiéndose sublevado en su favor los habitantes, Sommerset tuvo que rendirse y abandonar con

dicha ciudad, toda la parte inferior del Sena hasta su desembocadura.

Los ingleses enviaron al año siguiente á Tomás Kyriel, uno de sus mejores caballeros, con un ejército de seis mil hombres, al socorro de Sommerset. Kyriel desembarcó en Cherburgo el 15 de marzo de 1450, y fué derrotado por el condestable de Richemont y el conde de Clermont cerca de Formigny, dejando cuatro de sus seis mil hombres sobre el campo de batalla. Esa victoria tuvo como consecuencia la conquista de Normandía (15 de abril).

Carlos VII mandó que se cantasen en todo el reino acciones de gracias por ese feliz acontecimiento. Al ver rodeado á ese príncipe por los más ilustres generales, los Dunois, los Richemont, los Xaintrailles, los Brézé y tantos otros, costaba trabajo creer en las desdichas que señalaron el principio de su reinado. Esos valerosos guerreros marcharon después al frente de veinte mil hombres contra la Guiena, única provincia que aún conservaban los ingleses. Tomaron sin dificultad á Bourg, Blaye, Castellón, Libourne, Saint-Emilión, y el 23 de junio de 1451 entraron en Burdeos sin experimentar gran resistencia.

Pero al año siguiente, los ingleses enviaron á Talbot con un poderoso ejército para recuperar la mencionada provincia. Ese caudillo entró en Burdeos el 22 de septiembre de 1452, y sometió sin gran trabajo la Guiena, que estaba completamente desguarnecida de tropas. Mas, Carlos VII dirigió sobre dicha provincia su ejército desde la primavera de 1453, y como Talbot fuera vencido y muerto el 14 de julio en el combate de Castellón, los ingleses no pudieron seguir sosteniendo la lucha. Todas las ciudades tuvieron que rendirse, y el rey de Francia entró triunfalmente en Burdeos el 19 de octubre de 1453. Ya no quedaba á los ingleses en el continente más que la ciudad de Calais. Desde entonces quedó terminada aquella larga lucha, tan terrible, y sin embargo tan gloriosa para Francia.

Administración de Carlos VII. — Durante el reinado de ese príncipe se efectuaron en la nación profundos cambios. El aumento de la pequeña pro-

piedad, el crecimiento de las ciudades y de su población, y la destrucción de los derechos del feudalismo, esas fueron, dice Chateaubriand, las principales causas que produjeron en esa época una de las grandes transformaciones de la monarquía. Después de haber mostrado contra los nobles cierta severidad, obligándolos á someterse á su ley, como lo hizo después de la Pragería, Carlos VII se ocupó de la agricultura, del comercio y de la hacienda. Un rico mercader de Bourges, Santiago Cœur, puso orden en la contabilidad y obligó á los oficiales del rey á entregar sus cuentas á un recaudador general, y á la vez que llenó las arcas reales, efectuó grandes economías. Carlos VII supo hacer feliz á su pueblo: en efecto, libró el reino de las bandas de aventureros que lo infestaban, dió seguridad á las comunicaciones, multiplicó las grandes ferias para hacer más activo el comercio, y escribió en el mismo sentido al sultán de Egipto, solicitando su protección en favor de los mercaderes franceses que iban á Jerusalén ó á Alejandría.

Creación de un ejército permanente. — Los arqueros ingleses habían ganado las batallas de Crécy, de Poitiers y de Azincourt; los campesinos habían hecho ensayo de sus fuerzas en Francia en las sediciones de los *cabochianos* y de la *Jacquería*, y en Italia las tropas á pie se habían mostrado en todos los encuentros superiores á los caballeros. Esas circunstancias desacreditaron enteramente á la caballería, y en adelante se prefirió á los soldados del pueblo. Así fué que, á medida que caían las instituciones feudales se iban formando por todas partes ejércitos permanentes, reclutados entre las clases más humildes, y cuya abnegación se compraba. Eduardo III había debido todas sus victorias á sus tropas mercenarias. Francia, así que aprendió á costa de terribles derrotas lo que valían esos soldados bien disciplinados y sometidos á un jefe único, siguió el mismo ejemplo.

Los estados que se reunieron en Orleans (octubre de 1439), autorizaron esa creación, pidiendo al rey que pusiera término á los saqueos y crueldades de los hombres de guerra, y proponiendo para ello la reducción del ejército á quince compañías de cien lanzas

cada una, componiéndose cada lanza de seis hombres y ocho caballos, pagándolas á razón de 120 libras por hombre, lo que exigía un impuesto perpetuo de 1.200.000 libras.

Una ordenanza de 2 de noviembre de 1439 puso en vigor esa gran resolución de los estados. Sólo el rey podía nombrar los capitanes y determinar el número de sus soldados, quedando prohibida toda otra reunión de gentes de armas. Los soldados no podrían saquear ni maltratar á las gentes de las ciudades y de los campos, ni exigir dinero á las personas, ni causar daño á los bienes, casas, sembrados, cosechas; los capitanes eran responsables de esos delitos, y debían ser castigados personalmente por ellos, ó bien perder su fortuna y su nobleza. Todos los hombres de guerra quedaban sometidos á la autoridad judicial de los bailíos y prevostes del rey en todo el reino, y los ciudadanos maltratados por los soldados quedaban obligados á emplear la fuerza para llevarlos ante los tribunales. Los capitanes habían de permanecer de guarnición en las plazas señaladas por el rey, y no salir de ellas sin orden de éste; los barones que poseían guardias en sus castillos eran responsables de los delitos de sus soldados, estándoles prohibido cobrar impuestos ó aprovechar los generales del reino para el aprovisionamiento de sus castillos.

El impuesto de las gentes de armas debía ser determinado por oficiales especiales, llamados *electos*, señalando lo que según sus medios debía pagar cada ciudadano, menos el clero, la nobleza, los funcionarios del rey, los estudiantes y los pobres. No se podía recurrir contra ese reparto más que al tribunal de *ayudantes*.

Una ordenanza de 28 de abril de 1448, dispuso que las provincias suministraran arqueros francos, lo que formó una infantería regular. Por último, los hermanos Bureau fueron encargados de organizar la artillería. De ese modo quedó protegido el poder real por imponente fuerza que lo sacó de la dependencia de los grandes feudatarios, permitiéndole poner término á los robos y depredaciones que se cometían impunemente en todo el reino.

Impuesto perpetuo. — Mas, para el mantenimiento de un ejército permanente, se necesitaba un impuesto perpetuo. Votáronlo los estados por un año; pero se le prorrogó para los siguientes sin consultar á aquellos de nuevo, y esa medida pareció tan justa, y tan evidentes resultaron desde el principio las ventajas de la nueva institución, que nadie reclamó. Pero á fin de que esa nueva carga no fuera demasiado onerosa, Carlos VII se puso de acuerdo con Santiago Cœur para arreglar con orden todo lo relativo á la hacienda. Estableció un tribunal de cuentas encargado de vigilar la administración de los empleados, y de ese modo logró poner término á las innumerables concusiones que arruinaban al Estado y hacían desgraciado al pueblo.

Pragmática sanción de Bourges. — Francia, ya tan agitada por la guerra que tenía que sostener contra los ingleses, se resintió también de los tristes conflictos y de las escandalosas divisiones que surgieron entonces en el seno de la Iglesia. Habiendo atacado el concilio de Basilea las prerrogativas de la Santa Sede, negando obediencia al papa Eugenio IV, fué convocada en Bourges una asamblea del clero de Francia (1441), para tratar de las relaciones del poder temporal con la autoridad espiritual. Los obispos se apoyaron en los decretos del concilio y redactaron lo que se ha llamado la *pragmática sanción de Bourges*, que Bossuet considera como el fundamento de la disciplina en la Iglesia galicana. En ella reconocían la autoridad del concilio como superior á la del papa, prohibían las anatas, las reservas y las expectativas, que eran todos derechos poseídos por la Santa Sede; finalmente, no admitían la recepción de las bulas pontificias en Francia más que una vez aprobadas por el rey. Pero ese precepto, que la Santa Sede no podía aceptar, fué abolido en el concordato que posteriormente celebraron León X y Francisco I.

§ II. — *Costumbres; la nueva caballería; la corte de Borgoña. Fin del reinado de Carlos VII.*

De las costumbres. — No es posible formarse

idea de la miseria de Francia durante la guerra de Cien años. En la corte no se veían más que cábalas y divisiones. Francia se hallaba invadida por los ingleses, y los ejércitos que la defendían estaban compuestos de tropas indisciplinadas, que hacían tanto daño á los franceses como á los enemigos. Daban á esos soldados los nombres de *despellejadores* y *trasquiladores*, porque su principal oficio consistía en robar y desvalijar á cuantos caían en sus manos. Al pactarse alguna tregua con el extranjero, esos hombres, que no tenían haber ni nada, aumentaban sus exigencias con los naturales del país.

Practicada de ese modo, la guerra era terrible calamidad que hacía crueles y bárbaros á los que la practicaban. Los nobles más ilustres, terror de los ingleses, se habituaron de tal modo á la sangre y la rapiña, que como cosa natural multiplicaban los asesinatos y las injusticias entre sus vasallos y en el seno de sus familias. El duque de Bretaña manda matar á su hermano; el de Gueldre á su padre; el señor de Giac, á su mujer; el conde de Foix, á su hermana; el rey de Aragón, á su hijo.

La guerra despobló ciudades y campos, trayendo como secuela el hambre y la peste. Ese horrible contagio, que desoló en 1348, toda la cristiandad, hizo perecer cerca de las dos terceras partes de los habitantes, según lo afirman algunos cronistas. En el Hôtel-Dieu de París fallecieron más de quinientos apestados por día. En montones se les llevaba al cementerio de los Santos Inocentes; pero como el terreno para sepulturas llegó á faltar, se cerró ese cementerio, bendiciendo otro fuera de la ciudad.

Tales calamidades suministraron á las almas generosas ocasión de distinguirse por su heroísmo y caridad. Fueron de notar el celo del papa Clemente VI, que se encargó de todos los pobres de Aviñón y del condado, pagando además todos los gastos necesarios para enterrar á los muertos.

En esos desdichados tiempos, todas las casas de Francia, Inglaterra y Alemania, aun en las ciudades, estaban cubiertas de paja. Los bosques cubrían vastas regiones; pero á pesar de que abundaba la leña, no

se sabía utilizarla contra el frío. No se conocían las chimeneas en las habitaciones.

Las gentes se calentaban reuniéndose alrededor de una especie de hoguera (algo como nuestros *braseros*) que se alzaba en medio de una sala ahumada, y para alumbrarse de noche casi no se tenían más que pedazos de madera seca que encendían después de disponerlos de modo conveniente en las casas. La bujía era desconocida, y la humilde vela de sebo era un objeto de lujo.

En las familias acomodadas, donde los medios eran mayores, sólo se comía carne tres veces por semana. Las camisas eran de sarga y no de hilo ó algodón como las nuestras. Bebíase poco vino, líquido que en Inglaterra era un cordial que sólo se hallaba en casa de los boticarios.

Las casas particulares estaban construídas groseramente con madera recubierta de una argamasa de tierra y paja de la que hoy se emplea para hacer tapias. Las puertas eran bajas y estrechas, las ventanas pequeñas y casi sin luz.

Felipe el Hermoso prohibió á los burgueses que salieran en tartana por las calles de París. Ese lujo parecía intolerable. Carlos VI no toleraba que en las comidas se diesen más de dos platos con la sopa.

El dinero fué muy raro en Francia por los siglos XII, XIII y XIV. Lo mismo ocurría en Inglaterra. Los florentinos y los lombardos, que comerciaban con aquellos países, sacaban á su dinero veinte por ciento de interés al año. Los judíos les servían de agentes, y esos réditos usurarios eran casi siempre la causa de las sublevaciones del pueblo contra aquellos codiciosos especuladores, que de seguro habrían sido exterminados si los papas no los hubieran cubierto á menudo con su protección.

Nueva nobleza. — La antigua nobleza había perecido en parte en los campos de batalla de Crécy, de Poitiers y de Azincourt. Carlos VII dió golpe mortal al feudalismo privando á los nobles de la dirección de la fuerza militar del Estado, y sometiendo á los hombres de guerra á la jurisdicción del poder civil en todas las empresas que éste podía tener que llevar á cabo. La

invención de la pólvora, que modificó completamente la táctica, arrebató por eso mismo toda su importancia á la caballería. La táctica fué más necesaria en las batallas que la habilidad en el manejo de las armas; el espíritu venció á la fuerza; la infantería desempeñó papel más importante que la caballería, y el pueblo ocupó el puesto de los señores que antes lo trataran con tanto desdén y fiereza. El espíritu de caballería declinó también. Hubo aún brillantes torneos; pero ya no se halló en la aristocracia de los siglos XIV y XV la elevación de sentimientos, la grandeza en la abnegación que caracterizara á los creyentes de la edad media. Á la fe suceden el cálculo y el interés. Ya no se lucha por el honor, la justicia ó la religión. Una guerra es un negocio que se emprende para ganar algo.

La monarquía había creado una nueva aristocracia superior á la antigua, al dar como patrimonio á los infantes de Francia vastas provincias. De ese modo se formaron las casas de Borgoña, de Anjou, de Orléans y de Borbón. Los jefes de esas casas, que eran príncipes de sangre real, tenían grandes pretensiones, considerándose como rivales del rey, llegando á menudo á coligarse contra él. « Quiero tanto al reino de Francia, decía el duque de Borbón, que en vez de un rey, quisiera verle seis. » Ya veremos á Luis XI luchar contra esa aristocracia, de la que sólo pudo triunfar empleando todos los recursos de su astuto y flexible talento.

La corte de Borgoña. — La casa de Borgoña era sin disputa la más poderosa de todas, pues á parte el Franco Condado y la Borgoña, poseía el Auxerrois, el Boulonnais, las ciudades de la Somma, Flandes y los Países Bajos. Su corte eclipsaba á la del rey en brillo y magnificencia. Quando el duque iba á París, paraba en su hotel de Artois con un ejército de señores y de escuderos que maravillaba á todo el mundo. Si iba á las iglesias, su cortejo era siempre de ochenta á cien caballeros por lo menos, y entre esos había príncipes, duques y grandes personajes. Sus arqueros estaban equipados suntuosamente. En cuanto á él, cada día llevaba joyas diferentes, ya un cinturón de diamantes,

ya un rosario de piedras preciosas, ya un gorro ó una muceta bordados de ellas. El pueblo de París, que había visto muchos príncipes y que ya no se tomaba el trabajo de ir á contemplarlos, corría sin embargo á las calles para mirar al duque de Borgoña cada vez que salía.

Su hotel no despertaba menos curiosidad: de todas partes acudían á admirar las magnificencias allí acumuladas; adornábanlo los más hermosos tapices de Arras, realzados con seda, plata y oro. Los que llamaban principalmente la atención eran los que representaban la historia de Gedeón, que hizo fabricar en honor de su orden de caballería del Toisón de Oro.

Su despensa era una maravilla, pues en ella se encontraba la vajilla de oro y plata más suntuosa del mundo. En cada ángulo había un cuerno de unicornio, de los cuales sólo se conocía uno en Francia, y eso muy pequeño, dado por un rey al tesoro de San Dionisio.

El duque había hecho levantar en su jardín un pabellón de terciopelo forrado de seda, bordado de hojas y lentejuelas de oro, con las armas de todos sus señoríos. En ese sitio daba grandes banquetes á los príncipes, á las princesas, á los señores y señoras, y hasta á veces invitaba, según Oliverio de la Marche, á los más notables burgueses de la ciudad.

Cuando se supo que los turcos habían tomado á Constantinopla, el papa Nicolás V creyó que nadie se hallaba en situación tan ventajosa como el duque de Borgoña para ponerse al frente de una cruzada que detuviese á los infieles, prestos á invadir la Europa. Un caballero fué á verlo en Lille, de parte del Padre Santo, y el duque Felipe lo recibió allí con grandes honores, pues deseaba dar gran brillo á una empresa cuyo jefe se proponía ser.

Felipe creyó que la mejor manera de arrastrar á los señores, á los nobles y á todos los vasallos de sus Estados que quisieran seguirlo, era dar una gran fiesta y recibir en ella las adhesiones de todos los gentiles hombres en pleno festín. Juan de Launoy, Juan Beudant y Oliverio de la Marche se unieron al

duque para disponer aquella maravillosa ceremonia, cuyos preparativos duraron más de tres meses.

En el día señalado, después de magnífico torneo, los invitados se dirigieron á la sala del banquete, donde se hallaban preparadas tres mesas resplandecientes, cubiertas con los más bellos adornos que era posible imaginar. Al final de la comida apareció de repente el rey de armas, llevando un faisán vivo adornado con un collar de oro y piedras preciosas. Hizo al duque una profunda reverencia y le dijo que la antigua costumbre de los grandes festines era ofrecer á los príncipes y señores algún ave noble para hacer un voto, y que se presentaba en nombre de las damas y caballeros á entregarle el faisán como homenaje á su valor.

Felipe, que de ordinario vestía de negro, se había puesto de negro y gris ese día, ostentando joyas cuyo valor se calculaba en más de un millón de escudos. Levantóse y dijo en voz alta: « Hago voto, á Dios primeramente, luego á la gloriosísima Virgen María, á las damas y al faisán, de exponer mi vida en defensa de la fe cristiana, y para resistir á la condenable empresa del Gran Turco y de los infieles. »

Ese voto, que se ha llamado del faisán, fué repetido por el duque de Cleves, el conde de Saint-Pol, el señor de Charolais, el conde de Etampes y todos los señores presentes al banquete. Además, añadieron en su mayor parte un compromiso particular á su voto para hacer más pronto y seguro su cumplimiento. Así, el señor del Pont prometió no acostarse los sábados, Felipe Pot no sentarse á la mesa los martes, el señor de Hennequin no comer los viernes nada que hubiese tenido vida, hasta haber tomado las armas contra el Gran Turco y haberle arrebatado su estandarte.

Pero los tiempos de Godofredo de Bouillón habían pasado. Ya no era únicamente la fe la que inspiraba esas generosas resoluciones. Á la vez que manifestaban mucho ardor, cada uno puso á su voto una restricción, diciendo « que partirían así que sus asuntos particulares se lo permitiesen, ó cuando el rey les hubiera dado permiso de hacerlo. » El interés era superior á la fe, el cálculo á los sentimientos religiosos. Todos

salieron de esa reunión llenos de entusiasmo, pero algunos meses más tarde se había calmado aquel fervor. Y como surgieran nuevas disensiones, cada cual corrió á donde su ambición lo llamaba, y no hubo nadie para marchar contra Mahomet II y procurar poner término á sus conquistas.

Fin del reinado de Carlos VII (1452-1461). —

Carlos VII acababa de triunfar definitivamente de los ingleses y de expulsarlos de su reino, y sólo pensaba en hacer respetar su poder dentro del reino y en adquirir influencia fuera de él. Así fué que hizo comprender á los señores que su tiránica y arbitraria autoridad tocaba á su término, juzgando severamente al bastardo de Borbón, al señor de l'Espare y al duque de Alencón. Para agrandar su prestigio entre las naciones extranjeras, renovó su alianza con los suizos, se unió con el rey de Dinamarca, Cristián I, que se comprometía á suministrarle barcos en caso de guerra con Inglaterra y prometió su hija Magdalena de Francia á Ladislao, rey de Hungría y de Bohemia.

El delfín Luis causaba al rey bastante inquietud, por lo cual, queriendo dar ocupación á su espíritu agitado y turbulento, lo envió á su patrimonio, el Delfinado, para que allí pudiese, según el cronista, «sutilizar día y noche ciertos pensamientos, que se manifestaban de pronto por extraña manera.» Y tanto hizo efectivamente, que acabó trastornando del todo el país. Púsose en relaciones con el duque de Alencón y con el de Borgoña, é intrigó por todas partes y medios, con objeto de apoderarse de la autoridad. Carlos VII quiso mostrar rigor, y mandó un fuerte ejército á la frontera del Delfinado, con lo cual su hijo no tuvo más recurso que huir, marchando á la corte del duque de Borgoña, donde lo acogieron perfectamente. Al saberlo, Carlos VII se contentó con decir, hablando de Felipe el Bueno: «Ha recibido en su casa un raposo que se comerá sus gallinas.»

Sin embargo, la presencia de Luis en aquella provincia no dejaba de inquietar al monarca, que no sabía si privarlo de su derecho á la corona para darlo á su hijo segundo. En esas vacilaciones estaba cuando lo atacó una fuerte calentura, que causó su muerte el

22 de julio de 1461. La conducta de ese rey merece ciertamente bastante reproches y su carácter tenía muchos defectos; pero si no careció de debilidades, al menos supo escoger bien los hombres y utilizarlos según lo que podían dar de sí. Hizo poco por sí mismo, y mucho por medio de los demás. A su advenimiento halló arruinada la Francia; al morir la dejaba poderosa y fuerte en Europa, en medio de pueblos debilitados.

Resumen de este capítulo. — Este capítulo trata de las instituciones de Carlos VII y traza un cuadro de las costumbres de la época y de la nueva caballería.

I. La grandeza del reinado de Carlos VII consiste en las victorias que obtuvo contra los ingleses, y que le permitieron expulsarlos de Francia; pero no menos célebre lo ha hecho el tino de su administración.

De ese modo curó las heridas que tan largas guerras habían causado á su país, y afirmó el porvenir de la Francia y de la monarquía gracias á la creación de un ejército permanente y al establecimiento del impuesto perpetuo. Esas dos medidas pusieron al servicio de la nación una fuerza constante, que le permitió hacer respetar su independencia dentro y fuera de sus límites. En medio de la anarquía producida por el gran cisma, procuró reglamentar las relaciones de la Iglesia con el Estado por medio de la Pragmática sanción de Bourges, pero el problema quedó en pie, hasta que lo resolvió el concordato pactado entre Francisco I y la Santa Sede.

II. La guerra de Cien años tuvo por consecuencia despoblar las ciudades y los campos, llevando tras de sí el hambre y la peste. Esas calamidades produjeron horribles desórdenes, y si se compara el modo de vivir de entonces con el de hoy, se asombra el ánimo ante la enorme diferencia que ese parangón presenta. El hombre más pobre del pueblo tiene hoy mejor vestido y alimentado que lo estaba entonces el más rico burgués. En esos desastres desapareció la antigua nobleza, y el feudalismo recibió herida mortal con las reformas de Carlos VII. Pero entonces se formó una nueva nobleza, la de los príncipes de la sangre, que los reyes formaron mediante la concesión de los infantazgos. La monarquía se halló rodeada de casas poderosas, las de Borgoña, de Orleans, de Borbón, de Anjou, contra las cuales veremos á Luis XI empleando todos sus recursos. La más importante, la de Borgoña, oscurecía al rey por su fausto y magnificencia. Pero en esa corte tan lujosa, no se hallaba el espíritu de fe que animara la edad media. Cuando los turcos tomaron á Constantinopla, el papa Nicolás V hizo un llamamiento á esa nueva caballería. Diéronse fiestas para excitarla á alistarse bajo el estandarte sagrado, y se hacen votos de marchar contra los infieles; pero esas manifestaciones resultan en definitiva estériles. Carlos VII se absorbe en las reformas administrativas, cuya necesidad para reparar las fuerzas de su reino comprende, y no intenta en adelante ninguna empresa.

CAPÍTULO XIV

GUERRA DE LOS HUSSITAS. FIN DEL GRAN CISMA DE OCCIDENTE.

Ese período fué una época de decadencia para la Iglesia y el papado. Los dos poderes que habían servido de base y sostén á la sociedad durante la edad media, se debilitan, indicando así que va á inaugurarse nueva era. La lucha de los emperadores de Alemania contra los soberanos pontifices no tiene más resultado que alimentar un cisma que prepara las vías al protestantismo sembrando en los espíritus ideas de independencia. El gran cisma de Occidente enseña al mismo tiempo á los pueblos á no preocuparse de los anatemas de los papas, y priva así á la autoridad de los sucesores de San Pedro de parte de su influencia. La dignidad imperial pierde también todo su prestigio. Despojada por Carlos IV de sus feudos y de sus tesoros, deshonrada por la indolencia y cobardía de Wenceslao, sólo es en manos de Federico III vano título puramente nominal. Maximiliano fundó con sus enlaces la grandeza futura de su casa, y preparó el papel que ésta debe desempeñar en los tiempos modernos.

§ I. — *Fin del gran cisma (1417).*

Desórdenes producidos por el gran cisma. Concilio de Pisa (1409). — Ya hacía unos treinta años que el gran cisma excitaba turbulencias muy graves en Occidente. Gregorio XII reinaba en Roma y Benedicto XIII en Aviñón. En vano se intentaron todos los medios imaginables para obtener una reconciliación de los dos partidos. Los cardenales de ambas obediencias, cansados de vivir en la división y la anarquía, resolvieron reunirse en concilio. Efectuáronlo así en Pisa, citaron á los dos papas, y como éstos se negasen á comparecer, los destituyeron, dando la tiara al anciano arzobispo de Milán, que reinó bajo el nombre de Alejandro V. Benedicto XIII y Gregorio XII no se sometieron á las decisiones del concilio, sino que se obstinaron en su resistencia y conservaron parte de sus fieles. Castilla, Aragón y Escocia permanecieron al lado de Benedicto XIII; Roberto de Baviera, el rey Ladislao y algunas ciudades de Italia siguieron apoyando á Gregorio XII; el resto de la cristiandad permaneció neutral ó aceptó á Alejandro V. De ese modo, en vez de dos papas, hubo tres. Alejandro V no sobre

vivió más que diez meses á su elección, y durante ellos siguió en todo los consejos de Baltazar Cossa, que le sucedió con el nombre de Juan XXIII. Ese pontífice, extremadamente hábil, logró volver á Roma (1410). Desterrólo de allí Ladislao, pero recurrió al emperador Sigismundo, con el cual tuvo numerosas entrevistas que produjeron la convocatoria del concilio de Constanza (1414).

De la Alemania durante ese primer periodo del gran cisma (1378-1414). — Carlos IV había tenido por sucesor á su hijo Wenceslao, príncipe sin vigor ni firmeza. Mientras la Iglesia era atormentada por el cisma y sus desórdenes, dejó al imperio presa de la más vergonzosa disolución. Habiendo renunciado á todos sus derechos sobre Italia, y no ejerciendo influencia directa alguna sobre Alemania, se formaron por todas partes confederaciones con objeto de mantener en el país la paz interior. Así, los prelados y señores de Brandeburgo, de Sajonia y de Mecklenburgo, formaron entre ellos la *paz de Brandeburgo*, los señores y las ciudades del norte y del centro de Alemania concluyeron la *paz de Turingia* y la *paz de Westfalia*. Las ciudades de Suavia opusieron á la liga de los señores, llamada la *Sociedad del León de oro*, una asociación que tomó el nombre de *paz de Zähringen* (1382). También hubo las confederaciones de los *Cuernos*, del *Halcón*, de la *Estrella de San Guillermo*, de *San Jorge*, etc., que tomaron como modelo la del *León de oro*. Con Wenceslao no contaban para nada, y ése no intervenía en los asuntos del Imperio sino para ejercer autoridad tiránica. Al fin el descontento fué universal y extraordinario. Divulgáronse mil historias sobre sus vicios, y al divulgarlas las exageraron. Entonces los electores se reunieron y lo declararon desposeído del trono (1400).

Roberto de Baviera, su sucesor, fracasó en todas sus empresas, procurando en vano restaurar su autoridad imperial en Italia; su derrota á orillas del lago de Garda le enseñó que ese país estaba perdido definitivamente para él y sus sucesores. Ni siquiera pudo sostener con dignidad su poder en Alemania. Los señores se reunieron y formaron ligas sin su permiso,

y tuvo que reconocerles el derecho de hacerlo así. Después trató de restablecer la paz y la tranquilidad en la Iglesia, pero murió de repente sin haberlo conseguido (1410). Su heredero, Segismundo, hermano de Wenceslao, fué más dichoso. Al efectuarse su advenimiento, Alemania, dividida en tres partidos, reconocía otros tantos emperadores. Unos habían llamado de nuevo á Wenceslao, otros estaban por Josse de Moravia, y la mayor parte apoyaba á Segismundo. La muerte de Josse puso término á esa división. Olvidóse al cobarde Wenceslao, y todos los sufragios convergieron en Segismundo, ya rey de Hungría y elector de Brandeburgo (1410). Entonces ese príncipe se entendió con Juan XXIII para devolver la paz á la Iglesia.

Concilio de Constanza. Segismundo (1414-1417). — Para restablecer el orden en el imperio, era necesario lograr primeramente que cesara el cisma, causa de anarquía en la Iglesia. Segismundo lo comprendió é hizo cuanto pudo para decidir á Juan XXIII á convocar un concilio general. Constanza fué el punto elegido para la reunión de aquella grande asamblea. Tres patriarcas, veintidós cardenales, veinte arzobispos, noventa y dos obispos, ciento veinticuatro abades, ciento ochenta sacerdotes, multitud de doctores y más de mil seiscientos príncipes, señores, condes y caballeros, acudieron á él con numeroso séquito. El papa abrió el concilio en 5 de noviembre de 1414. Después de las disposiciones preliminares que tendían á regularizar la marcha de la asamblea, Juan XXIII dió su dimisión en bien de la paz; pero como luego la retirara, fué depuesto y condenado por el concilio. Gregorio XII abdicó, pero el obstinado Benedicto XIII persistió en su tenaz resistencia. Los padres de Constanza lo depusieron igualmente, eligiendo por unanimidad á Martín V. Esa elección puso fin al cisma y devolvió por algún tiempo la paz á la Iglesia.

§ II. — Guerra de los Hussitas.

Errores de Juan Huss. — Juan Huss, rector de la universidad de Praga, había adoptado los errores de Wicklef, añadiendo la necesidad de comulgar bajo

las dos especies. Esa secta tuvo numerosos partidarios. El arzobispo de Praga y el papa Juan XXIII trataron de estorbar su crecimiento; pero todos esos esfuerzos fueron inútiles, y Juan Huss continuó extendiendo su herejía por ciudades y aldeas, seguido de innumerables gentes del pueblo, que lo escuchaban con extremada simpatía. Así estaban las cosas cuando se celebró el concilio de Constanza.

Condenación de Juan Huss. — Juan Huss se presentó en persona á defender su doctrina. Antes de partir había hecho fijar en las puertas de las iglesias de Praga carteles donde manifestaba hallarse dispuesto á ser juzgado y á sufrir las penas impuestas á los herejes, si podían convencerlo de un solo error contra la fe. Después de esa declaración, el emperador Segismundo le había dado un salvoconducto, no para ponerlo á cubierto de un castigo á que se sometía personalmente, sino para que estuviese seguro en el viaje, y para facilitarle los medios de justificarse si había sido calumniado, como lo afirmaba. El concilio oyó atentamente á Juan Huss, examinó sus libros y condenó su doctrina. Habiéndose negado el heresiarca á someterse, se trató de ablandar su obstinación para sustraerlo al suplicio que lo amenazaba; pero persistió en su error, y entonces el concilio, después de haberlo degradado, lo entregó al brazo secular. Aplicósele la pena que las leyes de la época dictaban contra los herejes, y en consecuencia fué quemado vivo (1415). Poco después mereció y sufrió el mismo suplicio Jerónimo de Praga, su discípulo y amigo.

Guerra de los Hussitas (1419-1434). — La condenación y suplicio de Juan Huss y de Jerónimo de Praga exasperaron á sus partidarios, que se sublevaron al mando del fanático Juan Ziska, precipitándose sobre el ayuntamiento de Praga donde dieron muerte á todos los magistrados católicos. Luego se extendieron por toda la Bohemia saqueando los conventos, incendiando las iglesias y martirizando á los sacerdotes. Wenceslao murió de espanto al ver eso. Segismundo, que recogió su corona, envió sucesivamente contra esos furiosos cuatro ejércitos, que fueron destrozados (1420-1431). Durante ese intervalo, la peste

se llevó al feroz Ziska, que no se avergonzó de ordenar en su lecho de muerte que hicieran con su piel un tambor, para avivar aún más el fuego de los combates (1424). Tomaron por jefe á Procopio, que los llevó á devastar la Misnia, la Sajonia, el Brandeburgo, la Franconia, la Baviera y el Austria. La guerra que los hussitas hacían era realmente de exterminio. Llamábanse elegidos del Señor. La montaña en que vivían era el Tabor, y es de ahí que se apellidaran *taboritas*. Los pueblos que los rodeaban eran los *filisteos*, los *idumeos* y los *moabitas*, condenados al anatema. Tenían por dogma que el reinado de Dios empezaría cuando todas las ciudades de la tierra fueran incendiadas, quedando reducidas sólo á cinco. Así es que todo lo quemaban y destruían, como si con esos actos de bandolerismo hubieran ejecutado la voluntad del cielo.

Concilio de Basilea (1431-1449). — Segismundo estaba desesperado, y no vió otro medio de someter á esos sanguinarios é indomables herejes más que apoyándose en la autoridad de la Iglesia. En consecuencia, sostuvo al concilio de Basilea en sus débiles comienzos, y cuando vió reunidos en él número imponente de miembros, citó á los hussitas ante esa augusta asamblea (1434). Procopio se presentó en ella con algunos de sus partidarios. El aspecto y los discursos del secretario helaron de terror á los padres del concilio. No hubo manera de entenderse, pero se mandaron á Bohemia diputados que tuvieron la suerte de reconciliar á una parte de esos herejes (*los calixtinos*) con la Iglesia, permitiéndoles la comunión bajo las dos especies. Los otros no fueron bastante fuertes para resistir: Procopio y sus *taboritas* quedaron vencidos en la batalla decisiva de *Backmischbrod* (1434). Así que obtuvo esa victoria, Segismundo trabajó activamente en dar prestigio á su autoridad en Bohemia, por cuyo rey fué reconocido en la pacificación de *Iglau*, que se efectuó dos años más tarde (1436).

Dificultades entre el papa y el concilio de Basilea (1431-1449). — Martín V había disuelto el concilio de Constanza sin haber dado satisfacción á todas sus peticiones; y convocó el de Basilea, para ter-

minar las reformas que habían sido principiadas, pero murió antes de que se reuniera.

Su sucesor Eugenio IV, notó desde el principio que en los obispos existía cierto espíritu de hostilidad contra Roma. Queriendo prevenir nuevas divisiones, retractó sus bulas de convocatoria y transfirió á otro punto el concilio. Los obispos resistieron á sus órdenes, declararon que el concilio era superior al papa, dictaron decretos de reforma contra la corte romana, se apoderaron de las anatas, privaron al sumo pontífice de parte de sus prerrogativas, y pretendieron que éste no tenía el derecho de disolver, reunir y transferir un concilio ecuménico. Este asunto, ya tan envenenado, se complicó aún más por causa de las relaciones de la Iglesia latina con la Griega. Juan Paleólogo II deseaba la reunión de las dos Iglesias. El concilio de Basilea ambicionaba la gloria de llevar á cabo dicha reconciliación; pero los griegos prefirieron tratar con el papa. Así pues, Eugenio IV transfirió á Ferrara el concilio de Basilea (1438).

Los Padres reunidos se negaron á obedecer, y consumaron de ese modo su cisma. Los restantes obispos aceptaron lo dispuesto por el papa, encaminándose á Ferrara. Durante varias sesiones fueron discutidos los puntos de doctrina en que los griegos se alejaban de los latinos. Sin embargo, la reconciliación no se llevó á cabo en esa ciudad. El papa transfirió el concilio á Florencia, y allí se unieron solemnemente las dos Iglesias (1440), protestando de que tenían la misma fe, el mismo culto y los mismos sacramentos. Entonces los Padres cismáticos de Basilea no guardaron ya ningún respeto para con Eugenio IV; depusieronlo y crearon un antipapa en la persona de Amadeo, duque de Saboya, á quien llamaron Félix V (1440).

De la conducta de los emperadores durante esas querellas (1438-1452). — Segismundo había favorecido, según ya se ha dicho, los comienzos del concilio de Basilea, para servirse de él contra los hussitas. Alberto II de Austria, su sucesor (1438) aceptó en 1439, en una asamblea celebrada en Maguncia, los principales acuerdos de dicho concilio. Pero no reinó más que dos años, y murió sin haber hecho nada nota-

ble (1440). Su sucesor y pariente, Federico III, que era príncipe pacífico, animado de los mejores deseos, resolvió llevar de nuevo á la unidad á los obispos disidentes de Basilea, poniendo término á aquel escandaloso cisma. Al efecto se puso en relaciones con Nicolás V, que había sucedido á Eugenio IV (1447) y pactó con ese pontífice el *concordato germánico*, que viene á ser un tratado de paz entre la Santa Sede y el imperio. En esas coyunturas, como Felix V abdicase, el concilio, que se vió abandonado así por todas las potencias, se sometió al jefe de la Iglesia universal, y con ello quedó terminado el nuevo cisma (1449). Federico III, que tenía gran deseo de recibir la corona imperial, pasó luego á Italia donde lo coronó emperador Nicolás V (1532).

Estado de Alemania bajo Federico III. Anarquía y desorden en el imperio. — Federico III fué el último emperador de Alemania que el sumo pontífice coronara. En la edad media, el emperador poseía el primer puesto en la jerarquía feudal, extendiendo su autoridad protectora sobre los reyes, y recibiendo con motivo el título de *soberano de la cristiandad*. Pero á principios de la edad moderna, ese calificativo no es más que un nombre vano, á parte de que su poseedor, Federico, carecía del vigor y energía necesarias para recuperar la antigua influencia imperial. Lejos de ejercer acción sobre las restantes naciones, ni siquiera logró hacerse obedecer y respetar en sus propios Estados.

Durante su reinado fué Alemania presa de la más deplorable anarquía. Interiormente la trastornaban las querellas de sus arzobispos, de sus electores y señores, mientras que en lo exterior devastaban los turcos sus fronteras, disponiéndose á invadirla. Es verdad que se reunían dietas; pero esas asambleas deliberantes perdían su tiempo en tomar resoluciones que nunca eran ejecutadas. En todas ellas se hablaba de reclutar ejércitos y marchar contra los turcos, y sin embargo no se equipaba ni un solo soldado. La escasa vida que aun quedaba en el seno de ese vasto imperio no se manifestaba más que por revoluciones y guerras intestinas.

Federico el Victorioso, que era conde Palatino, y Luis, duque de Baviera, se negaron á reconocer la autoridad del emperador y se hicieron en cierto modo independientes en sus Estados. Federico III no tuvo mayor fortuna en sus posesiones hereditarias. Su hermano Alberto tomó las armas contra él y lo obligó á cederle Viena y la Baja Austria. Felizmente para Federico, aquel príncipe murió al año siguiente (1463), y el soberano pudo disfrutar en paz sus Estados durante diez años (1463 á 1473).

Entonces procuró aliarse con Carlos el Temerario, y Europa tuvo por un instante fija la mirada en esos dos príncipes; pero después de una corta entrevista en Treves, se separaron descontentos uno de otro (1473). Sin embargo, esa tentativa facilitó el matrimonio de Maximiliano, hijo de Federico III, con María, única heredera del duque de Borgoña.

Casamiento de Maximiliano con María de Borgoña (1477). — Ese enlace fué gran fortuna para la casa de Austria que desde entonces pudo rivalizar con Francia, y dominar por su propio poder á los restantes miembros del cuerpo germánico. Pero Maximiliano no disfrutó inmediatamente de esas ventajas.

Su mujer murió en 1482, y aquél se vió en grandes apuros para reinar en nombre de su hijo Felipe sobre los Estados que Margarita le legara. Las ciudades de Gante y de Brujas se rebelaron contra él varias veces, y su padre no pudo enviarle casi ningún socorro.

Triste fin de Federico III (1477-1493). — Federico tenía efectivamente mucho que hacer en sus propios Estados. Necesitaba defenderse contra los turcos, que en sus incursiones penetraron hasta la Carintia y la Carniola, y contra Matías Corvino, rey de Hungría. Primeramente había dado á este príncipe la investidura de la Bohemia, excitándolo á la guerra contra Jorge Podiebrad, que favorecía á los hussitas. Al morir Podiebrad, Federico suscitó un competidor á Matías en la persona de Wladislao, hijo de Casimiro, rey de Polonia, por temor á que no llegase aquél á ser demasiado poderoso (1477). Irritado, Matías marchó contra el emperador infiel á su palabra. Éste, abandonado por el imperio, tuvo que cederle Viena con parte

de Austria, y mientras Matias vivió no pudo recuperar sus derechos. Sólo después de su muerte recobró Maximiliano ese país asegurándose su sucesión por la paz de Presburgo (1496). Disgustado Federico por tantos reveses, se retiró enteramente de los negocios públicos. Fijóse en Linz, cultivó un magnífico jardín, y pasó los últimos años de su vida consagrado al estudio de las artes, las ciencias y las letras.

Elevación de la casa de Austria bajo Maximiliano I (1493-1519). — El reinado de Maximiliano fué muy brillante. Por sus enlaces y los de sus hijos fundó el poder de la casa de Austria. María, heredera del duque de Borgoña, le dió los Países Bajos (1477), y de Blanca María, sobrina de Ludovico Sforza el Moro, recibió parte de la Alta Italia (1494). Su hijo, Felipe el Hermoso, soberano de los Países Bajos, se casó con Juana la Loca, heredera de España (1506); aumentó de ese modo los países sobre que reinaba la casa de Austria con España, Nápoles y el nuevo mundo (1516), mientras llegaba el momento en que Felipe II agregara á eso Portugal y las Indias orientales (1581). Finalmente, en cumplimiento de un tratado hecho en 1515, uno de sus nietos se casó con la hermana del rey de Hungría y de Bohemia, con lo cual quedaron esas dos coronas más en la misma familia (1526). Maximiliano se enriqueció con herencias á la vez que engrandecía á su familia á fuerza de enlaces. De esa manera obtuvo el Tyrol (1496), Goritz (1500) y una parte de Baviera (1505).

Esfuerzos realizados por Maximiliano. — Alemania debió mucho á los talentos administrativos de ese príncipe. Él fué quien provocó la división de todo el país en círculos. Formáronse primeramente seis, los de Baviera, de Suavia, de Franconia, del Rhin, de Westfalia y de la baja Sajonia (1500). Luego creó la dieta de Treves cuatro más; el círculo electoral del Rhin, que comprendía cuatro electorados; el círculo de la alta Sajonia, que contenía la Sajonia y el Brandeburgo; el círculo de Austria y el de Borgoña (1512). Esas divisiones permitieron ordenar mejor la administración general de todos los Estados, é hicieron más fácil la represión de las turbulencias ocasionadas por las guerras civiles.

Sin duda Federico III había tratado ya de poner término á esos desórdenes; pero no logró hacer respetar sus voluntades. Maximiliano, más firme y poderoso, renovó el edicto de su padre con el título de *Paz pública y perpetua*, y trabajó con mayor eficacia para hacerlo ejecutar. En adelante dejó de ser permitido hacerse justicia á sí propio por medio de las armas. También decretó que los Estados no podrían declararse ninguna guerra, ni lanzarse reto alguno, sin sufrir multa de 2.000 marcos de oro, y las censuras del imperio. Antes de eso había sido creada por las dietas la *cámara imperial*, para decidir en las querellas que surgiesen entre las potencias rivales.

Esa cámara era permanente y se componía de un justicia mayor salido del cuerpo de los Estados, de ocho consejeros del orden ecuestre y de ocho doctores en derecho (1495). Maximiliano, que veía con celos ese tribunal supremo é independiente, organizó el *consejo áulico*, para hacerle contrapeso (1501). Al principio este tribunal no tuvo jurisdicción sino en los Estados hereditarios del emperador; pero luego le fué permitido conocer de las causas que eran de la incumbencia de la *cámara imperial*, y pronto tuvo autoridad superior á la de ésta.

Fracasos de la política exterior de Maximiliano. — Maximiliano no logró con todas esas medidas restablecer completamente el orden en el seno del imperio, pero sí pudo reprimir multitud de abusos, y su reinado fué notable sobre todo por la saludable influencia que ejerció en los asuntos interiores de Alemania. Sin embargo, en la política exterior no tuvo la misma gloria ni análoga fortuna. Emprendió torpemente una guerra contra la independencia de los cantones suizos, é intervino en las guerras de Italia sin sacar de ahí ventaja alguna. Primeramente se declaró contra Francia, y ayudó á arrojar de la Península á Carlos VIII (1496), y luego se alió con Luis XII contra los venecianos (1508). Después de la batalla de Agnadel abandonó el partido de la Francia para entrar en la santa liga. Su ejército ganó sobre los franceses la brillante victoria de Guinegate (1513), pero Maximiliano no supo aprovecharla, y terminó su carrera militar

con un fracaso, levantando vergonzosamente el sitio de Milán, de cuya ciudad había querido apoderarse (1516) (1).

Resumen de este capítulo. — Este capítulo contiene el relato de dos grandes acontecimientos: el fin del cisma, y la elevación de la casa de Austria, que tan gran papel desempeña en los tiempos modernos.

I. El gran cisma continuaba alimentando en Occidente los mayores desórdenes. Benedicto XIII reina en Aviñón, Gregorio XII en Roma. La cristiandad se halla dividida en esos dos partidos: reúnese en Pisa un concilio (1409), depone á los dos papas, y da la tiara á Alejandro V, que luego tuvo por sucesor á Juan XXIII (1410). Durante ese tiempo, Alemania es presa de la anarquía. A Carlos IV le sucede su hijo Wenceslao, que los señores destituyen para nombrar á Roberto de Baviera (1400). Ese príncipe fracasa en todas sus empresas, y después de un reinado de diez años deja el trono á Segismundo, hermano de Wenceslao (1410). Juan XXIII y Segismundo se ponen de acuerdo para la convocatoria de un concilio en Constanza. Ese concilio da fin al cisma con la elección de Martín V, y condena á Juan Huss y Jerónimo de Praga (1417).

II. La condenación de esos sectarios no impide el desarrollo de sus doctrinas. Sus partidarios nombran jefes y asolan una parte de Alemania. Reúnese en Basilea un concilio, y logra reconciliar con la Iglesia á parte de esos herejes; los más tenaces fueron vencidos por Segismundo en la batalla decisiva que les dió en Bakmischbrod (1434). Ese concilio entra en lucha con el papa, que lo disuelve y nombra otro en Ferrara y luego en Florencia. En este último concilio se efectuó la reconciliación de la Iglesia Griega con la Latina (1440). Federico III emplea toda su influencia para restablecer la unidad que los padres cismáticos del concilio de Basilea habían quebrantado, y pactó con el papa Nicolás V el concordato germánico. Federico fué el último emperador coronado por el sumo pontífice. Bajo el reinado de ese príncipe (1422-1493), Alemania fué presa de la más deplorable anarquía. El Palatinado y la Baviera fueron turbados por la guerra civil, y Federico III vió estallar sediciones aun en sus Estados hereditarios, llegando hasta tener que abandonar á su hermano Viena con la Baja Austria (1463). Su alianza con el duque de Borgoña tuvo por lo menos la ventaja de ser causa del casamiento de su hijo Maximiliano con María, heredera del duque (1473). Ese suceso no impidió sin embargo que Federico III fuera infortunado durante los últimos años de su vida. Su hijo Maximiliano preparó el engrandecimiento de la casa de Austria con sus enlaces y alianzas. Por su matrimonio con María de Borgoña (1477) recibió los Países-Bajos, y por su enlace con Blanca María, sobrina de Ludovico Sforza *el Moro*, parte de la Alta Italia (1494). Además, heredó el Tyrol (1496), Goritz (1500) y

(1) SUCESIÓN IMPERIAL: Wenceslao (1378-1400), Roberto de Baviera (1400-1410), Segismundo (1410-1437), Alberto II de Austria (1438-1440), Federico III (1440-1493), Maximiliano (1493-1516).

parte de la Baviera (1508). Dividió la Alemania en círculos, creó el *consejo dúplico*, y tomó medidas que remediaron bastantes abusos. Pero en sus relaciones con las potencias extranjeras no tuvo la misma suerte. Hallóse envuelta en las guerras que Francia llevó á cabo por entonces en Italia. Nada sacó de ahí. Murió en 1516.

CAPÍTULO XV.

DESMEMBRACIÓN DEL IMPERIO DE ORIENTE, ESLAVOS Y HÚNGAROS; LOS TURCOS EN EUROPA; LA MOSCOVIA, IVÁN III.

Los diversos reinos musulmanes que hemos visto surgir sucesivamente en Asia, amenazando con su férreo yugo al imperio cismático de Oriente, eran otras tantas advertencias dadas por Dios á ese pueblo culpable para hacerlo volver de sus errores. Así que hubo hecho rebosar la medida de sus faltas por su tenaz dureza, la Providencia suscitó nueva nación para derribarlo y destruirlo. Los elegidos para cumplir esa misión fueron los turcos otomanos, que conservaron la fuerza, la prudencia y el valor, hasta que hubieron desempeñado el papel que les estaba señalado. Nada pudo detener sus rápidos triunfos. El mismo Tamirlán, que turbó un instante su marcha conquistadora, pareció después no haber logrado sino inflamar su celo y su valor. Mas, así que Mahomet II se hubo apoderado de Constantinopla y de todos los países que obedecieran á los sucesores del gran Teodosio, sus esfuerzos fueron inútiles delante de Belgrado, donde pudo convencerse de que no le estaba dado ir más lejos. Bohemia, Hungría y los Estados eslavos fueron las barreras que encontró en sus conquistas el islamismo por la parte de Oriente. Los rusos empiezan á desarrollarse, hasta formar en los tiempos modernos la nación europea y asiática que los turcos deberán tener principalmente.

§ I. — De los turcos otomanos desde su origen hasta la invasión de Tamirlán (1228-1402).

Origen y establecimiento de los turcos (1228).

— Los turcos otomanos son una de las tribus de la región del Cáucaso que regeneraron el imperio del islamismo, sustituyendo á naciones decadentes y bastardeadas otros pueblos nuevos y vigorosos. Su primer jefe, Solimán, abandonó el Khorassán en tiempos de la gran invasión de los mongoles, para tratar de establecerse en Siria; pero murió con su caballo en uno de los remolinos del Eufrates. Entonces su tribu se dispersó; únicamente quedaron fieles á su hijo Erthogral

con un fracaso, levantando vergonzosamente el sitio de Milán, de cuya ciudad había querido apoderarse (1516) (1).

Resumen de este capítulo. — Este capítulo contiene el relato de dos grandes acontecimientos: el fin del cisma, y la elevación de la casa de Austria, que tan gran papel desempeña en los tiempos modernos.

I. El gran cisma continuaba alimentando en Occidente los mayores desórdenes. Benedicto XIII reina en Aviñón, Gregorio XII en Roma. La cristiandad se halla dividida en esos dos partidos: reúnese en Pisa un concilio (1409), depone á los dos papas, y da la tiara á Alejandro V, que luego tuvo por sucesor á Juan XXIII (1410). Durante ese tiempo, Alemania es presa de la anarquía. Á Carlos IV le sucede su hijo Wenceslao, que los señores destituyen para nombrar á Roberto de Baviera (1400). Ese príncipe fracasa en todas sus empresas, y después de un reinado de diez años deja el trono á Segismundo, hermano de Wenceslao (1410). Juan XXIII y Segismundo se ponen de acuerdo para la convocatoria de un concilio en Constanza. Ese concilio da fin al cisma con la elección de Martín V, y condena á Juan Huss y Jerónimo de Praga (1417).

II. La condenación de esos sectarios no impide el desarrollo de sus doctrinas. Sus partidarios nombran jefes y asolan una parte de Alemania. Reúnese en Basilea un concilio, y logra reconciliar con la Iglesia á parte de esos herejes; los más tenaces fueron vencidos por Segismundo en la batalla decisiva que les dió en Bakmischbrod (1434). Ese concilio entra en lucha con el papa, que lo disuelve y nombra otro en Ferrara y luego en Florencia. En este último concilio se efectuó la reconciliación de la Iglesia Griega con la Latina (1440). Federico III emplea toda su influencia para restablecer la unidad que los padres cismáticos del concilio de Basilea habían quebrantado, y pactó con el papa Nicolás V el concordato germánico. Federico fué el último emperador coronado por el sumo pontífice. Bajo el reinado de ese príncipe (1422-1493), Alemania fué presa de la más deplorable anarquía. El Palatinado y la Baviera fueron turbados por la guerra civil, y Federico III vió estallar sediciones aun en sus Estados hereditarios, llegando hasta tener que abandonar á su hermano Viena con la Baja Austria (1463). Su alianza con el duque de Borgoña tuvo por lo menos la ventaja de ser causa del casamiento de su hijo Maximiliano con María, heredera del duque (1473). Ese suceso no impidió sin embargo que Federico III fuera infortunado durante los últimos años de su vida. Su hijo Maximiliano preparó el engrandecimiento de la casa de Austria con sus enlaces y alianzas. Por su matrimonio con María de Borgoña (1477) recibió los Países-Bajos, y por su enlace con Blanca María, sobrina de Ludovico Sforza *el Moro*, parte de la Alta Italia (1494). Además, heredó el Tyrol (1496), Goritz (1500) y

(1) SUCESIÓN IMPERIAL: Wenceslao (1378-1400), Roberto de Baviera (1400-1410), Segismundo (1410-1437), Alberto II de Austria (1438-1440), Federico III (1440-1493), Maximiliano (1493-1516).

parte de la Baviera (1508). Dividió la Alemania en círculos, creó el *consejo dúplico*, y tomó medidas que remediaron bastantes abusos. Pero en sus relaciones con las potencias extranjeras no tuvo la misma suerte. Hallóse envuelta en las guerras que Francia llevó á cabo por entonces en Italia. Nada sacó de ahí. Murió en 1516.

CAPÍTULO XV.

DESMEMBRACIÓN DEL IMPERIO DE ORIENTE, ESLAVOS Y HÚNGAROS; LOS TURCOS EN EUROPA; LA MOSCOVIA, IVÁN III.

Los diversos reinos musulmanes que hemos visto surgir sucesivamente en Asia, amenazando con su férreo yugo al imperio cismático de Oriente, eran otras tantas advertencias dadas por Dios á ese pueblo culpable para hacerlo volver de sus errores. Así que hubo hecho rebosar la medida de sus faltas por su tenaz dureza, la Providencia suscitó nueva nación para derribarlo y destruirlo. Los elegidos para cumplir esa misión fueron los turcos otomanos, que conservaron la fuerza, la prudencia y el valor, hasta que hubieron desempeñado el papel que les estaba señalado. Nada pudo detener sus rápidos triunfos. El mismo Tamérlán, que turbó un instante su marcha conquistadora, pareció después no haber logrado sino inflamar su celo y su valor. Mas, así que Mahomet II se hubo apoderado de Constantinopla y de todos los países que obedecieran á los sucesores del gran Teodosio, sus esfuerzos fueron inútiles delante de Belgrado, donde pudo convencerse de que no le estaba dado ir más lejos. Bohemia, Hungría y los Estados eslavos fueron las barreras que encontró en sus conquistas el islamismo por la parte de Oriente. Los rusos empiezan á desarrollarse, hasta formar en los tiempos modernos la nación europea y asiática que los turcos deberán tener principalmente.

§ I. — De los turcos otomanos desde su origen hasta la invasión de Tamérlán (1228-1402).

Origen y establecimiento de los turcos (1228).

— Los turcos otomanos son una de las tribus de la región del Cáucaso que regeneraron el imperio del islamismo, sustituyendo á naciones decadentes y bastardeadas otros pueblos nuevos y vigorosos. Su primer jefe, Solimán, abandonó el Khorassán en tiempos de la gran invasión de los mongoles, para tratar de establecerse en Siria; pero murió con su caballo en uno de los remolinos del Eufrates. Entonces su tribu se dispersó; únicamente quedaron fieles á su hijo Erthogru

cuatrocientas familias que, guiadas por él, se dirigieron hacia Occidente. Llegadas que fueron al Asia Menor, hallaron á uno de los jefes de los turcos seldjucidas, el valeroso Alleddino, en lucha con los últimos restos del ejército de Gengis-Khan. Erthogrul se puso de parte de aquél y le dió la victoria, por cuyo hecho recibió en recompensa, para él y su tropa, la ciudad de Ancira y todas las regiones vecinas. En consecuencia, se estableció allí y, si bien no pensaron en más conquistas, esas hordas semierrantes conservaron sus costumbres nómadas, habitando durante el invierno las llanuras, acampando durante el verano en la cima de las montañas (1288).

Conquistas de los turcos (1299-1326). — Una vez que Erthogrul había pasado la noche entera leyendo el Corán, tuvo una visión y oyó una voz que le decía :

Como has leído con respeto mi palabra, tu bien amado hijo Osmán, sus hijos, y los hijos de sus hijos recibirán tributo de honores de generación en generación. La pretendida profecía se cumplió.

El célebre Osmán, sucesor de Erthogrul, despertó entre sus vasallos aquel fanatismo guerrero que valiera sus conquistas á los primeros discípulos de Mahoma. Contemplando sus sencillas y austeras costumbres, y viéndolo acompañado siempre por sus dervises y orando continuamente, hubiera podido tomársele por otro Omar. Invocando como éste el doble dogma de la predestinación y del fatalismo, impulsaba á sus soldados á las empresas más audaces. Habiendo muerto en Asia Menor el último de los soberanos seldjucidas, todos los emires se declararon independientes. Osman imitó ese ejemplo, pero no tardó, á fuerza de valor y energía, en dominarlos á todos, gracias al prestigio de su genio y de su poder. Por eso se le considera justamente como el fundador del imperio de los turcos, que han derivado de él la calificación de *otomanos*.

Orkhán y los janisarios (1326-1360). — Orkhán, el hijo de Osmán, había revelado sus talentos militares el mismo año en que murió su padre, con la conquista de Broussa (Prusa) en Bitinia (1326). Llegado al poder su-

premo, confió la administración interior de sus Estados á su hermano Allaeddino, nombrándolo gran visir. La institución que más honró al genio legislativo y organizador del hermano del sultán fué la de los *janisarios*; llamábase así á una milicia compuesta de niños cristianos, que eran arrebatados desde la edad más tierna á sus padres, para obligarlos á adoptar el islamismo, y en los cuales se procuraba destruir todos los afectos de familia, para reemplazarlos por simpatía y completa docilidad á sus jefes. Hechos á las fatigas á fuerza de privaciones y sufrimientos, llegaron á ser soldados intrépidos, capaces de afrontar todos los peligros por obedecer las órdenes de su señor. Allaeddino añadió á esas dóciles y fieles tropas un cuerpo de caballería que llamó *spahis*, y que se penetró de la misma pasión por los combates. Los otomanos lograron todos sus triunfos gracias á esos dos cuerpos de ejército permanentes. Orkhán, se apoderó de Nicomedia y de Nicea, después de aniquilar el ejército de Andrónico III (1328-1333). Su hijo Solimán tuvo la gloria de hacer salir de Asia á los turcos y de establecerlos en Europa. Ese soberano había visto en sueños una ancha cinta plateada que bajaba de la luna y unía al Asia con Europa, y tomando esa visión como símbolo de la futura grandeza de su nación, se apresuró á responder á tan magnífico presagio. Así, pues, en el primer fervor de sus grandes designios, se confió con veintinueve de sus compañeros á un débil esquife, y fué á clavar el estandarte del profeta en las riberas del Quersoneso de Tracia. Después de eso, aprovechó un terremoto para hacerse dueño de Gallípoli, llave del Helesponto, y todas las plazas fuertes de la costa (1359); Solimán murió poco después de esos triunfos, y su padre no le sobrevivió mucho tiempo (1360).

Murat ó Amurath I y el imperio griego de los Paleólogos. — Después del restablecimiento de los Paleólogos sobre el trono de Constantinopla, ese imperio había sido víctima de crueles disensiones; pero al fin halló en Juan Cantacuzeno un hombre valeroso y vigilante. Ese hábil general obtuvo sobre los turcos y los búlgaros varias brillantes victorias, conquistó el principado del Epiro y destruyó la flota mu-

zulmana (1337). Bajo Juan IV Paleólogo, Cantacuzeno compartió el poder supremo con ese príncipe, pero hizo olvidar los servicios que prestara al Estado por los males que le causó alimentando en su seno la guerra civil. Al fin, cansado del mundo y de sus pompas, Cantacuzeno se retiró á un monasterio (1335) y dejó que Juan IV resistiera á los turcos prestos á invadir sus Estados.

Ese príncipe, cuyas posesiones todas se limitaban á la Tracia, á la Macedonia, al Epiro y parte de la Grecia, no se hallaba en estado de resistir á tan terribles enemigos. Comprendiéndolo, envió á su hijo Manuel á Roma para enterar al soberano Pontífice de los peligros que corrían los cristianos de Oriente; pero Inocencio VI predicó inútilmente una cruzada; todas las potencias de Europa, absorbidas por sus intereses privados, dejaron al sultán Anurath I, hijo de Orkán, atravesar el Helesponto (1361). Ese príncipe empezó su conquista con la toma de Andrinópolis, donde fijó su residencia (1362). Algunas ciudades de Francia, Dorisco, Berrha y Filipópolis fueron los trofeos que ganaron sus armas al año siguiente (1363). Á la voz de Urbano V un ejército había salido de Servia, de Bosnia y de Valaquia, mandado por Luis I de Hungría: Amurath lo aniquiló á orillas del Marizza (1364). Desesperado, Juan Paleólogo fué en persona á Roma (1369), para solicitar socorros de Occidente; como no obtuvo nada, tuvo que declararse tributario de Amurath (1370). Entonces se puso á las órdenes del sultán, y lo siguió en sus expediciones por el Asia menor (1375). El pensamiento de Amurath era destruir todas las dominaciones independientes que la rodeaban. Así fué que atacó sucesivamente á los príncipes de Iconio y de Karamania, y los sometió (1386). Sus ejércitos quedaron igualmente victoriosos en Europa, desde el Helesponto hasta el Hemo. Sólo encontró resistencia en Servia, donde perecieron veinte mil otomanos. Sin perder ánimos se puso al frente de sus tropas para restaurar el honor de sus armas, y derrotó á sus enemigos en la jornada de Kossova. Pero algunos instantes después de su victoria murió á manos de un noble servio (1389).

Bayaceto I, Batalla de Nicópolis. — Bayaceto I,

sucedió á su padre Amurath. Manuel II, habiendo reemplazado por su parte á su padre Juan IV Paleólogo sobre el trono de Constantinopla, alimentaba el temerario intento de sacudir el odioso yugo de los musulmanes. Pero esa empresa presentaba insuperables dificultades, pues nunca habían tenido los turcos jefe más temible. Ya Bayaceto había subyugado todos los principados musulmanes del Asia Menor, había conquistado la Tesalia, la Macedonia, la Tracia, la Bulgaria, y esas rápidas campañas le habían valido el sobre nombre de *Ilderim* (el Rayo) (1389-1391). Al saber la resolución de Manuel, marchó derecho sobre Constantinopla. Atemorizado el emperador llamó en su ayuda el valor de los occidentales. Entonces Hungría, Francia y Alemania se conmovieron al predicarse una cruzada, y al fin se puso en marcha un ejército, mandado por el conde de Nevers, Juan sin Miedo y por el conde palatino Ruperto II, hallándose la vanguardia á las órdenes del rey de Hungría, Sigismundo: además, fortalecía á esas tropas la colaboración de los caballeros de San Juan y de los caballeros del orden teutónico. Los cruzados hallaron á los turcos cerca de Nicópolis (26 de septiembre de 1396). El ardoroso valor de Juan sin Miedo perdió á todo el ejército. Dejose envolver por las tropas de Bayaceto, y todo el brío de los franceses fué inútil. Su derrota sembró la confusión en el resto del ejército, y el sultán se apoderó de Servia y de Bulgaria, haciendo que Manuel asociara al poder supremo á Juan, hijo de Andrónico, y obligándolo á permitir que los turcos construyeran en Constantinopla una mezquita; además, envió á esa ciudad un *cadi* que juzgara á los musulmanes residentes en ella (1399). Como Manuel eludiera parte de esas promesas, Bayaceto bloqueó de nuevo á Constantinopla. Los griegos tenían aún vueltas al occidente sus miradas, cuando les llegó de Asia inesperado socorro: era el ejército de Tamerlán (1402).

§ II. — *Invasión de Tamerlán.*

De los mongoles antes de Tamerlán. — Los mongoles, partidos de regiones orientales de Asia, ha-

bían tenido por primer jefe á Gengis-Khan, que conquistó la China (1213), subyugó el imperio de los turcos Karismanos, y murió en medio de sus triunfos (1227). Su hijo Ostai atravesó el Volga, invadió la Rusia y la Polonia, é hizo temblar toda la Europa, mientras sus hordas asolaban la Siria y helaban de espanto al califa de Bagdad (1241). Su segundo sucesor Mangú fué no menos temible. Dividiendo en dos partes todas sus fuerzas, lanzó una contra el Asia occidental al mando de Hulagú, mientras las otras devastaban el Asia oriental, á las órdenes de Kublai.

Habiéndose desmembrado esas vastas posesiones, se formaron cuatro grandes imperios: 1.º la monarquía *tártaro-china*, que dominaba sobre toda la China y la Tartaria; fué luego reemplazada por la dinastía indígena de los *Ming*, que se estableció en China (1368), y por un nuevo imperio mongol que se extendió por el Alta Asia; 2.º la monarquía *persa*, que descendía de Hulagú, y que después de un siglo de existencia (1259-1355), se debilitó con sus guerras civiles, doblegándose ante el yugo de Tamerlán; 3.º el imperio de *Kaptshak*, que se extendía desde el mar Negro y el lago Azán al sur hasta el mar Blanco al Norte, y que estaba limitada por la Polonia al este, y por las estepas del Alta Asia al este; 4.º el imperio de *Tchagatai*, que englobaba la Bukaria y el Turkestán. De ahí es de donde salió el que debía restaurar en toda su extensión el gran imperio de Gengis-Khan, es decir, el invencible Tamerlán.

De Tamerlán y de sus conquistas (1363-1405). Timor-Lenc ó Tamerlán no tuvo por de pronto á sus órdenes más que el principado de Samarcanda (1364). Ese terrible conquistador, que se vió reducido un día á un solo caballo y á un solo camello, se engrandeció por la sencilla fuerza de su genio en los bosques de la Alta Asia, y agrupó á su alrededor, por el ascendiente de su mérito un poderoso ejército. Habiéndose hecho dar el nombre de soberano del Oriente y del Occidente, inauguró sus conquistas con la sumisión de todas las dinastías persas salidas del imperio de Hulagú (1390). Luego estableció á Toctamisch su aliado sobre el trono de Kaptshak, lo precipitó de él después (1391), subió

en dirección á los montes Urales, hizo resonar á oídos de los rusos consternados los cánticos de los esclavos que celebraban sus triunfos, se presentó en las cercanías de Moscow, y abandonó bruscamente la Europa para lanzarse sobre Asia (1395). Sus feroces soldados trastornaron la India entera, hasta los mismos orígenes del Ganges. Desde allí mandó embajadores á Bayaceto para ordenarle que tratara con justicia y clemencia á los pueblos que había domoñado. El sultán respondió á las órdenes del Mogol con una bravata y un insulto (1400), y eso encendió la guerra entre los dos conquistadores. Tamerlán cayó velozmente sobre el Asia Menor, llevándolo todo á fuego y sangre; la Anatolia y el Ponto fueron las primeras provincias que asoló (1400). Bajando luego hacia la parte de Siria, obtuvo brillantes victorias cerca de Alep y de Damasco, demolió á Bagdad, y levantó sobre el punto en que esa ciudad se hallaba una pirámide de noventa mil cabezas humanas. Después de ese horrible presagio, el inmortal asolador de provincias volvió sobre sus pasos y atacó á Bayaceto cerca de Ancira con sus ochocientos mil bárbaros (1402). La batalla fué terrible. Los turcos se dejaron envolver por las enormes alas del ejército de los mongoles, y á pesar del valor heroico de los janisarios, que murieron todos, Bayaceto cayó en manos de Tamerlán. Este desdeñó por de pronto á su cautivo, pero cuando notó su fiereza, lo estimó más, lo cargó de cadenas, y lo hizo marchar siguiendo á sus tropas, como el más glorioso de sus trofeos.

Consecuencia de la batalla de Ancira. — Tamerlán victorioso dictó leyes á todos los turcos de Asia, y obligó á los emperadores griegos á declararse tributarios suyos. Luego volvió á Samarcanda, su patria de origen, llevando consigo á su ilustre prisionero; pero Bayaceto murió de un ataque de apoplejía durante el viaje (1403). *Pertenecemos á Dios*, dijo Timour alsaberlo, *y á él volvemos*. No tardó efectivamente en hacerlo en persona. Habiendo reunido á su familia por última vez, hizo leer en una asamblea plenaria de Khanghuil una declaración de guerra contra China, única posesión de Gengis-Khan que le faltaba por conquistar. Y sin tardanza se puso en marcha, al frente de

doscientos mil hombres, para llevar á cabo esa gigantesca empresa; pero la muerte lo sorprendió en su camino. Su imperio, lo mismo que el de todos los grandes conquistadores, se desmembró después de su fallecimiento en multitud de reinos. El más importante de los restos de esa dominación fué el gran imperio de los mongoles del Indostán, que ha durado casi hasta nuestros días.

§ III. — Desde la invasión de Tamerlán hasta la toma de Constantinopla (1402-1453).

Estado de los turcos y de los griegos después de la invasión. — Constantinopla se había regocijado por las primeras victorias de Tamerlán; sin embargo, en vez de sacar nada de los triunfos del conquistador, tuvo que humillarse ante él y consentir en pagarle tributo. No había hecho, pues, más que cambiar de dueño. Pero, los turcos quedaron en extremo debilitados por las pérdidas que habían tenido. Después de vencerlos, Tamerlán se había complacido en sembrar entre ellos la discordia, dando un principado á cada hijo de Bayaceto. No tardó en estallar entre ellos la guerra civil. Mahomet, que reinaba en las regiones de la Alta Asia, hacia Amasia, venció á Isa, que se había establecido en Prusa. Obligólo á buscar un refugio en Karamania, y nunca se volvió á oír hablar de él. Solimán, que se había apoderado de las provincias de Europa, cayó bajo los golpes de Musa (1410), que por de pronto no tuviera parte alguna en la herencia de su padre. Musa y Mahomet, ambos manchados por un fratricidio, acabaron por luchar entre ellos. Musa fué vencido y muerto (1413). Después de esa guerra civil de diez años, que parecía no presagiar más que un reinado de barbarie y ferocidad, Mahomet I, convertido en califa único, se mostró suave, generoso, humano y aliado fiel. Cuando todo el imperio hubo reconocido su autoridad, envió mensajes de paz á los diversos príncipes. Sus provincias de Europa quedaron siempre sometidas á sus equitativas voluntades, pero Asia se rebeló. Los primeros chispazos del alzamiento partieron de la Karamania y actuaron sobre las provincias que pagaban tributo; por

tres veces sometió Mahomet al jefe de los sublevados, perdonándole otras tantas. Y de la misma generosidad usó con cuantos los atacaron. Como el emperador Manuel, de Constantinopla, con quien mantenía estrechas relaciones, sostuviera el partido de un aventurero que se hacía pasar por Mustafá, hermano mayor del sultán y que, con tal motivo, reivindicaba el poder supremo, Mahomet le pidió la extradición del culpable. Y habiéndosela negado Manuel, el sultán no manifestó ninguna indignación y hasta pagó una pensión de 300.000 aspres para el que se llamaba su hermano (1418). Mahomet murió un año después de ese acto de clemencia que en otras circunstancias podría ser calificado de cobardía y debilidad (1421).

Murató Amurath II (1421-1451). — Mahomet no dejó como heredero sino un hijo joven aún, cuya tutela confió á Manuel II, realzando así el honor de los príncipes de Constantinopla que parecía debilitarse cada vez más. Pero Amurath ó Murat no tenía el carácter pacífico de su padre, y se negó á dejar á sus correligionarios bajo la protección de un emperador cristiano. Ofendido Manuel, declaró libre á Mustafá y lo sostuvo en sus intrigas. El nuevo pretendiente obtuvo grandes triunfos, y por un instante Amurath creyó perdida su causa; pero la inacción é indolencia de su rival le permitieron rehacerse. Arrojólo de Gallipoli y de Andrinópolis, detuvo en el monte Togán, y lo hizo colgar en una torre. Luego, queriendo vengarse de Manuel, marchó contra Constantinopla y le puso sitio. La ciudad tuvo que sufrir terrible asalto. Las mujeres, los niños y los religiosos combatieron por su honor, su religión y su patria. Juan Paleólogo mandaba en nombre de su padre, postrado en su lecho de muerte, y nunca hubo resistencia más enérgica ni valerosa (1422). Al fin una rebelión que estalló en Asia bajo la advocación de Mustafá hizo que el implacable Amurath tuviera que levantar el sitio. No tardó en dominar la sublevación, mandando ahorcar de una higuera á su jefe. Desde allí marchó contra Tesalónica, donde habían establecido guarnición los venecianos, y la tomó por asalto (1429). Sus soldados cometieron en el saco tan horribles excesos que la ciudad hubiese preferido sin duda verse azotada por el

hambre, la peste ú ótra calamidad cualquiera. La Servia y la Bosnia cayeron también en poder de esos bandidos; pero todas sus fuerzas reunidas fracasaron delante de Belgrado (1442).

Hazañas del húngaro Hunyade (1442-1444). — Los húngaros tenían por general á un hombre de consumada habilidad y asombroso valor, el célebre Hunyade. Este recogió sus primeros lauros al pie de las murallas de Hermanstadt, en la Transilvania (1442), obligando á los turcos á levantar el sitio de esa ciudad. Amurath envió contra el valeroso guerrero otro ejército que fué completamente deshecho. Esas victorias extendieron por toda Europa la fama de Hunyade, que vió acudir á él los caballeros de las diversas naciones, ansiosos de la honra de distinguirse á sus órdenes. El legado del papa, Juliano Cesarini, y el rey de Hungría, Wladislao, se le unieron con gran número de cruzados, que le ayudaron á obtener nuevo triunfo en los campos de Jalowaz (1443). Esa gran derrota indujo al sultán á hacer la paz, después de hacer á los cristianos inmensas cesiones de territorio. Juráronla, Wladislao sobre el Evangelio, y Amurath sobre el Corán. El sultán, descontento del mundo por sus reveses, resolvió sumirse en la soledad, para gustar en ella, lejos de la agitación que producen los negocios públicos, todos los goces de la vida.

Reveses de Hunyade (1443-1447). — Al retirarse del mundo Amurath, Wladislao pensó que la ocasión era favorable para atacar á los infieles. Viendo que el trono estaba ocupado sólo por un niño, creyó ventajoso romper el pacto contraído; pero el cielo castigó su perjurio, y la victoria abandonó á Hunyade. Cuando Amurath supo en su retiro que el rey de Hungría había violado la fe jurada, abandonó su palacio, se puso al frente de los ejércitos musulmanes, y se presentó en las llanuras de Warna á obtener la más señalada victoria, en la cual perdió Wladislao la vida (1444). Así que libró al imperio turco del peligro que había corrido, Amurath abdicó por segunda vez, para entregarse á la vida regalada y voluptuosa en sus jardines de Magnesia. Pero los janisarios se rebelaron contra la juventud y la inexpe-

riencia de su hijo Mahomet, y lo llamaron de nuevo al trono. Amurath se presentó al pueblo en esas difíciles circunstancias, restableció el orden y castigó á los facciosos. Para ocupar á la turbulenta tropa que había causado esa sedición, llevó la guerra al Poleso, apoderándose en efecto de esa región. De allí pasó al Epiro, donde obtuvo nueva victoria sobre Hunyade (1447); pero si bien venció al héroe húngaro, también halló en el albanés Scanderberg un soldado intrépido, quetsupo hacerlo retroceder.

Hazañas de Scanderberg (1447-1450). — El padre de Scanderberg, Juan Castriot, señor de Ematia en el Epiro, lo había dado en rehenes, con sus otros tres hijos, al sultán Musa, cuando se declaró tributario suyo (1423). Scanderberg fué educado en el islamismo en la corte otomana, donde se captó la amistad y obtuvo la protección especial de Amurath por sus talentos y valor. Pero cuando tuvo noticia de las hazañas de Hunyade, lo invadió el remordimiento, y para responder al doble sentimiento de la religión y de la patria, desertó el campamento de los turcos y se refugió en las antiguas posesiones de su padre. Apoderóse de Croia con seiscientos hombres, haciendo prisionera á toda la guarnición musulmana. Pronto se extendió por Europa su fama, y tuvo á su disposición un ejército permanente de quince mil hombres. Esa pequeña tropa le bastó para resistir victoriosamente á los cuarenta mil soldados de Ali-Bajá, y vencer al sultán en persona delante de Croia (1447). Amurath levantó el sitio de esa plaza para acudir á hacer frente á los nuevos peligros que le había creado Hunyade. El héroe húngaro fué vencido en Cressova, pero sin que los turcos sacasen de esa victoria ventaja alguna (1448), pues el sultán volvió con sus tropas ante los baluartes inexpugnables de Croia, y allí tuvo que retroceder una vez más, batido por Scanderberg (1450). Ese hecho le causó tanta pena, que de ella murió en 1451.

Advenimiento de Mahomet II (1451). — Constantinopla no veía sentarse en su trono más que emperadores de escaso mérito. Manuel había recorrido la Europa entera, mendigando miserablemente seco-

rros de todos los príncipes, y no recibiendo de ellos más que negativas ó respuestas desdeñosas. El cisma era obstáculo al buen éxito de sus deseos. Juan Paleólogo, su sucesor, firmó la reconciliación de las Iglesias en el concilio de Florencia (1439); pero el clero cismático de Oriente le impidió cumplir las condiciones del tratado y sólo pudo sacar de ese hermoso acto escasas ventajas. Convertido en juguete de los musulmanes, abandonó el trono por orden de Amurath, para que lo ocupase su hermano Constantino XII (1448).

Por el contrario, el poder otomano pasaba á manos cada vez más temibles. Desde Osmán hasta después de Amurath II, parece personificarse en cada soberano el genio de las conquistas. Orkán, Amurath I, Bayaceto, Amurath II son nombres que evocan todos gloriosos recuerdos militares. Mahomet II, que debía concluir la ruina del Oriente, fué quizás un genio más vasto y poderoso que sus predecesores. Aunque era muy instruído en las ciencias y las letras, y conocía perfectamente todas las lenguas y las literaturas del Asia, el estudio no había mitigado la ferocidad de su alma. Lleno de odio hacia los griegos, juró su ruina sobre el Corán al subir al trono, y se apresuró á cumplir su juramento.

Toma de Constantinopla (1453) (1). — Mahomet empezó por hacerse dueño del mar, construyendo un fuerte en la ribera del Bósforo, con objeto de cerrar de ese modo á los buques extranjeros la entrada libre del estrecho. Luego devastó otra vez el Pelopóneso, tomando por asalto á Selambria. Después de esas empresas fué cuando se presentó, el 6 de abril de 1453, á establecer el asedio de Constantinopla. Los genoveses se unieron con los griegos, y los sitiados se distinguieron por maravillosas hazañas. Á cada momento hacían salidas, rompían á cañonazos las líneas enemigas, y reparaban por la noche los desastres que habían experimentado durante el día. Pero Mahomet fué infatigable. Á fuerza de trabajo, hizo penetrar su flota hasta el fondo del golfo del Bósforo, y constan-

(1) En esta famosa fecha da principio la edad moderna.
N. del T.

tinopla asombrada se estremeció de espanto ante la vista del enemigo que la invadía sin que ella se apercibiese de ello. Para dar nuevos bríos á sus tropas, el sultán declaró inmediatamente después de ese primer triunfo, que les entregaba todos los habitantes y riquezas de Constantinopla, no reservándose más que las casas, y luego ordenó el asalto. Por dos veces fué rechazado con grandes pérdidas; pero al fin, habiéndose retirado Justiniani y los genoveses, los musulmanos intentaron el tercer ataque, al grito de *Dios es Dios, y Mahoma su profeta*. Los griegos entonaron el cántico sagrado del *Kyrie, eleison*, y las dos naciones se lanzaron una contra otra con análogo furor. Constantino XII se presentó en la brecha, animando á sus soldados, derribando á los enemigos, é inundado por la sangre que manaba de sus propias heridas, exclamó: *¿No habrá un cristiano que me mate?* Apenas pronunciara esas palabras, cayó á los golpes de dos musulmanes. Constantinopla estaba vencida: Mahomet entró á caballo en la iglesia de Santa Sofía, oró sobre su altar, y mandó que se transformase en mezquita el templo dedicado á la Eterna Sabiduría (29 de Mayo de 1453).

Sumisión de todas las provincias del imperio de Oriente (1453-1463). — Cuando Mahomet II se vió dueño de Constantinopla, tomó el título enfático de *Dominador de los dos mares y de las dos partes del mundo*, y en el desvanecimiento que le produjo su triunfo, creyó que nada podría resistirle. Envió emisarios á los caballeros de San Juan para pedirles el abandono de la isla de Rodas, que ocupaban, y lanzó sus batallones victoriosos contra los reinos cristianos de Occidente. Los caballeros respondieron con dignidad á las arrogantes palabras del sultán que estaban prestos á defender una propiedad que sólo debían á Dios y á sus espadas. Belgrado, que era el baluarte avanzado de los pueblos de Occidente, sostuvo con vigor el asalto de los bárbaros, y debió su salvación al genio de Hunyade, y á la generosidad de Juan Capistrán (1456).

Rechazado por esa parte, Mahomet II se replegó sobre los restos del antiguo imperio de Oriente, debilitados por la corrupción, y que la Providencia pare-

cía haber dejado á merced del vencedor; así fué que obtuvo rápidos triunfos. El ducado de Atenas, que comprendía las ciudades de Tebas, Megara, Corinto y Platea, sólo sobrevivió tres años á la toma de Constantinopla (1456). Luego tocó su turno á la Servia, la Morea (1458), y por fin al misero imperio de Trebizonda (1461). Los países de Lesbos y la Bosnia fueron subyugados en los años siguientes (1462-1463), y el feroz caudillo llenó de espanto la Valaquia, la Moldavia y la Esclavonia, cuyas provincias devastó.

Guerra de los turcos contra los venecianos (1464-1479). — Venecia se había estremecido en sus lagunas al saber la toma de Constantinopla. En su primer movimiento de terror, se apresuró á celebrar con Mahomet un tratado para ponerse á cubierto de sus ataques (1454); pero al fin se rompió esa paz en Mayo de 1462. El león de San Marcos se lanzó rugiendo sobre el Peloponés, para retroceder inmediatamente ante la simple presencia del enemigo, abandonando así su presa con increíble cobardía. Pero no tardó en reaparecer, y esta vez asoló la nueva Esparta (1465), y trastornó todo el territorio de Atenas. Un gran incendio acabó de llevar el luto y la aflicción sobre esas playas desoladas. Mahomet II, irritado por tantos desastres, convocó á los creyentes en las mezquitas, y juró ante sus fanáticos vasallos destruir la religión cristiana (1469). Al efecto dispuso una flota de 300 bajeles que lanzó en compañía de un ejército de 70 mil hombres sobre Negroponto. La ciudad fué tomada después de cinco asaltos, y Mahomet manchó su victoria con las más horribles crueldades (1470).

Al tener noticia de esas desgracias, Sixto IV predicó una cruzada, y envió á Francia, Alemania y España, legados que despertasen el valor de los guerreros cristianos. Ochenta galeras corrieron á socorrer á los venecianos, y éstos, por represalias, asolaron las costas de Anatolia y pegaron fuego á Esmirna, mientras los turcos devastaban la Albania (1472). Esos bárbaros se presentaron á poner sitio á Scutari, una de las plazas más importantes de esa provincia. El valor de los venecianos hizo fracasar esa empresa, y Solimán, general de Mahomet, tuvo que retirarse á la Moldavia con sus

innumerables batallones (1473). Mahomet, en persona acudió á dicha provincia y su presencia devolvió la victoria á los estandartes turcos. Animado por ese nuevo triunfo marchó á poner sitio á Scutari con 350.000 hombres. Pero otro Capistrán, el dominicano fray Bartolomé, inspiró á la guarnición valor tan heroico, que á pesar de su gigantesco ejército, el sultán se vió obligado á retirarse (1478). Así estaban las cosas cuando se firmó la paz con Venecia. Scutari y toda la Albania fueron cedidos á los turcos; pero los venecianos conservaron su comercio, y obtuvieron garantías de paz para sus aliados (1479).

De las restantes conquistas de Mahomet II. — Mientras Mahomet luchaba con los venecianos, sus ejércitos triunfaban de los persas, que se habían sublevado contra la autoridad del sultán, porque éste no pertenecía como ellos á la secta de Alí (1473); arruinaban la colonia genovesa de Caffa y arrebatában á esa república su dominación sobre el mar Negro (1475). Sin embargo, Mahomet sufrió doble revés en los últimos años de su vida. Sus tropas fueron batidas en 1479 por el vaivode de Transilvania, Esteban Bathori, y uno de sus generales, el renegado Miritino fué rechazado con pérdidas delante de la isla de Rodas (1480). El orgullo herido del sultán meditaba terrible venganza cuando la muerte le sorprendió en Nicomedia, el 2 de Julio de 1481 (1).

§ IV. — De la Hungría y de la Bohemia.

De los húngaros. — Los húngaros ó madgyares se habían establecido á fines del siglo IX en la cuenca del Theiss, extendiéndose poco á poco desde el Adriático á los Cárpatos. En el siglo XIV estuvieron

(1) SUCESIÓN DE LOS EMPERADORES DE ORIENTE: Miguel Paleólogo (1261-1282), Andrónico II (1282-1328), Andrónico III (1328-1341), Juan IV (1341-1391), Manuel I (1391-1425), Juan V (1425-1448), Constantino XII (1448-1453).

SUCESIÓN DE LOS EMPERADORES OTOMANOS: Otmán ú Otomán (1299-1326), Orkán (1326-1360), Amurath ó Murat I (1360-1389), Bayaceto I (1389-1402), Solimán I (1402-1410), Musa (1410-1413), Mahomet I (1413-1421), Murat ó Amurath II (1421-1451), Mahomet II (1451-1481).

gobernados por una dinastía francesa que descendía de los condes de Anjou, y la cual los elevó al apogeo de su poder. Y como la hija del último de esos príncipes Luis el Grande, se casó con Segismundo, que fué á la vez emperador de Alemania y rey de Bohemia, Hungría quedó convertida en dependencia del cuerpo germánico, y fué anexionada al Austria bajo Alberto, sucesor de Segismundo.

Bohemia y Hungría eran la barrera impuesta por la Providencia á las invasiones de los turcos. Si esos reinos hubieran estado unidos, habrían realizado con gloria tan noble y brillante misión; pero al contrario, se dividieron, y esa división les costó la independencia.

Habiendo muerto en 1439 Alberto de Austria, los húngaros eligieron rey á su hijo póstumo Ladislao. Ese monarca era al mismo tiempo rey de Bohemia y duque de Austria y de Estiria. Todos esos países le obedecían cuando los turcos entraron victoriosos en Constantinopla (1453). Su reinado se distinguió por las victorias de Hunyades su general.

Matías Corvino y Jorge Podiebrad (1458-1471).

— Cuando murió ese soberano, sus Estados fueron divididos. El emperador Federico III, su hermano Alberto y su primo Segismundo se repartieron sus posesiones de Alemania. Hungría eligió como rey á Matías Corvino, digno hijo de Hunyade, y Bohemia reconoció á Jorge Podiebrad (1458). Matías estaba lleno de talentos y actividad. Apenas subió al trono, cuando envió á pedir á Federico III la corona de San Esteban, que le había sido dada en prenda de un préstamo hecho á los últimos reyes de Hungría; y aunque sólo contaba quince años de edad, se atrevió á amenazarlo con la guerra si rehusaba. Federico no paró mientes en tal cosa, creyendo buena la ocasión para despojar de sus Estados al que llamaba desdeñosamente *rey niño*. Empezaron, pues, las hostilidades, y como Matías invadiera el Austria (1462), Federico, lleno de terror, se vió obligado á reconocerlo por rey, aunque estipulándose que el trono de Hungría pasaría á los herederos del emperador, en el caso de que Matías muriera sin descendencia (1463).

Expedición de Matías Corvino contra la

Bohemia (1463-1478). — Habiendo terminado honrosamente esas dificultades con la casa de Austria, Matías Corvino volvió sus miradas hacia la Bohemia. Podiebrad le había prestado grandísimos servicios, pues á él era á quien debía el trono de Hungría; pero desgraciadamente Podiebrad mereció que el papa Paulo II lo excomulgara por apoyar la herejía que infestaba su reino (1463). Y como el sumo pontífice excitara á los Estados del Imperio á tomar las armas contra él, Matías olvidó que el rey de Bohemia era su protector y suegro, y se declaró enemigo suyo. El éxito favoreció á los húngaros; Matías invadió la Bohemia (1468), se apoderó de la Moravia y se hizo coronar rey de sus nuevas posesiones en Brünn (1469). Dos años después murió Podiebrad (1471), y la elección de Ladislao II, hijo de Casimiro IV, rey de Polonia, hubiera debido modificar el aspecto de las cosas, pues ya no se trataba de castigar á un príncipe hereje; pero Matías, que había tomado las armas más bien por ambición que por obedecer al papa, prosiguió sus planes. Así pues, venció á los polacos y los bohemios, contuvo á los húngaros, y socorrió á los infelices habitantes de la Valaquia. La guerra no terminó hasta el tratado de Olmütz en 1478, y aunque ambos rivales conservaron el título de reyes de Bohemia, este país quedó en la realidad perteneciendo á Ladislao. Por otra parte, Matías adquirió la Lasucia, la Moravia y la Silesia, bajo la condición de que dichos Estados pasarían de nuevo á poder de Ladislao, si Matías era el primero en morir de los dos.

De las restantes empresas de Matías. — Durante esas guerras de Bohemia se habían manifestado los húngaros quejosos de la larga ausencia de su rey, hasta el punto de que se organizó un partido para ofrecer la corona á Casimiro, hermano menor del rey de Bohemia, Ladislao. Pero Matías cayó sobre sus enemigos con tal rapidez que los desconcertó enteramente, restableciendo la paz y la tranquilidad (1474). También sometió á su ley los vayvodes de Transilvania, de Valaquia y de Moldavia, cada vez que procuraron hacerse independientes, y luchó con ventaja contra los turcos, despreciando las ofertas de Bayaceto, que

solicitó su alianza. Al fin, algún tiempo después de la paz de Olmütz, atacó de nuevo á Federico III, que le había negado la mano de su hija y socorros contra los turcos. Conquistó el Austria, se apoderó de Viena (1485) y conservó esos países hasta su muerte (1490).

Reinado de Ladislao II (1490-1516). — Con el genio de Matias se extinguieron la gloria y el poder de Hungría. No sabiendo á quién tomar por rey, los húngaros eligieron al débil é indolente Ladislao, que gobernaba la Bohemia. Maximiliano I le disputó esa corona; pero después de una guerra ruinosa para ambos, los dos pretendientes firmaron la paz en Presburgo. Maximiliano dejó aquellas coronas á Ladislao, en el consentimiento de que recogería su herencia cuando la familia de éste se extinguiera. El infeliz Ladislao no disfrutó de muchas alegrías en el trono; los turcos no dejaron de devastar sus provincias, y no tuvo vigor bastante para castigarlos por esas continuas depredaciones.

Sin embargo, el nacimiento de su hijo Luis II le procuró un instante de dicha y tranquilidad (1506). Sus vasallos facciosos, que antes lo estaban excitando constantemente á casar á su hija con Juan de Zapolya, su jefe, cesaron en sus cansadas representaciones. Libre ahora para disponer de sus hijos con arreglo á su voluntad, Ladislao dió su hija á Fernando, archiduque de Austria, y casó á su hijo con la archiduquesa María, hija tercera de Felipe. Así se preparó la reunión de Hungría y de Bohemia á las posesiones de la casa de Austria (1515). Ladislao no sobrevivió más que un año á esos enlaces, que la política de Maximiliano preparara, heredándole su hijo Luis (1516-1526).

§ V. — Los eslavos. La Moscovia. Iván III.

Los eslavos. — Al principio de las grandes invasiones se habían establecido los eslavos al este de los germanos, y ocupaban las vastas llanuras regadas por el Vístula y el Dnieper. Esos pueblos, de tranquilas costumbres, atravesaron el Danubio, y algunas de sus tribus se fijaron en Carintia, Carniola, Croacia, Servia, Esclavonia, Herzegovina, Bosnia y Montenegro.

Los servios, los búlgaros y los valacos fueron las más importantes de esas tribus.

El Estado más poderoso fué el de los servios. Además de la Servia propiamente dicha, ese reino comprendía parte de la Tracia y de Macedonia, y casi toda la Albania. Mahomet II lo conquistó seis años después de la toma de Constantinopla (1459).

Los búlgaros, que eran de raza turca, adoptaron la lengua y la religión eslavas. Fundaron tres Estados, dos en la desembocadura del Danubio, y otro al norte y sur de los Balkanes que lo dividían. De aquéllos, uno fué destruido por los rusos, y los griegos de Bizancio se apoderaron del otro. Por su victoria de Nicópolis se apoderó Bayaceto I del restante (1396).

Los valacos descendían de los dacios y de la colonia romana que en aquellos países estableció Trajano. Su lengua es testimonio de su origen. Habiéndose establecido en la orilla izquierda del Danubio, se unieron con los búlgaros para defender su independencia contra los turcos, pero acabaron por tener que declararse tributarios suyos, poco después de la toma de Constantinopla por Mahomet II.

Como todos esos pueblos tenían la misma religión que los rusos y pertenecían á la misma raza, el tzar los protegió constantemente, y les ha ayudado, en nuestros mismos días, á sacudir el yugo otomano.

Los rusos. — Después de la invasión de Atila, una de las tribus eslavas establecidas en las orillas del Ross, se unió con los alanos y tomó el nombre de *rosólanos*. Esos bárbaros fundaron Kief y Novogorod, y recibieron el nombre de *rusos*.

En el momento en que los normandos de Dinamarca y de Noruega invadían la Francia, los de Suecia se establecieron con el nombre de *waregos* en el sitio donde hoy se alza San Petersburgo. Habiéndolos llamado en su auxilio la república de Novogorod, la subyugaron, se apoderaron de Kief y dominaron ese país bajo los nombres de sus jefes, Rurik y Oleg. Este último bajó por el Boristene y amenazó á Constantinopla, cuando sus hermanos de armas hacían temblar á París y Londres.

Las relaciones de los rusos con los griegos contri-

buyeron á civilizarlos. Suavizaron sus costumbres, y su reina, Olga, mujer de Igor, hijo y heredero de Rurik, recibió el bautismo en una visita que hizo á Constantinopla. Vuelta á Rusia, mandó á pedir á Otón, emperador de Alemania, obispos y sacerdotes que evangelizaran á los rusos; pero esa misión no dió casi ningún resultado. Ese pueblo no se convirtió hasta la época de Wladimiro, á fines del siglo x.

Ese príncipe empezó por ser muy cruel y bárbaro, mostrándose más afecto al paganismo que su padre Swiatoslaw I. Había hecho erigir una hermosa estatua á la diosa Perún, que ocupaba el primer puesto entre las divinidades de los rusos, y según la bárbara costumbre de sus antepasados, quiso celebrar todas sus victorias con sacrificios humanos. Pero, en consecuencia de sus guerras contra los emperadores de Oriente Basilio y Constantino, pidió la mano de la princesa Ana, hermana de aquéllos. Esa mujer tuvo tanto influjo sobre Wladimiro, que logró hacerlo renunciar á sus supersticiones y pedir el bautismo.

En consecuencia, el príncipe convertido hizo derribar los ídolos en toda la extensión de sus dominios, y arrojar al Dnieper la estatua de Perún, que en otra época honrara tanto. En seguida se notó el más feliz cambio en sus costumbres y carácter, y toda la nación en masa pidió que se adoptara el cristianismo. Wladimiro estableció un arzobispado en Kiew, su capital, y se entendió con los misioneros para abrir escuelas en que los jóvenes pudieran recibir instrucción sólida y seria.

Los rusos, convertidos por sacerdotes griegos, fueron desde el principio, cismáticos como los servios, los búlgaros y los valacos de que acabamos de hablar; eso fué lo que separó profundamente á esos pueblos del Occidente y estableció fuerte rivalidad entre ellos y los polacos, que también eran de raza esclava pero que adoptaron la fe de la Iglesia católica apostólica y romana (1015).

Al morir Wladimiro, sus hijos se repartieron sus Estados, pero se dividieron, y de ahí resultó una serie interminable de guerras civiles, que tuvieron por término someter el país á la servidumbre de los mongoles.

La Moscovia. — Los príncipes de Moscow sacaron á Rusia de ese estado decadente. Esa ciudad, fundada hacia mediados del siglo xii, en el centro de los bosques que atraviesa el Moskowa, pasó á ser capital y cabeza del gran Estado que comprende hoy parte de Asia y la Europa oriental.

Pero esos grandes príncipes no llegaron al poder más que favorecidos por su servilismo respecto del khan de los tártaros. Esa fué la política seguida por Iván I y gracias á la cual se hizo reconocer como *gran príncipe de toda Rusia*. Levantó impuestos sobre las otras provincias, amenazando con la ira de los tártaros á los que le negaran ese tributo arbitrario. Logrando que el primado de la Iglesia griega se fijara en Moscow, Iván acabó por convertir á esa ciudad en centro de todas las demás poblaciones rusas. Sometió completamente á su voluntad al patriarca, y de ese modo reunió en su persona los poderes temporal y espiritual, lo que le daba autoridad absoluta (1328-1340).

Sus sucesores siguieron la vía que Iván les trazara. Como el imperio de los mongoles cayera á su vez en disolución, aquéllos se aprovecharon del caso para sacudir el yugo que les habían impuesto esos tártaros. Demitri IV negó al khan su tributo anual. Indignados los bárbaros, se arrojaron sobre los Estados de aquel príncipe, cubriéndolos con sus terribles hordas. Pero Demitri no se desconcertó y, haciendo un llamamiento al valor de sus soldados, ganó á orillas del Don la famosa batalla de Kulikof, que le valió el calificativo inmortal de *Donski* (1380). Pero dos años más tarde, otras tropas salidas del Kaptshak vengaron esa derrota, saquearon á Moscow y sometieron á Demitri al tributo de que había querido quedar exento (1383).

Wasili II, su hijo, vió pasar la espantosa invasión de Tamerlán, y no pudo salvar á Moscow más que pagándolo con grandes sumas (1408). Esos desastres no le impidieron sin embargo aumentar la importancia de dicha ciudad. Ese príncipe reunió á sus dominios los principados de Susdal y de Nijni-Novogorod (1395).

En el siglo xv, Rusia presentaba el más afflictivo espectáculo. Los boyardos ó raza conquistadora eran los únicos que ocupaban puestos y dignidades en el reino;

después de ellos venían los campesiones libres, cuya posición era bastante degradada, y en última línea figuraban los esclavos. Ese desdichado país estaba rodeado completamente por bárbaros: al norte, salvajes idólatras; al este, los tártaros de la Gran Horda y los de Kasán y de Astrakán; al sur florecían las orgullosas repúblicas de Novogorod y de Pskow, con los principados de Twer y de Riáisán; al oeste habitaban pueblos que en realidad eran más civilizados, pero que estaban insumisos, los lituanios y los livonios. Toda la región, dividida en distritos independientes, no debía hallar su unidad más que en el gran príncipe de Moscow, cuya autoridad era hereditaria. A ése estaba reservada la gloria de civilizar la Rusia, y de hacerle tomar puesto un día entre las grandes naciones de Europa.

Reinado de Iván III (1462-1505). — Iván III fué uno de los príncipes que trabajaron más ardentemente en el desarrollo de la civilización en Rusia. Llamado al poder á la edad de veintidós años, afirmó su autoridad dando á sus vasallos leyes y sabias instituciones, y luego atacó al reino de Kasán. Vencedor de los tatars (1469), quiso humillar el orgullo de la república de Novogorod. Esta opulenta ciudad, que creía que nada podía resistirle, cedió sin embargo ante sus armas y consintió en pagarle tributo (1471). Á más de eso, aumentó sus dominios con el territorio de la república de Permía, y sus Estados llegaron de ese modo hasta los montes Urales (1472).

Sus guerras contra el Kaptshak (1472-1480). — Desde hacía algún tiempo amenazaba la guerra por la parte del Kaptshak. El gran khan de la horda de Oro, Saíd Achmet, se había puesto en persona al frente de sus ejércitos para reclamar á Iván el tributo que los rusos tenían costumbre de pagarle (1465); pero entonces el khan de Crimea lo detuvo en su marcha. En 1472 prosiguió sus hostiles designios y se precipitó sobre la Rusia. El ejército de Iván le pareció tan bien preparado y tan terrible, que batió en retirada aun antes de haber llegado á las manos. Por último, con motivo de un nuevo insulto que le hizo Iván dando muerte á sus embajadores, Saíd arrancó del suelo toda

su horda y la arrojó sobre la Rusia. Adelantóse hasta las orillas del Ougra, y se retiró para proteger á su país, que las tropas del khan de Crimea asolaban durante su ausencia. Á su vuelta lo mató en su campamento un jefe de Tatars, y con él desapareció la horda de Oro (1480).

Nuevas conquistas de Iván (1482-1499). — Libre de ese formidable enemigo, Iván restableció la unidad del imperio ruso, apoderándose sucesivamente de todos los países que de él se habían separado. Así, subyugó uno después de otro los principados de Twer, de Wireia, de Iaroslav, de Rostoff y las extensas regiones que se extienden por la parte del mar Glacial, entre los Urules, el Ob y el Petchora (1489-1499). Durante ese tiempo, procuró recobrar la Rusia blanca, la Ukrania y la Severia, que estaban en manos de los lituanios. Obtuvo sin duda grandes victorias, pero de ellas no sacó más fruto que la posesión de la Severia y el título de *autócrata de las Rusias*.

Resumen de este capítulo. — Los turcos debían dar en tierra con el imperio de Constantinopla.

I. Esos bárbaros, salidos de las regiones cercanas al mar Caspio, se dirigieron hacia occidente y se establecieron en An cira al mando de Erthogrul. Llamáscles *otomanos*, en recuerdo de Osmán, hijo del anterior. Luego llevaron á cabo la conquista de Prusa en Bitinia y se apoderaron de Nicomedia y de Nicea. Su hijo Solimán fué el primero en establecerse en Europa y preparó la lucha de esos terribles guerreros contra los defensores de Constantinopla. Amurath ó Murat I sometió á tributo á Juan Paleólogo, emperador de Oriente, y domineó á todos los potentados musulmanes independientes del Asia Menor. Su heredero Bayaceto I hace y deshace á su antojo emperadores de Constantinopla, y cuando Manuel trata de sacudir ese yugo, aquél marcha sobre su capital. En vano llega de Occidente un ejército, al mando de Juan sin Miedo en socorro de los griegos: Bayaceto lo destruye en Nicópolis y se presenta después á poner sitio á Constantinopla, que hubiera caído en sus manos, de no venir Tamerlán á interrumpir la continuación de sus victorias (1402).

II. Gengis-Khan había sido el fundador del imperio de los mongoles. Al morir (1227), sus sucesores Octai y Mangú prosiguieron sus conquistas; pero sus extensos Estados se desmembraron y dieron origen á cuatro grandes imperios. Todas esas regiones permanecieron en una especie de confusión que subsistió hasta el advenimiento de Tamerlán (1360). Ese terrible conquistador, después de haberse apoderado de la Europa septentrional y de la India hasta los orígenes del Ganges, se había precipitado sobre la Siria, demoliendo á Bagdad, y presentando

batalla á Bayaceto cerca de Ancira (1402) Venciólo y lo llevó prisionero á Samarcanda. Bayaceto murió poco después (1403), y Tamerlán no le sobrevivió más que dos años (1405).

III. Tamerlán había sometido á tributo á los emperadores de Constantinopla, y sembrado la división entre los turcos, dando un principado á cada uno de los hijos de Bayaceto. Las guerras civiles que entonces surgen detienen en efecto por algún tiempo los progresos de los infieles. Pero Amurath II, que demostró el mismo genio militar que los primeros jefes de su nación, hizo temblar á Constantinopla (1422), se apoderó de la Servia y de la Bosnia, y no se detuvo sino ante la espada de Hunyade que lo desbarató en Jafowaz (1443). Luego hizo la paz y se retiró de la vida activa; pero como los húngaros no cumplieran el tratado que habían firmado, Murat apareció de nuevo y los deshizo en Varna (1444). Su valor halló nueva y heroica resistencia en Scanderberg, y esa derrota lo hizo morir de pesar (1451). Mahomet II, que le sucedió, no tardó en aparecer ante los muros de Constantinopla y se apoderó de esa ciudad; así terminó el imperio de Oriente (1453).

IV. Los húngaros y los bohemios, después de haber presentado infranqueable barrera á los turcos, se dejaron desgarrar por guerras intestinas que causaron su pérdida. Matias Corvino, que sucedió sobre el trono de Hungría á Ladislao el Póstumo (1458), se hizo reconocer por el emperador Federico (1463), y arrebató en seguida la Bohemia á Jorge Podiebrad, que había sido su bienhechor (1468). Ladislao II, hijo de Casimiro IV, rey de Polonia, sucedió á Podiebrad (1471), pero la guerra con Matias no terminó hasta el tratado de Olmütz (1478). Habiendo muerto Matias en 1490, Ladislao II pasó á ser rey de Hungría y preparó, con los casamientos de sus hijos, la reunión de todos sus Estados á los dominios de Austria.

V. Los Estados eslavos que los turcos subyugaron fueron los serbios, los búlgaros y los valacos. Pero esos pueblos, que eran de la misma raza y de la misma religión de los rusos, obtienen la protección de los czares. Los rusos no salieron de la barbarie durante la edad media. Los normandos de Suecia invadieron sus Estados, mientras que los de Dinamarca y de Noruega devastaban el occidente de Europa. Puestos en relación con los griegos de Constantinopla, los rusos recibieron de ellos su religión cismática, y de la cual se hicieron pontífices los príncipes de Moscow. Esta ciudad, que data del siglo XII, vió como sus príncipes aumentaban insensiblemente su poder. Moscow se convirtió en capital de la Rusia, y se engrandeció bajo la dominación de los mongoles y de los tártaros. Iván III libró á la Moscovia del yugo de los tártaros y sentó los cimientos de la futura grandeza de su nación (1462-1505). Obligó á la república de Novogorod á reconocerse tributaria suya. Extendió sus Estados al este hasta el Ural y vió al gran khan de la horda de Oro sucumbir á consecuencia de todas sus vanas empresas (1480). Después se apoderó de los principados de Tiver, de Wireia, de Iaroslav, de Rostoff y de las extensas regiones que se nallan hacia la parte del mar Glacial, entre los montes Urales, el Ob y el Petchora (1489-1499).

CAPÍTULO XVI.

NUEVOS PROGRESOS DEL PODER EN FRANCIA; LUIS XI Y CARLOS EL TEMERARIO; GOBIERNO É INSTITUCIONES. CARLOS VIII Y ANA DE BEAUJEU. ESTADOS GENERALES DE 1484 (1).

Carlos VII había quebrantado el poder de los señores con sus diversas instituciones. Formando un ejército permanente y estableciendo un impuesto perpetuo para su mantenimiento, puso al servicio de la monarquía una fuerza material enteramente independiente de la voluntad del pueblo y de los príncipes. Al mismo tiempo había preparado la concentración del poder judicial en manos de los reyes por varios edictos que publicó relativos á la legislación y al procedimiento. Su sucesor, Luis XI, poseyó el genio de la astucia y de la habilidad. Su sagaz política no tuvo más que un propósito, la ruina del feudalismo. Casi lo logró por completo, pues al ocurrir su muerte, de todas las antiguas casas feudales que antes habían sido tan poderosas, no quedaba más que la Bretaña, que luego fué anexionada á la corona bajo su hijo Carlos VIII, mediante el casamiento de ese príncipe con la única heredera de esa provincia.

§ I. — Luis XI y Carlos el Temerario (1461-1477).

Poder de las casas feudales al ocurrir el advenimiento de Luis XI (1461). — Cuando Luis XI subió al trono, había en Francia tres casas poderosas, muy capaces de producirle inquietudes; eran las de Anjou, de Bretaña y de Borgoña. La casa de Anjou poseía la Provenza, el Anjou, el Maine y la Lorena; pero sus dominios estaban demasiado diseminados para que pudiese reunir sus fuerzas y obrar de manera eficaz. El duque de Breteña tenía vasallos más fieles y unidos, pero era pobre. El más temible de todos era sin duda el duque de Borgoña: á parte el Francocondado y la Borgoña, era también dueño del Auxerrois, del Boulonnais, de las ciudades de la Somma, de Flandes y de los Países-Bajos. Se ve que hubiese sido por sí solo más rico y poderoso que el rey de

AUTORES QUE CONSULTAR: *Memorias* de Comines, Oliverio de la Marche, Santiago del Clerq y Juan de Troyes; *Crónicas de los duques de Borgoña*, por Chastellain y Mollinet; de Barante, *Historia de los duques de Borgoña*; Duclos, *Historia de Luis XI*, y todas las historias generales de la Francia.

batalla á Bayaceto cerca de Ancira (1402) Venciólo y lo llevó prisionero á Samarcanda. Bayaceto murió poco después (1403), y Tamerlán no le sobrevivió más que dos años (1405).

III. Tamerlán había sometido á tributo á los emperadores de Constantinopla, y sembrado la división entre los turcos, dando un principado á cada uno de los hijos de Bayaceto. Las guerras civiles que entonces surgen detienen en efecto por algún tiempo los progresos de los infieles. Pero Amurath II, que demostró el mismo genio militar que los primeros jefes de su nación, hizo temblar á Constantinopla (1422), se apoderó de la Servia y de la Bosnia, y no se detuvo sino ante la espada de Hunyade que lo desbarató en Jafowaz (1443). Luego hizo la paz y se retiró de la vida activa; pero como los húngaros no cumplieran el tratado que habían firmado, Murat apareció de nuevo y los deshizo en Varna (1444). Su valor halló nueva y heroica resistencia en Scanderberg, y esa derrota lo hizo morir de pesar (1451). Mahomet II, que le sucedió, no tardó en aparecer ante los muros de Constantinopla y se apoderó de esa ciudad; así terminó el imperio de Oriente (1453).

IV. Los húngaros y los bohemios, después de haber presentado infranqueable barrera á los turcos, se dejaron desgarrar por guerras intestinas que causaron su pérdida. Matias Corvino, que sucedió sobre el trono de Hungría á Ladislao el Póstumo (1458), se hizo reconocer por el emperador Federico (1463), y arrebató en seguida la Bohemia á Jorge Podiebrad, que había sido su bienhechor (1468). Ladislao II, hijo de Casimiro IV, rey de Polonia, sucedió á Podiebrad (1471), pero la guerra con Matias no terminó hasta el tratado de Olmütz (1478). Habiendo muerto Matias en 1490, Ladislao II pasó á ser rey de Hungría y preparó, con los casamientos de sus hijos, la reunión de todos sus Estados á los dominios de Austria.

V. Los Estados eslavos que los turcos subyugaron fueron los serbios, los búlgaros y los valacos. Pero esos pueblos, que eran de la misma raza y de la misma religión de los rusos, obtienen la protección de los czares. Los rusos no salieron de la barbarie durante la edad media. Los normandos de Suecia invadieron sus Estados, mientras que los de Dinamarca y de Noruega devastaban el occidente de Europa. Puestos en relación con los griegos de Constantinopla, los rusos recibieron de ellos su religión cismática, y de la cual se hicieron pontífices los príncipes de Moscow. Esta ciudad, que data del siglo XII, vió como sus príncipes aumentaban insensiblemente su poder. Moscow se convirtió en capital de la Rusia, y se engrandeció bajo la dominación de los mongoles y de los tártaros. Iván III libró á la Moscovia del yugo de los tártaros y sentó los cimientos de la futura grandeza de su nación (1462-1505). Obligó á la república de Novogorod á reconocerse tributaria suya. Extendió sus Estados al este hasta el Ural y vió al gran khan de la horda de Oro sucumbir á consecuencia de todas sus vanas empresas (1480). Después se apoderó de los principados de Tiver, de Wireia, de Iaroslav, de Rostoff y de las extensas regiones que se nallan hacia la parte del mar Glacial, entre los montes Urales, el Ob y el Petchora (1489-1499).

CAPÍTULO XVI.

NUEVOS PROGRESOS DEL PODER EN FRANCIA; LUIS XI Y CARLOS EL TEMERARIO; GOBIERNO É INSTITUCIONES. CARLOS VIII Y ANA DE BEAUJEU. ESTADOS GENERALES DE 1484 (1).

Carlos VII había quebrantado el poder de los señores con sus diversas instituciones. Formando un ejército permanente y estableciendo un impuesto perpetuo para su mantenimiento, puso al servicio de la monarquía una fuerza material enteramente independiente de la voluntad del pueblo y de los príncipes. Al mismo tiempo había preparado la concentración del poder judicial en manos de los reyes por varios edictos que publicó relativos á la legislación y al procedimiento. Su sucesor, Luis XI, poseyó el genio de la astucia y de la habilidad. Su sagaz política no tuvo más que un propósito, la ruina del feudalismo. Casi lo logró por completo, pues al ocurrir su muerte, de todas las antiguas casas feudales que antes habían sido tan poderosas, no quedaba más que la Bretaña, que luego fué anexionada á la corona bajo su hijo Carlos VIII, mediante el casamiento de ese príncipe con la única heredera de esa provincia.

§ I. — Luis XI y Carlos el Temerario (1461-1477).

Poder de las casas feudales al ocurrir el advenimiento de Luis XI (1461). — Cuando Luis XI subió al trono, había en Francia tres casas poderosas, muy capaces de producirle inquietudes; eran las de Anjou, de Bretaña y de Borgoña. La casa de Anjou poseía la Provenza, el Anjou, el Maine y la Lorena; pero sus dominios estaban demasiado diseminados para que pudiese reunir sus fuerzas y obrar de manera eficaz. El duque de Breteña tenía vasallos más fieles y unidos, pero era pobre. El más temible de todos era sin duda el duque de Borgoña: á parte el Francocondado y la Borgoña, era también dueño del Auxerrois, del Boulonnais, de las ciudades de la Somma, de Flandes y de los Países-Bajos. Se ve que hubiese sido por sí solo más rico y poderoso que el rey de

AUTORES QUE CONSULTAR: *Memorias* de Comines, Oliverio de la Marche, Santiago del Clerq y Juan de Troyes; *Crónicas de los duques de Borgoña*, por Chastellain y Mollinet; de Barante, *Historia de los duques de Borgoña*; Duclos, *Historia de Luis XI*, y todas las historias generales de la Francia.

Francia, si sus Estados hubieran tenido homogeneidad; pero los habitantes de Flandes no simpatizaban con los de Borgoña, y esa diversidad de costumbres y caracteres hacía imposible la unión de sus diferentes provincias.

Fácil habría sido por tanto á la monarquía mantener en el deber á dichos príncipes, si no hubieran éstos



Luis XI.

hallado en la nobleza numerosas simpatías, y si no los hubiesen sostenido los pequeños señores que les eran afectos. Así, el conde de Saint-Pol tomó partido por el duque de Borgoña, el duque de Alençon por el de Bretaña y el duque de Borbón por las ciudades del mediodía de Francia, que en otra época españolas é inglesas, sentían no seguir perteneciendo á sus antiguos señores. Las célebres familias de Foix, de Albret y de Armañac,

que hubieran querido hacerse independientes, favorecían las fatales disposiciones de aquellas ciudades, y el rey de Aragón, que poseía el Rosellón, ejercía aún cierta influencia en esas regiones; así pues, por todas partes rodeaban á la monarquía grandes obstáculos.

Fuerzas del rey de Francia. — Para resistir á tantos enemigos, el rey poseía en realidad grandes recursos. Sus dominios eran compactos; y podía contar con la fidelidad de sus tropas y tener confianza en el pueblo, harto ya de las exacciones de los señores. Las alianzas que había contraído en el extranjero eran bastantes á tranquilizarlo contra las revueltas que lo amenazaban. Así, Escocia y Dinamarca estaban dispuestas á ayudarle contra Inglaterra; Castilla, Génova y Florencia hubieran deseado humillar al Aragón, que se enorgullecía de tener sentada su planta sobre las dos vertientes del Pirineo; los de Lieja, los suizos y la casa de Austria se preparaban á caer á la primera señal sobre la Borgoña, y los duques de Milán y de Saboya le ofrecían dinero y tropas.

Del descontento que Luis XI provocó en la nobleza. — Los nobles estuvieron lejos de imaginarse la guerra que iba á hacerles el nuevo rey. Como lo habían visto constantemente á su cabeza para hacer oposición á Carlos VII, creyeron que el que provocara la *Pragería* y que luego se retiró como descontento á la corte del duque de Borgoña, les concedería cuanto pidiesen. Al saber la muerte de Carlos VII, Dunois dijo: *Hemos perdido nuestro amo; que cada cual se las arregle.* En eso pensaron efectivamente todos los nobles, apresurándose á montar á caballo para acompañar al nuevo rey que iba á hacerse ungir en Reims. El duque de Borgoña prometía llevarlo allá con cien mil hombres; pero como ese lujo de fuerza era inútil, quiso por lo menos honrar á su huésped formándole séquito con cuanto poseía de más suntuoso y magnífico. El duque asistió, pues, á la coronación del rey rodeado de pajes y lacayos, presentando, según dice la crónica, el aspecto de un emperador.

Por el contrario, Luis XI estaba pobremente vestido, y sólo llevaba detrás de sí algunos servidores que lo acompañaron en su destierro al Brabante. Ese sobe-

rano se complacia en realzar el brillo de Felipe el Bueno, que lo acogiera en sus desgracias, y al cual no cesaba de colmar de elogios y halagos. Concedióle en apariencia los más importantes honores, pero así que el duque se retiró á sus tierras, Luis halló manera de eludir todas sus promesas. Y cuando sintió consolidada su posición, comenzó á ocuparse de todas las reformas que tan célebre han hecho su reinado en la historia de Francia.

Desde los comienzos de su administración fué fácil concebir que su único propósito era la ruina del feudalismo. Inmediatamente después de la ceremonia de su ungimiento, el duque de Borgoña, Felipe el Bueno, se echó á sus plantas para rogarle, en nombre de Jesucristo, que perdonara á cuantos le habían hecho daño mientras sólo fué delfín. Prometiéndole en efecto así, pero exceptuando á siete personas que no quiso nombrar. Esa reserva indicaba claramente que llevaría lejos su venganza. En efecto, no tardó en trastornar toda la administración del reino. Despidió á los consejeros de su padre, y por odio á la nobleza, se rodeó de gentes de baja categoría. El médico Fumée, un cocinero, Pedro de las Habletés, Oliverio Le Daim, su barbero, tales fueron los hombres á quienes colmó de dones.

Sin embargo, durante los dos primeros años de su reinado fué bastante hábil en sus negociaciones para extender y asegurar sus fronteras, al sur adquiriendo el Rosellón, que le cedió el aragonés, y al norte por el rescate de las ciudades del Somma, que pagó al duque de Borgoña 400.000 escudos de oro (1461-1463). Pero luego cometió la torpeza de indisponer á los nobles y grandes vasallos con medidas mal pensadas. Irritó al duque de Bretaña procurando privarlo de sus derechos de regalía, descontentó al de Borgoña queriendo establecer el impuesto de la sal en sus provincias, hizo salirse de quicio al conde de Charolais, hijo de este duque, tratándolo de privarlo del gobierno de Normandía, y por último lanzó á la rebelión á todos los nobles violando sus derechos de caza, que ellos consideraban como el principal de sus privilegios.

Liga del bien público (1464-1465). — El conde de Charolais, que tan célebre debía llegar á ser más tarde

con el nombre de Carlos el Temerario, estaba profundamente irritado de que Luis XI abusara de la debilidad de su anciano padre para obtener de él que cediese las ciudades del Somma. Así fué que excitó á la nobleza á formar contra el nuevo rey temible conspiración, logrando que entraran en ella los duques de Borbón y de Nemours, el conde de Armañac, el señor de Albret y todos los más poderosos nobles. El duque de Berry, hermano de Luis XI, fué el jefe nominal de ese complot, que se llamó *liga del bien público* « por lo que se proponía, dice Comines; so color de decir que era en provecho del reino. » El duque de Berry decía en efecto en sus proclamas que sus vasallos debían tomar las armas en interés del orden y de la justicia, é invitaba á todos sus partidarios á procurar el alivio del pobre pueblo, y el bien de la cosa pública.

Luis XI, que tuvo siempre extraordinaria fe en las negociaciones, creyó que podría evitar la tempestad. Así pues, convocó una asamblea de notables en Tours (18 Diciembre 1464), y habló en ella de cuanto había realizado en interés del reino desde el día en que subiera al trono. Había restablecido el orden y la seguridad, aumentado el territorio por la adquisición del Rosellón y la Cerdeña al mediodía y las ciudades del Somma al norte; recordó lo que había hecho en favor de la nobleza cuando sólo era delfín, las persecuciones que sufriera, las amarguras de su destierro, y enterneció á los señores hasta tal punto, que se decían entre ellos que « no se había visto nunca á un hombre hablar en francés más honradamente »; luego juraron pertenecer al rey con sus personas y sus bienes.

Pero esa buena impresión fué muy pasajera. Apenas se disolvió la asamblea, estallaron las revueltas, y Luis XI se vió rodeado por multitud de enemigos. Al norte lo amenazaba el duque de Borgoña, al oeste el de Bretaña Francisco II, al mediodía el de Borbón y los señores de esta parte del país. Á fuer de hábil político, Luis resolvió apoyarse en las ciudades de su reino para resistir á tan terrible coalición. Atrájose sobre todo las voluntades de la capital, visitó á los principales ciudadanos, invitándolos á su mesa y yendo á comer algunas veces con ellos. Para poner de

su parte al pueblo, abolió casi todas las contribuciones, provocando así entusiastas regocijos en todos los barrios de la ciudad. Esa táctica logró efectivamente salvar su corona.

Primero atacó al duque de Borbón y á los señores del mediodía; y así que los hubo derrotado, se dirigió contra los duques de Bretaña y de Borgoña, trabando con este último, cerca de Monthéry, una batalla de éxito dudoso (16 de Julio 1465). Pero Luis XI ponderó mucho el resultado de la misma, y fué bastante hábil para atribuir á los parisienses el honor del triunfo, aunque en realidad aquéllos no se presentaron sino después del combate, cuando iba á repartirse el botín. Dijoles que en adelante no quería más defensores que ellos, que sacaría del pueblo sus soldados, de la universidad, del parlamento y de la burguesía sus consejeros, y que así París bastaría para todo el servicio público.

Sin embargo, hizo en Normandía levadas de nuevas tropas; pero el rey, que era sin duda valeroso en los campos de batalla, no olvidaba lo que había costado á sus predecesores exponerse á la incertidumbre de un combate. Recordando los desastres de Crécy, de Poitiers y Azincourt, prefería recurrir á las negociaciones, más bien que venir á las manos con sus adversarios. Así fué que cuando los señores se hubieron agrupado alrededor del duque de Borgoña, elevando su ejército á cerca de cincuenta mil hombres, Luis se aplicó á aprovechar la diversidad de sus intereses para sembrar entre ellos la discordia, y en efecto logró romper la buena armonía que les era necesaria para el éxito feliz de sus operaciones. Entabló negociaciones con cada uno de ellos, tentó su fidelidad con halagadoras promesas, y así que se atrajo á cierto número de jefes rebeldes, se presentó al conde de Charolais para tratar con él.

Tratados de Conflans y de Saint-Maur (1465).

— Entonces los rebeldes prestaron oídos á las proposiciones de Luis XI, y se firmó la paz con el conde de Charolais en Conflans (5 de Octubre), [y algunos días después (29 de Octubre) con los demás príncipes en Saint-Maur. Luis XI concedió á los sediciosos cuanto quisieron. El duque de Berry había pedido la Nor-

mandía, y en efecto se acordó concedérsela; el de Borgoña reclamaba las ciudades de la Somma cedidas por su padre, y se convino que se le devolverían, con otras plazas más, dándose la espada de condestable á su principal agente, el conde de Saint-Pol; el duque de Bretaña deseaba la exención de pleito-homenaje, y se le prometió que sería en su provincia tan independiente y absoluto como lo deseaba; el duque de Borbón necesitaba varios señoríos y una importante suma de dinero; el de Nemours, el gobierno de la Isla de Francia y de París; el de Lorena la marca de Champaña, Sainte-Menehould, Neufchâteau, sin obligación de prestar pleito-homenaje; los condes de Armañac y de Dunois exigían importantes restituciones; el señor de Albret reivindicaba varios señoríos; por fin, otros muchos solicitaban magníficos dominios y pensiones considerables. De ese modo comprendió el pueblo que aquella famosa liga del *bien público* no había sido formada en manera alguna para favorecerlo, y cuando vió que los jefes sólo pensaban en sus propios intereses, dió con justicia á la conjuración el nombre de liga del *mal público*.

Entrevista de Péronne (1468). — Esas concesiones presentaban el doble inconveniente de entregar los dominios del rey á los ataques de sus enemigos descubriendo sus fronteras y de arruinar su tesoro aumentando prodigiosamente la suma destinada al pago de pensiones. No era, pues, posible que Luis XI las tomara en serio. Así fué que no habían pasado tres semanas desde que firmó esos compromisos, cuando tomó las armas para arrebatár á su hermano la Normandía. La asamblea de los notables, convocada en Tours (6 Abril 1468), aprobó su determinación y declaró que « ni por favor, ni por afecto fraternal, ni obligación de promesa, ni oportunidad de donación y de posesión, ni por amenaza de guerra ó por ningún peligro temporal, debía el rey consentir en la separación del ducado de Normandía. » Luis XI triunfaba, pues de ese modo había recibido su política la aprobación nacional por la voz de los estados generales. Por lo demás, habiase atraído al duque de Borgoña concediéndole el gobierno del Berry, del Orléanais,

del Limosín, el Perigord, el Quercy, el Ruergue y el Languedoc; había ganado al conde de Saint-Pol otorgándole la espada de condestable, y estaba seguro de la casa de Orléans por haber contentado al conde de Dunois; además, desarmó á la casa de Anjou, dando 120.000 libras á Juan de Calabria, hijo de René. Sólo le quedaba que ablandar al conde de Charolais, que había heredado la Borgoña, y que iba á convertirse en el terrible Carlos el Temerario.

Luis XI conocía el carácter inquieto y belicoso del nuevo duque de Borgoña; pero sin embargo, no desesperó de reducirlo por medios diplomáticos. Sin embargo, para lograrlo así, precisaba que fuera en persona á su encuentro. Sus cortesanos lo disuadían de hacerlo, temiendo una traición, pero Luis XI no pudo creer que el noble duque fuera capaz de semejante bajeza. Después de haberle enviado una parte del dinero que conviniera en pagarle para gastos de la guerra, le pidió un salvo conducto que el príncipe le concedió sin dificultad.

El rey fió en la buena fe de Carlos y se encaminó casi solo á su encuentro en Péronne. Pero apenas había entrado en esa ciudad, cuando vió llegar al príncipe de Saboya, Felipe de Bresse, al señor de Neufchâtel, Ponce de la Rivière, al señor de Châteauneuf, en una palabra, á todos sus más encarnizados enemigos. Entonces empezó á concebir grandes inquietudes. Aquellos aconsejaban al Temerario que se apoderase de la persona de Luis XI, pero el carácter caballeroso del duque se negaba á ese atrevido.

Así estaban las cosas, cuando supo Carlos que los habitantes de Lieja acababan de sublevarse y que el instigador de esa rebelión había sido Luis XI; y como se exagerara mucho la importancia de la sedición y la culpabilidad del rey, el duque se creyó exento por tal perfidia de cuantas promesas había hecho. En consecuencia, mandó encerrar á Luis XI en la misma torre que en otro tiempo sirviera de prisión á Carlos el Simple, y allí lo dejó durante tres días en mortales inquietudes, pues no sabía tampoco qué partido tomar. Por fin, Carlos se decidió á tratar de nuevo con el desleal soberano y á despedirlo, después de obli-

garlo á asistir en persona al castigo de sus aliados.

Transgresión de ese tratado. — Luis XI había jurado el convenio de Péronne sobre la cruz de San Laúd (1); pero lo había hecho así estremeciéndose, porque sentía en el fondo de su alma, á la hora misma en que pronunciaba su juramento, la idea del perjurio. Al volver á Francia, no pensó más que en buscar el medio de faltar con provecho á su palabra. Carlos el Temerario había pedido la Champaña para el duque de Berry, pero al separarse de Luis XI, le dijo que su único deseo era que su hermano quedara contento.

En vez de la Champaña, que hubiese puesto en comunicación los vastos dominios del duque de Borgoña unos con otros, Luis XI ofreció á su hermano la Guiena, que era mucho más rica, y le dió Burdeos como residencia. Así lo separó del Temerario y lo indispuso con los ingleses, que siempre habían conservado su apetito por aquella provincia. Luego lo separó del resto de la nobleza, obligando al conde de Armañac á huir del reino, y al de Nemours á someterse.

Luis XI se unió con los suizos, que se hallaban en posición de inquietar al duque de Borgoña, y renovó su alianza con el rey de Escocia y el duque de Milán, que debían proporcionarle tropas; luego se entendió en Inglaterra con el conde de Warwick, *el hacedor y deshacedor de reyes*, á quien ayudó á reintegrar sobre el trono al rey Enrique VI. Al mismo tiempo, se captó el favor público á fuerza de liberalidades, halagó á la burguesía creando para ella dignidades y honores, favoreció el comercio, y cuando creyó á todo el mundo bien dispuesto en su favor, convocó de nuevo los estados generales, y les hizo anular lo que él pactara en Péronne (1470).

Muerte del hermano del rey (24 de Mayo 1472). — Ese acuerdo era una declaración de guerra abiertamente dirigida al duque de Borgoña. El Temerario no se anduvo en dilaciones para responderle y apareció al frente de su ejército. Sin embargo, los primeros

(1) Esa cruz, que Carlomagno había llevado, fué llamada cruz de San Laúd, porque durante mucho tiempo se la conservó en la iglesia de ese nombre de Angers.

ataques fueron de poca importancia. Luis XI había contado con el apoyo del condestable de Saint-Pol y con la fidelidad de su hermano, á quien creía haberse atraído con la cesión de la Guiena en patrimonio. Pero, después de algunos hechos de armas poco notables, esos dos aliados sólo procuraron atizar la discordia entre el duque y el rey, para ventaja de sus propios negocios. Carlos y Luis lo comprendieron, y no queriendo ser más tiempo juguete de la ambición del condestable, pactaron una tregua, que no duró más que tres meses.

Pero tan corto período bastó para organizar contra Luis XI una formidable liga, de la cual formaban parte Eduardo IV, rey de Inglaterra, Carlos el Temerario, Nicolás, duque de Lorena, el duque de Bretaña y el de Guiena. La intención de los confederados era formal; sus pretensiones no se reducían á nada menos que el reparto de Francia. « Deseo tanto el bien del reino, decía el duque de Borgoña, que en vez de un rey que tiene, quisiera verle seis. » Esa coalición era muchísimo más temible que la del *bien público*, y Luis XI no tenía á su disposición los mismos recursos. El pueblo estaba cansado de guerras, y las ciudades gemían bajo el peso de los impuestos. Era imposible contar por segunda vez con su abnegación y fidelidad.

Felizmente para Luis XI, la inesperada muerte de su hermano el duque de Guiena desconcertó á los confederados y lo libró de uno de sus más temibles enemigos. Ese acontecimiento vino tan á punto que el duque de Borgoña fué creído cuando acusó al rey de haberla causado « con venenos, maleficios, sortilegios é invenciones diabólicas. » La historia no ha ratificado todas esas insolentes declamaciones, pero á lo menos sirvieron en ese tiempo para justificar los excesos del Temerario.

Juana Hachette. Desembarco de los ingleses.

— Aunque no había terminado la tregua convenida entre el duque de Borgoña y Luis XI, aquél pasó el Somma y se arrojó con furor sobre la pequeña población de Nesle, donde, violando una capitulación, hizo pasar á cuchillo á todos los habitantes, hombres, mujeres y niños, y cuando penetró en la iglesia en que se

había refugiado aquella infeliz población, halló corriendo á mares la sangre. Entonces exclamó haciendo el signo de la cruz « que veía cosas muy bellas y que tenía consigo muy buenos carniceros ». A partir de entonces no se le llamó Carlos el Temerario sino Carlos el Terrible.

Como la noticia de las matanzas de Nesle se divulgara, todas las ciudades resolvieron defenderse con intrepidez. Al llegar el ejército burguignon ante los baluartes de Beauvais, el 27 de Junio de 1472, los burgueses sostuvieron un asalto que duró once horas. En esas circunstancias fué cuando Juana Hachette (1) desplegó el extraordinario valor que la ha hecho célebre. Vióselá sobre los baluartes arrancar el estandarte de manos de un soldado borguignon y rechazar al enemigo con el hacha de que estaba armada. Otras mujeres de la ciudad mostraron también, durante ese sitio, la mayor energía. El estandarte tomado por Juana Hachette fué llevado en triunfo á la iglesia de los jacobitas, donde se le conservó, y Luis XI concedió á las mujeres de Beauvais, por cartas patentes fechadas en Amboise en 1473, el derecho de preceder á los hombres en la procesión y la ofrenda, el día de la fiesta de Santa Angadresma, cuyas reliquias habían sido llevadas á los baluartes durante el asalto.

Mientras los habitantes de Beauvais resistían de ese modo con asombroso valor, el mariscal de Roualt penetró en la ciudad con una fuerte guarnición, y el duque de Borgoña tuvo que retirarse, después de intentar un postrer asalto. Pero se desquitó de ese revés por la ruina del país de Caux, de las ciudades de Eu y de Saint-Valery, y luego se retiró á Abbeville, donde aceptó una tregua que le ofreció Luis XI.

Durante ella, ambos rivales trabajaron en el engrandecimiento de sus dominios. Luis XI hizo respetar en el interior su autoridad, castigando severamente al

(1) Ningún historiador contemporáneo da á esa mujer el nombre de Juana Hachette. Comines la llama Juana Fourquet; P. Mathieu la designa por Juana Fouquet. Los autores del *Art de comprobar las fechas* y Antonio Loisel, *Memorias del Beauvoisis*, la llaman Juana Lainé. Su calificativo de Hachette (hacheta) le ha sido dado por el arma que usaba en el sitio en que se distinguió.

duque de Alençon y al conde de Armañac, declarados culpables de alta traición; y recobró de Juan II, rey de Aragón, el Rosellón y la Cerdeña (1473), que había perdido durante sus guerras con el duque de Borgoña. Por su parte, Carlos el Temerario llamó á Francia al rey de Inglaterra. Engañado Eduardo IV por sus deslumbradoras promesas, atravesó el estrecho y desembarcó en Calais. Los soldados que lo seguían creían hallar al enemigo á los tres días de marcha, y esperaban que con una batalla favorable quedarían dueños del reino. Pero Luis siguió táctica completamente opuesta. Dejó que los ingleses procedieran con libertad, y cuando los vió desalentados por el fastidio, el poco atractivo de la empresa y el cansancio, compró su retirada y los hizo marcharse en cambio de una escasa suma de dinero.

Batallas de Granson, de Morat y de Nancy (1476-1477). — La paz con los ingleses había sido convenida en Picquigny el 29 de Agosto de 1475, y el 13 de Septiembre firmaban Luis XI y el duque de Borgoña la tregua de Soleure. Este último se hallaba preocupado entonces por una vasta empresa. Sus Estados, que se componían de la Borgoña y el Franco-Condado, el Artois, la Flandes, el Hainaut, el Brabante, Holanda y el ducado de Luxemburgo, no estaban unidos todos entre sí. Para poner en comunicación á los del sur con los del norte, hubiera necesitado la Champaña, la Lorena ó la Alsacia. Ya había procurado obtener la Champaña haciendo que Luis XI la diera al duque de Berri, pero la mala fe del monarca hizo fracasar sus esperanzas. En este momento se hallaban fijos sus ojos en las otras dos provincias. En caso de lograr apoderarse de ellas, proponíase restablecer el antiguo reino de Lorena, dándole por límites el Ródano, el Saona, el Mosa y el Escalda al oeste, los Alpes y el Rhin al este, el Mediterráneo al sur y arriba el mar del Norte. Ese reino se había compuesto de multitud de pueblos, de lenguas, costumbres y hábitos diferentes; pero el Temerario se preocupó primero de reunir las provincias contenidas en esos límites, á reserva de pensar más tarde en dar cierta unidad á Estado tan heterogéneo.

Empezó por obtener el ducado de Gueldre y el condado de Zutphen (1473), que lo hicieron dueño de la

parte inferior del Rhin, y consiguió que René de Vaudemont, sucesor del duque de Lorena, le cediera cuatro plazas fuertes, y el derecho de atravesar libremente sus tierras. El archiduque Segismundo le cedió también el landgraviato de Alsacia, que le dejaba camino abierto entre el Franco Condado y el Luxemburgo. Entonces pensó seriamente en reemplazar su título de duque por el de rey. Con tal fin, celebró en Treves una entrevista con Federico III, emperador de Alemania. En ella se convino que el Temerario tendría el título de rey y de vicario general del imperio, y que en cambio daría la mano de su hija María al hijo de Federico, el archiduque Maximiliano. Pero cuando se trató de ejecutar lo pactado, ninguno de ellos quiso ser el primero en empezar, por lo cual se separaron descontentos uno de otro. Y como Luis XI tuvo la habilidad de inspirar al emperador profunda desconfianza respecto del duque, Federico se marchó de pronto de Treves, diciendo que examinaría con más detenimiento el asunto, en circunstancias más oportunas.

Entretanto, las ciudades libres de Alsacia, los cantones suizos, el rey de Francia y el archiduque Segismundo se aliaron contra el duque de Borgoña. El archiduque le devolvió el dinero que de él recibiera, y así rescató el landgraviato de Alsacia. Luis XI no envió tropas contra Carlos, pero sostuvo á las ciudades del Rhin y á los suizos, enviándoles secretamente dinero. Carlos el Temerario quiso compensar esas pérdidas apoderándose del arzobispado de Colonia, mas fracasó ante la pequeña ciudad de Nauss, que sostuvo sin sucumbir hasta nueve asaltos en un día.

Pero fué más afortunado en Lorena, cuya provincia arrebató á René de Vaudemont, haciendo su entrada en Nancy el 30 de noviembre de 1475. Mientras efectuaba esa conquista, los suizos se habían extendido por el Franco Condado, quemando y saqueando ciudades y campiñas. El Temerario, que necesitaba la Helvecia para la ejecución de sus gigantescos planes, aprovechó esa circunstancia para emprender la conquista de dicho país. Al notar los suizos el peligro que los amenazaba, hicieron al duque ventajosísimas proposiciones y le expusieron humildemente « que había en las es-

puelas de sus caballeros y en las riendas de sus corceles más oro y plata que en toda Suiza, » y que la posesión de sus montañas no valía la pena de tentarlo.

Los amigos y consejeros del Temerario lo disuadieron también de esa empresa, pero nada pudo detenerlo. Habiendo reunido un ejército de cerca de cuarenta mil hombres y formidable artillería, empezó el ataque en pleno invierno. Presentóse el 18 de febrero ante la pequeña ciudad de Granson, que le resistió diez días. Para excitarlos á rendirse, prometió á los habitantes dejarles la vida; mas, al ser dueño de la ciudad olvidó sus promesas y los hizo pasar todos á cuchillo. Esa barbarie indignó á todos los cantones suizos, y los vencedores de Morgarten y de Zempach marcharon á vengar aquel atentado. Hallaron al ejército burguignon cerca de Granson, reunido todo en una llanura estrecha donde la artillería y la caballería no podían maniobrar (2 de marzo de 1476). Antes de trabar la batalla, aquellos sencillos y pios montañeses se arrodillaron para encomendarse á Dios. « Piden gracia, exclamó entonces el duque de Borgoña; mirad á esos villanos que desean hacernos la guerra y que no se atreven ni siquiera á empezarla. » Pero no tardó en conocer el valor de aquellos hombres, que pasaban con razón por los primeros soldados del mundo; en poco tiempo fué desbandado su ejército. Carlos no perdió muchos soldados; pero sí dejó en manos de los vencedores cuatrocientos cañones, su tienda, su tesoro, sus diamantes, su espada, su collar del Toisón de Oro, los ornamentos de su capilla y multitud de tahalles, estandartes y pendones que los suizos emplearon en adornar sus iglesias.

Esa derrota abatió el orgullo del duque y lo sumió en negra melancolía, que alteró su espíritu y su salud: pero reunió otro ejército compuesto de italianos, ingleses, saboyanos, burguignones y gentes del Franco Condado, componiendo en total treinta y seis mil hombres. Con ellos salió de Lausanne el 27 de mayo de 1476, diciendo: « Almorzaré en Morat, comeré en Friburgo y cenaré en Berna. » Sin embargo, el 22 de junio estaba aún delante de Morat, punto á donde fueron á atacarlo los suizos, sostenidos por las fuerzas que les enviaron René de Lorena y Segismundo de Austria.

Carlos no tomó precaución ninguna para recibir ese ataque, y su caballería y artillería no pudieron maniobrar, según ya le ocurriera en Granson. El ejército, cogido entre los enemigos, el lago y la ciudad de Morat, no pudo huir. Así fué que dejó más de diez mil hombres sobre el campo de batalla.

Muerte de Carlos el Temerario (1477). — El gran duque de Occidente convocó los Estados del Franco Condado, de Borgoña y de Flandes para tratar de los medios de reparar tan gran desastre: pero en todas partes recibió negativas humillantes y todos parecían burlarse de sus desgracias, René Vaudemont volvió á la Lorena; al saberlo el Temerario, se dió prisa á marchar sobre Nancy, pero llegó demasiado tarde, pues hacia ya tres días que la ciudad había vuelto á caer en manos de su adversario. Carlos quiso ponerle sitio, á pesar de no disponer sino de cuatro mil hombres. René voló en socorro de su capital con fuerzas cinco veces mayores que las del Temerario, quien no obstante aceptó la batalla (5 de enero de 1477). Las alas del ejército burguignon fueron deshechas y se desbandaron. Entonces René atacó, de frente y por los flancos, al cuerpo que mandaba el duque en persona. Carlos revistió su casco, y viendo caer al suelo un león de plata dorado que le servía de cimera, exclamó con asombro: *Hoc est signum Dei* (este es un presagio del cielo). Vencido, arrastráronlo en sus filas los fugitivos; así cayó del caballo en un foso, donde lo mataron de una lanzada. Su cuerpo no fué hallado hasta dos días después de la batalla, cubierto de sangre y de lodo, y con la cabeza entre dos témpanos de hielo. No fué posible reconocerlo, pues estaba muy desfigurado, hasta que se notó lo largo de su barba y la cicatriz de una estocada que había recibido en la batalla de Montlhéry. *Primo mío*, dijo René tomándole la mano, *que Dios haya vuestra alma; mucho mal y muchos dolores nos habéis causado.*

§ II. — *Engrandecimiento del dominio real. Gobierno de Luis XI.*

Luis recoge la herencia del duque de Borgoña.

— La muerte del duque de Borgoña libró á Luis XI de un enemigo terrible, pero no dió fin á la guerra. Carlos el Temerario no había dejado para sucederle más que á su hija María, de veinte años de edad. Luis XI pretendió que una parte de los Estados del duque eran feudos masculinos y que por tanto debían volver á la corona. Luego procuró asegurarse la posesión de las demás partes intentando casar á su hijo el delfin Carlos con la duquesa, cuya mano era solicitada al mismo tiempo por el archiduque Maximiliano, el duque de Gueldre, el duque de Clarence y lord Rivers, hermano y cuñado respectivamente del rey de Inglaterra Eduardo IV. Mientras la princesa dudaba entre esos distintos partidos, Luis XI se apoderó sucesivamente de las ciudades de la Picardía, del ducado de Borgoña, del Franco Condado, del Artois y de parte de los Países Bajos. Los flamencos habían conservado en medio de ellos á la joven duquesa, y pretendían resarcirse del yugo que les había impuesto Carlos el Temerario, dirigiéndola á su guisa. Pero como Luis XI les inspirara desconfianza contra María, excitándolos á rebelarse contra ella, la joven se alejó de Francia y se casó con Maximiliano de Austria, hijo del emperador Federico III (18 de agosto de 1477). Ese enlace desconcertó todos los planes de Luis XI, pues lo obligó á sostener la guerra contra la casa de Austria. Maximiliano obtuvo sobre el ejército francés la victoria de Guinegate (7 de agosto de 1479), pero no pudo sacar de ella ventaja alguna. Habiéndose visto obligado á volver á Flandes, vió sus Estados presa de las facciones, y para salir de las dificultades que éstas le suscitaban, tuvo que emplear todos sus recursos.

En eso ocurrió la muerte de su mujer, María de Borgoña (25 de marzo de 1482), dejando dos hijos, Felipe y María, que heredaron la Flandes, con arreglo al estatuto de esa provincia. El consejo de regencia cedió á la Francia, por el tratado de Arras, la Picardía, la Borgoña, el Artois y el Franco Condado (23 de diciembre de 1482), lo que aniquiló á la célebre casa de Borgoña, cuyo poder había estado á punto de ser tan funesto para la Francia.

Humillación de los grandes. — Durante todo su

gobierno no descuidó nada Luis XI para disminuir la importancia de las casas que podían hacer sombra á la corona. Empezó por aniquilar á la de Armañac, que era una de las más potentes y orgullosas familias del mediodía. Su jefe, Juan V, se jactaba de descender de los merovingios, y nunca dejó, lo mismo que sus antepasados, de ser enemigo de la casa reinante. Carlos VII había tenido que condenarlo por los atroces crímenes con que se manchaba; pero Luis XI, que al principio de su reinado se había complacido en deshacer lo que antes hiciera su padre, se apresuró á reabilitar á aquel señor, devolviéndole sus bienes. Tuvo la recompensa que podía esperar; así que Juan se vió en posesión de sus dominios, se alió con los duques de Borgoña y Guiena y con el rey de Inglaterra, convirtiéndose en uno de los más ardientes enemigos de su bienhechor. Luis XI castigó su felonía en 1473; hizo sitiarse en la ciudad de Lectoure, y ordenó su muerte, sin respeto á la capitulación concedida. Todos los Estados de Armañac fueron confiscados en provecho de la corona.

El duque de Alencón había sido condenado igualmente bajo Carlos VII. Luis XI le devolvió la libertad, restableciéndolo en sus posesiones. Pero no bien salió ese príncipe de su cautiverio, cuando fabricó moneda falsa, entró en la liga del *bien público* y formó parte de todos los complots formados contra el rey. Llegó hasta vender su condado del Perche y su ducado de Alencón al duque de Borgoña. Luis XI lo hizo prender en 1473, y condenarlo á muerte; pero la sentencia fue conmutada en encierro perpetuo, en el cual murió efectivamente dos años más tarde.

El condestable de Saint-Pol, que debía también todo á Luis XI, fué decapitado en la plaza de Grève al año siguiente. El rey le había confiado la capitania de Tours, el gobierno de Normandía y la espada de Francia al nombrarlo condestable; pero sólo se sirvió de su habilidad y sus talentos para engañar á los príncipes á cuyas órdenes estuvo. Sirvió sucesivamente al rey de Francia, al de Inglaterra y al duque de Borgoña, y esos pudieron, comunicándose mutuamente las cartas del condestable, convencerse de que los había

vendido y engañado á todos. El duque de Borgoña lo entregó á Luis XI, que lo hizo encerrar en la Bastilla, y ejecutarlo, una vez convicto de todos sus crímenes (1475).

Dos años después, Santiago de Armañac, duque de Nemours, jefe de la rama menor de los Armañac, fué prendido y juzgado. Ese príncipe se había hecho, respecto de Luis XI reo de negra ingratitud. No obstante que el rey le otorgó su ducado de Nemours é inmensos bienes en las diócesis de Meaux, de Chalons, de Sens y de Langres; no obstante haberse casado con la hija del conde del Maine, prima del soberano, jamás cesó de ser traidor á éste. Fué uno de los primeros en aceptar la liga del Bien público, por lo que obtuvo poco después su gracia, así que se firmó el tratado de Conflans. Más tarde se había aliado con el conde de Armañac, tomando partido por el duque de Guiena, y entendiéndose con los enemigos de Luis XI. Sin embargo el rey se había mostrado dispuesto á perdonarlo una vez más. Por último, en 1475, en vez de servir la causa de su bienhechor, se preparaba para unirse con el duque de Borgoña y el rey de Inglaterra. No es, por tanto, extraordinario que el rey permaneciera sordo á sus ruegos y que se pronunciara su condenación. Fué ejecutado en la plaza de los mercados, pero no es cierto que, como se ha pretendido, fueran colocados debajo del cadalso sus hijos para que los mojará la sangre de su padre.

Todas esas condenaciones tuvieron por efecto destruir las casas de Armañac, de Alencón, de Saint-Pol y de Nemours, haciendo morir á sus jefes. Luis XI se atrajo al mismo tiempo á la casa de Borbón, casando á su hija Ana, que estuvo encargada de la regencia durante la menor edad de Carlos VIII, con el segundo hijo de esa familia, príncipe de Beaujeu, y se captó las simpatías de la casa de Orleans dando por mujer al duque Luis, que reinó después de Carlos VIII, con el nombre de Luis XII, su segunda hija Juana. Luego despojó á la casa de Anjou, obteniendo del anciano René y de su sobrino Carlos un testamento que lo declaraba su heredero. Habiendo muerto el primero en 10 de julio de 1480, y el segundo el 12 de diciem-

bre de 1481, Luis quedó así dueño del Maine, de Anjou y de la Provenza.

Muerte de Luis XI (30 de agosto de 1483). — Todos esos triunfos no pudieron curar á Luis XI de la sombría tristeza y negra melancolía que le inspiraba la idea de su próxima muerte. Para disimular ante los ojos de sus vasallos su decaimiento, desplegó grande actividad, visitando por sí mismo todas sus provincias. Luego se encerró en su castillo de Montils-lez-Tours, al cual habían valido el nombre de Plessis (*plexitium*, parque, sitio firme) las fortificaciones que lo rodeaban. Desde esa fortaleza inaccesible trastornaba sin cesar el reino, para demostrar su vigor y su poder, y cada día multiplicaba sus rarezas para que los ojos de sus súbditos estuviesen siempre fijos en él. Entregábase á todas las locuras que le sugería la superstición, en la esperanza de prolongar sus días; y el miedo á la muerte lo hacía esclavo y víctima de su médico. Conociendo las virtudes de San Francisco de Paula, lo llamó á su lado, para retardar su última hora. Pero el servidor de Dios le enseñó que vivir era menos importante que el bien morir; y por efecto de sus consoladoras exhortaciones, Luis XI falleció con resignación el 30 de agosto de 1483, pronunciando estas palabras: *Nuestra Señora de Embrún, mi buena patrona, ayúdame.*

Adquisiciones hechas durante su reinado. — Luis XI reunió durante su reinado, á los dominios de la corona, casi todas las posesiones de las grandes casas feudales. Por el tratado de Arras sacó de la herencia del duque de Borgoña cuatro magníficas provincias, la *Picardía*, el *Artois*, el *ducado de Borgoña* y el *Franco Condado*. La casa de Anjou le llegó el *Anjou*, el *Maine* y la *Provenza*; pero esta última provincia sólo fué anexionada á la corona, conservando sus leyes y derechos particulares, y los reyes de Francia no llevaron más que el título de *condes de Provenza*, que conservaron hasta 1789. Confiseó el ducado de Alencón y el *Perche* cuando el duque de aquel nombre fué condenado. Por la muerte de su hermano adquirió la Guiena.

La condenación del conde de Armañac, del duque

de Nemours y del condestable de Saint-Pol valieron á la corona los feudos del condado de Saint-Pol, los dominios del duque de Nemours y el condado de Armañac con todas sus dependencias. En sus relaciones con Aragón, Luis XI había obtenido además la Cerdaña y el Rosellón. Sólo quedaba, pues, en Francia una gran casa feudal, la de Bretaña, á la cual se acercó lo más que pudo por el Mans, Angers y Alencón, sin dejar nunca de vigilarla; pero el duque de Bretaña había sabido á su vez mantenerse en guardia para no dar motivo á que su peligroso vecino se echara sobre sus tierras.

En Francia, los ingleses seguían poseyendo la ciudad de Calais. « También habíamos pensado, decía Luis XI en su lecho de muerte, en expulsarlos del último nido que les queda en el reino. » Pero no pudo ejecutar ese proyecto. Su único pensamiento había sido fundar la unidad territorial de Francia en provecho de la monarquía. Si no pudo lograr tan grande objetivo, á lo menos adelantó considerablemente su realización.

Gobierno é instituciones. — Independientemente de esas adquisiciones, que contribuyeron á fundar la unidad territorial, el reinado de Luis XI fué también uno de los más notables de la monarquía francesa por las reformas é instituciones con que dotó al país. Comprendió toda la importancia de la administración de justicia é introdujo en ella numerosas y profundas mejoras. Creó tres nuevos parlamentos: el de *Grenoble* (1453), que reemplazó al antiguo consejo *delfinés*, cuya jurisdicción se extendía por el *Belinado*; el de *Burdeos* (1462), el de *Dijón* (1477), y reformó mucho el de París.

Renovó la ordenanza de Carlos VII relativa á la redacción de un *código del derecho consuetudinario*. Decía apeteer « *que en su reino hubiese una costumbre y que todas las costumbres fueran puestas en francés en un hermoso libro, para evitar el dominio y las pillerías de los abogados.* » Ese deseo no pudo realizarse, pero aun el simple pensamiento de esa unidad era ya un gran progreso que conviene señalar.

Estableció en principio la inamovilidad de los

jueces, lo cual fué excelente garantía en favor de su imparcialidad. Declaró que aquéllos no podrían ser privados de sus cargos más que *por indignidad juzgada y declarada judicialmente por autoridad competente*.

Acabó de destruir el feudalismo permitiendo que los burgueses reclamaran el derecho que tenían los nobles de mandar la ronda y la guardia. Creó un Código municipal completo para las ciudades, con el fin de hacerlas cada vez más dependientes del poder central, é hizo nuevos reglamentos para los gremios de artes y oficios, cuyo jefe se declaró.

Correos. Apoyo al comercio, á la imprenta y á las letras. — Para facilitar las comunicaciones, Luis XI estableció el servicio de correos. En rigor, esa institución no sirvió al principio más que al rey y al papa personalmente, pero luego se la extendió al uso de los particulares en 1481.

Ese príncipe, cuya prodigiosa actividad bastaba para atender á todo, se aplicó al mismo tiempo á favorecer el desarrollo del comercio y de la industria. Con tal fin creó multitud de ferias y mercados y procuró establecer la unidad de pesas y medidas.

Favoreció la industria haciendo que de Venecia, Florencia y Génova fueran á Francia obreros hábiles, y creando en Tours fábricas de telas de seda, de oro y de plata. Al mismo tiempo alentó la cría de gusanos de seda y la explotación de minas, que era una de las más antiguas industrias de Francia.

Habiendo sido inventada la imprenta en Maguncia por Juan Gutenberg, en 1436, los doctores de la Sorbona llamaron á París en 1469 tres tipógrafos que habían trabajado en casa de Furst, socio de Gutenberg, y los establecieron en uno de los locales del colegio. Sorprendido el pueblo por su maravilloso arte, los acusó de brujería, pero Luis XI los protegió contra la ceguera de la superstición y favoreció por manera tan eficaz su industria, que en pocos años multiplicaron las obras de los literatos y de los sabios.

El rey en persona se había aplicado mucho al estudio, y según su historiador, Comines, *recibió en las letras un alimento que los reyes no estaban acostumbrados á tener*. Compuso varios libros, entre los cuales merece

mención el *Rosier des guerres*, que destinaba á la educación de su hijo. Fundó diversas escuelas de derecho y de medicina, y el número de las universidades aumentó mucho en su tiempo, lo mismo que en el de su padre. Las academias de Dôle (1422), de Poitiers (1431), de Burdeos (1444), de Caen (1431), de Valencia del Delfinado (1452), de Nantes (1460), de Bourges (1463), datan de entonces.

§ III. — *Carlos VIII y Ana de Beaujeu. Estados generales de 1484.*

Ana de Beaujeu. — Para sostener la obra de Luis XI se habría necesitado un hombre de genio igual al suyo. Carlos VIII no era más que un niño de catorce años, de poca salud, que siempre habían tenido alejado de las cosas serias por temor á violentar una naturaleza frágil y delicada con aplicación demasiado atenta. Luis XI designó como regenta á su hija mayor, Ana de Beaujeu, que era mujer de valor y de inteligencia, de espíritu astuto y sagaz. «Lista y avisada, dice Brantôme, si alguna hubo así, y en todo verdadero retrato de su padre.» Pero los señores veían con disgusto que iban á estar sometidos á una mujer y además comprendían que la monarquía estaba débilmente representada. Así fué que creyeron favorable la ocasión para intentar la restauración de sus privilegios, y para destruir lo que contra ellos se había hecho en el reinado precedente.

Estados generales (1484). — Ana de Beaujeu les hizo algunas concesiones, dejando que el odio público se encarnizara contra los favoritos de Luis XI. Oliverio Le Daim fué condenado por el parlamento á ser ahorcado, y se obligó á todos los hombres de oscura condición que rodearon al monarca, á restituir las riquezas que aquél les concediera. Habiendo sido convocados en Tours los estados, la nobleza dejó oír sus quejas, reclamando contra el servicio á que se la había sometido, recordando su derecho de caza que le habían arrebatado, acusando á los nuevos gobernadores de las ciudades y de los castillos de no cuidar de la seguridad del país, y renovando, por fin, todos los resentimientos

personales que tenía contra Luis XI. El estado llano expuso también sus quejas acerca de la administración, la justicia y la pobreza del reino, y pidió la supresión de los impuestos, la represión de las exacciones de los militares, y la disminución del ejército. Todos los órdenes querían la unidad de las leyes ó costumbres, el libre tráfico de las mercancías dentro del reino, la supresión de los obstáculos que lo estorbaban, la inamovilidad de los jueces y la convocatoria de los estados generales cada dos años. Ana de Beaujeu tuvo la habilidad de calmar los ánimos haciendo magníficas promesas; hizose otorgar plenos poderes por el tiempo de la menor edad de su hermano, y disolvió luego los estados sin preocuparse demasiado de los deseos que manifestaran.

Intrigas del duque de Orleans. — Sin embargo, muchas ambiciones no habían quedado satisfechas, y en el reino existía gran número de descontentos, entre los cuales se hacía notar el duque de Orleans. Ese príncipe se fué por todas partes alizando el fuego de la sedición, y se unió con el duque de Bretaña, último de los grandes señores feudales que sobrevivió á Luis XI. Carlos VIII los citó por felonía ante el tribunal de los pares y los hizo condenar; pero como esa sentencia necesitaba ser apoyada por la fuerza, Luis de la Tremoille recibió orden de penetrar en Bretaña con un poderoso ejército; así lo hizo, arrasando á Châteaubriant y Ancenis, apoderándose de Saint-Aubin y difundiendo el terror ante su paso. Los bretones se presentaron á atacarlo bajo los baluartes de la última de dichas ciudades; pero fueron vencidos, y el duque de Orleans quedó prisionero. El cautiverio de ese príncipe cortó la rebelión y el reino recobró su tranquilidad interior (1488).

Casamiento de Carlos VIII con Ana de Bretaña. Adquisición de esta provincia (1491). — Desde entonces empezó á revelarse el carácter ardoroso de Carlos VIII. Habiendo muerto el anciano duque de Bretaña, su hija Ana, heredera de dicha provincia, concedió su mano á Maximiliano, emperador de Alemania, y hasta llegó á celebrarse por poderes el matrimonio. Carlos VIII, que comprendía cuán peli-

groso para su corona era ese enlace, solicitó abiertamente para sí la mano de la princesa; pero Ana de Bretaña sólo repulsión sentía hacia el joven monarca. El interés la inclinaba á Maximiliano, si bien su corazón hubiese preferido á Luis de Orleans. Carlos VIII tuvo la feliz idea de poner en libertad á ese príncipe, y de utilizarlo como mediador para lograr sus fines. Todo le salió como lo deseaba. El duque de Orleans, encadenado por la gratitud, sirvió con grandísimo celo los intereses de su bienhechor y logró realizar el apetecido casamiento, que daba el último golpe al poder de los grandes feudatarios en provecho de la unidad del reino y de la independencia de la corona.

Las naciones extranjeras tuvieron celos de la fortuna de Carlos VIII. El rey de Inglaterra, Enrique VII, pasó el estrecho y puso sitio á Boulogne; el emperador Maximiliano, irritado por la afrenta que le habían hecho, se apoderó de Arras; y Fernando, rey de España, reivindicó el Rosellón y la Cerdeña. Carlos VIII hubiera podido destruir fácilmente los planes de sus enemigos; pero el relato de los hechos de los antiguos caballeros le había inflamado la imaginación y no podía fijarse en ninguna idea práctica. Sólo soñaba en quimeras, y su espíritu fantástico le hacía concebir las mayores esperanzas en derechos que le habían sido transmitidos por la casa de Anjou sobre el reino de Nápoles. Esto fué lo que lo decidió á emprender la conquista de Italia (1494).

Resumen de este capítulo. — El reinado de Luis XI es uno de los más notables de la monarquía francesa. Con él se inaugura la edad moderna, abatiendo el poder del feudalismo y trabajando en el desarrollo de las nuevas instituciones.

I. Las casas de Anjou, de Bretaña y de Borgoña eran las más importantes al ocurrir el advenimiento de Luis XI, y contaban con numerosos apoyos en la nobleza. El poder real tenía la ventaja de poseer dominios más compactos y de estar sostenido por la alianza de las potencias extranjeras. Durante su reinado, Luis XI se propuso como misión el aniquilamiento del feudalismo. Por de pronto procedió con torpeza, y sus primeras faltas excitaron contra él una coalición llamada liga del Bien público (1464). Para vencer á los nobles, el rey se apoyó en la burguesía, y después de la dudosa batalla de Montlhéry (1465), firmó los tratados de Conflans y de Saint-Maur, que pusieron término á aquella especie de guerra civil. En ellos concedió cuanto sus adversarios quisieron, á reserva de hacer luego que

una asamblea de notables que convocó en Tours desautorizara sus promesas (1468). Fué á Péronne al encuentro de Carlos el Temerario, pero habiendo sabido éste que los habitantes de Lieja acababan de rebelarse, siguiendo los consejos de Luis, lo guardó prisionero, y no le devolvió la libertad hasta que lo obligó primero á asistir al castigo de sus aliados. Luis XI no cumplió el tratado de Péronne, según su costumbre, y lo hizo anular por los estados generales (1470). Esa conducta renovó las hostilidades con el duque de Borgoña, que formó con el rey de Inglaterra y los duques de Lorena, de Bretaña y de Guiena, hermano éste del rey, una liga contra Francia. Pero en eso murió el duque de Guiena (1472), al paso que la abnegación de Juana Hachette rechazaba al duque de Borgoña delante de Beauvais (1437), y que Luis XI tenía la habilidad de dejar á los ingleses agotar sus fuerzas en inútiles correrías. El duque de Borgoña procuró luego hacerse conferir la diadema real por el emperador de Alemania Federico III, y volvió después sus armas contra la Lorena, que conquistó, y contra los suizos, que lo vencieron en Granson (1496) y en Morat. René de Vaudémont había ocupado de nuevo la Lorena, con ayuda de esos desastres. Carlos el Temerario quiso marchar contra él y murió bajo los baluartes de Nancy (1477).

II. Como Carlos el Temerario no dejase por heredera más que una hija, la princesa María, que se casó con Maximiliano de Austria, Luis XI se apoderó de parte de sus posesiones. El tratado de Arras (1482) le dió la Picardía, la Borgoña, el Artois y el Franco Condado. Al mismo tiempo trabajó en la ruina de los restantes grandes señores feudales. Así confiscó las tierras de los Armahacs, hizo prender al duque de Alencón, decapitar al condestable de Saint-Pol y ejecutar al duque de Nemours. Privó á la casa de Anjou del Maine, el Anjou y la Provenza, que le correspondían por herencia. Habiéndose enriquecido de ese modo el dominio de la corona con posesiones importantes, creó los parlamentos de Grenoble, de Burdeos y de Dijón, en interés de la justicia. Con el mismo intento estableció el principio de la inamovilidad de los jueces. Fundó el servicio de correos, alentó al comercio, favoreció la industria, y multiplicó las universidades para propagar las ciencias y las letras. Preciso es reconocer que el objetivo que Luis XI se propuso durante su reinado era laudable, pero desgraciadamente ese soberano creyó que el fin justifica todos los medios, y eso explica la falta de sinceridad y buena fe que con motivo cabe reprochar á su política.

III. Al efectuarse su advenimiento, Carlos VIII era sencillamente un niño incapaz de sostener la obra de Luis XI, pero su hermana, Ana de Beaujeu, poseía el genio de su padre. Esa princesa convocó los estados generales (1484) y tuvo la habilidad de hacerse reconocer como regente del reino. El duque de Orleans, que debía suceder á Carlos VIII, se unió á los señores para intentar una rebelión, pero fué vencido en Saint-Aubin, donde lo hicieron prisionero (1488). Carlos VIII tuvo después la feliz idea de volverle la libertad para que el de Orleans usara de su influencia con Ana de Bretaña, decidiéndola á casarse con el rey de Francia (1491), cuyo enlace sirvió para reuñir aquella

importante provincia á la corona. Después de ese gran acontecimiento fué cuando Carlos VIII pensó en la conquista de Italia

CAPÍTULO XVII.

DE LA INGLATERRA. RICARDO II. ADVENIMIENTO DE LOS LANCASTER (1).

Este periodo comprende la guerra de Cien años. Antes de Ricardo II reinan: Eduardo I (1272-1307), Eduardo II (1307-1327) y Eduardo III (1327-1337). Bajo este último fué cuando dió principio aquella larga guerra, tan funesta para la Francia. Las primeras hostilidades estallaron en Guiena en 1337 y la lucha duró hasta la toma de Burdeos en 1453. En el primer periodo la victoria se decidió por los ingleses (1337-1360), que triunfaron en Crécy y Poitiers. En el segundo, la espada de Duguesclin rehizo bajo Carlos V (1360-1380) la fortuna de Francia. En el tercero, Enrique V, aprovechando la demencia de Carlos VI y las disensiones de la nobleza, se apoderó de casi toda Francia (1380-1428). Pero en el cuarto, Juana de Arco aparece, y Francia sale al fin bajo Carlos VII de todas sus amarguras.

§ 1. — *De Inglaterra desde la muerte de Enrique III hasta el advenimiento de Ricardo II (1272-1377).*

Eduardo I y sus proyectos (1272). — Al exponer la historia de Francia bajo Felipe el Hermoso y durante la guerra de Cien años, hemos visto la historia interior de Inglaterra. La guerra de Cien años fué seguida en este país por un cambio de dinastía, que produjo la célebre lucha civil llamada *guerra de las Dos Rosas* cuyo resultado fué el advenimiento de los Tudors. Para comprender bien esas revoluciones, creemos necesario volver á tratar de la historia interior inglesa, á partir de Eduardo I.

Ese príncipe se hallaba en la Tierra Santa cuando murió Enrique III. Sin embargo el conde de Gloucester le prestó juramento de fidelidad; los nobles imitaron ese ejemplo, y toda la nación proclamó á Eduardo rey de Inglaterra, lord de Irlanda y duque de Aquitania (1272). Á su vuelta tributó á Felipe el Atrevido, sucesor

(1) AUTORES PARA CONSULTAR: Las *Grandes crónicas* de Mathieu Paris, Lingard, Goldsmith, Mackintosh, *Historiadores de Inglaterra*; Filón, *Historia comparada de Francia y de Inglaterra*; Agustín Thierry, *Historia de las conquistas de los Normandos*.

de San Luis, pleito-homenaje por las tierras que poseía como vasallo de la corona de Francia; puso fin á algunas turbulencias surgidas en Guiena, y se hizo coronar en Inglaterra con el nombre de Eduardo I (1). Ese príncipe no era menos ambicioso que sus predecesores, á pesar de ser más ilustrado. Su único deseo fué establecer su autoridad sobre toda la Gran Bretaña y volver así la isla entera á la unidad de dominación.

Conquista del país de Gales (1277-1283). — Retirados en sus montañas, los galenses (llamémoslos así para distinguirlos de los galos) habían despreciado hasta entonces á los reyes sajones y normandos. Eduardo, tomando pretexto de la negativa de Lewellyn (*Leolyn*) á tributarle el homenaje feudal, reunió en Guiena un ejército de mercenarios vascos, acostumbrados á combatir en medio de las rocas, y con ellos atravesó, antes que ningún otro rey de Inglaterra, las altas montañas de la región septentrional: pero tuvo que luchar cinco años para vencer la tenaz resistencia de aquellos montañeses. Mas, habiendo perecido su jefe Lewellyn, perdieron ánimo. David, su hermano, procuró aún continuar la guerra (1283), pero fué cogido por los soldados ingleses, que lo ahorcaron y lo descuartizaron luego.

Origen del título de príncipe de Gales. — Para destruir entre los vencidos todo espíritu de nacionalidad y prevenir de ese modo toda revuelta futura, Eduardo hizo exterminar á los bardos que con sus cantos exaltaban el valor de los galenses, mandó destruir en el interior de las tierras los bosques que servían de refugio á los insurrectos, y edificó en las costas fortalezas que en todo tiempo permitieran desembarcar allí tropas. Dicese que después de su victoria reunió á los galenses y les dijo que quería darles un jefe nacido en su país y que nunca hubiera pronunciado una palabra en francés ni inglés. Todos se alegraron, aplaudiendo el propósito. *Pues bien, añadió el rey, tendréis por jefe y príncipe á mi hijo Eduardo, que acaba de nacer en Caernavon, y que llamo Eduardo de Caernavon.* De ahí ha salido el

(1) Decimos Eduardo I, aunque haya habido varios reyes sajones de ese nombre, porque los ingleses no cuentan sus dinastías más que á partir de los reyes normandos.

título de príncipe de Gales que se tiene la costumbre de dar al hijo primogénito del rey de Inglaterra.

Sumisión de Escocia. — Dueño ya de las montañas y de los habitantes del país de Gales, Eduardo hubiese querido añadir á sus posesiones el reino de Escocia. Cuando murió Alejandro III (1286), le pareció favorable el momento para conquistar dicho país. Ese príncipe no había dejado hijos ni hermanos, sino simplemente primos, que en gran número, y con títulos diversos, aspiraban á la corona. Habiendo sido designado Eduardo como árbitro, dió la preferencia á Juan Baliol, bajo la condición de que se declararía vasallo del rey de Inglaterra. El pretendiente, que deseaba elevarse, prometió todo lo que se quiso, pero los escoceses no le permitieron cumplir su promesa. Ante la idea de que iban á depender de Inglaterra se rebelaron y Juan Baliol se vió obligado á renunciar solemnemente á su homenaje y á su fe como vasallo del rey Eduardo.

Guerra entre Eduardo y Felipe el Hermoso (1292-1297). — Durante ese tiempo, Felipe el Hermoso, que había sucedido á Felipe el Atrevido en el trono de Francia, declaró injustamente la guerra á Eduardo, con motivo de una riña ocurrida entre marinos normandos é ingleses. En 1293 se había pactado una tregua; el rey de Francia la violó indignamente, y declaró al de Inglaterra desposeido de todos los feudos que le pertenecían en el continente. Eduardo respondió á esas violencias con una declaración de guerra. Alióse con Guido de Dampierre, conde de Flandes, y por su parte el rey de Francia se alió con la Escocia (véase la pág. 22). El peso de la guerra cayó sobre sus aliados. Mientras Felipe triunfaba de los flamencos, Eduardo atacó á los escoceses y los venció en Dumbar, donde hizo prisionero á su rey Juan Baliol (1297).

Resistencia de Wallace (1297-1305). — Después de esa victoria, Eduardo penetró en las llanuras de Escocia y se apoderó de la mayor parte de sus ciudades. Los escoceses que no quisieron someterse á una dominación extranjera se refugiaron en los bosques y reconocieron como jefe á Guillermo Wallace, que combatió hasta exhalar su último suspiro por la independencia patria. Al principio tuvo la gloria de derrotar

las tropas de Eduardo; pero así que este pactó una tregua con Felipe el Hermoso, alcanzó sobre los escoceses la batalla de Falkirk, y todo el país quedó sometido otra vez al yugo del vencedor (1298). Wallace se retiró entonces á los bosques, mientras preparaba nuevos medios de defensa. Después de varios combates parciales, cayó sobre los ingleses, obteniendo brillante victoria (1303). Ese triunfo le hubiera devuelto su antiguo poder si al mismo tiempo no hubiese hecho Eduardo definitivamente la paz con el rey de Francia. Libre de inquietudes por esa parte, el inglés dirigió todos sus esfuerzos contra Wallace y lo venció por última vez (1304). El ilustre guerrero de Escocia fué entregado por un traidor á su enemigo, quien después de hacerlo ahorcar en Londres mandó poner su cabeza en la punta de una lanza en el vértice de la Torre (1305).

Roberto Bruce. — Pero la causa sagrada de la independencia de Escocia no murió con Wallace. Todos los partidarios de la libertad hallaron un nuevo jefe en Roberto Bruce, nieto del competidor de Baliol. Este intrepido guerrero se hizo coronar rey en la abadía del Norte (1306) y enarbó su estandarte, por más que no tuviera en su poder ni ciudad ni condado alguno. Durante algún tiempo, erró de colina en colina y de lago en lago, viviendo de caza y de pesca, sin encontrar á nadie, dice Froissart, que se atreviera á acogerlo en su castillo ó fortaleza. Sin embargo, el valor de Bruce acabó por conmovér á los que aún conservaban vivo el deseo de independencia. Los clanes de las islas Hébridas y de las costas occidentales, así como los jefes y los barones de las Tierras Bajas se le unieron, y los irlandeses les mandaron algunos socorros. Eduardo se disponía á marchar contra él cuando se lo impidió la muerte, que se lo llevó en Burgle, sobre las mismas fronteras del país que hubiera querido reducir á servidumbre (1307).

Reinado de Eduardo II. Independencia de Escocia (1307-1327). — Eduardo II, hijo primogénito de Eduardo I, sucedió á éste. El nuevo rey carecía de carácter y de energía, por lo cual fué siempre esclavo de sus favoritos dentro del reino y de sus enemigos fuera. El hijo de un simple caballero de Gascuña,

Pedro de Gaveston, que había sido el compañero de su juventud, fué el primero en disfrutar de sus favores. Hizolo chambelán y conde de Cornouailles, apenas se había sentado en el trono. Gaveston, que se enorgullecía del poder y privilegios de que gozaba, logró irritar á los señores hasta tal punto, que éstos se rebelaron, obligando á Eduardo á alejar de sí el favorito. Queriendo calmar á los sediciosos, Eduardo les entregó á Gaveston, al cual dieron muerte sin tardanza (1314). Esa humillación fué el principio de la larga serie de reveses y desgracias que llenaron el reinado de Eduardo II. Roberto Bruce aprovechó la debilidad del monarca para libertar á su patria. Sus progresos fueron al principio muy lentos, porque sólo avanzaba paso á paso; mas, así que hubo reunido todas sus fuerzas cerca de Stirling, se preparó á una acción decisiva. Los dos ejércitos se encontraron en Bannock-Burn ó arroyo de Bannock (1314). El choque fué terrible; al fin los escoceses triunfaron, y los ingleses se vieron obligados, en consecuencia de ese descalabro, á abandonar sucesivamente todas las fortalezas que ocupaban. Escocia reconocida dió á Roberto Bruce el nombre de libertador.

Guerra en Irlanda (1316-1317). — El hermano de Roberto, llamado Eduardo Bruce, pasó á Irlanda, para ayudar á los naturales, que antes socorrieran á los escoceses, á recobrar su independencia. Atravesó el país de norte á sur, tomó y saqueó varias ciudades, y llegado que fué á Dundalk, se hizo elegir y coronar como rey de Irlanda (1316). Pero sólo conservó dos años ese título. Los ingleses mandaron fuerzas considerables contra él, y pereció en una batalla dada en 1318. Después de su muerte, las tropas escocesas fueron llamadas á su país, y los irlandeses quedaron de nuevo sometidos al yugo de los anglo-normandos.

Los Spencer. — Nuevos favoritos reemplazaron á Gaveston en el ánimo de Eduardo. Los Spencer heredaron esa amistad, y también provocaron con su fausto la cólera de los señores. El conde de Lancaster, que se hallaba al frente de los sediciosos, empezó por obtener el destierro de los audaces ministros, pero en una nueva tentativa quedó vencido y fué condenado á

muerte. Después de ese primer triunfo, Eduardo pareció haber sentido nacer en su alma la energía. Rompiendo con Roberto Bruce, le mandó que lo reconociera como soberano. Por toda respuesta, el rey de Escocia invadió la Inglaterra, y estuvo á punto de apoderarse de la persona misma de Eduardo II. Esos reveses lo decidieron á pactar con los escoceses una tregua de trece años (1323).

Conspiración de Isabel. — En esa época acababa de subir Carlos el Hermoso al trono de Francia. Como su tío Carlos de Valois se apoderara por orden suya del Agenois, Isabel, mujer de Eduardo II y hermana de Carlos el Hermoso, pidió autorización para ir á Francia, con la disculpa de defender los derechos de su marido contra las usurpaciones de su hermano. Siguióla en ese viaje Roger Mortimer, partidario de Lancaster y enemigo de los Spencer, á quien el rey Eduardo había hecho encerrar en la Torre de Londres. Después de eso, Isabel logró llevar á su lado á su hijo Eduardo, de doce años de edad, y con pretexto de atacar á los Spencer, levantó tropas en Inglaterra, en Guiena, en Irlanda y volvió á pasar la Mancha para destronar á su marido. Eduardo II huyó de Londres, y los Spencer lo siguieron; los dos favoritos fueron cogidos y ahorcados sin forma de proceso.

Deposición y trágica muerte de Eduardo II (1327). — Formulóse contra Eduardo II una especie de acusación, y el parlamento, después de declararlo privado del poder, designó á su hijo para sucederle. Esa sentencia debió ser para el rey presagio de muerte. Temiendo Roger Mortimer que el pueblo se conmoviera al saber las desdichas de un príncipe tan indignamente tratado, encargó á los carceleros del real cautivo que le dieran muerte, evitando en cuanto fuese posible dejar en su cuerpo señal alguna de violencia. Así fué, y Eduardo recibió sepultura sin ningún aparato en Gloucester, y no se hizo ninguna pesquisa para averiguar quiénes fueran los causantes de su muerte. La reina Isabel, sobre la cual cae toda la atrocidad de ese crimen, fué castigada por la execración pública, y Mortimer no escapó tampoco á la pena que tenía merecida.

Menor edad de Eduardo III (1327). — Cuando Eduardo III fué proclamado rey de Inglaterra, contaba sólo quince años. Por eso se le dió un consejo de regencia formado de doce personas. Mortimer había tenido la habilidad de quedarse fuera de ese consejo; pero eso no le impidió ser el verdadero director de los negocios públicos. A pesar de su juventud, Eduardo comprendió perfectamente lo que tenía que hacer. Habiendo muerto por entonces Roberto Bruce, Eduardo resolvió aprovechar la menor edad de su hijo David, que le sucediera en el trono de Escocia, y trabajar al mismo tiempo en librarse de la tutela de Mortimer. Esto último lo alcanzó; dicho ministro fué condenado á muerte por el parlamento, y en efecto lo ahorcaron en los olmos de Tyburn, á una milla de Londres; su cuerpo estuvo dos días colgando del árbol (1330); lo que Eduardo no pudo lograr fué dominar la Escocia, pues los partidarios de David defendieron su libertad con valor y energía.

Rivalidad de Francia y de Inglaterra. — Al morir Carlos el Hermoso, Eduardo pretendió tener derechos á la corona de Francia por parte de su madre. Pero le objetaron con las disposiciones de la ley sálica; y toda la nación proclamó á Felipe de Valois. Después de la victoria de Cassel, obtenida por Felipe sobre los flamencos, Eduardo disistió de sus pretensiones, consintiendo hasta en presentarse personalmente á rendir al rey de Francia pleito-homenaje por su ducado de Guiena. Esa humillante ceremonia no sirvió más que para llenarlo de rencor, haciendo que pensara en la venganza. La ocasión no tardó en presentarse. Las crueldades y exacciones de Luis II, conde de Flandes, habían irritado á todo el pueblo, por lo cual el cervecero Santiago Artevelde excitó á las masas á la rebelión, y se puso al frente de los sediciosos. Eduardo III se alió con él contra el rey de Francia, estallando la guerra entre las dos naciones. La escuadra francesa fué destruída en la batalla naval de la Esclusa (1340). Después de un año de tregua comenzaron nuevamente las hostilidades con motivo de los asuntos de Bretaña, y Felipe VI perdió la batalla de Crécy.

Batalla de Nevill's Cross (1346). — Eduardo hubiera podido marchar sobre París, como resultado de esa victoria; pero tuvo por más prudente replegarse hacia el norte, y fué á poner sitio á Calais. Queriendo llamar la atención del inglés en otro sentido, Felipe VI excitó al rey de Escocia, David Bruce, á invadir la Inglaterra aprovechando la ausencia de Eduardo. David, que debía su trono á la protección del rey de Francia, se puso al frente de más de 30.000 hombres é invadió el Cumberland. Pero la reina de Inglaterra, Felipa de Hainaut, secundada por los lores del condado del Norte y por el arzobispo de York, le salió al encuentro con númeroso ejército y le presentó batalla en Nevill's Cross (la cruz de Nevill), cerca de Durham. David II fué vencido y hecho prisionero (17 de octubre de 1346). Esa victoria permitió á Eduardo continuar el sitio de Calais y apoderarse de esa ciudad, que estuvo en poder de los ingleses 211 años (1347-1558).

Victorias del Príncipe Negro. — El sumo pontífice hizo firmar á Felipe VI y á Eduardo III una tregua de un año, que se prolongó hasta 1355. Juan II, que había sucedido á Felipe VI, la rompió y el hijo primogénito de Eduardo, el Príncipe Negro, lo venció en Poitiers y lo hizo prisionero (1356). De ese modo el rey de Inglaterra se halló á la vez dueño de los soberanos de Francia y de Escocia, y quiso sacar de sus victorias el mejor partido posible. Devolvió á David Bruce la libertad, bajo la condición de que observaría una tregua de diez años consecutivos y que le pagaría en veinte plazos de seis meses la suma de 100.000 marcos. David murió en ese intervalo (1370); pero ese tratado, que se llamó la *tregua grande*, fué observado religiosamente por Roberto II, su sucesor.

Juan II recobró su libertad por el tratado de Brétigny (1360), tan vergonzoso para Francia. Bajo Carlos V, Duguesclín restableció la fortuna de su país. Queriendo librar á Francia de las *compañías blancas* que la infestaban, Duguesclín (1) se las llevó al sur del

(1) En muchas historias de España se ha corrompido este nombre, y se lee Bertrán Clauquin.

pirineo, donde logró colocar en el trono de Castilla al bastardo Enrique de Trastámara, en vez de su hermano Pedro el Cruel. El Príncipe Negro aprovechó la ocasión para continuar la lucha con Francia, y al efecto atacó á su protegido. Presentóse en 1367 á orillas del Ebro con las tropas mercenarias que sus rivales habían licenciado, y venció en Nájera á Enrique de Trastámara. Duguesclín quedó prisionero y Pedro el Cruel recuperó su trono.

El Príncipe Negro sacó de España el germen de la enfermedad que debía causar su muerte. Era sombrío, melancólico, y como estaba lleno de deudas, necesitaba sacar al pueblo enormes sumas de dinero, que hicieron odiosa su dominación. Además, el clero y la nobleza tenían grandes resentimientos contra él. Cuando se encendió de nuevo la guerra, sólo tuvo reveses, y de todas sus posesiones en Francia, no quedó á los ingleses más que Burdeos al sur y Calais al norte.

La tregua de Brujas paralizó las hostilidades entre las dos naciones (1375), y poco después Eduardo III y su hijo el Príncipe Negro bajaron á la tumba. Este murió el 3 de junio de 1376 de una cruel enfermedad que lo había hecho sufrir por espacio de seis años. Su padre le sobrevivió doce meses, falleciendo el 11 de junio de 1377. Ese reinado, glorioso durante mucho tiempo, tuvo tristes postrimerías. Abalido por los contratiempos y degradado por el vicio, Eduardo se dejaba gobernar por indignos favoritos, y ya no era más que objeto de desprecio para el pueblo que tanto lo idolatrara.

§ II. — Ricardo II (1377-1399).

Menor edad de Ricardo II. — Ricardo II, hijo del Príncipe Negro, no tenía más que once años al subir al trono. Durante su menor edad estuvo el gobierno entregado á sus tres tíos: Juan de Gand, duque de Lancaster, Edmundo de Mortimer, duque de York, y Tomás de Wordstock, duque de Gloucester. Su administración se parece mucho á la de los tíos de Carlos VI, pues fué también disipadora y perversa.

Inglaterra estaba agotada por las largas guerra que había tenido que sostener bajo el reinado de Eduardo III, quedando además herida en su orgullo por los triunfos de Carlos V en el continente.

Lollards y Wickleffistas. — Esos descontentos fueron explotados por los sectarios. Un doctor de la universidad de Oxford, Juan Wickleff, cura de Lulterworth, en la diócesis de Lincoln, se puso á dogmatizar, allá por los años de 1376, después de haber empezado por emitir algunas opiniones singulares que condenaron Urbano V y los obispos de Inglaterra.

Por espíritu de venganza, ese heresiarca atacó entonces el orden eclesiástico entero, enseñando públicamente que el papa no es el jefe de la Iglesia; que los obispos no son superiores á los sacerdotes; que los poderes eclesiásticos se pierden por el pecado mortal y que la confesión de los pecados es inútil al que tiene contrición suficiente. Al mismo tiempo atacaba el dogma de la presencia real, la misa, las indulgencias, la oración por los difuntos, las instituciones monásticas y la legitimidad de los bienes eclesiásticos.

Negaba la creación y la libertad humana, enseñando el panteísmo. Esos errores habían sido enseñados ya por Gualterio Lollard, uno de los principales jefes de los fraticellos de Alemania. Sus partidarios se unieron con los de Wickleff, de tal manera que juntos no formaron en Inglaterra más que una secta, cuyos principios debían ser extendidos en Bohemia por Juan Huss.

Insurrección de Wat-Tyler. — Después de haber atacado á la Iglesia, los sectarios la emprendieron con la sociedad, negando la legitimidad de las distinciones sociales y sosteniendo en todos sus discursos la igualdad natural de todos los hombres. Así, exclamaban irónicamente: « Cuándo Adán pecaba y Eva hilaba, ¿había por ventura nobles? » Esas doctrinas subversivas hicieron espantosos progresos en las campiñas. Los labriegos se alzaron en nombre de la igualdad y de la independencia, en número de cerca de doscientos mil, con un jefe sacado de su mismo seno, el campesino Wat-Tyler (Gualterio el Tenebroso).

Pusiéronse en marcha sobre Londres, quemando á su paso las residencias señoriales y declarándose hostiles á los nobles y los ricos. Habiendo entrado en la capital, cuyas puertas le abrió la burguesía, dieron muerte á los cancilleres y al arzobispo de Cantorbery. Pedían la abolición de la servidumbre, la libertad de comprar y vender en las ferias y mercados, la reducción de las rentas de las tierras, que hubieran querido ver todas al mismo tipo.

Ricardo II celebró una entrevista con Wat-Tyler. Como ese fanático blandiese su espada sobre la cabeza del rey, el maestre creyó que iba á asesinar al monarca y lo derribó de un golpe de su masa de armas. Sin desconcertarse, Ricardo dijo entonces á los sediciosos: « Habéis perdido á vuestro jefe; seguid, pues, á vuestro rey. » Contúvolos efectivamente por la firmeza de su actitud, hizoles algunas concesiones aparentes y supo ganar tiempo, hasta que las milicias feudales llegaron á libertarlo de aquellos facciosos.

Guerra de Escocia (1385). — Ricardo II había dado pruebas de energía en su modo de conducirse con los sectarios. Así fué que hubo motivos para esperar que se libraría de la fastidiosa tutela de sus tíos, los duques de Lancaster, York y Gloucester; pero no fué así. Todo su reinado es un tejido de faltas y desgracias, precisamente porque nunca supo ser dueño de sus actos y pensamientos. Como la guerra con Francia continuaba siempre, más ó menos viva, quiso atacar á Escocia. Sus primeras tentativas resultaron afortunadas, pero luego se amedrentó de las dificultades que se le presentaban, y dejó que Roberto II Estuardo transmitiera pacíficamente la corona á sus descendientes.

Administración de Gloucester. — Habiendo logrado el duque de Gloucester apoderarse del absoluto poder, su administración descontentó al pueblo, que tenía motivos para quejarse de las más inicuas y brutales vejaciones. Del descontento se pasó al temor, cuando se supo que el rey de Francia Carlos VI iba á intentar un desembarco en Inglaterra, y que con tal objeto había reunido una flota de cerca de 1400 bajeles entre la Esclusa y Blankenbergue. La destrucción

de esa inmensa escuadra tranquilizó á los ingleses, pero ese triunfo no sirvió más que para aumentar las amenazas de la Cámara de los Comunes. El duque de Gloucester concedió á los diputados cuanto éstos quisieron, y tuvo la habilidad de disminuir la autoridad real en provecho de su propio poder. Sin embargo, como su fuerza pareciera disminuir, Ricardo resolvió un día derribarlo con gran resonancia. — « ¿ Qué edad tengo? » le preguntó. — « Vuestra Alteza tiene veintidós años, respondió el duque. — De modo, replicó el rey, que tengo edad suficiente para ocuparme en mis asuntos; he estado en poder de tutores más tiempo que pupilo alguno de mis Estados. Gracias, milord, por vuestros servicios; pero en adelante no tengo necesidad de ellos » (1389).

Ricardo reina por sí mismo (1389-1396). — Al tomar en su mano las riendas del Estado, Ricardo se rodeó de consejeros ilustrados, consultó al parlamento, y llamó á su lado de nuevo al duque de Lancaster y al conde de Gloucester. Su administración era feliz y tranquila cuando perdió á su mujer la buena reina Ana. Para disipar su pena, marchó á Irlanda, y restableció allí su dominación. Al volver á Inglaterra halló agitado el reino por los discípulos de Wickliff, que con el nombre de *lollards* atacaban violentamente á la Iglesia, llevando la extravagancia hasta pedir la supresión de los oficios de platero y espadero, como inútiles y perniciosos bajo el imperio del Evangelio. Reprimió á esos sectarios y restableció de ese modo la tranquilidad en sus Estados. Entonces fué cuando solicitó la mano de Isabel, hija del rey de Francia, Carlos VI. Celebróse el matrimonio, y en consecuencia se firmó un tratado, con arreglo al cual debía prolongarse veinticinco años la tregua entre los dos reinos, mediante la restitución de Brest y de Gherburgo por los ingleses (1396).

Venganzas de Ricardo. — Ricardo se dejó arrastrar por el odio que había concebido contra sus antiguos regentes. El duque de Gloucester, que pasó á ser el alma de todas las facciones, no se cansaba de hablar de la pusilanimidad de Ricardo, convirtiendo casi en crimen su casamiento con Isabel de Francia,

y hasta hablaba de destronarlo. Para cortar sus intentos, Ricardo lo mandó prender. Iban á juzgarlo, cuando se supo que acababa de morir, sofocado entre dos colchones.

Después Ricardo desterró al duque de Norfolk por toda su vida, y al de Hereford, hijo de Lancaster, por diez años. Este último se retiró á Francia, donde fué conocido por el nombre de Enrique de Bolingbroke. Ricardo le había prometido abreviar el tiempo de su destierro; pero como al morir el duque de Lancaster Enrique tomara el título de su padre, el rey de Inglaterra imaginó que un proscrito no podía heredar, y, con asentimiento de su gran consejo, se apoderó de todos los bienes de la casa de Lancaster.

Destronamiento de Ricardo (1399). — Esa injusticia irritó en extremo á Enrique de Bolingbroke, quien aprovechó una expedición de Ricardo á Irlanda, para hacer por su parte un desembarco en Inglaterra. Tomó tierra en el condado de York, limitándose á reclamar los dominios de la casa de Lancaster. Sin embarco, púsose en camino para Londres, y como á medida que marchaba fué creciendo su ejército hasta llegar á contar sesenta mil hombres, se apoderó de la capital. Al saberlo Ricardo, volvió de Irlanda; pero el pueblo había sufrido tanto durante su reinado, que nadie fué á tomar puesto en sus banderas. Constituyóse, en consecuencia, prisionero del príncipe á quien desterrara, y acabó por abdicar la corona, confesando humildemente que era indigno de llevarla. Al día siguiente pronunció el parlamento su deposición, proclamando rey de Inglaterra á Enrique de Bolingbroke.

§ III. — *Advenimiento de los Lancaster. Enrique IV, Enrique V y Enrique VI (1399-1461).*

Advenimiento de los Lancaster. Represión de los partidarios de Ricardo. — El primer príncipe de la casa de Lancaster fué Enrique de Bolingbroke, que tomó el nombre de Enrique IV. Su advenimiento era una verdadera usurpación. El parlamento, dócil á sus voluntades, dictó cuantas medidas quiso el nuevo rey; pero el pueblo no se sometió con tanta facilidad.

Desde los primeros meses de su reinado se formó contra él y en favor de Ricardo una conjuración. Reprimiéndola y mandó ejecutar á los jefes de los conjurados. Ricardo, á quien mantenía cautivo, fué hallado muerto un día en su prisión del castillo de Pontfret. Unos han dicho que lo dejaron morir de hambre, otros cuentan que mandaron á que lo matasen nueve asesinos contra los cuales se defendió valerosamente, sucumbiendo después de haber tendido á sus pies cuatro de ellos. Tenía á la sazón treintitrés años.

Insurrección del país de Gales. — Ese asesinato no contribuyó ciertamente á consolidar el trono de Enrique IV. Los habitantes del país de Gales, que seguían llorando su independencia, se agruparon bajo el estandarte de los Kymris, enarbolado por Owen Glendowr, su jefe, y se alzaron en masa. Por de pronto fueron bastante afortunados. Enrique se vió obligado á cederles el campo, dejando en sus manos á lord Grey de Ruthyn y á sir Edmundo Mortimer, sus amigos. Ese triunfo envalentonó á los descontentos de Inglaterra, quienes se decidieron á tomar partido por la insurrección. El duque de Northumberland y la familia de Mortimer se pusieron al frente del movimiento, no tardando en reunirseles el conde de Douglas y sus escoceses. Sus fuerzas hubieran sido formidables, si Enrique IV no hubiese evitado su unión con los del país de Gales. Pero les salió al encuentro con ánimo de evitarlo, los encontró cerca de Shrewsbury, y obtuvo sobre ellos brillantísima victoria (1403).

Triunfos y revéses de los galenses. — Los galenses, privados de sus aliados, no perdieron por eso ánimos. Por otra parte, podían contar con el apoyo del rey de Francia. Carlos VI firmó un tratado con su jefe Owen Glendowr, é hizo salir de Brest una escuadra que les llevaba un socorro de seiscientos hombres de armas y mil ochocientos peones. Esa pequeña tropa empezó por obtener algunas ventajas. Habiéndosele unido diez mil insurrectos, esos valerosos guerreros penetraron hasta Worcester, atacando y destruyendo los castillos anglo-normandos. En su camino encontraron una escuadra inglesa, pero los dos bandos evitaron el combate. Desgraciadamente

para los galenses, los franceses los abandonaron después de esa campaña (1407).

Sumisión del país de Gales. — Reducidos únicamente á sus recursos propios, los insurrectos no pudieron triunfar de los ejércitos ingleses. Resistieron unos diez años más, pero al fin hubo que someterse. Owen Glendowr sobrevivió á la ruina de su partido y murió en el olvido. Los restantes jefes del levantamiento capitularon, pidiendo gracia. Enrique se la concedió, y procuró atraérselos otorgándoles dignidades.

Triste fin de Enrique IV. — Durante los últimos años de su reinado, Enrique IV pareció preocuparse únicamente de asegurar á su hijo mayor la sucesión de la corona. Hizo que el parlamento lo reconociese como heredero suyo, y se esforzó en lograr que el consentimiento de la nación ratificara ese acto. El joven príncipe era valeroso é inteligente, pero también de extraordinaria inmoralidad. Su padre mostraba bastante inquietud ante tales disposiciones, inquietud que no disimulaba, y á la cual se añadían á veces los remordimientos que le causaba su usurpación. Cuéntase que estando en su lecho de muerte, lanzó profundo suspiro al ver la corona, colocada, como de costumbre, en un cojín al lado de su cama, y dijo: « ¡Ay! hijo mío, ¿qué derecho tenéis á esa corona, cuando no lo tenía vuestro padre? — Señor, respondió el joven Enrique, con la espada la conquistasteis y por la espada la conservaré. » Un momento después replicó el rey: « Bien, haced lo que mejor creáis; en Dios confío, y espero que tendrá misericordia de mi alma. » Murió el 20 de marzo de 1413.

Reinado de Enrique V (1413-1422). — Así que Enrique V fué proclamado rey, cambió enteramente de conducta. Abandonando las costumbres disolutas de su juventud, se rodeó de los hombres más graves é ilustrados de su reino, y siguió sus consejos. Al mismo tiempo se apresuró á poner orden en los asuntos de Estado reprimiendo á los lollards, que en número de veinte mil se habían atrevido á tomar las armas, y que lanzaban terribles amenazas. Marchó en persona contra ellos, los dispersó, y publicó severas ordenanzas contra esos peligrosos sectarios.

Así que estuvo restablecida la tranquilidad dentro de sus Estados, Enrique V resolvió hacer valer de nuevo las pretensiones de Eduardo III á la corona de Francia, siguiendo las huellas de su ilustre predecesor. El parlamento aprobó sus intentos y la nación los aplaudió, porque tales planes le daban esperanzas de satisfacer el espíritu de celos y de rivalidad que siempre había tenido contra Francia. Así pues ordenó á Carlos VI que ejecutara todas las condiciones del tratado de Brétigny, y como aquel se negara, desembarcó de improviso en las costas de Normandía con un ejército de sesenta mil hombres.

El éxito fué superior á sus esperanzas. La batalla de Azincourt dió á Francia golpe tan terrible como las de Crécy y de Poitiers. Las disensiones de Borgoñones y Armañacs entregaron á Enrique V todo aquel país y produjeron el tratado de Troyes, según el cual Catalina de Francia, la hija preferida de Isabeau, debía casarse con el rey de Inglaterra, á quien el insensato Carlos VI llamaba su hijo muy querido y designaba como heredero de su corona.

Enrique V pudo creer que Francia entera le pertenecía, y probablemente habría logrado someterla, si la muerte no hubiese venido á interrumpir la serie de sus conquistas. Dejó por heredero á un niño recién nacido, y sus últimos momentos estuvieron llenos de amargura, por la inquietud que le inspiraba el porvenir de ese joven príncipe. Recomendólo á su esposa y al duque de Bedford, su hermano, á quien nombró regente de Francia, entregando á su otro hermano, el duque de Gloucester, la regencia de Inglaterra, y nombrando al conde de Warwick tutor de su joven sobrino. Después de tomar todas estas disposiciones, murió el 31 de agosto de 1422.

Bajo Enrique VI, su hijo y sucesor, fué cuando volvió á sonreír á Francia la fortuna, permitiéndole expulsar de su territorio á los ingleses.

Resumen de este capítulo. — Hemos dividido este período en tres partes: la primera comprende los reinados de los tres Eduardos; la segunda el de Ricardo II, y la tercera los de los tres primeros Lancaster, Enrique IV, Enrique V y Enrique VI. I. Eduardo I trató de extender su dominación sobre toda la

Gran Bretaña y establecer la unidad de gobierno en la isla entera (1272). Efectuó la conquista del país de Gales (1283), y emprendió la de Escocia. Este país se alió con Francia, y á pesar de las derrotas que los escoceses sufrieron en Dumbar (1296), el valor de Guillermo Wallace, que sucumbió en esa heroica lucha (1305) y la abnegación de Roberto Bruce, acabaron al fin por hacer que se reconociese la independencia de su patria. Roberto Bruce se hizo coronar rey de Escocia en 1306, y Eduardo I murió en el momento en que se disponía á pasar las fronteras del país que deseaba someter (1207). Eduardo II no se hallaba en estado de continuar los proyectos de su padre y de ejecutarlos. Después de la batalla de Bannock-Burn (1314), se vió obligado á reconocer la independencia de Escocia, y hasta estuvo á punto de perder la Irlanda (1316-1318). Durante estos dos últimos reinados, las libertades públicas no dejaron de realizar importantes progresos. Eduardo I confirmó todas las cédulas anteriores (1295) y completó el sistema representativo. Eduardo II dejó á los diputados poner como condición del voto de los impuestos la satisfacción de sus reclamaciones, la cual limitó considerablemente la autoridad real (1309). Eduardo II murió en 1327, el año que precedió al advenimiento de los Valois en Francia. Eduardo III tuvo largo y glorioso reinado, haciéndose famoso con las batallas de Crécy y de Poitiers, en que también se cubrió de gloria su hijo el Príncipe Negro. Pero ambos guerreros tuvieron triste fin, y el hijo del Príncipe Negro, Ricardo II, se mostró poco digno de la fama de sus mayores.

II. Ricardo II fué contemporáneo de Carlos VI (1377-1399), y lo mismo que éste, tuvo por regentes á sus tíos, príncipes que sólo se distinguieron por sus escándalos y sus rapiñas. Subleváronse los wicklefistas y los lollards, pero logró comprimir esa rebelión. Cuando sacudé el yugo de sus tíos, lo hace sólo para entregarse á venganzas y torpezas. Tiranizó la Irlanda y se hizo odioso á los nobles, que organizaron una rebelión contra él, dirigida por Enrique de Lancaster; los insurrectos acabaron por destronar á Ricardo II (1399), que murió asesinado en prisión.

III. La rama de los Lancaster sube al trono. El duque de Northumberland se subleva contra Enrique IV, á la vez que los del país de Gales; pero los rebeldes son deshechos en Shrewsbury. Enrique IV dejó su corona á su hijo Enrique V, uno de los más gloriosos soberanos que han ocupado el trono de la Gran Bretaña. Vence á los franceses en Azincourt, y conquista casi todo su país. Su hijo Enrique VI fué coronado en París rey de Francia, pero esta nación sale de su letargo; Juana de Arco electriza al ejército, y los ingleses son expulsados del territorio francés.

CAPÍTULO XVIII.

DE INGLATERRA Y DE ESCOCIA HASTA EL ADVENIMIENTO DE ENRIQUE VIII. GUERRA DE LAS DOS ROSAS (1453-1509) (1).

En Francia se produjo la ruina del feudalismo por los desastres que sufrió la nobleza en las sangrientas batallas de Crécy, de Poitiers y de Azincourt; por la hábil política de Carlos VII, que supo aprovechar las circunstancias para concentrar el poder en manos de la monarquía, y por el genio astuto de Luis XI. En Inglaterra se extingue la antigua aristocracia en las horribles convulsiones de la guerra civil. Habiéndose dividido en dos bandos, los yorkistas y los lancasterianos, se agotó en esa horrible lucha, y la monarquía, después de haber atravesado los desórdenes que señalaron esa época de transición, se halló revestida de supremo poder en la persona de Enrique VII. Los Estuardos, que ocupaban el trono de Escocia, se ocuparon también activamente en la ruina de sus vasallos, y de ese modo trabajaron todos en hacer absoluta su autoridad.

§ 1. — Guerra de las Dos Rosas en Inglaterra. Advenimiento de los Tudors (2).

Causa de la guerra de las Dos Rosas. — La casa de Lancaster, que había llegado con Enrique IV al trono por una usurpación, se había mantenido firme en él mientras la secundó su fortuna en sus guerras contra la Francia. Pero cuando el cetro fué á pasar á las débiles manos de Enrique VI, se produjeron en la nación grandes descontentos. Atribuíanse á la incapacidad de los ministros los reveses que se acababan de sufrir en Francia; habíase visto con disgusto el matrimonio del rey con Margarita de Anjou; reprochábase á sus favoritos la muerte del *buen duque* de Gloucester, el amigo del pueblo, que encontraron un día estrangulado en su lecho; y por fin lo pobre de su espíritu hacía que se desearan otra administración y otro sobe-

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Además de Lingard y de las historias de Inglaterra, véanse también: Hallam, *Historia constitucional de Inglaterra*; Robertson, *Historia de Escocia*.

(2) SUCESIÓN DE LOS REYES DE INGLATERRA: Dinastía de los Plantagenets. Enrique VI (1422-1461), Eduardo IV (1461-1483), Enrique VI restaurado en el trono (1470-1471), Eduardo V (1483), Ricardo III (1483-1485). — Rama de los Tudors: Enrique VII (1485-1509).

Gran Bretaña y establecer la unidad de gobierno en la isla entera (1272). Efectuó la conquista del país de Gales (1283), y emprendió la de Escocia. Este país se alió con Francia, y a pesar de las derrotas que los escoceses sufrieron en Dumbar (1296), el valor de Guillermo Wallace, que sucumbió en esa heroica lucha (1305) y la abnegación de Roberto Bruce, acabaron al fin por hacer que se reconociese la independencia de su patria. Roberto Bruce se hizo coronar rey de Escocia en 1306, y Eduardo I murió en el momento en que se disponía á pasar las fronteras del país que deseaba someter (1207). Eduardo II no se hallaba en estado de continuar los proyectos de su padre y de ejecutarlos. Después de la batalla de Bannock-Burn (1314), se vió obligado á reconocer la independencia de Escocia, y hasta estuvo á punto de perder la Irlanda (1316-1318). Durante estos dos últimos reinados, las libertades públicas no dejaron de realizar importantes progresos. Eduardo I confirmó todas las cédulas anteriores (1295) y completó el sistema representativo. Eduardo II dejó á los diputados poner como condición del voto de los impuestos la satisfacción de sus reclamaciones, la cual limitó considerablemente la autoridad real (1309). Eduardo II murió en 1327, el año que precedió al advenimiento de los Valois en Francia. Eduardo III tuvo largo y glorioso reinado, haciéndose famoso con las batallas de Crécy y de Poitiers, en que también se cubrió de gloria su hijo el Príncipe Negro. Pero ambos guerreros tuvieron triste fin, y el hijo del Príncipe Negro, Ricardo II, se mostró poco digno de la fama de sus mayores.

II. Ricardo II fué contemporáneo de Carlos VI (1377-1399), y lo mismo que éste, tuvo por regentes á sus tíos, príncipes que sólo se distinguieron por sus escándalos y sus rapiñas. Subleváronse los wicklefistas y los lollards, pero logró comprimir esa rebelión. Cuando sacudé el yugo de sus tíos, lo hace sólo para entregarse á venganzas y torpezas. Tiranizó la Irlanda y se hizo odioso á los nobles, que organizaron una rebelión contra él, dirigida por Enrique de Lancaster; los insurrectos acabaron por destronar á Ricardo II (1399), que murió asesinado en prisión.

III. La rama de los Lancaster sube al trono. El duque de Northumberland se subleva contra Enrique IV, á la vez que los del país de Gales; pero los rebeldes son deshechos en Shrewsbury. Enrique IV dejó su corona á su hijo Enrique V, uno de los más gloriosos soberanos que han ocupado el trono de la Gran Bretaña. Vence á los franceses en Azincourt, y conquista casi todo su país. Su hijo Enrique VI fué coronado en París rey de Francia, pero esta nación sale de su letargo; Juana de Arco electriza al ejército, y los ingleses son expulsados del territorio francés.

CAPÍTULO XVIII.

DE INGLATERRA Y DE ESCOCIA HASTA EL ADVENIMIENTO DE ENRIQUE VIII. GUERRA DE LAS DOS ROSAS (1453-1509) (1).

En Francia se produjo la ruina del feudalismo por los desastres que sufrió la nobleza en las sangrientas batallas de Crécy, de Poitiers y de Azincourt; por la hábil política de Carlos VII, que supo aprovechar las circunstancias para concentrar el poder en manos de la monarquía, y por el genio astuto de Luis XI. En Inglaterra se extingue la antigua aristocracia en las horribles convulsiones de la guerra civil. Habiéndose dividido en dos bandos, los yorkistas y los lancasterianos, se agotó en esa horrible lucha, y la monarquía, después de haber atravesado los desórdenes que señalaron esa época de transición, se halló revestida de supremo poder en la persona de Enrique VII. Los Estuardos, que ocupaban el trono de Escocia, se ocuparon también activamente en la ruina de sus vasallos, y de ese modo trabajaron todos en hacer absoluta su autoridad.

§ 1. — Guerra de las Dos Rosas en Inglaterra. Advenimiento de los Tudors (2).

Causa de la guerra de las Dos Rosas. — La casa de Lancaster, que había llegado con Enrique IV al trono por una usurpación, se había mantenido firme en él mientras la secundó su fortuna en sus guerras contra la Francia. Pero cuando el cetro fué á pasar á las débiles manos de Enrique VI, se produjeron en la nación grandes descontentos. Atribuíanse á la incapacidad de los ministros los reveses que se acababan de sufrir en Francia; habíase visto con disgusto el matrimonio del rey con Margarita de Anjou; reprochábase á sus favoritos la muerte del *buen duque* de Gloucester, el amigo del pueblo, que encontraron un día estrangulado en su lecho; y por fin lo pobre de su espíritu hacía que se desearan otra administración y otro sobe-

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Además de Lingard y de las historias de Inglaterra, véanse también: Hallam, *Historia constitucional de Inglaterra*; Robertson, *Historia de Escocia*.

(2) SUCESIÓN DE LOS REYES DE INGLATERRA: Dinastía de los Plantagenets. Enrique VI (1422-1461), Eduardo IV (1461-1483), Enrique VI restaurado en el trono (1470-1471), Eduardo V (1483), Ricardo III (1483-1485). — Rama de los Tudors: Enrique VII (1485-1509).

rano. Ricardo, duque de York, que vivía desterrado en sus tierras, resolvió aprovechar esa disposición general de los espíritus para tratar de recobrar los derechos de su familia. Excitó, pues, los ánimos, y cuando los dos primeros ministros, Suffolk y lord Lay, hubieron pagado con su cabeza el favor de que antes disfrutaran, sublevó á sus partidarios, y empezó la lucha de la casa de York contra la de Lancaster. Esa contienda recibió el nombre de guerra de las Dos Rosas, porque las dos casas rivales llevaban una en sus armas; los de Lancaster una rosa encarnada, y los de York una blanca.

Batalla de Saint-Albans (1455). — Aprovechando la imbecilidad de Enrique VI, el duque de York había empezado por hacerse nombrar lugarteniente general del soberano y protector del reino (1454); con esa medida despojó de su poder al infortunado monarca, y se convirtió en señor absoluto. Cuando Enrique hubo recobrado la razón, Margarita lo excitó á recuperar su autoridad; pero Ricardo se opuso á ello y levantó un ejército para defender sus pretendidos derechos. Los dos bandos vinieron á las manos en las llanuras de Saint-Albans. La suerte favoreció al duque de York, y Eduardo se vió condenado á permanecer bajo su dependencia (1455). Sin embargo, Margarita procuró una vez más romper las cadenas de su cautivo é infortunado esposo; al efecto reunió un ejército considerable, pero el conde de Warwick lo deshizo en un solo combate en Northampton (1460).

Muerte del duque de York (1460). — Desvanecido por ese nuevo triunfo, Ricardo duque de York creyó poder hacerse proclamar rey; presentóse, pues, ante los lores reunidos y les habló poniendo una mano sobre el trono, como esperando que lo invitarían á sentarse en él. Indignóse ante el silencio de la asamblea, pero se contuvo por prudencia, limitándose á hacer decretar que al morir Enrique VI pasaría la corona á la casa de York. Margarita puso veto á ese decreto, que privaba de sus derechos á la posteridad de Enrique, y recurrió una vez más á los azares de la guerra. La victoria se decidió esta vez en favor de la intrépida reina, en los campos de Wakefield. Ricardo

pereció en la lucha, y su hijo, el joven conde de Rutland, que sólo contaba doce años, fué inmolado cruelmente por lord Clifford, que le dijo al darle de puñaladas: « *Tu padre mató al mío; es preciso que tú y los tuyos mueran también.* » La cabeza de Ricardo fué expuesta en las murallas de York, con una corona de papel, á los insultos del populacho delirante. Esas atrocidades fueron la señal de espantosos crímenes; los dos bandos alzaron el cadalso en los campos de batalla, y no hubo más que un principio en vigor: ¡ *ay de los vencidos!*

Advenimiento de Eduardo IV (1461). — Pero los yorkistas no lo perdieron todo al perder á Ricardo. El conde de Warwick se puso á su frente y concibió el proyecto de hacer coronar en Londres á Eduardo, hijo del difunto duque. Warwick era rico, poderoso, popular, y Eduardo tenía de su parte la juventud, la gracia y la belleza. Toda la ciudad de Londres, el clero, la nobleza y la burguesía aplaudieron la elección del nuevo rey y la casa de York se halló más poderosa que nunca.

Batalla de Towton (1461). — Sin embargo, precisaba vencer á Margarita, que no se abatía en medio de tantas dificultades. Warwick se encargó de ello, y fué á presentar batalla á la intrépida soberana cerca de Towton. Los dos bandos se combatieron con encarnizamiento; nunca hubo lucha más sangrienta. Los yorkistas tenían orden de no dar cuartel, y más de 36.000 lancasterianos quedaron en el campo. Después de esa horrible derrota, Margarita fué en vano á pedir socorro á Luis XI. Sólo pudo obtener 20.000 escudos, y las tropas que reunió en Inglaterra fueron destruidas una vez más en Exham (1464).

Caida de Eduardo IV (1470). — Esa nueva victoria obligó á Margarita á refugiarse en Francia, con lo cual pareció asegurado el trono de Eduardo IV. Enrique VI quedaba prisionero suyo; los reyes de Dinamarca, de Polonia, de Aragón y de Castilla habían hecho una alianza ofensiva y defensiva con él, y ni siquiera tenía que temer de Luis XI, demasiado ocupado en su reino para poder intervenir en los asuntos de sus vecinos. Pero su fortuna lo desvaneció. Habiéndose casado con Isabel Wydevile, reservó todos

sus beneficios para los parientes de su mujer, y hasta trató de librarse del influjo de Warwick, el autor de su elevación. Indignado el conde, formó un partido en el pueblo y la nobleza, y tentó algunos levantamientos; pero como esas revueltas no dieran el resultado apetecido, se echó abiertamente en brazos de los lancasterianos, se unió con Margarita, y se presentó en Francia á pedir socorros á Luis XI. Cuando tuvo todo organizado, regresó á Inglaterra y llamó á las armas á sus partidarios. El pueblo, que lo adoraba, acudió en masa á su encuentro, y Eduardo, más atento á los goces que á la defensa de su trono, tuvo que embarcarse precipitadamente, para ir á la Haya, á solicitar asilo del duque de Borgoña que allí residía (1470).

Su restauración (1471). — Warwick victorioso, sacó de su prisión á Enrique VI y lo restableció en su trono, en medio de las aclamaciones del pueblo, que lo llamaba *hacedor de reyes*. Sin embargo, su triunfo no duró mucho. El duque de Clarence, hermano de Eduardo, que había seguido al aventurero conde, soportaba con disgusto la vista de aquella rosa encarnada que sus antepasados odiaran y combalieran. Multitud de señores participaban de esas repugnancias y de ese pesar. Súpolo Eduardo, y abandonó el destierro para regresar á su país. Por de pronto sólo reclamó su condado de York, pero así que vio aumentar su ejército, hizo que los tropas gritasen: *¡Viva el rey Eduardo!* Warwick lo fué á encontrar en las llanuras de Barnet (1471). El desdichado conde encontró en ellas la tumba y el inconstante pueblo se apresuró á tributar su homenaje al nuevo soberano.

Ultimo período del reinado de Eduardo IV (1471-1483). — Desgraciadamente, los vencedores deshonraron su victoria con indignos excesos. Habiendo sido presa Margarita con su hijo algo más tarde, los duques de Gloucester y de Clarence no se avergonzaron de manchar sus manos en la sangre de aquel niño. El mismo día en que Eduardo entraba en Londres se supo que Enrique VI acababa de morir en la Torre. Alzáronse los cadalsos para verter la sangre que perdonara la guerra civil. Á parte su expedición á Francia, los últimos años de Eduardo no presentan de memo-

orable más que su corrupción y sus crueldades. Ese rey llegó hasta mandar que diesen muerte al duque de Clarence, su hermano, que sólo pidió como gracia que lo dejaran morir dentro de un tonel de vino malvasía. Eduardo sucumbió á su vez agotado por la corrupción y los placeres (1483).

Eduardo V y Ricardo III (1483). — El hijo de Eduardo IV, muy joven aún, fué proclamado rey por el voto unánime de la nación, con el nombre de Eduardo V. Su tío Ricardo, duque de Gloucester, aparentó sentir por él gran cariño; pero en realidad su deseo era arrebatarse la corona. Con tan inicuo fin, empezó por hacerse nombrar protector, sembró la división en el consejo, é hizo asesinar á lord Hastings, el afectuoso amigo de Eduardo. Luego envió al asilo sagrado de Westminster una diputación de lores para pedir á la reina madre, que se había refugiado allí, su hijo menor, el joven Ricardo. Una vez dueño de los dos príncipes, atacó la legitimidad del matrimonio de su hermano con Isabel, alegando una unión clandestina que antes contrajera con Leonor, viuda de lord Sudley, y hasta llegó á comprometer el honor de su virtuosa madre, aun viva, diciendo que el rey Eduardo IV y el duque de Clarence habían sido frutos del adulterio, y que el único salido realmente de la sangre de York era él. Un hermano del lord corregidor, el doctor Shaw, tuvo la audacia de repetir en el púlpito esa horrible calumnia, y terminó su discurso gritando: *¡Viva el rey Ricardo!* Pero el pueblo, estupefacto ante tal escándalo, permaneció mudo y consternado. Entonces Buckingham, presentó á Ricardo, en nombre de los tres brazos del reino, un mensaje para excitarlo á subir al trono. El infame protector pareció querer rehusar por de pronto, y al fin pareció ceder á lo que llamaba el ruego de la nación. Toda esa comedia terminó con una procesión, que lo llevó pomposamente á la catedral de San Pablo, donde fué coronado el 26 de junio de 1483.

Caída y muerte de Ricardo (1485). — Después de su elección, Ricardo hizo estrangular á sus dos sobrinitos en la Torre de Londres, donde estaban encerrados, y prodigó luego sus favores á sus sobrinas

y á la reina madre. Para hacer olvidar sus crímenes, amnistió á cuantos se habían opuesto á sus injusticias, multiplicó las pensiones y las dignidades, y emprendió un viaje por sus Estados, durante el cual distribuyó generosamente sus dádivas. Durante ese paseo político, el duque de Buckingham, que fué quien más había contribuido á su elevación, intentó contra él un complot que le costó la vida. Ricardo hubiera querido también hacer morir á Enrique de Richemond, último vástago de la rama de Lancaster, que vivía retirado en el fondo de Bretaña; pero de ahí debía venir su pérdida. Llamado por los galenses, de los cuales era compatriota por parte de su abuelo Owen Tudor, Enrique no necesitó más que presentarse á los ingleses para captarse su confianza y su afecto. Sin embargo, Ricardo logró reunir un ejército de 60.000 hombres; pero esos soldados á quienes no animaba el entusiasmo, lo abandonaron al primer encuentro que tuvo con Enrique cerca de Bosworth. Entonces se arrojó desesperado en medio de las filas enemigas y cayó mortalmente herido exclamando: ¡Traición! ¡traición! (22 de agosto de 1485).

Reinado de Enrique VII. Advenimiento de los Tudors (1485-1499). — Las últimas convulsiones de esa espantosa guerra de las Dos Rosas fueron resentidas todavía por el trono de Enrique VII durante la primera parte de su reinado. Queriendo poner término á esas divisiones, había reunido en su persona los derechos de las dos casas, casándose con Isabel de York. Sin embargo, los partidarios de esta familia no estaban satisfechos todavía. Habiéndose extendido el rumor de que el hijo del duque de Clarence, el joven conde de Warwick, se había escapado de la Torre, donde estaba preso, un sacerdote de Oxford amaestró al hijo de un panadero llamado Lamberto Samuel para que desempeñase el papel de aquel príncipe. La impostura salió perfectamente en Irlanda; en Inglaterra la apoyó el conde de Lincoln y en Francia la duquesa de Borgoña. Entonces el hijo del panadero intentó una invasión; pero sus tropas fueron batidas en Stoke, y Enrique VII lo tomó como oficial de sus cocinas (1487).

Más adelante hubo otro impostor, hijo de un judío convertido de Tournay, Perkins Warbeck, que se hizo pasar por Ricardo, hermano de Eduardo V. Acogieronlo bien en Francia y en Irlanda, lo mismo que al precedente; la duquesa de Borgoña lo reconoció después de solemne examen. Carlos VIII lo trató como á rey, y Jacobo III de Escocia le otorgó la mano de una de sus parientas, con un ejército por dote. Perkin hizo sucesivamente tentativas en Irlanda, en el norte de Inglaterra y en el condado de Cornouailles. Luego lo prendieron y encerraron en la Torre con el verdadero conde de Warwick, donde fué decapitado poco más tarde, por haber querido fugarse llevándose consigo al príncipe. La aparición de un impostor más, que usurpó también el nombre de Warwick, sirvió á Enrique VII de pretexto para hacer morir al último vástago de los Plantagenets, y en su sangre quedaron sofocadas todas las revueltas.

La monarquía inglesa bajo Enrique VII (1499-1509). — El resto del reinado de Enrique VII transcurrió en la más profunda paz. La guerra de las Dos Rosas, que había costado la vida á ochenta príncipes, y decimado á la antigua nobleza, contribuyó directamente á aumentar la autoridad real. Como las confiscaciones habían arruinado á la aristocracia, Enrique VII permitió á los señores enajenar sus dominios para pagar sus deudas, y esa ley, que les pareció una gracia, aceleró su ruina. Á medida que disminuía su fortuna, iba empequeñeciéndose la autoridad que tenían sobre sus vasallos, de modo que pronto sus *hombres* se convirtieron en *hombres* del rey. Enrique regularizó la administración de justicia, ordenando que fuera gratuita para los pobres. Estableció la *Cámara estrellada* (1487), que tenía el derecho de revisar los fallos de los demás tribunales. Favoreció la industria y el comercio, y envió á los navegantes Juan y Sebastián Cabot á explorar los mares de Occidente, como lo hicieron descubriendo á Terranova. Puede considerarse como fundador de la marina inglesa.

Desgraciadamente, las grandes cualidades de ese monarca se eclipsaban ante su insaciable avaricia. Tenía hasta tal punto la pasión de las riquezas que con e

sólo fin de llenar de oro sus arcas imaginaba cada día nuevos expedientes para cobrar á su pueblo más y más impuestos.

Estatuto de Poynings. — En el reinado de ese príncipe acabó Irlanda de perder su nacionalidad. El rey dió á su hijo segundo, Enrique, el título de duque de York y el gobierno de dicha isla. Como el infante no tenía más que cuatro años, lo sustituyó por sir Eduardo Poynings, célebre por el estatuto que lleva su nombre. Con arreglo á ese decreto, todas las decisiones del Parlamento inglés debieron tener fuerza de ley en Irlanda, y dicho cuerpo no podía reunirse más que cuando lo ordenase el rey de Inglaterra, limitándose á tratar sólo de los puntos determinados en la convocatoria. Ese estatuto ponía término á las guerras privadas entre los lores, reglamentaba los impuestos y contenía varias disposiciones excelentes; pero si se le considera en general, resulta cierto que tuvo por objeto arruinar la vida propia de Irlanda sometiénola á Inglaterra omo si hubiese sido una provincia.

Muerte de Enrique VII. — Enrique VII se preocupó mucho en sus últimos años del casamiento de sus hijos. Dió Margarita, su hija mayor, á Jacobo IV, rey de Escocia, y de ese enlace hicieron derivar los Estuardos sus derechos al trono de Inglaterra. Su otra hija se casó con el rey de Francia, Luis XII, y cuando quedó viuda de ese monarca se unió al duque de Suffolk, y fué de ese modo abuela de la infortunada Juana Gray. Su primogénito, el príncipe de Gales, se había casado con Catalina de Aragón, cuarta hija de Fernando y de Isabel, reyes de España. Habiendo muerto ese príncipe cuatro meses después de su matrimonio, su hermano, que á su vez pasó á ser príncipe de Gales, y que debía heredar á Enrique VII, con el nombre de Enrique VIII, se casó con Catalina; más tarde lo veremos alegar ese parentesco para pedir su divorcio. Enrique VII murió en el castillo de Richemond, á la edad de cincuenta y dos años, cel 22 de abril de 1509.

§ II. — Cuadro sumario de la constitución inglesa.

La carta Magna y los estatutos de Oxford. —

La Carta Magna fué obtenida bajo el rey Juan en 1215, habiéndose establecido, gracias á ella, el derecho de los ciudadanos sobre sólidas bases y échose respetar la libertad individual. La mayor parte de las libertades nacionales estaban contenidas en germen en ese documento, que fué uno de las grandes victorias de la aristocracia inglesa sobre la monarquía.

Bajo Enrique III, los estatutos de Oxford, publicados en 1258, establecieron la periodicidad del parlamento, que se convirtió en gran concejo nacional, lo que dió origen á la Cámara de los lores. Por dichos estatutos quedó confirmada la Carta Magna, y en 1264 Simón de Montfort completó la organización del Parlamento, llamando á su seno los caballeros y los burgueses diputados de las ciudades, saliendo de ahí la constitución de las comunidades (Commons) y las bases del sistema representativo en Inglaterra.

Desarrollo de la constitución inglesa bajo Eduardo I y Eduardo II. — Eduardo I estaba completamente convencido de que el único modo de asegurar la tranquilidad del reino era hacer que imperase en él la más estricta justicia. Así fué que se aplicó al estudio de la jurisprudencia, en la que efectuó tales progresos, que no tardó la legislación inglesa en obtener en sus manos perfección digna de loa. Por tal motivo se dió á ese rey el nombre de Justicia de Inglaterra,

Una de sus disposiciones más memorables fué el estatuto titulado *confirmación de cédulas*, ó, si se quiere, *confirmación de cartas*. Ese documento confirmaba de lmanera expresa la Carta Magna y todos los edictos de libertad obtenidos hasta entonces. Además, ordenó que fueran enviados á todos los *sherifs*, jueces ambulantes y otros magistrados para publicarlos en toda la extensión del reino, conservando además copia en las catedrales para leerlos públicamente dos veces al año. Independientemente de esa promulgación auténtica, concedida á la Carta Magna, el *Estatuto de confirmación* contenía la promesa solemne, el compromiso que contraía el rey de no cobrar ningún impuesto, contribución ó carga, sin el consentimiento, y en interés de la nación. La Carta Magna había garantizado la libertad personal;

el estatuto de Confirmación hacía lo mismo con las propiedades particulares.

Lo que hace más memorable aún ese reinado es que, al lado de la Cámara de los lores espirituales y temporales, esto es, de los obispos y barones, creó la representación del pueblo entero, componiéndola de diputados por los condados, las ciudades y los burgos.

Como las ciudades y los burgos habían obtenido entonces mayor bienestar material, gracias á la industria y el comercio, hubo que concederles también cierta libertad política. Sus representantes, unidos á los de los condados, formaron la Cámara de los Comunes. Esas dos Cámaras fueron siempre distintas, en el sentido de que los diputados de los dos órdenes no votaron nunca juntos. Pero de hecho no se separaron hasta los tiempos de Eduardo III entonces fué cuando dejaron de celebrar sus sesiones en la misma sala.

Bajo Eduardo II adelantaron un nuevo paso las libertades públicas. En el año segundo de ese débil reinado pusieron los diputados condiciones á su voto, y decidieron no conceder los impuestos sino cuando se atendieran sus reclamaciones.

La constitución á fines del siglo xv. — La monarquía, que había dejado de ser absoluta, volvió á tomar ese carácter al ocurrir el advenimiento de los Tudor. Durante la demencia de Enrique VI se había establecido que cuando el monarca fuese incapaz de reinar, la Cámara de los pares nombraría los grandes funcionarios del Estado y los miembros del consejo, gobernando por medio de ellos al país. En ese infeliz reinado continuaron los comunes votando los subsidios; además, conservaron su derecho de intervenir en la redacción de los estatutos y sometieron á juicio los ministros de que estaba descontento el pueblo. Pero esa independencia de la cámara baja se extinguió en los horrores de la guerra civil.

En esa terrible lucha de la Rosa blanca contra la Rosa encarnada, había perecido gran parte de la nobleza. Hubo ochenta príncipes de la sangre que murieron en esos combates fratricidas; y la aristocracia, decimada en las batallas, fué despojada de sus riquezas por la proscripción. La monarquía había aprovechado esas con-

fiscaciones y Enrique VII se encontraba dueño de la quinta parte del territorio. Y como los parlamentos se dejaban influir perpetuamente por los partidos, ya vencidos, ya victoriosos, habían perdido todo su crédito, reduciéndose á simple instrumento de que el rey se servía para hacer sancionar sus empréstitos y sus exacciones arbitrarias.

Enrique VII aprovechó los huecos producidos en esas asambleas por las guerras, para hacer entrar en su seno á algunos de sus más fieles partidarios. Luego retiró á la nobleza el derecho de *mantenimientos*, que permitía á sus miembros agrupar á su alrededor un ejército de servidores, de los cuales se servían para turbar el país, satisfaciendo sus caprichos con daño de la justicia. También abolió las *sustituciones*, permitiendo que la aristocracia feudal vendiera sus tierras. Por último, extendió la jurisdicción de su *Cámara estrellada* que, llamando á sí todos los asuntos importantes, hizo al rey señor absoluto de sus decisiones, por no estar compuesta sino de agentes revocables á su voluntad. En consecuencia de esas medidas tomó carácter tan absoluto la monarquía, que bajo los sucesores de Enrique VII veremos á la nobleza y al pueblo sancionando todos los caprichos de sus soberanos y cambiando de religión por darles gusto.

§ III. — *De la Escocia desde el advenimiento de los Estuardos hasta la muerte de Jacobo IV (1370-1513).*

Estado de Escocia. — Ese país fué durante toda la edad media presa de espantosa anarquía. Distingúanse en él tres clases de habitantes: los de las *tierras bajas* (lowlanders), en medio de los cuales residía el rey; los de las *montañas* (highlanders), que ocupaban las *tierras altas*; y los de las *fronteras* (borders), situados en las proximidades de Inglaterra. Los montañeses ó *highlanders* hablaban el antiguo gaélico, lengua de los celtas, y sólo nominalmente reconocían la autoridad del rey y la soberanía de los habitantes de las tierras bajas, á quienes llamaban *sajones*. Divididos en *clanes* ó tribus, eran muy afectos á sus jefes, que seguían ciegamente, sea durante la paz, sea en

tiempo de guerra. Cada una de esas tribus tenía su valle ó distrito separado, que llevaba el nombre del antepasado de quien creía descender. La guerra civil era el estado ordinario de esos jefes de clanes, que el rey no podía someter á sus leyes. Los *borders* ó habitantes de las fronteras, cuyas costumbres eran análogas á las de los *highlanders*, no estaban más sometidos que éstos á la autoridad real. Los habitantes de las tierras bajas eran más civilizados, y sin embargo, el poder de su rey distaba de hallarse libre de trabas. La antigua familia de los Douglas, que disputara el trono á los Estuardos, seguía siendo muy poderosa, y los mismos príncipes de sangre real formaban alrededor de la monarquía una red que estorbaba grandemente su acción. Los Estuardos fueron llamados á hacer surgir de ese caos la unidad y el orden; pero seis minorías de edad regias una detrás de otra (1437-1578) hicieron difícil y lento de alcanzar tal resultado.

De los primeros Estuardos (1370-1405). — Después de la extinción de la casa de Roberto Bruce en la persona de David II (1370) los escoceses ofrecieron la corona á Roberto Estuardo, su sobrino materno (1). Conservóse al nuevo rey el nombre de Estuardo y á sus descendientes, porque sus mayores habían ocupado todos el cargo de senescal (*Stewart*), desde Walter I hasta Walter IV, padre de Roberto II (1093-1370). Guillermo, conde de Douglas, acometió la empresa de reivindicar su corona en favor de su familia; pero la nación se pronunció abiertamente por Roberto. El pueblo amó tanto á ese príncipe, que cuando murió se dió su nombre á su hijo primogénito, que se llamaba Juan (1390), y se le proclamó rey con el título de Roberto III. Eso era comenzar el reinado bajo felices auspicios. Sin embargo, Roberto III fué devorado por amargos pesares todo el tiempo que pasó en el trono. Extraviado por los pérfidos consejos del duque de Albany, hizo prender al mayor de sus hijos, y lo encerró en una prisión donde murió. Esa pérdida despertó en el fondo de su alma remordimientos que ya

(1) REYES DE ESCOCIA: *Dinastía de los Estuardos*: Roberto II (1370-1390), Roberto III (1390-1406), Jacobo I (1406-1437), Jacobo II (1437-1460), Jacobo III (1460-1488), Jacobo IV (1488-1518).

no le dejaron ningún reposo. Entonces, queriendo prevenir las intrigas del duque de Albany, que lo había engañado indignamente, mandó á su segundo hijo, Jacobo, á Francia. Para mayor desgracia, el príncipe cayó en manos de los ingleses, que lo hicieron prisionero. Esa noticia sumió á Roberto en profundo dolor, que le causó la muerte el 6 de abril de 1406.

Reinado de Jacobo I (1406-1437). — Jacobo I permaneció cautivo diez y ocho años más, antes de recoger la herencia que le legara su padre. Durante todo ese tiempo, Escocia estuvo sumida en los horrores de la anarquía, que la ambición de los regentes alimentaba. Así que recobró su libertad, emprendió la inmensa tarea de corregir los abusos que se habían introducido en el reino. Sus grandes propósitos fueron: poner término al bandolerismo, restablecer la tranquilidad pública, dar prestigio á la autoridad real casi aniquilada y humillar el orgullo de la nobleza. Hízolo con habilidad, empezando por captarse la voluntad del pueblo, por hacer que no fuera letra muerta el parlamento, por recobrar, mediante sus decretos, todos los dominios de la corona que habían pasado á otras manos durante las últimas turbulencias, hizo declarar ilegales las ligas de los señores, y no temió someter á juicio á los más poderosos de entre ellos, á fin de reprimir su despotismo y arbitrariedades. Esas vigorosas medidas de Estado alarmaron profundamente á los nobles, que pagaron un asesino ante cuyos golpes murió Jacobo I (20 de febrero de 1437).

Severidad de Jacobo II (1437-1460). Sin embargo, el pensamiento de Jacobo I no pereció con él. Los que en adelante estuvieron encargados de los intereses de la corona trabajaron activamente en la ruina del feudalismo. Los tutores de Jacobo II, Alejandro Livingstone, y el canciller del reino, Guillermo Crishton, procedieron por medios violentos. Los Douglas, que desconocieron la autoridad del rey niño, fueron asesinados jurídicamente (1440). Jacobo II no aprobó esa infame acción; al contrario, viósele llorar sobre la tumba de aquellos desgraciados señores.

Cuando tuvo edad para gobernar por sí mismo, mostró hacia aquella familia las mayores atenciones, y

le reservó los primeros puestos. Había nombrado á Guillermo VII, jefe de los Douglas, lugarteniente general del reino, cuando la arrogancia de ese hombre orgulloso é independiente le hizo arrepentirse de su generosidad. Destituyólo bruscamente de su cargo, y esa medida provocó una rebelión. Tomando la delantera, Jacobo II atrajo á Guillermo á su palacio, con el pretexto de celebrar una entrevista y le dió de puñaladas por su propia mano (1453). Los Douglas corrieron á las armas y se prepararon á vengar la muerte de su jefe. Jacobo II fué bastante hábil para sembrar la división en ese ejército y de ese modo obtuvo la victoria (1456). La ruina de esa poderosa casa le dió bastante ascendiente sobre los otros señores para aumentar extraordinariamente su autoridad. Ensanchó los dominios de la corona, extendió la jurisdicción de sus tribunales, revocó todas las funciones hereditarias y hubiera consumado la ruina de las instituciones feudales si no hubiera abreviado sus días prematura muerte. Pereció en el sitio del castillo de Roxburgo, herido por un pedazo de cañón que reventó á su lado (3 de agosto de 1460). Ese sitio era el comienzo de una expedición que había emprendido contra Inglaterra para socorrer á la casa de Lancaster.

Vergonzoso reinado de Jacobo III (1460-1486).

— Escocia se vió obligada una vez más á soportar las agitaciones de una minoría tempestuosa. Jacobo III, que la gobernó después de Jacobo II, carecía de talento y de habilidad; quiso sin duda humillar á los nobles, como sus predecesores; pero sólo logró irritarlos sin disminuir su poder. Desterrólos de su corte, y escogió por amigos y consejeros á un arquitecto, un mampósero, un músico, un sastre y un cerrajero. Sus dos hermanos, el duque de Albany y el conde de Mar, que le reprocharon su extraña conducta, fueron encerrados en el castillo de Edimburgo; á uno de ellos lo ahogaron allí en un baño, pero el otro logró escaparse y se refugió en Francia (1479). Esas atrocidades provocaron la indignación general, y los nobles se coligaron para poner término á tan desastrosa administración. En el primer movimiento de cólera, dieron muerte á los favoritos del rey y redujeron á prisión al mismo soberano.

Pero como Jacobo III hiciera las más halagüeñas promesas, lo restablecieron en el trono, bajo la condición de que dejaría el gobierno del reino en manos del duque de Albany. Pero como la amistad del duque con Ricardo de Gloucester, que había subido al trono de Inglaterra, lo hiciera sospechoso á los escoceses otra vez, tuvo que expatriarse de nuevo (1483). Entonces Jacobo III, abandonado á sus propios impulsos, continuó con sus despreciables costumbres: en la más profunda soledad se rodeaba de hombres innobles é incapaces, lo cual provocó otra rebelión, de la que fué víctima. Sus tropas quedaron vencidas en Bannock Burn, y Jacobo pereció asesinado en un molino donde se refugiara después de su derrota (11 de junio de 1488).

Hermoso reinado de Jacobo IV (1488-1513). —

La nación entera, queriendo hacerse perdonar aquel infame asesinato, prodigó el respeto y la sumisión á su hijo Jacobo IV. Por su parte el joven monarca manifestó hacia el pueblo grandísima simpatía, y á los nobles la más sincera amistad. La reconciliación entre los diversos órdenes del Estado fué completa, y la paz se hizo universal. Habiendo emprendido Jacobo IV la guerra contra Enrique VIII para defender los intereses de Luis XII, su aliado, se vió entonces manifestarse el sincero afecto que lo unía á sus súbditos. Una vez que se lanzó imprudentemente en medio de una batalla decisiva al pie de la colina de Flowden, el ejército entero se hizo sacrificar por él (3 de setiembre de 1513). Los ingleses hallaron tendidos al lado de su cuerpo dos obispos, dos abates mitrados, doce condes, trece lores, cinco primogénitos de pares y gran número de nobles (1513). Esas enormes pérdidas debilitaron hasta tal punto al feudalismo que nunca pudo rehacerse de ellas.

Resumen de este capítulo. — I. El origen de la guerra de las Dos Rosas fué la rivalidad de la casa de Lancaster y de la de York, que llevaban ambas una rosa en sus armas, los de Lancaster una encarnada y los de York una blanca. La casa de Lancaster había subido al trono por medio de una usurpación. Ricardo, duque de York, quiso aprovecharse de la débil razón de Enrique VI para recuperar sus derechos. Empezó por hacerse nombrar lugarteniente general del reino (1454), y confirmó sus

pretensiones con la victoria de Saint-Albans (1455). Margarita de Anjou se hizo derrotar en Northampton (1460) y Ricardo hizo declarar que la corona pasaría á la casa de York después de la muerte de Enrique VI. Margarita protestó contra ese decreto y ganó la batalla de Wakefield, en que perecieron Ricardo y su joven descendiente, el conde de Rutland (1460). Sin embargo, el conde de Warwick sostuvo al partido de los yorkistas, e hizo coronar rey á Eduardo, hijo de Ricardo. Luego triunfó de Margarita en Towton (1461) y puso término á sus esperanzas en Exham (1464). Pero como Eduardo VI disgustase á su bienhechor, Warwick se pasó á los Lancaster y restableció á Enrique VI, lo cual le valió el calificativo de *hacedor de reyes* (1471). Pero el infortunado conde halló la muerte en la batalla de Barnet (1471), y Eduardo IV victorioso subió otra vez al trono y reinó doce años más (1471-1483). Le sucedió su hijo, con el nombre de Eduardo V; pero ese rey niño no tardó en ser suplantado por su tío el duque de Gloucester, que no conservó el trono sino dos años (1483-1485). La terrible guerra de las Dos Rosas tuvo por resultado el anonadamiento de la nobleza y de las dos casas rivales que se disputaban el poder. La corona pasó á manos de una nueva rama, la de los Tudors, cuyo primer representante fué Enrique VII (1485). Su reinado se dividió en dos períodos de carácter muy diferente, el primero fué tiempo de turbulencias, durante el cual no pudo ocuparse más que en consolidar su poder; en el segundo disfrutó de autoridad absoluta, que utilizó para satisfacer su insaciable avaricia.

II. Si echamos una ojeada sobre la constitución inglesa, notamos que ha progresado hasta los tiempos de Enrique VI. La Carta Magna ha echado los fundamentos de las libertades públicas bajo el rey Juan, y bajo Enrique III se organiza el parlamento. Eduardo I y Eduardo II dan la última mano al sistema representativo. Los parlamentos han disfrutado de gran autoridad bajo Enrique VI. Pero después de la guerra de las Dos Rosas, la monarquía se hace absoluta con los Tudor. Enrique VII arrebató á la aristocracia todos sus privilegios, y la voluntad del rey va á ser ley en todo el Estado, aun tratándose de las materias religiosas.

III. Después de haberse hallado entregado á la anarquía durante toda la edad media, Escocia llega al fin con los Estuardos á conocer un gobierno regular. Aquí, lo mismo que en las demás naciones de Europa, la monarquía camina hacia el absolutismo. Jacobo I (1406-1437) trabaja por hacer cesar los abusos, y en restablecer la tranquilidad pública, y para lograr esos fines, siente la necesidad de aumentar el prestigio de la autoridad real, debilitando á los señores feudales. Jacobo II su hijo (1437-1460) abate á la casa de los Douglas, aumenta los dominios de la corona, revoca todos los cargos hereditarios, y da á sus tribunales jurisdicción más extensa. La menor edad de Jacobo III retrasa algún tiempo los progresos de la monarquía, y cuando ese príncipe gobernó personalmente, no hizo más que cometer faltas, que dañaron á sus designios. Pero no ocurrió lo mismo bajo Jacobo IV (1488-1513). Este soberano, que la nación adoraba, emprendió la lucha contra Inglaterra, y toda la nobleza se hizo matar por él en la desdichada batalla de Flowden (1513).

Esa derrota fué funesta al feudalismo en Escocia, como la habían sido en Francia para el de esta nación los desastres de Crécy, de Poitiers y de Azincourt.

CAPÍTULO XIX.

FORMACIÓN DEL REINO DE ESPAÑA. FERNANDO É ISABEL. TOMA DE GRANADA (1).

En España y Portugal, lo mismo que en los restantes países de Europa va expirando el feudalismo, al paso que los poderes se centralizan alrededor del trono. Toda la política de Fernando y de Isabel en España tuvo por objeto establecer en sus Estados la unidad religiosa y monárquica; en provecho de ese doble pensamiento crearon nuevas instituciones, aboliendo las que le eran hostiles. En Portugal, Juan II sacó al pueblo de la miseria protegiendo al comercio, y privó á la nobleza de sus privilegios. Para quitar á los nobles el poder judicial, ordenó que en lo sucesivo no podrían dictar juicios más que los jurisperitos. Así se vieron obligados los nobles á abandonar los tribunales, y la justicia se administró por todo el país en nombre del rey.

§ I. — Formación del reino de España. Fernando é Isabel. Toma de Granada (2).

De España antes del advenimiento de Fernando y de Isabel. De sus diversos reinos. — Á fines de la edad media, había en España cinco reinos: cuatro cristianos: Castilla, Aragón, Navarra y Portugal, y uno musulmán, el de Granada.

El menos fuerte de los Estados cristianos era el de Navarra. Había éste pertenecido á la casa de Evreux, uno de cuyos descendientes desempeñó tan triste papel en las guerras civiles que desolaron la Francia. Luego pasó á la casa de Anjou (1425), y de ésta á los condes

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Mariana, *Historia de España*; Heeren, *Manual de historia moderna*; Hallam, *Europa durante la edad media*; Ragón, *Compendio de la historia general de los tiempos modernos*; Robertson, *Historia de Carlos V*; Rosseau Saint-Hilaire, *Historia de España*.

(2) REYES DE ESPAÑA: Fernando II é Isabel reinan juntos sobre Aragón y Castilla (1479-1504); Fernando II reina solo sobre Aragón (1504-1516); Felipe I reina en Castilla (1506); Eernando V es regente de Castilla durante la menor edad de su nieto Carlos V (1506-1516).

pretensiones con la victoria de Saint-Albans (1455). Margarita de Anjou se hizo derrotar en Northampton (1460) y Ricardo hizo declarar que la corona pasaría á la casa de York después de la muerte de Enrique VI. Margarita protestó contra ese decreto y ganó la batalla de Wakefield, en que perecieron Ricardo y su joven descendiente, el conde de Rutland (1460). Sin embargo, el conde de Warwick sostuvo al partido de los yorkistas, e hizo coronar rey á Eduardo, hijo de Ricardo. Luego triunfó de Margarita en Towton (1461) y puso término á sus esperanzas en Exham (1464). Pero como Eduardo VI disgustase á su bienhechor, Warwick se pasó á los Lancaster y restableció á Enrique VI, lo cual le valió el calificativo de *hacedor de reyes* (1471). Pero el infortunado conde halló la muerte en la batalla de Barnet (1471), y Eduardo IV victorioso subió otra vez al trono y reinó doce años más (1471-1483). Le sucedió su hijo, con el nombre de Eduardo V; pero ese rey niño no tardó en ser suplantado por su tío el duque de Gloucester, que no conservó el trono sino dos años (1483-1485). La terrible guerra de las Dos Rosas tuvo por resultado el anonadamiento de la nobleza y de las dos casas rivales que se disputaban el poder. La corona pasó á manos de una nueva rama, la de los Tudors, cuyo primer representante fué Enrique VII (1485). Su reinado se dividió en dos períodos de carácter muy diferente, el primero fué tiempo de turbulencias, durante el cual no pudo ocuparse más que en consolidar su poder; en el segundo disfrutó de autoridad absoluta, que utilizó para satisfacer su insaciable avaricia.

II. Si echamos una ojeada sobre la constitución inglesa, notamos que ha progresado hasta los tiempos de Enrique VI. La Carta Magna ha echado los fundamentos de las libertades públicas bajo el rey Juan, y bajo Enrique III se organiza el parlamento. Eduardo I y Eduardo II dan la última mano al sistema representativo. Los parlamentos han disfrutado de gran autoridad bajo Enrique VI. Pero después de la guerra de las Dos Rosas, la monarquía se hace absoluta con los Tudor. Enrique VII arrebató á la aristocracia todos sus privilegios, y la voluntad del rey va á ser ley en todo el Estado, aun tratándose de las materias religiosas.

III. Después de haberse hallado entregado á la anarquía durante toda la edad media, Escocia llega al fin con los Estuardos á conocer un gobierno regular. Aquí, lo mismo que en las demás naciones de Europa, la monarquía camina hacia el absolutismo. Jacobo I (1406-1437) trabaja por hacer cesar los abusos, y en restablecer la tranquilidad pública, y para lograr esos fines, siente la necesidad de aumentar el prestigio de la autoridad real, debilitando á los señores feudales. Jacobo II su hijo (1437-1460) abate á la casa de los Douglas, aumenta los dominios de la corona, revoca todos los cargos hereditarios, y da á sus tribunales jurisdicción más extensa. La menor edad de Jacobo III retrasa algún tiempo los progresos de la monarquía, y cuando ese príncipe gobernó personalmente, no hizo más que cometer faltas, que dañaron á sus designios. Pero no ocurrió lo mismo bajo Jacobo IV (1488-1513). Este soberano, que la nación adoraba, emprendió la lucha contra Inglaterra, y toda la nobleza se hizo matar por él en la desdichada batalla de Flowden (1513).

Esa derrota fué funesta al feudalismo en Escocia, como la habían sido en Francia para el de esta nación los desastres de Crécy, de Poitiers y de Azincourt.

CAPÍTULO XIX.

FORMACIÓN DEL REINO DE ESPAÑA. FERNANDO É ISABEL. TOMA DE GRANADA (1).

En España y Portugal, lo mismo que en los restantes países de Europa va expirando el feudalismo, al paso que los poderes se centralizan alrededor del trono. Toda la política de Fernando y de Isabel en España tuvo por objeto establecer en sus Estados la unidad religiosa y monárquica; en provecho de ese doble pensamiento crearon nuevas instituciones, aboliendo las que le eran hostiles. En Portugal, Juan II sacó al pueblo de la miseria protegiendo al comercio, y privó á la nobleza de sus privilegios. Para quitar á los nobles el poder judicial, ordenó que en lo sucesivo no podrían dictar juicios más que los jurisperitos. Así se vieron obligados los nobles á abandonar los tribunales, y la justicia se administró por todo el país en nombre del rey.

§ I. — Formación del reino de España. Fernando é Isabel. Toma de Granada (2).

De España antes del advenimiento de Fernando y de Isabel. De sus diversos reinos. — Á fines de la edad media, había en España cinco reinos: cuatro cristianos: Castilla, Aragón, Navarra y Portugal, y uno musulmán, el de Granada.

El menos fuerte de los Estados cristianos era el de Navarra. Había éste pertenecido á la casa de Evreux, uno de cuyos descendientes desempeñó tan triste papel en las guerras civiles que desolaron la Francia. Luego pasó á la casa de Anjou (1425), y de ésta á los condes

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Mariana, *Historia de España*; Heeren, *Manual de historia moderna*; Hallam, *Europa durante la edad media*; Ragón, *Compendio de la historia general de los tiempos modernos*; Robertson, *Historia de Carlos V*; Rosseu Saint-Hilaire, *Historia de España*.

(2) REYES DE ESPAÑA: Fernando II é Isabel reinan juntos sobre Aragón y Castilla (1479-1504); Fernando II reina solo sobre Aragón (1504-1516); Felipe I reina en Castilla (1506); Eernando V es regente de Castilla durante la menor edad de su nieto Carlos V (1506-1516).

de Foix. Pero encerrado como estaba entre Castilla y Aragón, nunca había adquirido importancia.

Portugal, llegado á sus límites actuales, había llamado al trono á Juan I, gran maestre de la orden de Avis, y se preparaba, bajo ese príncipe y sus sucesores Eduardo y Alfonso V, á los descubrimientos marítimos que tan grande influencia debían ejercer sobre el mundo moderno.

Aragón no había cesado en su engrandecimiento. Jaime II había hecho la conquista de Cerdeña (1323) y Pedro IV había añadido á sus Estados: Mallorca (1344), la Cerdeña y el Rosellón. Alfonso V se había distinguido con la conquista del reino de Nápoles (1442) y á su hermano Juan II, que gobernaba ya la Navarra, le había dejado la Sicilia, la Cerdeña, las islas Baleares y todas sus posesiones de España, reservando el reino de Nápoles para Fernando, su hijo natural. El sucesor de Juan II fué su hijo, Fernando V (1474) que se casó con Isabel de Castilla, con lo cual quedó hecha la unión de las dos coronas.

Castilla hubiera podido expulsar de España desde mucho tiempo atrás á los musulmanes, que sólo conservaban por entonces el reino de Granada, si no hubiese sido esa nación víctima de continuas discordias intestinas. La rama bastarda de Trastámara se había sustituido á la casa de Raimundo de Borgoña (1368), produciendo sólo reyes de escasos alcances, juguete de los privados. Al fin sale de esa espantosa anarquía con el matrimonio de Isabel y de Fernando de Aragón (1469), que devuelve al poder real su fuerza y su unidad.

De la población. — España había estado siempre muy dividida, y la naturaleza de su suelo había sido obstáculo á la unidad territorial. Las grandes cordilleras de montañas que la atraviesan, la separan en multitud de regiones naturalmente aisladas, porque las comunicaciones entre ellas no son fáciles. Las invasiones habían añadido á esas causas de división material un principio de disensiones morales, y depositado en la península individuos de opuestas costumbres y creencias. Así, á fines de la edad media, la población española se componía de moros, de judíos y de cris-

tianos. Los moros no habitaban solamente el reino de Granada, sino que eran muy numerosos en las provincias conquistadas por los castellanos y aragoneses y, en su calidad de musulmanes, habían conservado por sus vencedores todo el odio que los discípulos de Mahoma profesaban por los cristianos. Los judíos se dedicaban al comercio y á la industria, y llenaban las ciudades. Los cristianos se sentían obligados, en medio de esos extranjeros, á tener siempre la mano en la empuñadura de su espada para proteger sus personas y bienes.

De los fueros. — Como ese estado de guerra había sido permanente desde la invasión de la península por los árabes, los reyes visigodos tuvieron siempre necesidad de sus vasallos para componer ejércitos prontos á marchar contra el enemigo. Así es que no pudieron pensar en privarlos de su independencia. Por eso, mucho antes de la liberación de los municipios franceses, las ciudades y los burgos españoles poseían sus *fueros ó cartas pueblas*. Esas cartas fueron primeramente tradiciones no escritas, que hacían veces de código y de constitución para las ciudades donde estaban en vigor. Los primeros *fueros* escritos datan del siglo décimo, y tuvieron por autor al rey de Castilla, Sancho, que la liberalidad de sus concesiones ha hecho llamar el conde de los *buenos fueros*. Su ejemplo fué imitado por los reyes de León, de Navarra y de Aragón, y todas las ciudades municipales de España se hallaron dotadas de multitud de franquicias que ponían á cubierto su independencia. En esos fueros se copió lo más que se pudo el *fuero viejo* de Castilla concedido por Sancho, de 995 á 1013, pero aun cuando se adoptó ese tipo, se introdujeron en las *cartas* de cada ciudad multitud de prescripciones particulares que produjeron en España más variedad que el derecho consuetudinario había producido en Francia, antes del establecimiento de la unidad de legislación.

De las Cortes. — Independientemente de esas franquicias locales que daban una especie de autonomía á cada ciudad, en los Estados cristianos de España existían además las *Cortes*. Eran éstas unas

asambleas políticas, que compartían con el rey el poder legislativo. Habían sucedido á los concilios de Toledo, que tan eficazmente contribuyeron á la civilización de los antiguos visigodos. Esas asambleas tomaron el nombre de *Cortes*, en el siglo doce, cuando los diputados fueron llamados á tomar parte en sus deliberaciones en compañía de la nobleza y del clero. Eso fué lo que sucedió en Aragón en 1130, en Castilla en 1169, y en León en 1188. Esas asambleas eran anuales ó bienales, según los diferentes países. Tenían por misión votar los impuestos, hacer las leyes, y no permitían que el rey decidiera nada importante sin su sanción.

De la monarquía. — De ese modo la monarquía disfrutaba de muy limitado poder. Las cortes podían recurrir al *privilegio de unión* en los casos en que no estaban de acuerdo con el rey; entonces resultaba una verdadera insurrección legal, ante la que tenía que ceder el poder real. Ese derecho de resistencia ha sido causa del orgullo castellano y de la obstinación aragonesa, que han llegado á ser proverbiales. En Aragón, la fórmula del juramento que se prestaba al rey tenía algo de arrogante: « Nos, que separadamente somos tanto como vos, y que juntos podemos más que vos, os hacemos rey, bajo la condición de que respetaréis nuestros privilegios; si no, nó. »

En ese mismo país había un magistrado, el *Justicia mayor*, nombrado por las Cortes, y encargado de vigilar los actos del rey y de sus ministros. Ese magistrado podía llamar ante su tribunal todas las causas importantes para juzgarlas en última instancia, y á él correspondía pronunciar entre el rey y la nación, cada vez que se trataba de las libertades públicas. En Castilla, á parte las Cortes y los fueros, la autoridad real se hallaba restringida por la influencia de las órdenes religiosas y militares de Santiago, de Calatrava, y de Alcántara, que tenían posesiones inmensas y que eran muy populares. La política de Fernando é Isabel tuvo por objeto establecer en España la unidad de dominación territorial, retirando al feudalismo sus privilegios en provecho de la autoridad real.

Advenimiento de Isabel al trono de Castilla (1468). — Juan II, rey de Castilla, había dejado al morir dos hijos, Enrique y Alfonso, y una hija, la célebre Isabel (1454). Enrique sucedió á su padre, pero se deshonró con los más espantosos encándalos. Ese príncipe, tan débil como inmoral, no se había rodeado más que de hombres oscuros, en vez de llamar á su consejo los prelados y señores del reino. La indignación fué general, y se organizó una facción para proclamar rey de Castilla y de León al hermano del rey, el jóven Alfonso. Los rebeldes se reunieron en la llanura de Ávila, declararon á Enrique IV privado de sus derechos por causa de sus crímenes y proclamaron en lugar suyo á Alfonso XII (1465).

Pero como ese príncipe muriera en la batalla indecisa que se dió en Medina del Campo, los rebeldes eligieron á su hermana Isabel (1468). Mas esa mujer de genio no quería llegar al poder por una usurpación, y se contentó con hacerse reconocer por el príncipe reinante como heredera presunta del reino de Castilla. El débil Enrique IV concedió cuanto quisieron. Sin embargo, habiendo Isabel, cuya mano era solicitada por multitud de partidos, preferido á Fernando, rey de Aragón, Enrique IV concibió por causa de ese enlace grandes temores, y anuló cuanto había hecho en favor de dicha princesa (1470), nombrando heredera á su propia hija Juana, lo cual suscitó después de su muerte la guerra civil en Castilla (1474). Pero los defensores de Juana fueron vencidos en Toro (1476), y entonces la nación entera reconoció á Isabel.

Política de Fernando y de Isabel. Reunión de Castilla y de Aragón. — El matrimonio de Fernando de Aragón con Isabel de Castilla reunió bajo un mismo cetro todos los reinos cristianos de España, exceptuando el de Navarra. Fernando é Isabel, dotados ambos de gran genio, se propusieron lograr para sus Estados la unidad religiosa y monárquica. Con tal fin crearon la Santa Hermandad, que debía alzar la autoridad real sobre los restos del feudalismo; fundaron la Inquisición, para evitar la división de las creencias; confiscaron en provecho propio el poder de las órdenes religiosas, para hacerse soberanos ab-

solutos; y lograron finalmente la unidad territorial, conquistando los reinos de Granada y de Navarra.

De la Santa Hermandad. — Dábase ese nombre á una corporación que Fernando instituyó en Castilla al principio de su reinado, para poner término á las guerras privadas y que en poco tiempo se convirtió en terror de los malhechores. El Consejo de Castilla la protegió; diéronsele tropas, y persiguió con vigor todos los crímenes que le fueron denunciados. Y como los señores abusaban á menudo de su autoridad, Fernando se sirvió de la Santa Hermandad para reprimir sus excesos, y su voluntad acabó por triunfar de todas las resistencias. Las fortalezas de los que arrasaban el país con sus actos de bandolerismo fueron demolidas, y al cabo de algún tiempo, el pueblo tuvo la dicha de verse libre de los nobles que lo tiranizaban.

Supresión de las órdenes militares (1488). — Al lado de la nobleza se había elevado también en España otro gran poder, temible para el trono por causa de su independencia: el de las órdenes militares. Esas instituciones prestaron grandes servicios al país durante la edad media, y esos servicios les valieron vastos dominios territoriales. Como al fin del siglo xv los musulmanes estaban casi aniquilados, era inútil recurrir para vencerlos al esfuerzo de los caballeros. Fernando quiso, en consecuencia, atribuir á la corona los bienes de las órdenes militares. Para lograrlo, se insinuó en el ánimo de los caballeros de Santiago, y logró que lo nombraran gran maestro. Los de Calatrava y de Alcántara hicieron lo mismo. Fernando confiscó los bienes, y los papas Inocencio VIII y Alejandro VI aprobaron con sus breves ese acto tan útil para la monarquía, y declararon perpetua la nueva propiedad.

De la Inquisición. — Cuando Fernando é Isabel hubieron sentado de ese modo las bases de la unidad política, comprendieron que no podía haber seguridad para su trono ni reposo para sus pueblos más que en la unidad de creencia. España se hallaba en ese momento á punto de dividirse en gran número de sectas y de religiones. Los judíos, atraídos á la península por

las riquezas de los musulmanes; se habían fijado en el país, en cuya población entraban por más de un millón; los moros, también muy numerosos, ocupaban casi todas las provincias meridionales; por último, la herejía amenazaba con introducirse entre los católicos. Si se hubiera dejado que se desarrollasen libremente tantas doctrinas enemigas, no habría tardado en estallar la guerra civil. Temiéndolo así, Fernando é Isabel pidieron á Roma inquisidores que pusieran coto á los progresos de las doctrinas heréticas que tendían á invadir su reino. Por una bula de 1478, el papa les permitió escoger tres inquisidores cuyas funciones se reducían á juzgar las creencias. Los sacerdotes y religiosos que formaron parte de ese tribunal no tuvieron nunca más misión que la de pronunciar acerca de la ortodoxia de las proposiciones que les eran sometidas. El rey era el único que determinaba las penas de los culpables y quien encargaba á sus ministros de aplicarlas; de modo que la responsabilidad entera de esa institución corresponde totalmente á la autoridad civil que la estableció, la mantuvo y la dirigió. En 1481 funcionaba en toda su plenitud.

Conquista del reino de Granada (1482-1492). — Al año siguiente (1482), Fernando emprendió la sumisión definitiva de los moros, á quienes sólo quedaba en España el reino de Granada. Abú-Hacem, que lo gobernaba, facilitó la conquista con las guerras civiles que sus pasiones encendieron. Ese sultán había repudiado á su mujer legítima, Aja, para casarse con una cristiana llamada Zoraya, manifestando además la intención de privar del trono á Boabdil, su legítimo heredero. Los Abencerrajes tomaron partido por el joven príncipe, lo llevaron á Guadix, y lo proclamaron sultán con el nombre de Abúl-Abdallah. Padre é hijo se hicieron la guerra. Abúl-Hacem tuvo que salir de Granada, é ir á buscar refugio junto á Zagal su hermano, que estaba establecido en Málaga; pero no tardó en indisponerse con este príncipe, que procuró hacerlo prisionero, y la enemistad de ambos monarcas encendió la guerra civil en todo el reino. Abúl-Hacem murió de dolor en medio de esas matanzas (1485).

Fernando aprovechó esas turbulencias para ejecutar

sus proyectos de conquista, y puso sitio á Málaga, de la que se hizo dueño (1487). Luego atacó á Guadix, Almería, y todas las ciudades del este, á fin de aislar Granada. Zagal empezó por defender valerosamente sus ciudades, pero al decirle uno de sus parientes, Cid Yahia que la ruina de su reino estaba escrita en el cielo, se rindió á los españoles. Éstos, no sólo lo acogieron con benevolencia, sino que lo colmaron de riquezas que pudo llevarse para disfrutarlas bajo el ardiente sol de África.

Abdallah, solo en Granada, fué obligado por los moros á defenderse vigorosamente. Fernando se presentó á cercar la ciudad con un ejército de 50.000 hombres. En vez de sitiárla, la bloqueó, y su campamento se convirtió en una ciudad, llamada hoy Santa Fe. Los habitantes, atemorizados al ver su constancia y ya apretados por el hambre, se rindieron después de haber resistido por espacio de más de seis meses (1492).

Expulsión de los judíos y de los moros (1492-1497). — Ese mismo año (1492) expulsó Fernando de todos sus Estados á los judíos, cuyas culpables exacciones y continuas rapiñas irritaban al pueblo. Después de su derrota, los moros habían esperado poder practicar libremente su religión: pero el rey, pensando que tal vez no era prudente dejar dentro del reino á hombres cuyos principios religiosos los excitaban á odiarlo y á odiar á los cristianos, pronunció el destierro contra los que se negasen á abrazar sinceramente el cristianismo. Ese severo decreto sirvió para establecer en España la unidad religiosa, pero hizo gran daño á la riqueza material de la nación. La industria y las artes se hallaban ya en estado muy floreciente entre los musulmanes, y esa proscripción fué fatal para el tráfico.

Muerte de Isabel. Fernando reina solo (1504-1516). — Todo salía á pedir de boca en la administración pública de los dos soberanos; pero su vida privada estuvo llena de pesadumbre y amargura. Isabel perdió á Juan, su único hijo, que se había casado con una princesa de Austria; y su hija mayor Isabel, esposa del infante de Portugal, quedó viuda al cabo de pocos meses. Aun conservaba dos hijas, una de las

cuales fué la célebre Catalina de Aragón, que casó en segundos nupcias con Enrique VIII de Inglaterra. La desdichada reina tuvo el dolor de ver volverse loca á su otra hija, Juana, mujer del archiduque de Austria. Felipe el Hermoso, hijo del emperador Maximiliano (1496). Isabel murió de pena, en 1504, después de haber declarado heredera de sus Estados de Castilla á Juana la Loca, pero dando á Fernando V la tutela del reino hasta la mayor edad de Carlos, su nieto. El archiduque disputó por un momento la regencia á su suegro, pero descontentó tanto á los castellanos, que todos se alegraron de su muerte, ocurrida seis meses después de su llegada al país de su mujer (1506).

Entonces llamaron á Fernando y éste gobernó el reino en nombre del hijo de Juana y de Felipe, don Carlos, que debía ser el inmortal Carlos V. Á pesar de su habilidad, el rey de Aragón hubiese fracasado si no le hubiera ayudado con sus consejos Ximénez de Cisneros. Este hombre extraordinario que desde su oscura celda se había elevado á la primera dignidad de España, sin más recomendación que su genio y su virtud, supo mantener la paz en todo el país. Ofreció á Fernando ir á combatir á los musulmanes en África. llevó á cabo la conquista de Orán (1509), tomó á Bujía y otras plazas, y obligó á los gobernadores de Argel, Túnez y Trípoli á declararse vasallos de Castilla (1510). Esa conquista era gloriosa y pura, pero las que luego emprendió Fernando por su propio impulso, lo fueron menos. Apoderóse pérfidamente de Navarra (1512), y se condujo con poca lealtad en las guerras de Italia. Hubiera deseado dejar todas sus coronas á uno de sus hijos, y en la esperanza de tenerlo, se casó con Germana de Foix, sobrina de Luis XII; pero el cielo no satisfizo sus votos; murió sin heredero y en su lecho fúnebre tuvo que dejar sus Estados á su nieto Carlos V (1516).

§ II. — Del Portugal (1).

Casa de Avis. Juan I. Alfonso V (1385). — El

(1) REYES DE PORTUGAL: *Casa de Avis*: Juan I (1383-1433), Eduardo (1433-1438), Alfonso V (1438-1481), Juan II (1481-1495), Manuel el Grande ó el Afortunado (1495-1521).

reino de Portugal había sido fundado por un príncipe francés salido de la rama de los Capetos de Borgoña. Pero esa dinastía fué reemplazada por una línea bastarda, que apareció con brillo en el último período de la edad media. Juan I, que fué el primer soberano de esa familia, había derrotado en la gloriosa jornada de Aljubarrota á su competidor el rey de Castilla (1383), mostrándose favorable á las libertades públicas. Los grandes aprovecharon la menor edad de su hijo Alfonso V. Pero cuando este príncipe pudo reinar por sí mismo, lo preocuparon dos ideas principales. En primer lugar trató de realizar conquistas en África, é intentó unir la corona de Castilla y la que ya llevaba. Inauguró la guerra contra los moros apoderándose de Alcazar-Sequir (1458). Su ambición, que distaba mucho de hallarse satisfecha, lo llevó luego á atacar la importante ciudad de Tánger, que pasaba por una de las más fuertes posiciones del rey de Fez. La primera expedición que llevó á cabo contra dicha ciudad no tuvo éxito (1465), pero volvió algunos años después con un poderoso ejército, la ocupó así como á Arcila, y mereció el glorioso nombre de Africano (1471).

Sus empresas en Castilla (1474-1476). — Á poco de ese brillante triunfo, tuvo aspiraciones á la corona castellana. Al morir Enrique IV, el marqués de Villena y otros poderosos magnates le habían ofrecido aquel trono con la mano de doña Juana, que había sido proclamada heredera del mismo, en detrimento de Isabel. Aceptólo, y después de formar alianza con Luis XI, se propuso someter por las armas sus nuevos Estados (1475). Zamora y otras muchas ciudades importantes le abrieron sus puertas. Habiéndose encontrado con D. Fernando, esposo de Isabel á orillas del Duero, lo obligó á batir en retirada sobre Medina del Campo. Entonces Isabel, reprochando á su marido tanta cobardía, reanimó el valor de los castellanos, y los excitó á declararse en masa contra Alfonso V. Este príncipe fué completamente destronado en una batalla decisiva que se dió cerca de Toro (1476).

Error de Alfonso V (1476-1481). — El error de Alfonso V fué haber creído entonces en la lealtad de Luis XI de Francia, al cual fué á pedir socorro contra

Fernando después de esos reveses. Luis lo acogió magníficamente en Tours y le prodigó las más halagüeñas promesas. Habiendo ido luego Alfonso á solicitar apoyo del duque de Borgoña, Carlos el Temerario, que acampaba delante de los muros de Nancy, éste se rió de la inocencia del portugués, que se había dejado engañar por las falaces promesas de Luis XI, y le predijo que el rey de Francia ni siquiera se acordaría de ellas. Los hechos confirmaron esa profecía. Alfonso fué abandonado, y en su despecho soñó con fundar un reino en Jerusalén.

Esa caballeresca idea lo hizo renunciar á su corona en favor de su hijo Juan; pero no tardó en conocer toda la extensión de sus ilusiones. Volvióse pues, á Portugal (1478) no siendo ya más que el súbdito de su hijo y mendigando su protección. Juan, que tenía extraordinaria grandeza de alma, entregó á su padre el cetro, negándose á reinar mientras éste viviera. Los últimos años de Alfonso no sirvieron más que para hacerlo despreciable. Con Castilla firmó un tratado en el que sacrificaba indignamente todos los intereses de su país (1479), y sus vasallos, que habían sido tan felices bajo la administración de su hijo Juan II, detestaron su gobierno, por ser débil, torpe y á menudo injusto. Murió en 1481, tres años después de su vuelta de Francia á Portugal.

Glorioso reinado de Juan II (1481-1495). — Los grandes, á quienes Alfonso V había hecho inmensas concesiones, lloraron la muerte de ese monarca; pero el pueblo, que había tenido mucho que sufrir por sus rapiñas, no pudo contener la alegría. Apegóse á Juan II y le dió el calificativo de *Perfecto*; por causa de su irreprochable equidad; mas los magnates no tuvieron por él los mismos sentimientos. En efecto, ese príncipe se mostró desde el principio de su reinado enemigo de los privilegios y él fué quien dió el último golpe al feudalismo en Portugal. Sus talentos administrativos habían brillado en los años en que su padre le dejara la regencia, mientras se ocupaba en la guerra con Castilla y en sus negociaciones con Francia. D. Juan había observado con gusto que la industria y el comercio eran causa de cierta opulencia en algunas clases

del pueblo. Resolvió, pues, apoyarse en esos ricos propietarios contra la nobleza, que no dejaba de esforzar la acción de la monarquía. En la dieta de Montemayor (1482) tomó algunas medidas más atrevidas que prudentes, retirando á los grandes las concesiones que les había hecho su predecesor, y apoderándose de la autoridad judicial por un decreto que dió á los jueces reales el derecho de ejercer la justicia en los Estados de los señores, y que declaró incapaces de las funciones judiciales á cuantos no hubieran hecho estudios de derecho.

Rebelión de la nobleza. — Esas leyes descontentaron á los nobles. El duque de Braganza, cuñado de la reina, se puso al frente de los rebeldes; Juan II lo hizo prender, y el tribunal de Evora lo condenó á la pena capital (1483). Esa severidad del monarca excitó un nuevo complot. La intención de los conspiradores era quitarle la vida al rey y poner en el trono á su primo hermano Jaime, duque de Viseu. Pero como Juan II llegase á saberlo, dió de puñaladas á su rival con su propia mano, é intimidó á la nobleza entera que se sometió á sus órdenes. Después de haber establecido así su autoridad sobre sólidas bases fué cuando engrandeció su reino favoreciendo las empresas de sus navegantes, que doblaron el cabo de Buena Esperanza y se establecieron en la India. La pena de haber rechazado á Colón, y el despecho que le causó la fortuna de España envenenaron todos los goces de su ambicioso espíritu. Y una muerte prematura se lo llevó á los cuarenta años, el 25 de octubre de 1495.

Manuel (1495-1527). — Juan II había deseado dejar su corona á Jorge, su hijo natural, pero el temor de encender la guerra civil le hizo designar como sucesor á su primo Manuel, hermano del duque de Viseu, que había asesinado. El reinado de Manuel fué la edad de oro de Portugal. Administrador hábil, hizo respetar las leyes, y mantuvo en la obediencia á la nobleza; amigo de la religión y de las letras, se ocupó en extender el cristianismo y las luces de la verdadera civilización por África y la India, y procuró apartar al elector de Sajonia de la herejía luterana. No se le reprocha más que la excesiva severidad de que se

armó su celo contra los judíos que se negaban á convertirse. Nunca se presentó, es verdad, al frente de sus ejércitos; pero tuvo la dicha de ver su reinado cubierto de gloria por los brillantes descubrimientos de sus súbditos y por sus conquistas en la India.

Resumen de este capítulo. — España había estado siempre dividida. Al fin de la edad media quedaban todavía en ella cinco Estados: cuatro reinos cristianos, Castilla, Navarra, Aragón y Portugal, y un reino musulmán, el de Granada. Los fueros y las Cortes habían restringido considerablemente el poder real, y multiplicado en el interior esas ciudades y provincias independientes que resistían á la unidad política y territorial.

I. Fernando é Isabel fueron los dos grandes monarcas que formaron la España, sustituyendo á sus divisiones la unidad religiosa y política. Isabel fué llamada á reinar en Castilla (1468). Casóse con Fernando, rey de Aragón, y esos dos reinos quedaron bajo el mismo cetro. Para hacer absoluta su autoridad, atacaron el feudalismo, creando al efecto la Santa Hermandad, suprimiendo las órdenes militares, y manteniendo por medio de la Inquisición la unidad religiosa como garantía de la unidad política. Luego llevaron á cabo la conquista de Granada (1492), y expulsaron de sus Estados á los judíos y los moros. Habiendo muerto Isabel (1504), Fernando gobernó á Castilla en nombre de Carlos V, todavía niño. El genio de Cisnerós le permitió realizar magníficas conquistas en África. Los gobernadores de Argel, de Túnez y de Trípoli se reconocieron vasallos suyos (1510); apoderóse pérfidamente de Navarra (1512) y tomó parte considerable en las guerras de Italia, que lo hicieron dueño del reino de Nápoles y de parte de la Lombardia.

II. En Portugal, la casa de Avis había reemplazado á la de Borgoña. Alfonso V, que reina en este país á principios de la edad moderna (1438-1481), se distingue por sus conquistas sobre los moros, que le valen el sobrenombre de Africano (1471). También intentó apoderarse de Castilla, pero una derrota que sufrió cerca de Toro, le hizo abandonar su proyecto (1476). Después tuvo la debilidad de renunciar á la corona en favor de su hijo y de arrepentirse de su abdicación, lo que le hizo desempeñar triste papel en los últimos años de su vida. Su hijo Juan II (1481-1495) fué muy amado del pueblo, y se apoyó en esa popularidad para atacar á la nobleza, arrebatándole sus privilegios. En este reinado es cuando dieron principio los magníficos descubrimientos de los portugueses. Tuvo por sucesor á su primo Manuel, cuyo reinado (1495-1527) se considera justamente como la edad de oro de Portugal. ®

CAPÍTULO XX.

DESCUBRIMIENTOS MARÍTIMOS. CRISTÓBAL COLÓN. LOS PORTUGUESES EN LAS INDIAS. LOS ESPAÑOLES EN AMÉRICA (1).

Los descubrimientos de los españoles y de los portugueses tuvieron sobre el mundo moderno influencia inmensa. Al hallar una nueva ruta para llegar á la India, los segundos cambiaron por completo la naturaleza de las relaciones comerciales. Hicieron más activo el tráfico, y las riquezas que acumularon sirvieron para excitar la avaricia de las demás naciones, que se lanzaron arduosamente por la misma vía. De las minas de América salió tanto oro para el antiguo continente, que el carácter de la edad moderna sufrió notable cambio, al convertirse el dinero en móvil de todas las acciones, medida de todos los afectos y objeto de todos los pensamientos. La monarquía española debió á las riquezas que le llegaban de América la preponderancia política que ejerció durante ese período.

§ I. — *Del imperio colonial de los españoles. Cristóbal Colón.*

Cristóbal Colón (1441-1492). — El reinado de Fernando y de Isabel, ya tan notable por los grandes acontecimientos que lo ilustraron dentro de España, no lo fué menos por los descubrimientos que les dieron inmensas posesiones en un mundo desconocido. En Génova nació, el año de 1441, el niño que debía revelar á Europa ese nuevo mundo. Llamábase Cristóbal Colón. Desde su más tierna edad se lanzó con ardor en la carrera que debía immortalizarlo. Reinando en Portugal D. Juan II, Colón abandonó su patria y fué á fijarse en Lisboa. Sus raras facultades de marino le valieron la mano de la hija de Bartolomé Perestrello, uno de los más célebres navegantes. Trabajando en los dibujos y cartas de su suegro, le vino la idea de que la tierra no era totalmente conocida. Decíase que lo descubierto no era más que un hemisferio del globo, y que no era posible que el otro estuviese

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Robertson, *Historia de América*; de Humboldt, *Vistas de las Cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*; Th. Burette, *Cuadernos de historia moderna*; Chardin, *Historia de los establecimientos europeos en las Indias occidentales*; Bouchot, *Historia de Portugal*.

cubierto de agua por entero. Esas conjeturas, y otros datos más lo llevaron hacia la India por la parte del oeste. Esperaba que ese camino sería más corto y fácil que el que preocupaba á los portugueses, y corriendo en pos de esa quimera fué como descubrió la América. Empezó por comunicar el proyecto al senado de Génova, que lo trató de visionario. No lo recibieron mejor en Portugal, en Francia y en Inglaterra. Por fin un religioso, el P. Juan Pérez de Marchena, lo recomendó al cardenal Mendoza y éste á D^a. Isabel.

Viaje de Colón. Descubrimiento de América (1492-1493). — Fernando é Isabel se hallaban todavía en medio de los regocijos y fiestas dadas con motivo de la toma de Granada, cuando concedieron á Colón el mando de una flotilla, con el título de gran almirante de todos los mares, islas y continentes que iba á descubrir, comprometiéndose, si el navegante lograba su intento, á hacer hereditaria en su familia aquella dignidad. El valeroso genovés no tenía más que tres pequeños bajeles equipados por unos 90 á 120 hombres. Puso bajo el emparo del cielo su peligrosa y aventurada expedición, comulgó con todos sus compañeros en manos del P. Pérez de Marchena, y se embarcó el 3 de agosto de 1492 en el puerto de Palos en Andalucía. La tripulación no tardó en sentir gran temor. Cuando se hubo llegado á la altura de los vientos alisios, viendo los marineros que sus buques corrían hacia el oeste con la rapidez de una flecha, desesperaron de volver nunca á su patria, por lo cual murmuraban y hasta manifestaban intenciones de rebelión. Colón supo contenerlos, por lo enérgico de sus discursos y lo resuelto de su ánimo. De todo sacaba partido para fortalecer las esperanzas de sus compañeros. Las tripulaciones se estremecieron un día al ver algunas aves; desgraciadamente, pronto se notó que eran de las que se alejan de tierra á grandes distancias; más lejos trajo el viento consigo aroma de flores, que parecía anunciar no muy distante isla. Sin embargo, los compañeros de Colón amenazaban con arrojarlo al agua si no daba la orden de volver. Pidióles tres días más, prometiéndoles hacer lo que quisieran si en ese

plazo no se descubría ninguna tierra. Por fin, el 11 de octubre salió del buque que iba á la cabeza el grito de *¡Tierra!*, colmando de alegría á las tripulaciones. Todos lloraban de gozo, abrazándose, y felicitando al almirante por haber sabido perseverar. El 12 se desembarcó en la ribera descubierta. Era la de una isla que los indígenas llamaban *Guanahani* y que Colón denominó San Salvador para perpetuar el recuerdo de su glorioso triunfo. Los habitantes de las islas próximas se daban el nombre de Lucayas, que Colón dejó al grupo entero de ellas. El almirante descubrió también Haití y Santo Domingo y se volvió luego á anunciar á España sus grandes descubrimientos.

Glorioso regreso de Colón (1493-1495). — Pinzón, uno de los navegantes que se habían asociado á la fortuna del descubridor, quiso arrebatárle su gloria, siendo el primero en anunciarlo á Europa. Pero Colón lo alcanzó, le perdonó su falta, y prosiguió su camino. Ya se habían hecho más de 500 leguas de felicísima navegación, cuando estalló el 15 de enero terrible tempestad. Colón temió por un momento no tener la dicha de disfrutar de su gloria, revelando al mundo civilizado su descubrimiento. En tal apuro, escribió una relación de su viaje en un pedazo de pergamino, que envolvió en lienzo encerado, y encerró en un tonel confiándolo á las olas, en la esperanza de que éstas llevarían á algunas riberas habitadas ese precioso mensaje. Pero el tiempo se calmó, y el 15 de marzo de 1493 llegaban los intrépidos marinos á la entrada del Tajo. Colón fué á ver al rey de Portugal, le comunicó los resultados de su viaje y fué recibido por todas partes con entusiasmo. Diez días después entraba en el puerto de Palos, de vuelta de su viaje. Allí desembarcó, y atravesando en triunfo la España, fué á presentarse ante Fernando é Isabel, que le colmaron de honores. Entonces le dieron 17 buques, para que pudiese extender sus descubrimientos y consolidar sus conquistas.

Desgracias de Colón (1495-1498). — En su segundo viaje se dirigió más al sur que la primera vez, y abordó en las islas Caribes ó Antillas menores. Luego volvió á Haití para visitar á los españoles que dejara

en ese punto y visitar sus trabajos; pero todo se hallaba en el más completo desorden. Aquellos desdichados habían maltratado á los indígenas, que acabaron por rebelarse. Colón se propuso remediar esos abusos y descontentó á algunos de sus conciudadanos. Hubo quienes fueron bastante bajos para ir á España á acusar al almirante ante los reyes. Cuando Colón supo las sospechas de que era objeto, volvió en persona á justificarse. Su presencia no más bastó para que, impresionados los espíritus por la grandeza de su nombre, se avergonzasen todos de haber prestado oídos á las delaciones de sus enemigos.

En su tercer viaje, Colón llegó á la embocadura del Orinoco, recorrió la costa y adquirió la certeza de la existencia de un nuevo continente. Francisco Bobadilla, enviado á Santo Domingo por el gobernador español para examinar la conducta de Colón, lo hizo cargar de cadenas, se apoderó de su cargo, y lo envió á Europa. España entera se alzó indignada contra semejante injusticia, y ante el grito de la conciencia pública cayeron como por encanto las cadenas de Colón. Hizo otro viaje, el cuarto, en que descubrió la Martinica y la Jamaica (1503). De vuelta á España el 9 de noviembre de 1504, halló á doña Isabel en su lecho de muerte. Fernando se negó siempre á cumplírle sus promesas, y el grande hombre murió triste y pobre en Valladolid, el 20 de mayo de 1506. Su tumba fué colocada en la catedral de Sevilla.

Sufrimientos de los indios. — Mientras vivió Isabel, se esforzó en mantener á sus súbditos dentro de los límites de sus deberes, haciéndoles respetar, en nombre de la naturaleza y de la humanidad, los derechos de los indígenas. Pero después de su muerte, los aventureros que sólo para hacer fortuna se habían entregado á los peligros de los mares, no prestaron oídos más que á su insaciable sed de riquezas. Repartiéronse los países descubiertos, así como sus habitantes, convirtiéndolos en verdaderos esclavos. Sobre todo los empleaban en la explotación de las minas de oro, que excitaban su avaricia. Esas crueldades enternecieron á cuantos hombres virtuosos las presenciaron. Los discípulos de Santo Domingo, que habían penetrado en

esas oscuras regiones para difundir en ellas la luz de la fe, tomaron resueltamente partido por los desdichados Indios. Conocedora de esas atrocidades, Roma censuró á los españoles, y les recordó con palabras de ternura que los indios habían sido rescatados por la sangre de Jesucristo, y que por ese motivo merecían el mismo trato y los mismos respetos que los demás hombres. Pero esas enternecedoras frases del sumo Pontífice, unidas á las protestas de los misioneros católicos, no pudieron nada sobre aquellos hombres codiciosos y sanguinarios que sólo conocían la pasión del oro. Bartolomé de las Casas se immortalizó defendiendo la causa de la humanidad, ultrajada por el bárbaro trato á que eran sometidos los indios, y tuvo el valor de presentarse ante Don Fernando y ante Carlos V para reclamar la libertad de aquellos. Y habiéndosele objetado que era imposible civilizarlos, quiso responder con hechos á esa extravagante opinión, y se puso á trabajar para instruirlos. Sin embargo la mala fe hizo fracasar todos sus intentos, y después de larga serie de desastres y reveses, entró en un convento de dominicos para tomar el hábito de la orden (1517), y trabajar luego como misionero en la conversión de los que tan enérgicamente había protegido.

Conquista de Méjico (1518-1521). — Después de la muerte de Cristóbal Colón, los españoles continuaron sus exploraciones. Juan Díaz de Solís descubrió la provincia de Yucatán, y Sebastián de Ocampo le dió la vuelta á Cuba (1508). Juan Ponce de León tocó en la Florida (1512), y Balboa descubrió el mar del sur que debía conducir á los españoles al Perú (1513). Luego emprendió Fernán Cortés la conquista de Méjico. Esa era una expedición realmente audaz. Los primeros españoles que llegaron á esa región, bajo el mando de su jefe Grijalva, hallaron en ella civilización adelantada y hombres capaces de defender su libertad. No atreviéndose atacar á tal nación, se habían vuelto á Cuba á enterar á su gobernador Velázquez de cuanto habían visto. La pasión de riquezas hizo que se cerraran los ojos sobre las dificultades de la empresa y se apresuraron los preparativos de la misma. Velázquez designó para mandar esa expedición á Hernán Cortés, que en

distintas circunstancias se había distinguido por su habilidad y valor; pero no tardó en arrepentirse de ello, y hasta quiso retirarle su mando, poco tiempo después de habérselo otorgado. Sin embargo, Cortés fué bastante diestro para desconcertar todos sus desig-nios. Partió de Cuba nada más que con once bajeles, tripulados por seiscientos diez y siete hombres, incluyendo en ese número todos los marinos y soldados (1519). Cuando desembarcó en Méjico, vió las graves dificultades que se presentaban, los partidarios secretos de Velásquez se sublevaron para obligarlo á volverse. En ese penoso momento, que iba á ser decisivo, Cortés pareció opinar como ellos, y dió inmediatamente orden para preparar la retirada. Al saberlo, muchos de los aventureros que lo habían seguido para hacer fortuna por todos los medios, reclamaron contra semejante medida. Cortés los alentó más aún valiéndose de ocultos emisarios, y cuando todos reclamaron la continuación de la empresa, aprobó el acuerdo, se hizo renovar sus poderes y prosiguió su objeto con nueva actividad.

Cortés había sabido que el país estaba dividido y que todas las poblaciones eran enemigas declaradas del emperador de Méjico, Montezuma; y como hábil político que era, aprovechó esas disensiones para dar en tierra con el imperio. Empezó por aliarse con los de Zempoala, se captó la amistad de los tlaxcaltecas, y puso de su parte á ambos pueblos, prometiéndoles servir sus resentimientos contra Montezuma, á quien llamaban su tirano. Atravesó algunas naciones más y al fin llegó á Méjico. Montezuma y todo su pueblo, que veían en los españoles seres divinos, no se atrevieron ni siquiera á pensar en resistirles. Ese monarca fué á su encuentro con más de mil indios de las primeras familias, adornados con plumas y vestidos de hermosas telas de algodón, reconoció por su señor á Cortés, tocando con la mano la tierra para besarla después, según la costumbre del país, é hizo reservar á los españoles un barrio entero de su gran ciudad.

Sin embargo, á pesar de tantas halagüeñas muestras de amistad, Cortés no estaba tranquilo, y temía que lo hiciesen prisionero con todo su ejército. Para ponerse

á cubierto de ese peligro, concibió el más atrevido de los proyectos, cual fué el de reducir á prisión á Montezuma, y gobernar el imperio en su nombre. Y en presencia del pueblo entero, en mitad del día ejecutó ese bárbaro atentado, y los indios sintieron tal espanto, que ni uno de ellos siquiera se atrevió á defender á su soberano. Entonces Cortés se encontró dueño de todas las provincias. Hizolas recorrer por sus soldados, para conocer su fertilidad y las minas de oro que contenían.

Los celos de Velásquez estuvieron un instante á punto de comprometer su brillante conquista. Temiendo la gloria de Cortés, aquel envidioso y rastrero personaje había mandado contra él una escuadra á las órdenes de Narváez (1520). Cuando Cortés supo esa desagradable noticia, deliberó algún tiempo antes de resolver lo que debía hacer. Por último, resolvió corromper á los soldados de Narváez, y cuando pudo estar seguro de una traición, atacó á su rival. De esa manera no podía permanecer mucho tiempo dudosa la victoria. Narváez fué derrotado, y los restos de su ejército pasaron bajo las banderas de Cortés (1520).

El conquistador necesitaba realmente ese refuerzo, pues habiéndose rebelado los mejicanos, tuvo que salir de la capital y batir en retirada. Los rebeldes estaban tan sobrecitados, que dieron muerte por sus propias manos á Montezuma, que los exhortaba á permanecer tranquilos. Privado de ese apoyo, Cortés estaba perdido si en ese momento no hubiese recibido refuerzos que le permitieron tomar otra vez la ofensiva. Marchó de nuevo contra Méjico, lo sitió y acabó por tomarlo en 1521. Entonces se sometieron todas las provincias.

Infortunios de Cortés (1525-1547). — Á pesar de la hostilidad de Velásquez y de todos sus enemigos, Cortés fué nombrado capitán general y gobernador de aquella Nueva España que acababa de conquistar (1522). Para evitar nuevas rebeliones, sometió al país á terrible yugo. Estableció su residencia en Méjico, hizo reconstruir la ciudad con arreglo á la forma de las ciudades españolas, y se propuso someter el país á nuevo sistema de administración. Mas, no tardaron en acusarlo ante Carlos V (1525). Entonces hizo lo que Colón; fué en persona á España á justificarse, y lo mismo que

aquél, confundió con su sola presencia á sus enemigos. Sin embargo, al volver á Méjico no tenía su autoridad el mismo prestigio que antes, lo cual lo expuso á las continuas intrigas y asechanzas de sus enemigos. Para distraerse y olvidar, se lanzó á nuevas empresas. Descubrió la California y después volvió á España á justificar su conducta contra los ataques de que era objeto. Carlos V no se dignó ni siquiera concederle una audiencia; un día Cortés, atravesando la multitud de palaciegos que rodeaban el coche del emperador, subió al estribo de la portezuela. «¿Quién eres?» le preguntó el soberano. — «Soy, respondió Cortés, un hombre que ha dado á V. M. más reinos que provincias le dejaron sus abuelos.» Lleno el corazón de pesar y de amargura, Cortés se retiró á los alrededores de Sevilla, donde acabó pobremente su vida en profunda soledad (1547).

Descubrimiento del Perú (1524-1527). — Algún tiempo después del descubrimiento de Méjico, un pastor de las colonias, Francisco Pizarro y un soldado de fortuna, Diego de Almagro, que no sabía leer ni escribir, se unieron con Fernando de Lucques, sacerdote español, que había sido maestro de escuela en Panamá, é intentaron el descubrimiento del Perú. Pusieron su empresa bajo la protección del cielo, y Lucques celebró la misa, compartiendo luego con sus dos asociados la hostia santa. Pizarro no tenía más que tres bajeles y ciento doce hombres cuando se lanzó en plena mar á descubrir el nuevo imperio cuya existencia había sospechado Balboa (1524). Durante tres años se opusieron á sus designios los más terribles obstáculos. El gobernador de Panamá llegó hasta ordenar á Pizarro que se volviese con sus tropas, y le negó refuerzos. Pero el intrépido aventurero se obstinó, y después de indescriptibles sufrimientos, tuvo la suerte de tocar en Tumbes y de observar la riqueza y opulencia de aquel gran imperio. De vuelta á Panamá, inflamó las imaginaciones de todos aquellos ambiciosos, refiriéndoles lo que había visto. Sin embargo, el gobernador no quiso emprender con tan poca gente la conquista de ese extenso país. Seguro de su descubrimiento, Pizarro convino con sus compañeros en ir á pedir al rey de

España fuerzas para acometer la empresa, debiendo solicitar para sí el título de gobernador, para Almagro el de lugarteniente, y para Fernando de Lucques la dignidad de obispo en los ricos territorios que se proponían conquistar.

Primera expedición (1530-1532). — Pizarro volvió de su patria á América colmado de honores por Carlos V y dotado con los títulos más brillantes. Hizo apresuradamente sus preparativos y partió con Almagro y Fernando. Después de grandes trabajos, llegaron á Quito, bajo la línea ecuatorial. El imperio del Perú estaba entonces desgarrado por las más violentas disensiones. Los Incas, que reinaban allí, y cuyos antepasados habían pretendido ser hijos del Sol, se hallaban á la sazón divididos en dos bandos. Atahualpa había dado muerte á su hermano Huáscar, que tenía numerosos partidarios. El conquistador Pizarro, á la vez que aprovechaba esas divisiones, mostró extraordinario disimulo; envió, pues, á ofrecer al Inca la amistad de Carlos V, y le pidió una entrevista. Atahualpa se presentó ante el oficial español sentado en un trono adornado de plumas de diversos colores y cubierto de placas de oro y plata. Arengó el P. Vicente Valverde y le dijo, enseñándole la Biblia, que debía creer cuanto consignaba ese libro. El Inca acercó el oído al Evangelio, y exclamando que no decía nada, lo cogió y lo tiró por tierra. Entonces se le acusó de sacrilegio y se trabó el combate.

Cautiverio de Atahualpa (1532). — Asustados por el ruido de los cañones y de los mosquetes, los indios cayeron al suelo. Pizarro cogió á Atahualpa por el brazo y lo redujo á prisión. El monarca destronado ofreció que si lo dejaban libre llenaría de oro el cuarto donde estaba encerrado hasta la altura de su mano, que elevó cuanto pudo por encima de su cabeza. Esas inmensas riquezas se repartieron entre los conquistadores, menos la cantidad que se reservó para Carlos V. Sin embargo, no por eso escapó á la muerte el Inca (1533). Su suplicio aterrorizó á los peruanos, y Pizarro aprovechó ese momento de estupefacción y de impotencia para apoderarse de Cuzco y de la mayor parte del país.

Guerras civiles (1534). — Sin embargo, los españoles no tuvieron la misma suerte en todas partes. Almagro había marchado á Chile para conquistar esa provincia, de que Carlos V lo había hecho gobernador (1535). Mientras se hallaba ocupado en esa nueva expedición, estalló entre los peruanos una rebelión general. Pizarro se vió sitiado en Cuzco (1536), y ya iba á sucumbir cuando llegó Almagro y ahuyentó á los rebeldes. Las tropas de Pizarro tuvieron la pretensión de negar la entrada en Cuzco al que acababa de salvarlas, y por ese motivo vinieron á las manos los dos bandos (1536). Almagro empezó por alcanzar grandes ventajas; pero prestando oídos á los instintos de su corazón, que lo impulsaba á la clemencia, quiso respetar á los vencidos. Pizarro aprovechó pérfidamente esa torpe indulgencia para derribarlo á su vez y ordenar sin escrúpulos su muerte (1538). Esa infame ejecución indignó á todos los corazones honrados. Organizóse una vasta conspiración para vengar ese crimen, y Pizarro fué asesinado á su vez en su palacio de Lima (1541). Los conjurados habían puesto á su frente al hijo de Almagro, y después de dar muerte á los asesinos de su padre, lo proclamaron gobernador.

Organización del gobierno español en América. — Esas turbulencias excitaron á Carlos V á tomar en mano el gobierno de todos los países descubiertos y conquistados, para someterlos á organización regular. Así pues, nombró dos virreyes, uno para el Perú y el otro para Méjico ó la Nueva España.

El virreinato del Perú comprendía en su jurisdicción la América meridional, y el virreinato de Méjico las posesiones españolas en la América septentrional. Los virreyes tenían autoridad soberana; podían presidir todos los tribunales, y rodearse de una corte análoga á la de Madrid. La administración de justicia correspondía á tribunales llamados *audiencias*, que poseían el derecho de representación y advertencia ante el virrey; al morir éste las audiencias de la capital ejercían interinamente las funciones reales. Había además una *cámara de comercio* para regular los asuntos comerciales. El monopolio reinaba sobre todos los objetos de tráfico, y las colonias no podían comunicar con el extranjero.

Había puertos privilegiados, que eran: en América, Vera-Cruz, Cartagena de Indias, Porto-Bello; y en Europa, Sevilla y más tarde Cádiz. Las ciudades poseían su administración municipal, pero ésta no se ocupaba más que en la policía y el comercio interior. La ley, en todo lo relativo á los intereses generales, era la voluntad del soberano; su expresión más alta era el *Consejo de Indias*, que hacía los nombramientos para las dignidades reservadas al rey, poseyendo todo el poder legislativo y ejerciendo derecho de inspección sobre los asuntos eclesiásticos y civiles. Los virreyes, arzobispos, obispos y todos los magistrados dependían de su suprema jurisdicción.

§ II. — *Del imperio colonial de los portugueses.*
Vasco de Gama.

Descubrimientos de los portugueses antes del advenimiento de Juan II (1431-1432). — Los descubrimientos que debían abrir á los portugueses el camino de la India empezaron bajo Juan I, fundador de la dinastía de Avis. Habiendo reconocido unos navegantes ciertas islas habitadas de África, en puntos donde antes habían creído posible abordar, el infante Don Enrique resolvió dirigir hacia el mediodía sus exploraciones. Una antigua tradición refería que los fenicios habían dado en otra época la vuelta al África, y el infante se propuso comprobar la verdad de ese relato. Escribió, pues, al papa Martino V para pedirle que de antemano lo confirmase en la posesión de las tierras que descubriera, y recibió en efecto del sumo Pontífice una bula que lo investía del derecho de conquista en todas esas regiones (1431). Al año siguiente, Gilianez dobló el cabo Bojador á las órdenes del infante (1432) y luego llegaron González y Tristán hasta el cabo Blanco (1440). Esos éxitos inflamaron el espíritu de Enrique, que redobló sus esfuerzos en provecho de la gloria de su patria. Sus navegantes penetraron por el río Senegal y tocaron en las Azores y en las islas de Cabo Verde (1450). Sin embargo, su muerte, ocurrida en 1463, resfrió un tanto el celo de la nación. No obstante eso, algunos hombres audaces y ambiciosos

continuaron recorriendo el mar. Fernando Po llegó á la isla que lleva su nombre y pasó el ecuador, destruyendo la creencia general de que el sol hacía imposible la vida en esas regiones.

Descubrimientos bajo Juan II (1481-1495). — Como al subir al trono alentase Juan II el valor de las personas que lo rodeaban, empezaron otra vez con nuevo ardor las expediciones lejanas. Varios navegantes que llegaron á grandes distancias al sur de la línea ecuatorial, observaron que por esa parte iba estrechándose hacia el este el continente africano á medida que se adelantaba. Tal hecho les hizo suponer que así llegarían á una punta, fácil de doblar, y que les abriría un derrotero para la India. El primero en tocar esa extremidad del continente fué Bartolomé Díaz (1486); pero al llegar á ella surgió tan horrible tempestad que se vió obligado á retroceder. Al exponer á Juan II las peripecias de su viaje, le dijo que había llegado á la punta de África, pero que viendo cuántos y cuán violentos eran allí los huracanes, lo había llamado *cabo de las Tormentas*. — *Pues yo*, exclamó el rey lleno de entusiasmo, *lo denomino cabo de Buena Esperanza*. Ese viaje aumentó extraordinariamente el entusiasmo de los portugueses. La noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón redobló su emulación, pero Juan II no tuvo la suerte de recoger el fruto de esos nuevos esfuerzos.

Vasco de Gama (1497-1498). — Su sucesor, el gran D. Manuel, no tardó en dar el mando de una expedición á Vasco de Gama, que debía doblar el cabo de Buena Esperanza (1497). Gama, lo mismo que todos los navegantes célebres de entonces, pasó la noche anterior á su salida en oración ante la Santa Virgen, yendo además á sentarse en la sagrada mesa. Entonces sintiéndose protegido por el Omnipotente, desafió todos los peligros, dobló el formidable cabo de las Tormentas, que espantara á Díaz, y subió á lo largo de las costas de África, tocando en los reinos de Sofala, de Mozambique y de Melinda. El rey de este último país le dió un guía que lo llevó, á través de un golfo de 2800 kilómetros, á Calicut en el Malabar (1498). Por de pronto no pudo fundar allí ningún establecimiento,

pues los musulmanes le impidieron entenderse con los reyezuelos de la India. Entonces volvió á su patria á anunciar el feliz resultado de su gloriosa empresa (1499). Recibieronlo con entusiasmo, y D. Manuel se apresuró á sacar partido de tan afortunado descubrimiento.

Expedición de Cabral (1500-1503). — El mando de la nueva expedición dirigida contra Calicut se dió á Álvarez de Cabral; pero una tempestad lo alejó de su derrotero, echándolo sobre las costas del Brasil. Ese país había sido visitado algún tiempo antes por Américo Vespucio, que usurpó á Colón el derecho de dar su nombre al Nuevo Continente. Cabral se alió con el rey de la región y sentó de ese modo las bases del poderío portugués en América. De allí salió al fin, lanzándose sobre los pasos de Gama, y acabando por llegar á Calicut. El zamorín, que tenía el poder de esos extranjeros, hizo dar muerte á algunos portugueses. Para vengarse, Cabral ayudó á los soberanos de Cochín y de Cananor á sacudir su yugo y se volvió á Europa, cargado con las más ricas producciones de la India. En su camino halló á Juan de la Nueva, que iba al Asia con otra flota (1501); un año más tarde volvía Cabral á Calicut con fuerzas más considerables (1502).

Nuevos triunfos de los portugueses (1503-1508). — Los indios sufrieron el peso de todos esos armamentos; pero los guerreros que debían fundar entre ellos los establecimientos de los portugueses eran Francisco y Alfonso de Albuquerque, á cada uno de los cuales confió D. Manuel una pequeña flota. Cuando éstos llegaron á la India humillaron de nuevo al sultán de Calicut, y construyeron, cerca de la ciudad de Cochín, que era su aliada, una pequeña fortaleza de madera. Francisco Pacheco, uno de los hombres más valerosos que Portugal haya producido, se ofreció para defenderlo, y con nada más que tres bajeles y 150 hombres, resistió en la costa de Malabar á 50.000 indios. Finalmente, López Suárez, enviado por D. Manuel, acudió en socorro suyo (1504). La artillería deshizo á Calicut, y el nombre portugués se convirtió en terror de los indios. D. Manuel mandó á sus nuevas posesiones con el título de virrey á Francisco de Al-

meida (1505). Este general realizó grandes conquistas, y su hijo Lorenzo se distinguió obteniendo brillantes victorias. Este fué el descubridor de la isla de Ceilán, de la cual se apoderó (1506). Desgraciadamente, los europeos trataron con extraordinaria dureza á los vencidos, arrogándose tiránico poder que llevó á aquellos á aliarse con los venecianos y los egipcios para recobrar su libertad (1508). Lorenzo murió en medio de sus triunfos, después de la toma de Ormuz, una de las más hermosas ciudades de Asia.

Alfonso de Albuquerque (1508-1515). — La muerte de Lorenzo de Almeida fué para los portugueses grandísima pérdida; pero la llegada de Alfonso de Albuquerque la hizo olvidar muy pronto. Ese atrevido general, notando la ventajosa posición de Goa, se apoderó de ella, convirtiéndola en residencia de su gobierno (1510). Después tomó á Malacca en el Quersoneso de Oro, que era el centro del comercio con la China, el Japón y las Molucas (1511). Esa conquista le valió inmensas riquezas, y amedrentó hasta tal punto á los príncipes del Indostán que todos solicitaron su alianza. Después hizo explorar las Molucas, destruyó con cinco bajeles las fuerzas marítimas de los árabes y de los persas, y entró en Ormuz, para dominar desde allí todas las regiones comarcanas. Desde ese momento quedó destruido el antiguo comercio. Para castigar á los egipcios, Albuquerque había propuesto al rey de Abisinia torcer el curso del Nilo haciendo que fuese á desembocar en el mar Índico. También quiso cegar el puerto de Suez, y hablaba de humillar á los árabes destruyendo la Meca. Pero ese grande hombre no pudo realizar tan gigantescos designios. Vióse atacado por infames calumnias en el curso de su gloriosa carrera, y murió en Goa, de amargura y pesar, causados por la pérdida de su valimiento, el 16 de Septiembre de 1515.

Estado del imperio portugués al morir Albuquerque (1515). — Cuando rindió su último suspiro el *Marte portugués*, el gran Albuquerque, el imperio colonial de esa nación se hallaba en el apogeo de su poder. Los marroquíes, los bárbaros de África, los mamelucos, los árabes, todo el Oriente desde la isla

de Ormuz hasta la China reconocía su dominación. La China, asombrada por el poder de ese gigantesco imperio, había buscado espontáneamente su alianza, cuando de pronto tuvo Simón de Andreade la idea de construir un fuerte en la isla de Támaras y de ejercer sobre los chinos las mismas violencias y actos de bandolerismo que se permitía para con los indios. El Celeste Imperio se estremeció de espanto, y expulsó de su seno á aquellos extranjeros que parecían proponerse arrebatárle su independencia. Sin embargo, los portugueses lograron que más tarde el Hijo del Cielo les permitiese volver á entrar en sus Estados, y hasta se fijaron bajo sus auspicios en la isla de Macao.

Desde allí comerciaron con el Japón. Habiendo sido arrojado en 1542 uno de sus barcos sobre las playas de esas islas famosas, los tripulantes fueron recibidos con los brazos abiertos. Los misioneros se extendieron por esas nuevas regiones, y los portugueses sacaron cada año de 14 á 15 millones de las minas de oro, de plata y cobre que allí encontraron.

Decadencia del imperio portugués. — Esa asombrosa prosperidad fué la causa de la decadencia del imperio fundado por aquellos afortunados conquistadores. Las excesivas riquezas trajeron el lujo, y el lujo dió origen á la debilidad y la corrupción. Los oficiales no atacaban ya al enemigo sino en palanquín y los generales no volvieron á sentarse á la mesa sin tener á su lado algunas bayaderas. Todos los ánimos se enervaron, y la horrible tiranía que los vencedores ejercían sobre los vencidos acostumbro á los europeos á despreciar la humanidad y la justicia. No había ley que fuera observada: cada cual procuraba aventajar á los otros en ardor para saquear las producciones de esos opulentos países. Proporcionalmente, el tesoro público no sacaba de ellos más que escasas rentas; todo se perdía en los bolsillos de los diestros concuisionarios.

Juan de Castro (1545-1548). — Este virrey, después de haber sometido al rey de Cambayé y conquistado el Estado de Diú, procuró reanimar el genio belicoso de los portugueses, concediendo á sus solda-

dos victoriosos los honores del triunfo. Así fué que resucitó la pompa y la magnificencia de los antiguos romanos, y entró en Goa sobre un carro adornado de hojas de palma y con las insignias de la victoria (1547). Sin embargo, ese hombre, que triunfaba como pagano, había combatido antes como héroe cristiano. Lleno de desinterés, tomó prestado en su nombre personal dinero para la guerra, y después de la toma de Diú, en la exaltación de su patriotismo, se había hecho dar la enhorabuena por la muerte de su hijo, ocurrida delante de la plaza. Sus grandes virtudes le habrían dado de seguro bastante ascendiente para operar reformas útiles; pero murió en brazos de San Francisco Javier, en el mismo momento de saber que, en recompensa de sus servicios, el gobierno acababa de prorrogarle por tres años sus poderes (1548).

Luis de Ataíde (1569). — Después de la muerte de Juan de Castro, el virreinato de las Indias cambió de titular nueve veces en veinte años (1548-1568). Los desórdenes y la licencia, favorecidos por esa inestabilidad, fueron en aumento, y todos los potentados de la India, descontentos por el orgullo é injusticia de los portugueses, se coligaron para destruir su despótico imperio. El zamorín de Calicut, los reyes de Cambayé, de Achem y de Ternate, se pusieron al frente de la rebelión. El soberano portugués, el joven D. Sebastián, noticioso del peligro, mandó á conjurar la tormenta á un hombre de poderoso genio y de carácter indomable, que era Luis de Ataíde. Cuando éste llegó á Goa, sus oficiales le propusieron abandonar las posesiones lejanas, para defender sólo la capital. « Quiero conservarlo todo, replicó, y mientras yo viva, los enemigos no ganarán una pulgada de tierra. » En efecto, envió hajeles á todos los puntos donde había alzado la cabeza la rebelión, batió y dió muerte con su propia mano á Idalcán, jefe de los sediciosos, y, después de esa victoria, se lanzó desde Goa sobre todas las provincias que se negaban á someterse, y las subyugó una tras otra (1573). Pero Ataíde fué el último de los héroes portugueses.

Caida del imperio portugués. — Después de su muerte, el imperio portugués no hizo más que decli-

nar. Ya estaba fuertemente quebrantado, cuando la conquista de Portugal por Felipe II (1580) acabó su ruina. Entonces se apoderaron los holandeses de esas inmensas regiones. Más tarde, Portugal, otra vez independiente, procuró en vano reconquistar algunos de los restos de sus antiguas posesiones. En la costa de la India sólo le quedaba Goa. Pero la ciudad que hoy tiene ese nombre no es Goa la dorada, la antigua Goa que viera Gama y que oyó cantar al divino Camoens, sino una nueva población, á la cual ha dado el orgullo portugués el nombre de la antigua, pero que es triste y pobre. De la famosa Goa no queda más que el palacio desierto de los antiguos gobernadores, y algunas iglesias servidas por regulares.

Resumen de este capítulo. — Los grandes descubrimientos marítimos del siglo XVI se deben á los españoles y á los portugueses.

I. Cristóbal Colón, que descubrió la América, nació en Génova en 1441. Después de haber solicitado en vano la protección de Portugal, de Francia y de Inglaterra, obtuvo de Isabel, reina de Castilla, algunos bajeles, con los que partió el 3 de agosto de 1492. El 12 de octubre llegó á San Salvador, en las Lucayas. Después fué á anunciar á España esa feliz nueva. Al volver de Europa, en su segundo viaje, se dirigió más al sur y halló las *Caribes ó Antillas menores*, y después fué á Haití á reunirse con sus compatriotas. Pérfidamente acusado ante Fernando é Isabel, volvió á España á justificarse. En su tercer viaje es cuando tocó en la desembocadura del Orinoco, y así adquirió la convicción de haber descubierto un vasto continente. Sus enemigos habían logrado que lo cargasen de cadenas, pero logró fácilmente confundirlos; sin embargo, á partir de ese momento despreció á la corte, que desconocía el valor de sus servicios. Habiendo descubierto la Martinica y Jamaica, fué á morir pobre y solitario en Valladolid (1508). Juan Díaz de Solís descubrió luego la península de Yucatán, mientras Sebastián de Ocampo daba la vuelta á Cuba (1508). Juan Ponce de León desembarcó en la Florida (1512), y Balboa descubrió el vasto mar Pacífico ó del Sur, que debía conducir á los españoles al Perú (1513). Hernán Cortés realizó algún tiempo después la conquista de Méjico (1518-1521), donde reinaba Montezuma. Cortés no fué más afortunado que Colón, pues las intrigas de sus enemigos lo perdieron en el ánimo de Carlos V; murió miserablemente en los alrededores de Sevilla (1549). Después de la conquista de Méjico, se efectuó la del Perú, por Francisco Pizarro (1524-1527). Este soldado de fortuna, después de destronar al rey de los Incas, Atahualpa, murió asesinado en su palacio de Lima (1541.) Entonces fué cuando Carlos V intervino para ordenar todo lo referente al inmenso imperio que los españoles poseían en América. La masa entera de las posesiones fué dividida en dos

virreinos, el del Perú, cuya jurisdicción se extendía sobre todas las posesiones españolas de la América meridional, y el de Méjico, que abrazaba las de la septentrional. Estableció un *Consejo de Indias* para gobernar en su nombre todos esos países; creó *audiencias* y una *cámara de comercio* para juzgar y regular los asuntos referentes al tráfico.

II. Los descubrimientos de los portugueses empezaron bajo Juan I, fundador de la dinastía de Avis. El infante D. Enrique llegó al *Senegal* y tocó en las *Azores* y en las islas de *Cabo Verde* (1450). Bajo Juan II, Bartolomé Díaz llegó al cabo de las Tormentas, que el rey apellidó de *Buena Esperanza* (1486). Vasco de Gama dobló al fin ese cabo en tiempos de D. Manuel (1497). Alvarez de Cabral descubrió por casualidad el Brasil, que fué la parte de los portugueses en la posesión del Nuevo Mundo (1500). Alvarez se dirigió sobre Calicut, y Francisco de Almeida fué á establecerse en la India con el título de virrey (1505). Su hijo Lorenzo se distinguió con brillantes victorias. Alfonso de Albuquerque, que le sucedió, se apoderó de Malacca, centro del comercio de la China, el Japón y de las Molucas (1511) y elevó á su apogeo el imperio de los portugueses en la India. Pero al morir ese grande hombre, empezó la decadencia (1515). En vano Juan de Castro (1545-1546) y Luis de Ataíde (1548-1568) realizaron esfuerzos prodigiosos para retardar su ruina; la conquista de Portugal por Felipe II (1580) le dió el último golpe. Los holandeses reemplazaron en todas sus colonias á los portugueses, y la opulencia de Goa la Dorada no fué ya más que un recuerdo.

CAPÍTULO XXI.

ESTADO DE ITALIA. LOS MÉDICIS EN FLORENCIA. GUERRAS DE ITALIA. CARLOS VIII. LUIS XII, LOS PAPAS JULIO II Y LEÓN X (1).

Las guerras de Italia tuvieron gran influencia sobre el desarrollo de la civilización francesa. En presencia de las repúblicas italianas, y del vario y libre funcionamiento de sus instituciones, el soldado sintió brotar en su pecho ideas de libertad y de independencia, y los jefes del ejército empezaron á abrigar esperanzas que halagaban su amor propio y su ambición. Todos esos valerosos soldados, hartos de reveses, volvieron á Francia sin conservar por la monarquía el mismo afecto que antes. Luis XII agravó aún más ese peligro por sus luchas no disimuladas contra la autoridad pontificia, que todos sus predecesores respetaran. Con tales imprudencias, recibieron rudo choque los

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Además de los indicados en el anterior capítulo, véanse: Juan de Antón, *Crónica de Luis XII*; Juan de Saint-Gelais, *Historia de Luis XII*; Seyssel, *Historia del buen rey de Francia Luis XII*, *Historia de Bayardo*; Tailhé, etc.

nar. Ya estaba fuertemente quebrantado, cuando la conquista de Portugal por Felipe II (1580) acabó su ruina. Entonces se apoderaron los holandeses de esas inmensas regiones. Más tarde, Portugal, otra vez independiente, procuró en vano reconquistar algunos de los restos de sus antiguas posesiones. En la costa de la India sólo le quedaba Goa. Pero la ciudad que hoy tiene ese nombre no es Goa la dorada, la antigua Goa que viera Gama y que oyó cantar al divino Camoens, sino una nueva población, á la cual ha dado el orgullo portugués el nombre de la antigua, pero que es triste y pobre. De la famosa Goa no queda más que el palacio desierto de los antiguos gobernadores, y algunas iglesias servidas por regulares.

Resumen de este capítulo. — Los grandes descubrimientos marítimos del siglo XVI se deben á los españoles y á los portugueses.

I. Cristóbal Colón, que descubrió la América, nació en Génova en 1441. Después de haber solicitado en vano la protección de Portugal, de Francia y de Inglaterra, obtuvo de Isabel, reina de Castilla, algunos bajeles, con los que partió el 3 de agosto de 1492. El 12 de octubre llegó á San Salvador, en las Lucayas. Después fué á anunciar á España esa feliz nueva. Al volver de Europa, en su segundo viaje, se dirigió más al sur y halló las *Caribes ó Antillas menores*, y después fué á Haití á reunirse con sus compatriotas. Pérfidamente acusado ante Fernando é Isabel, volvió á España á justificarse. En su tercer viaje es cuando tocó en la desembocadura del Orinoco, y así adquirió la convicción de haber descubierto un vasto continente. Sus enemigos habían logrado que lo cargasen de cadenas, pero logró fácilmente confundirlos; sin embargo, á partir de ese momento despreció á la corte, que desconocía el valor de sus servicios. Habiendo descubierto la Martinica y Jamaica, fué á morir pobre y solitario en Valladolid (1508). Juan Díaz de Solís descubrió luego la península de Yucatán, mientras Sebastián de Ocampo daba la vuelta á Cuba (1508). Juan Ponce de León desembarcó en la Florida (1512), y Balboa descubrió el vasto mar Pacífico ó del Sur, que debía conducir á los españoles al Perú (1513). Hernán Cortés realizó algún tiempo después la conquista de Méjico (1518-1521), donde reinaba Montezuma. Cortés no fué más afortunado que Colón, pues las intrigas de sus enemigos lo perdieron en el ánimo de Carlos V; murió miserablemente en los alrededores de Sevilla (1549). Después de la conquista de Méjico, se efectuó la del Perú, por Francisco Pizarro (1524-1527). Este soldado de fortuna, después de destronar al rey de los Incas, Atahualpa, murió asesinado en su palacio de Lima (1541.) Entonces fué cuando Carlos V intervino para ordenar todo lo referente al inmenso imperio que los españoles poseían en América. La masa entera de las posesiones fué dividida en dos

virreinos, el del Perú, cuya jurisdicción se extendía sobre todas las posesiones españolas de la América meridional, y el de Méjico, que abrazaba las de la septentrional. Estableció un *Consejo de Indias* para gobernar en su nombre todos esos países; creó *audiencias* y una *cámara de comercio* para juzgar y regular los asuntos referentes al tráfico.

II. Los descubrimientos de los portugueses empezaron bajo Juan I, fundador de la dinastía de Avis. El infante D. Enrique llegó al *Senegal* y tocó en las *Azores* y en las islas de *Cabo Verde* (1450). Bajo Juan II, Bartolomé Díaz llegó al cabo de las Tormentas, que el rey apellidó de *Buena Esperanza* (1486). Vasco de Gama dobló al fin ese cabo en tiempos de D. Manuel (1497). Alvarez de Cabral descubrió por casualidad el Brasil, que fué la parte de los portugueses en la posesión del Nuevo Mundo (1500). Alvarez se dirigió sobre Calicut, y Francisco de Almeida fué á establecerse en la India con el título de virrey (1505). Su hijo Lorenzo se distinguió con brillantes victorias. Alfonso de Albuquerque, que le sucedió, se apoderó de Malacca, centro del comercio de la China, el Japón y de las Molucas (1511) y elevó á su apogeo el imperio de los portugueses en la India. Pero al morir ese grande hombre, empezó la decadencia (1515). En vano Juan de Castro (1545-1546) y Luis de Ataíde (1548-1568) realizaron esfuerzos prodigiosos para retardar su ruina; la conquista de Portugal por Felipe II (1580) le dió el último golpe. Los holandeses reemplazaron en todas sus colonias á los portugueses, y la opulencia de Goa la Dorada no fué ya más que un recuerdo.

CAPÍTULO XXI.

ESTADO DE ITALIA. LOS MÉDICIS EN FLORENCIA. GUERRAS DE ITALIA. CARLOS VIII. LUIS XII, LOS PAPAS JULIO II Y LEÓN X (1).

Las guerras de Italia tuvieron gran influencia sobre el desarrollo de la civilización francesa. En presencia de las repúblicas italianas, y del vario y libre funcionamiento de sus instituciones, el soldado sintió brotar en su pecho ideas de libertad y de independencia, y los jefes del ejército empezaron á abrigar esperanzas que halagaban su amor propio y su ambición. Todos esos valerosos soldados, hartos de reveses, volvieron á Francia sin conservar por la monarquía el mismo afecto que antes. Luis XII agravó aún más ese peligro por sus luchas no disimuladas contra la autoridad pontificia, que todos sus predecesores respetaran. Con tales imprudencias, recibieron rudo choque los

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Además de los indicados en el anterior capítulo, véanse: Juan de Antón, *Crónica de Luis XII*; Juan de Saint-Gelais, *Historia de Luis XII*; Seyssel, *Historia del buen rey de Francia Luis XII*, *Historia de Bayardo*; Tailhé, etc.

grandes principios que servían de base á la antigua monarquía. La Iglesia y el poder real dejaron de ser á los ojos del pueblo cosas inviolables y sagradas, y desde entonces se pudieron presentar todos los desastres que habremos de deplorar en la época siguiente.

§ I. — *Estado de Italia á fines del siglo XV (1453-1494.)*

Estado anárquico de Italia. — Durante el último período del siglo XV, Italia es presa de la más profunda anarquía. Mientras los demás Estados de Europa llegan á la unidad por la centralización, esa península se divide por el contrario cada vez más. Únicamente la mayor parte de las ciudades que se constituyeron en repúblicas en la edad media, se hallan ahora sometidas á señores que las gobiernan con absoluta autoridad. Los más notables entre esos pequeños Estados son, al sur el reino de Nápoles; en el centro, los de la Iglesia y Florencia; al norte, la república de Venecia y el ducado de Milán.

Del reino de Nápoles (1443-1492). — El reino de Nápoles sigue siempre agitado por la rivalidad de los angevinos y de los aragoneses. Alfonso de Aragón había, es cierto, triunfado de René de Anjou, su competidor, pero luego cometió la imprudencia de debilitar singularmente la autoridad real, aumentando los privilegios de los magnates, en la confianza de granjearse así su apoyo. Su hijo Fernando I, que le sucedió (1458), vió renacer las dificultades que su padre venciera al principio de su reinado. El hijo de René, Juan de Anjou, le disputó sus derechos á la corona, y la guerra se trabó con el mismo encarnizamiento que antes. Triunfó del de Anjou en la batalla de Troja (1462), con ayuda del duque de Milán y del albanés Scanderberg, pero así que no tuvo nada que temer de sus enemigos exteriores, trató con tanta dureza á sus vasallos, que éstos se agruparon alrededor del partido anjevino, y llamaron en su socorro á Carlos VIII para reivindicar los derechos de la casa de Anjou, de la cual era representante (1492).

Roma y los Sumos Pontífices (1449-1492). — Durante ese difícil período, los papas se mostraron todos dignos de su augusta misión, trabajando con su

suave y salvadora influencia para mantener la paz en Italia. Habiéndose hallado Europa amenazada de una invasión después de la toma de Constantinopla por los turcos, los pontífices fueron los únicos que se opusieron á los progresos de los enemigos del nombre cristiano, y al mismo tiempo contribuyeron, con tanto celo como inteligencia al desarrollo de las ciencias y de las letras, preparando de ese modo el hermoso siglo de León X.

Nicolás ó Nicolao V pacificó la Italia en el congreso de Lodi (1454), y predicó la cruzada contra los turcos, en presencia de los príncipes allí reunidos. Su sucesor, Calixto III, hizo un nuevo llamamiento al valor de los cristianos, y logró poner en pie de guerra un ejército de más de sesenta mil hombres, que mandó á Hungría, bajo las órdenes de Juan Capitrán, su legado (1456). Pero Pío II fué el pontífice que desplegó más heroico valor. Para estimular á los príncipes, con su ejemplo, quiso ponerse en persona al frente de los cruzados; pero expiró cuando divisaba las galeras venecianas que debían llevarlo á tierra extranjera (1464).

El pensamiento de rechazar á los turcos no abandonó sin embargo á sus sucesores; pero la debilidad y la indiferencia de los Estados cristianos los obligaron á concentrar su acción sobre la Italia. Así fué que adornaron á la ciudad de Roma con los más suntuosos monumentos. Sixto IV fundó la biblioteca Vaticana y la capilla Sixtina; Inocencio VIII construyó el famoso Belvedere. Sin embargo, esos dos pontífices cometieron la falta de preocuparse demasiado de los intereses de sus familias. Su nepotismo produjo la elección de Alejandro VI, cuyas faltas provocaron la invasión francesa, que lo cercó en el castillo de Sant-Angelo dos años después de su coronación.

Florencia y los Médicis. — La república de Florencia obedecía entonces á los Médicis. Cosme el Grande había elevado su familia al sumo poder. Pedro de Médicis, que le sucedió, legó su autoridad perfectamente sólida á sus dos hijos, Lorenzo y Juliano (1469). Como una revolución causara la muerte de este último, el poder de Lorenzo, en vez de haberse quebrantado, quedó siendo más fuerte, pues su apoyo era el afecto

del pueblo mas bien que la fuerza de las armas ó la naturaleza de las instituciones. En efecto, sólo aprovechó su poder para labrar la dicha de sus conciudadanos y trabajar por la gloria de su patria. Tanto favoreció las ciencias y las artes, que ha merecido el sobrenombre de *Padre de las musas*. Su corte estaba llena de hombres distinguidísimos, como Ángel Policiano, preceptor de sus hijos, el sabio Pico de la Mirándola, el filósofo Marsilio Ficino y Juan Lascaris, ese infatigable trabajador, que buscaba en los empolvados manuscritos los ignorados tesoros de las antiguas literaturas. Lorenzo murió en la flor de la edad (1492); su muerte fué el principio de las desgracias que van á afligir tan cruelmente y por tan largo tiempo á los Médicis.

Venecia y Génova (1453-1495). — La toma de Constantinopla por los turcos fué un golpe mortal para la república de Venecia; ésta comprendió que su comercio estaba aniquilado en el Mediterráneo. Así fué que se apresuró á tomar las armas contra los turcos, y á interesar en su causa á los demás Estados de Italia. Sus naves fueron á asolar el Peloponeso y el Ática, llevando el espanto hasta las costas del Asia Menor, mientras Mahomet II avanzaba por tierra contra la ciudad de Scutari. Esa ciudad resistió á las fuerzas otomanas, pero Venecia tuvo que firmar una paz humillante, principio de su decadencia (1479).

En vano procuró resarcirse de esos reveses, atacando á la casa de Esté (1482-1484). Los florentinos, el rey de Nápoles, el duque de Milán y el Papa exigieron que devolviera todas sus conquistas. Por lo demás, su gobierno, al aumentar cada día la unidad del poder, habiá llegado al más brutal despotismo. Á la tiranía de los diez se habían agregado tres inquisidores de Estado, elegidos en el seno de aquel consejo y á los cuales les estaba concedido poder que hace temblar. Esos inquisidores podían, por autoridad propia, imponer la pena de muerte á un ciudadano, sin que tuvieran obligación de dar cuentas de su conducta. El objeto de esa política era conservar á Venecia el monopolio de las ciencias y de las artes; con tal fin, dice Daru, se mandaba apuñalar al obrero que transportaba á otras regiones una industria útil á la república;

pero todas esas violentas y sanguinarias medidas no lograban mantener en el seno de la república el comercio y la opulencia. El nuevo derrotero descubierto por los portugueses debíá arruinar sus establecimientos comerciales, y la invasión extranjera que va á producirse le arrebatará sus artes, su industria y su poder.

Génova nõ sobrevivió como potencia independiente á la ruina de Constantinopla. Cansada de las divisiones intestinas que desde hacía tanto tiempo la desgarraban, empezó por entregarse al rey de Francia, que la dió después á Francisco Sforza (1458). Más tarde pasó á manos de Juan de Anjou, rival del rey de Nápoles, para volver á la dominación de Milán (1464). Durante ese tiempo, los turcos le fueron arrebatando sucesivamente todas sus posesiones de Oriente, y acabó así por no conservar ni restos de su antiguo esplendor,

Milán. — En Milán se habían apoderado de la autoridad los Visconti. Habiendo casado á su hija el último duque de ese nombre con Francisco Sforza, uno de los más notables jefes de los *condottieri*, éste se hizo reconocer como sucesor y heredero de su suegro (1447), á pesar de las pretensiones del duque de Orleans, del emperador de Alemania y del rey de Nápoles. Su genio le hizo perdonar su usurpación, pero su hijo Galeazo María (1468) no poseyó ni su habilidad ni sus virtudes. Sus escándalos y sus crímenes hicieron que le diesen de puñaladas en una iglesia (1476); pero los milaneses no pensaron por ello en recobrar su libertad, sino que reconocieron como duque á Juan Galeazo, hijo del anterior, de ocho años de edad, confiando la regencia á su madre Buena de Saboya. Ésta designó como primer ministro á Francisco Simonetta, y alejó á los hermanos del último duque, cuyo deseo más vivo hubiéra sido tener participación en el gobierno. Pero uno de ellos, Ludovico Sforza el Moro, la obligó á cederle la regencia (1480); y ya pensaba en deshacerse de su sobrino para quedarse con el poder, cuando la violencia de las iras populares le hizo comprender la inminencia de una revolución. En esas extremas circunstancias, creyó que no podía salvarse más que trastornando á toda Italia, y ese pensamiento fué el que lo excitó á llamar á los franceses (1494).

§ II. — Expedición de Carlos VIII á Italia.

Preparativos de esa expedición. — Italia merecía en efecto severo castigo por todos sus crímenes. El rey de Nápoles acababa de emplear cobarde perfidia para engañar á sus magnates y despojarlos de sus bienes; Roma deploraba la elección de Alejandro VI y el favor de que gozaban los Borgia; Florencia, seducida á servidumbre por los Médicis, se hundía en la corrupción, consagrándose á las artes y á la literatura del paganismo; Venecia se manchaba con las crueldades arbitrarias de sus tiránicos inquisidores; por fin, Milán, desde hacía tanto tiempo desgarrada por las luchas de los facciosos y de los usurpadores, se había hecho también cómplice de los crímenes de Ludovico el Moro. En presencia de tantos desórdenes, Savonarola, el gran predicador de Florencia, había anunciado públicamente que á ejemplo de Ciro, un príncipe pasaría los montes, devastaría la Italia y se haría dueño de ella en pocos días, sin necesitar reñir ni una sola batalla. Ese conquistador fué Carlos VIII, quien por un momento se creyó soberano de ese país, y pensó en restablecer el imperio de Oriente, yendo á hacerse coronar en Constantinopla. Así fué que no escaseó los sacrificios para asegurar durante su ausencia la tranquilidad de Francia. Dió grandes sumas de dinero al rey de Inglaterra Enrique VII, cedió al emperador Maximiliano, el Artois y el Franco Condado, y devolvió el Rosellón á Fernando el Católico.

Triunfos de Carlos VIII (1494-1495). — Nada se economizó al preparar la grande expedición. Carlos VIII contrató soldados en todas las naciones más valerosas de Europa: franceses, vascos, bretones, suizos, alemanes y escoceses se alistaron bajo sus banderas. Los cañones, perfeccionados y ya por entonces fáciles de manejar, constituyeron la fuerza de su ejército y el espanto de los italianos, que no estaban acostumbrados á ver aquellos pesados instrumentos maniobrar con tanta presteza. Los Alpes y el Piamonte fueron atravesados sin dificultad. Ludovico el Moro corrió al encuentro de sus aliados, y Venecia, que había querido observar la neutralidad, se declaró de

repente por Carlos VIII. Florencia, obstinadamente fiel á Fernando de Aragón, recibió duro castigo. Ese Estado desterró á Pedro de Médicis por haber entregado á los franceses sus mejores plazas, y en su seno se organizó la democracia bajo los auspicios de Savonarola, que había recibido á Carlos VIII como el azote de Dios; Pisa bendijo á los franceses, que la libertaban del yugo florentino y se mostró contenta de su



protección. Orgulloso con tantos homenajes, el rey de Francia bajó sobre Nápoles. Sabiendo el papa Alejandro VI que el cardenal de San Pedro-es-Liens, excitaba á Carlos VIII á que lo depusiera por causa de simonía, se escondió detrás de las gruesas murallas del castillo de Sant-Angelo y esperó tembloroso el desenlace del terrible drama. Pero el rey fué más moderado y el pontífice salió de su retiro para aliarse con él. Entonces el soberano de Nápoles, Alfonso II, que aca-

baba de suceder á su padre Fernando I, asustado por las victorias de las armas francesas, ni siquiera se atrevió á resistirles. Huyó á Sicilia después de haber abdicado en favor de su hijo Fernando, y en unos cuantos días fué invadido por los franceses todo su reino. Carlos VIII entró en Nápoles el 21 de Febrero de 1495, y se hizo tributar, como en Florencia y en Roma, los honores del triunfo. Bajo el pretexto de que había comprado á un sobrino de Paleólogo sus derechos sobre el imperio griego, se revistió con los adornos imperiales y tomó el título de emperador de Oriente. De ese modo quedó terminada la conquista de Italia en menos de cuatro meses, y tan escasa resistencia presentó toda la Península, que Alejandro VI decía: « los franceses no han tenido más trabajo que mandar á sus furrieles, con un pedazo de tiza en la mano, para marcar sus alojamientos. »

Victoria de Fornua. — Carlos VIII tenía la persuasión de poder realizar sus magníficos proyectos. Ya Bayaceto veía alzarse contra él la mayor parte de sus poblaciones y esperaba verse obligado á tener que abandonar la Europa para volverse al Asia. Después de su brillante conquista, el rey de Francia se comparaba con los mejores capitanes de la antigüedad y excitaba en la nobleza que lo rodeaba el gusto por las empresas caballerescas, multiplicando las fiestas y los torneos.

Pero lo que había sido causa de la rapidez de sus triunfos, lo fué también de la prontitud de sus reveses. Ludovico el Moro, que llamara á los franceses á Italia, empezó á mostrarse inquieto por sus triunfos, temiendo que su ambición no se limitara solamente á la conquista del reino de Nápoles. Comunicó esas aprehensiones á los venecianos, se unió con los aragoneses desposeídos, hizo entrar en su alianza á Alejandro VI y al duque de Ferrara, y organizó una liga que debía cerrar á Carlos VIII la vuelta á Francia. Cuando se supo en este país la noticia de ese pérfido plan, se concibieron grandes temores. Por su parte, Carlos VIII batió inmediatamente en retirada para no verse envuelto. Si no se hubiera detenido en Pisa para terminar las dificultades existentes entre esa ciudad y los florentinos, hubiera podido penetrar de nuevo en

Francia antes de que le hubiesen interceptado el camino. Pero ese retraso permitió á sus enemigos levantar un ejército, y los 8000 franceses que lo acompañaban hallaron en Lombardia á 40.000 italianos dispuestos á disputarles el paso. La batalla se dió en la bajada de los Apeninos, en el Parmesano, cerca de Fornua. En una hora el valor de los franceses triunfó del número de los confederados, y con sólo pérdida de 900 hombres atravesaron las filas enemigas (5 de Julio de 1495). Carlos VIII hubiese podido entonces marchar sobre Milán y castigar severamente al Moro por la perfidia de su defección; mas, se dió prisa en volver á Francia para relatar sus brillantes hazañas.

Pérdida del reino de Nápoles. — Carlos VIII había dejado en Nápoles al duque de Montpensier con el título de virrey, aunque sólo le dió cuatro mil hombres para defender su conquista. En seguida salió de su retiro de Ischia Fernando de Aragón, y con ayuda de Gonzalo de Córdoba se presentó á sorprender á Nápoles en ausencia del virrey. El inconstante pueblo, que acogiera á los franceses con entusiasmo, mostró la misma alegría al volver ese rey que había abandonado y vendido cuatro meses antes. Bloqueado el duque de Montpensier en Atella, tuvo que capitular al cabo de un mes, y apenas si pudo el valiente d'Aubigny volver á Francia con dos mil lanzas y los honores de la guerra. El resto pereció en los campos de batalla, ó fué arrebatado por las enfermedades pestilenciales. De esa manera se desvanecieron como un sueño los resultados de aquella expedición.

Sin embargo, Carlos VIII estaba meditando una nueva expedición en que deseaba tomar parte toda la juventud noble. El duque de Orleans había sido designado para mandarla, y las justas pretensiones que tenía sobre el ducado de Milán excitaban su celo y le hacían activar los preparativos; pero sus consejeros íntimos le hicieron comprender cuán importante para él era no alejarse en los momentos en que la salud del rey se iba debilitando cada día, sin que por otra parte viviera ninguno de los hijos que dicho soberano había tenido con Ana de Bretaña. Así que el duque de Orleans halló

pretextos para dispensarse de ir en persona á Italia, el partido opuesto á esa guerra prevaleció en el consejo, y se aplazaron indefinidamente los proyectos de Carlos. En eso murió este príncipe, el 7 de abril de 1498, en el castillo de Amboise, de resultas de un golpe que se había dado en la cabeza al visitar dicho edificio que hacía reconstruir en estilo italiano. Como todos sus hijos habían muerto en la niñez, ese rey fué el último de la primera rama de los Valois, que había dado á Francia siete reyes, durante ciento setenta años (1328-1498).

Durante los últimos años de su vida, ese monarca se ocupó muy seriamente en los intereses del pueblo. Advertido por las quejas de sus súbditos, « aplicaba su imaginación, dice Comines, á querer vivir con arreglo á los mandamientos de Dios, á poner buen orden en la justicia y á regularizar los gastos é ingresos públicos. » Disminuyó en una sexta parte los impuestos, á pesar de las cargas ocasionadas por la guerra de Italia, y tenía el proyecto de suprimirlos completamente, contentándose con los productos de su dominio personal. Gustaba de dictar por sí mismo fallos judiciales, y reformó en ese orden cierto número de abusos. Así, procribió la venta de los oficios de judicatura (1493), é hizo empezar la redacción de un código consuetudinario por una comisión compuesta de comisarios reales y de hombres competentes, nombrados en cada país por los tres órdenes. Completó el *gran consejo*, que estaba encargado de juzgar las causas más importantes.

§ III. — Luis XII. Julio II. Liga de Cambrai (1498-1508).

De Francia y de Italia al ocurrir el advenimiento de Luis XII (1498-1515). — Después de la partida de Carlos VIII, Italia se creyó libre y Savonarola fué acusado de falsa profecía. Formóse contra él en Florencia un gran partido y Alejandro VI, á quien había atacado sin respeto por su dignidad, puso en entredicho sus predicaciones. Savonarola cometió la falta de no someterse, y sus enemigos lo hicieron condenar por la Inquisición al suplicio reservado á cuantos

se mostraban rebeldes á la voz de la Iglesia. El illustre hijo de Santo Domingo oyó su condenación completamente tranquilo, y subió á la hoguera con una resignación que le ha valido el nombre de mártir. Sin embargo, sus predicciones no tardaron en realizarse. Como la familia de los Valois, que reinaba en Francia, se había extinguido en la persona de Carlos VIII, subió al trono Luis XII, que tenía derechos sobre el Milanesado, por parte de su madre Valentina Visconti. No tardó en hacerlos valer, y para ello pactó una alianza con el soberano Pontífice y con Venecia, enemiga irreconciliable de los duques de Milan.

Expediciones de Luis XII contra el Milanesado (1499-1501). — El mando de la expedición se confirió al mariscal de Trivulce, rival de los Sforza. Aquél no tuvo que exponerse á las contingencias de una batalla, pues Ludovico el Moro, abandonado por todos los suyos, tuvo que huir á Alemania, y Luis XII se encontraba aún en Lyon, cuando los franceses habían penetrado ya en Milán. El rey se apresuró á ir á tomar posesión del país conquistado, y penetró triunfalmente en la capital de la Lombardia. Trivulce quedó al frente del gobierno, pero su dureza irritó á los milaneses, la rebelión estalló, y cinco meses después de su caída, penetraba de nuevo Ludovico Sforza en la ciudad que lo proscibiera. Entonces Luis XII mandó un segundo ejército al sur de los Alpes, con la Trémolle por jefe. Sforza descansaba, confiado en el apoyo que le habían prometido los suizos; pero éstos lo vendieron en Novara, entregándolo á los franceses. El Moro fué enviado á Francia, y encerrado en la torre de Loches, donde murió á los diez años de cautiverio. Á partir de ese momento, Milán no cesa de pertenecer á príncipes extranjeros.

Expediciones de Luis XII contra el reino de Nápoles (1501-1503). — Dueño de Milán, Luis XII no olvidó sus derechos al reino de Nápoles. Unióse con Fernando el Católico, cuya astucia y doblez se mostraron en esta ocasión con el mayor brillo. Esos dos príncipes habían convenido en repartirse entre ellos el reino, dejando de lado á los descendientes de la dinastía aragonesa, entonces representada por el joven

Federico, sobrino de Fernando II. Gonzalo de Córdoba, que Federico acogió como un aliado, hizo entrar sus tropas en todas las grandes plazas del reino, y notificó luego al engañado rey el odioso reparto (1501). Colérico por esa traición, Federico cedió todos sus derechos al rey de Francia, en cambio del condado del Maine. Entonces surgió rivalidad de intereses entre Fernando el Católico y Luis XII, encendiéndose la guerra así que se trató de fijar los límites de sus posesiones respectivas. Gonzalo derrotó á Aubigny en Seminara, al duque de Nemours en Cerinola (1503), y despojó á los franceses, mientras su señor el rey de España engañaba en Lyon la loca confianza de Luis XII. El valor de Luis de Arsy y el de Bayardo, que defendió el puente de Garigliano, solo contra doscientos españoles, no impidieron que el reino de Nápoles quedase perdido definitivamente para Francia (1503).

Muerte de Alejandro VI (1503). — Así estaban las cosas cuando murió Alejandro VI. Su hijo César Borgia ejercía profunda influencia sobre toda la Italia central, y su simpatía por la causa francesa hacía á Luis XII muy poderoso aun en la Península. Pero la política de aquel hombre degradado era aún más iniqua que la de Fernando el Católico. César había convertido al crimen en instrumento de triunfo, y Maquiavelo, que vivía entonces en Florencia, lo estudiaba con predilección, como modelo perfecto del político. Su genio previsor había dispuesto todas las cosas para heredar la tiara cuando muriere su padre; pero la Providencia dispuso que en esas circunstancias cayese enfermo él también, por lo cual los sufragios de los cardenalesse concentraron en el de la Rovera, que tomó el nombre de Julio II (1503-1513). Ese pontífice despojó á César Borgia de cuanso poseía y se presentó como defensor de la libertad de Roma y de Italia.

Tratados de Blois. — Luis XII no comprendió el cambio que las ideas de Julio II iban á introducir en los asuntos italianos. Empezó de nuevo á negociar con Fernando el Católico, y por ambas partes se recurrió á la diplomacia para satisfacer los intereses de las dos naciones. Luis XII empezó por conceder al rey de España tres años de tregua que éste necesitaba para

consolidar su dominación sobre el reino de Nápoles. Después firmó en Blois (22 de setiembre 1504), con el emperador Maximiliano y su hijo el archiduque Felipe de Austria, un tratado formando una liga contra Venecia; además, se concedía á Luis XII la investidura del Milanesado, y el reino de Nápoles á Carlos V de Austria, nieto de Maximiliano, que tan célebre debía ser más tarde con el nombre de Carlos V. Como condición de esta última cláusula se establecía su matrimonio con Claudia de Francia, que debía llevarle en dote la Borgoña y la Bretaña.

Ese tratado era desastroso para Luis, pues daba al hijo de Felipe el Hermoso, á Carlos de Austria, dos provincias francesas, á pesar de que entre las herencias presuntas de ese joven estaban el Austria, por su abuelo paterno Maximiliano, y la España, por su abuelo materno Fernando. Además le garantizaba la posesion de Italia, lo cual era abrirle camino para la dominación universal. La voz pública protestó en Francia contra ese convenio, y entonces Luis XII sólo pensó en buscar el medio de salir del mal paso en que se había metido. No tardó en presentársele. Irritado contra su yerno, Fernando el Católico pensó en desheredarlo, contrayendo nuevo enlace matrimonial. Luis XII lo alentó en su idea, y celebró con él, también en Blois, otro pacto (octubre de 1503), con arreglo al cual le concedió la mano de su sobrina Germana de Foix. Estipulóse que los dos reyes abandonarían sus derechos al Estado de Nápoles en favor de los hijos que nacieran del nuevo matrimonio, si bien, en el caso de ser estéril la unión, se volvería al reparto que anteriormente se hiciera de ese país. Además, Fernando se comprometía á ayudar á Gastón de Foix, hermano de su nueva esposa, á conquistar el reino de Navarra, del cual se había apoderado injustamente, al parecer, Catalina de Foix y su marido Juan de Albret. Luis XII quedó muy contento por todas esas concesiones, pues profesaba extraordinario afecto á Gastón y su hermana.

Ese tratado, que destruía todas las precedentes combinaciones, empezó por causar verdadero asombro. En España parecía inminente la guerra civil, pero la habilidad y tino del rey D. Fernando supieron conciliar

las tendencias opuestas. Este soberano se hizo reconocer como rey de Nápoles, y obligó á los señores napolitanos á tributarle pleito homenaje, así como á su nueva esposa. En España se contentó con Aragón, dejando Castilla al archiduque Felipe. Pero en Francia seguían deplorando los últimos convenios, tan favorables á la casa de Austria. Decíase con motivo que la hija de Luis XII y de Ana de Bretaña, la princesa Claudia, no debía casarse con otro príncipe que Francisco de Angulema, sobrino del rey y heredero presunto de la corona. La Borgoña y la Bretaña, que estaban comprometidas en aquellos tratados, pretendieron no ser enajenables por voluntad del rey.

Sumisión de los genoveses. — Poco tiempo después estalló en Italia la rebelión. El bando popular de Génova aprovechó la ausencia del gobernador francés Ravenstein, y se lanzó al saqueo y destrucción de las casas de los ricos y los palacios de la nobleza. Luego estableció ocho tribunales y proclamó dux de la ciudad al tintorero Paulo Nuovo. Luis XII mandó primeramente al doctor Ricci para que calmase á los rebeldes; pero éstos despreciaron su autoridad, apoderándose además de varios puntos en la costa. Entonces tomó las armas toda la caballería de Francia, y Luis XII marchó en persona, al frente de cincuenta mil hombres, contra la ciudad culpable. Los genoveses no pudieron resistirle, acabando por echarse á sus plantas y pedir gracia (29 de abril de 1507). Durante diez días el rey permaneció sin decidir nada. Todas las iglesias se llenaban de hombres, de mujeres y de niños, que derramaban torrentes de lágrimas. El décimo día se alzó un patíbulo, y se rodeó el trono del rey de todo el aparato de la más inexorable justicia. Al presentarse Luis, declaró á los genoveses culpables del crimen de lesa majestad, y ordenó que la población fuese destruída. El pueblo empezó á gemir y á gritar. Eso bastaba al corazón de Luis XII, quien se apresuró á ordenar que callasen, y les otorgó luego perdón. No perecieron más que los jefes de la rebelión. Florencia y Venecia enviaron emisarios á felicitar al rey por su clemencia, y el papa hizo que un legado suyo le diera gracias en nombre de la cristiandad.

§ IV. — Desde la liga de Cambrai hasta la muerte de Luis XII. León X (1508-1515).

Liga de Cambrai (1508). — La sumisión de Génova fué honrosa para el carácter de Luis XII; ese príncipe aumentó aún más su gloria tomando las armas contra Venecia. Esta república comerciante había aprovechado las últimas luchas para aumentar su territorio, beneficiándose de todo, caída de Ludovico el Moro, derrotas de los franceses en Nápoles y desgracia de César Borgia. Todas las potencias tenían motivo para quejarse de sus usurpaciones. El emperador Maximiliano reclamaba Verona, Vicenza, y, como jefe de la casa de Austria, también el Friul. Francia pedía el ducado de Brescia, Bérgamo y Cremona, como dueña que era de Milán; Fernando pretendía volver á entrar en posesión de los puertos de su reino de Nápoles ocupados por los venecianos; y el papa Julio II reivindicaba Ravena, Faenza, Imola y sus restantes ciudades de la Romaña. El duque de Ferrara y el marqués de Mantua entraron igualmente en la coalición para recobrar algunos pequeños territorios que Venecia les había arrebatado. El tratado que constituía la liga se firmó en Cambrai (10 de diciembre de 1508). Luis XII envió al dux un heraldo de armas para declararle la guerra. Al saber esa noticia, la república se alarmó, preparándose á la resistencia.

Victoria de Agnadel. — Luis XII atravesó los Alpes (abril de 1509) y entró en su ducado de Milán con un ejército de cuarenta mil hombres, del cual formaba parte la flor y nata de la aristocracia francesa.

Allí se encontraba Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha, los la Trémoille, los Talmont, los Brézé, los Richemont, los Bonnivet, Chaumont y Trivulce mandaban la vanguardia, el rey iba en el centro con los mejores caballeros, y en la retaguardia el duque de Longueville. Los venecianos tenían por jefes á Alviano y al conde de Pitigliano. Los dos ejércitos se encontraron cerca del pueblo de Agnadel (14 mayo). En el primer momento combatieron con extraordinario furor: el rey se distinguió por su brío, y como los cortesanos le reprochaban que expusiera así su persona,

respondió : *Que los tímidos se escuden detrás de mí.* La nobleza lo imitó, y decidió de la victoria, precipitándose sobre la infantería veneciana. Cerca de quince mil hombres de ésta quedaron en el campo de batalla, mientras los franceses no perdieron sino doscientos. El triunfo de Luis XII era completo, y el rey cayó de rodillas en medio de toda aquella carnicería, dando gracias á Dios. Luego dispuso que se erigiese en aquellos mismos sitios una capilla en honor de Santa María de la Victoria.

Liga Santa. — En el colmo de la gloria, Luis XII ayudó á Maximiliano en la toma de Pavía, y amenazó á Venecia con destruirla enteramente. Entonces el papa Julio II, que había entrado en la liga de Cambrai para obligar á los venecianos á devolver lo que usurparan, pero no para destruir un Estado que era la única barrera que Italia podía presentar á la invasión de los turcos, vió en los franceses no más que ambiciosos dispuestos á dominar toda la península. Y en interés de Roma y de Italia, resolvió formar una nueva liga para impedir la ejecución de los designios de Luis XII. Empezó por captarse la voluntad de los suizos, se atrajo á Fernando, mediante el perdón de 400.000 escudos que le debía por el reino de Nápoles, envió á Inglaterra para obtener la alianza de Enrique VIII, y logró separar al emperador Maximiliano de su alianza con Luis XII. Esta segunda coalición se llamó la Liga Santa, por ser su inspirador el papa. Julio II desplegó la mayor actividad, llevando el olvido de los deberes de su cargo hasta ponerse en persona al frente de sus tropas. Viósele, vestido con una coraza, dirigir el sitio de la Mirándola, y apoderarse por sí mismo de la ciudad. Luego se fué á Bolonia, y más tarde á Ravena, débil y extenuado, pero meditando siempre la ruina del duque de Ferrara.

Habiendo muerto el mariscal de Chaumont después de quince días de enfermedad sufridos en Correggio, tomó Trivulce el mando del ejército francés. Julio II hizo investir muy pronto una pequeña plaza llamada Bastida. Bayardo, al frente de fuerzas escogidas, acudió á levantar el asedio. El combate fué terrible, y el ejército del papa perdió cerca de cinco mil hombres.

« No sé, dice la crónica de Bayardo, cómo es que los historiadores y cronistas no han hablado más de esta hermosa batalla de la Bastida, pero durante cien años no hubo ciertamente mejor hecho de armas, ni más arriesgado en su solución final. »

Lo que hubo de más sensible en esas luchas con el papa fué que el rey de Francia no se contentó con atacar á Julio II en sus derechos de soberano, sino que hirió también su autoridad como sucesor de San Pedro, y jefe de la Iglesia universal. En aquellos tiempos de revueltas, el interés verdadero del poder era sofocar todas las rebeliones. Luis XI lo había presentido, oponiéndose por tanto á la Pragmática Sanción de Carlos VII, pues había visto en esos atentados contra el poder de los sumos pontífices graves peligros para los tronos temporales. Luis XII, menos sagaz, favoreció el espíritu de insubordinación, é hizo que se celebraran en Orleans y Tours conciliábulos donde se sancionó su conducta, y en los cuales se prohibía á los fieles mantener relaciones algunas con Roma (setiembre 1510). Después de esas empresas cismáticas, creyóse también autorizado para convocar un concilio general, que en efecto, se reunió en Pisa, destituyendo á Julio II.

Por su parte, el sumo Pontífice celebró un verdadero concilio en Roma, en el cual anatematizó cuanto se había hecho en Pisa y lanzó sobre Francia entredicho que la llenó de desolación (octubre 1511). Luis XII se obstinó. Su intento no era dudoso : aspiraba á lograr la ruina de Roma, como claramente lo indicó al grabar medallas que decían : *Destruiré á Babilonia hasta en sus cimientos.*

Victoria y muerte de Gastón de Foix en Ravenna. — Luis XII se hallaba privado de todas sus antiguas alianzas. Los venecianos, los suizos, Fernando el Católico y el rey de Inglaterra se habían declarado por Julio II. Sólo quedaba al lado de Francia el emperador Maximiliano, y eso pensando ya en separarse de ese partido. Los súbditos de Luis XII veían con grandísimo temor aquella lucha contra Roma, que tan funesta ha sido siempre á los príncipes, y los espíritus más valerosos empezaban á manifestar aprensiones. Gastón de Foix, sobrino de Luis XII y que á

la sazón sólo contaba veintitrés años, había recibido el mando general del ducado de Milán, y por de pronto resistió con gloria al ejército español, que había invadido el Milanesado.

Obtuvo un primer triunfo delante de Bolonia (7 febrero 1514) y marchó en seguida sobre Brescia que aquel mismo día habían tomado los venecianos. El castillo fué atacado con espantosa violencia. Bayardo fué herido en el muslo de una lanzada, quedándole en la herida la pica. Creyósele muerto y entonces Gastón de Foix gritaba: « ¡Eh, señores amigos míos!, ¿no vengaremos en esos villanos la muerte del más cumplido caballero que hubiese en el mundo? » Esas palabras electrizaron á las tropas, y la ciudad fué tomada por asalto (19 febrero).

De Brescia acudió Gastón á poner sitio á Rávena, que pertenecía á Julio II. Habiéndose acercado á la plaza los españoles y los confederados, se dió la batalla el 11 de abril de 1512, día de Pascua. Gastón se portó como verdadero héroe. Ocho horas duró la lucha, sin que la victoria se decidiera por ninguno de los dos bandos. Al empezar á declararse la victoria por los franceses, el virrey español, Raimundo de Córdoba, echó á huir; pero el valeroso Pedro de Navarro, que mandaba la infantería, siguió sosteniendo la lucha, hasta que la impetuosidad de Gastón le hizo ceder el campo. La batalla estaba ganada cuando el de Foix, queriendo completar su victoria, se lanzó á perseguir una parte de la infantería española, que se retiraba en buen orden. « Rolando no rompió en Roncesvalles tantas lanzas como Gastón aquel día. » Pero pronto recibió en el costado mortal herida. Lautrec, su primo, se hallaba á su lado, y recibió veinte golpes al querer salvarlo. « ¡No lo matéis, gritaba, es nuestro virrey, hermano de vuestro rey! » Sea lo que fuese, allí quedó el joven caballero, todo cubierto de heridas, pues de la barba á la frente presentaba catorce ó quince, con lo cual demostraba que no había vuelto la espalda á sus enemigos. Así acabó ese héroe, ante quien temblaba la Italia, y que había recibido el calificativo de *rayo de la guerra*.

La noticia de esa batalla se difundió por Europa,

llenando de consternación á todos los enemigos de Luis XII. Pero ese príncipe no pudo menos de verter amargo llanto al saber la muerte de Gastón de Foix, á quien amaba entrañablemente. « Quisiera, decía, no poseer ni una pulgada de tierra en Italia y lograr á ese precio que recobrasen la vida mi sobrino Gastón de Foix y todos los valerosos guerreros que han muerto con él; guárdenos Dios de semejantes victorias. »

Reveses y faltas de Luis XII (1512-1515). — A partir de ese momento, Luis XII cometió falta sobre falta y no cesó de sufrir reveses. Una vez muerto Gastón de Foix, ni la Palisse, ni Trivulce, ni la Trémoille pudieron resistir al enemigo. El ejército francés halló á su espalda uno de 20.000 suizos, que acababan de restablecer en el trono de Milán á Maximiliano Sforza, hijo de Ludovico el Moro. Los auxiliares alemanes abandonaron á los franceses, y la Palisse tuvo que retirarse al Piamonte después de haberse batido valerosamente en las calles de Pavía. La política de Julio II triunfaba. Italia se veía libre de los bárbaros y de los extranjeros, como lo deseara aquel pontífice, y Roma quedaba realmente independiente. Ese papa murió en medio de su triunfo, el 20 de febrero de 1513, á la edad de setenta y dos años, después de ocupar la Santa Sede 9 años 3 meses y 20 días.

León X (1513). — El concilio ecuménico que Julio II había convocado seguía celebrando sus sesiones en la basílica de San Juan de Letrán. Los cardenales se reunieron y eligieron papa á Juliano de Médicis, que tomó el nombre de León X (14 de marzo 1513). Tenía treinta y cinco años, y era uno de los más distinguidos literatos de su tiempo. Como sólo era diácono, se le ordenó sacerdote y se le consagró como obispo en los ocho días que siguieron á su elección.

El nuevo Pontífice continuó la obra de su predecesor. Presidió la sexta legislatura del concilio (27 de abril) y allí publicó una bula en que aprobaba la constitución de la mencionada asamblea y todo cuanto se había hecho en ella, declarando que su único deseo era ver restablecida la paz en la cristiandad. En vez de condenar á los franceses por contumacia respecto

de la Pragmática sanción, como lo aconsejaba el fiscal del concilio, León X prefirió recurrir á la dulzura para terminar ese asunto, como lo logró maravillosamente. Escribió á Luis XII una carta enternecedora, que respiraba mansedumbre evangélica, y logró que el monarca enviase embajadores al concilio con poderes para declarar en su nombre que renunciaba al concilio de Pisa, adhiriéndose al de Letrán, bajo la condición de que los cardenales condenados serian restablecidos, y anulado cuanto había sido hecho contra el reino.

En la séptima reunión (17 de junio de 1513) se leyeron las cartas de los cardenales del concilio de Pisa, Bernardino de Carvajal y Federico de Saint-Séverin, que condenaban los actos de este concilio, aprobando los del de Letrán, prometiendo obedecer á León X y reconociendo que Julio II los había eliminado con motivo del sacro colegio. La retractación era completa, y el papa no vaciló en concederles su perdón, con lo cual terminó el cisma.

La cuestión religiosa quedaba resuelta, pero la situación política había empeorado. Después de haber perdido sus conquistas en Italia, Francia se hallaba invadida. Enrique VIII y Maximiliano la atacaron por el norte, sitiando á Téroane, los suizos por el este amenazando á Dijón, y Fernando el Católico se disponía á penetrar en el mediodía. Para escapar de esos peligros necesitó Luis XII hacer grandes sacrificios. Abandonó la Navarra á Fernando, que acababa de apoderarse de ella, reconoció á Maximiliano Sforza, como duque de Milán, engañó á los suizos, y obtuvo de Enrique VIII la paz, aceptando la mano de su hermana (1514). Las fiestas y regocijos que el rey de Francia dió con motivo de este enlace lo fatigaron tanto, que murió de sus resultas el 1.º de enero de 1515.

Benéfica administración del padre del pueblo. — Luis XII ha sido denominado *Padre del pueblo*, y toda su vida atestiguan que mereció ese sobrenombre. Desde el principio de su reinado procuró disminuir los impuestos, y durante él, evitó tener que restablecerlos. Su advenimiento al trono dió al dominio real el ducado de Orleans y los condados de Valois y de

Blois; Luis XII procuró tener bastante con las rentas de su patrimonio para los gastos de su persona y casa. Disminuyó en una tercera parte las contribuciones, y quiso que su producto fuera escrupulosamente consagrado al pago de las tropas, á construcciones de utilidad pública ó á cosas favorables para la industria y las artes. « Prefiero, decía, ver á los cortesanos riendo de mi avaricia, que no al pueblo llorando por mis larguezas. »

Francia permaneció tranquila en lo interior durante este reinado, sin tener que sufrir por otra parte los reveses de la guerra. La agricultura fué protegida y el comercio prosperó. « En doce años, dice un contemporáneo, se convirtió en tierras de labradío á la tercera parte del reino, y por cada gran mercader que se encontraba antes en París, Lyon ó Ruan, había cincuenta bajo Luis XII, los cuales vacilaban menos en salir para Roma, Nápoles ó Londres que sus antepasados en ir á Lyon ó Ginebra. »

Puso extremado empeño en hacer desaparecer ciertos antiguos abusos que deshonraban á la justicia. Según lo practicaran antes Luis XI y Carlos VIII, mandó recopilar el derecho consuetudinario de las provincias, esto es, los usos y prácticas que tenían fuerza de ley en cada región. Decidió, en ordenanza de 1510, que todos los procesos é informes criminales se harían en « lengua vulgar del país », en vez de latín, para que el acusado oyera las declaraciones hechas contra él y para que pudiese seguir el desarrollo de su causa. En otra ordenanza sabiamente meditada constituyó la magistratura, haciéndola independiente.

Esas importantes reformas valieron á Luis XII el afecto de su pueblo. Una vez que fué á visitar la Borgoña y la Champaña recibió de las poblaciones las más cariñosas demostraciones de afecto. « La verdad es, dice Saint-Gelais, que por donde quiera pasaba el rey, se agolpaban á verlo las gentes, hombres y mujeres, no vacilando en hacer para ello leguas y más leguas; y cuando podían alcanzar á tocar su sandalia ó su traje, ó cualquier parte de sus vestiduras, besábanse luego las manos y se frotaban con ellas el rostro,

tan devotamente como si hubieran tocado un relicario. Y todos decían que en trescientos años no había disfrutado Francia tanta prosperidad.»

Esos sentimientos populares se manifestaron con mayor brío al ocurrir la muerte del príncipe. Así que los veinticuatro pregoneros de la ciudad de París se fueron gritando por las calles: «Rogad por el alma del cristianísimo padre del pueblo, magnánimo Luis, rey de Francia por la gracia de Dios», estallaron en toda la ciudad innumerables lamentaciones. Grandes y pequeños, ricos y pobres, guerreros y comerciantes, fueron á confundir sus lágrimas alrededor del regio catafalco, que estaba expuesto en su palacio de Tournelles. «Y cuando se llevó su cuerpo de las Tournelles á Nuestra Señora, escribe otro cronista, había gentes con campanillas que iban tocando y gritando: *Ha muerto el buen rey Luis, padre del pueblo.*»

Resumen de este capítulo. — Antes de referir las guerras de Italia, hemos descrito la situación de ese país, y luego hemos dado á conocer las expediciones de Carlos VIII y de Luis XII.

I. Italia se hallaba entregada casi por completo á la anarquía. Los principales Estados comprendidos en la península eran: al norte, el ducado de Milán y la república de Venecia; en el centro Florencia y Roma, y al sur el reino de Nápoles. — En este último país no han cambiado las cosas: la lucha entre angevinos y aragoneses continúa. Como estos últimos son dueños del país, los angevinos llaman en su ayuda á los franceses. — En Roma, Nicolás ó Nicolao V, Calixto III y Pío II predicán la cruzada contra los turcos, y Sixto IV é Inocencio VIII protegen las artes; pero los escándalos de Alejandro VI explican la humillación y los sufrimientos que van á caer sobre la ciudad eterna. — Lorenzo de Médicis hizo la gloria y dicha de los florentinos, pero su muerte inauguró para esa república era de decadencia. — La toma de Constantinopla ha dado golpe mortal á Génova y Venecia; esta última, humillada en la guerra que ha tenido que sostener contra los turcos, modifica su constitución y la hace tiránica. — En Milán, los Sforza se dividieron, y Luis el Moro, después de haber querido suplantár á su sobrino, llama á los franceses á Italia para sostener su usurpación.

II. La expedición de Carlos VIII á Italia se hallaba bastante motivada por los desórdenes que afligían á ese país. Aquel príncipe consideró la empresa con su imaginación caballeresca y no escatimó nada de cuánto le había de permitir llevarla á cabo; la facilidad de sus triunfos lo deslumbró. Milán, Florencia, Roma y Nápoles le abrieron sus puertas; aquello fué, más que conquista, marcha triunfal (1494-1496). Ya concebía gigantescos planes cuando vió alzarse contra él todos los países que creyera conquistados. Entonces tuvo que abrirse paso á través de sus ene-

migos, que le impedían su vuelta á Francia. Logrólo efectivamente en la batalla de Fornua (5 de julio de 1495); pero apenas había atravesado los Alpes cuando perdió al reino de Nápoles. Meditaba nueva expedición, pero no pudo llevarla á cabo, pues murió (7 de abril de 1498) de resultas de un golpe en la cabeza que se dió un día mientras visitaba su castillo de Amboise.

III. Cuando salió de ella Carlos VIII, Italia se creyó libre; pero Luis XII, que heredó al anterior soberano, hizo valer los derechos al Milanésado que le legara su abuela Valentina Visconti. Envío en efecto al mariscal de Trivulce á conquistar aquel ducado; pero la dureza de ese soldado excitó una rebelión contra él; entonces Luis dió el mando á la Trémoille, que sometió el país, llevándose prisionero á Ludovico el Moro (1501). Después se entendió Luis XII con Fernando el Católico para tomar al reino de Nápoles y repartírselo; pero fué víctima de la astuta política del rey de España, y, á pesar del valor de Luis de Ars y de Bayardo, el gran Gonzalo venció á los franceses en Seminara y Ceriñola, arrojándolos de la Italia meridional (1502). En eso vino á morir Alexandro VI, sucediéndole Julio II, cuyo único pensamiento fué libertar á Italia del yugo extranjero. Luis XII no comprendió las modificaciones que las ideas de ese nuevo Pontífice iban á introducir en los asuntos de Italia, y firmó con el rey católico dos tratados en Blois (1504-1505), que inspiraron á los hombres previsores grandes inquietudes por el porvenir de Francia. Poco tiempo después se rebelaron los genoveses; Luis XII los venció, tratándolos con benevolencia.

IV. Como la república de Venecia había aprovechado todos los acontecimientos ocurridos desde la caída de los duques de Milán, cada Estado tenía algo que reclamarle. Formóse una liga contra ella, bajo la dirección de Luis XII. El rey de Francia fué en persona á atacar á los venecianos, y los deshizo en Agnadel (1509). Pero cuando Julio II notó que Luis pensaba en destruir á Venecia, potestó contra tales intentos, en interés de la libertad de los pequeños pueblos de Italia, y formó la *Liga Santa* encaminada á combatir á los franceses. Luis XII cometió en esas circunstancias el grave error de no distinguir al papa del soberano temporal, é impulsó á Francia al cisma, vedándole toda comunicación con la Santa Sede. Gastón de Foix se distinguió al frente del ejército francés, pero su victoria de Rávena le costó la vida. A partir de ese instante, Luis XII no sufrió más que reverses, viendo no sólo perdidas sus conquistas de Italia, sino también á Francia invadida por el extranjero. Casóse con la hermana de Enrique VIII para estrechar la paz que había hecho con este monarca (1514) y murió por efecto del cansancio que le produjeron las fiestas de sus bodas. La sabiduría de su administración, el celo que mostraba por la justicia y el amor que tributaba á sus súbditos le merecieron con motivo el glorioso calificativo de *Padre del pueblo*.

CAPÍTULO XXII.

RIVALIDAD DE FRANCIA Y DE LA CASA DE AUSTRIA. FRANCISCO I Y CARLOS V. TRATADOS DE MADRID Y DE CAMBRAY (1).

La rivalidad de Francisco I y de Carlos V es uno de los grandes hechos de los tiempos modernos. En rigor, esos dos ilustres rivales no parecen haber estado animados por ningún pensamiento profundo; ambos se sienten impulsados por la vanagloria; y las pasiones y las circunstancias los guían, con daño para la sana política. Francisco I no se resolvía nunca más que por motivos insignificantes; el fin de todas sus empresas fué la dominación de Italia. Pero, considerando la marcha providencial de la humanidad y el desarrollo de la civilización europea, su influencia fué mucho más considerable. En efecto, esas guerras salvaron la independencia de Europa, impidiendo que Carlos V ejerciese sobre todos los Estados la supremacía general á que la extensión de su poder le permitía aspirar.

§ I. — Desde el advenimiento de Francisco I hasta la derrota de Pavia (1515-1525).

Estado de Francia al ocurrir el advenimiento de Francisco I. — Los reyes de Francia habían tenido que luchar en los precedentes siglos contra el poder de los señores que los rodeaban, y sus esfuerzos habían tenido que dirigirse contra esa multitud de pequeños soberanos que el régimen feudal establecía, con grave daño para la seguridad del reino. Pero esa tarea estaba terminada desde la época de Luis XI; ya no había señor que pudiera considerarse como rival del rey, y mientras la nobleza había disminuído de ese modo en importancia, las clases inferiores del pueblo fueron ascendiendo, y colocándose naturalmente alrededor del poder real, único que les daba garantías de seguridad. Los municipios habían renunciado á sus privilegios para convertirse en ciudades del rey, y los

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Además de las historias generales de Francia y de España, consúltense: Robertson, *Historia de Carlos V*; Gaillard, *Historia de Francisco I*; Heeren, *Manual histórico del sistema político de los Estados de Europa y de sus colonias desde el descubrimiento de las Indias*; Ragón, *Historia moderna*; de Hammer, *Historia de los turcos otomanos*.

siervos que habían sido declarado libres en el momento mismo en que la burguesía ocupó un puesto en los grandes cuerpos del Estado, habían otorgado sus simpatías al poder real, autor de su liberación. Esos diversos progresos, al acercar unas á otras las diversas clases de la sociedad, habían producido la unidad y fuerza de la nación.

En vez de un país dividido y fraccionado en pequeñas soberanías independientes, existía entonces una Francia que se extendía desde el Océano á los Pirineos, y cuyos límites se hallaban perfectamente determinados al norte, al oeste y al sur. Para completar la defensa de sus fronteras y cerrarlas al extranjero, no quedaba más que recuperar el Rosellón, provincia del mediodía cedida torpemente al rey de España por Carlos VIII, y que fortificar la barrera del noroeste, ocupando el Franco Condado y el Artois, que descubrirían por esa parte al reino; ese será más tarde el fin que Luis XIV se propondrá en sus guerras.

De todos modos, la Francia moderna estaba ya formada. Cada provincia conserva aún sus costumbres, usos y leyes particulares; pero esas diversidades, consecuencia inevitable de sus divisiones anteriores, irán borrándose insensiblemente, hasta no quedar, del Pirineo al mar del Norte y de los Alpes al Océano más que una sola nación, sometida al mismo poder; los siervos, vasallos y soberanos serán reemplazados por el rey y el pueblo, cuya unión constituirá la gloria del país.

Batalla de Mariñán (1515). — Esa unión fué la que dió á Francisco I fuerzas bastantes para sostener honrosamente la lucha contra Carlos V, que dominaba sobre tantos países. Habíase creído á Francia agotada por sus últimas desgracias; pero la prudente administración de Luis XII había creado en el interior grandes recursos. Cuando la nación tuvo á su frente un príncipe ardoroso y bravo, en vez de un rey viejo y ya débil, recuperó de pronto toda su energía y brillo. Francisco I quiso inaugurar su reinado por una conquista. Como carecía de dinero, vendió algunos empleos, y pronto se halló en disposición de invadir el Milanesado con un ejército compuesto de 2500 lanzas, 20.000 vascos y 22.000 lansquenetes.

Fernando, el emperador, los suizos y el duque de Milán habían formado una liga contra el joven príncipe. Pero los venecianos, aliados de éste, retuvieron á los españoles en el reino de Nápoles, y como el emperador Maximiliano se halló en la imposibilidad de marchar, resultó que Maximiliano Sforza, duque de Milán, no tuvo más defensores que los suizos. Las fuerzas helvéticas se habían apoderado de todos los desfiladeros de los Alpes; pero los franceses se desli-



Francisco I.

zaron á lo largo de un valle que les descubrió un campesino y avanzaron hasta Mariñán. Allí los atacaron los suizos sin artillería ni caballería, armados únicamente de picas y espadones. Ese combate terrible duró hasta mediados de la noche, y cuando las tinieblas impidieron á los combatientes luchar y perseguirse, cada cual conservó la posición que ocupaba. Francisco I durmió sobre la cureña de un cañón. Al día siguiente se reanudó la batalla con tanto encarnizamiento como la víspera. La artillería francesa devoraba los batallones enemigos, y ya empezaba á retroceder el ejército suizo, cuando el grito de: *San Marcos!* anunció la llegada de la vanguardia veneciana. Entonces los suizos comprendieron la imposibilidad de seguir disputando el campo de batalla, y retrocediendo, se desbandaron por completo (13 de septiembre de 1515). El Milanesado cayó de nuevo en poder de Francia, y Maximiliano Sforza recibió una pensión anual de 30.000 escudos, como indemnización por las posesiones que perdía. El mariscal de Trivulce, que

había asistido á diez y ocho batallas, dijo que la de Mariñán fué *un combate de gigantes y las otras juegos de niños*. Francisco I, que acababa de ganar dignamente sus espuelas, quiso ser armado caballero por mano de Bayardo, inmediatamente después de la batalla.

Paz perpetua con los suizos. — Viéndose dueño del Milanesado, Francisco I no pensó en hacer revivir las pretensiones de sus antepasados sobre el reino de Nápoles; al contrario, tuvo el tino de limitarse á consolidar su conquista del norte de Italia, más bien que emprender otras nuevas. Queriendo atraerse á los suizos, firmó con ellos el tratado de Ginebra, que se ha llamado la *paz perpetua*, porque ha subsistido hasta nuestros días. Con arreglo á ese pacto, Francisco I se comprometió á pagarles una pensión anual de siete mil escudos, bajo la condición de poder efectuar entre ellos cuantas levas de soldados quisiese. Esa cláusula unió la Suiza á Francia, y los guerreros helvéticos desempeñaron importantísimo papel en todas las luchas que el último de aquellos países tuvo que sostener en lo sucesivo.

Concordato con León X (1516). — Después de su victoria tuvo Francisco I una entrevista en Bolonia con León X; en ella firmaron un tratado (8 de diciembre de 1515) comprometiéndose á sostenerse mutuamente la defensa de sus dominios. El rey de Francia garantizó á los Médicis la posesión de Florencia, declarándose protector suyo, y el papa devolvió Parma y Plasencia, de que Julio II se apoderara por consecuencia de la batalla de Rávena. La *Pragmática Sanción* de Carlos VII, que había sido publicada sin el concurso del poder espiritual, y que por lo demás el concilio general de Letrán condenó, fué abandonada por Francisco I. El joven rey firmó con el papa, bajo el nombre de *concordato* (18 de agosto de 1516), un tratado que garantizaba á los dos poderes la integridad de sus derechos é independencia. Hubo, es verdad, vivas reclamaciones, tanto por parte del Parlamento, que quería someter la Iglesia al Estado, cuanto por la del clero, que se apasionaba por las llamadas libertades galicanas; pero Francisco I impuso silencio á todo el

mundo. Al cardenal de Boissy, que hablaba en nombre del clero, le dijo: « *Os enviaré á Roma á discutir con el papa* ». Y á las representaciones del Parlamento contestó: « *Soy rey de Francia y no admito que haya aquí un senado como en Venecia. Que el Parlamento se consagre á administrar justicia, y me deje dar la paz á mi reino.* » El poder real se mostraba, pues, absoluto; pero esa energía de autoridad era necesaria en el momento en que Lutero empezaba á predicar la rebelión contra la Iglesia. Si Francisco I hubiese comprendido siempre la necesidad que había de mantener la unidad en su reino, y si su política exterior no se hubiese hallado á menudo en contradicción con la interior, habría ahorrado á su patria numerosos males.

Francisco I aspira á la corona imperial. —

Desgraciadamente, la paz que esas diversas negociaciones hacían esperar, no debía ser muy duradera. Habiendo muerto Fernando el Católico (23 enero 1516), Carlos de Austria, ya rey de Castilla, soberano de los Países Bajos é Indias occidentales, agregó á sus posesiones Aragón, Navarra, Nápoles, Sicilia y Cerdeña. El nuevo soberano conocía las numerosas dificultades que iba á encontrar en la administración de esos Estados, que todos eran muy celosos de sus libertades y privilegios. Creyendo, con ese motivo, que su interés lo obligaba á estar por el momento en buenas relaciones con el rey de Francia, firmó con él un tratado en Noyon, (el 13 de agosto de 1516). Ese convenio establecía entre los dos monarcas una alianza defensiva y ofensiva, y otorgaba á Carlos V la mano de Luisa, hija de Francisco I, quien le cedía, á título de dote, todos sus pretendidos derechos sobre el reino de Nápoles, reclamando en cambio la restitución de la Navarra á la casa de Albret. Pero ninguna de esas condiciones fué cumplida. Carlos V se contentó con prodigar á Francisco I muestras de afecto y de amistad, llamándolo *mi suegro*; pero conservó la Navarra, y firmó con el rey de Inglaterra, Enrique VIII, y con el emperador Maximiliano el tratado de Londres (29 de octubre de 1516), que tendía á renovar las antiguas ligas contra Francia.

Durante más de dos años no ocurrió nada de parti-

cular, y Francisco I se ocupaba en un proyecto de cruzada contra los turcos, cuando la muerte de Maximiliano, emperador de Alemania, cambió de pronto en Europa la faz de los asuntos públicos (11 de enero 1519). Viendo vacante la corona imperial, Francisco I puso en ella los ojos, en la esperanza de restaurar el imperio de Carlomagno, y entró en liza para disputar á Carlos V los votos de los electores. Éste, que por inmensa herencia acababa de agregar á sus dominios de los Países Bajos todos los reinos de Fernando é Isabel, no se había distinguido aún, es cierto, por ningún brillante hecho de armas; pero la extensión de sus Estados hacía que se le considerase como el príncipe más capaz de defender la Alemania contra los turcos. Queriendo ganarse los sufragios, Francisco I procuraba hacer olvidar esa consideración, repitiendo constantemente que la dignidad imperial era electiva, que convenía hacerla salir de la casa de Austria, y que además el imperio necesitaba un jefe vigoroso, experimentado, lleno de ardor y ánimo para resistir á Solimán.



Carlos V.

Elección de Carlos V (1519). — Por lo demás, los dos rivales, sin contar demasiado con las razones que alegaban, sembraron el oro á manos llenas para lograr la mayoría. Disgustados los electores por tal concurrencia, pensaron por un instante en no nombrar á ninguno de los dos, invistiendo con la autoridad suprema á Federico de Sajonia; pero ese príncipe mereció el sobrenombre de Prudente, que le ha dado la posteridad, al ceder á Carlos V el honor que le otorgaban (28 de junio de 1519). Antes de la elección, Francisco I había escrito á Carlos V una carta muy caballerosa, diciéndole

que no obstante proponerse ambos el mismo objetivo, y fuera cual fuese el resultado de la elección, esperaba que su amistad no se enfriaría. Pero cuando se vio engañado en sus esperanzas, cambió de sentimiento, y resolvió disputar al emperador electo la preponderancia en el sistema europeo.

Fuerzas respectivas de los dos rivales. — En efecto, el poder de Carlos V era á propósito para inquietar á Francisco I, y hasta para hacer temer por la libertad de Europa. Dueño de España, del reino de Nápoles, de los Países Bajos, de Austria y de una parte del Nuevo Mundo, el emperador, que con motivo afirmaba que el sol no se ponía en sus Estados, pudo pensar en la dominación universal. Pero sus posesiones se hallaban demasiado separadas para que le fuese dado realizar tan gigantesco proyecto, y los elementos que las componían eran muy heterogéneos. Los alemanes, los flamencos y los españoles no se cobijaban muy á gusto bajo la misma bandera, y sus genios eran demasiado opuestos para que consistieran en obedecer sin quejarse al mismo señor. Así fué que los flamencos murmuraron contra Carlos V cuando éste fué á recoger la herencia de Fernando, y los españoles se insurreccionaron al verlo gastar su oro en intrigas para lograr la corona imperial.

Francisco I poseía dominios menos extensos, pero Francia estaba unida y era fuerte. Sus ejércitos, testigos del valor del rey en Marignano, le eran afectos hasta el último extremo. Á su alrededor tenía generales como los Lautrec, los Bonnivet y los Bayardo, capaces de hacerlo triunfar en el campo de batalla. Su desgracia fué no haber tenido en las negociaciones el tino y habilidad de su rival, con lo cual se dejó arrebatarse todas las alianzas que podían haberle sido útiles. Mientras el rey de Francia sólo supo deslumbrar á Enrique VIII en la entrevista que celebró con él en el campamento del Paño de oro (7 de junio de 1520), entre Guines y Ardres, Carlos V supo convertir en aliado suyo al mismo soberano en Gravelines, gracias al cardenal Wolsey, su primer ministro. El emperador logró también atraerse á León X, que por algún tiempo vacilaba entre los dos rivales.

Batalla de la Bicoca (1522). — La guerra estalló con motivo de una querrela surgida entre el señor de Aimerie y el príncipe de Chimay, de la casa de Croy, respecto de la posesión del pueblecillo de Hierge, en las Ardenes. El emperador tomó partido por el señor de Aimerie y Francisco I sostuvo al príncipe de Chimay. Francia se cubrió de tropas, y se mandó á España un ejército que obligase á Carlos V á devolver la Navarra á la casa de Albret, y sostener á los españoles, que acababan de alzarse en armas. Pero Ximénez de Cisneros deshizo á los rebeldes, y los franceses, vencidos en Esquirós, se vieron obligados á abandonar la Navarra.

En el norte tuvo análogo resultado la guerra. Los imperiales invadieron la Champaña, se apoderaron de Mouzón y se presentaron á poner sitio á Mézières.

En Italia, Lautrec, que se había hecho aborrecer por lo duro de su tiránico gobierno, tuvo que abandonar Milán y el Milanésado, ante la liga de los españoles, los florentinos y el duque de Mantua, renunciando así á la conquista fruto de la batalla de Marignano. En ese momento murió León X, feliz al ver á Italia libre de sus invasores (1.º de diciembre de 1521). Carlos V dispuso entonces de la tiara en favor de su preceptor Adriano de Utrech, lo cual dió á su partido inmenso apoyo.

Sin embargo, Francisco I no perdió ánimos; reclutó en Suiza otro ejército, y envió ese refuerzo á Lautrec, que se había retirado al territorio veneciano; pero los helvéticos no tardaron en cansarse de una guerra en que no había dinero que ganar, ni mandobles que distribuir. Así fué que reclamaron *dinero, licencia ó pelea*, y obligaron á Lautrec á atacar, muy contra su voluntad, á Próspero Colonna, quien se había atrincherado en una invulnerable posición en la Bicoca (29 de abril de 1522). « Esa Bicoca, dice Martín del Bellay, era la casa de un gentilhomme, rodeada por grandes fosos, y de tan gran contorno que era suficiente para hacer entrar 20.000 hombres en línea de batalla. » La lucha fué violenta y encarnizada; los suizos hicieron prodigios de valor, pero Colonna los aniquiló desde lo alto de sus murallas, riéndose de tan inútil

bravura. En el campo quedaron veintidós capitanes suizos, así como muchos nobles franceses, y Lautrec tuvo que evacuar el Milanésado. Cansada Venecia de sostener sola el peso de la guerra, abandonó también el partido francés, é Italia quedó completamente perdida para Francisco I.

Traición de Borbón. — En el momento en que Francia veía á sus aliados del exterior separarse de ella, los que la dirigian le creaban por sus malas pasiones terribles enemigos interiores. Francisco I había humillado al condestable de Borbón en la guerra de los Países Bajos dando el mando de la vanguardia al conde de Alencón.



Bayardo.

Irritólo además por una injusticia privándole del Borbonesado, de Auvernia, de la Marca, el Forez y el Beaujolais, que su mujer le legara por testamento. Queriendo vengarse, el duque se rebeló y propuso al extranjero el reparto de Francia. El plan era añadir á sus dominios el Delfinado y la Provenza, repartiéndose el resto entre Enrique VIII y Carlos V.

Al pasarse á los españoles, Borbón no encontró todas las ventajas con que soñara. Carlos V hizo de él un simple general, colocándole á las órdenes de Pescara en los ejércitos de Italia. Sin embargo, el condestable no tuvo motivos durante algún tiempo para arrepentirse de su traición. Los franceses mandados por Bonnavet fueron deshechos en la Biagrasso (24 de abril 1524). Habiendo quedado gravemente herido Bonnavet, Bayardo tomó el mando para dirigir la retirada. Pero el ilustre caballero no tardó en sucumbir á su vez al cargar á los imperiales. Herido por un tiro de arcabuz, hizo que lo recostaran junto á un árbol, vuelto el rostro á sus enemigos. « Sus pobres servidores domésticos, dice el cronista, estaban todos tran-

sidos de dolor, y entre ellos su pobre despensero, que no lo abandonó, y á quien hizo Bayardo su confesión, por no haber á mano ningún sacerdote. El pobre gentilhomme lloraba al ver á su servidor tan apesadumbrado porque no había remedio; pero lo consolaba suavemente diciéndole: « Santiago, amigo mío, no te apesadumbres, pues Dios quiere sacarme de este mundo, donde he residido largo tiempo por su gracia, y donde he recibido más bienes y honores de los que me correspondían; todo lo que siento al morir es que no he cumplido con mi obligación tan bien como debía; ruego al Creador que tenga piedad de mi alma en su



Bayardo y el condestable de Borbón.

infinita misericordia, y espero que lo hará. » Y como entonces se presentara un sacerdote, Bayardo recibió los auxilios de la religión con admirable piedad. En eso acertó á pasar el condestable de Borbón cerca del árbol donde agonizaba el buen caballero, y al verlo, le dijo: « ¡ Ah, señor de Bayardo, cuánto siento veros en ese estado, por haber sido tan virtuoso caballero! — Señor, replicó el moribundo, no hay que tenerme lástima, pues muero como hombre de bien; pero yo os la tengo, al veros servir contra vuestro príncipe, vuestra patria y vuestro juramento. » Poco después de pronunciar esas admirables palabras, entregó á Dios su alma el buen caballero (30 abril 1524).

Batalla de Pavia (1525). — Después de la batalla de Biagrosso, el duque de Borbón excitó á los imperiales á penetrar en Francia. Así lo hicieron, empezando por poner sitio á Marsella. El condestable había dicho: « Tres cañonazos bastarán para arrojar á vuestros pies á esos tímidos burgueses, con las llaves de su ciudad en la mano, y la soga al cuello. » Pero esa profecía no se realizó. Marsella resistió valerosamente (julio 1524), y hubo que retroceder ante Francisco I, que acudía al frente de poderoso ejército. Viendo el rey de Francia que sus enemigos se retiraban al acercarse él, no pudo contenerse y penetró siguiéndolos en Italia, para vengar sus anteriores desastres. Así llegó hasta las puertas de Pavia, á la que puso sitio. Entonces cometió la imprudencia de separar de sus tropas un cuerpo de ejército, enviándolo á hacer la conquista del reino de Nápoles. Cuando hubo debilitado sus fuerzas de esa manera, los imperiales, á quienes el condestable de Borbón acababa de reforzar con 12.000 lansquenetes, le presentaron la batalla (24 de febrero de 1525). Francisco I creyó empeñado su honor, y no quiso retroceder. El combate fué igualmente encarnizado por ambas partes, hasta que, habiendo cedido los suizos, no tardaron los franceses en imitarlos. Francisco I cayó en manos de Pescara, virrey de Nápoles, que lo guardó prisionero. Desde el campamento imperial escribió el rey de Francia á su madre una carta en que se halla la expresión siguiente: « De todas las cosas sólo me ha quedado el honor, y la vida que está en salvo. » La tradición ha alterado esa frase, dándole la siguiente forma de sublime laconismo: « Señora, todo se ha perdido, menos el honor. »

§ II. — Desde el cautiverio de Francisco I hasta el tratado de Cambray (1525-1529)

Cautiverio de Francisco I (1525-1526). — Cuando Carlos V supo que su rival se hallaba prisionero, mostró gran moderación, pero al mismo tiempo resolvió aprovechar el acontecimiento en beneficio de sus planes. A fuer de político astuto y sagaz, afectó para con el desdichado monarca gran orgullo, negándose á

verlo, y esperando á fuerza de altanería lograr que comprase á cualquier precio su libertad. Francisco I cayó enfermo de pesar. Entonces Carlos V fué á visitarlo, y lo colmó de atenciones, tal vez por temor á que la muerte se lo arrebatara; pero así que lo vió restablecido, lo ofendió de nuevo con su altanería y arrogancia. Francisco I desesperado abdicó en poder de su hijo, pero sus amigos lograron persuadirlo de que podía, en bien de su reino, hacer el sacrificio de su lealtad tratándose de tan terrible adversario, firmando, sin intentos de cumplirlo, el tratado que le impusiera.

Tratado de Madrid (1526). — En ese pacto, que se firmó en Madrid, renunció Francisco I á todas sus pretensiones sobre Italia, se comprometió á reparar el daño hecho al duque de Borbón, abandonó todos sus derechos de soberanía sobre la Borgoña, la Flandes y el Artois, y prometió pagar al rey de Inglaterra 500.000 escudos que el emperador le debía. En garantía de su fidelidad, dejó como rehenes á sus dos hijos, Francisco y Enrique.

Se reanudan las hostilidades (1526). — Francisco I firmó ese pacto protestando contra la violencia á que se le sometía. Vuelto á la tierra de Francia, exclamó transportado de júbilo: « ¡Aún soy rey! » Luego preguntó á los borgoñones si querían obedecerle ó pasar bajo la dominación de un extranjero; los Estados de esa provincia respondieron, en medio de unánimes aclamaciones, que eran franceses de corazón y que el rey no podía cederlos sin su consentimiento. Carlos V, al ver frustrados sus planes, sólo pensó en recomenzar la guerra. El papa Clemente VII, el rey de Inglaterra, los suizos, los venecianos y los florentinos, se declararon por Francisco I. Desgraciadamente, esa liga formidable (llamada *liga clementina*) no procedió con bastante concierto. Borbón, que se hallaba en Italia, cayó sobre el Milanésado con la rapidez del águila, y llevó en seguida contra Roma sus bandas indisciplinadas.

Saco de Roma (6 de mayo de 1527). — Esas bandas no eran más que un tropel de hombres de todas las nacionalidades, entre los cuales se contaban algunos luteranos fanáticos y furiosos. Al ver las torres del

Vaticano, esos bandidos lanzaron gritos de odio y se lanzaron frenéticos al asalto. Borbón, que los dirigía, cayó herido mortalmente de un tiro de arcabuz, pero la rabia cegaba tanto á los imperiales que en el primer momento ni siquiera notaron la pérdida de su jefe. Durante dos meses estuvo sometida á saco la ciudad eterna, cometiéndose en ella más horrores de los que realizaran vándalos y visigodos. Clemente VII se constituyó prisionero de los vencedores, quienes le impusieron por su rescate sumas inmensas.

Equivoca conducta de Carlos V. — Toda Europa se indignó al tener noticia de esos repugnantes excesos. Carlos V se alegró, por el contrario; mas, para no ir contra la opinión general, mostró exteriormente gran dolor. Hizo que toda su corte vistiera de luto, á pesar del nacimiento de su hijo Felipe, y ordenó rogativas públicas en favor de la liberación del pontífice, cuando una sola palabra de su boca habría bastado para romper sus cadenas. Pero esas hipócritas demostraciones no engañaron á nadie.

Lautrec y Doria (1528). — Francisco I y Enrique VIII declararon la guerra al emperador, y el ejército francés, al mando de Lautrec, penetró de nuevo en Italia. Alejandria, Pavía, y la mayor parte de las ciudades del Milanesado se sometieron. Esas fuerzas marcharon después sobre Roma, y Lautrec pensó hasta en conquistar el reino de Nápoles. Sitió en efecto su capital; pero el genovés Andrea Doria, descontento de Francisco I, que le había prodigado las afrentas y las injusticias, se hizo á la mar con sus galeras para sostener á los napolitanos. Logró hacer entrar víveres en su ciudad y sembró la peste en el campamento de los sitiadores. Lautrec murió de ella (1528), y entonces Francisco I se decidió á hacer la paz.

Tratado de Cambrai (1529). — Carlos V la deseaba también, pues los turcos y los protestantes lo traían intranquilo en Alemania. Fué firmada en Cambrai. Francisco I renovó en ese pacto todas las cláusulas del de Madrid, si bien conservando la Borgoña. En cambio, debía pagar 200.000 escudos de oro como rescate de sus hijos. Ese acto se llamó *Paz de las Damas*, porque la negociación la hicieron Margarita de

Austria en nombre del emperador, y Luisa de Saboya en el del rey de Francia.

Resumen de este capítulo. — I. Al ocurrir el advenimiento de Francisco I estaba vencido en Francia el feudalismo, y la edad media había dejado su puesto á la moderna. Ese príncipe dió principio á su reinado con la brillante victoria de Marignano, que ganó sobre los suizos (1515) y que le valió la conquista del Milanesado. Bayardo lo armó caballero en ese glorioso campo de batalla. Francisco I tuvo la prudencia de contentarse con la posesión del Milanesado y la de unir los suizos á Francia por medio de una de las cláusulas de la paz perpetua, que firmó con ellos. Después celebró en Bolonia una entrevista con el papa León X, firmando con él un *concordato* que puso término á las divisiones que hemos visto surgir entre los dos poderes, durante el reinado de Luis XII (1526). Habiendo muerto Fernando de España (23 de enero 1516), su heredero Carlos V añadió el Aragón, la Navarra, Nápoles, Sicilia y Cerdeña á los posesiones que ya poseía, y que abrazaban Castilla, los Países Bajos y las Indias occidentales. Francisco I pactó con él un tratado, el de Noyón, que consolidó la paz (13 de agosto de 1516), pero cuando murió Maximiliano (1519) la corona imperial de Alemania tentó la ambición de los dos rivales. Carlos V fué elegido, y la guerra no tardó en estallar entre ambos soberanos. Francisco I poseía dominios menos extensos, pero más compactos que los de su rival. Los primeros hechos de armas fueron favorables á Carlos. Los ejércitos franceses quedaron vencidos en España, al norte de Francia y en Italia. Después de la batalla de la Bicoca, Francisco I perdió de un golpe el Milanesado. Descontento el condestable de Borbón de Francisco I, aprovechó ese momento en que Francia se vela sin aliados, para pasarse al bando imperial. Su objeto era dividir el reino de Francisco I en varias partes y quedarse con algunas de ellas. Habiendo sido derrotados los franceses en Biograsso (1524), el condestable excitó á los imperiales á penetrar en Francia; pero tuvieron que retirarse ante un ejército guiado por Francisco I. Este príncipe los persiguió dentro de Italia, y acabó por ser vencido y hecho prisionero en Pavía (1525).

II. Francisco fué llevado á Madrid, donde, al cabo de un año de cautiverio, firmó cuantas condiciones quiso imponerle su rival. Pero así que se vió libre, se puso al frente de una liga compuesta por el rey de Inglaterra, los suizos, los venecianos, los florentinos y el papa, y recomenzó las hostilidades. El condestable de Borbón se precipitó en seguida sobre Italia y fué á dar el asalto de Roma, donde murió; la ciudad fué puesta á saco (1627). Carlos V pareció deplorar en público esos excesos que en secreto aprobaba. Lautrec penetró en Italia otra vez, obtuvo grandes triunfos en el Milanesado, y quiso llevar á cabo la conquista del reino de Nápoles, que hubiera infaliblemente realizado, si no le impidiera el genovés Andrea Doria. Después de esos diversos sucesos, se firmó la paz en Cambrai. Llamóse la *Paz de las Damas*, porque la negociaron Margarita de Austria y Luisa de Saboya (1529).

CAPÍTULO XXIII.

SOLIMÁN. ENRIQUE VIII. TRATADOS DE GREPY Y DE ARDRES.

Mientras Francisco I y Carlos V se disputan la supremacía en Europa, el islamismo llega al apogeo de su poder. Su jefe es el invencible Solimán, hombre de vasto y profundo genio, que se ve rodeado de hábiles lugartenientes capaces de secundarlo en todas sus empresas. Lo verdaderamente deplorable es que, en vez de combatir á ese poder, enemigo de la cruz, el rey de Francia se une con él, viéndose entonces por primera vez á los otomanos intervenir en la política europea. Sin embargo, á pesar de esas circunstancias desfavorables, el tiempo acabará por dar la victoria al catolicismo, que en ese momento no cuenta con más apoyo que las promesas de su fundador, mientras que el islamismo verá comenzar su rápida é ignominiosa decadencia en el momento de morir Solimán, el más terrible de sus jefes.

§ I. — *Solimán II. Sitio de Viena.*

De los turcos desde la toma de Constantinopla hasta el advenimiento de Solimán (1453-1520). — Después de la toma de Constantinopla, Mahomet había lanzado sus victoriosos ejércitos contra los pueblos de Europa; pero no tardó en comprender que ya no tenía que habérselas con hombres enervados y sin energía análogos á los griegos y los asiáticos. Venciólo el vaivode de Transilvania (1479), y rechazáronlo con grandes pérdidas los caballeros de San Juan delante de la isla de Rodas (1480). Preparándose estaba á vengar este contratiempo, cuando lo sorprendió la muerte en Nicomedia (1481).

Tuvo por sucesor á Bayaceto II, cuyo carácter era muy pacífico, pero que una rebelión de los mamelucos en Egipto obligó á tomar las armas. Vencido dos veces por esos bárbaros, se desquitó de ese doble fracaso conquistando la Macedonia, la Bosnia y la Croacia, y arrebatando Lepanto á los venecianos (1481-1512).

Su hijo Selim, que ardía en deseos de reinar, lo redujo á prisión, y ordenó luego la matanza de todos sus hermanos. Después atacó al sha de Persia, y obtuvo sobre sus tropas una gran victoria bajo las murallas de Tauris. Apenas terminada esa empresa,

marchó contra los mamelucos y conquistó todo Egipto. De vuelta á Constantinopla, había mandado construir y equipar una flota de 150 buques. Sin duda su propósito era mandarla contra Rodas; pero lo atacó una enfermedad contagiosa en el mismo pueblo donde nueve años antes se rebelara contra su padre, y allí sucumbió en 1520.

Primeras campañas de Solimán. Sitio y toma de Rodas (1520-1522). — El heredero del anterior soberano fué Solimán, el más grande de cuantos sultanes han ocupado el trono de Constantinopla. Así que hubo ceñido la cimitarra de Osmán (1520) buscó en su belicoso ardor un enemigo digno de su fuerza y de su poder. Noticioso de que Hungría se había sublevado, después de negar el tributo que debía pagarle, insultando además á sus emisarios, marchó contra Belgrado, destruyó con su formidable artillería los baluartes que la resguardaban, y entró en la ciudadela después de veinte asaltos.

Esa brillante conquista abrió á los musulmanes las puertas de Hungría, haciéndolos dueños de uno de los más poderosos baluartes de la cristiandad. Para poder dominar enteramente el Mediterráneo oriental, Solimán equipó una flota de trescientos bajeles y se presentó en persona, al frente de trescientos mil hombres, á atacar la isla de Rodas. Los caballeros de San Juan, que la defendían, habían visto ya estrellarse contra sus baluartes los esfuerzos de Mahomet II, conquistador de Constantinopla. Su gran maestre, Villiers de l'Isle-Adam, se preparó una vez más á humillar el orgullo turco. El ejército turco tenía á sus órdenes más de cien bocas de fuego, y recurrió á las bombas por primera vez; pero no obstante esos colosales esfuerzos, la ciudad resistió seis meses de sitio y once asaltos. Cuando ya la ciudad no presentaba más que un montón de ruinas. L'Isle-Adam, enternecido por los ruegos de los sitiados, consintió en capitular (1522). Desde allí marchó con sus heroicos caballeros á la isla de Malta, donde debían inmortalizarse con nuevas hazañas. Viendo partir á L'Isle-Adam, Solimán dijo á uno de sus generales: *No dejo de sentir*

cierta pena al obligar á ese valeroso cristiano á abandonar su casa á la edad que tiene.

Trabajos legislativos de Solimán (1523-1526).

— Después de esas dos grandes expediciones, que hacían tan temible por mar como por tierra á la media luna, Solimán dió un momento de descanso á sus tropas, para ocuparse en la organización interior de su vasto imperio. Hábil para descubrir el talento, eligió como primer ministro al hijo de un marinero de Parga, el célebre Ibrahim, y le dió en matrimonio su hermana (1524). Siguiendo los consejos de su cuñado, reformó la legislación musulmana, castigó á los *cadies* prevaricadores, y dictó leyes contra el robo, la calumnia, la usura, el asesinato, etc. Esos códigos le valieron el sobrenombre de legislador, á pesar de que eran bastante imperfectos. También efectuó innovaciones en el ejército, multiplicó los grados entre los *spahis* y los *janisarios*, debilitó la autoridad de los jefes para hacer menos frecuentes sus rebeliones y confió la guardia del serrallo á un nuevo cuerpo creado por él mismo, y que se llamó de los *bostangis* ó jardineros, porque tenía que cuidar de los huertos del sultán.

Segunda campaña de Solimán contra Hungría (1526). — Mientras el sultán se ocupaba en las reformas, sus generales continuaban la guerra en Hungría. Los triunfos de aquéllos eran siempre inciertos, cuando Solimán resolvió ir en persona á concluir la conquista de dicho país. El 23 de abril de 1526 salió de Constantinopla al frente de un ejército de cien mil hombres, y trescientos cañones. Empezó tomando á Peterwardin, recibió la sumisión de Illok y llegó al fin á las llanuras de Mohacz. Luis II no tenía más que treinta mil hombres para oponerlos á aquella nube de infieles. Sin embargo, los húngaros rompieron las primeras filas del ejército enemigo, pero se estrellaron contra los *janisarios*. La artillería turca los aniquiló, y Luis II murió en medio de sus vasallos. Solimán permaneció durante el combate sentado sobre un trono, en lo alto de una colina, y revestido con una coraza deslumbradora por la cantidad de oro y piedras preciosas que contenía. Después de

la victoria dió un rey á Hungría en la persona de Juan Zapolya, y se volvió á Constantinopla, cargado de botín y llevando consigo más de cien mil esclavos.

Divisiones en Hungría (1526-1529). — Juan Zapolya era húngaro de raza y había gobernado la Transilvania como palatino. La nación lo reconoció unánimemente el día de su coronación en Alba Real. Pero Fernando de Austria, que se había casado con la hermana de Luis II (1521) recordó en seguida los antiguos tratados que le garantizaban la posesión de la corona de Hungría al extinguirse la familia de Ladislao. Ese rival era poderoso, pues reinaba sobre el Austria, la Stiria, la Carintia, la Carniola y el Tirol, pudiendo contar además con el apoyo de su hermano Carlos V. En efecto, no tardó en crearse partidarios en Hungría, y fué proclamado rey de este país en una dieta de Presburgo. Zapolya quiso resistirle y confiar á las armas la solución de la querrela, pero fué vencido en las llanuras de Tokai (1527). Después de su derrota se retiró á Polonia é imploró el socorro de Solimán, su terrible protector (1528).

Sitio de Viena por Solimán (1527). — El sultán volvió á pasar el Danubio en el momento en que Zapolya, socorrido por los polacos, alcanzaba contra los húngaros la victoria de Cassova. El rey se apresuró á presentar sus respetos á Solimán, se unió á su ejército, y lo acompañó á saquear la Hungría, mientras llegaba la hora de reinar en ella. El sultán restauró el trono de Zapolya, en medio de un pueblo arruinado y víctima de horribles matanzas, acudiendo luego á poner sitio á Viena. Su tienda se alzaba el 27 de septiembre frente á los baluartes de aquella ciudad, y sus soldados cubrían las cercanías todas. El valeroso conde de Salm, que se había encerrado en la plaza con veinte mil hombres, le resistió tan vigorosamente, que Solimán tuvo que retirarse lleno de despecho y rabia, después de tres asaltos inútiles.

Segunda caída de Zapolya (1530). — Al retirarse, Solimán pegó fuego á todos los pueblos y castillos que halló en su camino, cosa de que se vengaron los campesinos matando á todos los soldados turcos que se separaban un instante del grueso del ejército. El sultán

se consoló sin embargo de sus reveses, recibiendo la sumisión del príncipe de Moldavia, que esperaba su vuelta para declararse tributario suyo. Al año siguiente, los austriacos derribaron una vez más el trono de Zapolya, su vasallo. Solimán juró vengar ese nuevo insulto.

Otra invasión de Solimán (1530-1532). — El turco cubrió por cuarta vez las orillas del Danubio con sus innumerables hordas. La pequeña ciudad de Guntz, situada en las fronteras de la Stiria, lo detuvo en su marcha durante veintiocho días, y ese retraso permitió á Fernando y á Carlos V reunir sus ejércitos. Sin embargo, Europa asistía temblorosa á ese duelo; desde el Vístula hasta el Rhin y desde el Océano hasta los Alpes se conmovieron las naciones y de todas partes llegaron voluntarios á alistarse bajo las banderas de Carlos V. Hacía mucho tiempo que Solimán ansiaba verse frente á frente del emperador y de su ejército; pero cuando divisó sus numerosos batallones, tuvo miedo por su fortuna, y como tampoco Carlos V tenía interés en exponerse á la incertidumbre de un combate, los dos grandes monarcas se retiraron sin haber llegado á las manos.

Paz con Austria (1533). — Solimán envió á todos sus aliados boletines de victoria, y en efecto, podría creerse que había vencido si se considera el modo que tuvo de dictar la paz á Fernando de Austria. Obligólo á llamarlo *padre*, á reconocer á Ibrahim por su *hermano y protector*, y á disculparse por haber atacado á Hungría, país colocado bajo el protectorado de Solimán.

§ II. — *Expedición de Carlos V contra Túnez y Argel.*

Expedición de Carlos V contra Túnez. — Solimán se había unido con Khair-Eddin Barbarroja, quien llegó á dominar todas las costas del Mediterráneo, teatro de sus espantosas depredaciones. El padre de ese pirata había sido un alfarero de la isla de Metelin (Lesbos). En compañía de su hermano Horuc emprendió sus expediciones, logrando apoderarse de Argel. Horuc murió en Tlemcen, y entonces Barbarroja quedó

dueño único de lo que lograran juntos, y extendió sus conquistas, por el centro de África. Solimán, que había adivinado su genio, le ofreció el mando de sus flotas, con objeto de oponerle á los marinos más hábiles de Europa. Orgulloso por esa dignidad, Barbarroja mostró merecerla atacando al rey de Túnez, Muley Assán. Ese bárbaro príncipe había dado muerte á su padre y á todos sus hermanos, excepto Al-Baschid, que escapó. Barbarroja hizo como que tomaba partido por éste, lo encerró en el serrallo de Solimán, y se apoderó de Túnez en nombre de su señor.

Entonces fué cuando Carlos V, inquieto por los triunfos de aquel pirata, desembarcó en África con un aguerrido ejército que mandaba el emperador en persona. Barbarroja marchó á su encuentro; pero sus soldados no pudieron resistir á las veteranas tropas españolas. Los musulmanes fueron vencidos; veinte mil esclavos encerrados en la ciudadela de Túnez vieron rotas sus cadenas, y Carlos V los llevó consigo á Europa en medio de las bendiciones y de los aplausos de la cristiandad. Muley Assán fué restablecido en su trono, declarándose vasallo del rey de España (1535).

Guerra contra Venecia (1539-1540). — Irritado contra Carlos V, Solimán se alió con Francisco I, y reunió una poderosa escuadra que debía asolar las costas de Italia y de España. Luego exhortó á los venecianos á declararse en favor suyo contra el emperador, pero como la república manifestase deseos de seguir observando la neutralidad, el sultán resolvió castigarla por su excesiva circunspección, y encargó á Barbarroja de cumplir sus designios. Este empezó por devastar el litoral de la Apulia, y de allí se replegó sobre Corfú, donde le presentaron resistencia. Después penetró en las islas del Archipiélago, conquistó á Scyros, Pathmos, Paros, Egina y Naxos, asoló á Candía, y terminó su empresa obteniendo una gran victoria sobre las flotas combinadas de los españoles y los venecianos frente al promontorio de Actium. Los últimos pidieron la paz, que Barbarroja les concedió, bajo la condición de que renunciasen definitivamente á todo lo que habían perdido en el Archipiélago, pagando además 300.000 ducados por los gastos de la guerra (1540).

Expedición de Carlos V contra Argel (1541.)

— Entonces Carlos V quiso vengarse de ese corsario, yendo á atacarlo en sus propios Estados. Al efecto, se puso al frente de una escuadra considerable, mandada por Andrea Doria, y marchó contra Argel. Sin embargo, esta expedición no tuvo el buen resultado de la primera. Apenas en tierra, una violenta tempestad dispersó sus bajeles, dejándolo de pronto sin víveres ni municiones. El emperador hizo inútiles esfuerzos para sostener el valor de sus tropas, pero no pudo impedir que las privaciones y sufrimientos de todas clases introdujeran en ella el desorden. Aprovechando el abatimiento y la consternación de los cristianos, los infieles se precipitaron sobre ellos y los exterminaron. Carlos V tuvo que volverse á España sin flota y sin ejército.

Nuevos triunfos de Solimán en Hungría y en

Austria. — En esas circunstancias, Solimán aprovechó las divisiones que surgieron en Hungría al ocurrir la muerte de Juan Zapolya. Después del reinado de este príncipe, dicho país debía pertenecer á Fernando de Austria; pero los húngaros proclamaron rey, por odio á la dominación alemana, á Esteban, hijo de Juan Zapolya, todavía en la cuna, y no vacilaron en pedir auxilio á Solimán. El sultán pareció tomar partido por sus intereses, é invadió á Hungría para combatir á Fernando. Después de haber hecho huir á los alemanes, hizo presentarse en su tienda á Isabel y su hijo para manifestarles que en adelante Hungría pasaba á ser una de las provincias de su vasto imperio. Sin embargo otorgó al rey niño la Transilvania, y lo mandó á reinar allí, en compañía de su madre.

Fernando no fué tratado con más consideraciones. Cada día le arrebatában los infieles, que eran dueños de la baja Hungría, algunas de las plazas que le quedaban en esas regiones. Carlos V, ocupado en Francia y disgustado por sus reveses en África, no podía socorrerlo. Tuvo en consecuencia que pedir la paz, y no la obtuvo más que declarándose feudatario de Solimán, y comprometiéndose á pagarle un tributo anual de 30.000 ducados (1545).

§ III. — *Invasión de la Provenza. Tregua de Niza. Batalla de Cerisoles.*

Invasión de la Provenza. — Mientras Carlos V se distinguía ante la cristiandad entera por su brillante expedición contra Túnez, Francisco I indisponía al contrario á todo el mundo gracias á lo equívoco de sus negociaciones. A la vez que perseguía en Francia á los protestantes que hallaba, solicitó la alianza de los de Alemania; uníase á Solimán en los momentos mismos en que el mundo cristiano temblaba con sólo oír ese nombre; y á la vez procuró captarse la simpatías del papa, y halagó á Enrique VIII, que acababa de precipitarse en el cisma. Esa contradictoria conducta no sirvió más que para desacreditarlo; por otra parte, todas esas alianzas no le sirvieron de nada, pues las fuerzas que se proponía unir eran demasiado heterogéneas para estar nunca de acuerdo.

En esas circunstancias dieron de nuevo principio las hostilidades. Carlos V se consideraba tan seguro de la victoria, que no vaciló en decir delante del papa, de los cardenales y embajadores europeos reunidos en Roma: « Si yo estuviese en lugar del rey de Francia, iría inmediatamente, atadas las manos y con la soga al cuello, á implorar la misericordia de mi enemigo. » Después de esas palabras de vana jactancia, y á pesar de las instancias de Paulo III, emprendió la conquista de Francia con un ejército que había reunido en el Milanesado. Nada se olvidó en la preparación de esa campaña memorable. Carlos V había recomendado al historiador Pablo Jove que llevara mucha tinta y plumas con que relatar sus hazañas. Pero así que puso la planta en tierra francesa, no tardó en « comprender lo que era combatir á los franceses en su propia patria, cuando defienden sus mujeres, hijos, casas é iglesias. » El emperador halló toda la Provenza convertida en un desierto. El hambre y la peste cayeron sobre sus tropas y aun no había visto al enemigo cuando ya llevaba perdidos 25.000 hombres. Tuvo, pues, que retirarse desairadamente.

Tregua de Niza (1538). — Viéndose atacado á la vez por los franceses en los Países Bajos y en Italia, y

por los turcos y sus aliados en Alemania, consintió en aceptar la mediación del papa. Paulo III logró que los dos príncipes pactaran una tregua de diez años que se firmó en Niza el 18 de junio de 1538. Con arreglo á esa tregua, el rey de Francia conservó sus conquistas en el Piamonte y el emperador la preponderancia en Italia.

Mutua amistad de esos dos príncipes (1538-1540) — Un mes después de la tregua de Niza, Carlos V y Francisco I celebraron una entrevista en Aguas Muertas, donde se tributaron mutuamente toda clase de testimonios de afecto y simpatía; pero, precisa decirlo, ambos necesitaban la paz. Francisco I la apetecía para ocuparse en la administración interior de Francia y remediar los daños causados por la guerra á la nación. Carlos V quería tiempo para llenar sus vacías arcas y pacificar sus Estados próximos á rebelarse. Y como á pesar de todas sus precauciones la insurrección estallara en Gante, Francisco I llevó la generosidad hasta dejarlo pasar libremente por Francia para ir á castigar á los rebeldes (1540). Carlos V se había comprometido por reconocimiento á dar al duque de Orleans la investidura del Milanesado. Pero así que atravesó la frontera, « ese gran engañador se quitó la máscara del disimulo » y negó haber hecho ninguna promesa.

Batalla de Cerisoles. Enrique VIII (1543-1544).

— Esa nueva perfidia y el asesinato de los dos embajadores franceses que atravesaban la Italia para ir al encuentro de Solimán (1541), llevaron á Francisco I á empezar de nuevo la guerra (1543). La Francia parecía exhausta, pero como las perfidias del emperador la hirieran en su honor, ese país se mostró vigoroso y puso en pie de guerra cinco ejércitos para defender sus fronteras. Por su parte Carlos V desplegó la mayor actividad. Hizo entrar á Enrique VIII en su partido (1543) y dirigió todas sus fuerzas sobre los Países Bajos. Francisco I se alió con Solimán y la media luna se presentó ante las murallas de Niza para bombardearla. En vano los franceses ganaron la célebre batalla de Cerisoles (1544); eso no impidió que los ingleses y los imperiales invadiesen el reino de Francisco I. Enrique VIII desembarcó en la Picardía, sitió y tomó á Boulogne. Carlos V penetró por la Champaña y marchó

sobre París. Ya era dueño de Epernay y de Saint-Dizier, quedándole muy poca distancia que recorrer para encontrarse á las puertas de la capital, cuando la peste invadió otra vez su ejército y lo hizo retirarse.

Paz de Crepy y de Ardres (1544). — La paz entre Carlos V y Francisco I se firmó en Crepy (Septiembre de 1544). Con arreglo á ese tratado, el rey de Francia renunciaba á sus pretensiones sobre el reino de Nápoles y á sus derechos de protectorado sobre la Flandes y el Artois, mientras el emperador abandonaba toda pretensión sobre la Borgoña. Habíase convenido en que el ducado de Milán correspondiera al duque de Orleans, segundo hijo de Francisco I, bajo la condición de que se casase con María de Austria, hija de Carlos V. Como el de Orleans murió poco tiempo después, el rey de España quedó libre de su compromiso.

Por su parte Enrique VIII no aceptó inmediatamente esa paz, sino que, continuando las hostilidades, tomó la ciudad de Boulogne. Francisco I, que no tenía ningún otro enemigo á quien combatir, hizo grandes preparativos contra el inglés, y cubrió el mar con sus bajeles. Después de varios combates parciales desprovistos de importancia, esos dos soberanos hicieron la paz en Ardres (7 de Junio de 1546), conviniéndose en que Boulogne sería devuelta á Francia en cambio de dos millones de escudos pagaderos en ocho años.

Muerte de Francisco I (1547). — Enrique VIII volvió entonces á su país á terminar un reinado lleno de crímenes, falleciendo el 29 de Enero de 1547. Francisco I supo con inquietud esa noticia, que era en efecto muy á propósito para hacerlo reflexionar sobre sus propios desórdenes y los escándalos de su vida. Apoderóse de él la idea de la muerte, y para distraerse emprendió grandes cacerías en los bosques reales, yendo de castillo en castillo, sin hallar en ninguna parte descanso ni alivio. Al fin necesitó guardar cama en Rambouillet, donde tuvo tiempo para pedir á Dios el perdón de sus culpas. Murió el 31 de Marzo de 1547, á la edad de cincuenta y tres años.

Últimos años de Solimán (1546-1566). — Solimán se encontraba entonces en el apogeo de su poder. Empezó una nueva expedición contra los persas, pero

no pudo dar alcance á aquellos infatigables enemigos, que se defendían huyendo (1548-1552). Sin embargo, esa lucha le produjo amarguísimos pesares domésticos. Dejóse dominar por los artificios de Roxelana, una de sus mujeres, princesa devorada de ambición, y que quería hacer á toda costa que reinase uno de sus hijos. Al efecto imaginó las más atroces calumnias contra Mustafá, primogénito de Solimán, logrando perderlo en el ánimo de su padre, que decretó su muerte. A partir de ese instante, su corte fué teatro de asesinatos y violencias (1553). Zeangir, uno de los hijos de Roxelana, desesperado, se dió de puñaladas. Pero la ambiciosa mujer llevó la barbarie hasta extinguir toda la posteridad de aquel príncipe, pensando además en hacer morir á Selim, uno de sus propios hijos, y en acabar con Solimán, todo ello para que Bayaceto, su hijo preferido, estuviese seguro de heredar la corona. No obstante esos crímenes, su esposo, á quien engañaba, sintió mucho su muerte. Al ocurrir ésta, Bayaceto se alzó contra Solimán, pero el soberano lo venció cerca de Iconium, y mandó que lo estrangulasen en compañía de sus cuatro hijos (1559).

Sitio y heroica defensa de Malta (1565). — Solimán invadió otra vez la Hungría, para sostener los derechos del descendiente de Juan Zapolya. Después de tres años de lucha (1559-1562), pactó una tregua de ocho con Austria. Fernando se comprometió de nuevo á pagar tributo al sultán, pero dos años después de ese humillante convenio, dejó el trono á su hijo mayor, Maximiliano II (1564).

La edad y los pesares domésticos habían debilitado considerablemente las fuerzas y el valor de Solimán. Sin embargo, quiso distinguirse aún por una empresa memorable, dando el último golpe á los caballeros de San Juan, que, después de la toma de Rodas, se habían retirado á Malta. Carlos V dió á esos valerosos guerreros la mencionada isla y la ciudad de Trípoli. Dragut, sucesor de Barbarroja, y su igual por la reputación y los talentos militares, era gobernador de aquella población cuando los caballeros se pusieron de acuerdo con Felipe II para recuperar la importante plaza men-

cionada. Desde que Solimán tuvo noticia del golpe que se preparaba, confió á Piali-Bajá ochenta y cinco galeras, y ese gran capitán marchó á destruir la flota cristiana. Continuando sus triunfos, los musulmanes fueron á atacar á los caballeros en Malta, su último asilo. Lavalette, gran maestre de la orden, se mostró digno sucesor de L'Isle Adam, y los obligó á retirarse, á los cinco meses de heroica resistencia.

Muerte de Solimán (1566). — Para compensar ese revés, el sultán marchó de nuevo contra Hungría, donde Maximiliano II, sucesor de Fernando, procuraba, contra lo convenido en los tratados, arrancar su corona al rey Esteban. Esa campaña recibió el nombre de *guerra de Zizeth*, porque no tuvo más resultado que la toma de esa plaza. Solimán murió en su tienda, frente á dicha ciudad, y sus funerales fueron alumbraados por el incendio de una fortaleza. Su reinado marca el apogeo del poder musulmán. Ese príncipe se distinguió no sólo en los campos de batalla, sino que también trabajó en el engrandecimiento de su nación con sus reformas administrativas y judiciales, y la protección que dispensó á las ciencias y las letras. Es cierto sin embargo que en otro sentido preparó la decadencia de Turquía, pues mantuvo alejados de los ejércitos á los príncipes, y así tomaron éstos costumbres de afeminación é indolencia, que acabaron por hacerles cobardes é inútiles.

Resumen de este capítulo. — En esta última parte de la lucha entre Francia y el Imperio figuran tres grandes príncipes, Solimán, Francisco I y Carlos V.

I. Después de la toma de Constantinopla, los turcos no habían cesado en aumentar sus conquistas. Mahomet II no obtuvo sin duda en Europa los triunfos que esperaba, pero Bayaceto II (1481-1512) se apoderó de Macedonia, Bosnia, Croacia y la ciudad de Lepanto. Su hijo Selim venció al sha de Persia y conquistó el Egipto (1512-1520). Pero el apogeo del poder otomano se efectuó bajo Solimán. Ese ilustre conquistador tomó la isla de Rodas (1522) y efectuó importantes mejoras en la legislación musulmana. Después de eso se distinguió en Hungría, donde destronó á Luis II para dar el reino á Juan Zapolya, lo que produjo divisiones, porque Fernando de Austria quiso hacer valer sus derechos sobre dicho país al concluir los Ladislao. Solimán marchó contra los austriacos, llegando á poner sitio á Viena (1527), pero el conde de Salm lo rechazó. Como Juan Zapolya, á quien había restaurado en el trono, fuera des-

poseído otra vez, Solimán volvió á pasar el Danubio, y se halló en presencia de Carlos V, que había acudido en socorro de su hermano Fernando de Austria; pero aquellos dos grandes hombres prefirieron la paz á los riesgos é incertidumbre de una batalla (1533).

II. Carlos V se cubrió de gloria yendo á combatir en las costas de Africa á los piratas que las infestaban. En efecto, venció á Barbarroja, que reinaba en Túnez en nombre de Solimán, y rompió las cadenas de 20.000 cautivos cristianos (1535). Después de eso, Solimán se alió con Francisco I, y Barbarroja recibió la orden de arrebatarse á los venecianos todas sus posesiones del Archipiélago. Carlos V emprendió otra expedición contra Argel, para vengarse de aquel corsario, pero no tuvo en ella la misma suerte que en la primera. Viose obligado á volver á España, y dejó á su hermano Fernando deshecho en Austria y en Hungría por los victoriosos ejércitos de Solimán, que le impuso condiciones de paz humillantes (1545).

III. Francisco I no había vacilado en unirse con los turcos y los protestantes alemanes contra Carlos V. Las hostilidades dieron principio de nuevo; el emperador se creía ya dueño de Francia, pero fué vigorosamente rechazado. El papa Paulo III logró que ambos rivales firmaran la tregua de Niza (1538). Como Carlos V necesitara poco tiempo después atravesar la Francia para ir á castigar la ciudad de Gante que se había rebelado, Francisco I lo recibió con la mayor cortesía. Carlos V había hecho á Francisco I las más seductoras promesas, pero no las cumplió, y eso produjo la última guerra. Inútil fué que los franceses ganaran la batalla de Cerisoles, pues su país se vió invadido por Enrique VIII y Carlos V. Los tratados de Crepy (1544) y de Ardres (1546) pusieron término á todos esos acontecimientos. Enrique VIII murió poco después (1547) y Francisco I no le sobrevivió sino dos meses. Solimán reinó veinte años más (1547-1566). Este soberano llevó á cabo una expedición contra el sha de Persia, sin resultado alguno; los últimos años de su existencia estuvieron turbados por las intrigas de su esposa Roxelana, que le hizo ordenar la muerte de casi todos sus hijos. Atacó á Malta, donde se habían refugiado después de la toma de Rodas los caballeros de San Juan, y fracasó en la empresa. No contentó con haber asolado tantas veces la Hungría, penetró en ella una vez más para arrancarla á la dominación austriaca. Murió en su tienda de campaña, delante de los baluartes de la ciudad de Zigeth á que había puesto sitio (1566).

CAPÍTULO XXIV.

ENRIQUE II. FRANCIA SE APODERA DE LOS TRES OBISPADOS
ABDICACIÓN DE CARLOS V. FELIPE II. BATALLA DE SAN
QUINTÍN. TOMA DE CALAIS. PAZ DE CATEAU-CAMBRESIS.

El reinado de Enrique II fué desastroso para Francia. Ese príncipe siguió la misma política que Francisco I, pero como no poseía los mismos talentos que su padre, su reinado tuvo para la monarquía y el país las más deplorables consecuencias. En efecto, cedió todas las conquistas realizadas por Francia, y dejó penetrar en su nación rivalidades que no tardaron en originar la guerra civil. Por otra parte, las pretensiones de la casa de Austria empezaron á desvanecerse. Carlos V, que soñara con la dominación universal, se retiró al monasterio de San Yuste, disgustado y lleno de cansancio á fuerza de decepciones. Su hijo Felipe II continuó la realización de esos ambiciosos proyectos, pero lo veremos fracasar completamente en su empresa.

Advenimiento de Enrique II (1547). — Según acabamos de decirlo, Enrique II siguió en todo la misma política que su padre; pero sin poseer el valor ó la habilidad de éste. Diana de Poitiers y el anciano condestable de Montmorency, ejercieron sobre su ánimo absoluta influencia. Al principio de su reinado hizo la guerra á los ingleses y obtuvo de ellos la restitución de Boulogne (1550) y luego la mano de María Estuardo para su hijo primogénito, que debía sucederle con el nombre de Francisco II.

Como el protestantismo había hecho grandes progresos en Francia, excitando sediciones en el Agénois, el Perigord, la Saintonge, la Gascuña y el Lemosín, Enrique II presintió los peligros con que esas temerarias novedades amenazaban á su trono, y dictó contra los sectarios su edicto de Chateaubriand (1551).

Pero su falsa política debía hacer inútil esa medida. En el mismo momento en que lanzaba severos decretos contra los reformados en Francia, se unía con los de Alemania, siguiendo el ejemplo de su padre Francisco I. Y hasta fué más lejos: durante la celebración del concilio de Trento se indispuso con el soberano pontífice, que lo amenazaba con sus anatemas, por haber prohibido á los obispos de Francia

poseído otra vez, Solimán volvió á pasar el Danubio, y se halló en presencia de Carlos V, que había acudido en socorro de su hermano Fernando de Austria; pero aquellos dos grandes hombres prefirieron la paz á los riesgos é incertidumbre de una batalla (1533).

II. Carlos V se cubrió de gloria yendo á combatir en las costas de Africa á los piratas que las infestaban. En efecto, venció á Barbarroja, que reinaba en Túnez en nombre de Solimán, y rompió las cadenas de 20.000 cautivos cristianos (1535). Después de eso, Solimán se alió con Francisco I, y Barbarroja recibió la orden de arrebatarse á los venecianos todas sus posesiones del Archipiélago. Carlos V emprendió otra expedición contra Argel, para vengarse de aquel corsario, pero no tuvo en ella la misma suerte que en la primera. Viose obligado á volver á España, y dejó á su hermano Fernando deshecho en Austria y en Hungría por los victoriosos ejércitos de Solimán, que le impuso condiciones de paz humillantes (1545).

III. Francisco I no había vacilado en unirse con los turcos y los protestantes alemanes contra Carlos V. Las hostilidades dieron principio de nuevo; el emperador se creía ya dueño de Francia, pero fué vigorosamente rechazado. El papa Paulo III logró que ambos rivales firmaran la tregua de Niza (1538). Como Carlos V necesitara poco tiempo después atravesar la Francia para ir á castigar la ciudad de Gante que se había rebelado, Francisco I lo recibió con la mayor cortesía. Carlos V había hecho á Francisco I las más seductoras promesas, pero no las cumplió, y eso produjo la última guerra. Inútil fué que los franceses ganaran la batalla de Cerisoles, pues su país se vió invadido por Enrique VIII y Carlos V. Los tratados de Crepy (1544) y de Ardres (1546) pusieron término á todos esos acontecimientos. Enrique VIII murió poco después (1547) y Francisco I no le sobrevivió sino dos meses. Solimán reinó veinte años más (1547-1566). Este soberano llevó á cabo una expedición contra el sha de Persia, sin resultado alguno; los últimos años de su existencia estuvieron turbados por las intrigas de su esposa Roxelana, que le hizo ordenar la muerte de casi todos sus hijos. Atacó á Malta, donde se habían refugiado después de la toma de Rodas los caballeros de San Juan, y fracasó en la empresa. No contentó con haber asolado tantas veces la Hungría, penetró en ella una vez más para arrancarla á la dominación austriaca. Murió en su tienda de campaña, delante de los baluartes de la ciudad de Zigeth á que había puesto sitio (1566).

CAPÍTULO XXIV.

ENRIQUE II. FRANCIA SE APODERA DE LOS TRES OBISPADOS
ABDICACIÓN DE CARLOS V. FELIPE II. BATALLA DE SAN
QUINTÍN. TOMA DE CALAIS. PAZ DE CATEAU-CAMBRESIS.

El reinado de Enrique II fué desastroso para Francia. Ese príncipe siguió la misma política que Francisco I, pero como no poseía los mismos talentos que su padre, su reinado tuvo para la monarquía y el país las más deplorables consecuencias. En efecto, cedió todas las conquistas realizadas por Francia, y dejó penetrar en su nación rivalidades que no tardaron en originar la guerra civil. Por otra parte, las pretensiones de la casa de Austria empezaron á desvanecerse. Carlos V, que soñara con la dominación universal, se retiró al monasterio de San Yuste, disgustado y lleno de cansancio á fuerza de decepciones. Su hijo Felipe II continuó la realización de esos ambiciosos proyectos, pero lo veremos fracasar completamente en su empresa.

Advenimiento de Enrique II (1547). — Según acabamos de decirlo, Enrique II siguió en todo la misma política que su padre; pero sin poseer el valor ó la habilidad de éste. Diana de Poitiers y el anciano condestable de Montmorency, ejercieron sobre su ánimo absoluta influencia. Al principio de su reinado hizo la guerra á los ingleses y obtuvo de ellos la restitución de Boulogne (1550) y luego la mano de María Estuardo para su hijo primogénito, que debía sucederle con el nombre de Francisco II.

Como el protestantismo había hecho grandes progresos en Francia, excitando sediciones en el Agénois, el Perigord, la Saintonge, la Gascuña y el Lemosín, Enrique II presintió los peligros con que esas temerarias novedades amenazaban á su trono, y dictó contra los sectarios su edicto de Chateaubriand (1551).

Pero su falsa política debía hacer inútil esa medida. En el mismo momento en que lanzaba severos decretos contra los reformados en Francia, se unía con los de Alemania, siguiendo el ejemplo de su padre Francisco I. Y hasta fué más lejos: durante la celebración del concilio de Trento se indispuso con el soberano pontífice, que lo amenazaba con sus anatemas, por haber prohibido á los obispos de Francia

que asistieran á dicha asamblea, y porque tenía además la pretensión de que no se recurriera á Roma para los beneficios. Eso era renovar antiguas querellas, causa de grandes desastres, y obstinarse en una línea de conducta que más ó menos pronto debía conducir á la pérdida de la monarquía y del Estado.

Guerras contra Carlos V. Conquista de los tres obispados, Metz, Tul y Verdun (1551-1555).

— Las hostilidades contra Carlos V continuaron vigorosamente. Los ejércitos franceses se apoderaron de los tres obispados, Tul, Metz y Verdun, y amenazaron la Alsacia (1552). El emperador se apresuró á hacer la paz en Alemania con Mauricio de Sajonia, para volar en defensa de sus provincias desmembradas. Dirigióse sobre Metz, donde se había encerrado el duque de Guisa con la flor de la nobleza de Francia. Ese ilustre guerrero reveló su genio y su valor en la defensa de esa plaza. Durante los tres meses que duró el sitio (del 21 de Octubre de 1552 al 2 de Enero de 1553), hizo perder á Carlos V más de treinta mil hombres. El orgullo del emperador no pudo resistir á tales desastres, y se retiró dejando en su campamento multitud de enfermos y de heridos. El pueblo de París se burló del fracaso del altivo monarca y todo el reino tributó lauros á su vencedor.

Sin embargo, Carlos V se vengó de esa derrota destruyendo á Therouane y Hesdin (Junio 1553), pero luego sufrió cerca de Reni (13 de Agosto de 1554), en los confines del Artois y del Boulonnais un fracaso que no pudo compensar con ninguna acción memorable.

Abdicación de Carlos V (1556). — Entonces fué cuando cansado del mundo y de los negocios, resolvió abdicar sus coronas para prepararse á bien morir en el silencio de la soledad. Llamó de Bruselas el 25 de Octubre de 1555 á su hijo Felipe y le cedió la soberanía de los Países Bajos, después de dirigirle una alocución enternecedora en que recordaba cuanto había hecho por la gloria y prosperidad de sus pueblos. El 16 de Enero del año siguiente le transmitió también las coronas de España y de Nápoles, y el 7 de Septiembre abdicó el imperio en favor de su hermano

Fernando (1556). Libre ya de todo cuidado, hizo que sus dos hermanas lo acompañaran hasta el camino de Valladolid, donde se separó de ellas para ir á encerrarse en una celda del monasterio de San Yuste, en medio de la deliciosa región extremeña. Allí compartía su tiempo entre la oración y el trabajo manual, ocupándose sobre todo en el arte de la relojería. En cierta ocasión tuvo la idea de hacer que los monjes celebraran sus funerales cuando aún vivía. Pidió en efecto un ataúd, se metió en él, y desde allí respondió á las oraciones de la comunidad, mientras meditaba en cuál sería el juicio de Dios sobre sus acciones. Esa ceremonia le causó tal impresión, que según se cree bastó para precipitar su fin. Murió en 21 de septiembre de 1558, á la edad de cincuenta y seis años.

Guerras de Francia contra Felipe II. Batalla de San Quintín (1557). — Cuando Carlos V se encerró en el monasterio de San Yuste, el papa Paulo IV, que era francés de corazón, excitó á Enrique II á romper la tregua de Vauxcelles, que por lo demás no había sido nunca fielmente observada. Los españoles habían hecho tentativas contra Metz y Burdeos, conduciéndose además bárbaramente con su prisionero el mariscal de Lamarck. Toda Europa se halló en armas contra Francia. Felipe II acababa de casarse con María, reina de Inglaterra, que le envió un cuerpo de ejército de ocho mil hombres. Sus tropas eran más numerosas que las francesas. Sin embargo, el condestable de Montmorency cometió la falta de trabar batalla cerca de San Quintín, donde fué dencido, quedando prisionero con la mayor parte de sus tropas. Esa jornada fué tan desastrosa para Francia como las grandes derrotas de Crecy, Poitiers y Azincourt (10 de Agosto 1557).

La consternación fué enorme en el reino de Enrique II. Al tener noticia de esa victoria, Carlos V exclamó: « ¿Está el rey en París? » Y en efecto, Felipe II hubiera podido hacerse dueño de la capital, si no se hubiese entretenido en tomar á San Quintín, Ham, Noyón y Châtelet.

Gloria del duque de Guisa. Toma de Calais.

— Ese respiro permitió á Francia volver de su espanto

y recurrir para su defensa á la espada del duque de Guisa. El nombre de ese gran capitán bastó por sí sólo para que acudiesen á tomar las armas todos los guerreros, con lo cual recobró ánimos dicha nación. Enrique II le había dado el título de lugarteniente general del reino, y en su entusiasmo, hasta pensó en conferirle el de virrey. Guisa respondió á esos testimonios de afecto y de honra con brillantes hazañas. Marchando de pronto contra Calais, le puso sitio con asombro de Francia y de Inglaterra, y la guarnición tuvo que capitular (1.º de Enero 1558) después de viva resistencia.

La toma de esa ciudad, que se consideraba inexpugnable, era reparación gloriosa de la derrota de San Quintín. En toda Europa no se hablaba más que de ese acontecimiento, y se alababa al duque de Guisa como si fuese un héroe suscitado por Dios para salvar la monarquía francesa. El matrimonio de la joven reina de Escocia, María Estuardo, con el rey de Francia, aumentó más todavía el ya extraordinario esplendor de la casa de los Guisas. El duque pasaba á ser por aquel hecho tío del Delfín, y todo se reunía para acumular sobre su cabeza la popularidad.

Tratado de Cateau-Cambresis (1559). — Tanta gloria debía necesariamente excitar grandes celos. Toda Francia celebraba los triunfos del duque de Guisa, pero la corte estaba dividida. El condestable de Montmorency, prisionero en los Países Bajos desde el desastre de San Quintín, tenía su partido. El almirante de Coligny, que cayó en manos de los españoles en la misma batalla, y que estaba también prisionero, meditaba conspiraciones contra la dinastía francesa, mostrando por tal razón designios favorables á los sectarios. Su hermano, d'Andelot, hacía públicamente propaganda en favor de la herejía, hasta el punto de atreverse á decir en cierta ocasión delante del rey en persona que la misa era un acto impío.

Enrique II era profundamente católico, pero su espíritu carecía de la penetración necesaria para comprender las intrigas que le rodeaban, y su voluntad no tenía fuerza suficiente para seguir de manera constante la realización de un plan. Sin desconfiar bastante de los que envidiaban al duque de Guisa, se mostró

igualmente receloso de la gloria de esa casa, y queriendo humillarla, lo hizo sin reparar que el desdoro iba á caer sobre su nación. Así fué que, después de la derrota del marscal de Thermes en Gravelines (13 de julio de 1558), habiendo sido puesto en libertad el condestable (octubre) excitó al rey de Francia á hacer la paz, y éste lo escuchó, firmándola en Cateau-Cambresis en condiciones deshonrosas para él (25 abril 1559). Francia devolvió á España Thionville, Mariemburgo, Damvilles, Montmédy, y le cedió el condado de Charolais, bajo la condición de que le prestaría homenaje como por un feudo. En cambio, recibió de Felipe II Ham, el Câtelet y San Quintín, y conservó la importante conquista de los tres obispados, Metz, Tul y Verdún; pero sacrificó todas sus posesiones de Italia, menos Turín, Pignerol, Quiers, Cléves y Villanueva de Asti, que sólo provisionalmente conservó, hasta que fueran determinados los derechos de Luisa de Saboya, madre de Francisco I. Así recobró el duque de Saboya, en las dos vertientes de los Alpes, la Bresse y el Burgey, la Saboya y el Piamonte. Francia cedió de esa manera en Italia y los Países Bajos ciento ochenta y nueve ciudades y castillos, lo que motivó esta observación del duque de Guisa: « Señor, dais en un día lo que no podrían arrebataros treinta años de reveses. »

Muerte casual del rey (1559). — Toda Francia protestó contra esa paz, comprendiendo que sus intereses habían sido sacrificados á los del condestable y de su partido; pero esa cobardía aumentó el afecto público hacia los Guisas, cuyos méritos y gloria se había tratado de oscurecer. En cambio de las concesiones que había hecho, Enrique II estipuló diversos enlaces. Dió efectivamente su hermana Margarita al duque de Saboya, y su hija Isabel á Felipe II, que acababa de perder á su primera mujer, la reina María de Inglaterra. Esos casamientos se celebraron con gran pompa, y el rey Enrique II se lanzó á gozar de los placeres como si hubiese querido buscar en medio del bullicio distracción á sus remordimientos.

Había anunciado un torneo, del cual iba á ser sostenedor con los duques de Guisa y de Nemours y el príncipe de Ferrara. Durante los dos primeros días

Enrique II sostuvo brillantes asaltos. El tercero y último, bajó á romper lanzas en el campo con el conde de Montgomery, capitán de guardias escocesas. La reina, como movida por siniestros presentimientos, quiso oponerse á esa lucha postrera, pero su esposo insistió, presentándose en la arena radiante y orgulloso por sus hechos de armas de los dos días anteriores. Tal vez lo arrastró el ardor de Montgomery. Lo cierto es que las lanzas de los dos adversarios se rompieron y que la del conde, penetrando por la visera del rey, le saltó un ojo y fué á clavarse en el cerebro. La sangre corrió en abundancia, y todos se precipitaron á socorrer al soberano, que decía: « No es nada; perdono á Montgomery. » Quince días después espiraba, á la edad de cuarenta y un años (10 de julio de 1559).

Resumen de este capítulo. — El reinado de Enrique II hace presentir grandes acontecimientos, que serán fecundos en desastres. El protestantismo continuó efectuando grandes progresos. El rey de Francia lo combate dentro de sus Estados, pero su política exterior paraliza toda la influencia que hubiera podido tener sobre los sectarios, puesto que no vacila en aliarse con los reformados de Alemania. La lucha entre el imperio y Francia continúa. Los ejércitos franceses conquistan los tres obispados, Metz, Tul y Verdún (1552); Carlos V se esfuerza inútilmente en recobrar la primera de esas plazas; luego venga ese fracaso con la ruina de Théroüane y de Hesdin (1553), pero es derrotado junto á Reni (1554).

Esos reveses lo cansan del mundo, abdica en favor de su hijo Felipe y de su hermano Fernando, y se retira al monasterio de San Yuste (1556). Felipe II continúa la realización de sus proyectos y la guerra contra Francia no cesa. Gana la famosa batalla de San Quintín (1557) pero comete la falta de no marchar sobre París. El duque de Guisa toma el mando de los ejércitos franceses, y repara la derrota de San Quintín con la toma de Calais. Desgraciadamente, Enrique II teme la fortuna de los Guisas, y para empuqueñecer á esa casa, humilia á su propia nación firmando el tratado de Cateau-Cambresis (1559). Enrique II murió poco tiempo después, víctima de un accidente casual en un torneo (1559).

CAPÍTULO XXV.

GOBIERNO E INSTITUCIONES DE LA FRANCIA DE CARLOS VIII
Á FRANCISCO II. ADMINISTRACIÓN; EJÉRCITO; JUSTICIA;
HACIENDA; EL CONCORDATO.

Á fines del siglo xv y principios del xvi acaba la ruina de todas las instituciones feudales; pero en medio de esa descomposición general siéntese una fuerza reorganizadora que prepara el advenimiento de una sociedad nueva. La administración general del reino, el orden jurídico, el ejército, la hacienda, todo sufre profunda transformación. Los descubrimientos de los españoles y de los portugueses dan impulso al comercio, y la burguesía, lo mismo que las clases inferiores de la sociedad, empiezan á experimentar profunda mejora. El concordato entre Francisco I y León X cambia hasta la situación del clero, dándole el carácter que debe tener en los tiempos modernos.

Sumisión del poder feudal. — Luis XI logró con su hábil política la ruina del feudalismo, y aumentó el patrimonio real con cuatro grandes provincias: el Maine, el Anjou, la Borgoña y la Provenza. Su hijo Carlos VIII preparó, por su casamiento con Ana de Bretaña, la anexión de esta región á la corona, lo cual se llevó á efecto en tiempos de Luis XII, quien por su parte agregó á las posesiones de la casa real todas las tierras de la casa de Orleans. Francisco I hizo lo mismo con el patrimonio de la de Angulema. De todas las antiguas casas soberanas de Francia, sólo quedaba en pie al ocurrir el advenimiento de aquel príncipe la de Borbón. Y como el duque hiciera traición á Francisco I, fueron confiscados la Marca, el Limosín, el Borboneado y la Auvernia.

Sin embargo, aun quedaban alrededor del trono señores poderosos. Así, señalaremos la casa de Albret, que había recogido casi todas las herencias de las familias del mediodía de Francia, poseyendo los condados de Foix, de Béarn y de Armañac, la de Clèves, en cuyos dominios entraban Nevers, Rhétel, etc., la de Lorena, que ocupaba Bar, Joinville, Aumale, etc., y por fin las de Saboya, Montmorency, la Trémoille, Clermont, etc., que desempeñaron glorioso papel en

Enrique II sostuvo brillantes asaltos. El tercero y último, bajó á romper lanzas en el campo con el conde de Montgomery, capitán de guardias escocesas. La reina, como movida por siniestros presentimientos, quiso oponerse á esa lucha postrera, pero su esposo insistió, presentándose en la arena radiante y orgulloso por sus hechos de armas de los dos días anteriores. Tal vez lo arrastró el ardor de Montgomery. Lo cierto es que las lanzas de los dos adversarios se rompieron y que la del conde, penetrando por la visera del rey, le saltó un ojo y fué á clavarse en el cerebro. La sangre corrió en abundancia, y todos se precipitaron á socorrer al soberano, que decía: « No es nada; perdono á Montgomery. » Quince días después espiraba, á la edad de cuarenta y un años (10 de julio de 1559).

Resumen de este capítulo. — El reinado de Enrique II hace presentir grandes acontecimientos, que serán fecundos en desastres. El protestantismo continuó efectuando grandes progresos. El rey de Francia lo combate dentro de sus Estados, pero su política exterior paraliza toda la influencia que hubiera podido tener sobre los sectarios, puesto que no vacila en aliarse con los reformados de Alemania. La lucha entre el imperio y Francia continúa. Los ejércitos franceses conquistan los tres obispados, Metz, Tul y Verdún (1552); Carlos V se esfuerza inútilmente en recobrar la primera de esas plazas; luego venga ese fracaso con la ruina de Théroüane y de Hesdin (1553), pero es derrotado junto á Reni (1554).

Esos reveses lo cansan del mundo, abdica en favor de su hijo Felipe y de su hermano Fernando, y se retira al monasterio de San Yuste (1556). Felipe II continúa la realización de sus proyectos y la guerra contra Francia no cesa. Gana la famosa batalla de San Quintín (1557) pero comete la falta de no marchar sobre París. El duque de Guisa toma el mando de los ejércitos franceses, y repara la derrota de San Quintín con la toma de Calais. Desgraciadamente, Enrique II teme la fortuna de los Guisas, y para empuqueñecer á esa casa, humilia á su propia nación firmando el tratado de Cateau-Cambresis (1559). Enrique II murió poco tiempo después, víctima de un accidente casual en un torneo (1559).

CAPÍTULO XXV.

GOBIERNO E INSTITUCIONES DE LA FRANCIA DE CARLOS VIII
Á FRANCISCO II. ADMINISTRACIÓN; EJÉRCITO; JUSTICIA;
HACIENDA; EL CONCORDATO.

Á fines del siglo xv y principios del xvi acaba la ruina de todas las instituciones feudales; pero en medio de esa descomposición general siéntese una fuerza reorganizadora que prepara el advenimiento de una sociedad nueva. La administración general del reino, el orden jurídico, el ejército, la hacienda, todo sufre profunda transformación. Los descubrimientos de los españoles y de los portugueses dan impulso al comercio, y la burguesía, lo mismo que las clases inferiores de la sociedad, empiezan á experimentar profunda mejora. El concordato entre Francisco I y León X cambia hasta la situación del clero, dándole el carácter que debe tener en los tiempos modernos.

Sumisión del poder feudal. — Luis XI logró con su hábil política la ruina del feudalismo, y aumentó el patrimonio real con cuatro grandes provincias: el Maine, el Anjou, la Borgoña y la Provenza. Su hijo Carlos VIII preparó, por su casamiento con Ana de Bretaña, la anexión de esta región á la corona, lo cual se llevó á efecto en tiempos de Luis XII, quien por su parte agregó á las posesiones de la casa real todas las tierras de la casa de Orleans. Francisco I hizo lo mismo con el patrimonio de la de Angulema. De todas las antiguas casas soberanas de Francia, sólo quedaba en pie al ocurrir el advenimiento de aquel príncipe la de Borbón. Y como el duque hiciera traición á Francisco I, fueron confiscados la Marca, el Limosín, el Borboneado y la Auvernia.

Sin embargo, aun quedaban alrededor del trono señores poderosos. Así, señalaremos la casa de Albret, que había recogido casi todas las herencias de las familias del mediodía de Francia, poseyendo los condados de Foix, de Béarn y de Armañac, la de Clèves, en cuyos dominios entraban Nevers, Rhétel, etc., la de Lorena, que ocupaba Bar, Joinville, Aumale, etc., y por fin las de Saboya, Montmorency, la Trémoille, Clermont, etc., que desempeñaron glorioso papel en

ese período de la historia francesa. Pero esos poderes subalternos no podían ni remotamente resistir á la corona, y todos esos señores se mostraban tan sumisos y humildes como orgullosos é independientes fueron sus mayores. Agrupados alrededor del trono, no juzgaban indignas de ellos las mayores adulaciones para captarse la simpatía del soberano.

Luis XII se había atraído á sus vasallos por su bondad; Francisco I los fascinó por el prestigio de que rodeó al poder real. Su corte era la más espléndida del mundo; y tan grande el ascendiente de ese rey sobre cuantos lo rodeaban que sólo sabían obedecerle.

« Francia, decía un embajador veneciano, es el país más unido que existe en el mundo. La voluntad del rey es todo allí, aun en la administración de justicia, pues no hay nadie que se atreva á contradecir al monarca, siquiera le dicte lo contrario su conciencia. Hablo no por lo que me han dicho, sino por lo que he visto. »

La nobleza seguía poseyendo tierras y rentas, pero ya no le quedaba ninguna autoridad. Los señores tenían aún ciertos derechos feudales pero ya no les era dado legislar, acuñar moneda ni hacerse la guerra. Cuando querían ejercer la profesión de las armas, tenían que alistarse en los ejércitos del rey, y en la administración dependían á menudo de los empleados de la corona que vigilaban y examinaban sus actos.

La aristocracia feudal había sido reemplazada por la nobleza moderna; pero esa nobleza, aun despojada como estaba de sus prerrogativas políticas, seguía en posesión de grandes privilegios. En efecto, hallábase exenta de toda gabela, contribución ó impuesto, y ocupaba los principales cargos en la administración y el ejército. Habíase convertido en instrumento en manos de la monarquía pero no por eso había dejado de constituir en el Estado un orden principal, que de acuerdo con el clero y la llaneza, manifestaba su voluntad en los estados generales.

Estados generales. — Los estados generales eran la principal barrera levantada contra los reyes en las antiguas constituciones francesas. El estado llano fué llamado á formar parte de esas asambleas por primera vez en 1303, para representar

en ellas á la población de las ciudades. Los distritos de la lengua de *oc* y de la lengua de *oïl* enviaron á los estados de 1484 procuradores que fueron elegidos por los campesinos, de modo que en esa asamblea extraordinaria se hallaron representadas lo mismo las ciudades que las campiñas.

Esos estados se reunieron en Tours. Sus deliberaciones se encuentran perfectamente expuestas en la relación que de ellas hizo Masselin, oficial de Ruan, testigo presencial y hasta actor importante de las cosas que refiere.

Vamos á resumir aquí ese relato, porque ese cuadro representa con mucha fidelidad el reinado de Luis XI. Los estados dividieron en cinco capítulos la materia de sus deliberaciones.

En el primero que se titula *Del estado de la Iglesia*, reclaman el restablecimiento íntegro y total de la pragmática, y suplican al rey que respete las inmunidades del clero.

En el segundo, que se llama *Del estado de la nobleza*, ese orden, que recibe la denominación de *nervio del Estado* se queja del abuso, introducido en tiempo de Luis XI, de convocar á sus dos clases, y pide que tal medida se reserve para el caso de que el Estado se halle en peligro.

También lamenta que el gobierno la moleste en su derecho de caza, tan antiguo, dice el documento, como la misma monarquía; « de ahí se habían seguido, exponían los reclamantes, muchos males, como grandes daños en los trigos por los animales monteses, á los cuales nadie se atrevía á tocar, de tal modo que esos brutos eran más libres que los hombres. »

Habiendo dado el rey Luis XI á extranjeros los principales puestos del reino, los estados suplicaron que los cargos de gobernadores, senescales y baillíos no fueran otorgados más que á los nobles más influyentes en sus provincias, tanto porque éstos tenían más interés en impedir los atentados cometidos por los mercenarios, cuanto porque vigilarían mejor á los enemigos. »

El tercer capítulo, titulado: *Del Común ó del estado llano*, entra en los mayores detalles sobre las causas que debilitaban al reino: entre las principales desig-

naban los estados los robos y atentados que cometían los mercenarios del ejército, entonces mal disciplinados. Es cosa irritante, decían, ver que los soldados que el pueblo paga para que lo defiendan sean precisamente los que lo saquean y lo ultrajan... « Cuando el pobre labriego ha trabajado todo el día con mucha pena y á fuerza de sudores, y ha recogido el fruto de sus desvelos, con el cual espera vivir, se presentan á retirarle la mejor parte para darla á alguno que tal vez lo azotará antes de que el mes acabe, obligándolo á dormir en el suelo, y que echará de la cuadra los caballos del campesino, para alojar en ella los suyos: y cuando el pobre hombre ha pagado con mucho trabajo la parte de impuesto que le correspondía, con destino al sostenimiento de las tropas, esperando que el resto de su cosecha le permitirá vivir y sembrar su tierra, llega por su casa una banda de mercenarios que le arrebatan cuanto le queda... y en verdad, si Dios no aconsejara y diera paciencia á los pobres, caerían en la desesperación. »

Todo eso, siguen diciendo los estados de Tours, es sin embargo poca cosa si se le compara con la carga de los subsidios: « La tristeza y el disgusto innumerable, las lágrimas de piedad, los suspiros y gemidos del corazón desolado, podrían bastar apenas para explicar la carga abrumadora de los impuestos, lo enorme de los males que tal cosa ha ocasionado, y las injusticias, violencias y depredaciones que se han cometido al cobrar los mencionados subsidios... ¡Quién hubiera pensado que un día llegaría á ser tratado así este pueblo llamado antes libre! Ahora podemos llamarlo pueblo de peor condición que los siervos, pues éstos son alimentados por sus señores, y al pueblo se le priva de todo á fuerza de cargas innumerables. » Las parroquias que en tiempo de Carlos VII no pagaban sino cuarenta ó todo lo más sesenta libras, tenían que satisfacer mil de esa moneda en el reinado de Luis XI, y las provincias que estaban tasadas á mil libras cada una bajo Carlos VII, pagaban millones en los días de Luis XI. Normandía abonaba con Carlos VII doscientas cincuenta mil libras, y durante el gobierno de Luis XI un millón doscientos mil, sin contar las gabelas y otras pequeñas cargas que en junto podían subir á otras

trescientas mil libras; así es que, según lo afirmaban los diputados, esa calamidad había difundido la desolación en aquella provincia, naturalmente tan fértil: una parte de sus habitantes se había refugiado en Inglaterra y en Bretaña; otros, en mayor número, murieron de hambre y de miseria; algunos degollaron, para no verlos sufrir, á sus mujeres y sus hijos, suicidándose luego. « Muchos hombres, mujeres y niños han tenido que arrastrar el arado por no haber animales que lo hicieran; otros practican de noche sus labranzas por miedo á ser presos con motivo de las cargas ya detalladas. »

Los estados no se limitaban á señalar los males del reino, sino que indicaban también la manera de remediarlos. Al efecto proponían al rey: 1º. reunir al patrimonio de la corona cuanto se había separado de ella; ese patrimonio tiene por objeto, decían, pagar las deudas del Estado; el rey no puede enajenar parte de él sin cometer una injusticia;

2º. Suprimir los empleos inútiles, disminuyendo el salario de los otros.

3º. Disminuir ó por lo menos moderar las pensiones: « Que los señores que toman pensiones sobre el Estado, decían los procuradores, tengan la bondad de contentarse con las rentas de sus propiedades; ó si creen necesitarlas absolutamente, que á lo menos sean razonables, moderadas y fáciles de soportar, teniendo en cuenta las aflicciones y miserias del pobre pueblo; pues esas pensiones no se toman sobre el patrimonio del rey, que no bastaría á pagarlas, sino que caen por entero sobre el estado llano y no hay pobre labrador que no contribuya á satisfacerlas: de donde ha resultado muy á menudo que el pobre labrador ha muerto de hambre, lo mismo que sus hijos, porque la sustancia con que deben alimentarse le es arrebatada para dichas pensiones, y no hay duda que entre las monedas con que se las pagan, hay algunas que vienen de la casa de un labrador cuyos hijos andan pidiendo limosna á la puerta de los que las cobran; y á menudo se mantiene á los perros con el pan comprado con los dineros que el pobre campesino destinaba á su sostenimiento. »

4º. Los estados proponen que se reforme la milicia, y que se sometan las tropas á la más severa disciplina.

Una vez suprimidos los gastos ruinosos ó superfluos, dicen los diputados, será más fácil atender á los necesarios. Sabemos que el estado de la casa del rey, de la reina, los viajes de los embajadores, los sueldos de los oficiales civiles y militares originan gastos, y en eso deben emplearse las rentas del patrimonio; y si se prueba que tal cosa no basta, el pueblo francés, que se ha enorgullecido siempre de ofrecer al rey sus bienes y su vida, cada vez que necesidades reales lo han exigido así, suministrará liberalmente y con gusto todo cuanto los estados consientan; pero, añadían los procuradores, mientras no se nos demuestre claramente lo contrario, permaneceremos convencidos de que el patrimonio de la corona, al cual se han agregado las gabelas, es más que suficiente para el pago de todas las atenciones del Estado.

De ahí se concluye, en consecuencia, « que todas las cargas é impuestos arbitrarios sean abolidos, y que en adelante, siguiendo el fuero y franquicias naturales de Francia, no se cobren en el reino ningunas otras contribuciones análogas, sin la participación y libre consentimiento de los estados generales. »

En el capítulo cuarto, que se titula *De la Justicia ó de la Policía general del reino*, se formulan quejas sobre la venalidad que reinaba en las jurisdicciones subalternas; se propone con tal motivo poner en vigor las elecciones, « pues no puede ser ejercida justicia más que por gentes justas »; se lamenta una vez más la multiplicación de los cargos públicos, se propone la supresión de los superfluos, y que no se admita que nadie posea á la vez más de un oficio real.

Después de eso se recorren las diferentes ramas de la administración, se protesta contra los encargos y comisiones extraordinarias, se observa que los tribunales superiores no han podido preservarse de la corrupción general, y se lamenta lo largo y dispendioso de los asuntos, acusando á las audiencias de alterar el turno de los negocios por favorecer á determinadas personas, y de guardar mal el secreto.

Por otra parte los derechos que había que pagar á los jueces se iban haciendo cada día mayores y ruinosos; todos esos abusos provienen, decían los estados, de la escasa atención que se presta al nombramiento de magistrados.

Bajo Luis XI la justicia criminal no fué sino tejido de violencias tiránicas: la nación pedía que se pudiese término á ese desorden, que se castigara á los delatores y calumniadores, y que se pusiera en claro la conducta de los jueces inicuos. La época que se señala como ideal es la de Carlos VII; el modelo que los estados desean ver imitar es la administración de ese príncipe.

El cap. V del documento que venimos analizando se titula *De la Mercancia*, y en él se reclama la libertad tan necesaria para el comercio, quejándose de las trabas que se le venían poniendo desde la muerte de Carlos VII. Los estados piden la abolición que los nuevos derechos, sobre todo del de un escudo que se había impuesto á cada barrica de vino que atravesaba la Picardía; y respecto de los antiguos derechos, reclaman que se les enuncie con tal claridad que los jueces de los lugares puedan fallar en el acto, sin escritos ni pleitos, las querellas que surjan entre los empleados del fisco y los mercaderes.

Representase como perjudicial para el Estado el número excesivo de ferias, porque mediante ellas sale el dinero del reino en pago de objetos manufacturados por los extranjeros. Pídesese que se disminuya el número de las de Lyon, y aun que se transporten á algunas otras ciudades las que se mantengan, porque la situación de Lyon sobre la frontera del reino favorece los fraudes, y sustrae los culpables á la acción de la justicia.

Los estados suplican al rey que las oficinas donde se recaudan los derechos « de ferias y altos portazgos no se establezcan más que en la frontera del reino », y recomiendan que no se contraten en arriendo esos derechos, sino que se les cobre directamente, por medio de hombres íntegros, sometidos á la jurisdicción ordinaria de los puntos en que se hallen establecidos los puestos de recaudación.

Exponíase en las observaciones y reclamaciones de

los estados que, no obstante los impuestos cobrados para el entretenimiento de puentes y caminos, se descuidan los gastos más indispensables, de modo que multitud de hombres y animales han perecido por causa de lo ruinoso de los caminos, y muchos pueblos han sido abandonados porque no había manera de llegar hasta ellos.

Suplicábase al rey que diera nueva fuerza y vigor á las ordenanzas en que Carlos V y Carlos VII prohibían á todo funcionario de la administración de la hacienda ó de la justicia, comerciar por sí ó asociarse á los beneficios de los comerciantes.

De ese modo se vengaban los estados generales de la servidumbre á que los sometiera Luis XI, al convertirlos en instrumentos inconscientes de sus arbitrariedades. Pero después de hablar con la energía que acabamos de ver á principios del reinado de Carlos VIII, esas asambleas manifestaron extraordinaria docilidad bajo Luis XII. Francisco I se dispensó de convocarlos, y los reemplazó por el Congreso de los notables. Lo mismo ocurrió bajo Enrique II; sin duda esos principes temían que, en presencia de sus prodigalidades, los estados del reino reunidos expusieran quejas análogas á las de 1484 y en la misma forma casi conminatoria.

La administración general. — La centralización del poder en manos de la monarquía exigía grandes modificaciones en la administración general del reino. Carlos VII empezó esa reforma, é inspirado por Santiago Cœur, estableció entre todos los funcionarios reales una jerarquía regular que permitió á sus jefes vigilar é inspeccionar sus actos.

Los grandes puestos de condestable, de almirante y de gobernador, permanecieron en manos de la nobleza, pero los funcionarios consagrados á la justicia y la hacienda salían del estado llano. En ése es donde se encontraban los hombres ilustrados, y en consecuencia los jueces, de modo que la monarquía, necesitada de sus luces, les confería con gusto los puestos administrativos en que la inteligencia y el saber eran las condiciones principalmente requeridas.

La aristocracia se burlaba de Luis XI, que llenó su

corte de burgueses y pecheros; pero esa innovación no era resultado de simple capricho, y el astuto monarca, que deseaba dar el golpe fatal al feudalismo, comprendía la necesidad de buscar apoyo en las clases inferiores.

Por lo demás, ese soberano prestó un gran servicio con el establecimiento del postal, que empezó por no servir más que al rey y al papa, pero que en 1481 fué puesto también á disposición de los particulares, por cuyo medio se facilitaron las comunicaciones en todo el reino.

Bajo Enrique II, en 1547 fueron creados los *oficiales del secreto*, de donde salieron los secretarios de Estado.

Por de pronto no tuvieron ningún encargo especial; limitáronse á llevar la correspondencia del rey, y como eran cuatro, cada uno de ellos correspondía con la cuarta parte del reino y de los países extranjeros. En el siglo xvii se les dieron atribuciones especiales, llegando entonces á representar y dirigir lo que se llama un ministerio en el sentido moderno de la palabra.

Los parlamentos. — El parlamento de París, compuesto de magistrados inamovibles, debía registrar los edictos del rey y tenía el derecho de hacer representaciones y reclamaciones antes de someterse á las órdenes del soberano; pero los cuerpos análogos establecidos en las provincias no eran más que tribunales de justicia, de los cuales podía sacar gran partido el poder real contra la nobleza, sometiéndola á la jurisdicción de los mismos. Luis XI, que lo comprendió así, aumentó el número de los mencionados tribunales. Instituyó en efecto tres, uno en Grenoble, otro en Burdeos y el tercero en Dijón. «Pues deseaba mucho, decía, que en su reino se usara de una regla, de un peso y de una medida, y que todos los preceptos legales fuesen puestos en francés en un hermoso libro para evitar las asechanzas y pillerías de los abogados.»

Luis XII creó dos parlamentos más, uno en Provenza (1501) y otro en Normandía (1499). Eso elevó su número á nueve, que fueron los de París, de Aix, de Burdeos, de Dijón, de Grenoble, de Rennes, de Ruan, de Tolosa y de Dombes.

Francisco I que deseaba, según su expresión, poner al rey fuera de toda dependencia, privó al parlamento de París de su carácter político, reduciéndolo á un simple tribunal de justicia como los otros. Así fué que en 1527 le prohibió « que interviniese en nada tocante al Estado ó que no fuera exclusivamente la administración de justicia. » No sólo se sometieron los magistrados á esa orden, sino que hubo legistas que hallaron en el derecho romano textos según los cuales la voluntad del soberano tenía fuerza de ley, no existiendo autoridad ninguna superior á la suya. Era el cesarismo de la antigüedad que iba á reaparecer en los tiempos modernos.

La justicia. — En los tiempos feudales, la justicia estaba entregada á completa arbitrariedad, pues no habiendo leyes fijas y bien determinadas, los señores juzgaban con arreglo al derecho natural, que alterado á menudo, degeneraba fácilmente en caprichos. San Luis fué el primer rey de Francia que se propuso realizar en ese punto reformas saludables, y que se esforzó en corregir los abusos. Sus sucesores continuaron trabajando para someter á reglas los fallos de los tribunales y proteger al débil contra el fuerte.

Luis XI habría deseado, según ya se ha dicho, que no existiera más que una sola ley para todos sus vasallos; pero era imposible llegar de un golpe á esa unidad. Carlos VIII mandó que se redactaran y publicaran los usos y costumbres de cada provincia, y que se les codificase. Durante su reinado se publicaron siete, imprimiéndose otros veinte á principios del siglo XVI, en tiempos de Luis XII. Este príncipe redactó sabios reglamentos, que pueden ser considerados como importantes reformas en el orden jurídico.

El pueblo se lamentaba con motivo de lo mucho que duraban los negocios judiciales. Cuando los curiales cogían un pleito en las manos, lo hacían durar eternamente, para alimentarse, según la expresión consagrada, con la sustancia del pueblo. Luis XII, reglamentó el procedimiento y lo libró de todas las socaías que los picapleitos inventaran. Queriendo facilitar la audición de testigos y permitir al acusado estar al tanto de su negocio, mandó que los sumarios y demás trá-

mites de los asuntos criminales no seguirían haciéndose en latín, sino en lengua vulgar. Al mismo tiempo dispuso que para presidir un tribunal de justicia sería necesario en adelante haber recibido los grados, medida que alejó de los tribunales á los señores que no eran licenciados ni doctores. También quiso que la justicia señorial fuera administrada por magistrados que hubieran estudiado el derecho. Lo único malo que se nota en las reformas de ese rey es que hiciera venales los puestos judiciales. Francisco I lo estableció así definitivamente, y el poder real recurrió á tan triste medio para obtener recursos pecuniarios que no podía sacar del impuesto.

Y una vez en ese camino, no sólo se vendieron los puestos judiciales, sino también los de la administración y de la hacienda. El pueblo protestó contra tráfico tan odioso, pues comprendía perfectamente que los que habían comprado los empleos venderían caros sus servicios, y que no habría justicia ni administración sin que cada ciudadano pagara por ello; además, irritábale pensar que aumentando de ese modo el número de las exenciones de impuesto se aumentarían en otro tanto las cargas de los contribuyentes, puesto que eran menos para pagar sumas mayores.

Las rentas públicas. — La ruina del feudalismo por la monarquía aumentó forzosamente los impuestos. El rey se había visto obligado á rodearse de mayor número de servidores asalariados. Los estados de 1484 nos han dado á conocer los progresos que había hecho el impuesto de Carlos VII á Luis XI. También nos dicen que los sueldos de los empleados del rey habían sido duplicados ó triplicados. En otra época, escribe Masselin, un solo tesorero con 600 libras de sueldo cobraba todas las rentas del ducado de Borgoña; ese tesorero tenía un agente á quien se pagaban 200 libras por sus apuntes y viajes. Hoy existe un tesorero con 2.900 libras de sueldo; un recaudador general con otro tanto, uno particular con 1.200 y un inspector con 600.

Luis XII fué un rey económico, pero bajo Francisco I llegaron á límites excesivos los gastos de la corte. El príncipe se arruinaba, y enseñaba á la nobleza la manera de arruinarse como él. Cábele el triste honor de haber

inaugurado la era de los empréstitos, que probablemente no acabará jamás. La venta de empleos, las contribuciones de todas clases, el producto de la lotería real, que instituyó según la forma italiana; nada bastaba para cubrir los gastos de su lujo y magnificencia; tomó prestadas 200.000 libras á 8 1/2 p. 100, lo que hoy representaría, dado el distinto valor de la moneda, 3.500.000 francos, y constituyó las primeras rentas perpetuas sobre el Hôtel de Ville.

Enrique II agravó la situación del tesoro. Sin dar á la monarquía el prestigio que había tenido bajo Francisco I, gastó más que su padre. Las rentas perpetuas se elevaron de 200.000 á 543.000 libras; la deuda consolidada pasó del doble; además, dejó lo que nosotros llamaríamos una deuda flotante de 17 millones de libras, que equivaldría hoy á más de 150.000.000 de francos.

En verdad que en Europa empezaba á operarse una gran revolución económica. El comercio, sostenido durante la edad media por la liga anseática y las repúblicas italianas, cambió de curso por efecto de los descubrimientos españoles y portugueses. Las dos naciones, dueñas de la India y del Nuevo Mundo, explotaban las minas de oro y de plata de Méjico y del Perú y las producciones del Indostán, y así difundieron por Europa nuevas riquezas.

El dinero se hizo más abundante, desarrollóse el crédito, y crecieron las importaciones y exportaciones de cada país. Francisco I había elevado los derechos que pagaban las mercancías extranjeras al entrar en Francia. Enrique II fijó ese derecho en 2 escudos por quintal y en 4 p. 100 de su valor declarado, siendo según eso el primero en aplicar lo que nosotros llamamos sistema protector.

El ejército. — En el siglo xv los reyes de Francia emplearon constantemente tropas extranjeras. Con suizos ó alemanes mercenarios se formaban los cuerpos de infantería. La caballería era el arma de la nobleza. Los señores, acostumbrados á los torneos y combates, figuraban en primera línea por su valor y destreza. Luis XII procuró constituir una infantería nacional francesa, y para que desapareciese la inferioridad

moral de las tropas que combatían á pie, quiso que los principales señores se alistaran en ellas y combatieran sin caballo, con el hacha ó la pica en la mano, la rodela en el brazo y el morrión en la cabeza.

Como las tropas mercenarias negaron más de una vez sus servicios, Francisco I comprendió la necesidad de disponer de tropas nacionales, y con tal fin creó, por edicto de 14 de julio de 1534, siete legiones regionales de 6000 hombres. Cada legión se componía de seis cohortes, formadas por 200 arcabuceros y 800 lanceros ó alabarderos. La Normandía, la Bretaña, la Picardía, el Languedoc, la Guiena, la Borgoña, la Champaña y el Nivernais debían formar las citadas legiones. Pero los campesinos no eran bastante cultos para formar soldados inteligentes y disciplinados, y hubo que renunciar á ese modo de reclutamiento.

Enrique II volvió á adoptarlo, perfeccionándolo, y de ahí salieron los brillantes ejércitos de Luis XIV. Francisco I fué también quien organizó los primeros gobiernos militares, que en el siglo xviii fueron elevados á 32. En 1521 no hubo más que cuatro, que se distribuyeron así: el de Champaña al duque de Alencón, el de Picardía al de Vendôme, el ducado de Milán al señor de Lautrec y la Guiena al señor de Bonniwet.

De esa manera quedaron las bandas francesas constituyendo cuatro grandes grupos; al norte y al este los de Picardía y Champaña; al sur los de Guiena y del Piamonte.

El edicto de 1523 declaró enemigos del Estado á los aventureros que, al lado de esas bandas regulares, formaban otras indisciplinadas y que sólo vivían del saqueo. Animados por esa ordenanza, los pecheros se arrojaron sobre aquellas bandas y limpiaron de ellas el territorio.

Francisco I añadió á su ejército una escuadra considerable. Sus galeras dominaban el Mediterráneo, y para acoger á los navíos que poseía en el Océano, hizo construir el puerto del Havre. La marina mercante se desarrolló al mismo tiempo que la del Estado, y dicho rey procuró luchar con los españoles y los ingleses en el Nuevo Mundo. De esa época datan los primeros establecimientos franceses en América del Norte y el Canadá.

El concordato. — Entregando á Francisco I la elección de obispos y la concesión de beneficios, el concordato puso al clero francés bajo la dependencia de su rey. León X había creído ventajoso para la Iglesia y el Estado poner término á las divisiones que estallaron entre ambas potencias, y con ese objeto reemplazó la pragmática sanción, obra exclusiva de los soberanos, por un tratado bilateral, hecho de común acuerdo por las dos partes, y que ninguna de ellos podía recusar.

El sumo Pontífice fué contra la antigua disciplina de la Iglesia, al privar al clero del derecho de nombrar sus jefes, pues aquella había considerado siempre ese principio como signo distintivo de su libertad. Pero desde el gran cisma, se introdujeron tales abusos en el bajo clero, que ya no se halló en estado de usar convenientemente de su derecho, por lo cual las elecciones importantes quedaban con demasiada frecuencia entregadas á la competencia y al influjo preponderante de los señores.

León X creyó que el rey designaría á los mejores, pero á la vez que le abandonaba ese derecho, se reservó la aprobación de sus nombramientos, y lo obligó á designarlos en los seis meses siguientes á la vacante del puesto. Para alentar los estudios, el papa estipuló que el rey designaría personas provistas de los títulos de doctor ó de licenciado en teología, y que los colectores de los beneficios darían por lo menos la tercera parte de ellos á los graduados.

Esos puntos no fueron observados por desgracia de manera regular. Francisco I no había visto en el concordato más que un medio de poner al clero bajo su dependencia y de tenerlo en su mano, como ya ocurría con la nobleza y la burguesía. Así fué que, bajo el pretexto de que los tribunales de los obispos invadían las atribuciones de los del rey, les retiró en 1539, por su ordenanza de Villers-Cotterets, el conocimiento de todas las causas que no eran puramente espirituales ó eclesiásticas.

El rey respetó en principio las inmunidades del clero, pero se sirvió con demasiada frecuencia de los beneficios eclesiásticos para recompensar á los que le

habían prestado servicios militares ó administrativos. Así fué que no vaciló en poner á cargo de las abadías soldados inútiles ó enfermos, y cuando necesitaba dinero, fijaba al clero la suma que le parecía, y aquél le otorgaba sumas considerables á título de donativo voluntario. Esas peticiones las hacía varias veces al año, constituyendo así impuestos arbitrarios más pesados y desagradables de lo que hubiese sido una carga fija y regular.

Resumen de este capítulo. — Ya llegamos á los tiempos modernos, y vemos operarse profundos cambios en la institución del país. El patrimonio real aumenta bajo Luis XI, bajo Carlos VIII, Luis XII y Francisco I. El poder del soberano tiende á hacerse absoluto. Los estados generales le sirven de contrapeso, y hasta aspiran á poner límites al despotismo de Luis XI, pero Francisco I y Enrique II los reemplazan por la asamblea de los notables. La administración general se modifica en provecho de la burguesía. Luis XI establece los correos, y Enrique II los empleados del secreto, que más tarde llegarán á ser los secretarios de Estado. Francisco I priva al parlamento de París de sus atribuciones políticas. Los parlamentos quedan reducidos á simples tribunales de justicia. Revisase y codificase el derecho consuetudinario. Luis XII abrevia el procedimiento, y determina que sólo podrán ser jueces los que hayan estudiado el derecho. Desgraciadamente, véndense los empleos, y si bien la monarquía encuentra en eso fuente de recursos, el pueblo sólo halla causa de opresión. Los impuestos aumentan, los servidores del rey son más y reciben mejores sueldos; Francisco I inaugura la era de los empréstitos, y Enrique II eleva la deuda pública en proporciones considerables. Esa es la época del descubrimiento de América. El numerario va á ser más abundante, extendiéndose el uso del crédito. El ejército sigue la marcha de la civilización. Fórmase poco á poco la infantería nacional; Francisco I establece los gobiernos militares, y dota á su país de una flota considerable, preparando el establecimiento de las colonias francesas. El concordato determina las relaciones de la Iglesia con el Estado; y Francisco I aprovecha las concesiones que le hace León X para poner al clero bajo su dependencia, como ya lo están los demás órdenes del Estado. ®

CAPÍTULO XXVI.

EL RENACIMIENTO. INVENCIÓN DE LA IMPRENTA. LAS ARTES Y LAS LETRAS EN ITALIA; BRUNELLESCHI, MAQUIAVELO, ARIOSTO, EL TASO; LAS ESCUELAS ITALIANAS: LEONARDO DE VINCI, RAFAEL, MIGUEL ÁNGEL. — FLANDES Y ALEMANIA, LOS VAN-EYCK. ERASMO, DURER, COPÉRNICO. — FRANCIA: EL CARDENAL DE AMBOISE, EL COLEGIO DE FRANCIA; RABELAIS, RONSARD, MONTAIGNE; LA ESCUELA DE FONTAINEBLEAU, JUAN GOUJÓN, FILIBERTO DELORME.

El descubrimiento de la pólvora ha transformado el arte militar, y la invención de la brújula ha permitido descubrir un nuevo mundo. A esos grandes hechos, que han ejercido tanta influencia sobre la civilización, hay que añadir la invención de la imprenta, que ha multiplicado los medios de cultura y facilitado el desarrollo de las ideas. Como la Italia recogió a los griegos después de la toma de Constantinopla, se halló por ese hecho al frente del movimiento literario y artístico que caracteriza al siglo décimosexto. Ese movimiento ha recibido el nombre de *renacimiento*, porque en efecto hizo revivir la antigüedad griega y romana, demasiado descuidada en los siglos precedentes. Las guerras de Italia transmitieron ese movimiento de dicho país al resto de Europa. Y hé ahí por qué, si bien esas expediciones carecieron de resultados en el orden político, presentaron por lo menos la ventaja de reanimar en Francia los estudios clásicos, preparando el siglo de oro de su literatura, que fué el décimoséptimo, el de Luis XIV.

§ I. — *Invención de la imprenta.*

Invención de la imprenta. — La invención de la imprenta ha contribuido mucho al desarrollo de los estudios, pues ha facilitado la extensión de los medios de instruirse. Débese ese progreso á Juan Gutenberg, de Maguncia, que lo llevó á cabo en 1436. Gutenberg empezó por esculpir en relieve sobre placas de madera letras que, por medio de tinta negra y espesa, se reproducían luego, en número considerable de ejemplares, sobre hojas que se aplicaban sucesivamente sobre ellas. Luego tuvo la idea de reemplazar esas esculturas por tipos separados y móviles que colocó unos junto á otros. Así quedó descubierta la imprenta.

Gutenberg había hecho sus primeros ensayos en

Estrasburgo, donde se hallaba establecido. Habiendo agotado todos sus recursos, volvió á Maguncia y allí se asoció con Juan Fust, hermano de un platero, que le suministró los fondos necesarios. Ambos tuvieron la idea de sustituir los tipos de madera, que se gastaban con demasiada rapidez, por letras de metal. Uno de sus obreros, Schœffer, de Gernsheim, completó el descubrimiento hallando la *fundición* (1442), esto es, la manera de producir por millares las letras que antes precisaba esculpir una á una. La primera obra que salió de sus prensas fué una edición de la *Vulgata* (1450-1455). También publicaron el *Salterio* en 1457, y desde entonces quedó consumada la mayor de las revoluciones literarias.

El desarrollo de la imprenta fué favorecido por otro descubrimiento, el del *papel de trapo*, que data del siglo trece, pero su empleo no se generalizó hasta el décimocuarto. El documento más antiguo que se posee escrito en papel es una carta de Joinville á San Luis.

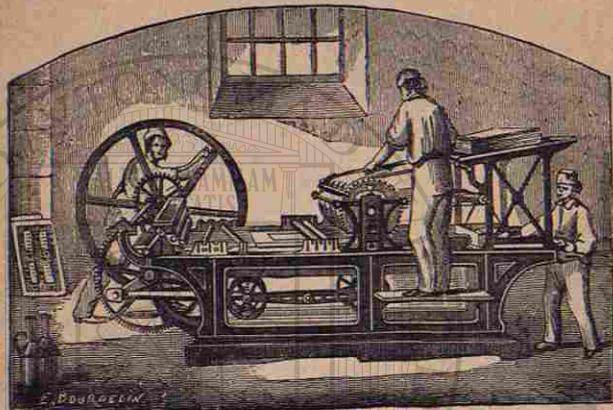
Influencia de ese descubrimiento. — Al multiplicar los libros, la imprenta facilitó la comunicación de las ideas, contribuyendo grandemente al desarrollo del espíritu humano.

Apenas fué conocido ese invento, cuando los doctores de la Sorbona llamaron á París, en 1460, á tres impresores que habían trabajado en casa de Fust, el socio de Gutenberg, estableciéndolos en un local del colegio y protegiéndolos contra la superstición del pueblo, que los acusaba de brujería. También Luis XI facilitó los progresos de esa industria, que en pocos años extendió profusamente las obras de todos los literatos y sabios.

Esa invención coincidió por fortuna con el Renaci-

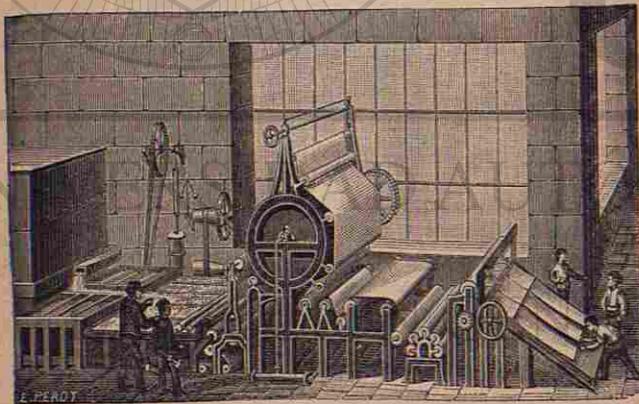


miento y aumentó mucho su actividad. La llegada de los griegos á Italia había favorecido en esa región el



Prensa de imprimir.

impulso que Petrarca diera antes á los espíritus, y en todas partes se aplicaron á reproducir y multiplicar



Fabricación del papel.

los obras de los griegos y de los latinos. Luis XII llevó á Francia al volver de la guerra de Italia gran can-

tividad de libros, y tomó á su servicio á Paulo Emilio, Alejandro y Juan Lascaris, gloria de la corte de los Medicis. Esos sabios se ocupaban particularmente en la busca y corrección de manuscritos. Esa era la época en que las famosísimas familias de los Badius y de los Estienne, tan célebres en la historia de la tipografía, establecieron sus prensas en París, distinguiéndose por lo correcto y suntuoso de sus ediciones.

Los Aldos fueron en Italia lo que los Estienne en Francia. Aldo Manucio se estableció en Venecia y publicó ediciones *princeps* de Museo y de Aristóteles, y tuvo la idea de fundir un tipo imitado, según parece, de la letra de Petrarca, que empleó por primera vez en la impresión de su Virgilio, que vió la luz en 1501. Ese tipo, llamado durante mucho tiempo *aldino*, recibe hoy en algunos países el de *itálico*.

Este arte llegó á su pleno florecimiento desde el siglo décimosexto. Por entonces se hacía una tirada de veinte y cuatro mil ejemplares de los *Coloquios* de Erasmo, y Francisco I fundó en Francia la Imprenta real.

§ II. — *Las artes y las letras en Italia : Brunelleschi; Maquiavelo, Ariosto, el Taso; las escuelas italianas; Leonardo de Vinci, Rafael, Miguel Angel.*

De la literatura italiana en el siglo quince.

— En el siglo xv, Italia se encuentra al frente del movimiento intelectual de Europa. Los griegos deserrados se retiraron á su seno, después de la toma de Constantinopla, y la enriquecieron con los numerosos manuscritos que dejaron sus poetas y sus historiadores. Esas obras maestras de la antigüedad fueron acogidas con entusiasmo, y el mundo se apasionó por cuanto era griego ó latino. Los soberanos pontifices alentaron con su protección ese gusto por las antiguas literaturas, y se vió á Nicolás V y Pío II ocupar puesto distinguido entre los eruditos. Todos los soberanos de Italia imitaron ese hermoso ejemplo. Los Visconti y los Sforza en Milán, por más que fuesen dados á la guerra, ofrecían á los literatos las más señaladas recompensas para hacerlos permanecer en su

sociedad. Los Gonzaga, de Mantua, y los Este, de Ferrara, querían hacer olvidar su escasa influencia política por el brillo que las artes y las ciencias difundían sobre su corte. En Florencia, los Médicis daban asilo en su espléndido palacio á los poetas y los literatos distinguidos, transformaban su jardín en una academia y empleaban los establecimientos que poseían de un extremo á otro de Europa tanto en comprar manuscritos como en vender mercancías. Por último, Alfonso V elegía todos sus amigos, secretarios y consejeros entre los escritores de mérito. Su deleite consistía en competir con ellos, tanto por lo tocante á la gracia como á la delicadeza del gusto literario.

Esa afición á la antigüedad, favorecida por los príncipes según se ha dicho, llegó á ser la pasión de la multitud. Así es que siempre había gentes que recorrían Europa en todos sentidos, penetrando en los monasterios para buscar algunos manuscritos nuevos. Y cuando se descubría algún autor griego ó latino ignorado hasta entonces, se multiplicaban los ejemplares de sus libros por medio de la imprenta, y se apresuraban á traducirlo con notas y comentarios. Si se poseían diferentes ejemplares del mismo libro, se les comparaba unos con otros minuciosamente. Una buena edición de un autor clásico bastaba para dar fama y dinero á un autor. Los profesores se limitaban á explicar y comentar los textos; sus lecciones no eran de ordinario sino una lectura seguida *frase á frase* pero ese *frase á frase* era acogido con entusiasmo, viéndoseles, llenos de entusiasmo por el autor admirado, presentarse en público hasta cinco veces al día y en ocasiones hasta en ciudades diferentes.

Un discípulo del anciano Petrarca, Juan de Rávena, y el griego Manuel Chrysoloras, fueron los dos filólogos que adquirieron más celebridad en ese siglo de erudición. Ambos formaron escuela y tuvieron discípulos que los igualaron en importancia. Bastará citar, entre otros muchos, á Leonardo Bruno de Arezzo, más generalmente llamado Leonardo Aretino (1369-1444), que fué secretario apostólico de cuatro papas, canciller de la república de Florencia, y el hombre más

amable y benévolo de la época. Su obra principal fué una historia florentina hasta 1404. También citaremos á Poggio Bracciolini, continuador del Aretino, y que desempeñó, como éste, las más altas dignidades.

Tanta emulación debía excitar necesariamente rivalidades muy vivas y engendrar apasionadas disputas. Los profesores se lanzaban á menudo retos, y la multitud acudía á esos torneos literarios como en otra edad á los juegos del circo. Aun era más frecuente que los ataques hechos en las disertaciones críticas, degenerasen en injurias. Francisco Filelfo y Lorenzo Valla son célebres por el fuego con que se lanzaban á esas luchas.

Ese delirio de erudición detuvo por algún tiempo el vuelo de la lengua y literatura italianas; pero, en último resultado, fué útil á ambas. Esos trabajos filológicos y de pura discusión difundieron por el país suma de conocimientos que le sirvió para dar más adelante á sus concepciones fuerza y vigor que nunca hubieran tenido sin el concurso de tan feliz auxiliar. Dante y Petrarca se habían elevado á la riqueza de ideas necesaria al escritor por la fuerza de su genio, pero el conjunto de la nación necesitaba extraño apoyo para llegar á tal altura.

Por eso es que, cuando la poesía italiana tentó de reanimarse bajo los auspicios de Lorenzo de Médicis (1448-1492), se notó en sus primeros ensayos algo que hacía presentir sus futuros triunfos. Lorenzo de Médicis hubiera querido hallarla en el punto mismo donde Petrarca la dejara; pero como ya hacía más de un siglo que descansaba, la halló menos suave, menos tierna, menos armoniosa que en los suspiros ardientes del cantor de Laura. Policiano, que Lorenzo alojaba en su palacio, y que á los trece y diez y siete años hacía epigramas latinos y griegos con asombro de sus maestros, la enriqueció con variadas y encantadoras imágenes, y le dió aptitud para el género épico y el dramático en el poema en que celebra la gloria de los Médicis y en su tragedia de *Orfeo*. Entonces la imaginación sobrecitada se lanzó á contar las novelescas aventuras de la caballería, surgiendo en Pulci y Boyardo los precursores de Ariosto, que debía ser una de las grandes glorias del siglo de León X.

La literatura italiana en el siglo xvi. — El siglo décimosexto, el siglo de León X, fué la edad de oro de la literatura italiana. La antigüedad, estudiada profundamente con verdadero entusiasmo en el siglo anterior, fué entonces imitada y, si se permite la frase, resucitada por poetas y prosistas latinos que recordaban los buenos tiempos de Augusto. Pedro Bembo, secretario de León X, no hablaba más que con palabras y frases de Cicerón; Sadolet se había convertido en sus odas en eco de Horacio; Vida, después de trazar en versos graciosos y esmaltados de las más lindas flores los deberes del poeta y las reglas de la poesía, sembraba su *Cristiada* de bellezas de primer orden, que hicieron compararlo á Virgilio; Paulo Jove escribía la historia de su tiempo en el estilo de Tito Livio, aunque sin igualar la pureza y elegancia de su modelo; César Baronio hacía en sus *Anales eclesiásticos* gala de su vastísima ciencia para responder á los centuriadores de Magdeburgo; y Bellarmino componía con notable claridad de estilo sus controversias, en las cuales pulverizaba todos los minuciosos sofismas del partido protestante. Pero esos no son más que los monumentos con que entonces se engalanó la literatura latina, llamada literatura erudita, porque sólo las gentes instruidas podían comprenderla.

Enriquecida y fortificada por ese profundo estudio de todas las maravillas de Roma y de Atenas, la lengua italiana se puso al mismo tiempo á producir las más admirables obras maestras en todos los géneros. La epopeya novelesca, cuyos primeros ensayos hemos señalado en el siglo xv, alcanza de pronto su grado más alto de perfección con la pluma de Ariosto, en su *Orlando Furioso*.

Ariosto. — Ariosto nació en Reggio de Módena, el 8 de septiembre de 1474. Era el mayor de diez hermanos, y desde muy pronto manifestó su talento para la poesía; muy joven aún, ya se entretenía en escribir obras teatrales y en representarlas con sus amigos. Su padre quería consagrarlo al foro, única carrera que entonces llevaba á la gloria y la fortuna, pero el joven Ariosto renunció á ella para entregarse por completo al estudio de las bellas letras. Sus primeros ensayos

literarios fueron dos comedias, la *Casaria* ó la *Labradora*, é *I suppositi*, los Nombres supuestos. El cardenal Hipólito de Este, hijo del duque Hércules I, lo protegió á partir de entonces, tomándolo á su servicio en calidad de gentilhomme.

Al morir el duque Hércules, su heredero Alfonso hizo de Ariosto su hombre de confianza, y lo encargó de varias misiones importantes. En medio de los cuidados que exigían esos empleos fué como compuso su poema *Orlando furioso*, en el cual trabajó más de diez años, empezando á imprimirlo en 1513. El asunto de esa epopeya es la gran lucha de los cristianos contra los sarracenos; comprende todo el período histórico que abraza el reinado de Carlomagno, y que termina en el año 778, época en la cual D. Roldán fué muerto en Roncesvalles. Esos acontecimientos eran susceptibles de dar origen á magnífica epopeya. Dicese que cuando el escritor hubo elegido tema, el cardenal Bembo, su amigo, le aconsejó que escribiera en la lengua de Virgilio, á lo cual Ariosto respondió que prefería ser el primero entre los poetas toscanos más bien que el segundo entre los latinos. Probablemente la misma idea fué la que lo llevó á componer una epopeya novelesca en vez de un poema análogo á la *Iliada* ó la *Eneida*. Camilo Pellegrino lo supone así, pues en su *Diálogo sobre la poesía épica* le hace decir: «Haré una novela, pero me elevaré á tales alturas, por mi asunto y mi estilo, que ningún otro poeta podrá proponerse serme superior, ni aun igualarme en una obra de la misma clase que la mía.»

Sea lo que fuere acerca de la exactitud de esos relatos, es indudable que Ariosto ocupa el primer puesto en la epopeya novelesca; en efecto, ningún poeta le ha igualado en ese género, en que la imaginación necesita mucha más lozanía que en la epopeya puramente heroica. No ha habido autor que haya mezclado con más habilidad lo serio y lo jocoso, lo agradable y lo terrible, lo familiar y lo sublime. Ninguno ha hecho moverse al mismo tiempo tan gran número de personajes, ni sostenido tantas acciones diversas, todas encaminadas al mismo fin. Ninguno ha sido tampoco más poético en su estilo, más fiel en la pintura de caracteres y de

costumbres, más exacto, más animado, ni más vigoroso.

El Taso. — Torcuato Taso fué su único rival. Nació éste en Sorrento el 11 de marzo de 1544. Su padre, Bernardo Taso, había sido poeta distinguido. Mezclado en las luchas políticas que entonces dividían los espíritus, fué expulsado de su país, consagrándose en el destierro á la educación de su hijo. Torcuato Taso admiró el *Orlando furioso* de Ariosto con el mismo entusiasmo que todos sus contemporáneos y se propuso imitarlo, publicando su *Renaldo*, que dió principio á su reputación; ésta llegó á su apogeo con la *Jerusalén libertada*. El espíritu público se preocupaba de la lucha contra el islamismo, y al cantar las cruzadas se tocaba á un asunto cuyo interés no se había extinguido todavía. El Taso tomó como modelo la Iliada, ó si se quiere, la antigua epopeya. Voltaire lo declara superior á Homero; pero sin caer en tales exageraciones, se puede admirar lo extenso y magnífico de la acción, la facilidad con que la ha encerrado en tan estrechos límites, la riqueza de los episodios, la abundancia y variedad de los relatos, la fuerza y vigor de carácter de los personajes. ¿Quién ha olvidado la prudencia de Godofredo, la generosidad de Tancredo, el indomable carácter de Argante, el valor irreflexivo de Renaldo? ¿Quién no ha llorado ante la muerte de Clorinda? ¿Qué corazón permanece inaccesible á la seducción que ejerce Armida? Los detalles más exactos están unidos con tal destreza á los prodigios y las aventuras, que á menudo se cree uno todavía en el terreno de la verdad, cuando ya se nada en plena fantasía. Á la voz del poeta, vense acudir los espíritus invisibles, motores de los cielos y del infierno; desde el trono del Eterno hasta las moradas de la sombra, todo se pone en movimiento para favorecer ó detener el triunfo de los cruzados. Esos medios sobrenaturales, que difunden misteriosos colores sobre toda la obra, no están fuera de lugar en un asunto cristiano. El efecto que de ello resulta es imponente; y esa intervención de las potencias celestes é infernales no chocaba con las creencias religiosas del siglo décimosexto.

Maquiavelo. — Ariosto y el Taso fueron los

grandes poetas de ese siglo, edad de oro de la literatura italiana; Guicciardini y Maquiavelo los más célebres prosistas.

Guicciardini escribió la historia de Italia, del año 1470 á 1534, limitándose á narrar los acontecimientos que presenció y en que á veces fué también actor. Sabe pintar con exactitud el carácter de los hombres célebres de su tiempo, pone de relieve sus pasiones y sus intereses y hace ver el origen de todas las disensiones que entonces existían entre las diversas potencias de Europa.

Maquiavelo, natural de Florencia, vió la luz el 3 de mayo de 1460; distinguióse sobre todo por su *Historia florentina* y su libro del *Príncipe*. En el primero alcanza la energía y la concisión de Tácito, mostrándose al mismo tiempo historiador y filósofo, y arrojando sobre los acontecimientos maravillosa luz, pues supo indicar siempre sus causas y efectos.

Su obra *El príncipe* es tristemente célebre. Irritado por las injusticias de que había sido víctima, Maquiavelo se abandonó á su tendencia recelosa y casi salvaje. En una de sus embajadas había visto de cerca la infame política de César Borgia, y aprendió en ese príncipe cuánto partido puede sacar la ambición de la perfidia y la crueldad. Así fué que enumeró en su obra los medios que puede emplear la tiranía para someter los pueblos á servidumbre, pintando la perversidad humana en términos que hacen estremecerse de horror. No creemos sin embargo que su intento fuera inducir á los soberanos á tomar por guía aquella detestable política, al revelarles los recursos de que disponen, pues á la vez que pone de manifiesto la astucia de los reyes, excita la energía de los pueblos para librarse de sus opresores. Lo probable es que su objeto fué retratar á los personajes en cuya intimidad vivió, y pintar al desnudo la sociedad italiana del siglo xv; pero no por eso es menos peligroso su libro, toda vez que tiende á erigir en teoría la conducta abominable de ciertos individuos, y á transformar sus crímenes en máximas generales que todo soberano puede practicar.

Los escritos de Maquiavelo encantan el espíritu por

su forma brillante y armoniosa, tanto como entristecen el corazón por el abyecto sensualismo que los degrada. Italia comprendía que era deudora de su independencia y libertad á los sumos pontífices, y sobre todo que necesitaba de la protección de éstos para conservar aquellos beneficios. Así fué que, dejando á un lado ciertas excepciones de escasa importancia, no tuvo más que una voz para rechazar la reforma, y defender á Roma contra los ataques del protestantismo.

Sin embargo, á la vez que combatía el error, no dejó de impregnarse de su espíritu é inclinaciones sensuales. Todos los autores italianos que entonces se ocuparon en la filosofía hicieron concebir sospechas acerca de la sinceridad de su fe. Pomponacio vió quemado en Venecia su *Tratado sobre la inmortalidad del alma* y, no obstante sus defensores y apologías, mereció que se le acusara á la vez de materialismo y ateísmo. Telezio cuyos libros fueron puestos en el *Indice* apenas vieron la luz, fué el padre de la doctrina sensualista explotada por los filósofos del siglo xviii. Jerónimo Cardán mostró independencia y temeridad aun mayores y Jordán Bruno se hizo quemar vivo en 1600 por haber enseñado con tenacidad el panteísmo y todos los errores que acompañan á ese detestable sistema.

Las composiciones literarias que hemos admirado como obras de arte eran generalmente irreligiosas ó inmorales. La sátira era alegre y graciosa, pero toda la sal de sus bromas se extendía sobre las cosas santas: Molza cantaba la dicha de los excomulgados; Ariosto y Maquiavelo se entregaban en sus desvergonzadas comedias á toda la impudicia de sus impuras imaginaciones, y de ahí se bajó con el Aretino hasta el fango más inundo.

De las artes. Brunelleschi. — Las artes brillaron al mismo tiempo con el más deslumbrador brillo y se hallaron sometidas á las mismas influencias que las letras. La arquitectura, la escultura y la pintura se inspiraron en las obras maestras de Grecia y de Roma, teniendo también así su *renacimiento*. El estilo gótico que distingue las grandes catedrales de occidente en

la edad media, no había alcanzado la misma boga en Italia. En Roma no hay más que una iglesia, la de la Minerva, que pertenezca al estilo ogival. Pero aunque se han mantenido generalmente las tradiciones antiguas, se habían perdido de vista los órdenes griegos, de armoniosas proporciones. El florentino Brunelleschi fué quien los puso de moda otra vez.

Nació en 1375 y murió en 1444; construyó el palacio Pitti, y lanzó á los aires la magnífica cúpula de la catedral de Florencia, que inspiró á Miguel Ángel la de San Pedro, construida un siglo más tarde.

El año mismo de su muerte nacía en Monte Astraldo, á cuatro millas de Urbino, Bramante, que elevó ese nuevo género á su perfección. Débesele el suntuoso edificio que une el Belvédere con el Vaticano, y recibió encargo del papa Julio II para trazar el plano de la inmensa basílica de San Pedro. Estableció en efecto sus cimientos en 1512 y legó su obra á Miguel Ángel, quien tuvo á gloria el continuarla.

Miguel Ángel fué al mismo tiempo arquitecto, escultor y pintor.

Florencia, llena de lustre por los monumentos que en ella construyera Brunelleschi, se gloriaba al mismo tiempo de los hábiles escultores que habían sacudido el yugo del arte bizantino para crear el estilo italiano, que logró reproducir con mayor exactitud las formas naturales. Andrés y Nicolás de Pisa fueron los primeros en seguir ese camino, haciéndose famosos por sus púlpitos de Pisa y de Siena y el sepulcro de Santo Domingo en Bolonia.

Lorenzo Ghiberti los sobrepujo con las dos puertas de bronce que hizo para el bautisterio de Florencia, y que Miguel Ángel declaraba dignas de ser colocadas en la entrada del paraíso.

Donatello fundó la escuela florentina de que Andrés Vecocchio y Alejandro Leopardi debían ser los representantes más ilustres; su obra maestra es la estatua de San Marcos, tan llena de verdad y de vida que, al contemplarla, Miguel Ángel exclamaba con entusiasmo: «¿Por qué no hablas, Marcos?»

De la pintura. — La escultura llegó hasta donde alcanzaran los antiguos, pero Italia superó á Grecia

en la pintura. El impulso dado por Giotto originó en el siglo xiv multitud de artistas que se gloriaban de llamarse sus discípulos. Esos se esforzaron lo mismo que su maestro en reproducir la naturaleza, pero su principal tarea consiste en idealizar las concepciones del mayor de los poetas italianos, Dante. En el campo santo de Pisa y en la iglesia Santa María Novella de Florencia se pueden ver las ideas que la Divina Comedia suministró á aquellos artistas.

En el siglo xv se individualiza el estilo, perfeccionándose la anatomía y el dibujo. Nótase menos idealismo en la concepción; la realidad triunfa, pero el color carece de fuerza. Cada artista posee su carácter y cualidades propias. Admirase en Angélico la suavidad y lo profundo del sentimiento religioso, en el Ghirlandajo el poder y energía de composición, en Paolo Uccello la ciencia. Pero la escuela florentina no llegó á su apogeo hasta fines de ese siglo y principios del siguiente. Los dos grandes genios de la época son Leonardo de Vinci y Miguel Ángel.

Leonardo de Vinci. — Leonardo fué, lo mismo que Miguel Ángel, pintor, escultor y arquitecto, cultivando además la poesía y la música. Nació en el castillo de Vinci, cerca de Florencia, en 1452.

Sus trabajos como arquitecto consisten en los canales que trazó en la alta Italia y en la fortificación de las principales ciudades del Milanesado. Pasó la mayor parte de su vida en Milán, donde fué protegido por Ludovico Sforza y por Luis XII de Francia; más tarde fué á Roma, recibiendo allá los plácemes y muestras de benevolencia de León X, y acabó por marchar á Francia, en cuyo país murió en el castillo de Amboise, entre los brazos de Francisco I, que lo había llamado para ponerlo al frente de la escuela francesa.

Como escultor dejó magníficos caballos en relieve, un hermoso modelo de Jesucristo en su juventud, y emprendió además una estatua ecuestre colosal de Sforza. Su talento de invención se distinguió por la creación de las máquinas automáticas, que prueban cuán alto hubiese llegado, de consagrarse á la mecánica.

Pero lo principal de su fama proviene de sus trabajos

pictóricos. Su obra maestra es la *Santa Cena*, que pintó al fresco sobre las paredes de un convento de los dominicanos en *Santa Maria delle Grazie* de Milán. Francisco I quiso, después de la batalla de Mariñan, hacer arrancar ese fresco y mandarlo á Francia, pero no fué posible separarlo de la pared en que estaba pintado. Durante las guerras de la república francesa ese convento fué transformado en cuartel, convirtiéndose en cuadra el refectorio donde se halla tan magnífica pintura. El general Bonaparte había ordenado en 1796 que se respetase esa obra maestra, y que no volvieran á alojar soldados en aquel convento; pero las exigencias del servicio fueron mayores que el respeto al arte, y con todas esas profanaciones ha sufrido mucho la joya debida al pincel de Leonardo. Ese gran pintor prestó inmensos servicios al arte, pero no alcanzó el grado de influjo que Miguel Ángel.

Miguel Ángel. — Miguel Ángel es un genio incomparable. Poeta en sus momentos de ocio, compuso gran número de sonetos dignos en su mayor parte de la pluma de Petrarca. Era hábil ingeniero, que fortificó á Florencia, y se encargó de su defensa durante un año. Por último, fué arquitecto, pintor y escultor.

Nació en el castillo de Caprezzo, en el territorio de Arezzo, el 6 de marzo de 1474; su familia quería alejarlo de la carrera artística, que consideraba indigna de sus títulos de nobleza; pero la vocación del joven venció todas esas rastreras ideas, y durante su vida, Miguel Ángel no tuvo más pasión que la del arte.

Había estudiado la naturaleza, disecando como un médico el cuerpo humano, para darse cuenta del efecto de los músculos, de los nervios y de la sangre en una actitud dada. Unió la fuerza á la exactitud, y todas sus obras fueron concebidas en colosales proporciones, con energía sobrehumana que lo ha hecho apellidar Titán de la escultura y de la pintura. Sus estatuas son gigantescas, y presentan el poder de expresión que atribuímos á los personajes de los tiempos hebraicos. En Florencia se admiran las estatuas del *Pensiero*, de la *Aurora*, del *Día* y de la *Noche*, que adornan las tumbas de los Médicis; pero su obra

maestra es el *Moisés*, que esculpíó para el supulcro de Julio II, y que se vé en Roma, en la iglesia de San Pedro *in vincoli*.

Por lo demás, todas sus grandes obras se encuentran en esta última ciudad. Habíase hecho en pintura discípulo de Domingo Ghirlandajo, pero no pudo plérgarse al estilo frío, descarnado y seco de su maestro. Su genio impetuoso siguió á la naturaleza en lo que ésta tiene de más vivo y palpitante, y transformó á la pintura en riquísima poesía. Su obra maestra en este arte es el fresco del *Juicio final*, que pintó en la bóveda de la capilla Sixtina. Al oír el toque de las trompetas de los ángeles, los muertos salen de sus tumbas, esforzándose en despojarse de la tierra que los cubre, mientras otros se elevan por los aires para ir á presentarse ante el supremo juez. Los ángeles se llevan al cielo á los elegidos, mientras que los demonios arrastran al infierno á los réprobos. Esa composición inmensa hace pensar, por su brillo, su movimiento y su vigor, al *Infierno* de Dante.

Después de eso recibió Miguel Ángel encargo de dirigir la construcción de la inmortal basilica de San Pedro, con arreglo á los planos de Bramante. Pero la cúpula de esa iglesia, que es, en todos sentidos, la primera del mundo, fué exclusivamente obra suya. Ese patriarca del arte murió en 1564 á la edad de noventa años.

Rafael. — Rafael Sanzio es el príncipe de la pintura moderna. Nació en Urbino, el año 1483 y murió en 1520, cuando apenas contaba treinta y siete años. Su imaginación fué tan fecunda y tan rápido su pincel que esa cortísima existencia produjo numerosas obras maestras, que se encuentran hoy en Florencia, Dresde, Roma, París, Londres, en casi todos los museos de Europa y en las colecciones particulares de cierta importancia. Fué á Florencia en 1503, viviendo ya en esa ciudad, ya en Perusa, para al fin fijarse en Roma en 1508, llamado por su tío Bramante.

Julio II lo encargó de adornar las salas del Vaticano; con tal objeto pintó el *Incendio del Burgo*, la *Escuela de Atenas*, la *Disputa del Santo Sacramento*, la *Poesía* ó las musas y Apolo, rodeados por los prin-

cipales poetas antiguos y modernos, la *Filosofía*, la *Jurisprudencia* y la *Teología*.

Después de la muerte de Bramante, continuó las construcciones empezadas por su tío en el Vaticano, dirigiendo la fábrica de la parte del palacio cuyas estancias han llegado á ser tan célebres gracias á las pinturas con que las adornó Rafael. Lo notable que hay en las estancias son los cuatro cuadros pintados al fresco en cada una de las trece bóvedas, lo cual forma en junto cincuenta y dos pinturas que representan los principales hechos del antiguo y del nuevo Testamento; á eso se le llama Biblia de Rafael.

Ese gran pintor empezó por ser discípulo de Perugini, á quien imitó por de pronto con gran exactitud. Pero luego quiso reunir á los méritos de su maestro los de los grandes artistas gloria de la Italia de entonces. Así fué que estudió á Leonardo, aprendió en Miguel Ángel la ciencia anatómica y del *Frate* el conocimiento de la perspectiva; observó los efectos de luz, de sombra, de noche y de sol, los animales, las vestiduras, y se aplicó á disponer sus personajes con arte maravilloso. Su genio no posee el brío ni los ímpetus del de Miguel Ángel, sus concepciones no presentan la misma grandeza; pero hay en sus obras tal gracia, tal armonía y pureza, que rayan en la perfección. Sus *virgenes*, que multiplicó prodigiosamente, son de belleza ideal, que no existe en la realidad y que el genio de Rafael creó.

En general se considera como su obra maestra uno de los grandes cuadros del Vaticano, la *Transfiguración*, en la cual puso en movimiento los 22 primeros versículos del capítulo xvii de San Mateo, que nos representa á Cristo transfigurado entre Moisés y Elías, y á tres apóstoles, Pedro, Santiago y Juan, que, deslumbrados por el brillo de la aparición, caen despavoridos á tierra; en la base de la montaña se ve al pueblo, esperando á Jesús para presentarle un niño poseído por el demonio y rogarle que lo cure. En ese cuadro, dice Vasari, hay figuras tan hermosas, cabezas de estilo tan nuevo y de tan variado carácter, que con razón se le tiene por todos los artistas como la obra más admirable que Rafael produjera.

De las escuelas italianas. — Esos grandes maestros fueron los jefes de las diferentes escuelas de pintura, célebres en Italia y en el resto de Europa.

La escuela florentina, que tuvo por jefes á Leonardo de Vinci y Miguel Ángel, vió aparecer multitud de artistas, entre los cuales mencionaremos á fra Bartolommeo (*il Frate*) y *Andrés del Sarto*. El primero había sido uno de los más entusiastas partidarios de Savonarola. Después de la muerte del dominico, tomó á su vez los hábitos de esa orden y entró en el convento de San Marcos. Su vida fué corta, pues murió en 1517, á la edad de 48 años. Expresivo como Leonardo, lleno de gracia como Rafael, imponente como Miguel Ángel, colorista casi igual al Ticiano, impregnado de la ciencia y del sentimiento de los tonos, pero sin servilidad, sin violencia, sin afectación y sin desvaríos, *il Frate*, dicen los comentadores de Vasari, fué el resumen del arte florentino en su época.

Andrés del Sarto, apellidado así por ser hijo de un sastre, casi no salió de Florencia, y por ese motivo se encuentran en esa ciudad casi todas sus obras. Distinguióse por la pureza del dibujo, la precisión y poder del colorido, la armonía y unidad de sus composiciones. Su mala conducta hizo que viviera miserablemente. Por un pedazo de pan pintó su *Virgen del saco*, que se halla en el convento de los dominicos.

La escuela romana, que puede llamarse hija de la Florentina, tuvo por jefe á Rafael. El pintor de Urbino no hubiera podido ejecutar nunca por sí solo todos los cuadros que llevan su nombre, si no le hubiesen ayudado en esa tarea multitud de pintores que se enorgullecían de tenerlo por maestro. Así era que al salir de su estudio, le formaban cortejo Juan de Udino, Perin del Vaga, il Fattore, Pelegrino de Módena, Polidoro de Caravaga y otros varios. Su discípulo predilecto, que al morir Rafael quedó siendo jefe de la escuela, fué Julio Romano.

La escuela parmesana no tuvo, por decirlo así, más que un pintor, pero ese fué Correggio, llamado así por haber nacido en dicho pueblo, aunque su verdadero nombre era Antonio Allegri. Nunca salió de los pequeños Estados que en su época existían en Italia

central. Carecía de riquezas, y eso le impidió tomar lecciones de nadie, por lo cual puede decirse que debió á su propio esfuerzo sus triunfos y su gloria. Habiendo visto en Parma un cuadro de Rafael, su genio se reveló, haciéndole lanzar esta exclamación: *Anch'io sono pittore*, yo también soy pintor. Sin embargo, vivió pobre y postergado, teniendo que vender á vil precio sus cuadros, y luchando perpetuamente contra el hambre. Sus obras constituyen hoy la riqueza del museo de Parma, y adornan la catedral de esa ciudad, y cosa que asombra, ese infeliz artista, que no conoció ni un instante de dicha, brilla sobre todo por la gracia, la suavidad y ternura de su estilo.

La escuela de Bolonia se gloria de haber tenido por maestros al Parmesano, á los tres Carraccio, Luis, Agustín y Anibal, Dominiquino, Guido Guercchino y Albano.

La escuela Veneciana cuenta entre sus artistas á Bellini, Giorgione, Ticiano, Tintoreto, Veroneso, los Bassano y los Palma.

Giorgione (1477-1511) y Ticiano (1477-1578) fueron los discípulos de Bellini. El primero pintó magníficos frescos que han desaparecido, y sólo quedan de él unos cuantos cuadros. Más afortunado que su colega, Ticiano vivió casi un siglo, 99 años, sin que se debilitaran apenas sus facultades, y multiplicó sus producciones hasta tal punto que no hay museo donde no se halle alguna. Había sido nombrado primer pintor de la república de Venecia, y por tal razón tenía que hacer el retrato de cada nuevo dux, mediante ocho escudos. A ese convenio debemos los cuadros que representan á los dux Andrés Gritti, Pedro Lando, Francisco Donato, Marco Antonio de Treviso y Venerio.

Tintoreto y Pablo Veroneso adornaron el palacio del dux. El primero dejó allí más de veinte cuadros sin contar los retratos. En ese mismo edificio se cuentan una docena de grandes composiciones del Veroneso, techos ó cuadros. Los asuntos tratados en ellas son muy diversos.

Esos pintores se distinguen por el brillo y vigor del colorido. Vestían sus personajes á la Veneciana, y

eran superiores en el retrato. En París hay diez y ocho cuadros del Ticiano, entre los que se cuentan un retrato de Francisco I y el de una dama cuyo nombre se ignora.

§ III. — *Del Renacimiento en Flandes y en Alemania. Los Van Eyck, Erasmo, Durer y Copérnico.*

El Renacimiento imprimió en todas partes nueva dirección al espíritu humano, y ese cambio se manifestó en las letras, las artes y las ciencias. En Flandes y Alemania la nueva literatura fué representada por Erasmo, de Rotterdam, cuya influencia se dejó sentir en toda Europa. Las artes debieron sus progresos á los van Eyck y á los Alberto Durer ó Durero, que pueden ser considerados como jefes de la escuela flamenca, y el genio de Copérnico abrió á la ciencia nuevos derroteros con el descubrimiento del sistema del mundo.

Erasmo. — Erasmo fué el primero de los humanistas en el siglo xvi. Nació en Rotterdam el 28 de octubre de 1447, haciendo sus primeros estudios en la catedral de Utrecht y en la escuela de Deventer. Como su capacidad le había valido una beca en el colegio de Montaigu, allí continuó perfeccionando sus conocimientos hasta 1521. Su vida fué serie no interrumpida de viajes. Visitó la Inglaterra y la Italia, habitó durante algún tiempo en Venecia, alojado en casa de Aldo Manucio, su editor, y de allí pasó á Roma, donde lo había precedido la fama, volviéndose desde allí á Inglaterra, á pesar de cuantas instancias le hicieron los cardenales para que permaneciese en la corte pontificia. Desde el último de dichos países marchó á Bruselas, y luego á Basilea, punto en que se fijó para cuidar de la impresión de todas sus obras, empresa de que encargó á su amigo Froben.

Fué favorecido por los papas León X, Adriano VI, Clemente VII y Paulo III. Este último lo nombró preoste de Deventer, y su intención era confiarle beneficios hasta que tuviera 3.000 ducados de renta, con objeto de que pudiese aceptar el título de cardenal que se proponía concederle. Pero Erasmo, que pre-

fería su tranquilidad y su independencia á los honores, no aceptó los presentes que le hacían.

Consagrado por completo al estudio de los antiguos, Erasmo acabó por no tener más idioma que el de esos pueblos. Escribía el latín como Cicerón.

Sus obras, que forman diez volúmenes en folio, contienen tratados de retórica y de gramática, como el *De copia verborum*; trabajos de erudición como sus *Adagios*; publicaciones de circunstancia, como sus *Coloquios* y su *Elogio de la locura*, en que satiriza con mucho ingenio los vicios y originalidades de cada profesión; traducciones de los Padres griegos y del Nuevo Testamento; y por último, escritos de polémica, en que ataca y refuta á Lutero.

Erasmo había sido vivamente impresionado por los abusos que reinaban en la Iglesia en el siglo xvi. Así es que ridiculiza con mordaz ironía la ignorancia, la superstición y la indolencia de los ricos beneficiados, la corrupción de ciertos monasterios, y la escandalosa licencia de las altas dignidades eclesiásticas, que no se preocupaban para nada de su deber de pastores. Al ver esas críticas, Lutero creyó por de pronto poder atraer á su partido al literato de Rotterdam, y al efecto le escribió cartas muy lisonjeras. La palabra reforma, que no sólo ese escritor, sino también Julio II y León X, éste en el concilio de Letrán, habían pronunciado, hizo que Erasmo vacilara por de pronto; mas, cuando vió que no se trataba de purificar y fortalecer á la Iglesia, sino que el propósito del monje sajón era destruirla, Erasmo declaró vigorosamente su fe y combatió con fortuna los nuevos errores.

La reputación del mencionado literato se extendió por toda Europa. Tal vez no ha existido escritor alguno que tuviera en vida tantos admiradores. Los príncipes se gloriaban de sostener correspondencia con él, y procuraban atraerlo á sus cortes; los escritores y los sabios se enorgullecían de que Erasmo les escribiera, y sin alcanzar influjo tan decisivo como el de Voltaire en el siglo xviii, empuñó como éste el cetro de la literatura, y ha merecido que se le considere como príncipe de las inteligencias de su tiempo. Él fué quien sacó á Alemania de la barbarie; á él debe

principalmente el Norte de Europa su renacimiento literario, las primeras ediciones de varios padres de la Iglesia, las reglas de la sana crítica y el gusto por la antigüedad. Penetrado de lecturas clásicas, que fueron sus modelos, su estilo, dijeran lo que dijese sus detractores, es puro, fluido, ingenioso, original en cierto grado, y no menos elegante que el de ciertos puristas exagerados, cuya pretensión consistía en no emplear más que giros ciceronianos. Erasmo aplicó á las discusiones teológicas y á los asuntos más místicos las agradables formas de su lenguaje, y tuvo el mérito de despojar á esas materias de las argucias y sutilezas en que se las había envuelto con demasiada frecuencia.

Los Van Eyck. Alberto Durer. — Según ya se ha visto, un alemán, Gutenberg, fué quien dotó al mundo civilizado con la invención de la imprenta. En cuanto á la pintura, varios pintores flamencos, los Van Eyck, la enriquecieron con uno de los más brillantes descubrimientos modernos. El más joven de ellos, Juan de Brujas, descubrió la pintura al óleo, ó por lo menos la perfeccionó, gracias á un principio que permitió al artista retocar sus colores antes de que se hubiesen secado.

Antes se pintaba sobre madera, ó telas cubiertas de yeso, ó bien al fresco sobre las paredes. Todos esos métodos presentaban grandes inconvenientes. La pintura sobre madera estaba expuesta á todos los movimientos que esa sustancia experimenta, según esté el tiempo seco ó húmedo. Lo mismo ocurría con el yeso y las paredes. La temperatura ejercía acción enorme sobre las composiciones sometidas á todos los cambios atmosféricos.

La pintura al óleo resolvió ese problema, y permitió á los artistas, en cuanto es posible, poner sus obras á cubierto de los estragos del tiempo. Huberto Van Eyck se unió con su hermano, y juntos libraron á la pintura de los fondos de oro y de las figuras prolongadas y secas debidas á la tradición bizantina. Estudiando á la naturaleza, hallaron en la verdad de su imitación tipos exactos que pusieron á la escuela flamenca en la misma vía que las escuelas italianas.

La escuela alemana de Dresde, dirigida por Luis Kraner, la de Nuremberg, cuyo jefe fué Alberto Durer, y la de Basilea, que tuvo en calidad de tal á Holbein, se asociaron á los mismos esfuerzos.

Alberto Durer ó Durer, que es como debe llamársele, nació en Nuremberg en 1471 y murió en 1528. Como Miguel Angel, Leonardo, y todos los grandes artistas de aquella época, Durer fué un talento universal, distinguiéndose como pintor, arquitecto, ingeniero, escultor, matemático y grabador. Su fecundidad iguala á la de Rafael, quien admiraba sinceramente sus obras. Casi no hay en Europa un museo ó galería que no posea alguno de sus cuadros. Sus personajes presentan irreprochable regularidad de fisonomía, si bien se echa de menos en ellos la animación y viveza de los rostros. El destello de la inteligencia no es bastante grande.

Pero como grabador no tuvo Durer rival alguno. Dejó 1254 grabados. El florentino Finiguerra había inventado á mediados del siglo xiv el grabado en cobre, y la manera de reproducir los asuntos grabados, permitiendo así que todo el mundo poseyese imágenes de las obras maestras de la pintura. Durer descubrió el grabado al agua fuerte, y alcanzó la perfección de ese género. Rafael admiraba esos trabajos y había cubierto con ellos las paredes de su estudio.

Hans Holbein, padre de la escuela de Basilea, alcanza la estatura de Durer, el gran artista de Nuremberg. En ese pintor se admiran sobre todo sus talentos de retratista. Hizo los retratos de Lutero y de Calvino, los grandes innovadores del siglo xvi, el de Catalina Bore, mujer de Lutero, y los de Erasmo y de Enrique VIII. En esos trabajos se nota alguna sequedad y dureza, pero el colorido alcanza en ellos gran vigor, y su verdad y viveza son tales que parecen estar hablando.

Copérnico. — Las ciencias no realizaron verdaderos progresos más que bajo el Renacimiento. Las matemáticas, la física y la astronomía permanecieron casi estacionarias mientras no se volvió al estudio de Euclides, de Diofanto, de Arquímedes, Ptolomeo y todos los sabios que fueron gloria de Atenas y de Roma.

Pero lo notable es que los hombres que más brillaron en esa clase de conocimientos, estaban revestidos de las más brillantes dignidades eclesiásticas. Nicolás de Cusa, que sostuvo dos siglos antes que Galileo la doctrina del movimiento de rotación de la tierra, fué sucesivamente deán de San Florín de Coblentza, arcediano de Lieja, obispo y cardenal. Ese personaje había descubierto lo que de defectuoso existía en el calendario, proponiendo su reforma al concilio de Basilea. El papa Eugenio IV le confió varias rogaciones importantes, y Nicolás V lo nombró obispo de Brixen, honrándolo con la púrpura romana en 1448. Juan Muller, más conocido por el nombre de Regiomontano, que fué con su maestro Purbach uno de los regeneradores de la astronomía moderna, recibió de Sixto IV el obispado de Ratisbona; más tarde, ese pontífice lo llamó á la ciudad eterna otorgándole magníficos beneficios. Habiéndose aplicado al estudio del griego bajo la dirección de Bessarión, publicó, por deseo de este cardenal, un compendio del *Almagesto* de Ptolomeo, y puso de manifiesto en sus críticas cuanta inverosimilitud contenía el sistema de aquel astrónomo griego, hasta entonces principal autoridad en su ciencia. Copérnico, que dió el golpe mortal á ese sistema, nació en Thorn el año de 1473 é hizo sus estudios en Cracovia. Recibióse doctor en medicina, y fué á Italia, donde conoció el famoso Regiomontano. De vuelta á su país, su tío materno, obispo de Viarmia, le otorgó una canonjía en Frauenberg. En esa vida tranquila continuó sus estudios, llegando á formular su sistema por las observaciones astronómicas que practicó y por el estudio profundo de las obras de los antiguos.

Lo que había llamado más su atención en el estudio de los autores paganos fué que no le parecieron absolutamente convencidos del orden y de la sencillez que debían reinar en las obras de Dios. Las ideas que en el orden teológico se había formado de la creación lo persuadieron *a priori* de la unidad y simplicidad de las leyes universales, creyendo en consecuencia que mientras más orden y simetría se pusiera en las concepciones de los antiguos, más cerca se estaría de la verdad tocante al sistema del mundo. Convencido

como se hallaba de la falsedad del sistema de Ptolomeo, que su amigo Regiomontano atacara tan briosamente, Copérnico releyó los sistemas de los egipcios, de Apolonio de Perga, de Filolao, de Nicetas, de Heraclio, de Aristarco de Samos y de Pitágoras, y, tomando de cada uno de esos trabajos los elementos utilizables, llegó á componer una obra *De orbium cælestium revolutionibus*, en que expone el sistema del mundo tal como se le admite en la actualidad. Sometió toda la astronomía á una simple idea, y esa unidad constituyó el triunfo de la ciencia, pues reveló plenamente la belleza de la obra del Creador.

El italiano Galileo (1564-1642), que fué el inventor del telescopio, sostuvo arduamente ese nuevo sistema, y contribuyó mucho á hacerlo prevalecer. Tycho Brahe (1546-1601) continuó las observaciones de Copérnico, é imaginó por su parte un sistema particular que no ha obtenido el asentimiento de los sabios. Pero al menos sus trabajos condujeron á su discípulo Képler (1571-1631) al descubrimiento de las leyes de los movimientos celestes.

§ IV. — *Del Renacimiento en Francia. El cardenal de Amboise; el Colegio de Francia. Rabelais, Ronsard, Montaigne. La escuela de Fontainebleau; Juan Goujón. Filiberto Delorme.*

Del renacimiento de las letras. — La lengua francesa había realizado desde antes del Renacimiento notables progresos. Comines, al escribir en sus *Memoirs* la historia de Luis XI, introdujo en esta rama de las letras, á la vez que su estilo inimitable, carácter completamente nuevo, pues no se limitó como Froissard á contar con arte maravilloso las escenas de que había sido testigo, sino que estudió particularmente las negociaciones, las intrigas diplomáticas y los propósitos de los personajes. Leyéndolo se comprende que ha nacido la política moderna.

Desde la invención de la imprenta y la dispersión de los griegos por el occidente europeo, todos los espíritus se apasionaron por las obras maestras de la antigüedad y se pusieron á estudiarlas y comentarlas

con increíble ardor; ese trabajo fué útil para el desarrollo de las lenguas modernas. La francesa, lo mismo que las otras, ganó en precisión y claridad, y desde el año 1539 pudo reemplazar al latín en los documentos públicos.

El Colegio de Francia (1538). — El año precedente había creado Francisco I el *Colegio de Francia*, llamado también *Colegio de las tres lenguas*, y cuyo fin era activar el movimiento literario que se había producido en Francia después de las guerras de Italia. Los tres idiomas, que en él se enseñaban eran el hebreo, el griego y el latín. Vatable hizo famosa la cátedra de hebreo, Danés la de griego, y al lado de la enseñanza de las lenguas se establecieron clases de medicina, de filosofía y de matemáticas. El sabio Budé, que fué quien dió á Francisco I la idea de fundar ese colegio, el orientalista Postel y los demás profesores, veían á la juventud acudir ansiosa á sus lecciones. No por eso perdió la Sorbona nada de su brillo. Esta escuela continuó enseñando la teología, y sus doctores se distinguieron por obras de erudición, siempre exacta y de exposición clara y metódica.

Francisco I compró en Italia, en Grecia y Asia manuscritos antiguos y empezó á enriquecer la Biblioteca real con las obras maestras de Grecia y de Roma. Mandó imprimir gran número de ellas, y compró á Aldo Manucio letra que cedió á los impresores reales para emplearla en las hermosas ediciones publicadas entonces.

El impulso estaba dado; el renacimiento de las letras iba á empezar. Lo que hay de realmente notable en ese período es que, á pesar del entusiasmo universal por la antigüedad, la poesía francesa pareció por de pronto querer bastarse á sí misma y resistir á la imitación.

Marot. — El primero de las poetas de ese tiempo, Clemente Marot, no se tomó nunca el trabajo de estudiar gran cosa. En un pasaje de sus libros dice ingenuamente que ha leído :

J'ai lu des saints la légende dorée,
J'ai lu Alain, le très noble orateur,
Et Lancelot, le très plaisant menteur,

J'ai lu aussi le Romant de la Rose,
Maistre en amours, et Valère et Orose,
Contant les faits des antiques Romains.

Si á eso se añaden Virgilio, Ovidio, Catulo, Marcial, Petrarca y Villón, se tendrá el catálogo casi completo de todas las obras que conoció.

Tradujo en verso los Salmos, y su trabajo logró fortuna extraordinaria. Francisco I los cantaba; los señores y damas de la corte los aprendían de memoria y, durante un verano, fué moda ir todas las tardes al *Pré aux Cleres* para cantarlos en coro.

Literariamente no merecían tanto honor, pues, según se ha dicho perfectamente, el flajolé de Marot no podía reproducir los nobles y majestuosos sonidos del arpa inspirada del rey profeta. En lo tocante á su ortodoxia, la Sorbona descubrió en la traducción algunos errores, y Marot fué perseguido por causa de las poesías que tantos aplausos le valieran. Tuvo en consecuencia que salir de Francia, yendo á refugiarse en Ginebra, pero como sus costumbres licenciosas lo hicieran expulsar de esa ciudad, fijó su residencia en Turín, donde murió desvalido y pobre en 1544.

Marot formó escuela. Sus más ilustres discípulos son Margarita de Navarra y Mellín de Saint-Gelais. Aquélla compuso versos que su camarero coleccionó con este título : *Las margaritas de la margarita de las princesas*. Mellín de Saint-Gelais, capellán del Delfín que fué más tarde Enrique II, no hizo más que redondillas ó cortísimos epigramas, que divirtieron á sus contemporáneos, pero que su autor no se tomó siquiera el trabajo de reunir.

Hasta el siglo xvi, los cuentos, romances y fábulas no se habían escrito en Francia sino en verso; Margarita de Navarra, hermana de Francisco I, escribió algunos cuentos en prosa, con el título de *Historietas de la reina de Navarra*. Los compuso en su litera, al andar por los campos, y tuvo el mérito de escribir con gracia y sencillez que la Fontaine puso á contribución más de una vez. Pero si su libro es en lo tocante al estilo un monumento curioso de la lengua francesa, no se puede menos de deplorar la licencia que respira. Su modelo fué el *Decamerón* de Boccaccio, y su imagi-

nación se aplicó á la pintura de escenas inmorales y poco decentes.

Ronsard. — Ronsard formó escuela como Clemente Marot. Había nacido en el castillo de la Bissonnière en el Vendômois, el 11 de septiembre de 1524. Estudió con increíble ardor el griego y el latín y se propuso calcar la literatura francesa sobre los modelos de Atenas y de Roma. Quiso escribir como Homero y Píndaro, y reproducir en sus versos el genio de Horacio y de Virgilio. Según lo ha dicho Boileau, su musa habló griego y latín en francés. Esa exageración lo perdió.

No ha habido poeta que sus contemporáneos elogiaran tanto. De Thou llegó hasta decir que Ronsard había nacido el año mismo de la batalla de Pavía, como si el cielo hubiere querido resarcir á Francia de sus pérdidas. Los magistrados de Tolosa que presidían los juegos florales, lo proclamaron el *poeta francés* por excelencia, y le dieron, en vez de la flor acostumbrada, una Minerva de plata maciza. Sus poesías consolaron á Maria Estuardo en su cautiverio. La infortunada reina le envió un Parnaso de plata, con este verso, que valía por cierto mucho menos que el regalo :

A Ronsard, l'Apollon de la source des Muses.

Los críticos más distinguidos del siglo xvi, los Escaligero, los Turnébe, los Muret, los Pithou, los Sainte-Marthe, los Pasquier, lo colocaron en primera fila entre los poetas franceses; y algunos llegaron hasta ponerlo á la altura de Homero y de Virgilio. Montaigne no lo consideraba muy inferior á los antiguos. Los reyes Enrique II, Carlos IX y Enrique III le tributaron los más significativos honores. Carlos IX le escribía en tono amistoso :

Il faut suivre ton roi qui t'aime par sus tous.

Sus discípulos forman alrededor de ese poeta una pléyade que se compone de Joachim de Belley, Remy Belleau, Amadys Jameyn, Antonio Baif, Esteban Jodelle, Dorat y Ponthus de Thiard, autores que han

desaparecido todos con el astro en cuyo torno gravitaban.

Rabelais. — No ocurre lo mismo con Rabelais. Natural de Chinón, Turena, por los años de 1483; su grande obra es la *Vida de Gargantúa y Pantagruel*, donde se halla una crítica mordaz de todas las clases sociales. Todo lo atacó, poder real, magistratura, clero, los claustros, la Universidad, el parlamento, sin respetar nada. Si lo hubiese hecho frente á frente, habría desencadenado en contra suya horrible tempestad; así fué que prefirió echar por caminos ocultos; al efecto fingió que emprendía con Panurgo un viaje á tierras desconocidas, y en cada país, en cada nueva isla que encuentra en esa región de la alegoría, la emprendió con una clase social, hasta que las hubo pasado en revista todas.

La mayor parte de las críticas de Rabelais tenían ciertamente razón de ser; lo que hay de reprehensible en sus sátiras es que no se contentó con atacar los abusos, sino que combatió hasta las mismas instituciones. Además, en sus pinturas se descubre á veces el más indecente cinismo, y en el escritor no se ve más que al hombre escéptico y corrompido. Compréndese que no creía en nada y que, á pesar de su carácter de religioso y de sacerdote, vivía sumido en vergonzosas pasiones.

Sin embargo, sus últimos años fueron dignos: habiéndose retirado á su curato de Meudón, Rabelais cumplió en cuanto le fué posible con los deberes de su ministerio, no permitiendo que entrase nadie en su domicilio, para quitar todo pretexto á la calumnia. Recibía continuamente visitas de los sabios y de los personajes más distinguidos de París, se ocupaba en adornar su iglesia, enseñaba el canto llano á los monaguillos, y las primeras letras á los pobres. De todos los alrededores acudían para verlo en traje de sacerdote, y para oír su misa ó su sermón. El mencionado pueblo se convirtió entonces en sitio de paseo para los parisienses, que iban allá aun mucho después de la muerte de Rabelais, según esta frase que se repetía todavía en el siglo xvii: « Vamos á Meudón, donde veremos el castillo, la azotea, las grutas y al señor

cura, el hombre del mundo de cara más agradable, el de mejor humor, el que mejor recibe á sus amigos y á las gentes de bien, y que conversa como ninguno. » Rabelais murió el 9 de abril de 1553, muy cristianamente, según aseguraban sus amigos.

Montaigne. — El escepticismo de Rabelais se encuentra bajo otra forma en los *Ensayos* de Montaigne. Ese noble, que nació en el castillo de Montaigne, en Périgord, el 28 de febrero de 1533, tuvo por primer maestro á un alemán que no debía hablarle más que latín. De ese modo llegó á ser el idioma de Virgilio y de Séneca su lengua natural. Después aprendió el francés y el griego, y á la edad de trece años conocía familiarmente la antigüedad.

Habiendo sido nombrado consejero en el parlamento de Burdeos, tomó repugnancia á los negocios, se retiró á su castillo y pasó su tiempo en leer y meditar, sin someterse á orden determinado en sus lecturas y trabajos.

Sus célebres *Ensayos* fueron el fruto de ese género de trabajo; así es que en ese libro extraordinario no se encuentra plan ni método. El autor sigue los caprichos que le sugiere su versátil espíritu, y se muestra al lector tal como es, con todas las singularidades de su imaginación. Poseía inmensa cultura: hablaba de todo como quien sabía lo que decía, pero sin preocuparse del orden. Su ciencia es exacta, sus consideraciones nuevas y profundas, sus observaciones ingeniosas; pero carecía de fuerzas para tomar partido por una idea ú otra. Expone las opiniones contrarias con mucha lucidez, hace valer con arte las razones que abonan el pro y el contra, y cuando lo ha hecho así, se detiene. *¿Qué sé yo?* es la última palabra que de él se obtiene sobre los más graves é importantes problemas.

El escepticismo de Montaigne fué probablemente análogo al de Pascal, de Huet y de otros grandes escritores del siglo xvii. No tenía fe en la razón humana, pero creía en la palabra de Cristo y en la autoridad que la interpreta, según este epitafio que se colocó sobre su tumba:

Solius addictus jurare in dogmata Christi,
Cætera Pyrrhonis pendere lance sciens.

Del renacimiento de las artes. — El renacimiento de las artes fué más rápido en Francia que el de las letras. Carlos VIII llevó consigo de Nápoles pintores y arquitectos que le edificaron en Amboise un magnífico castillo. Luis XII dió el título de arquitecto real á fra Giacondo, que construyó el puente de Nuestra Señora en París, la gran cámara del parlamento y otra para el tribunal de cuentas. Francisco I, que mereció dar, como León X, su nombre al siglo en que viviera, compró á Miguel Angel el Laocón, la Venus de Médicis y las dos Esclavas; á Rafael, el San Miguel y la Santa Familia; á Leonardo de Vinci la Joconda y multitud de cuadros y estatuas que transportó de Italia al museo de París.

Al mismo tiempo atrajo á su corte los más distinguidos artistas italianos. Leonardo de Vinci, el Primaticcio, Benvenuto Cellini y Salviati, que adornaron con sus esculturas y sus pinturas las mansiones reales.

El cardenal de Amboise. — El cardenal de Amboise, que compartía el gusto de su señor por las bellas artes, hizo reparar la catedral de Ruan y encargó á Roger Anjo de construir el palacio de justicia. En éste se nota una mezcla del estilo antiguo y del nuevo felizmente combinados entre sí. Pero en el castillo de Gaillon, que debía ser la residencia de verano de los arzobispos de Ruan, el estilo antiguo desaparece. El medio punto ha reemplazado á la ogiva y se está en presencia de aquella arquitectura del Renacimiento que, en su admiración por la griega y romana, se esforzó en unir las hasta cierto grado. Vignole, Bellermati, el Primaticcio fueron los hombres de genio que trabajaron principalmente en dicha transformación.

Fontainebleau, San Germán, Chambord, Chenonceaux. — Después de haber visto los suntuosos palacios y elegantes mansiones que adornan á Italia, los nobles franceses no pudieron contentarse con sus castillos y torreones góticos, en cuya construcción se había tratado más bien de ponerse á cubierto contra los ataques venidos de fuera que hacer agradable y cómodo el domicilio. El tiempo de las guerras interiores había pasado y la sociedad feudal, siempre sobre las armas, se hallaba reemplazada por la brillante y

divertida corte de Francisco I. Las damas, los poetas, los artistas y los sabios que ocupaban á la sazón el puesto de los guerreros, necesitaban moradas menos sombrías y más bellas.

El monarca fué el primero en dar ese ejemplo. En Fontainebleau, donde Luis VII, Felipe Augusto y San Luis tuvieron un alojamiento, hizo Francisco I edificar un magnífico castillo. Los trabajos empezaron en 1528 y duraron hasta los tiempos de su hijo Enrique II, que agrandó esa morada, embelleciéndola además con multitud de notables obras artísticas. Francisco I había hecho construir también en el bosque cercano un pequeño abrigo, de gusto muy puro, modelo acabado de elegancia y delicadeza, para que sirviera de punto de reunión en las cacerías. En nuestros tiempos se ha transportado ese edificio piedra á piedra á los Campos Elíseos de París, donde se le da hoy el nombre de *casa de Francisco I*.

El mismo príncipe hizo levantar en una colina á orillas del Sena el magnífico castillo de *San Germán*, en un punto desde donde se divisa variado y espléndido panorama. Pero la obra maestra de su reinado fué el castillo de *Chambord*, que aun existe en la Soloña, en el blando y delicioso valle del Loira, que siempre atrajo particularmente á los Valois. Los planos y dibujos fueron hechos por el Primaticio, y de la ejecución se encargó un arquitecto de Blois, Pedro Nepveu. Ese monumento es el que presenta mayor unidad entre todos los de la época y el que más asombro causa por su elegante majestad.

En ese mismo valle se encuentra el castillo de *Chenonceaux*, cerca de Amboise, más tarde residencia habitual de Catalina de Médicis, y el de *Azay-le-Rideau*, que se alza entre Tours y Chinón, en una isla del Indre.

Los grandes siguieron el ejemplo del monarca y reemplazaron sus torreones por residencias modernas. Así fué que Montmorency edificó á *Ecouen* y *Chantilly*; Duprat mandó construir su fastuosa residencia de *Nantouillet*; Samblançay el castillo de ese nombre cerca de Troyes, etc.

El Louvre y las Tullerías. — El primer archi-

tecto francés de la época fué Pedro Lescot, natural de París, donde vió la luz en 1510. Francisco I lo encargó de reconstruir el Louvre. Lescot dirigió la formación de la fachada interior del patio, llamada hoy del reloj (*de l'Horloge*), que es una maravilla, pues reúne á la pureza de la arquitectura y la perfección de las líneas los adornos de más exquisito gusto y de mayor riqueza. Ese edificio fué continuado durante los reyes siguientes, hasta nuestros mismos días, pero ninguna de sus partes presenta la perfección de la que hemos dicho.

Felipe Delorme, que nació en Lyon á principios del siglo XVI, fué el arquitecto de las Tullerías. Lo encargó de la construcción de ese palacio Catalina de Médicis, después de la muerte de Enrique II. En ese edificio desplegó Delorme todos los recursos de su genio. El gran pabellón del centro, los dos cuerpos de estancias antiguas y los dos pabellones en que aquéllos terminan fueron obra suya. Luis XIV añadió á lo dicho los pabellones de Flora y de Marsán, y quiso reunir las Tullerías al Louvre, cosa que no se realizó sin embargo hasta los tiempos de Napoleón III. La obra de Filiberto Delorme fué destruída en 1871 por la teas incendiarias de los insurrectos federales.

Juan Goujon. — Los escultores más célebres de aquel tiempo fueron Juan Goujón, Germán Pilón y Juan Cousín.

El primero de los mencionados, que ha recibido el nombre de Fidiás francés, reúne la gracia á la fuerza, y la exactitud anatómica á la perfección de los detalles. Sus obras maestras son las *cariátides* de la sala de guardias del Louvre, la figuras que adornan la fuente de los Inocentes y el grupo de Diana cazadora.

Entre los trabajos de Germán Pilón se admiran principalmente la tumba de Enrique II, que se encuentra en San Dionisio (*Saint-Denis*), que fué esculpida siguiendo los dibujos de Felipe Delorme, y un grupo de las Tres Gracias, tallado en un solo trozo de piedra.

Juan Cousín fué al mismo tiempo pintor y escultor. En este último arte, se le puede comparar con Germán Pilón; pero en la pintura de vidrieras y al óleo no tuvo rival.

Resumen de este capítulo. — El siglo XVI es una época de transición. Las instituciones de la edad media desaparecen y la moderna principia, operándose profundo cambio en las ideas, al paso que los espíritus procuran abrirse nueva vía en la literatura, las artes y las ciencias.

I. Lo que facilitó ese desarrollo intelectual fué el descubrimiento de la imprenta, que se debe al alemán Juan Gutenberg (1436). Ese invento fué perfeccionado por Schæffer de Gernsheim, qui ideó la fundición de letra (1442), ó sea el arte de multiplicarla rápidamente. El papel de trapo, descubierto poco tiempo antes, completa esas maravillosas adquisiciones, y desde entonces se pueden extender fácilmente los medios de instruirse, gracias al aumento de los libros.

II. Ese descubrimiento coincidió con la toma de Constantinopla, que obligó á los griegos á abandonar su patria, buscando un refugio en la Europa occidental. Traen con ellos sus obras maestras y reaniman, particularmente en Italia, el gusto por las cosas de la antigüedad. Gracias á la acción inmediata de los sumos pontífices, Italia se pone entonces al frente del movimiento intelectual. El siglo XV es para ella época de estudio y de erudición filológica; entonces es cuando se forma su lengua nacional bajo la influencia del Dante, de Petrarca y de los Médicis. En el siglo XVI llega su literatura al más alto grado de esplendor; esa es la época de León X, y todos los géneros literarios en prosa y verso son cultivados con verdadero éxito. El Taso, Ariosto, Maquiavelo, he ahí los grandes genios de entonces. Bramante crea por decirlo así en las artes un género nuevo; Leonardo de Vinci, Rafael y Miguel Angel constituyen la gloria de la escultura, de la pintura y de la arquitectura moderna, y su influencia hace surgir grandes escuelas artísticas. Las ciencias se transforman bajo el impulso del genio de Copérnico, de Galileo, de Tycho-Brahe y de Képler. Tal vez no ha habido época alguna tan fecunda en grandes talentos. Desgraciadamente, á la vez que aplaudimos los progresos honra del espíritu humano, no podemos menos de lamentar que ese contacto con la antigüedad pagana fuera á menudo funesto á la fey que hasta las tendencias gentílicas entraran en las costumbres; lo que preparó á fuerza de monstruosos desórdenes los triunfos del protestantismo.

III. Esas ideas pasan de Italia á Flandes, Alemania y Francia. En Flandes las representan Erasmo, el primer literato de su época y los Van Eyck, que hacen realizar al arte los mayores progresos gracias al descubrimiento de la pintura al óleo. Alemania se gloria de dar vida á Durer, que perfecciona el grabado, y á Copérnico, que descubre el sistema del mundo.

IV. En Francia, Luis XII y Francisco I favorecen el Renacimiento, llamando á su lado á los más distinguidos artistas italianos. Los fortines y torreones góticos fueron reemplazados entonces por suntuosas moradas construidas con arreglo al estilo antiguo. Fontainebleau, San Germán, Chambord y Chenonceaux son los principales edificios que los reyes de Francia hicieron construir en esa época. Pedro Lescot fué encargado por Francisco I de construir el Louvre, y poco tiempo después Catalina de Médicis hizo edificar las Tullerías por Filiberto Delorme. Al

mismo tiempo las letras eran cultivadas con mucho entusiasmo. Clemente Marot, Margarita de Navarra y Rabelais son los primeros escritores franceses de ese período. Lo que antes se ha dicho de la literatura italiana se aplica también á la francesa. El sensualismo más abyecto la degrada; todas las principales producciones á que aludimos son heréticas ó inmorales. La fe se ha extinguido en las almas; las costumbres se han alterado profundamente, y no debemos extrañar que en una sociedad minada al mismo tiempo por la irreligión y la inmoralidad, los innovadores hagan aceptar tan fácilmente su nuevo símbolo, que liberta al hombre de todo yugo y que le permite entregarse sin freno á sus malas pasiones.

CAPÍTULO XXVII.

LA REFORMA EN SUIZA, EN ALEMANIA Y EN LOS ESTADOS ESCANDINAVOS. ZUINGLIO Y LUTERO; PAZ DE AUGSBURGO. CALVINO EN GINEBRA (1).

El protestantismo constituye el acontecimiento más trascendental de los tiempos modernos. En la Iglesia se habían introducido grandes abusos y, según lo escribe Bossuet, desde siglos atrás se deseaba la reforma en la disciplina eclesiástica. Los mejores talentos habían previsto que si no se reformaba pronto el clero, sobre todo en Alemania, estallarían graves desórdenes. Un monje sajón, Lutero, fué el innovador que excitó ese terrible incendio. Sus doctrinas dividieron á Alemania en dos campos, y la mayor parte de los Estados septentrionales de esa región se separaron de la Iglesia romana. El protestantismo pasó de Alemania á los países del Norte, donde debió á la protección de los príncipes, lo mismo que en su punto de origen, todos sus progresos. Federico I^o y Cristián III lo introdujeron violentamente en Dinamarca y Noruega; Gustavo Wasa abusó del título de libertador que le otorgó la Suecia reconocida, para propagarlo en su reino; Prusia y Livonia vieron sacrificada su fe á los intereses y á la ambición de los grandes maestros que las gobernaban. Pero en Suecia los innovadores aprovecharon la división de ese país, y sus triunfos fueron alcanzados con ayuda de la desenfadada licencia del pueblo.

§ I. — De la reforma en Suiza, Zuinglio, Calvino en Ginebra.

Estado de Suiza antes de la reforma. — A principios del siglo XVI, Suiza había dejado de ser

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Bossuet, *Historia de las variaciones*; Audin, *Historia de Lutero é Historia de Calvino*; Lutero, *Memorias y Obras*; Muller, *Historia universal*; Sleidan, *De statu religionis et reip. german.*; Sponde, *Anales*; Th. Moore, *Viaje de un gentilhombre irlandés en busca de la verdad*; y todas las historias generales de la Iglesia.

Resumen de este capítulo. — El siglo XVI es una época de transición. Las instituciones de la edad media desaparecen y la moderna principia, operándose profundo cambio en las ideas, al paso que los espíritus procuran abrirse nueva vía en la literatura, las artes y las ciencias.

I. Lo que facilitó ese desarrollo intelectual fué el descubrimiento de la imprenta, que se debe al alemán Juan Gutenberg (1436). Ese invento fué perfeccionado por Schæffer de Gernsheim, qui ideó la fundición de letra (1442), ó sea el arte de multiplicarla rápidamente. El papel de trapo, descubierto poco tiempo antes, completa esas maravillosas adquisiciones, y desde entonces se pueden extender fácilmente los medios de instruirse, gracias al aumento de los libros.

II. Ese descubrimiento coincidió con la toma de Constantinopla, que obligó á los griegos á abandonar su patria, buscando un refugio en la Europa occidental. Traen con ellos sus obras maestras y reaniman, particularmente en Italia, el gusto por las cosas de la antigüedad. Gracias á la acción inmediata de los sumos pontífices, Italia se pone entonces al frente del movimiento intelectual. El siglo XV es para ella época de estudio y de erudición filológica; entonces es cuando se forma su lengua nacional bajo la influencia del Dante, de Petrarca y de los Médicis. En el siglo XVI llega su literatura al más alto grado de esplendor; esa es la época de León X, y todos los géneros literarios en prosa y verso son cultivados con verdadero éxito. El Taso, Ariosto, Maquiavelo, he ahí los grandes genios de entonces. Bramante crea por decirlo así en las artes un género nuevo; Leonardo de Vinci, Rafael y Miguel Angel constituyen la gloria de la escultura, de la pintura y de la arquitectura moderna, y su influencia hace surgir grandes escuelas artísticas. Las ciencias se transforman bajo el impulso del genio de Copérnico, de Galileo, de Tycho-Brahe y de Képler. Tal vez no ha habido época alguna tan fecunda en grandes talentos. Desgraciadamente, á la vez que aplaudimos los progresos honra del espíritu humano, no podemos menos de lamentar que ese contacto con la antigüedad pagana fuera á menudo funesto á la fey que hasta las tendencias gentílicas entraran en las costumbres; lo que preparó á fuerza de monstruosos desórdenes los triunfos del protestantismo.

III. Esas ideas pasan de Italia á Flandes, Alemania y Francia. En Flandes las representan Erasmo, el primer literato de su época y los Van Eyck, que hacen realizar al arte los mayores progresos gracias al descubrimiento de la pintura al óleo. Alemania se gloria de dar vida á Durer, que perfecciona el grabado, y á Copérnico, que descubre el sistema del mundo.

IV. En Francia, Luis XII y Francisco I favorecen el Renacimiento, llamando á su lado á los más distinguidos artistas italianos. Los fortines y torreones góticos fueron reemplazados entonces por suntuosas moradas construidas con arreglo al estilo antiguo. Fontainebleau, San Germán, Chambord y Chenonceaux son los principales edificios que los reyes de Francia hicieron construir en esa época. Pedro Lescot fué encargado por Francisco I de construir el Louvre, y poco tiempo después Catalina de Médicis hizo edificar las Tullerías por Filiberto Delorme. Al

mismo tiempo las letras eran cultivadas con mucho entusiasmo. Clemente Marot, Margarita de Navarra y Rabelais son los primeros escritores franceses de ese período. Lo que antes se ha dicho de la literatura italiana se aplica también á la francesa. El sensualismo más abyecto la degrada; todas las principales producciones á que aludimos son heréticas ó inmorales. La fe se ha extinguido en las almas; las costumbres se han alterado profundamente, y no debemos extrañar que en una sociedad minada al mismo tiempo por la irreligión y la inmoralidad, los innovadores hagan aceptar tan fácilmente su nuevo símbolo, que liberta al hombre de todo yugo y que le permite entregarse sin freno á sus malas pasiones.

CAPÍTULO XXVII.

LA REFORMA EN SUIZA, EN ALEMANIA Y EN LOS ESTADOS ESCANDINAVOS. ZUINGLIO Y LUTERO; PAZ DE AUGSBURGO. CALVINO EN GINEBRA (1).

El protestantismo constituye el acontecimiento más trascendental de los tiempos modernos. En la Iglesia se habían introducido grandes abusos y, según lo escribe Bossuet, desde siglos atrás se deseaba la reforma en la disciplina eclesiástica. Los mejores talentos habían previsto que si no se reformaba pronto el clero, sobre todo en Alemania, estallarían graves desórdenes. Un monje sajón, Lutero, fué el innovador que excitó ese terrible incendio. Sus doctrinas dividieron á Alemania en dos campos, y la mayor parte de los Estados septentrionales de esa región se separaron de la Iglesia romana. El protestantismo pasó de Alemania á los países del Norte, donde debió á la protección de los príncipes, lo mismo que en su punto de origen, todos sus progresos. Federico I^o y Cristián III lo introdujeron violentamente en Dinamarca y Noruega; Gustavo Wasa abusó del título de libertador que le otorgó la Suecia reconocida, para propagarlo en su reino; Prusia y Livonia vieron sacrificada su fe á los intereses y á la ambición de los grandes maestros que las gobernaban. Pero en Suecia los innovadores aprovecharon la división de ese país, y sus triunfos fueron alcanzados con ayuda de la desenfadada licencia del pueblo.

§ I. — De la reforma en Suiza, Zuinglio, Calvino en Ginebra.

Estado de Suiza antes de la reforma. — A principios del siglo XVI, Suiza había dejado de ser

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Bossuet, *Historia de las variaciones*; Audin, *Historia de Lutero é Historia de Calvino*; Lutero, *Memorias y Obras*; Muller, *Historia universal*; Sleidan, *De statu religionis et reip. german.*; Sponde, *Anales*; Th. Moore, *Viaje de un gentilhombre irlandés en busca de la verdad*; y todas las historias generales de la Iglesia.

aquella nación fuerte y unida que conquistara su libertad, arrancándola á la Alemania con la punta de su espada. Dividida en varios cantones, que no estaban unidos entre sí por ningún lazo, veía á gran parte de sus hijos vender indiferentemente su sangre á la Francia, el Austria y la Italia, y perder sus buenas costumbres en la licencia de los campamentos. Todo se vendía en esa nación, y el pueblo, embrutecido por el vicio y la ignorancia, no conocía más que la disolución y el luero.

Predicacion de Zuinglio (1516-1519). — Como un monje franciscano, Bernardino Samsón, hubiese recibido el encargo de predicar las indulgencias á esas poblaciones corrompidas, Ulrico Zuinglio, natural de Wildshausen, del Toggenburgo, donde nació en el año 1484, y que á la sazón era cura de Glaris, se alzó contra el predicador y su doctrina (1516). Ese fogoso innovador declamaba desde hacia mucho tiempo ya contra los escolásticos, ponderando á Platón y á los genios de Roma y de Atenas, en detrimento de los escritores eclesiásticos. Llegó hasta proponer, antes que Lutero, que la Santa Escritura fuera la única regla de fe que siguiesen los cristianos. Como su audacia fué coronada por el éxito, no tardó en hablar contra las ceremonias exteriores del culto, negando la eficacia de los sacramentos y la presencia real, no admitiendo el purgatorio, el celibato eclesiástico ni la devoción de los santos. Desde Glaris pasó á difundir por toda la región de l'Ermitage los primeros gérmenes de sus errores, encaminándose luego á Zurich, de donde lo llamaban. Allí predicó públicamente su nuevo símbolo, el 1.º de enero de 1519, y los habitantes se dejaron arrastrar por su palabra. Su religión no tardó en tener en otras ciudades ardientes apóstoles. Berna, Basilea, Coire, Bienne, Ginebra y Neufchâtel poseyeron sus nuevos predicadores. OEcólampade se hizo famoso en Basilea, y Farel se distinguió en el país de Ginebra; pero todos obtuvieron grandes triunfos.

Divisiones producidas por esas predicaciones (1521-1529). — Todas esas predicaciones no sirvieron más que para sembrar la confusión y la inquietud en el seno de aquellas poblaciones engañadas.

Los sectarios se divertían destruyendo cruces, profanando las imágenes y reduciendo á polvo las obras maestras del arte cristiano. Los cantones de Lucerna, de Uri, de Schwytz y de Unterwalden, que permanecieron católicos, se llenaron de indignación en presencia de aquellos horrores. En Soleure y en Friburgo se prohibió toda predicación. Algunos cantones, como los de Glaris y de Appenzel, se dividieron, repartiendo su población casi por mitad en protestantes y católicos. Hubo pueblos que, después de ser engañados por las falaces promesas de los innovadores, volvieron á la fe de sus padres; en otros, los reformadores recurrían á la violencia para establecer su doctrina. Fué aquello la más horrible de las anarquías. Para colmo de desventura, los anabaptistas, apoyándose en los principios de los reformadores, vinieron á añadir á tantos excesos sus crímenes y sus furores.

Primera guerra de religión en Suiza (1529-1531). — Los partidarios de Zuinglio condenaron á aquellos fanáticos, que se permitían el asesinato y el adulterio, y dieron ejemplo de intolerancia, destruyéndolos sin piedad. Pero á la vez que perseguían á esos infelices anabaptistas, no cesaban en su rabia contra los católicos. Tantas agresiones repetidas produjeron duras represalias, y los espíritus se exaltaron hasta el punto de que ya no fué posible evitar una ruptura á mano armada. Los de Zurich fueron los primeros en reclamar la lucha; los habitantes de Berna hubiesen preferido la paz, pero, arrastrados por los demás reformados, se prepararon igualmente al combate. Los cinco cantones católicos, Lucerna, Uri, Schwytz, Unterwalden y Zug, viendo hollados sus derechos, recurrieron también á la espada. Los protestantes, más numerosos, pero menos disciplinados, quedaron vencidos, y entre los muertos de la batalla se halló á Zuinglio y á veintiseis miembros del gran consejo de Zurich. En el primer ardor del combate, los católicos mancharon su triunfo con excesos culpables; pero luego se mostraron humanos, y concedieron paz generosa á los vencidos.

Calvino. — Pero después de la muerte de Zuinglio apareció Juan Calvino, oriundo de Noyón, é hijo de

padres plebeyos. La noble familia de los Mommor había costeadó su educación, mandándolo desde muy joven á París para que recibiese allí las lecciones del célebre Aleandro. Sus rápidos éxitos le valieron diversos beneficios; pero, á medida que crecía, olvidaba los servicios recibidos de sus bienhechores y se apartaba de la fe de sus padres. Leía á escondidas los folletos de Melancton y los libros de Lutero, y se burlaba en secreto del ayuno, de la abstinencia y de las leyes de la Iglesia, trabando amistad con gentes sospechosas. Así fué que no vaciló en relacionarse con Farel, Zuinglio, OEcólampade y Haller. Abandonó á París para ir á estudiar en Orleans, y desde allí se encaminó á Bourges para oír al célebre Alciati de Milán, y al germano Melchior Wolmar, que Francisco I logró llevar á Francia, para difundir en esa nación el gusto por la antigüedad. En todas partes fué Calvino despreciado, á causa de su mala índole y de su cobarde tendencia á delatar. Casi no intimó más que con el voluptuoso Teodoro de Bèze, que más tarde debía asociarse á sus grandes trabajos.

Calvino salió de Bourges para ir á París á empezar sus predicaciones en 1522. Por de pronto lo efectuó secretamente en la tienda de un luterano ardiente, Esteban de la Forge. Allí hablaba contra el papa, los monjes, los obispos y los sacerdotes romanos. Sus discursos gustaban y su secta alcanzó proporciones que nunca esperara. Sus partidarios, animados por ardentísimo celo, se extendían por todas partes con objeto de reclutar nuevos adeptos. Las primeras turbulencias estallaron en la diócesis de Meaux, á donde el obispo Briçonnet llamara, sin conocerlos, á Guillermo Farel y otros dos sectarios, para confiarles cátedras públicas.

Viendo Calvino que sus discípulos eran perseguidos por el poder, no se atrevió á defenderlos abiertamente. Limitóse á publicar su comentario sobre el tratado de Séneca *De clementia*, y mereció el aplauso de Bucer, de Capito y de OEcólampade, haciendo indirectamente la sátira de los enemigos de los innovadores. No sintiéndose seguro en París, se refugió en Nerac, junto á Margarita de Navarra, é hizo prosélitos en el Angou-

mois y la Saintonge, empezando á reunir, en la casa de un canónigo llamado Luis du Tillet, los materiales para su libro de la *Institución cristiana*. El objeto de esa obra era unir á todos sus discípulos en una fe común, trazándoles sus creencias, é indicándoles las prácticas á que debían someterse. Como Francisco I rehusara á Calvino un priorato que éste solicitaba, el hereje furioso juró acumular en su escrito hiel y veneno suficientes para que se hablase de él aun quinientos años más tarde.

Del libro sobre la Institución cristiana. — Y cumplió su promesa. Como la persecución lo obligara á desterrarse, acabó de componer su libro en Basilea, y lo lanzó como tea inflamada en medio del mundo cristiano (1536). En esa obra enseña Calvino, según lo hiciera igualmente Lutero, que el hombre no es libre: luego añade que la predestinación y la reprobación son absolutas, y que todo hombre se condena ó se salva necesariamente. De ese modo llega al más riguroso fatalismo. Quiere que el justo esté seguro de su salvación y que nada quebrante su confianza; dice que la justicia es imperdible y que nadie puede caer del estado de gracia en el de pecado. Lutero admite tres sacramentos; Calvino sólo dos, el bautismo y la cena. Lutero no se atreve á negar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; Calvino no admite, con Zuinglio, más que una presencia figurada, pero añade que en la comunión se recibe, mediante la fe, el cuerpo y la sangre de Jesucristo; Lutero no despoja de toda pompa el culto externo, mientras Calvino condena los cuadros y las imágenes como supersticiones paganas. Condenó las fiestas, el culto de los santos y la oración por los muertos. Finalmente, Lutero no ataca la jerarquía de la Iglesia, al paso que Calvino rechaza el episcopado y funda el presbiterianismo.

Calvino en Ginebra. — Ese libro era nuevo fermento de discordia en el seno mismo del bando protestante. Calvino trató de propagar su doctrina en varias partes, y acabó por establecerse en Ginebra, ciudad que encontró dividida en tres partidos, los católicos, los *eignoss* ó confederados, que se habían separado de los católicos para hacerse independientes, y

por último los protestantes, que siguiendo los consejos de Farel, se mostraban dispuestos á seguir las inspiraciones de Calvino.

El innovador empezó por atacar con igual violencia á los católicos y *eignoss* (hugonotes), á quienes llamaba libertinos porque se negaban á creer en su palabra, y afectó al mismo tiempo gran austeridad exterior. Quería que los establecimientos de bebidas quedasen desocupados al caer el día, que las tabernas estuviesen cerradas durante el servicio divino, é impuso multas por las faltas más insignificantes.

Los hugonotes se alzaron contra esas despóticas exigencias, y Calvino tuvo que abandonar la ciudad de Ginebra, retirándose á Estrasburgo (1538), donde se casó con la viuda de un anabaptista, Iddeletta de Bures. Después se presentó en las asambleas de Francfort, de Haguenau, de Worms y de Ratisbona, pero su palabra palideció al lado de la de Melancton, y tal vez no hubiera ejercido influencia alguna en la reforma de no llamarlo sus partidarios á Ginebra.

Constitución de la Iglesia de Ginebra. — Al volver á Ginebra, Calvino sometió su Iglesia á violenta disciplina, que prueba cuán poco se había moderado su carácter en los sufrimientos del destierro. Estableció pastores ó ministros, doctores, mayores ó padres y diáconos. Esa jerarquía la colocó en la dependencia de un *consistorio*, que era una especie de tribunal compuesto de seis pastores y doce mayores ó padres. El consistorio debía velar por la conservación de las buenas costumbres y de la sana doctrina. Calvino denunciaba al consejo los delitos de que tenía noticia, formando así una inquisición tanto más vejatoria cuanto que su acción era oculta.

El reformador promulgó una legislación draconiana que castigaba la falta más pequeña con penas severísimas, y que confundía torpemente los intereses de la Iglesia con los del Estado. Así por ejemplo, las cuestiones religiosas eran asimiladas á las sociales, y era crimen de lesa majestad divina y humana ponerse en oposición con Calvino. Santiago Gruet perdió la cabeza por haber escrito libros impíos y versos libertinos; Miguel Servet fué arrestado y quemado vivo en Gine-

bra por haber atacado el misterio de la Santísima Trinidad en un libro; y Bolzet marchó al destierro por haber pensado de distinta manera que Calvino acerca de la predestinación y el mérito de las buenas acciones.

Calvino, gracias á su influencia en el consistorio y el consejo, impuso tiránicamente su voluntad á toda Ginebra, y transformó el gobierno de esa ciudad en el teocrático absoluto á que estuvo subyugada parte de la humanidad antes del advenimiento de Cristo.

De la influencia de Ginebra. — El establecimiento de Calvino en Ginebra hizo de esa ciudad un centro de activa propaganda, que fué para la Europa occidental lo que Wittemberg había sido en Alemania para las doctrinas de Lutero. El reformador ofreció asilo en dicha ciudad á todos los protestantes perseguidos en los demás países, y Ginebra se llenó de italianos, ingleses, españoles, franceses y flamencos.

Como la mayor parte de esos emigrados eran hombres instruídos, Calvino los convirtió en auxiliares para la propagación de sus doctrinas. Encargaba á los más inteligentes de componer folletos en prosa y verso contra el papa y la Iglesia romana; á otros los empleaba en las imprentas que había establecido para multiplicar sus obras y las de los restantes reformadores. En cuanto á los que no servían para las anteriores ocupaciones, hacía de ellos vendedores ó mercaderes ambulantes para difundir los libros heterodoxos por castillos, conventos y aldeas. Así fué como penetró el error en Alemania, en los Países Bajos, en Francia, en la Gran Bretaña, y por consecuencia, en América.

El calvinismo en Alemania. — Después de la muerte de Lutero sus discípulos se habían dividido, cayendo en exageraciones. Melancton hizo alianza con Calvino. La universidad de Wittemberg entró toda entera en esa vía y por algún tiempo triunfó el calvinismo en toda la Sajonia. Pero los doctores luteranos de Jena y de Sajonia Weimar reclamaron contra ese cambio, y acabaron por restablecer en su país el luteranismo, persiguiendo cruelmente á los que se negaban á volver á dicha doctrina.

El calvinismo en los Países Bajos. — El calvinismo tuvo mejor éxito en los Países Bajos. Esas provincias, que estaban sometidas al yugo español, deseaban hacerse independientes. Y para ponerse en oposición con Felipe II y Carlos V, defensores de la religión católica, los flamencos adoptaron el protestantismo. Así fué que la cuestión religiosa se complicó con la política, y el príncipe de Orange se puso al frente de los reformados porque vió en esa rebelión religiosa el medio de satisfacer su ambición personal.

Los gobernadores de los Países Bajos realizaron cuantos esfuerzos pudieron para resistir á los innovadores. Margarita de Parma fué reemplazada sucesivamente en esa difícil tarea por el duque de Alba, Requesens y Don Juan de Austria; pero esos hábiles generales fracasaron en su empresa. La república de las Provincias Unidas se formó con las siete regiones del norte: la Holanda, la Zelanda, Utrecht, Gueldre, Groninga, Frisia y Over-Yssel. Esas siete provincias abrazaron el calvinismo; las del sur, que luego han constituido la Bélgica, siguieron siendo católicas.

El calvinismo en Francia. — El luteranismo había penetrado en Francia desde su principio, y Francisco I tuvo que dictar medidas severas para detener sus progresos. Pero así que Calvino se estableció en Ginebra, mandó á Francia una multitud de predicadores y propagandistas que difundieron por todas partes sus doctrinas; formáronse asociaciones protestantes en Orleans, Ruan, Lyon, Angers, Poitiers, la Rochelle, que enviaron diputados á París, en 1559, para celebrar en esa ciudad su primer sínodo general, en el que formaron un credo calvinista, reglamentaron la organización presbiteriana de sus iglesias y decretaron pena de muerte contra todos los disidentes. Llamaron después en su ayuda á los protestantes alemanes, y quedaron así formando un Estado en el Estado.

El calvinismo en la Gran Bretaña. — Aunque Enrique VIII era cismático, había conservado los dogmas católicos, y hasta publicó en favor de ellos el *Estatuto de sangre*; pero bajo Eduardo VI, su sucesor,

los ministros abolieron ese documento, y adoptaron la mayor parte de los errores de Calvino. Cranmer, arzobispo de Cantorbery, publicó un nuevo catecismo, un nuevo ritual y un nuevo eucologio, para introducir en todos los libros religiosos la negación de la presencia real y alterar la doctrina católica relativa á los sacramentos. Las misas particulares fueron prohibidas y las iglesias privadas de las imágenes religiosas, permitiéndose además á los laicos la comunión bajo ambas especies.

En Escocia estaba sostenido el catolicismo por la influencia francesa, cuyos directores eran el cardenal Beaton, arzobispo de Saint-André y la reina María de Guisa, que se había casado con el rey Jacobo V. Por el contrario, el partido inglés favoreció la reforma y logró arrastrar á una fracción de la nobleza, mostrándole como cebo las riquezas del clero, de las cuales podría apoderarse si se hacía protestante.

Un predicador llamado Juan Knox, dotado de elocuencia popular, sublevó las masas, é hizo decretar por el parlamento que la misa era una idolatría, y que los que asistieran á ella verían confiscados sus bienes, ya que no se les condenase al destierro ó á muerte. Esos sectarios adoptaron el símbolo de Calvino, rechazando el episcopado y fundando el presbiterianismo, pues sólo aceptaban simples pastores. Luego aplicaron los mismos principios al orden civil, y llegaron al sistema de gobierno democrático.

Muerte de Calvino. — El calvinismo debía pasar de Inglaterra á la América del Norte; pero el jefe de la doctrina no fué testigo de ese nuevo progreso de su doctrina, pues murió en Ginebra en 1564. No contaba á la sazón más que cincuenticinco años; sin embargo había vivido lo bastante para ver las desastrosas consecuencias de sus errores. La guerra por él encendida abrasaba entonces toda la parte occidental de Europa. Pereció atacado por cruel enfermedad que lo llenó de desesperación.

§ II. — *Lutero y la reforma en Alemania.*

Nacimiento y primeros años de Lutero (1483-1517). — En un pequeño pueblo de la alta Sajonia

llamada Eisleben, nació el 10 de noviembre de 1483, hijo del pobre campesino Hans y de la criada Margaritha, un niño á quien pusieron el nombre de Martín, y que fué más tarde el orgulloso Lutero. Cuando tuvo edad para ganarse la vida, abandonó á su familia con el morral á la espalda y el bastón del caminante en la mano, dirigiéndose á Magdeburgo. Desde allí marchó á Eisenach, en Turingia, cantando delante de las ventanas de los ricos para obtener así algunos socorros. Una mujer caritativa lo recogió y le procuró medios de ir á estudiar en la universidad de Erfurt. Un rayo que, cayendo cerca de él, mató á uno de sus condiscípulos, produjo tal impresión en el ánimo del joven que, abandonando el mundo, entró en un convento de agustinos. La reputación del nuevo fraile se extendió rápidamente por toda la Sajonia, y la universidad de Wittemberg le ofreció una cátedra de filosofía. Lutero aceptó con placer ese puesto, y se lanzó por la vía de las apasionadas discusiones, manifestando en todo las tendencias reformadoras de su espíritu inquieto y turbulento.

Predicación de las indulgencias (1516). — En eso estaban las cosas cuando León X publicó indulgencias universales, proponiéndose emplear las limosnas que produjesen en la terminación de la iglesia de San Pedro. Y como los dominicos fueran designados para predicarlas en Alemania, los agustinos les envidiaron ese honor, y la ira de Lutero se desató contra Juan Tetzel, jefe de aquéllos, á quien persiguió constantemente con sus sarcasmos. El apasionado monje atribuía á sus adversarios absurdos inimaginables, inflamaba con falsedades la imaginación de sus discípulos, y se consideraba feliz al ver que lo saludaban con respeto en las calles de Wittemberg, mientras que Tatzel era groseramente insultado.

Ruptura con Roma (1517). — Al principio, Lutero respetó el dogma de las indulgencias, y se declaró hijo sumiso y afectuoso de Roma y de la Iglesia. Más tarde seguía aún protestando en público de su afecto al soberano Pontífice cuando ya decía en secreto á sus confidentes que para él las indulgencias eran sólo una farsa digna de truhanes. León X, que no había conocido á Lutero más que por antecedentes que lo honraban,

pareció prestar por de pronto escasa atención á la tempestad que amenazaba. Sin embargo, así que reconoció por propio y personal examen de los escritos del monje sajón la realidad de los errores de que lo acusaban, mandó á Alemania al cardenal Cayetano, teólogo muy célebre, para lograr de Lutero completa retractación. Cayetano desempeñó el encargo con dignidad y grandeza, pero sin lograr nada. Como se imputara ese fracaso á la austera rigidez del cardenal, León X confió aquel ministerio de conciliación á Carlos de Miltitz cuyo carácter era conciliador, insinuante y flexible. El nuevo legado creyó por un momento que iba á triunfar; pero no tardó en comprender que había sido desgraciadamente víctima de los engaños del sectario.

Progresos del Luteranismo (1519-1520). — Después de burlarse de los dos legados que le enviara el papa, Lutero no pensó más que en dar prestigio á sus nuevas ideas, y entró en lucha con un doctor católico de Ingolstadt, el célebre Eckio. Leipzig fué el teatro de ese torneo teológico, y todo lo más distinguido de Alemania acudió á presenciarlo. Al cabo de largos debates en que los dos adversarios agotaron sus fuerzas, ambos campeones se retiraron, jactándose de su victoria. Pero la gloria que Lutero sacó de ese pretendido triunfo no tardó en eclipsarse bajo las múltiples condenaciones que sus doctrinas sufrieron en todas las grandes universidades. En su rabia, escribió á León X una carta insultante que acompañó de un libro titulado: *De libertate christiana*, y en el cual negaba el libre arbitrio, atacaba la justificación y destruía el mérito así como la necesidad de las buenas obras.

Condenación de Lutero (1520). — El soberano Pontífice abrió el Evangelio, leyó en él los anatemas lanzado merecidos por aquellos deplorables errores, y lanzó desde lo alto del Vaticano el rayo de la excomunión sobre su autor. La bula salió de Roma el 15 de junio de 1520, y fué á caer en Sajonia en medio de los sectarios aterrados. Pero Lutero no se desconcertó, antes bien echó mano de la burla y el sarcasmo para contestar al papa. De ese modo exasperó á sus discípulos y partidarios, y fué á quemar, acompañado por ellos,

la bula de León X y las decretales pontificias junto á la puerta oriental de Wittemberg (10 de octubre de 1520). La multitud aplaudió ese acto insolente, y se puso á danzar alrededor de la hoguera gritando: « ¡Viva Lutero! »

Dieta de Worms (1521). — El elector de Sajonia, que desempeñaba las funciones de vicario imperial durante el interregno, dejaba libre campo á esos excesos; pero cuando Carlos V fué elegido jefe de Alemania, quiso calmar los espíritus y citó al hereje en Worms. Lutero se apresuró á concluir el libro que se proponía comunicar á la nobleza para agitarla, y se dispuso á obedecer al emperador. Su amigo Jorge Spolatio quiso hacerlo cambiar de parecer y le recordó lo ocurrido con Juan Huss; pero el audaz monje replicó: « Iré á Worms, aunque haya allí tantos diablos como tejas tienen los techos de Wittemberg. » Ese era en efecto el paso más ventajoso para su causa que podía dar, puesto que así salía de su oscuridad y se transformaba súbitamente en potencia digna de preocupar á reyes y emperadores. Presentóse, pues, ante la augusta asamblea, reunida nada más que para oírlo, resistió á sus deseos, y pudo creerse, al abandonarla, más grande que ella, pues la había vencido con su obstinación. Carlos V lo condenó en nombre del imperio; pero el elector de Sajonia y varios otros príncipes alemanes lo defendieron, y el monje rebelde se halló desde entonces sostenido por un poderoso bando político.

Cautiverio de Wartburgo (1521-1522). — Al volver de Worms, el hereje fué prendido por orden de su protector Federico, quien temía que su entusiasmo fanático lo arrastrara á excesos demasiado grandes. Encerráronlo en el castillo de Wartburgo, y desde esa prisión, que él llamaba su isla de Patmos, inundó la Alemania con sus escritos incendiarios y sus groseras injurias. De creerlo, el papa era el Antecristo, la Universidad de París la gran prostituta del Apocalipsis, sus doctores teologastros, asnos y papistas. Y como Enrique VIII refutara su libro *Del cautiverio de Babilonia*, el innovador le contestó en un libelo, llamándolo loco, insensato, el más sucio de los cerdos, y el más

burro de los burros. Esas insolencias constituan el deleite del bajo pueblo alemán. Mas, al dirigirse á las inteligencias elevadas, Lutero usaba lenguaje más grave y serio. A medida que la discusión se iba animando, el reformador negaba mayor número de dogmas católicos. Abolición de la confesión, de la misa, de la oración por los muertos, del culto de los santos, del sacramento del orden, de los votos monásticos, del ayuno, de la abstinencia, de la extremaunción; negación de las buenas obras y del libre arbitrio: tales eran los errores que Lutero enseñaba en aquella época, contrariamente á la fe de sus padres. Todas esas salvadoras doctrinas las había reemplazado por la impecabilidad del hombre, ó la fe justificante sin las obras, el matrimonio de los ministros del altar, el divorcio y la libertad de creencias.

División de los reformadores (1522-1524). — Esa libertad de creer y de pensar originó rápidamente la anarquía. Cuando Lutero hubo dicho á todos los fieles que podían interpretar según su parecer la Escritura, no tardaron en aparecer multitud de símbolos opuestos. Carlostadt, á quien Lutero llamaba su maestro en teología, se separó de él para destruir las imágenes, romper las estatuas, desgarrar los cuadros alusivos á escenas religiosas y negar la presencia real. Muncer y sus discípulos creyeron que todo el mundo necesitaba volver á ser bautizado, y se pusieron á predicar un nuevo bautismo: Osiandro y sus partidarios pretendieron que Dios no ha predestinado más que á sus elegidos; por fin todos defendieron su doctrina particular, declarándose mutuamente fuera de vías de salvación. Lutero condenó á Carlostadt, Carlostadt á Muncer y Muncer á Osiandro.

Dieta de Nuremberg (1524). — La reforma iba realizando progresos, á pesar de esas divisiones. El movimiento se había extendido desde la alta Sajonia á las provincias septentrionales, estableciéndose en los ducados de Luneburgo, de Brunswick y Mecklemburgo. La Pomerania, Magdeburgo, Bremen, Hamburgo, Weimar, Rostock y otras varias grandes ciudades habían acogido con ardor la protesta religiosa. Adriano VI había sido testigo de la protección pública que aquella

obtuvo en la primera dieta de Nuremberg (1522), y murió de dolor después de haber leído la extensa memoria que allí se redactó contra la Iglesia romana. Clemente VII había encargado á su legado Campeggio de sacar á la Santa Sede de tan gran dificultad. Ese representante era hombre muy hábil, pero á pesar de eso no pudo lograr nada (1524); sólo los príncipes católicos, en interés de su fe y de sus coronas, formaron en Ratisbona una liga para su común defensa.

Rebelión de los campesinos (1525). — Inmediatamente después de la última reunión de esa dieta, los gérmenes de rebelión que Lutero arrojara en el corazón de los pueblos, empezaron á dar sus frutos. Los jefes de los anabaptistas, Tomás Muncer y Nicolás Storck, explotaron esas ideas de libertad y de independencia en provecho de la clase pobre. Muncer había penetrado en las minas de Mansfeld para predicar la rebelión á los infelices que trabajaban sumidos en subterráneos, y aquellos hombres ignorantes se armaron con sus piquetas y azadones para responder á los discursos incendiarios del propagandista. La insurrección empezó en Suavia y se extendió por la Franconia, la Turingia, la Alsacia, la Lorena y el Palatinado. Esas bandas indisciplinadas reclamaban la facultad de elegir por sí mismas sus pastores espirituales, el libre uso de los bosques, la disminución de los impuestos y el derecho de caza y pesca, bajo el pretexto de que en la persona de Adán habían recibido el imperio sobre los peces del mar y las aves del cielo. Lutero predicó la moderación, y como se negaran á escucharlo, aconsejó á los príncipes que los exterminaran. Su palabra fué oída, pues esos fanáticos sectarios, engañados por Muncer, que les prometía apoyo del Altísimo en el combate, se dejaron sorprender y degollar cerca de Frankhausen por las tropas del duque de Sajonia y del landgrave de Hesse. Muncer fué hecho prisionero y decapitado, y los insurrectos que sobrevivieron á la horrible matanza se dispersaron.

Casamiento de Lutero; sus controversias (1525-1527). — Mientras esa rebelión agraria llenaba de espanto á la Alemania, Lutero tuvo la desvergüenza de poner colmo á sus escándalos casándose con

Catalina Bora, religiosa á la cual hizo salir de su convento. Melancton, su fiel discípulo, se alarmó; los reformados lo condenaron, y la autoridad del antiguo monje perdió mucho; pero éste no disminuyó su ardor en la lucha que sostenía contra los sacramentarios. Al ignorante Carlostadt habían sucedido Zuinglio y Oecolampade. Lutero probó contra ellos, con argumentos poderosos é irrefutables, el dogma de la presencia real; pero se extravió, negándose á admitir con los católicos la transustanciación.

Conducta de los príncipes protestantes y de los príncipes católicos antes de la dieta de Augsburgo (1525-1530). — En medio de todas esas divisiones, los príncipes consultaban sus intereses políticos para saber qué partido debían seguir. Lutero ganó para su causa á multitud de señores al entregarles los bienes monásticos, y muchos soberanos no habían visto en la nueva doctrina más que un medio de hacerse absolutos, acaparando el poder religioso á la vez que el civil. Por el contrario, los católicos tomaban precauciones contra todos esos dogmas impíos é impidieron que penetrasen en sus Estados. Así fué que se celebraron diferentes dietas, después de las de Nuremberg y Ratisbona. Los reformados se confederaron en Torgau para contrabalancear la liga de los católicos. Éstos se reunieron sucesivamente en Augsburgo (1525), y en Spira (1527), y pidieron al emperador que procediese con mayor autoridad y vigor. Entonces el landgrave de Hesse hizo una leva de tropas y entró en campaña.

Los católicos no querían la guerra y hasta ofrecieron dinero al landgrave para que consintiese en desarmar. Reunieronse por segunda vez en Spira (1529) y promulgaron un decreto en el cual dejaban á los luteranos la libertad de conciencia, condenando sólo á los anabaptistas y sacramentarios. No era posible tomar ninguna medida más discreta y prudente que esa; sin embargo, los reformados protestaron contra tal decisión, y de ahí les ha venido el nombre de *protestantes*. El elector de Sajonia, el landgrave de Hesse, el duque de Luneburgo, el príncipe de Anhalt, los diputados de Estraburgo, de Nuremberg, de Ulm, de Constanza y

de otras varias ciudades, firmaron esa protesta.

Dieta de Augsburgo (1530). — Carlos V, que estaba entonces en Italia, firmó la paz con el papa y Francisco I, y se apresuró á convocar á su vez una dieta en Augsburgo. El emperador quería oír á los dos partidos antes de pronunciarse. Los protestantes expusieron sus ideas por boca de Melancton, que formuló una profesión de fe conocida por el nombre de *confesión de Augsburgo*, y que en lo futuro sirvió de Credo común á los luteranos, si bien han cambiado después en muchos puntos. Carlos V vislumbró la ponzoña oculta en aquel insidioso formulario, lo desaprobó y decretó la rehabilitación de todas las creencias y ceremonias de la Iglesia romana que los innovadores habían abolido. Los protestantes debían someterse á ese decreto en el término de seis meses, bajo pena de recibir el anatema imperial (25 de junio de 1530).

Política de Lutero (1531-1534). — Carlos V no podía velar por sí mismo á la ejecución de su decreto de Augsburgo. Así fué que resolvió dar un jefe á la Alemania en la persona de su hermano Fernando, á la sazón rey de Austria, Bohemia y Hungría. Durante ese tiempo, Lutero trabajaba para que su innoble protector Felipe de Hesse tomase las armas. En una *Advertencia* dirigida á sus amados alemanes, les recomendaba matar, quemar y tostar á todos esos perros papistas. Entonces se organizó contra Carlos V una liga formidable, y fué inminente la guerra civil. La marcha invasora de los turcos reconcilió por un momento á los jefes de los dos partidos (1532). Pero cuando Solimán se hubo retirado, los luteranos se pusieron á despojar las iglesias ó invadir las posesiones de los católicos. Sin embargo, éstos solicitaron un arreglo, y se formó en efecto la paz en Bohemia, sobre las mismas bases que en Nuremberg (1534). Concedíase á los partidarios de Lutero la libertad de conciencia; pero en ese tratado no fueron comprendidos los sacramentarios, ni los anabaptistas, ni los que no reconocían la confesión de Augsburgo.

De los anabaptistas (1534-1537). Esos anabaptistas, que todo el mundo proscribía, alzaron de pronto la cabeza en Westfalia. Un sastre de Leyde, Juan Bo-

cold, y un panadero de Harlem, Juan Matías, después de reunir secretamente un grupo de partidarios, se lanzaron de repente por las calles de Munster gritando: « Os volveréis á bautizar ó moriréis. » Los sacerdotes, los canónigos y los nobles huyeron ante aquellos delirantes fanáticos, y Juan Matías quedó dueño de la ciudad. Todos los anabaptistas de Suiza y de los Países Bajos se le unieron y así pudo obtener una gran victoria contra las fuerzas del obispo de Munster, Francisco de Waldeck, que se había lanzado á reconquistar su ciudad. Matías quiso, nuevo Gedeón, acabar con sus enemigos al día siguiente de su victoria, á la cabeza de cincuenta hombres, pero murió en esa descabellada empresa. Entonces Juan de Leyde hizo anunciar por un platero que el Espíritu Santo había pasado de Matías á él, y el crédulo pueblo se arrodilló inmediatamente ante el nuevo David, tributándole los honores que en otra época recibieran los reyes de Judá, presutando fe á sus burlescas profecías y aplaudiendo sus infamias. La ilusión no acabó sino cuando Munster fué tomado y Juan de Leyde hecho prisionero (1535). Lutero pidió á los principes que exterminaran á aquellos sectarios, y la asamblea luterana de Hamburgo los declaró á todos dignos de muerte. Así fué cómo surgió entre los pueblos protestantes persecución horrible, de que aun se glorían los anabaptistas.

Concilio de Trento (1545). — Esos siniestros acontecimientos no impedían á católicos y protestantes vivir en estado de mutuo recelo. Habíanse celebrado conferencias en Haguenau, en Francfort y Worms, las cuales sólo contribuyeron á envenenar los odios. Todo el mundo reclamaba un concilio general. Clemente VII había designado como punto de reunión Mantua, Bolonia ó Plasencia; pero los disidentes se negaron á presentarse en una ciudad italiana. Los teólogos de ambos partidos celebraron una entrevista en Ratisbona, sin poder entenderse sobre ningún punto esencial (1541). Entonces Carlos V impuso silencio á todo el mundo hasta la celebración del Concilio, y Paulo III tuvo la suerte de que los reformados aceptaran como lugar de cita la ciudad de Trento, y se convino en reunirse allí el 1.º de noviembre de 1542.

Progresos de la reforma. — Diversos acontecimientos retardaron tres años más la apertura del concilio, y en medio de todas esas tergiversaciones, la reforma continuaba realizando grandes progresos. El elector de Brandeburgo la introdujo en sus Estados; el duque Enrique la propagó por la Misnia y la Turingia (1539), y Federico II, le abrió libre campo en el Palatinado (1544); por último, la apostasía del arzobispo de Colonia le aseguró la mayoría en el colegio electoral del imperio. Esas noticias causaron viva inquietud al papa, quien supo sin sorpresa la negativa de los protestantes de acudir al concilio. Esa asamblea no dejó por eso de celebrar sus sesiones (13 de diciembre de 1543), y quebrantó en sus bases la reforma, proclamando la autoridad de la Iglesia, reconociendo la supremacía de la Santa Sede y declarando auténticos todos los libros de la *Vulgata*. Paulo III lanzó sus anatemas contra el arzobispo de Colonia, y se entendió con el emperador para contener los progresos de la herejía. Carlos V se alió, pues, con Roma, reunió tropas, y se dispuso á proceder con prudencia á la vez que con energía.

Muerte de Lutero (18 de febrero de 1546). — Vislumbrábanse por todas partes horribles tempestades. Los protestantes se agitaban, disponiéndose á resistir las colosales fuerzas del emperador. Lutero murió en el momento en que iba á estallar la guerra civil. Bastábale sin duda haber visto á los sacramentarios y los campesinos, sublevados por su palabra, hacer víctima de sus furores á toda Alemania, y no sintió probablemente necesidad de asistir á nuevas catástrofes. Su cuerpo fué transportado de Eisleben á Wittenberg. Colocáronlo en un sepulcro abierto frente á su cátedra, y su discípulo Melanchton se encargó de hacer el elogio de su apostolado y sus trabajos en un extenso discurso.

Primera guerra de los protestantes en Alemania (1546-1547). — Antes de llegar á las manos, Carlos V, puso en juego todos los recursos de la política para sembrar la división entre los protestantes. De esa manera logró separar de este partido á los margraves de Brandeburgo, Carlos y Alberto, y al

ambicioso Mauricio de Sajonia. Cuando se creyó seguro del éxito, lanzó los anatemas imperiales contra el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, y comenzó el ataque con la toma de Neuburgo, de Donawerth y de Dillemburgo. Durante ese tiempo, Mauricio penetraba en Sajonia é invadía los Estados del elector. Juan Federico se vió entonces obligado á separarse de sus aliados para ir en socorro de sus vasallos, de manera que la liga protestante quedó disuelta en pocos meses.

Batalla de Mühlberg (1547). — Carlos V triunfaba, cuando de pronto cambió la fortuna de las armas. El elector arrojó de sus Estados, haciéndolo prisionero, á Alberto, margrave de Brandeburgo, que había llevado socorros á Carlos. Para colmo de desgracia, el emperador supo al mismo tiempo que su hermano era inquietado en Moravia y Bohemia, y que Francisco I acababa de excitar en contra suya á los turcos, los venecianos y los daneses. Felizmente, la muerte del rey de Francia dejó sin efecto esta última coalición, y Carlos V no tuvo más adversarios que los protestantes. Juan Federico, que había acampado á orillas del Elba, bajó luego por el río hasta Mühlberg, donde el emperador lo venció y lo hizo prisionero (25 de abril de 1547).

Poderío de Carlos V (1546-1551). — Después de su victoria, el emperador exclamó, parodiando á César: « He llegado, he visto, y Dios ha vencido. » Nunca hubo, en efecto, batalla más decisiva. El elector y el landgrave de Hesse quedaron prisioneros del emperador, que los humilló y los despojó de sus Estados. Carlos V hizo arrasar todas las fortalezas de sus enemigos, se apoderó de su artillería y, habiendo concedido á Mauricio el electorado, lo envió á Italia, á los Países Bajos y á España. Árbitro de los destinos de la nación germánica, Carlos V creyó poder serlo también de la fe: rodeóse de teólogos y dictó la fórmula que debían aceptar católicos y protestantes, mientras eran conocidos los acuerdos del concilio (15 de mayo de 1548). Ese decreto, que sólo era provisional, recibió el nombre de *interim*. Aunque estaba conforme casi por completo con la doctrina católica, descontento á

todo el mundo, porque nadie reconoció al emperador derecho para dictar órdenes en semejante materia.

Traición de Mauricio de Sajonia (1551). — La mayor parte de las ciudades de Alemania se declararon abiertamente contra el *interim*, y el mismo elector se negó á recibirlo. Ese ambicioso príncipe, que oía las quejas universales de los protestantes, resolvió ponerse al frente de ellos y humillar al emperador, por más que éste fuera quien lo había elevado al puesto en que se hallaba. Así fué que, al recibir la orden de marchar contra Magdeburgo, que era la ciudad más resuelta á no aceptar el *interim*, prolongó cuanto pudo el sitio y se alió en secreto con el rey de Francia, Enrique II.

Segunda guerra de los protestantes (1552-1555). — Carlos V no creyó en su traición más que cuando lo vió invadir la Franconia con los de Hesse y las tropas del margrave Alberto. La posición del emperador era crítica: sin dinero y sin ejército, hubiese querido ganar tiempo en negociaciones; pero Mauricio, que lo adivinó, cayó de pronto sobre el Tirol y estuvo á punto de hacerlo prisionero en Innsprück, donde se hallaba enfermo. Salvóse de ese peligro, pero tuvo que firmar en Passaw una transacción por la cual renunciaba al *interim*, devolvía la libertad al landgrave de Hesse, y se comprometía á reunir una dieta en el término de un año para acabar con todas esas discusiones religiosas (1552).

Paz de Augsburgo (1555). — Después de eso, Carlos V volvió sus armas contra el rey de Francia; pero el fracaso que sufrió bajo los muros de Metz (1553) y su derrota junto á Rentí (1554) le hicieron desear la paz. No obstante la transacción de Passaw, Alemania seguía siendo presa de las turbulencias. Mauricio se había visto obligado á tomar las armas contra el margrave de Brandeburgo, el turbulento Alberto, muriendo en la batalla que le ganó en las llanuras del ducado de Luneburgo (1553). Entonces cesaron en su hostilidad los diferentes príncipes alemanes y se firmó en Augsburgo paz definitiva, garantizando á los reformados el libre ejercicio de su religión y la posesión definitiva de las propiedades que arrebataran á las iglesias. Cada príncipe quedaba facultado para deter-

minar qué religión sería la dominante en sus Estados, pero sin obligar por eso á sus vasallos á adoptarla. Además, los ciudadanos podían en adelante cambiar de país, si lo juzgaban oportuno por sus ideas religiosas.

§ III. — *De la reforma en los Estados escandinavos, en Prusia y en Livonia.*

De la reforma en Dinamarca. — El rey de Dinamarca, Cristián II, se había hecho odioso por su crueldad. En consecuencia se alzaron contra él sus vasallos, reemplazándolo por su tío Federico de Hols-tein (1523). Este príncipe era amigo de los innovadores y de sus doctrinas. Así fué que se apresuró á introducir las en sus Estados, con objeto de aumentar su autoridad, arruinando la de los obispos, que le hacían sombra. La reforma se extendió por todo su reino con asombrosa rapidez. En vano lucharon contra ella los obispos, pues se les acusó de hacerlo en defensa de su interés personal y de su ambición. Los príncipes de la Iglesia se vieron expulsados de sus sedes, los monasterios entregados al saqueo, y se adoptó la confesión de Augsburgo (1530).

Cristián II procuró reconquistar su trono, proclamándose defensor de los católicos, pero Federico I le propuso una entrevista, y no se avergonzó de violar en su persona los más sagrados derechos haciéndolo prisionero. Encerráronlo en el castillo de Sanderburgo, en la isla de Asen, donde murió al cabo de veintinueve años de cautiverio. Federico no sobrevivió más que un año á su infame cobardía (1533).

Después de un año de interregno, los nobles coronaron á su hijo Cristián III (1534). El primer acto de ese príncipe fué decretar abolida la religión católica. Mandó prender á los obispos, y los citó á una dieta que había reunido en Copenhague. Allí los declaró responsables de todos los males causados por la última guerra, y en virtud de esa inicua acusación los despojó de su autoridad, confiscó sus bienes, y los redujo á prisión, reemplazándolos luego por teólogos protestantes, que recibieron encargo de propagar el luteranismo.

Noruega se sublevó contra esas tiránicas disposiciones; pero Cristián le impuso su voluntad por la fuerza, y obligó á los religiosos á abandonar sus monasterios. Islanda también se conmovió en el seno de sus hielos para protestar enérgicamente en favor de su religión tradicional. Para dominar á esos desgraciados pueblos hubo que recurrir á la fuerza material, y la espada cortó las cabezas de cuantos se negaron á creer en la palabra de Lutero.

Desde entonces quedó dominando en Dinamarca la religión protestante. Es verdad que Carlos V procuró reanimar el partido de Cristián II; pero tuvo que reconocer á Cristián III en 1544, bajo la única condición de que los holandeses tendrían el derecho de navegar en el Báltico. Esa concesión fué el golpe mortal dado á la liga hanseática. Cristián III se ocupó durante el resto de su reinado en la administración interior de su país, las ciencias y las letras, y dejó el trono en 1559 á su hijo Federico II.

De la reforma en Suecia. — Suecia, unida á Dinamarca y á Noruega, gemía bajo el férreo yugo de Cristián II. Gustavo Wasa, que había sido hecho prisionero por aquel príncipe, rompió sus cadenas en el momento mismo en que la barbarie de Cristián inundaba de sangre su país (1520). Por de pronto vagó por los desiertos de la Dalacarla vestido como pobre campesino, pero cuando creyó que había sonado la hora de la rebelión, arengó á aquellas desgraciadas poblaciones, y no tardó en verse al frente de un ejército de más de 20.000 hombres. Westeras, Upsal, y otras grandes ciudades le abrieron sus puertas. Ya no le quedaba más que tomar Abo, Calmar, y Estockholmo, cuando la caída de Cristián II en Dinamarca facilitó sus designios. Á partir de ese momento, la nación lo proclamó unánimemente (1523).

Por desgracia, el libertador era afecto á la doctrina de Lutero. Dos hermanos, Lorenzo y Olaus Petri, habían extendido por Gothia los primeros gérmenes de aquella desde el año 1519, y Gustavo Wasa se dejó seducir durante su residencia en Lübeck. Una vez rey, favoreció las predicaciones de los luteranos, y procuró atraerse por la dulzura á los obispos católicos.

No habiendo podido lograrlo, convocó los estados generales en Westeras, y decretó la confiscación de todos los monasterios é iglesias, declaró excluidos de los asuntos públicos á los sacerdotes católicos, y prohibió las relaciones con Roma. Habiendo sido coronado solemnemente poco después en Estockholmo, consumó la ruina del culto católico, prescribiendo á las iglesias la liturgia que deberían seguir (1528). Murió en 1560, á los treinta años de reinado, dejando reputación de gran guerrero, de profundo legislador y hábil político. Su error fué haber abusado despóticamente en beneficio del error de los dones que le otorgara el cielo.

De la reforma en Prusia y en Livonia. — Prusia y Livonia se hallaban bajo la dominación de los caballeros teutónicos y de los portaespadas, que se apoderaron primitivamente de esas regiones para establecer en ellas el culto del Evangelio. Pero desde hacía mucho tiempo se hallaba enervado el valor de esas dos órdenes militares, y muy debilitada en su seno la fe.

Alberto de Brandeburgo, gran maestre de los caballeros teutónicos, imitó por ambición á los demás príncipes, declarándose en favor de la reforma, á fin de librarse de su juramento y poder casarse. Hizolo efectivamente en 1515 con la princesa Dorotea, hija del rey de Dinamarca, y declaró hereditario en su familia su poder. La mayor parte de los caballeros se dejaron arrastrar por el ejemplo de su jefe, y Prusia quedó separada de la grey católica.

Los caballeros portaespadas se habían separado de los teutónicos en 1521, y su provincial, Walter de Plettenberg, fué elegido soberano de Livonia. En tiempo de ese príncipe fué cuando penetró el luteranismo en el mencionado país; pero la revolución religiosa no quedó consumada definitivamente hasta Gottardo Ketter, último gran maestre de la orden (1559). Para perpetuar el poder en su familia, Walter se casó, como lo había hecho Alberto de Brandeburgo, y á imitación de éste firmó también un tratado con la Polonia, declarándose vasallo de ese reino, bajo la condición de recibir los ducados de Curlandia y Semi-

galia á título de posesión hereditaria, y de que el luteranismo fuese la religión dominante en Livonia (1571). De ese modo quedó este país, lo mismo que Prusia, separado del catolicismo, por convenir así á la ambición del soberano.

Resumen de este capítulo. — La reforma da en cierto modo la vuelta á Europa, aunque presentando en todas partes el mismo carácter. Su pretexto es combatir la autoridad de la Iglesia, contra la cual se rebela; pero la idea religiosa no tarda en dejar libre el campo á la política, y vemos á los pueblos arrastrados por los soberanos, que los engañan sobre sus verdaderos intereses.

I. El movimiento empieza en Suiza. Un cura de Glaris, Zuinglio, protesta contra las indulgencias antes que Lutero (1516). Ese violento y fogoso espíritu se había penetrado de los autores paganos más bien que de la doctrina cristiana, y sus errores agitaron toda la Suiza. Esas predicaciones producen turbulencias; los reformadores no se entienden entre sí y tienen por adversarios naturales á los católicos, que contradicen é insultan. La guerra civil resulta inevitablemente de todo eso; triunfan los católicos y entre los muertos queda el cadáver de Zuinglio (1531). Calvino aparece poco después, alzándose como Lutero contra la Iglesia romana, pero enseñando doctrina propia y personal, que lo convirtió en segundo jefe del protestantismo. Establecióse en Ginebra y dió á esa Iglesia constitución nueva, que le convirtió en dueño absoluto de la ciudad. . . pesar de lo tiránico que era, su doctrina se extendió por Alemania, los Países Bajos, Francia y la Gran Bretaña, desde donde pasó más tarde á América.

II. En Alemania, el autor de la reforma es Lutero, monje sajón que se rebela contra Roma por no haber sido designado para predicar las indulgencias (1516). Ataca este principio mismo y entra en lucha con los más célebres doctores alemanes. Su doctrina es condenada por León X (15 de enero 1520). En vez de someterse, quema la bula que lo condena y las decretales de los papas (10 de octubre de 1520). Luego se presenta ante la dieta de Worms, y esa asamblea no hace más que aumentar la importancia de Lutero y de su rebelión (1522). Su protector Federico lo hace encerrar en el castillo de Wartburgo, y desde allí lanza sobre Alemania sus incendiarios escritos. Mas, apenas fué proclamado el principio del libre examen, cuando cada cual quiso usar de él en provecho propio. Carlostadt se separó de Lutero, y Muncer se puso al frente de los anabaptistas. Estos últimos se alzaron en armas en Franconia, Turingia, Alsacia, Lorena y el Palatinado (1524). Lutero aconsejó á los príncipes que exterminasen esas bandas indisciplinadas, como lo hicieron efectivamente, pasándolas á cuchillo cerca de Frankhausen. Entonces el monje sajón puso colmo á sus escándalos casándose con una religiosa, Catalina de Bora. Las divisiones aumentaban de día en día entre los reformados, relativamente á sus doctrinas. Los príncipes alemanes no se preocuparon gran cosa de tales controversias y consultaron sólo sus intereses. De ese

modo quedó Alemania dividida en dos partidos, los católicos por una parte, y por otra los innovadores, que tomaron el nombre de *protestantes*. Al fin la confesión de Augsburgo dió mayor unidad á la reforma bajo el aspecto religioso (1530), y Lutero no vaciló en aconsejar á sus partidarios que tomasen las armas contra los católicos. Pero ambas agrupaciones enemigas hicieron la paz (1534), y los reformados se limitaron á atacar de nuevo la secta de los anabaptistas que, aun cuando salida de su seno, los espantaba con sus excesos (1535). Poco después se celebró el concilio de Trento, que promulgó la fe católica relativamente á todos los puntos negados ó discutidos por los reformadores (1545). Entonces se agitaron de nuevo los protestantes, y Lutero murió en el momento mismo en que iba á entablarse otra vez la lucha (1546). Esa guerra fué ventajosa para los católicos. Carlos V derrotó á los protestantes en la batalla de Muhlberg (1547), y á pesar de la defección de Mauricio de Sajonia y la pérdida de los tres obispados, Metz, Tul y Verdún, que Francia arrancó al emperador, éste pudo concluir la paz de Augsburgo, que puso término, temporalmente al menos, á las guerras de religión en Alemania (1555). Carlos V abdicó al año siguiente.

III. En los Estados del Norte, la reforma fué introducida por los príncipes. El rey de Dinamarca Federico I, que había destronado á Cristián II, favoreció el establecimiento del protestantismo en ese país, porque vió en esa nueva religión medios de hacerse independiente (1530). Su hijo, Cristián III, acabó la realización de esa idea (1534). En Suecia, Gustavo Wasa, libertador de este país, se erigió también con el mismo objeto en celoso propagador del luteranismo. Al dar en tierra con la religión cristiana en su reino, destruyó el poder religioso que le hacía sombra, y de ese modo llegó á la realización de sus ideas, todas encaminadas á hacer absoluto su poder. Prusia fué llevada al protestantismo por Alberto de Brandeburgo y la Livonia por Gottardo Ketler, personajes que secularizaron los órdenes de las cuales eran grandes maestros para hacer hereditario el poder en sus familias. Así pues, la ambición de los soberanos fué la causa principal de los cambios que entonces se efectuaron en el espíritu religioso de los mencionados pueblos.

CAPÍTULO XXVIII.

LA REFORMA EN INGLATERRA Y EN ESCOCIA. ENRIQUE VIII. EDUARDO VI. MARÍA TUDOR. ISABEL Y MARÍA ESTUARDO (1).

La reforma no tuvo en Escocia el mismo carácter que en Inglaterra. Para triunfar en el primero de esos países, los inno-

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Además de las historias generales de Inglaterra y de Escocia, véanse: Audin, *Historia de Enrique VIII*; Bossuet, *Historia de las variaciones*; Cobbett, *Historia de la reforma* y las diferentes monografías de María Estuardo.

galia á título de posesión hereditaria, y de que el luteranismo fuese la religión dominante en Livonia (1571). De ese modo quedó este país, lo mismo que Prusia, separado del catolicismo, por convenir así á la ambición del soberano.

Resumen de este capítulo. — La reforma da en cierto modo la vuelta á Europa, aunque presentando en todas partes el mismo carácter. Su pretexto es combatir la autoridad de la Iglesia, contra la cual se rebela; pero la idea religiosa no tarda en dejar libre el campo á la política, y vemos á los pueblos arrastrados por los soberanos, que los engañan sobre sus verdaderos intereses.

I. El movimiento empieza en Suiza. Un cura de Glaris, Zuinglio, protesta contra las indulgencias antes que Lutero (1516). Ese violento y fogoso espíritu se había penetrado de los autores paganos más bien que de la doctrina cristiana, y sus errores agitaron toda la Suiza. Esas predicaciones producen turbulencias; los reformadores no se entienden entre sí y tienen por adversarios naturales á los católicos, que contradicen é insultan. La guerra civil resulta inevitablemente de todo eso; triunfan los católicos y entre los muertos queda el cadáver de Zuinglio (1531). Calvino aparece poco después, alzándose como Lutero contra la Iglesia romana, pero enseñando doctrina propia y personal, que lo convirtió en segundo jefe del protestantismo. Establecióse en Ginebra y dió á esa Iglesia constitución nueva, que le convirtió en dueño absoluto de la ciudad. . . pesar de lo tiránico que era, su doctrina se extendió por Alemania, los Países Bajos, Francia y la Gran Bretaña, desde donde pasó más tarde á América.

II. En Alemania, el autor de la reforma es Lutero, monje sajón que se rebela contra Roma por no haber sido designado para predicar las indulgencias (1516). Ataca este principio mismo y entra en lucha con los más célebres doctores alemanes. Su doctrina es condenada por León X (15 de enero 1520). En vez de someterse, quema la bula que lo condena y las decretales de los papas (10 de octubre de 1520). Luego se presenta ante la dieta de Worms, y esa asamblea no hace más que aumentar la importancia de Lutero y de su rebelión (1522). Su protector Federico lo hace encerrar en el castillo de Wartburgo, y desde allí lanza sobre Alemania sus incendiarios escritos. Mas, apenas fué proclamado el principio del libre examen, cuando cada cual quiso usar de él en provecho propio. Carlostadt se separó de Lutero, y Muncer se puso al frente de los anabaptistas. Estos últimos se alzaron en armas en Franconia, Turingia, Alsacia, Lorena y el Palatinado (1524). Lutero aconsejó á los príncipes que exterminasen esas bandas indisciplinadas, como lo hicieron efectivamente, pasándolas á cuchillo cerca de Frankhausen. Entonces el monje sajón puso colmo á sus escándalos casándose con una religiosa, Catalina de Bora. Las divisiones aumentaban de día en día entre los reformados, relativamente á sus doctrinas. Los príncipes alemanes no se preocuparon gran cosa de tales controversias y consultaron sólo sus intereses. De ese

modo quedó Alemania dividida en dos partidos, los católicos por una parte, y por otra los innovadores, que tomaron el nombre de *protestantes*. Al fin la confesión de Augsburgo dió mayor unidad á la reforma bajo el aspecto religioso (1530), y Lutero no vaciló en aconsejar á sus partidarios que tomasen las armas contra los católicos. Pero ambas agrupaciones enemigas hicieron la paz (1534), y los reformados se limitaron á atacar de nuevo la secta de los anabaptistas que, aun cuando salida de su seno, los espantaba con sus excesos (1535). Poco después se celebró el concilio de Trento, que promulgó la fe católica relativamente á todos los puntos negados ó discutidos por los reformadores (1545). Entonces se agitaron de nuevo los protestantes, y Lutero murió en el momento mismo en que iba á entablarse otra vez la lucha (1546). Esa guerra fué ventajosa para los católicos. Carlos V derrotó á los protestantes en la batalla de Muhlberg (1547), y á pesar de la defección de Mauricio de Sajonia y la pérdida de los tres obispados, Metz, Tul y Verdún, que Francia arrancó al emperador, éste pudo concluir la paz de Augsburgo, que puso término, temporalmente al menos, á las guerras de religión en Alemania (1555). Carlos V abdicó al año siguiente.

III. En los Estados del Norte, la reforma fué introducida por los príncipes. El rey de Dinamarca Federico I, que había destronado á Cristián II, favoreció el establecimiento del protestantismo en ese país, porque vió en esa nueva religión medios de hacerse independiente (1530). Su hijo, Cristián III, acabó la realización de esa idea (1534). En Suecia, Gustavo Wasa, libertador de este país, se erigió también con el mismo objeto en celoso propagador del luteranismo. Al dar en tierra con la religión cristiana en su reino, destruyó el poder religioso que le hacía sombra, y de ese modo llegó á la realización de sus ideas, todas encaminadas á hacer absoluto su poder. Prusia fué llevada al protestantismo por Alberto de Brandeburgo y la Livonia por Gottardo Ketler, personajes que secularizaron los órdenes de las cuales eran grandes maestros para hacer hereditario el poder en sus familias. Así pues, la ambición de los soberanos fué la causa principal de los cambios que entonces se efectuaron en el espíritu religioso de los mencionados pueblos.

CAPÍTULO XXVIII.

LA REFORMA EN INGLATERRA Y EN ESCOCIA. ENRIQUE VIII. EDUARDO VI. MARÍA TUDOR. ISABEL Y MARÍA ESTUARDO (1).

La reforma no tuvo en Escocia el mismo carácter que en Inglaterra. Para triunfar en el primero de esos países, los inno-

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Además de las historias generales de Inglaterra y de Escocia, véanse: Audin, *Historia de Enrique VIII*; Bossuet, *Historia de las variaciones*; Cobbett, *Historia de la reforma* y las diferentes monografías de María Estuardo.

vadores mezclaron sus doctrinas con la idea política, sublevando á las poblaciones en nombre de la libertad. Por el contrario, en Inglaterra el cambio de religión fué obra del absolutismo. Después de la guerra de las Dos Rosas, la nación estaba tan aniquilada, que no pudo resistir á los caprichos de sus soberanos. Con Enrique VIII se limitó á ser cismática; hizose protestante con los ministros de Eduardo VI, volvió al catolicismo en tiempos de María, y se pasó con Isabel á la reforma. Esta última princesa puso todos los recursos de su genio al servicio de las nuevas doctrinas. No contenta con dar forma á la Iglesia anglicana y con obligar á todos sus vasallos á aceptar las decisiones dogmáticas que ella misma promulgaba, sostuvo también á los protestantes del continente europeo. A la vez que aparentaba proteger á María Estuardo, la atrajo pérfidamente á sus Estados y la hizo subir al patíbulo. Felipe II, defensor del catolicismo, armó una escuadra formidable para vengar aquel atentado, pero la destruyeron los huracanes. Isabel no recibió en la tierra más castigo de su crimen que los remordimientos que le devoraron el alma durante la última parte de su carrera.

§ I. — *Enrique VIII, Eduardo VI. María Tudor.*
(1509-1558).

Enrique VIII antes de su divorcio (1509-1527).

— Enrique VIII subió al trono á la edad de 18 años. Inglaterra, cansada de la triste monotonía del reinado precedente, saludó con entusiasmo los primeros años de un príncipe que empezó por mostrarse agradable, generoso y bueno. Su primer acto fué la alianza con Julio II contra Francia. Distinguióse en la jornada de las Espuelas y en la toma de Théroutane y Tournai. Luis XII no obtuvo la paz más que casándose con su hermana (1514).

Enrique VIII tuvo por un momento intenciones de disputar á Carlos V y á Francisco I la corona imperial de Alemania, pero no sintiéndose con fuerzas suficientes para ello, prefirió que los dos rivales se disputaran su amistad. « *Será emperador el que yo apoye* », decía. Así fué que los dos primeros monarcas de Europa agotaron todos los secretos de su política para seducirlo. Carlos V logró atraérselo, y Enrique VIII renovó la antigua rivalidad de Inglaterra contra Francia y continuó así hasta el cautiverio de Francisco I (1521-1527).

Pero en ese momento, herido por el orgullo de Carlos V, se puso de parte de los vencidos. Wolsey, irri-

tado contra el emperador porque éste engañó su ambición prometiéndole en vano la tiara, trabajó por venganza en la conclusión de ese nuevo tratado. El papa Clemente VII, los venecianos y príncipes de Italia entraron en la liga, y el rey de Inglaterra fué declarado protector de la misma.

Divorcio de Enrique VIII (1527-1530). — En esa época fué cuando cambió completamente de carácter el reinado de Enrique VIII. Ese príncipe descuidó sus relaciones con las demás potencias para pensar sólo en transtornar sus Estados. Después de haber escrito contra Lutero (1521) un libro que León X llamó un *diamante del cielo* y por el cual se le dió el título de *defensor de la fe*, volvióse cismático, y el príncipe que siempre se mostrara suave y humano, se dejó arrastrar repentinamente á la tiranía y la crueldad.

Nada tan bajo como las causas de que se lanzara por esa vía. Locamente enamorado de Ana de Boleyn ó Bolene, una de las damas de honor de Catalina de Aragón su esposa, le declaró su culpable pasión, y Ana, con perfidia hábilmente calculada, le respondió que su negativa sólo podía ser vencida mediante el matrimonio. Entonces Enrique resolvió repudiar á la reina para unirse con Ana. Catalina había estado casada antes con su hermano, y eso sirvió á Enrique para exponer dudas acerca de la legitimidad de su unión con ella; parecióle haber leído en Santo Tomás de Aquino, su autor preferido, que el impedimento entre cuñado, y cuñada era de derecho divino y que el papa no podía dar dispensa en ese punto; también citó el *Levítico* y el *Deuteronomio*, y consultó á las diferentes universidades católicas. En Inglaterra y París, la mayor parte de los doctores fueron deslumbrados por el oro del monarca y dieron tremendo escándalo á toda la cristiandad. Clemente VII llamó el asunto ante sí, convocando un tribunal para que lo examinase. Wolsey empezó por pedir á su señor de rodillas que renunciara á su loca idea, pero cuando lo vió resuelto á obtener el divorcio, prefirió su posición á su conciencia. El papa envió á Inglaterra á su legado Campeggio, con órdenes para dar largas al asunto, esperando que el tiempo se encargaría de resolverlo. Pero el rey, can-

sado de tantas tardanzas, se dispuso á hacer decretar su divorcio por la autoridad eclesiástica de su reino y de su parlamento. El favor de Ana de Boleyn fué causa de la desgracia de Wolsey. El rey lo privó de su puesto, dándosele á Tomás Moro. Wolsey no tardó en morir de pena y de remordimientos.

Principios del cisma (1530-1534). — Enrique hizo una nueva tentativa con el papa y el emperador para excitarlos á que consintieran en su divorcio. Carlos V respondió que no era un mercader para vender el honor de su tía, y Clemente VII, sin dar respuesta terminante, prometió hacer por Enrique lo que su conciencia le permitiese. En ese momento cedió el rey en su persecución, y Ana de Boleyn creía perdida su causa, cuando un hombre de baja alcurnia, pero hábil é inteligente, le ofreció ayudarle. Tomás Cromwell, que así se llamaba, fué el primero en dar al monarca la idea de resistir al soberano pontífice, de declararse jefe supremo de la Iglesia anglicana, y concentrar así en sus manos el poder civil y el eclesiástico. Eso era halagar hábilmente las dos mayores pasiones de Enrique VIII, su ambición y su desenfadada licencia.

Gustóle el plan, hizo entrar á Cromwell en su consejo privado, y empezó á preparar los espíritus para tan sorprendente innovación. Un estatuto de Eduardo III prohibía á todo inglés que aceptase provisiones, reservas ó beneficios de parte de la corte romana; en consecuencia, se procesó á Wolsey y á todo el clero inglés por haber violado aquella disposición, y Enrique tomó el título de protector y jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra. Habiéndole escrito el papa una afectuosa aunque severa carta respecto de ese particular, el rey reunió su parlamento, abolió las anatas y declaró nulas todas las censuras que lanzase Roma (1532). Deseoso de poner de su parte á Francisco I, le prometió, en una entrevista celebrada en Calais, no aumentar la tirantez de sus relaciones con el papa. Pero el 25 de enero de 1533, queriendo legitimar al niño que Ana de Boleyn llevaba en su seno, hizo que uno de sus capellanes bendijera secretamente su unión con esa dama, en una habitación del palacio de Whitehall.

Luego dió el arzobispado de Cantorbery, vacante entonces á un luterano casado, el innoble Cranmer, que se apresuró á aprobar su divorcio y á confirmar su adúltero enlace. El soberano pontífice no excomulgó á Enrique VIII hasta que hubo dado esos escándalos; pero entonces le ordenó que volviera á unirse con Catalina, su esposa legítima (23 de marzo de 1534).

Constitución de la Iglesia anglicana (1534). — La sententia de Roma no fué la causa del cisma. Desde antes de recibirla había prohibido el parlamento de los recursos á Roma (30 de marzo de 1533) y el rey había encargado á Cromwell la redacción de diversas leyes cuyo objeto era establecer separación marcada entre la Iglesia nueva y la comunión romana. Pero al verse excomulgado, Enrique perdió por completo los estribos, y se hizo declarar por el parlamento supremo juez de la religión en Inglaterra (23 de noviembre de 1534). Concedíasele facultad para nombrar por sí los obispos, quienes no debían prestar juramento más que en sus manos. Los favores espirituales, en vez de ser dispensados por Roma, dependieron en adelante del primado. Finalmente, se excluyó de la sucesión al trono á María, hija de Catalina de Aragón, y se declaró única heredera de Enrique á Isabel, fruto de sus amores con Ana de Boleyn.

Persecuciones. Expoliación de los monasterios (1535-1536). — Todos cuantos se negaron á aceptar esos decretos del parlamento fueron inmolados sin piedad. Juan Fisher, obispo de Rochester y Tomás Moro, canceller poco antes, que protestaron contra aquellos impíos decretos, fueron degradados por Enrique, presos, y por último ejecutados en el cadalso (1535). Ese horrible crimen indignó á Europa entera. Queriendo castigarlo, el papa Paulo III renovó la excomunión lanzada contra el bárbaro príncipe; declaró incapacitados para sucederle á los hijos de Ana de Boleyn, y eximió á sus vasallos del juramento de fidelidad. Pero esos terribles anatemas no bastaron á sacar de su inexplicable letargia al pueblo inglés.

Ayudado por los consejos de su vicario general Cromwel, Enrique VIII arrastró al cisma todo el clero anglicano. Para ello, suspendió los poderes de los

obispos, y los obligó á recibir la jurisdicción de sus propias manos. Luego tentó la avaricia de los lores, provocando la supresión y expolio de los monasterios. Excitado á ello por el rey, el parlamento abolió en un primer decreto todos los conventos cuyas rentas no pasasen de 200 libras esterlinas, lo cual causó la muerte de 376 casas religiosas, cuyos bienes fueron confiscados (8 de junio de 1536).

Nuevos casamientos de Enrique VIII (1536-1542). — Esas cuantiosas riquezas fueron empleadas en diversiones, fiestas y extravagancias de todas clases que, excitando las pasiones del monarca, lo lanzaron cada vez más en vías del crimen y de la ignominia. Ana de Boleyn, objeto de sus primeros escándalos, cuya ligereza acabó por disgustarle, fué acusada de infidelidad, y perdió la cabeza en el cadalso (19 de mayo). El mismo día de su ejecución se puso Enrique las más suntuosas vestiduras que poseía y se casó con Juana Seymour, declarando que sólo los hijos que tuviera de esa unión serían legítimos. Juana murió al dar á luz al futuro Eduardo VI (12 de octubre de 1537). Después de permanecer viudo tres años, el rey contrajo matrimonio con Ana de Cleves, de la cual se había enamorado viendo uno de sus retratos (1540). Pero como luego no supo cautivarlo, hizo pronunciar su divorcio por el parlamento, sin más razón que su capricho (1541). Entonces se casó por quinta vez, con la sobrina del duque de Norfolk, Catalina Howard; pero como la familia de la nueva reina era enemiga de los reformados, Cranmer la perdió en el ánimo del rey, hasta el punto de que, al año de su matrimonio, moría Catalina en el cadalso (1542). En fin, Catalina Parr, viuda de lord Latimer, fué la última mujer de ese príncipe disoluto (12 de julio de 1543); ésta soberana logró conservar la vida, á fuerza de prudencia y habilidad.

Reacción contra su tiranía (1536-1539). — Mientras deshonraban el trono tantas torpezas, produjéronse en el pueblo y el clero grandes movimientos. Los comités del Norte tomaron las armas en defensa de su fe, y principalmente para vengar la supresión de los monasterios. La lucha tomó carácter amenazador, sobre todo desde el Humber hasta las fronteras

de Escocia. Los sublevados, que dieron á su liga el nombre de *peregrinación de la gracia*, avanzaron sobre Duncastré en número de treinta mil. Enrique VIII tuvo la habilidad de entretenerlos con promesas, y así que logró dispersarlos, mandó dar muerte á sus jefes.

El clero no tuvo más fortuna en su resistencia; pero precisa confesar que en ninguna parte desplegó la viril resistencia que siempre es necesaria frente al poder que ataca la verdad. Dividióse y esa fué la causa de su ruina.

Nuevos excesos de Enrique VIII (1539-1540). — Esa oposición mal concertada y sin unidad sólo sirvió para irritar al monarca. Como jefe supremo de la Iglesia se había comprometido á extirpar los abusos; con tal pretexto, abolió gran número de solemnidades religiosas, restringió el culto de las imágenes y sació su avaricia robando las urnas y relicarios. Así fué cómo, después de borrar del calendario el nombre de Santo Tomás Becket, lo citó á imaginario juicio, se apropió las riquezas que adornaban su tumba y lanzó al viento sus cenizas. Al mismo tiempo consumó la ruina de los monasterios y se apoderó de sus bienes.

Ley de los seis artículos (1539). — A la vez que cometía todas esas injusticias, Enrique VIII se jactaba de ortodoxia, por inexplicable inconsecuencia. Así fué que hizo que el parlamento adoptase el famoso bill de seis artículos, que se ha llamado *estatuto de sangre*. Ese decreto establecía la presencia real, la comunión bajo una sola especie, la obligación de observar el voto de castidad, el celibato eclesiástico, la utilidad de las misas privadas y la necesidad de la confesión auricular. Los que negaban el primer artículo debían ser quemados; la pena de muerte no era pronunciada contra los que negaban los otros más que en caso de reincidencia. La primera falta se castigaba con la confiscación de bienes y la prisión. Protestantes y católicos quedaban sometidos al célebre bill.

Sumisión del país de Gales y de Irlanda. — El país de Gales hubiera deseado sustraerse á esas leyes tiránicas, é Irlanda se estremecía de horror ante tan monstruosas innovaciones. Los kildares, que esta-

ban al frente del gobierno irlandés, se habían rebelado á pesar de los consejos del arzobispo de Armagh; y Enrique aprovechó esa circunstancia para establecer mediante la fuerza su doctrina, que era imposible hacer arraigar por persuasión. El jefe de los sediciosos fué decapitado y la calma se restableció. Los señores irlandeses llegaron hasta solicitar la *pairía*, y su país pasó de *señorio á reino*.

Muerte de Enrique VIII (1547). — Después de eso, Enrique VIII se mezcló en los asuntos de Escocia, donde quiso hacer penetrar sus ideas cismáticas. Pero Jacobo V prefirió la alianza de Francia á la suya, y de ahí resultó por de pronto una guerra en que Enrique VIII quedó victorioso. Pero al morir Jacobo V, los escoceses se pronunciaron en favor de María de Guisa, y el rey de Inglaterra tuvo que comprender á Escocia en el tratado que celebró con Francisco I (1546). Poco más tarde, el 29 de enero del año siguiente, murió Enrique VIII, yendo á dar cuenta á Dios de la tiranía que hiciera pesar sobre su pueblo, de las aflicciones que causó á la Iglesia, y de los numerosos crímenes que mancharon su vida. Su salud había quedado tan debilitada por los placeres y la disolución, que desde mucho tiempo atrás sólo le quedaban fuerza para firmar sentencias de muerte. En sus últimos momentos experimentó terribles dolores.

Eduardo VI establece el protestantismo (1547-1548). — A pesar de ser cismático, Enrique VIII respetaba los dogmas católicos, perseguía á los luteranos, y se alarmaba ante la simple idea de las doctrinas protestantes. Pero como el reinado de Eduardo VI no fué más que una minoría de edad regida por el duque de Sommerset, este ministro se puso de acuerdo con Crammer para extender la reforma á las creencias y establecer el protestantismo.

Sin embargo, se procedió con cautela para que fuese más seguro el éxito. Sommerset empezó por llevar á cabo una visita general de todas las diócesis, cambió la liturgia católica con el fin de inclinar los espíritus hacia las prácticas de las iglesias reformadas, y prohibió á los sacerdotes ortodoxos que predicaran fuera de sus parroquias. Una victoria que obtuvo en Escocia lo

hizo luego más atrevido. Derogó la ley de los seis artículos, prohibió las misas privadas, hizo retirar las imágenes de las iglesias, y permitió á los laicos la comunión bajo las dos especies (1548). Después de ese decreto, que daba carácter legal al protestantismo alemán en Inglaterra, el parlamento sancionó la nueva liturgia, en la cual no se había conservado del rito romano más que lo que estaba de acuerdo con las doctrinas de los innovadores.

Como ese ambicioso quisiera extender su influencia sobre Escocia, se vió expulsado de dicho país y poco después lo derribaron en Inglaterra. Juan Dudley, conde de Warwick, criticó su administración y formó contra él en el consejo un poderoso partido. Viéndose bajo el peso de mil diversas acusaciones, tuvo que dimitir su cargo, y Warwick lo reemplazó.

Administración de Warwick (1550-1553). — Warwick hizo la paz con Francia y Escocia; pero no puso término á los males causados por el protector, pues era como éste afecto al protestantismo, y persiguió á los católicos de la misma manera, llegando hasta molestar á la princesa María, única hija legítima de Enrique VIII. Habiendo mandado decapitar á su rival Sommerset (1552), su ambición le hizo desear para sí mismo la autoridad suprema. Valióse, pues, de su influencia en el ánimo de Eduardo VI para determinarle á excluir del trono á sus dos hermanas María é Isabel, y á nombrar sucesora suya á Juana Gray, hija del marqués de Dorset, y bisnieta de Enrique VII. Después de eso casó á Juana con su cuarto hijo, Guilford Dudley, y se vanaglorió de que, andando el tiempo, ocuparía su familia el trono. Eduardo murió algo más tarde, el 6 de julio de 1553, á la edad de diez y seis años.

Triunfo de María sobre Juana Gray (1553). — La nación inglesa no vió en el testamento de Eduardo legando la corona á Juana Gray más que las intrigas de la ambición de Warwick, que entonces llevaba el título de duque de Northumberland. Nadie comprendía cómo era posible entregar la corona á la sobrina segunda de Enrique VIII, cuando vivían sus hijas, María é Isabel. Sin embargo, Northumberland, quiso

lograr á todo trance su propósito y, seguido por algunos señores, se presentó á anunciar á Juana la muerte de Eduardo y su elevación al trono.

Durante ese tiempo, María se rodeó de sus amigos, hizo un llamamiento á las tropas y al cabo de poco tiempo se halló al frente de 30000 hombres. Northumberland tenía menos; sin embargo, de proceder activamente, hubiese podido destruir en un instante aquel ejército reunido apresuradamente y que carecía de disciplina y experiencia. Pero se atemorizó ante el clamoreo universal de todo el reino, y como ese miedo invadiese también á sus soldados, tuvo que presentarse en Londres á reconocer, con el llanto en los ojos, por legítima soberana á la que había querido despojar de sus derechos.

El mismo día del triunfo entregaron á María una lista de veinticinco personas, designadas como cómplices de la rebelión de Northumberland. La nueva soberana la redujo en el acto á once y acabó por entregar siete no más á la justicia. Northumberland y sus dos principales consejeros fueron condenados á muerte. María perdonó á Juana, considerando que ésta no había sido más que un instrumento en manos de su ambicioso suegro.

Casamiento de María (1534). — Tanta justicia y clemencia eran de admirar, sobre todo después de las crueldades de los últimos reinados. Como en esas circunstancias no había hecho más que seguir los consejos de Carlos V, la joven reina tomó gran cariño al ilustre emperador, y prefirió la mano de su hijo Felipe, infante de España, á las de todos sus pretendientes. Los ingleses no aprobaban un matrimonio que iba á lanzarles en nuevas guerras contra Francia. Gardiner y sus demás consejeros lo advirtieron así á María, mas ésta persistió en su propósito.

Muerte de Juana Gray (12 de febrero de 1554).

— Entonces estallaron en diversos puntos del reino sediciones y revueltas, al frente de las cuales se pusieron Tomás Woatt en el condado de Kent, y Pedro Carew en el Devonshire. El padre de Juana Gray, duque de Suffolk, se puso de parte de los rebeldes, en la esperanza de ver á su hija subir al trono, y también

Isabel tomó parte en la conspiración. María se mostró tranquila y serena en medio del peligro y sofocó la rebelión, perdonando á su hermana Isabel, pero mandó decapitar á Guildford y á Juana Gray, para que en lo futuro no sirviesen sus nombres de bandera á los facciosos.

Restablecimiento de la religión católica. —

Después de consolidar así su poder, María se ocupó en el restablecimiento de la religión católica. Aconsejada por Carlos V, procedió á esa grande obra con prudencia y lentitud. El pueblo echaba de menos la antigua liturgia, y el parlamento la restableció por medio de una ley que fué votada unánimemente. Ya no quedaba más que proclamar la primacía de la Sante Sede. Los lores que se habían enriquecido con los despojos de las iglesias y monasterios temían ser inquietados en sus posesiones si restablecían la jurisdicción de la Iglesia romana. Para acabar con su oposición, el papa declaró por boca del cardenal Polo que todos los bienes muebles é inmuebles sustraídos á la Iglesia pertenecerían definitivamente á sus poseedores. Después de esa declaración, la supremacía romana fué reconocida por unanimidad. Abrióronse las prisiones y cuantos habían sido encarcelados durante el período anterior por causas religiosas recobraron la libertad (1553).

Persecución contra los protestantes. — En aquellos desgraciados tiempos, católicos y protestantes consideraban como un deber perseguir á los que profesaban doctrinas consideradas erróneas por ellos. Enrique VIII había perseguido á los protestantes y católicos que se negaban á aceptar su cisma. Eduardo VI se había armado contra los católicos, mandando quemar á unitarios y anabaptistas. María hubiera procedido sin duda cuerdamente dejando entera libertad de conciencia á sus súbditos después de declarar religión de Estado el catolicismo; pero las ideas de la época triunfaron de su natural bondad.

Sin embargo sus primeros rigores fueron para hombres manchados que merecían el castigo por sus crímenes. Cuando la persecución tomó carácter puramente religioso, hubo católicos que reclamaron contra

esas violencias. Alfonso de Castro, monje español, confesor del mismo Felipe II, dijo públicamente en el púlpito que ese no era el modo de trabajar por extender las doctrinas del Evangelio. Tales reclamaciones detuvieron un instante á la reina y sus consejeros; pero los reformados obligaron con sus excesos al poder á tomar nuevas medidas de rigor. En efecto, esos no cesaban en publicar contra el gobierno, los obispos y la Iglesia romana violentas diatribas; pedían al cielo la muerte de la reina, atentaban á la vida de los sacerdotes católicos y excitaban continuas sediciones contra la autoridad establecida. Esa insubordinación no excusaba tal vez la severidad de María, pero al menos la explica y hace que las personas imparciales juzguen á esa reina con indulgencia.

Asuntos exteriores (1555-1558). — La política seguida en lo exterior por María fué la de Felipe II, su esposo. Este príncipe, que acababa de entrar en posesión de una parte de los extensos Estados de su padre, había heredado también sus guerras contra Francia. María tomó parte en la contienda por afecto á su marido y suministró diez mil hombres contra el parecer de sus consejeros. Esas tropas ayudaron á Felipe II en la brillante batalla y victoria de San Quintín (1557), que no impidió la toma de Calais por el duque de Guisa en el año siguiente (1558). Ese acontecimiento llenó de dolor á María, quien ya sufría mucho por las dudas que le inspiraba la fe de su hermana Isabel. *Si abrieran mi corazón, decía con frecuencia, encontrarían en él á Calais é Isabel.* Esos dos grandes dolores le produjeron violenta calentura, que causó su muerte el 24 de noviembre de 1558. Sus virtudes le han valido los elogios de los mismos protestantes.

§ II. — *Isabel y María Estuardo (1558-1603).*

Restablecimiento de la Iglesia anglicana (1558-1559). — Mientras vivió María, su hermana Isabel supo disimular sus inclinaciones protestantes. Y aun durante los primeros días de su reinado asistió á misa, se hizo coronar con arreglo al rito de la Iglesia

romana, y no reveló sus sentimientos sino cuando hubo ganado á todos los miembros del parlamento; entonces restableció la religión de Enrique VIII, apoderándose del poder espiritual. El clero murmuró y los obispos protestaron, pero Guillermo Cecil, á quien la reina había elevado á la dignidad de ministro, tuvo habilidad bastante para lograr que el episcopado cambiara de parecer, y sofocar casi todas las resistencias del clero inferior.

De la reforma en Escocia. — Escocia se hallaba en ese momento en plena revolución. Las ideas de los innovadores se habían extendido entre el pueblo, durante el reinado de María de Lorena, y el protestantismo había tomado en esa región carácter democrático completamente opuesto a absolutismo que hemos visto en los Estados del norte. Un monje apóstata de Londres, llamado Juan Knox, había infundido á la nación su fanatismo, logrando establecer un calvinismo hostil á todo poder espiritual y temporal. Los nobles lo protegieron por ambición, y así suscitó amenazadoras revueltas. Asustada por los desórdenes que cometían esos sectarios, la regente mandó contra ellos un ejército. Por su parte los insurrectos se aliaron mediante un *covenant* ó tratado, é invocaron el apoyo de Isabel, que acababa de subir al trono de Inglaterra (1559). Lutero los alentó en su rebelión, y hasta les dió el consejo de destronar á su soberano. Pero fracasaron en la empresa, y la muerte de María de Lorena permitió la firma de un convenio según el cual se reconocía como reina de Escocia á su hija María Estuardo, á la sazón residente en Francia, donde se casó con el rey Francisco II.

María Estuardo en Escocia (1561). — Mientras la reina acudía á tomar posesión de su trono, se confió la administración pública á un consejo de doce personas. Ese cuerpo, cuyos miembros todos eran partidarios de los innovadores, se apresuró á prohibir el culto de la Iglesia romana y á dictar penas muy severas contra los *papistas*. Juan Knox, encargado de constituir la nueva Iglesia, abolió el episcopado, y consagró de ese modo lo que se ha llamado *presbiterianismo*. Después designó como restos de idolatría los monumentos

católicos y á su voz cayeron todas las gentes sobre las abadías, las catedrales y bibliotecas, llegando hasta turbar el reposo de los muertos en sus sepulcros.

María Estuardo, que lloraba en Francia la muerte de su regio esposo Francisco II, resolvió, siguiendo los consejos del duque de Guisa, presentarse en Escocia, con objeto de moderar el odio bárbaro y feroz de su pueblo. Isabel trató de hacerla prisionera durante la travesía, pero aquélla tuvo la fortuna de atravesar sin ser vista, gracias á densa niebla, la línea de barcos ingleses que estaban acechándola, y desembarcó en Escocia el 21 de Agosto de 1561. Pero si la fortuna la favoreció un momento, fué para probarla luego con las más horribles desgracias.

Política de Isabel (1562-1564). — Isabel disimuló la contrariedad que le causaba haber dejado escapar su presa, y desde entonces adoptó como política sostener á los protestantes en todos los Estados de Europa, declarándose enemiga de los católicos. Siguiendo ese plan, mandó dinero y tropas á Condé y á los calvinistas (1562) satisfaciendo así su odio contra el duque de Guisa. Y por enemistad con Felipe II socorrió igualmente á los reformados de los Países Bajos. En cuanto á sus propios Estados, multiplicó en ellos los edictos sanguinarios, y dictó pena de muerte contra todos los que se negasen á reconocer su supremacía religiosa. Esas ejecuciones llegaron á ser tan frecuentes, que hasta los protestantes las lamentaron, y hubo que dar órdenes para que descansase el verdugo.

Casamiento de María Estuardo (1564). — También en Escocia fomentaba Isabel incesantes revueltas, valiéndose de la exaltación religiosa, pero por medios secretos. Oficialmente sostenía con María Estuardo amistosa correspondencia, ofreciéndose con la mayor amabilidad á buscarle esposo digno de su clase. Después de entretenerla mucho tiempo, tuvo la baja de proponerle al conde de Leicester, uno de sus favoritos; el corazón de María se agitó indignado al oír aquel nombre, y contestó á su *buena hermana* con una negativa terminante, decidiéndose al fin por Darnley, que era de la raza de Enrique VIII, y que descendía

de los reyes de Escocia por su padre el conde de Lennox (29 de julio de 1564).

Asesinato de Rizzio (1566). — Desgraciadamente, ese señor no era digno de la mano de la reina de Escocia. Caprichoso, original y violento, entregado al vino y los placeres carnales, no merecía ninguna consideración, y sin embargo deseaba compartir con María el supremo poder. Las negativas que recibió lo llevaron á los más sangrientos excesos. Como María hubiera otorgado su confianza á un piemontés lleno de astucia y habilidad, llamado David Rizzio, Darnley propagó contra ella las más odiosas calumnias y se unió con Murray y los protestantes para dar muerte al desdichado favorito. El complot tuvo su ejecución en las habitaciones y ante la vista de la reina, que estuvo á punto de morir de espanto (9 de marzo de 1566).

Doblez de Isabel. — En la época del casamiento de María Estuardo, Isabel había provocado una rebelión en Escocia; pero como los sublevados fueran vencidos, rechazó toda amistad con ellos y expulsó de Londres á su jefe Jacobo Murray, aunque otorgándole secretamente una pensión para recompensar sus servicios. Después del asesinato de Rizzio hubo nuevos alzamientos suscitados por el oro de Isabel; pero como María enarbolara valerosamente el pendón real en el castillo de Dumbar, apoderándose además de sus enemigos, Isabel le escribió para darle la enhorabuena, y ordenó fiestas y regocijos públicos en celebración del nacimiento de Jacobo IV, á quien acababa de dar vida la reina de Escocia (19 de junio de 1566).

Asesinato de Darnley (1567). — Hasta entonces los escoceses no habían tenido más que motivos para felicitarse por la bondad y dulzura de María. Su vida pura y sencilla le había granjeado el afecto de todos los corazones. Pero la joven era tan dichosa reina como infeliz esposa. Aunque perdonó de todo corazón á Darnley el asesinato de Rizzio, no le fué posible volver á amar á un hombre que cada día se degradaba con nuevas infamias. Algunos bajos cortesanos le aconsejaron que se divorciase, librándose así de aquel lazo; pero su fe prefirió esperar de la voluntad de Dios el fin de sus males. Entonces los autores de la indi-

cada proposición, temiendo con motivo el resentimiento de Darnley, resolvieron ponerse á salvo conspirando para perderlo.

Las circunstancias les ayudaron. Habiendo caído enfermo el rey en su castillo de Glasgow, María olvidó las ofensas que su marido la había hecho y acudió á su lado. Llevólo á Edimburgo, á un castillo situado en las cercanías, y con frecuencia pasó el día y la noche velándolo. Pero en la del 9 de febrero de 1567 lo dejó solo, para asistir á las bodas de una de sus damas. Los conjurados aprovecharon ese momento para violar las habitaciones de Darnley, haciendo reventar una mina. Al día siguiente fueron hallados en el jardín su cadáver y el de un paje, y diversas personas más quedaron enterradas bajo los escombros.

Segundo matrimonio de María Estuardo (1567). — Los jefes del partido protestante habían sido los autores de esa infame conspiración, y nadie puede dudar de la inocencia de María. Pero, débil y tímida, dejóse seducir por los consejos de los hombres poderosos que urdieron ese complot, no procuró con bastante energía el castigo de los culpables, y hasta dejó que el duque de Argyl, justicia mayor del reino y su cómplice, los absolviese. El pérfido Bohtwel, á quien la voz pública acusaba principalmente, fué más lejos aún: captóse la amistad de veinticuatro pares del parlamento, robó á la reina al volver ésta de Stirling, á donde fuera á ver á su hijo, intimidóla enseñándole las firmas de todos los grandes prestos á sostenerlo, y la obligó de ese modo á que se casara con él. Ese hombre indigno era protestante y estaba ya casado. Hizo en consecuencia que las dos comuniones pronunciasen su divorcio, y se presentó en Edimburgo á celebrar solemnemente sus bodas con la reina (15 de mayo de 1567).

Rebelión contra María. — Esa debilidad de María debiera ser justamente censurada, si no la hubiese expiado por tantas desgracias. Bothwel no era tan poderoso como se lo había creído. Los nobles vieron con celos su elevación, y cuando se supo que trataba de apoderarse del presunto heredero del trono, estalló un levantamiento general. María y Bothwel se pusie-

ron al frente del ejército real, pero los soldados se negaron á batirse. Aquél huyó entonces á las Orcadas, yendo á morir en las prisiones de Noruega, después de haber ejercido el oficio de pirata. En cuanto á María, lleváronla á Edimburgo, en medio de injurias y de ultrajes. Acusábasela de la muerte de Darnley, y delante de ella llevaban un estandarte en el cual pintaron el cadáver de su regio consorte. Después de presentarla así al populacho, los rebeldes la encerraron en el castillo de Lochleven, bajo la custodia de la madre de Murray, su implacable enemigo.

Huida de María á Inglaterra (1568). — Isabel no había hecho nada para socorrer á María contra sus enemigos. Cuando supo que estaba prisionera de los insurrectos, protestó de manera pública contra dal atentado y mandó un embajador á obtener justicia. Pero ese celo no era sincero. Al contrario, dejó en libertad á los enemigos de la reina de Escocia, y cuando esta princesa, ya fuera de su cárcel, se presentó á pedirle un asilo hospitalario, no halló en ella sino una irreconciliable enemiga. Ni siquiera quiso recibirla, pretextando que una reina acusada de asesinato y de adulterio no podía comparecer ante una *reina virgen*. María comprendió entonces que su cautiverio no hacía más que comenzar.

Su cautiverio (1568-1587). — Sin embargo, los ministros ingleses, deseosos de darse aires aparentes de justicia y de imparcialidad, oyeron las acusaciones de los enemigos de María, y en vista de esos calumniosos alegatos, solicitaron su abdicación. Pero ella respondió con firmeza: « Prefiero morir á soltar voluntariamente de mis manos un cetro que he recibido de mis mayores; sólo lo dejaré con la vida, y mis últimas palabras serán las de una reina de Escocia. » No pudiendo arrebatarle el honor, sus jueces la privaron de su libertad. El papa Pío V hizo consolar en su prisión á la ilustre cautiva. El duque de Norfolk, los condes de Northumberland y de Westmoreland, llegaron hasta intentar salvarla, pero el primero fué encerrado en la torre de Londres, y los otros huyeron á Escocia después de haber perdido todos sus bienes (1569-1570).

Estado de Escocia durante el cautiverio de María (1568-1587). — Cuando los amigos de la ilustre cautiva llegaron á Escocia, el regente Murray, que se había apoderado del gobierno, acababa de morir á manos de Jacobo Hamilton, que lo había asesinado para vengar una injuria privada que aquél le infirió (1570). En esos tiempos de anarquía, la regencia fué presa ofrecida á todas las ambiciones. El duque de Lennox y el conde de Marck la ocuparon sucesivamente, y ambos sucumbieron bajo el peso de tan peligrosa carga (1570-1572). Cada año veía una nueva revolución. Después de los anteriores fueron regentes los duques de Morton, los condes de Arrán y de Lennox, pero ninguno de ellos pudo devolver la tranquilidad á Escocia.

Conducta de Isabel durante ese mismo período (1568-1587). — Todas esas turbulencias que desolaban á Escocia, servían de contentamiento á la astuta Isabel, quien no cesaba de avivarlas. También en Francia y en los Países Bajos alimentaba con sus recursos la guerra civil, mantenía vivas las esperanzas de todos los príncipes que solicitaron su mano, y se complacía en humillarlos con ultrajantes decepciones. En lo interior, consolidaba su intolerable despotismo, á costa de injusticias y crímenes innumerables. No contenta con perseguir á los católicos de la manera que hizo Enrique VIII, estableció un *supremo tribunal de comisión* para buscar y castigar á los herejes. Nunca hubo inquisición tan terrible como esa. Los miembros de ese cuerpo poseían poder que alcanzaba al reino entero, sin que ni los de clase ó condición más elevada pudieran eximirse de su autoridad. Sus fallos eran puramente arbitrarios, y cuando sospechaban de alguno, lanzaban contra éllo que se llamaba un juramento *ex officio*, y lo obligaban á acusar á su padre, á su madre, á sus hermanos ó hijos. Los que se apartaban de la religión de la reina sufrían los más severos castigos. Oír misa, creer en la supremacía del papa y negar la de Isabel, eran delitos que conducían al cadalso. Como el principal fin era acabar con los sacerdotes católicos, dictóse pena de muerte contra ellos y contra los que los recibían ó se confesaban ante su tribunal.

Muerte de María Estuardo (1587). — El proceso de María Estuardo fué instruido en medio de esas circunstancias. Supúsose que esa reina había tomado parte en un complot formado por un joven señor cuyo nombre era Babington, contra los días de Isabel, y aunque no fué posible probar la verdad de esa acusación, se la condenó á muerte, hollando todas las más vulgares reglas de la equidad. Isabel fingió por de pronto negarse á esa horrible ejecución. Llamaba constantemente á María « su querida prima, su buena hermana, su amable parienta » y preguntaba con tierno acento « cómo era posible que ella hiciese morir la avecilla que se había refugiado en su seno. » Pero entretanto, compraba los votos de los puritanos que tenían asiento en el parlamento, y lograba que esos fanáticos le pidiesen la vida de su cautiva. Cada día exaltaba la imaginación del pueblo, revelándole supuestos complots. Y cuando la nación engañada reclamó que se ejecutara á María, Isabel firmó la sentencia, lamentando que el voto público la obligara á consumir tal sacrificio.

El 7 de febrero se presentaron dos comisarios á anunciar á la augusta reina que su ejecución se efectuaría al día siguiente. Al recibir esa noticia, pidió á sus verdugos los socorros de la religión; pero como se los negasen, se resignó llena de piedad y calma, y pasó rezando la noche. Después de algunas horas de tranquilo sueño, escribió varias cartas, distribuyó á sus servidores cuanto poseía, y se retiró á su oratorio, donde comulgó con una hostia que le había enviado San Pío V para que la emplease en caso necesario. La vista del cadalso y de los espectadores no quebrantó un momento su grande alma. Sentóse en el banquillo de terciopelo que le habían preparado, protestó de su inocencia, rechazó el fallo de sus jueces y recordó en estos términos su grandeza: « Soy prima de vuestra reina, soy de la sangre real de Enrique VIII; he sido reina de Francia por mi matrimonio y coronada reina de Escocia. » En ese punto fué interrumpida por un grosero predicante á quien encargaron de exhortarla, y que sólo supo insultar cobardemente su fe. Iba á responderle, cuando el conde de Shrewsbury le dijo

que debía contentarse con orar. En ese momento la piadosa reina se echó de rodillas por última vez y pronunció estas memorables palabras, á la vez que alzaba el crucifijo que tenía en las manos: « Dios mío, así como se abrieron tus brazos para extenderlos sobre esta cruz, así te ruego que los abras hoy para recibirme en tu misericordia. » Al dirigirse hacia el tajo fatal, repitió varias veces en alta voz: « Dios mío, en tus manos encomiendo mi alma. » Al primer golpe permaneció inmóvil, pero su cabeza no cayó hasta el tercero. El verdugo la mostró al pueblo, que pudo ver entonces cómo una larga serie de calamidades y diez y ocho años de cautiverio habían vuelto calva á aquella reina de cuarenta y cinco años (18 de febrero de 1587).

Cobardía del rey de Escocia. — Según su acostumbrada política, Isabel afectó gran dolor después de la muerte de María Estuardo. Vertió abundantes lágrimas, vistió luto, acusó á sus ministros de lo ocurrido, los suspendió de sus funciones, y mandó prender á uno de ellos, el cobarde Davison. Al saber la muerte de su madre, el rey de Escocia manifestó violenta indignación. La nobleza y todo el país compartieron su pena y su resentimiento. El día en que la corte empezó su luto, lord Sainclair se presentó al rey completamente armado, y le dijo golpeándose en la coraza: « Hé aquí mi luto por la reina. » Pero Jacobo VI era demasiado tímido para atreverse con Inglaterra, y hasta usó de tantos miramientos con los verdugos de su madre, que muchos creyeron fingido su dolor.

La Armada de Felipe II. Victoria de Isabel (1587-1590). — Sólo Felipe II se propuso vengar á la reina de Escocia. Desde hacía tiempo tenía ese soberano motivos de queja contra Inglaterra, que se atrevió á atacar á los españoles en las islas de Cabo Verde, en Santo Domingo, la Florida y hasta en el mismo puerto de Cádiz, y que no cesaba de enviar socorros á todas las provincias alzadas en armas contra él. Pensando en derribar á Isabel y en restablecer el catolicismo en Inglaterra, dió ordenes á los virreyes de Nápoles y de Sicilia, así como al gobernador de Milán, para que equipasen tropas y navíos; estableció un impuesto sobre Portugal y sobre cada provincia de España, y

reunió en Lisboa, á las órdenes del marqués de Santa Cruz, 150 barcos de guerra, 8.000 marinos y 20.000 soldados.

Flandes suministró fuerzas no menos considerables, y de todos los puntos de Alemania y de Italia acudían las gentes á alistarse bajo las banderas del rey católico, como si se hubiese tratado de una guerra santa. Tan seguro parecía el éxito que de antemano se dió á la escuadra el nombre de *armada invencible*. Inglaterra no era capaz de resistir, en efecto, á tales fuerzas, pero las tempestades hicieron lo que no hubieran podido lograr los soldados de Isabel. Todos los buques fueron dispersados á lo largo de las costas, desde Ostende hasta Gravelines, y la mayor parte se estrellaron contra las rocas de Dinamarca y de Noruega.

Isabel había mostrado mucho ánimo en esas críticas circunstancias, y hasta estuvo á punto de embarcarse en el buque almirante para ir al encuentro del enemigo. Después que la flota de Felipe II quedó destruída, aquella reina tomó la ofensiva contra dicho príncipe, conforme al deseo de su nación. Sus escuadras sembraron la alarma en Lisboa (1589), mientras sus tropas de tierra sostenían á los protestantes en los Países Bajos, deteniendo á los españoles en sus progresos dentro del territorio francés. Al mismo tiempo mandó contra España una flota de diez y siete buques de guerra y ciento cincuenta de línea, al mando de lord Effingham y del conde de Essex. Cádiz fué tomada y tal vez hubiera corrido peligro Andalucía, si el conde de Essex no se hubiese visto contenido en su marcha por el consejo de guerra que Isabel le impuso para calmar su impetuosidad (1597).

Asuntos de Irlanda (1598-1601). — Felipe II se vengó de esos reveses excitando á la rebelión á los católicos de Irlanda, cuya suerte era realmente intolerable. Habían querido someter ese país á las nuevas doctrinas, y todo él estaba cubierto de ingleses que saqueaban y mataban sin piedad. El conde de Tyrone, no pudiendo soportar más tiempo la vergonzosa servidumbre de sus conciudadanos, se puso al frente de los sublevados, y expulsó de la isla al gobernador inglés. Isabel mandó para que lo combatiere al conde de

Essex, aun desvanecido por sus últimas victorias; pero dicho general faltó á su deber, transigió cobardemente con Tyrone, contra lo dispuesto por su soberana, y se volvió á Londres. Isabel lo recibió friamente y para castigar su desobediencia lo condenó á prisión. Essex despechado se arrojó en brazos de los descontentos, pero no tardó en ser cogido y condenado á muerte. Isabel firmó la sentencia, sin tener en cuenta los pasados servicios del guerrero.

Muerte de Isabel. Apogeo de la autoridad real en Inglaterra (1603). — Este acto de vigor hizo perder á la reina toda su popularidad. Cuando se presentaba en público, ya no la acogían con el mismo entusiasmo, por lo cual concibió tal pena, que no pudo disiparla. En vano supo los triunfos de Montjoye, que había reemplazado á Essex en Irlanda, y la sumisión de la isla entera; su negra melancolía no la abandonó ni un momento. Esas inquietudes y los remordimientos la llevaron al sepulcro el 24 de Marzo de 1603, á la edad de setenta años.

El poder real había llegado á su apogeo en tiempos de esa mujer extraordinaria. Isabel había publicado los más severos edictos, no sólo contra los católicos, sino también contra las sectas protestantes que no admitían las doctrinas de la Iglesia establecida.

El parlamento aceptaba dócilmente todas sus voluntades, y no se atrevía á formular la más insignificante reclamación ante la imperiosa soberana, que mandaba preso á todo diputado que manifestase el menor conato de resistencia. Poniendo en orden la hacienda pública, supo por lo demás Isabel pasarse de los subsidios de la nación. Favoreció el desarrollo del comercio, alentó las empresas de los navegantes que hicieron en su tiempo descubrimientos de consideración. Drake, Cavendish, Davis y Raleigh se distinguieron entonces y echaron las bases del imperio colonial de Inglaterra. Este último dió á una de las regiones de América septentrional el nombre de Virginia en honor de la ilustre princesa. Varias naciones europeas solicitaron su alianza; Holanda, Francia y Rusia aplaudieron la amplitud y alteza del genio de Isabel; pero, no obstante las alabanzas que le fueron prodigadas, su política

astuta, sus crueldades indignas y sus licenciosas costumbres han manchado su memoria (1).

Resumen de este capítulo. — Si la reforma en los Estados de Alemania y del Norte fué obra de los soberanos, también puede decirse que ocurrió lo mismo en Inglaterra.

I. Enrique VIII empezó por mostrarse celoso defensor de la fe católica, y hasta escribió contra Lutero un libro que le valió halagüeños elogios del papa León X. Pero habiendo querido separarse de Catalina de Aragón su mujer, para unirse con Ana de Boleyn, se echó en brazos del cisma, y se separó del sumo Pontífice, porque éste no quiso pronunciar su divorcio (1532). Hizose declarar por el parlamento juez supremo de la religión y persiguió á los católicos que tuvieron el valor de resistirle, y despojó los monasterios para satisfacer la avaricia de los lorés (1536). Muerta Ana de Boleyn, se casó sucesivamente con Juana Seymour (1537), Ana de Clèves (1540), Catalina Howard (1541) y Catalina Parr (1542). Durante ese tiempo continuó sus persecuciones contra los católicos y publicó una profesión de fe en seis artículos, que precisaba admitir bajo pena de muerte, prisión ó confiscación. También pretendió difundir sus ideas cismáticas en Escocia, pero la influencia de Francia le impidió ejecutar sus designios. Murió en 1547. Eduardo VI, hijo del anterior y de Juana Seymour, heredó el trono. En el reinado de ese príncipe, que no era más que un niño, el duque de Somerset, que tenía el título de protector, se entendió con el arzobispo de Cantorbery, Cranmer, para modificar la creencia en el sentido de la reforma, y estableció el protestantismo en el reino. El conde de Somerset fué derribado por Warwick, quien hizo que Eduardo VI reconociera por su heredera á Juana Gray. Eduardo VI murió el 6 de julio de 1553. El partido de Juana fué vencido por el de María, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragón. Esa princesa era católica como su madre. Casóse con el hijo de Carlos V, Felipe II, que tan gran papel debía desempeñar en Europa. Cuando se vió segura en el trono, su primer cuidado fué restablecer el catolicismo (1553). Por ese acto se declaró hostil á los protestantes, pero no obstante las condenaciones dictadas entonces contra algunos de ellos, los mismo reformados admiten que el gobierno de esa princesa estuvo lleno de clemencia y mansedumbre. Desgraciadamente, los asuntos exteriores y las disposiciones que observaba en su hermana Isabel, llenaron de amargura sus últimos años, y ese doble pesar le causó la muerte (1558).

II. Isabel, que sucedió á María Tudor, era hija de Ana de Boleyn y por eso mismo, enemiga del catolicismo. Declaróse, pues, en favor de los protestantes en todas las luchas que éstos tuvieron que sostener en Europa. Empezó por alentar á los reformados que agitaban la Escocia, y hasta les aconsejó que destronasen á su soberana. No habiendo podido impedir que María Estuardo, su prima, subiera al trono (1561), recurrió perpe-

(1) REYES DE INGLATERRA: Enrique VIII (1513-1547), Eduardo VI (1547-1553), María (1553-1558), Isabel (1558-1603).

tuamente á insidiosa política para perderla. Primero trató de hacerle realizar un casamiento indigno de su alcurnia, pero como María rechazara con noble orgullo esas proposiciones, Isabel no insistió. La reina de Escocia se casó con Darnley, y luego tuvo que dar su mano al pérfido Bothwel, uno de los asesinos de su primer marido (1567). A partir de ese momento, María no cesó de ser presa de grandes desgracias. Habiéndose rebelado su pueblo, tuvo que huir y se refugió en Inglaterra (1568). Isabel le dió como asilo una prisión, en la cual pasó veinte años (1568-1587). Durante ese tiempo, la reina de Inglaterra alentó la guerra civil en Escocia, en Francia y en los Países Bajos en provecho de los innovadores, y tomó severísimas medidas contra los católicos que aun quedaban en sus Estados. Por fin hizo condenar á muerte á María Estuardo, y esta desdichada reina subió al cadalso en 7 de febrero de 1587. Su hijo Jacobo VI no tuvo valor para vengarla, pero el rey de España, Felipe II, envió contra Inglaterra una escuadra formidable. Isabel desplegó en ese gran peligro ánimo varonil, y tuvo la suerte de que los vientos y las tempestades la librasen de tan formidable enemigo (1588). Después de esos sucesos se mostró más orgullosa que nunca. Sostuvo á los protestantes en todos los puntos de Europa, y puede asegurarse que en su tiempo se elevó al apogeo la autoridad real en Inglaterra. Sin embargo, á pesar de todos esos triunfos, vió en sus últimos años que sus crímenes le habían hecho perder su popularidad, y tanta pena le causó notar, que murió de ella el 24 de marzo de 1603.

CAPÍTULO XXIX.

EL CONCILIO DE TRENTO Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS (1).

Como la herejía iba extendiéndose por Alemania y los Estados del Norte, por Suiza y los Países Bajos, por Francia, Inglaterra y Escocia, los sumos pontífices debieron tomar medidas para estorbar sus progresos. Ante todo se hizo necesario definir bien la doctrina católica para evitar las interpretaciones erróneas; eso fué lo que hicieron al convocar el concilio de Trento. Definida la doctrina, fué preciso propagarla y rechazar los errores contrarios á ella. Esta fué la misión de la Compañía de Jesús, que en poco tiempo contó multitud de escritores, de maestros, predicadores, misioneros y hombres de ciencia que extendieron su acción por el mundo entero.

§ I. — Concilio de Trento (1545-1564).

De la acción del papado desde la condenación de Lutero. — León X había condenado los errores

(1) Véase Pallavicini, *Historia del concilio de Trento*, *Vida de San Ignacio* é *Historia de la Compañía de Jesús*.

de Lutero, pero eso no detuvo los progresos de la herejía. Su sucesor, Adriano VI, maestro que había sido de Carlos V, era hombre de estudio, á quien su elección sorprendió. Ese austero neerlandés no perdonó medio para reformar al clero en su cabeza y sus miembros, según entonces se decía, y con tal fin tomó por consejeros íntimos á San Gaetano de Theenne, á Pedro Caraffa, arzobispo de Theate y á otros personajes eminentes por sus virtudes.

Su pontificado, que sólo duró un año (1522-1523), fué demasiado corto para dejar señales profundas. Sucedióle Clemente VII (1523-1534), quien tuvo el dolor de ver á Roma invadida por un ejército de luteranos alemanes, mandados por el condestable de Borbón, magnate cuyo orgullo lo llevó á hacer traición á su país.

La biblioteca del Vaticano, fué saqueada, las plazas é iglesias de Roma se convirtieron en mercado donde se traficaba con los vencidos, las basílicas de San Pedro y de San Pablo, que Alarico y sus visigodos habían respetado, fueron manchadas por abominaciones que indignan, y el saqueo que sólo duró quince días con Genserico, floreció esta vez por espacio de dos meses sin cesar un momento. El papa sitiado en el castillo de Sant Angelo, firmó una capitulación que le imponía fuerte rescate.

Durante su gobierno, Clemente VII recibía cada mañana noticias de nuevas defecciones. Á las pérdidas que la Iglesia realizaba en Alemania por la propaganda de Lutero, hubo que añadir también la de parte de Suiza, donde dominaba Calvino. El papa había esperado mantener á Inglaterra en el seno de la Iglesia, pero no tardó en saber que Enrique VIII, arrastrado por sus pasiones, acababa también de echarse en brazos del cisma. Clemente VII murió de la pena que tantas desgracias le causaron (sept. 1534). Puede decirse de él que atravesó rudas pruebas, pero que supo soportarlas con firmeza y valor.

Ese papa había designado para que lo reemplazara al cardenal Farnesio, Paulo III (1534-1549), que el Sacro Colegio eligió por unanimidad. Ese digno pontífice tuvo por consejeros á los Contarini, los Caraffa,

tuamente á insidiosa política para perderla. Primero trató de hacerle realizar un casamiento indigno de su alcurnia, pero como María rechazara con noble orgullo esas proposiciones, Isabel no insistió. La reina de Escocia se casó con Darnley, y luego tuvo que dar su mano al pérfido Bothwel, uno de los asesinos de su primer marido (1567). A partir de ese momento, María no cesó de ser presa de grandes desgracias. Habiéndose rebelado su pueblo, tuvo que huir y se refugió en Inglaterra (1568). Isabel le dió como asilo una prisión, en la cual pasó veinte años (1568-1587). Durante ese tiempo, la reina de Inglaterra alentó la guerra civil en Escocia, en Francia y en los Países Bajos en provecho de los innovadores, y tomó severísimas medidas contra los católicos que aun quedaban en sus Estados. Por fin hizo condenar á muerte á María Estuardo, y esta desdichada reina subió al cadalso en 7 de febrero de 1587. Su hijo Jacobo VI no tuvo valor para vengarla, pero el rey de España, Felipe II, envió contra Inglaterra una escuadra formidable. Isabel desplegó en ese gran peligro ánimo varonil, y tuvo la suerte de que los vientos y las tempestades la librasen de tan formidable enemigo (1588). Después de esos sucesos se mostró más orgullosa que nunca. Sostuvo á los protestantes en todos los puntos de Europa, y puede asegurarse que en su tiempo se elevó al apogeo la autoridad real en Inglaterra. Sin embargo, á pesar de todos esos triunfos, vió en sus últimos años que sus crímenes le habían hecho perder su popularidad, y tanta pena le causó notar, que murió de ella el 24 de marzo de 1603.

CAPÍTULO XXIX.

EL CONCILIO DE TRENTO Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS (1).

Como la herejía iba extendiéndose por Alemania y los Estados del Norte, por Suiza y los Países Bajos, por Francia, Inglaterra y Escocia, los sumos pontífices debieron tomar medidas para estorbar sus progresos. Ante todo se hizo necesario definir bien la doctrina católica para evitar las interpretaciones erróneas; eso fué lo que hicieron al convocar el concilio de Trento. Definida la doctrina, fué preciso propagarla y rechazar los errores contrarios á ella. Esta fué la misión de la Compañía de Jesús, que en poco tiempo contó multitud de escritores, de maestros, predicadores, misioneros y hombres de ciencia que extendieron su acción por el mundo entero.

§ I. — Concilio de Trento (1545-1564).

De la acción del papado desde la condenación de Lutero. — León X había condenado los errores

(1) Véase Pallavicini, *Historia del concilio de Trento, Vida de San Ignacio é Historia de la Compañía de Jesús.*

de Lutero, pero eso no detuvo los progresos de la herejía. Su sucesor, Adriano VI, maestro que había sido de Carlos V, era hombre de estudio, á quien su elección sorprendió. Ese austero neerlandés no perdonó medio para reformar al clero en su cabeza y sus miembros, según entonces se decía, y con tal fin tomó por consejeros íntimos á San Gaetano de Theenne, á Pedro Caraffa, arzobispo de Theate y á otros personajes eminentes por sus virtudes.

Su pontificado, que sólo duró un año (1522-1523), fué demasiado corto para dejar señales profundas. Sucedióle Clemente VII (1523-1534), quien tuvo el dolor de ver á Roma invadida por un ejército de luteranos alemanes, mandados por el condestable de Borbón, magnate cuyo orgullo lo llevó á hacer traición á su país.

La biblioteca del Vaticano, fué saqueada, las plazas é iglesias de Roma se convirtieron en mercado donde se traficaba con los vencidos, las basílicas de San Pedro y de San Pablo, que Alarico y sus visigodos habían respetado, fueron manchadas por abominaciones que indignan, y el saqueo que sólo duró quince días con Genserico, floreció esta vez por espacio de dos meses sin cesar un momento. El papa sitiado en el castillo de Sant Angelo, firmó una capitulación que le imponía fuerte rescate.

Durante su gobierno, Clemente VII recibía cada mañana noticias de nuevas defecciones. Á las pérdidas que la Iglesia realizaba en Alemania por la propaganda de Lutero, hubo que añadir también la de parte de Suiza, donde dominaba Calvino. El papa había esperado mantener á Inglaterra en el seno de la Iglesia, pero no tardó en saber que Enrique VIII, arrastrado por sus pasiones, acababa también de echarse en brazos del cisma. Clemente VII murió de la pena que tantas desgracias le causaron (sept. 1534). Puede decirse de él que atravesó rudas pruebas, pero que supo soportarlas con firmeza y valor.

Ese papa había designado para que lo reemplazara al cardenal Farnesio, Paulo III (1534-1549), que el Sacro Colegio eligió por unanimidad. Ese digno pontífice tuvo por consejeros á los Contarini, los Caraffa,

los Sedolet y los Polo, es decir á los hombres más virtuosos y sabios de su siglo. Siguiendo el parecer de los mismos, reformó la cámara apostólica, la cancellería y la penitenciaria, y se entendió con el emperador y los restantes soberanos para celebrar un concilio ecuménico.

Concilio de Trento (1545-1564). — Ese concilio se reunió en Trento, inaugurándose en 15 de marzo de 1545. Desde su principio, el cardenal del Monte, uno de los tres legados de Paulo III, expuso en nombre del soberano Pontífice los motivos que lo habían excitado á convocar esa asamblea. Según dijo, eran tres: la extirpación de las herejías, el restablecimiento de la disciplina eclesiástica y la reforma de las costumbres. Como el papa no temió emplear la palabra *reforma*, de la cual decían calumniosamente los herejes que era enemigo, el concilio empleó la misma expresión y resolvió ponerla en cabeza de sus decretos disciplinarios. Desde la segunda sesión, y para probar toda la importancia que daban á esa parte de su cometido, los Padres del concilio decidieron que se ocuparían simultáneamente de las materias dogmáticas y de las de la reforma, de tal manera que, á la vez que determinasen lo que se debe creer, se aplicaran igualmente á decir lo que se debe practicar. « Hay dos puntos, exclamó el obispo de San Marcos en presencia de todo el concilio, hay dos puntos en que la cristiandad se halla gravemente enferma: la religión y las costumbres: si no ponéis remedio á sus males, ambas cosas están perdidas. La religión está amenazada por los tráfugas declarados que trastornan toda su doctrina, por esos ocultos enemigos que pervierten la fe á la vez que parecen ser de los nuestros, por los turcos y los infieles, que cada día le arrebatan sus más hermosos dominios. Las costumbres han sido pervertidas por los tristes ejemplos que los pastores de las almas han dado á los pueblos. Y éstos, imitando nuestra conducta han caído en los espantosos abismos de donde no pueden salir á menos de que nosotros los saquemos, volviendo á las virtudes en que Cristo ha fundado su Iglesia, esto es, la justicia, la humildad, la pobreza y la caridad. »

Antes de empezar los trabajos, se determinó el or-

den que habría de seguirse en las sesiones y en la preparación de los decretos. Convino que las cuestiones serían sometidas previamente á congregaciones de teólogos y canonistas, y que, después de ese estudio previo, las examinaría un congreso general de obispos, que redactaría el decreto, sometiéndolo al concilio en pleno para recibir su sanción.

Como la Santa Escritura era el punto de partida de todas las controversias entre católicos y protestantes, el concilio empezó por declarar auténticas la Vulgata y el canon de las Escrituras, tales como los acepta la Iglesia romana. Y para combatir los errores de Lutero, que tenían por base la falsa idea que éste se formaba del pecado original y de la justificación, el concilio expuso la doctrina católica sobre ambos particulares, y anatematizó los errores de los protestantes respecto de la gracia y de los sacramentos.

Ya había agregado á esas decisiones dogmáticas decretos disciplinarios llenos de sabiduría sobre los deberes del clero, cuando estalló en Trento y los pueblos comarcanos una epidemia, por lo cual tuvo la asamblea que suspender sus trabajos (1547), los cuales no fueron reasumidos hasta la época de Julio III, sucesor de Paulo IV (1551).

Entonces el concilio reglamentó todo lo referente á la Eucaristía, á la Penitencia y la Extremaunción. Los protestantes habían negado la eficacia de esta última y de la absolución sacramental, y atacado la presencia real, sea negándose á admitirla, como Calvino y los sacramentarios, sea desfigurándola, como Lutero y sus discípulos. Esos diversos errores fueron condenados en las sesiones que se celebraron bajo Julio III.

Pero los acontecimientos políticos obligaron á este Pontífice á suspender los trabajos del concilio (1552), que no pudieron continuar hasta diez años más tarde. Pío IV convocó de nuevo, en la misma ciudad, á todos los obispos del mundo católico, y la grande asamblea tuvo la fortuna de llevar á feliz término su empresa. Fijó, pues, todos los puntos de fe que habían sido alterados, é hizo reglamentos disciplinarios dignos de la sabiduría y santidad de los primeros siglos de la era cristiana.

Nunca había estado reunido tanto tiempo concilio alguno, ni lo hubo tampoco que realizara tan grandes cosas. Como la Iglesia era atacada en todas las partes de su enseñanza, el concilio siguió al error donde quiera que éste había tenido la audacia de penetrar. En la administración de las cosas santas y en la disciplina eclesiástica reinaban grandes abusos, que los Padres se aplicaron á extirpar de raíz, esforzándose de ese modo en devolver al catolicismo su primitiva pureza. Lo mismo que los de Nicea, Éfeso, Calcedonia y todos los ecuménicos, el concilio de Trento, que había sido convocado por el papa y presidido por sus legados, se dirigió á Pío IV para pedirle la confirmación de todos y cada uno de los acuerdos que tomara, tanto bajo Paulo III y Julio III, de feliz memoria, como durante su propio pontificado. La bula de confirmación fué publicada en el consistorio de 26 de enero de 1564, y desde ese momento todo católico debió considerar como irrefragables las decisiones dogmáticas que el concilio había promulgado.

§ II. — La Compañía de Jesús.

De las órdenes religiosas. — La Iglesia no había esperado las declamaciones de Lutero y de Calvino para esforzarse en reformar los abusos que se habían introducido en su seno. Desde fines del siglo xv y principios del xvi tomó dicha institución excelentes medidas que estaban produciendo su fruto cuando aparecieron los innovadores. La crítica de éstos no hizo más que activar el celo de los santos que se habían consagrado á dichas reformas, así como la vigilancia de los papas y de los obispos. Las reglas establecidas por el concilio de Trento fueron luz que guió á multitud de países, y poco tiempo después se notó mejora considerable en el conjunto de la vida religiosa y clerical.

Vióse manifiestamente que nada era más necesario que llevar de nuevo al clero á su pureza primitiva, reanimando en su celo el espíritu apostólico. Entonces se establecieron congregaciones de *clérigos regulares*, cuyo principal objeto fué asistir á los enfermos, com-

batir las herejías, excitar á los laicos para que no descuidaran los sacramentos, reanimar entre los miembros del sacerdocio el espíritu de desinterés, de regularidad y de fervor, el gusto por el estudio, el respeto hacia las cosas santas, y el celo por el culto externo.

Tal fué el trabajo especial de los religiosos de San Cayetano y de San Pablo, cuyos establecimientos se multiplicaron en Italia, en Francia, en Austria y en España. San Carlos Borromeo creó con él mismo fin los *legos de San Ambrosio*, en Milán. Esos sacerdotes seculares, que no hacían más voto que el de obediencia al obispo, debían ser, según el pensamiento de aquel gran santo, eclesiásticos modelos, cuyos ejemplos reanimasen en todo el clero el espíritu de perfección que la desgracia de los tiempos había alterado profundamente.

San Felipe Neri instituyó por la misma época la congregación del *Oratorio*, que se extendió rápidamente por los Estados romanos y por toda Italia. Esa congregación, cuyo objeto era propagar en el pueblo la instrucción religiosa, enseñando el catecismo á los niños y á los pobres, no dejó por eso de contar desde su principio entre sus miembros sabios ilustres y hombres de genio, como el cardenal Baronio y Orderico Rainaldo, que tan grandes servicios han prestado á la Iglesia con sus trabajos históricos.

De la Compañía de Jesús. — Sin embargo, la orden que pareció designada más particularmente para defender á la Iglesia contra los innovadores, fué la de los jesuitas. Su fundador, San Ignacio, nació en Vizcaya (España) en 1491, en el castillo de Loyola, y de familia noble. Había estado de paje en la corte de Fernando V, distinguiéndose por su valor en el campo de batalla. Como recibiera una herida en el sitio de Pamplona (1521), estuvo en cama mucho tiempo, que empleó en leer las *Vidas de los Santos*. Ese libro ejerció tal impresión en su ánimo, que decidió renunciar al mundo para consagrarse á Jesucristo.

Primeramente efectuó una peregrinación á Jerusalén, y de la Tierra Santa volvió á España para continuar allí sus estudios. Más tarde, en 1527, pasó á París, entró en el colegio de Montaigu, en el momento

mismo en que Calvino salía de él, y concibió el proyecto de fundar una sociedad que tuviera por objeto la predicación del Evangelio á los infieles, la instrucción de la juventud y la conversión de los herejes. En tal virtud, se unió con San Francisco Javier, Lainez, Lefèvre, Salmerón Bobadilla y Rodríguez, y todos ellos pronunciaron sus primeros votos el día de la Ascensión, en 1534, en la capilla subterránea de la abadía de Montmartre, cerca de París.

De ese modo quedó fundada la *Compañía de Jesús*, que el papa aprobó en 1540 y de la cual fué nombrado general San Ignacio el 17 de abril del año siguiente. Como los ataques de los herejes tomaron por blanco preferido al sumo pontífice, San Ignacio añadió á los tres votos ordinarios, el de obediencia á la Santa Sede, que hacen todos los profesos. Y como el espíritu de independencia agitaba entonces á todas las naciones, dió á su compañía constitución sólida, fortificando en ella, al contrario y sobre todo, el principio de autoridad. Por ese motivo quiso principalmente que el general de la orden fuera perpetuo y absoluto; pero á fin de dar útil contrapeso á su poder, tuvo cuidado de rodearlo de un censor y cuatro asistentes.

Debiendo sus religiosos combatir á los enemigos de la fe, San Ignacio comprendió que no podía hacerlo eficazmente más que por medio de la ciencia y de la persuasión. Así fué que tomó acertadas disposiciones para que su orden pudiera distinguirse siempre por la ilustración de sus miembros, y para que se convirtiese en semillero de oradores, de sabios, de escritores, literatos é historiadores, que pusieran al servicio de la fe todos los recursos del talento y del genio.

Esa orden se extendió con tal rapidez que el año mismo en que San Ignacio fué nombrado general, pudo enviar misioneros á casi todas las partes de la cristiandad. San Francisco Javier salió de Lisboa para las Indias; Salmerón y Pasquier Brouet fueron á Irlanda, en calidad de nuncios apostólicos, para mantener allí la fe católica; Santiago Lainez comentó la Sagrada Escritura en Venecia; Pedro Lefèvre se distinguió en Madrid; y Simón Rodríguez llenaba de admiración á Portugal, mientras Nicolás de Bobadilla y Claudio Le Jay eran el

terror de los herejes en Viena y Ratisbona. La mayor parte de las iglesias de Roma habían oído la palabra elocuente de los nuevos apóstoles; en Ferrara, en Parma, en Brescia, que la invasión de los sectarios amenazara, aquéllos supieron triunfar de todos los enemigos de la fe y avivar el celo de las buenas obras en las almas más fervorosas. Siena, Padua, Montepulciano, Faenza y multitud de otras ciudades de Italia se habían convertido, cediendo al influjo de sus vivísimas exhortaciones, y en unos cuantos meses dieron impulso universal á la causa católica en toda la Península. Paulo III quedó tan impresionado por esas noticias que no tardó en levantar la restricción que había puesto al desarrollo de la orden, permitiéndole que se extendiera sin limitación de personas ni tiempo. Para facilitar su acción, la invistió al mismo tiempo de multitud de privilegios, autorizando á sus miembros á predicar en todos los lugares, á recibir las confesiones, á no sujetarse, en lo tocante á la celebración de la misa, á las horas determinadas. Y tal era su confianza en Ignacio, que lo autorizó á modificar las antiguas constituciones de la orden y á añadir otras, según lo juzgara conveniente (1543).

Mientras el personal de la Compañía no fué numeroso y que por otra parte no hubo personas formadas para la enseñanza, precisó limitarse á predicar en las iglesias y á dar instrucción religiosa á los niños. Pero ya en 1545, esto es, seis años después de la confirmación de su regla, San Ignacio pudo abrir un colegio dirigido por la compañía. Francisco de Borgia, que se había separado del mundo desde la muerte de la duquesa de Gandía, ofreció á los discípulos de San Ignacio la facilidad de establecerse en sus tierras, fundando en Gandía su primer colegio. Lefèvre, que se hallaba en Valladolid, recibió encargo de organizarlo, conforme á las ideas de la Compañía, y San Ignacio mandó á él profesores que había elegido por sí mismo, en cinco ó seis naciones diferentes. Al estudio de la gramática agregó el de la poesía, de la retórica, de la filosofía y la teología, y para dar mayor importancia á ese establecimiento, Francisco de Borgia obtuvo del emperador y del papa que se le erigiese en universidad,

que los alumnos pudiesen tomar en él sus grados, y que tuviera los mismos privilegios que las universidades de Alcalá y de Salamanca. Ignacio reglamentó con mucho cuidado el orden de los estudios, é inhió á los profesores la marcha que debían seguir para asegurar los progresos de los jóvenes en la ciencia y la virtud (1547).

En cuanto á la parte literaria, recomendó expresamente que no se dejara en manos de los escolares ningún autor griego ó latino sin que se le expurgase previamente con el mayor cuidado, de modo que no cayese nunca ante su vista ninguna imagen ó cuadro que manchara su imaginación. Como el mejor medio de ponerlos á cubierto contra las sutilezas de la herejía era darles nociones filosóficas ciertas y acostumbrarlos al arte del razonamiento, Ignacio quiso que se consagraran tres años al curso de filosofía, estudiando en el primero la lógica, en el segundo las ciencias físicas y en el tercero la metafísica, de la cual se separaban, respecto de Dios y de los ángeles, las cuestiones que pertenecían más bien á la teología. Dirigidos con arreglo á esos principios, los nuevos colegios obtuvieron en poco tiempo tan gran reputación, que todas las ciudades importantes desearon poseer un establecimiento de ese género. Los más notables fueron el de Coímbra en Portugal, el de Ferrara, que Hércules de Este hizo construir, los de Colonia, la ciudad del Rhin, y de Ingolstadt en Baviera, de Viena en Austria y de Praga en Bohemia. Estos cuatro últimos detuvieron los progresos de la herejía en Alemania é hicieron florecer la fe católica en las regiones que hasta entonces no habían sido infestadas por el error. Pero los dos establecimientos más importantes fueron el colegio romano y el germánico, en la misma Roma, en el centro del catolicismo.

El colegio romano fué el colegio modelo de la orden, el que imprimió su movimiento á los demás institutos de la misma clase, diseminados por las restantes naciones. « Ese fué, según las palabras de Pío IV, el semillero de cuantos se fundaron en Italia, en Alemania y en Francia. De ese seminario fecundo es de donde sacó el papado ministros escogidos y capaces, como otras

tantas plantas llenas de savia y abundantes en frutos, para enviarlos á los puntos donde más necesarios eran sus servicios. » San Ignacio sentó el 26 de febrero de 1550 las bases de ese establecimiento, que debía oscurecer con sus resplandores á todas las universidades de Roma y del mundo. Eligió los maestros en la universidad de París, y les hizo adoptar los métodos de enseñanza de ésta, que consideró excelentes. En 1555 salieron de esa casa cien discípulos, para diseminarse por los diferentes Estados de Europa y difundir en ella, desde los distintos puestos que ocupaban, el espíritu católico que les animaba. Doscientos nuevos discípulos reemplazaron á los anteriores, y el número de estudiantes se elevó rápidamente á dos mil. El emperador Fernando I escribía en 6 de marzo de 1560 á Pío IV: « Desde esa casa han sido enviados en los años anteriores, no sólo á nuestros reinos y dominios, sino también á todos los Estados de Italia, á Francia, Bélgica y demás reinos de la cristiandad y hasta á las Indias, gran número de hombres notables por su ciencia y su virtud. Y no hay año en que no salgan otros, los cuales, diseminados por las diferentes partes del mundo, propagan la verdad, defienden la religión y reaniman la antigua fe. »

San Ignacio completó esa creación con la del colegio germánico. La experiencia había demostrado que, para combatir con éxito la herejía, no había nada más eficaz que oponer á Lutero y sus discípulos hombres de su misma nación, contra los cuales no podría el pueblo sentir las prevenciones que en general inspiran los extranjeros. Así pues, Ignacio concibió el proyecto de establecer en Roma un colegio exclusivamente destinado á los alemanes, y cuyos estudios tuvieran solidez bastante para convertir á los alumnos en misioneros celosos, predicadores elocuentes y buenos teólogos. El papa Julio III aprobó su propósito, y la bula erigiendo el colegio germánico fué promulgada en 31 de agosto de 1552. Ignacio creó en ese establecimiento cátedras de filosofía, de teología y de Santa Escritura, y empezó la enseñanza con diez y ocho discípulos. Al año siguiente subió ese número á cincuenta y cuatro, y ese seminario fué organizado

de manera tan perfecta, que el concilio de Trento tomó de su reglamento la mayor parte de su decreto relativo á los seminarios episcopales.

Resumen de este capítulo. — Los dos medios de resistencia que los sumos pontífices pudieron oponer á los errores del protestantismo, fueron el concilio de Trento y la Compañía de Jesús.

I. Inmediatamente después de la condenación de Lutero, los papas se consagraron á la reforma de la Iglesia. Adriano VI reinó poco tiempo. Clemente VII fué estorbado en su empresa por las invasiones de los alemanes, que saquearon á Roma durante varios meses, pero Paulo III tuvo la suerte de poder convocar un concilio, que se celebró en Trento, y que duró cerca de veinte años, aunque con tres interrupciones. Bajo Paulo III (1545-1547) determinó esa asamblea el canon de las Santas Escrituras y la doctrina de la Iglesia tocante al pecado original y la gracia. En tiempos de Julio III (1551-1553), trató de la Eucaristía, la Penitencia y la Extremaunción, y bajo Pio IV (1562-1564) terminó su obra. Sus decretos dogmáticos y sus reglamentos disciplinarios fueron aprobados por el Sumo Pontífice en 26 de enero de 1564.

II. Las órdenes religiosas fueron los instrumentos de que se sirvió la Iglesia para combatir el error y propagar su doctrina. Las antiguas fueron reformadas, apareciendo además los oratorianos y otras órdenes nuevas. La más célebre fué la Compañía de Jesús. Fundóla San Ignacio de Loyola, quien se convirtió en 1511, pasó á París en 1527 y sentó las bases de su instituto en Montmartre en 1534. El sumo Pontífice agregó la nueva asociación en 1540, y San Ignacio, que fué nombrado general el año siguiente, no tardó en enviar misioneros á casi todos los puntos de la cristiandad. A la vez que se entregaba á la predicación, la orden se consagró á la enseñanza, y en 1545 abrió su primer establecimiento. El colegio romano, que debia ser el modelo de la orden, fué instituido en 1550, y San Ignacio completó esa creación con la del colegio germánico. La orden contó entonces misioneros, predicadores, profesores, sabios y literatos célebres, y se distinguió tanto por sus publicaciones como por sus trabajos.

CAPÍTULO XXX.

GUERRAS RELIGIOSAS; FELIPE II; PAPEL QUE DESEMPEÑA EN EUROPA; INDEPENDENCIA DE LAS PROVINCIAS UNIDAS; GUILLERMO EL TACITURNO (1).

España disfruta bajo Felipe II de la preponderancia que le había adquirido en Europa el genio de Carlos V. Esta poderosa monarquía, al declararse resueltamente por la Iglesia católica, prestó importantísimos servicios á la verdadera fe. Felipe II fué el protector del catolicismo en toda Europa, y con tan glorioso título, estuvo á punto de alcanzar el imperio universal, en que parecia haber soñado su ambición. En efecto, el momento parecia favorable: Portugal se hallaba en plena decadencia; Inglaterra y Francia estaban desgarradas por la guerra civil; Alemania se había separado en dos bandos; Polonia se hundía en la anarquía: sólo quedaba en pie vigorosamente el imperio de Felipe II, cuyos extensos dominios envolvían como una red todos los restantes Estados de Europa. Pero la Providencia no permitió que ese príncipe lograra realizar sus vastos designios, y hasta hizo fracasar la mayor parte de las empresas de ese soberano. La decadencia de la monarquía española comenzó en su reinado, para continuar rápidamente en los de sus débiles sucesores. Sin embargo, su influencia fué muy útil á la verdad, porque gracias á ella pudieron los católicos de todas las naciones contener los progresos del error, y porque su actitud enérgica impidió que penetrara en España la herejía.

§ I — *La reforma en los Países Bajos. Independencia de las Provincias Unidas. Guillermo el Taciturno (1553-1579).*

Poderío y política de Felipe II. — En Europa no había monarca capaz de rivalizar en poder con Felipe II. Castilla, Aragón, Navarra, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, el Milanesado, el Rosellón, los Países Bajos y el Franco Condado le obedecían. En África contaba las provincias de Túnez y de Orán, las Canarias, las islas de Fernando Po y de Santa Helena; y por fin, Méjico, el Perú y las más hermosas regiones de América lo enriquecían con sus tesoros. Felipe decía sin

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Además de las historias generales de España y Portugal, consúltense: Weiss, *Historia de España desde el advenimiento de Felipe II*; Vertot, *Revoluciones de Portugal*; Schiller, *Historia de la insurrección de los Países Bajos*; Prescott, *Historia del reinado de Felipe II*; Teodoro Juste, *Historia de la revolución de los Países Bajos en tiempos de Felipe II*.

de manera tan perfecta, que el concilio de Trento tomó de su reglamento la mayor parte de su decreto relativo á los seminarios episcopales.

Resumen de este capítulo. — Los dos medios de resistencia que los sumos pontífices pudieron oponer á los errores del protestantismo, fueron el concilio de Trento y la Compañía de Jesús.

I. Inmediatamente después de la condenación de Lutero, los papas se consagraron á la reforma de la Iglesia. Adriano VI reinó poco tiempo. Clemente VII fué estorbado en su empresa por las invasiones de los alemanes, que saquearon á Roma durante varios meses, pero Paulo III tuvo la suerte de poder convocar un concilio, que se celebró en Trento, y que duró cerca de veinte años, aunque con tres interrupciones. Bajo Paulo III (1545-1547) determinó esa asamblea el canon de las Santas Escrituras y la doctrina de la Iglesia tocante al pecado original y la gracia. En tiempos de Julio III (1551-1553), trató de la Eucaristía, la Penitencia y la Extremaunción, y bajo Pio IV (1562-1564) terminó su obra. Sus decretos dogmáticos y sus reglamentos disciplinarios fueron aprobados por el Sumo Pontífice en 26 de enero de 1564.

II. Las órdenes religiosas fueron los instrumentos de que se sirvió la Iglesia para combatir el error y propagar su doctrina. Las antiguas fueron reformadas, apareciendo además los oratorianos y otras órdenes nuevas. La más célebre fué la Compañía de Jesús. Fundóla San Ignacio de Loyola, quien se convirtió en 1511, pasó á París en 1527 y sentó las bases de su instituto en Montmartre en 1534. El sumo Pontífice agregó la nueva asociación en 1540, y San Ignacio, que fué nombrado general el año siguiente, no tardó en enviar misioneros á casi todos los puntos de la cristiandad. A la vez que se entregaba á la predicación, la orden se consagró á la enseñanza, y en 1545 abrió su primer establecimiento. El colegio romano, que debia ser el modelo de la orden, fué instituido en 1550, y San Ignacio completó esa creación con la del colegio germánico. La orden contó entonces misioneros, predicadores, profesores, sabios y literatos célebres, y se distinguió tanto por sus publicaciones como por sus trabajos.

CAPÍTULO XXX.

GUERRAS RELIGIOSAS; FELIPE II; PAPEL QUE DESEMPEÑA EN EUROPA; INDEPENDENCIA DE LAS PROVINCIAS UNIDAS; GUILLERMO EL TACITURNO (1).

España disfruta bajo Felipe II de la preponderancia que le había adquirido en Europa el genio de Carlos V. Esta poderosa monarquía, al declararse resueltamente por la Iglesia católica, prestó importantísimos servicios á la verdadera fe. Felipe II fué el protector del catolicismo en toda Europa, y con tan glorioso título, estuvo á punto de alcanzar el imperio universal, en que parecia haber soñado su ambición. En efecto, el momento parecia favorable: Portugal se hallaba en plena decadencia; Inglaterra y Francia estaban desgarradas por la guerra civil; Alemania se había separado en dos bandos; Polonia se hundía en la anarquía: sólo quedaba en pie vigorosamente el imperio de Felipe II, cuyos extensos dominios envolvían como una red todos los restantes Estados de Europa. Pero la Providencia no permitió que ese príncipe lograra realizar sus vastos designios, y hasta hizo fracasar la mayor parte de las empresas de ese soberano. La decadencia de la monarquía española comenzó en su reinado, para continuar rápidamente en los de sus débiles sucesores. Sin embargo, su influencia fué muy útil á la verdad, porque gracias á ella pudieron los católicos de todas las naciones contener los progresos del error, y porque su actitud enérgica impidió que penetrara en España la herejía.

§ I — *La reforma en los Países Bajos. Independencia de las Provincias Unidas. Guillermo el Taciturno (1553-1579).*

Poderío y política de Felipe II. — En Europa no había monarca capaz de rivalizar en poder con Felipe II. Castilla, Aragón, Navarra, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, el Milanesado, el Rosellón, los Países Bajos y el Franco Condado le obedecían. En África contaba las provincias de Túnez y de Orán, las Canarias, las islas de Fernando Po y de Santa Helena; y por fin, Méjico, el Perú y las más hermosas regiones de América lo enriquecían con sus tesoros. Felipe decía sin

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Además de las historias generales de España y Portugal, consúltense: Weiss, *Historia de España desde el advenimiento de Felipe II*; Vertot, *Revoluciones de Portugal*; Schiller, *Historia de la insurrección de los Países Bajos*; Prescott, *Historia del reinado de Felipe II*; Teodoro Juste, *Historia de la revolución de los Países Bajos en tiempos de Felipe II*.

jactancia que el sol no se ponía nunca en sus dominios, y sus súbditos repelían con orgullo: « Cuando España se mueve, toda la tierra se estremece. »

Felipe II esperó que con los innumerables recursos de que disponía le sería fácil lograr el imperio universal. Y como la reforma había sembrado gérmenes de discordia en Alemania, Inglaterra, Francia y los Estados del Norte, se declaró protector de la religión católica, jactándose de restablecerla en todas partes y de hacer que el mundo se inclinase ante su grandeza. Pero la fortuna le fué infiel en sus empresas, y al morir dejó á su heredero un imperio menos poderoso y temible que el que Carlos V le legara.

Primeras turbulencias en los Países Bajos (1560). — Felipe dió principio á su reinado con la brillante victoria de San Quintín (1557) obtenida sobre Francia, de cuyo rey Enrique II logró además el ventajoso tratado de Cateau-Cambresis (1559); pero no tardó en hallar graves dificultades en el gobierno de los Países Bajos. Carlos V se había hecho amar de holandeses y flamencos favoreciendo su comercio; pero Felipe no heredó esa simpatía. Castellano de corazón, pareció tratar de someter á las leyes españolas aquellas opulentas ciudades, tan orgullosas de sus privilegios y costumbres. Así fué que confió á extranjeros las principales dignidades, estableció la Inquisición contra la voluntad del pueblo, y hasta ofendió al clero, instituyendo tres arzobispados y trece obispados que dotó con el producto de las abadías y monasterios. Esta última medida fué provocada por el cardenal Granvela, quien esperaba que multiplicando el número de obispos sería más fácil detener los progresos del protestantismo. Pero los reformados, que ya eran muy numerosos, sobre todo entre los bátavos, se burlaron del cardenal y llenaron el país de caricaturas en que lo representaban *empollando huevos de los cuales salían arrastrándose á gatas los obispos*. La nobleza se declaró también contra el cardenal, por creerlo instrumento de las despóticas voluntades de Felipe II. El príncipe de Orange, Guillermo de Nassau, y los condes de Horn y de Egmont se unieron con los descontentos y pidieron á Felipe II que retirase las tropas

españolas establecidas en los Países Bajos, contra lo que disponían los privilegios de éstos. El rey cedió á sus reclamaciones y hasta privó de su autoridad á Granvela (1563), pero sin cambiar en nada la severidad de sus edictos.

Compromiso de Breda (1564). — En vano se manifestó al monarca español que era imposible perseguir á los herejes, por ser éstos demasiado numerosos; Felipe II reiteró sus órdenes á los gobernadores, y hasta publicó en las provincias trabajadas por el protestantismo los decretos del concilio de Trento, que varios Estados católicos se habían abstenido de promulgar por de pronto. Entonces se sublevaron todo el Brabante, Amberes, Bruselas y Lovaina. Guillermo el Taciturno hizo firmar á los nobles el pacto ó *compromiso de Breda*, y éstos pidieron á la gobernadora, Margarita de Parma, satisfacción á sus quejas. La princesa llena de espanto consintió en todo, pero el pueblo no tuvo en cuenta ninguna de sus concesiones. Antes bien, inflamado por las proclamas calvinistas, se precipitó en las iglesias de Saint-Omer, Gante, Amberes y Tournai, destruyó los altares y las imágenes, y restableció por la fuerza el culto reformado. En Flandes y el Brabante fueron profanados de ese modo más de 400 iglesias, y esas escenas se reprodujeron en Leyde, Utrecht, Amsterdam y las restantes provincias del Norte.

Conducta del duque de Alba. — En general, los nobles condenaron esos excesos. Todos los católicos que se limitaban á solicitar respeto para sus franquicias y privilegios, se alarmaron por esos desórdenes, agrupándose alrededor de Margarita para vengarse. Valenciennes y Cambrai fueron arrancados á los rebeldes, Amberes se sometió, y los autores de las últimas turbulencias abandonaron el país, conducidos por Guillermo, para ir en busca de apoyo á otras regiones.

Sin embargo, á instancias de Margarita, Felipe II se disponía á tratar las provincias flamencas con menos rigor. Pero el duque de Alba, D. Fernando Álvarez de Toledo, manifestó en el consejo que la insurrección sólo estaba comprimida por el miedo y que

únicamente la fuerza podía vengar dignamente la majestad de la religión y del trono, ofendida por los rebeldes. Convencido por esas razones, Felipe lo nombró generalísimo, y lo envió con 20.000 hombres á contener á los brabanzones. El duque hizo su entrada en Bruselas, el 16 de agosto de 1567, en medio de un pueblo consternado, y Margarita partió para Italia, sentida por todos sus anteriores administrados, después de hacerle entrega del mando.

Tribunal de las turbulencias (1567). — El nuevo gobernador empezó por hacer arrestar á los condes de Horn y de Egmont, que encerró en Gante, haciéndolos ejecutar más tarde en la plaza pública. Después de eso, prendió al hijo del príncipe de Orange, que estudiaba en Lovaina, y lo mandó á España donde estuvo prisionero veintiocho años. Por último, instituyó un consejo compuesto de doce jueces extraños al país y que los españoles llamaron *Tribunal de las turbulencias*, al paso que los brabanzones le dieron el calificativo de *Tribunal de sangre*, nombre que justificó con sus horribles sentencias. Diez y ocho mil personas murieron por mano del verdugo, y treinta mil vieron sus bienes confiscados; dictóse también sentencia contra el príncipe de Orange, pero éste huyó, alzando bandera de rebelión.

Triunfos pasajeros del duque de Alba (1568).

— El príncipe de Orange no podía menos de encontrar partidarios. Los antiguos autores del *compromiso de Breda*, que habían tomado irónicamente el nombre de *mendigos*, cobraron aliento ante la persecución. Unos se escondieron en bosques y pantanos para entregarse al bandolerismo; esos eran los *mendigos de los bosques*; otros ejercieron por mar el oficio de piratas, y recibieron el apodo de *mendigos marinos*. Cuando Guillermo salió de Alemania con 6.000 jinetes y 14.000 infantes, vió presentársele multitud de aquellos aventureros italianos ó flamencos, y se unió con Luis de Nassau, su hermano, que acababa de obtener una victoria cerca de Groninga. Pero desgraciado en todas sus tentativas, sufrió dos derrotas y tuvo que licenciar sus fuerzas (1568). El duque de Alba volvió entonces á Bruselas, donde hizo entrada

triumfal, mandando que le erigiesen en Amberes, con los cañones tomados al enemigo, una estatua que lo representaba teniendo á sus plantas dos figuras, emblemas del pueblo y de la nobleza.

Nuevas causas de descontento (1569-1572). — Ese orgulloso monumento era causa permanente de disgusto. En vano dictó amnistía general, pues no le perdonaron su arrogancia ni su inhumanidad. La exasperación llegó á su colmo cuando trató de establecer un impuesto de diez por ciento sobre las mercancías. Los miembros de los Estados le hicieron repetidas advertencias sobre el particular; pero no quiso oírlos, pretendiendo que no tenía otro medio de sostener y pagar sus tropas. Ese fatal edicto fué publicado en 1571. Entonces se cerraron en Bruselas todos los almacenes, el mercado quedó desierto, y se organizó la insurrección.

Rebelión de Zelanda y de Holanda (1572-1573).

— Ya se disponía el duque de Alba á castigar á los obstinados habitantes de Bruselas, cuando supo que los *mendigos marinos* se habían apoderado, en nombre del príncipe de Orange de la ciudad de Briel, en la isla de Wern (1572). Después de sus últimos reveses, el Taciturno se había refugiado en Francia, donde el almirante de Coligny, que era amigo íntimo suyo, le hizo observar que, no teniendo los españoles marina alguna en los Países Bajos, podían ser atacados ventajosamente por mar. Ese rayo de luz orientó de pronto la política de Guillermo, quien resolvió atraerse á los *mendigos marinos* y dirigir sus esfuerzos. Después de la toma de Briel, la insurrección se propagó rápidamente, y todas las ciudades de Zelanda abrieron sus puertas á los rebeldes, exceptuando la de Middelburgo. Holanda imitó ese ejemplo, y una asamblea de los Estados celebrada en Dordrecht declaró al príncipe de Orange *stathouder* ó gobernador de Holanda, de Zelanda, de Frisia et de Utrecht. En todas esas regiones fué establecido el calvinismo.

El duque de Alba deja el gobierno (1573). —

Las circunstancias se hacían cada vez más difíciles. Los insurrectos, llenos de entusiasmo y animados por la esperanza de ser sostenidos por los reformados de

Alemania, de Inglaterra y Francia, se distinguieron por brillantes hazañas. Su audacia destruyó en las costas de Holanda una flota de 50 buques mandados por el duque de Medinaceli, sorprendiendo además veinte navíos cargados de pertrechos de guerra que el duque de Alba enviaba á Middelburgo. Los españoles vengaron esos réveses con el saco de las ciudades de Vaerden y de Harlem; pero Felipe II, que no aprobaba las crueldades, y sobre todo el orgullo con que el duque de Alba había hecho ostentación de sus primeras hazañas, le dió por sucesor á don Luis de Requesens.

Administración de Requesens (1574-1576). — Requesens no era el hombre que convenía para reparar el mal causado por la excesiva severidad del duque de Alba. Era sin duda, moderado, suave y humano, mas carecía de firmeza y no tenía autoridad bastante sobre sus soldados para mandarlos. Empezó por fracasar en su tentativa de socorrer á Middelburgo, que dejó caer en manos del príncipe de Orange. Su lugarteniente Sancho de Ávila rehizo un poco su fortuna con la victoria de Moker, en que murieron Luis y Enrique de Nassau (1574). Llegó hasta querer invadir la Holanda y la Zelanda (1575), pero no pudo ejecutar sus proyectos. Por cuatro veces se amotinaron sus tropas, reclamando lo que que se le debía, sin que en ninguna de ellas pudiera contenerlas su ascendiente. Viendo que Felipe II no le mandaba los fondos que le eran necesarios, tomó horror á su puesto, y murió de pesar en el sitio de Zeric-Zée, en la isla de Schowen.

Pacificación de Gante (1576). — En ese momento se hallaba en su período álgido el desorden. Las tropas no pagadas abandonaron las provincias marítimas para dirigirse hacia el Brabante. Los estados reunidos en Bruselas, aterrorizados por sus devastaciones, las declararon rebeldes, y de ese modo se encendió la guerra civil hasta en las mismas provincias españolas. Los descontentos se apoderaron de Maestricht y de Amberes, llenándolos de luto y desolación por espacio de tres días. Los Estados se unieron entonces á los protestantes contra los españoles y todos

de acuerdo juraron un tratado que se llamó la *Pacificación de Gante*.

Don Juan y sus inútiles hazañas. Guillermo el Taciturno (1577-1578). — Felipe II pensó que para restablecer su autoridad en los Países Bajos se necesitaba nada menos que el genio de Don Juan de Austria, vencedor de los moriscos en España y de los turcos en Lepanto. En consecuencia le ordenó que fuese á someter dichas regiones. El célebre gobernador, que recurrió primeramente á las negociaciones, aparentó aceptar la *Pacificación de Gante*, mostrándose favorable á la paz. Pero Guillermo reanimó la rebelión y se hizo declarar jefe del ejército por los estados reunidos. Sin embargo, celosos los nobles de su influjo, llamaron para ponerlo á su cabeza á Matías, hermano del emperador de Alemania, Rodolfo II. El Taciturno, que no podía menos de acoger con placer todo lo que tendiera á dividir á la casa de Austria, aceptó con placer esa idea, y la guerra dió principio otra vez. Don Juan ganó la batalla de Gemblours (1578), pero luego fué derrotado en Diemar. Poco más tarde murió, de manera tan rápida y extraña, que se ha acusado á Felipe II de haberlo envenenado (1578.)

Unión de Utrecht. Independencia de las Provincias Unidas (1579). — Después de la muerte de Don Juan, y bajo el mando de su sucesor Alejandro Farnesio, las provincias del Norte se aislaron del resto de los Países Bajos. Guillermo las excitó á coligarse, por haber notado en ellas cierta identidad de costumbres, de hábitos y de intereses que debían unirlas perpetuamente contra España. El acto de unión se firmó en Utrecht el 23 de enero de 1579 por las provincias de Holanda, de Zelanda, de Utrecht, de Gueldre y de Groninga. Cinco meses después se adhirieron á ellas las de Frisia y Over-Yssel, y así quedó fundada la república de las siete Provincias Unidas.

§ II. — *Felipe II y España. Conquista de Portugal (1579-1598).*

Estado de España. — España se había visto tam-

bién amenazada de sufrir la invasión de las doctrinas luteranas y calvinistas. Agustín Gazagia propagaba las segundas en Sevilla, Valladolid, Toro y Palencia, mientras que el doctor Constantino de Sevilla difundía las luteranas por las principales ciudades andaluzas. Para cortar el vuelo al error, que hubiese encendido en España como en las demás naciones la guerra civil, Felipe excitó el celo de la Inquisición, que Fernando y Carlos V autorizaran, asistió en persona á un auto de fe en Valladolid, y dijo públicamente que no vacilaría en quemar á su hijo, si algún día llegara éste á incurrir en herejía.

En 1568 se propuso acabar con las divisiones religiosas que entonces existían en España, y con tal fin ordenó á los moros que cambiasen de idioma, y de traje, renunciando á sus prácticas supersticiosas, y adoptando la religión católica. Ese decreto provocó vasta insurrección; agitóse el reino de Granada, eligiendo rey á Mahomet Abén Humaya; fijáronse en la tierra cuatro estandartes vueltos hacia los puntos cardinales, y el nuevo monarca, con la frente inclinada hacia Oriente, juró fidelidad al profeta. Durante dos años, el marqués de Mondéjar persiguió á los rebeldes hasta en las inaccesibles montañas de las Alpujarras; pero disgustado por lo lento de esa guerra, Felipe II le quitó el mando para dárselo á su hermano natural Don Juan de Austria. Este nuevo jefe dió muerte á más de cien mil sublevados, aislándolos en las ciudades vecinas, y redujo á esclavitud los restantes (1570).

Conquista de Portugal (1581).— Felipe II reparó la pérdida de las Provincias Unidas con la conquista de Portugal. Después del reinado de don Manuel, esa nación había tenido por soberano á su hijo Juan III (1521) que no pensó más que en recobrar el poder absoluto. La dinastía de Avis tuvo por últimos representantes al infortunado Sebastián, que pereció en una expedición contra los moros de África (1578) y el cardenal Enrique. Este último era un santo obispo que había trabajado con celo en la reforma del clero, fundado escuelas y hospicios en favor de los pobres, y protegido las letras, recompensando á los hombres de

estudio, y creando colegios en Coimbra y Lisboa, así como una universidad en Évora. Pero cuando recogió el cetro, la edad había paralizado ya sus fuerzas, y no pudo ser más que espectador apenado de los debates que produjo la elección de su sucesor. Murió en 1580.

Seis pretendientes aspiraban á su corona, y de ellos el más poderoso era Felipe II. Sin esperar la decisión de las cortes portuguesas, el rey de España se captó la voluntad de la mayor parte de los nobles y envió al duque de Alba con 30.000 hombres á conquistar el país. Ese ilustre general llevó á cabo su empresa en tres semanas. La victoria de Alcántara y la dispersión de la escuadra portuguesa por el marqués de Santa Cruz sofocaron todas las resistencias. Felipe II se presentó el 15 de abril en Tomar, á celebrar sus primeras Cortes, y dos meses más tarde (15 de junio) hizo su entrada en Lisboa (1581).

Esa conquista duplicó las fuerzas de Felipe, realizando la unidad de la península ibérica, y extendiendo su dominación por multitud de posesiones lejanas, situadas en América, en África y en las Indias.

Relaciones de Felipe II con Inglaterra y Francia.— Desde la muerte de su mujer, la reina María, Felipe II se hallaba en oposición directa con Inglaterra. Isabel había desdeñado su mano, declarándose abiertamente por los protestantes. Felipe II prometió su apoyo á los católicos de Inglaterra, y negoció en París, en Lisboa, Viena y Roma en favor de María Estuardo. Por su parte, Isabel excitaba á los reformados en los Países Bajos, y sus bajeles empezaron á ejercer la piratería contra los buques españoles. La guerra estalló, con ocasión de la muerte de María Estuardo, y Felipe II fué vencido una vez más. Al saber ese desastre, el monarca español exclamó con resignación: « Doy gracias á Dios por haberme dado recursos para soportar esa desgracia. Una rama ha sido cortada del árbol, pero éste se halla todavía floreciente y la reemplazará. »

En efecto, la situación no era desesperada para Felipe. La muerte del duque de Guisa, que ocurrió poco tiempo más tarde (1588), le permitió abrigar la esperanza de llegar á sentarse un día en el trono francés.

Ya había mandado un socorro de 3.000 hombres á Montluc, cuando los protestantes entregaron el Havre á los ingleses y solicitaron el apoyo de sus hermanos de Alemania. Su influencia llegó al apogeo sobre todo durante el débil gobierno de Enrique III. Declaróse protector de la Liga, y no hubo nadie capaz de hacer contrapeso á su autoridad. El duque de Mayenne no tenía vigor bastante para proteger á los católicos, y los ligueros confesaban que primero obedecerían á un extranjero que á un hereje. Entonces fué París defendido por los españoles contra Enrique IV (1590); la facción de los Diez y seis se pronunció por Felipe, y los estados generales de 1593 propusieron que se reconociese como reina de Francia á la infanta Isabel. Pero la abjuración de Enrique IV destruyó todos esos proyectos, quitando á la Liga su razón de ser.

A partir de ese instante, Felipe II no experimentó en Francia más que reveses. La Liga se disolvió y las tropas españolas evacuaron París. No pudiendo reinar sobre Francia, Felipe quiso por lo menos desmembrarla, y al efecto reivindicó la Borgoña como descendiente de Carlos el Temerario, la Provenza como heredero de Fernando, y recordó los pretendidos derechos de su hija sobre la Champaña, la Bretaña, la Normandía, el Borbonesado y la Auvernia. Pero todo lo que logró fué excitar levantamientos sin importancia en algunas de esas provincias, y, después de la toma de Amiens, tuvo que reconocer á Enrique IV en Vervins, y restituirle las regiones por él conquistadas (1598).

Muerte de Felipe II. Decadencia y postración de España (1598). — Felipe II murió el mismo año. Ese gran rey, que tan gigantescos proyectos concibiera, no transmitió á sus sucesores más que un reino decadente y arruinado. Los esfuerzos que había tenido que hacer para conservar su autoridad en los Países Bajos le causaban tan irritante recuerdo, que antes de morir cedió sus derechos sobre esa región á su hija Isabel y á su yerno el archiduque Alberto.

Resumen de este capítulo. En el siglo XVI desempeñó España papel completamente opuesto al de Inglaterra. Isabel no se contentó con separar su reino de Roma, sino que sostuvo al partido protestante en toda Europa. Por el contrario, Felipe II fué

defensor del catolicismo; cerró España á las doctrinas de los innovadores, y combatió sus esfuerzos, no sólo en los Países Bajos, sino también en Francia, en Inglaterra y en Alemania. Desgraciadamente, á la vez que defendía la fe, no fué insensible á la ambición, y, en medio de todas esas luchas, soñó con el imperio universal, que por un instante vislumbrara Carlos V.

I. Por lo demás, la extensión de sus Estados le permitía concebir vastos proyectos sin que pareciera proponerse fines superiores á sus fuerzas. Al principio de su gobierno, continuó contra Francia la lucha entablada por su padre, y la terminó gloriosamente, dos años después de su victoria de San Quintín, mediante el tratado de Cateau-Cambresis (1559). Después de eso desplegó gran celo para mantener en todos sus pueblos la pureza de la fe. Descontentos por el modo como los trataba ese nuevo gobierno, los Países Bajos hallaron ahí motivo para rebelarse. Guillermo el Taciturno hizo firmar á los nobles el pacto ó compromiso de Breda (1564). Entonces los calvinistas se entregaron á deplorables excesos, pero Margarita de Parma logró sofocar la insurrección. La gobernadora aconsejaba á Felipe II la moderación; pero el duque de Alba hizo prevalecer la política contraria. Habiendo sido nombrado generalísimo de las tropas españolas, hizo su entrada en Bruselas (26 de agosto de 1567), y trató con extraordinaria severidad á cuantos le parecieron sospechosos. Guillermo se puso al frente de un ejército; pero el duque de Alba lo derrotó (1568). Esa victoria lo hizo tan insolente que ya no respetó á nadie. La Zelanda y la Holanda se alzaron en armas, y Guillermo el Taciturno nombrado stat-houder (1572). Felipe II comprendió que debía quitar el mando al duque de Alba (1573) y lo dió á Requesens, que iba á comprometerlo todo con su debilidad é indecisión. En vano lo reemplazó por D. Juan, el vencedor de Lepanto. Ese nuevo general murió tal vez envenenado, después de ser vencido en Diemar (1578). Entonces las provincias del Norte se separaron del resto de los Países Bajos y las de Holanda, Zelanda, Utrecht, Gueldre, Groninga, Frisia y Ower-Yssel formaron lo que se llamó república de las siete Provincias Unidas (1579).

II. En España, Felipe II desplegó la mayor severidad para mantener la autoridad religiosa. Los recursos de su vasto imperio eran tan grandes que, después de haber perdido parte de los Países Bajos y hecho enormes sacrificios para sostener esa guerra, pudo todavía llevar á cabo la conquista de Portugal, emprender un desembarco en Inglaterra é intervenir en la política interior de Francia. Portugal consolidó su poderío en la India cuando hubo muerto D. Manuel; pero como Juan III no dejase como sucesor más que un niño de tres años, el infortunado D. Sebastian (1557), este príncipe fué reemplazado á su vez por un anciano septuagenario (1578), el cardenal Enrique, que vió disputarse su herencia á multitud de pretendientes cuando él vivía aún. Felipe II, que era el más poderoso, pudo más que los otros, y la conquista de Portugal (1581) agregó á sus Estados multitud de posesiones en las distintas partes del mundo. Usó de su poderío contra Isabel poniendo al descubierto en todas partes los cálculos de su astuta política. Después de la muerte de María Estuardo, Felipe II lanzó contra Inglaterra una inmensa

escuadra, á la cual no hubiese podido resistir aquélla si los vientos y los tempestades no la hubieran dispersado (1587). Felipe II había querido aprovechar las disensiones que entonces desgarraban la Francia, para llegar á apoderarse de su trono; pero la conversión de Enrique IV puso fin á todas las dificultades, y el tratado de Vervins cerró para siempre Francia á los españoles (1598). Felipe II murió en ese mismo año.

CAPÍTULO XXXI.

PRINCIPIOS DE LA REFORMA Y GUERRAS DE RELIGIÓN EN FRANCIA; CARLOS IX; EL CANCELLER DE L'HOPITAL; LOS GUISES (1).

La reforma se introdujo en Francia bajo Francisco I, y efectuó con sus sucesores grandes progresos. Los reyes desplegaron gran severidad contra los innovadores, pero su falsa política paralizó ese celo que mostraban por la defensa y pureza de la fe. Mientras Francisco I y Enrique II perseguían á los reformados en Francia, los apoyaban en Alemania: esa conducta contradictoria, quitó toda eficacia á su acción. Por otra parte, muchos nobles se declararon en favor de los protestantes, creyendo sin duda que ese era el medio de llegar al poder supremo, reemplazando á la monarquía, casi absoluta entonces. Las pasiones políticas se ocultaron detrás de los intereses religiosos, y la guerra civil fué el fruto de esas disensiones. En tiempos de los débiles Francisco II y Carlos IX vamos á ver la odiosa política de Catalina de Médicis alimentar la discordia en beneficio personal de esa reina, y precipitar á Francia en los horrores de la anarquía.

§ I. — Principios de la reforma en Francia.

De la reforma bajo Francisco I (1520-1525).

— Las doctrinas de Lutero tuvieron al principio en Francia escaso eco. El poder real comprendió que el catolicismo era el único que podía defender el trono contra los facciosos que lo rodeaban. El pueblo no leía los libelos de los sectarios, y los teólogos se indignaban por sus atentados hasta tal punto que la Sorbona condenó en 15 de abril de 1521 las obras de Lutero, mandando quemarlas. El error no hizo presa en los

AUTORES QUE CONSULTAR: Además de las historias generales de Francia, véanse las memorias contemporáneas de Montluc, Tavannes, la Noue, Castelnau, etc.; Audin, *Historia de Calvino*; de Haller, *Historia de la reforma protestante en la Suiza occidental*; Mainbourg, *Historia del Calvinismo*; Soulier, *id.*

comienzos más que en esos hombres superficiales, aficionados al estudio de las letras profanas, y que sólo conocían ligeramente la religión. El freno que la Iglesia imponía á las pasiones de los estudiantes, hizo que éstos se mostraran en su mayor parte favorables á las opiniones de los innovadores, y pronto la doctrina de Lutero halló defensores y apóstoles secretos, pero celosos, en las más célebres universidades. Luis Berquín tradujo en París el *Cautiverio de Babilonia*, y la ponzoña pasó de las escuelas á la corte que era muy licenciosa en aquella época. Los *Coloquios* de Erasmo, esa sátira animada y espiritual contra los monjes y el clero, eran leídos con avidez. Las damas y los gentiles hombres cantaban los salmos de Marot. Margarita de Navarra y Renée de Francia atraían á sus castillos á los jefes de la nueva religión, esperando hallar así prácticas menos molestas y moral más acomodaticia.

Francisco I se opone á la reforma (1525-1545).

— Es cierto que Francisco I se unió con los protestantes de Alemania contra Carlos V, obedeciendo á planes políticos; pero nunca aprobó sus doctrinas, en las cuales sólo veía gérmenes de anarquía, y por eso encargó al parlamento de impedir que se extendieran. En 1525 y 1526, se ordenó á los obispos que establecieran en su diócesis una comisión compuesta de dos laicos y de dos eclesiásticos para sofocar el error donde quiera que se manifestase. Al mismo tiempo se prohibió una traducción francesa de la Biblia, calcada sobre la de Lutero. Pero contra las personas no se ejerció acción alguna hasta 1535, época en que los protestantes pegaron en todas las paredes de París, y hasta en el mismo Louvre, un pasquín insultante. Ese libelo blasfematorio, que atacaba la misa y la transubstanciación, pareció revelar vasto complot; los principales autores de esa especie de conspiración fueron quemados ante la vista del rey y de la corte. Al año siguiente, Francisco I prohibió la imprenta, pero ante las observaciones del parlamento, se contentó con hacer censurar los libros. La facultad de París publicó el catálogo de los que sus doctores habían condenado desde la aparición del protestantismo. El rey sancionó

escuadra, á la cual no hubiese podido resistir aquélla si los vientos y los tempestades no la hubieran dispersado (1587). Felipe II había querido aprovechar las disensiones que entonces desgarraban la Francia, para llegar á apoderarse de su trono; pero la conversión de Enrique IV puso fin á todas las dificultades, y el tratado de Vervins cerró para siempre Francia á los españoles (1598). Felipe II murió en ese mismo año.

CAPÍTULO XXXI.

PRINCIPIOS DE LA REFORMA Y GUERRAS DE RELIGIÓN EN FRANCIA; CARLOS IX; EL CANCELLER DE L'HOPITAL; LOS GUISES (1).

La reforma se introdujo en Francia bajo Francisco I, y efectuó con sus sucesores grandes progresos. Los reyes desplegaron gran severidad contra los innovadores, pero su falsa política paralizó ese celo que mostraban por la defensa y pureza de la fe. Mientras Francisco I y Enrique II perseguían á los reformados en Francia, los apoyaban en Alemania: esa conducta contradictoria, quitó toda eficacia á su acción. Por otra parte, muchos nobles se declararon en favor de los protestantes, creyendo sin duda que ese era el medio de llegar al poder supremo, reemplazando á la monarquía, casi absoluta entonces. Las pasiones políticas se ocultaron detrás de los intereses religiosos, y la guerra civil fué el fruto de esas disensiones. En tiempos de los débiles Francisco II y Carlos IX vamos á ver la odiosa política de Catalina de Médicis alimentar la discordia en beneficio personal de esa reina, y precipitar á Francia en los horrores de la anarquía.

§ I. — Principios de la reforma en Francia.

De la reforma bajo Francisco I (1520-1525).

— Las doctrinas de Lutero tuvieron al principio en Francia escaso eco. El poder real comprendió que el catolicismo era el único que podía defender el trono contra los facciosos que lo rodeaban. El pueblo no leía los libelos de los sectarios, y los teólogos se indignaban por sus atentados hasta tal punto que la Sorbona condenó en 15 de abril de 1521 las obras de Lutero, mandando quemarlas. El error no hizo presa en los

AUTORES QUE CONSULTAR: Además de las historias generales de Francia, véanse las memorias contemporáneas de Montluc, Tavannes, la Noue, Castelnau, etc.; Audin, *Historia de Calvino*; de Haller, *Historia de la reforma protestante en la Suiza occidental*; Mainbourg, *Historia del Calvinismo*; Soulier, *id.*

comienzos más que en esos hombres superficiales, aficionados al estudio de las letras profanas, y que sólo conocían ligeramente la religión. El freno que la Iglesia imponía á las pasiones de los estudiantes, hizo que éstos se mostraran en su mayor parte favorables á las opiniones de los innovadores, y pronto la doctrina de Lutero halló defensores y apóstoles secretos, pero celosos, en las más célebres universidades. Luis Berquin tradujo en París el *Cautiverio de Babilonia*, y la ponzoña pasó de las escuelas á la corte que era muy licenciosa en aquella época. Los *Coloquios* de Erasmo, esa sátira animada y espiritual contra los monjes y el clero, eran leídos con avidez. Las damas y los gentiles hombres cantaban los salmos de Marot. Margarita de Navarra y Renée de Francia atraían á sus castillos á los jefes de la nueva religión, esperando hallar así prácticas menos molestas y moral más acomodaticia.

Francisco I se opone á la reforma (1525-1545).

— Es cierto que Francisco I se unió con los protestantes de Alemania contra Carlos V, obedeciendo á planes políticos; pero nunca aprobó sus doctrinas, en las cuales sólo veía gérmenes de anarquía, y por eso encargó al parlamento de impedir que se extendieran. En 1525 y 1526, se ordenó á los obispos que establecieran en su diócesis una comisión compuesta de dos laicos y de dos eclesiásticos para sofocar el error donde quiera que se manifestase. Al mismo tiempo se prohibió una traducción francesa de la Biblia, calcada sobre la de Lutero. Pero contra las personas no se ejerció acción alguna hasta 1535, época en que los protestantes pegaron en todas las paredes de París, y hasta en el mismo Louvre, un pasquín insultante. Ese libelo blasfematorio, que atacaba la misa y la transubstanciación, pareció revelar vasto complot; los principales autores de esa especie de conspiración fueron quemados ante la vista del rey y de la corte. Al año siguiente, Francisco I prohibió la imprenta, pero ante las observaciones del parlamento, se contentó con hacer censurar los libros. La facultad de París publicó el catálogo de los que sus doctores habían condenado desde la aparición del protestantismo. El rey sancionó

esa lista, y se prohibió á todos los libreros que vendieran ó imprimiesen dichas obras.

El protestantismo no realizó grandes progresos en Francia hasta que Calvino dió á luz su doctrina en su tratado de la *Institución cristiana*. Ese libro, que primero fué publicado en latín y traducido luego al francés, estaba dedicado á Francisco I, é iba precedido de un elocuente prefacio en favor de la tolerancia que Calvino debía practicar tan bien más tarde. La obra no carecía de arte y el estilo, que unía en ocasiones á la concisión de Tácito y á la habilidad de Séneca la armoniosa elegancia de Virgilio, era muy á propósito para cautivar á los humanistas. El autor pretendía probar que la nueva religión era tan antigua como el mundo, y había hecho lo posible por encontrar en la Escritura y los santos Padres base para todas las innovaciones que consignaba sobre la Eucaristía, la predestinación, los sacramentos y otros puntos de doctrina, devolviendo á la Iglesia romana el reproche de herejía y acusándola de haber falsificado en interés de su ambición la enseñanza primitiva de Jesucristo y sus apóstoles.

Después de la publicación de esa obra marchó Calvino á Ferrara donde fué muy bien acogido por la duquesa Renée de Francia, hija de Luis XII y mujer del duque de Este. Esa princesa estaba entonces en dificultades con el Sumo Pontífice, y recibía en su corte á Marot y otros reformadores franceses; pero un tratado de paz que firmó con el papa la obligó á desterrar á esos refugiados, y Calvino se alejó de su palacio, sin dejar por eso de mantener con ella activa correspondencia. Dirigíase aquél á Basilea cuando Farel, sabiendo que se hallaba en Ginebra, fué á dar con él y le ordenó que se quedase á su lado para acabar la reforma de los genoveses. Desde esa opulenta ciudad, ejerció Calvino particularmente su acción sobre Francia. Su enseñanza fué aceptada por la burguesía, la clase mercantil y la nobleza inferior en las provincias del mediodía, donde la doctrina de los albigenses y los escándalos del gran cisma habían mantenido violenta oposición contra la Iglesia romana.

En 1535, un año antes de publicarse el libro sobre la *Institución cristiana*, Francisco I, en interés de su

alianza con los protestantes alemanes, publicó el edicto de Coucy, que prohibía todo proceso por causa de religión. Ese edicto de tolerancia fué lo que permitió á Calvino dedicar su obra al rey; pero viendo Francisco I la rapidez con que se extendía el error, volvió sobre su acuerdo, y publicó el edicto de Fontainebleau (1540), por el cual declaraba criminales de lesa majestad divina y humana á los partidarios de Lutero y de Calvino, amenazándolos con los castigos más terribles. Esas palabras tenían por objeto intimidar á los innovadores, pues en la práctica ese decreto no fué aplicado con gran severidad.

Matanza de los Valdenses. — El parlamento de Aix no dió ejemplo de análoga moderación. Al contrario, en 1540 decretó la confiscación, el destierro y el exterminio de algunos grupos de antiguos valdenses, que vivían retirados en las montañas del Delfinado y de la Provenza, y que se habían unido con los calvinistas de Suiza y los luteranos de Alemania. El digno obispo de Carpentras, el ilustre y caritativo Sadolet, se conmovió profundamente al saber aquella nueva. Inmediatamente imploró en favor de los desdichados la clemencia del rey, y logró que se aplazase hasta 1545 la ejecución de tan terrible sentencia. Entonces, á pesar de las nuevas súplicas del piadoso y reláido, que había aprovechado aquel plazo para tratar de convertir, aunque casi sin éxito, á las mencionadas poblaciones, el presidente D'Oppède y el fiscal Guérin marcharon á la cabeza de treinta mil hombres, que mandaba el barón de la Garde, contra los burgos y aldeas que habitaban los sectarios. Hombres y mujeres, niños y viejos, todos fueron degollados. Cuatro mil personas murieron á manos de los asesinos y veintiocho pueblos quedaron reducidos á cenizas. El relato de esos espantosos horrores apesadumbró el alma de Francisco I, quien murió legando á su sucesor la venganza de aquellos excesos.

De los progresos del protestantismo bajo Enrique II (1547-1559). — Enrique II quiso castigar á los feroces asesinos de los valdenses. Sin embargo, el parlamento de París se mostró tímido y débil porque temió que su severidad fuera favorable á la causa de los

reformados. El presidente D'Oppède y sus cómplices fueron absueltos; el único condenado á muerte fué el fiscal Guérin, y eso como falsario. La opinión pública conocía, pues, las intenciones del rey, pero el espíritu de cisma y de herejía no dejaba de continuar progresando. Los movimientos sediciosos que estallaron en el Agénois, el Périgord, la Saintonge, la Gascuña y el Limosín hicieron presentir á Enrique II cuán temibles eran las nuevas ideas que se difundían por el pueblo. Así fué que dictó contra los sectarios su edicto de Châteaubriant (1551). A pesar de la severidad de ese acto, aquellos hallaron apoyo en Coligny, Dandelot, Condé y todos los grandes, trabajados por ambiciosos pensamientos. Asustado el cardenal de Lorena, propuso la Inquisición (1555). El parlamento empezó por negarse á tal medida, pero luego la adoptó, aunque con ciertas restricciones (1558). Pero todas esas medidas fueron impotentes contra el contagio, que por todas partes se hacía más grave. Inmediatamente después del establecimiento de la Inquisición, se atrevieron los reformados á reunirse públicamente en el Pré-aux-Cleres, y de allí partieron en procesión, y cantando salmos de Marot atravesaron todo París (1559). Varios miembros del parlamento se declararon en favor de los herejes, y por eso fueron sometidos á juicio. Entretanto, los protestantes de la isla de Francia, de Normandía, del Orleanesado, del Annis y del Poitou nombraron diputados que se reunieron en París redactando una constitución de cuarenta artículos. Después pidieron ayuda á los príncipes alemanes, y formaron un verdadero Estado en el Estado. Enrique II murió cuando ya estaba á punto de estallar la guerra civil.

§ II. — *Guerras de religión. Carlos IX. El canciller de L'Hôpital. Los Guisas (1559-1574).*

Francisco II. Valimiento de los Guisas (1559). — El reinado de Francisco II fué corto, pero funesto. Como el rey era demasiado débil para gobernar por sí mismo, las facciones se disputaron el poder. Catalina de Médicis, que durante el reinado precedente había permanecido retraída, se convierte de pronto en una

potencia que todos los ambiciosos halagan. Los Guisas alcanzaron su valimiento, y de ese modo se convirtieron en depositarios del poder.

Conjuración de Amboise (1560). — Su absoluta privanza inspiró celos al condestable de Montmorency y á los duques de Borbón. Como los protestantes formaban ya un partido poderoso dentro del Estado, Condé resolvió unirse con el almirante Coligny, jefe de aquéllos, en provecho de su personal ambición. Proponíase derribar á los Guisas para reemplazarlos. El almirante quería mucho más, pues meditaba la ruina del trono y el establecimiento de la república. Pero se convino en que la primera necesidad consistía en ligarse contra los Guisas, á quienes los calvinistas odiaban, creyéndolos autores de todos los edictos dictados contra ellos. Así pues, conspiróse secretamente con el fin expuesto. Juan de Bari, señor de la Renaudie, que había pasado ya ante la justicia como falsario, se puso en persona al frente de la conjuración. Mas, fué indiscreto y el plan transpiró. El duque de Guisa, concededor del secreto, llevó la corte de Blois al castillo de Amboise, y esperó á pie firme á los conspiradores. Éstos cayeron en el lazo y fueron todos exterminados.

Edicto de Romorantin. Prisión de Condé. — Los Guisas fingieron no creer en la complicidad de Condé y de los restantes príncipes, y los declararon inocentes. Habiendo muerto el canciller Olivier, diósele como sucesor Miguel de L'Hôpital, el hombre más moderado de su tiempo. Este dictó el *edicto de Romorantin* (mayo de 1560) para prohibir á los jueces seculares el conocimiento del crimen de herejía, y hacer más suave la jurisdicción de los tribunales. Sin embargo, Francia entera se hallaba en fermentación precursora de horribles catástrofes. Convocóse en Fontainebleau la *asamblea de notables* sin obtener ningún efecto benéfico sobre los espíritus, y luego fueron reunidos en Orleans los estados generales (18 de octubre). El rey de Navarra y el príncipe de Condé, que no cesaban de excitar á la sedición, acudieron á ellos y fueron presos allí. Los Guisas deseaban hacer ejecutar á Condé y ya se había pronunciado su sentencia de muerte cuando vino á salvarlo la muerte de Francisco II.

Carlos IX. Regencia de Catalina de Médicis

— Nunca había necesitado Francia tanto como entonces ver á su frente un hombre capaz. Desgraciadamente, ese país perdía un rey débil y pusilánime para caer en manos de una mujer y de un niño. El hermano y sucesor de Francisco II, Carlos IX, no tenía más que diez años, y la regencia correspondía á su madre, Catalina de Médicis, que se apoderó ansiosamente del poder. Su divisa era que *para reinar precisaba dividir*. Con arreglo á esa máxima, opuso los Borbones á los Guisas, los protestantes á los católicos y sembró el desorden



Miguel de L'Hôpital.

para asegurar en sus manos la dominación. Su primer cuidado fué llamar de nuevo á la corte al condestable de Montmorency, devolver la libertad al príncipe de Condé, mostrar á Coligny la mayor deferencia y al mismo tiempo halagar á los Guisas.

El canciller de L'Hôpital. — Catalina había toma-

do como canciller á L'Hôpital, magistrado muy serio é íntegro, que hubiese deseado imponer la tolerancia á ambos partidos. « Suprimamos, decía, esas palabras diabólicas, partidos y sedición, luteranos, eugonotes y papistas; no cambiemos el nombre de cristianos. » Personalmente se jactaba de gran imparcialidad, pero su mujer y la familia de ésta eran protestantes, y L'Hôpital experimentó más de una vez, sin darse cuenta de ello, la influencia de las personas que lo rodeaban en las medidas de conciliación que le fueron sugeridas por su carácter. Publicó el edicto de Romorantin, que impidió el establecimiento de la Inquisición en Francia, hizo más tolerable la jurisdicción de los tribunales respecto

de los reformados, retirándoles el conocimiento del crimen de herejía para atribuirlo á los obispos.

Catalina atrajo á la corte á todos los señores que se mostraban favorables á las nuevas doctrinas, y toleró el ejercicio del culto protestante hasta en el pallacio del rey. El duque de Guisa, el condestable de Montmorency y el mariscal de San Andrés, asustados ante los peligros que corría la fe, formaron una liga para la defensa de la religión católica y de la unidad nacional. Á eso fué á lo que los protestantes llamaron *triumvirato católico* (abril 1561).

La reina, que temía á los Guisas y que no quería dejarles tomar demasiado ascendiente, continuó favoreciendo á los calvinistas. Á petición suya se reunió la conferencia de Poissy (9 de septiembre) en que Lainez y los doctores católicos convencieron á los reformados de hallarse en contradicción con las tradiciones respecto de la cena, pero sin obtener ningún resultado.

Habiendo estallado turbulencias en París y otras varias ciudades, la reina dejó, sin oponerse á esas violencias, que los protestantes saqueasen las iglesias, profanaran los vasos sagrados, rompieran los crucifijos y derribaran los altares. Y hasta pareció autorizarlas, ordenando que la burguesía de las grandes ciudades fuese desarmada, para que el pueblo no pudiera reprimir aquellos atentados.

El edicto de Enero de 1562 colmó la medida, prohibiendo el culto protestante en las ciudades y permitiéndolo en las campiñas. Los parlamentos comprendieron hasta qué punto era peligrosa esa medida contradictoria, y el de París no le dió el pase sino después de declarar que lo hacía por necesidad.

Matanza de Vassy. — Animados por esas concesiones, los protestantes siguieron más bien el espíritu que la letra de la ley, y sin tener en cuenta las condiciones del edicto, celebraron sus reuniones en París y en las demás ciudades. El duque de Guisa, que pasó por Vassy el 1.º de marzo de 1562, se detuvo allí para oír misa. Era domingo. Los calvinistas estaban orando en una granja situada cerca de la iglesia, é impedían con el cántico de sus salmos la ceremonia católica. El duque mandó á algunas de sus gentes para que les impusiesen

silencio en nombre del nuevo edicto. Prodióse una riña, y como el duque acudiera para calmar el tumulto, fué herido en el rostro. Al ver que corría la sangre de su señor, los servidores no pudieron contenerse, y lanzándose sobre los hugonotes mataron á varios é hirieron á algunos más. Los calvinistas exageraron el hecho, y en toda Francia se habló de la matanza de Vassy. Esa fué la señal de la guerra civil.

Para formarse idea exacta de lo que eran esas guerras religiosas que duraron más de treinta años, no hay que considerarlas como lucha de ejércitos regulares que se dan batallas más ó menos sangrientas, más ó menos desastrosas. La guerra reinaba en todas partes; se la hacía una ciudad á otra, un castillo á su vecino, una familia á la inmediata. Independientemente de las grandes batallas que la historia ha registrado, había una especie de guerras particulares que causaban mayor derramamiento de sangre que la lucha general, y que acumulaban más ruinas. No admitiendo los protestantes el culto de los santos ni el santo sacrificio de la misa, incendiaban las iglesias y destruían las pinturas y las imágenes donde quiera que dominaban. Todas las riquezas que la piedad de los fieles había acumulado en las iglesias, todos los objetos de arte que inspirara la fe, todo cuanto de más precioso existía en los santuarios más venerados, todo lo robaron, lo profanaron ó lo destruyeron.

Primera guerra civil. — El príncipe de Condé, que era uno de los jefes más ilustres del partido reformado, fué el primero en resolverse á hacer la guerra á su patria. Reunió, pues, tropas, é intentó apoderarse de la persona del rey. Pero no habiéndole salido bien esa tentativa, se arrojó sobre Orléans. Coligny, que había vacilado en alzar estandarte de rebelión, cedió á las instancias de su mujer y llamó á todos los reformados á las armas. Blois, Tours, Poitiers, Angers, Chinón y todas las ciudades del Loira, cayeron en su poder. La sublevación se extendió luego por Normandía, el Poitou, la Saintonge y las provincias meridionales. Los insurrectos aconsejaban la destrucción de las iglesias y de las imágenes, y el robo de los vasos sagrados, bajo el pretexto de que el culto de la Iglesia romana

constituía monstruosa idolatría que precisaba destruir. Poitiers, Bourges, Saumur y otras muchas poblaciones, fueron teatro de escenas espantosas.

Un sínodo de setenta predicadores, celebrado en Nimes por Viret, autorizó todos esos excesos y aun los declaró deber de los miembros de la nueva religión. En Montaubán, en Castres, en Béziers y Montpellier, donde estaban los protestantes en mayoría, prohibieron á los católicos el ejercicio de su culto. El barón de los Adrets, que se hallaba al frente de los reformados del Delfinado, aterrorizaba á esa provincia con las ejecuciones bárbaras que llevaba á cabo con extraordinaria facilidad. Después de la toma de Montbrison, obligó á los prisioneros que había echo á precipitarse desde lo alto de una azotea sobre las puntas de las picas de sus soldados. Habiendo uno de esos desdichados vacilado por dos veces antes de arrojarse, el de los Adrets le dijo en son de zumba: « Pareces ponerle mala cara. — ¡Eh! señor barón, quisiera ver si Vm. lo sabe hacer mejor. » Esa respuesta lo salvó.

Tales horrores provocaban espantosas represalias. Montluc en el Languedoc y la Guyenne hacía con los protestantes lo que el de los Adrets practicaba con los católicos. Cuantos rebeldes caían en sus manos eran ahorcados, y de ese modo señalaba su camino con tan tristes señales.

Como los católicos, mandados por el duque de Guisa, había tomado á los protestantes todas las ciudades del Loira hasta Tours, Condé y Coligny no vacilaron en abrir la entrada de su patria al extranjero. En efecto, llamaron en su auxilio á los luteranos germánicos, pidieron socorros á Isabel de Inglaterra, y le entregaron la plaza de Calais de que en mejores días se apoderara Guisa.

Esos antipatrióticos manejos no impidieron que el duque siguiera ganando terreno. Apoderóse de Ruán después de sitiárla, entregando la ciudad á saco durante ocho días y mandando morir á los jefes protestantes. Condé, que había recibido de Alemania 7,000 hombres de refuerzo, tentó en vano reparar aquella pérdida. Ya se dirigía al Havre, para recibir allí á los ingleses, cuando lo detuvo el duque de Guisa en Dreux, obli-

gándolo á combatir (19 de diciembre de 1562). Los reformados fueron deshechos y Condé quedó prisionero.

Asesinato del duque de Guisa (1563). — Del triunvirato católico no quedaba ya más que el duque de Guisa, pues el mariscal de San Andrés había sido muerto y el condestable de Montmorency hecho prisionero en esta última batalla. Dueño de Condé, el de Guisa lo trató con caballerosa generosidad, reconciliándose con él.

La reina madre había quedado más asustada que contenta al saber la victoria de Dreux, pues los Guisas le parecían demasiado poderosos, y su deseo hubiera sido negociar con los protestantes y proponerles una amnistía. Pero el duque continuó sus triunfos y se presentó á sitiar á Orleans, creyendo que, una vez dueño de esa ciudad, cortaría toda comunicación entre los protestantes del norte y los del mediodía. Allí le esperaba sin embargo la muerte. Un hugonote del Angoumois, llamado Poltrot de Méré, lo asesinó con gran alegría de los protestantes, y tal vez para cumplir las órdenes de Coligny (28 de febrero de 1563).

Paz de Amboise. — Con eso recuperó Catalina de Médicis su libertad de acción. Prisioneros Condé y Montmorency, ya no quedaba á su lado nadie que hiciera contrapeso á su poder. Hizo, pues, las paces con Condé en Amboise, y otorgó á los reformados el libre ejercicio de su culto en los dominios de los señores que tenían el derecho de administrar justicia y en una ciudad por distrito (12 de marzo de 1563).

Segunda guerra civil (1567-1568). — Dueño otra vez de su persona, Condé fué el primero en pedir que se aprovechase la paz para arrojar de Francia á los ingleses que él mismo llamara, expulsándolos del Havre. Catalina consintió, hizo declarar mayor de edad al rey, y lo acompañó luego á través de toda Francia (1564-1566), proponiéndose estudiar el estado de los espíritus y calmar las querellas. Al pasar por Bayona, celebró con el duque de Alba una entrevista que alarmó á los partidarios de Calvino, los cuales pretendieron que la reina había pactado con el general español algo que debía serles funesto, así como á

los protestantes de los Países Bajos. Según ellos, el duque de Alba aconsejó á la reina madre la muerte de todos los jefes de los reformados, añadiendo « que la cabeza de un salmón valía más que las de diez mil renacuajos. »

Condé y Coligny concibieron entonces el proyecto de separar al rey de su madre, con objeto, decían, de hacerlo hablar y proceder como á ellos les pareciese, cubriendo así ante la vista de la nación las apariencias legales. Al efecto embistieron súbitamente á Meaux, donde el rey se había retirado, pero los suizos formaron alrededor del monarca una guardia invencible, que nada pudo quebrantar, y lograron volver á introducirlo en París.

Como el complot había fracasado, el ejército protestante se adelantó hasta las puertas de la capital, que Condé se proponía bloquear. El anciano Montmorency le presentó batalla cerca de Saint-Denis. En ese encuentro murió el condestable, pero los católicos quedaron dueños del campo. La situación de Condé hubiese sido muy crítica, de no haberle enviado de Alemania el elector palatino 9.000 lansquenetes.

Paz de Longjumeau (1568). — Catalina de Médicis no había reemplazado al duque de Montmorency en el cargo de condestable, y carecía de ejército que oponer á las bandas extranjeras.

L'Hôpital, que siempre tenía en la mente ideas de conciliación, habló de paz, y ésta fué firmada en Longjumeau el 27 de marzo de 1568. Llamósele *la pequeña paz* porque sólo duró seis meses.

Los calvinistas la aprovecharon para reparar sus pérdidas. Continuamente se quejaban, mientras que en el sur perseguían á los católicos, arrojando de sus conventos á los religiosos de ambos sexos y de sus iglesias á los sacerdotes, y despojando los santuarios de sus riquezas, á la vez que degollaban á los fieles que caían en sus manos. No teniendo medios de pagar sus tropas, las mantenían con el producto de continuas depredaciones, y se entregaban por mar á una especie de piratería contra todos los barcos católicos, sin preocuparse de que fueran franceses ó italianos, españoles ó portugueses. Y Condé llegó hasta sacar á pública

subasta los bienes eclesiásticos de las provincias en que dominaba.

En tal situación no era posible aceptar la política conciliadora de L'Hôpital. Éste perdió su puesto, y Catalina de Médicis dió principio á su tercera guerra.

Tercera guerra (1568-1570). — La reina dió el mando de las tropas católicas á su hijo, el joven duque de Anjou, que debía reinar después de Carlos IX con el nombre de Enrique III. Á su lado puso á Tavannes y á Birón, que debían guiarlo. Los reformados tenían todas sus fuerzas en la Rochela, que por su situación de ciudad marítima, les permitía recibir pertrechos y socorros de Inglaterra.

El mariscal de Tavannes marchó sobre la Charente y sorprendió la retaguardia de los hugonotes cerca de Jarnac (13 de marzo de 1569). Condé, herido en un brazo la víspera, acudió con 300 jinetes, haciendo prodigios de valor. Pero derribado de su caballo, murió á manos del capitán de guardias del duque de Anjou, Montesquiou, que le descerrajó á boca de jarro un tiro en la cabeza.

Después de esa derrota y de la pérdida de su general, los protestantes se desalentaron y quisieron encerrarse en la Rochela. Una mujer, Juana de Albret, les devolvió ánimos, presentándose en medio de ellos con su hijo el príncipe de Béarn, que debía ser más tarde Enrique IV y el joven Condé. « Amigos míos, les dijo al presentarles los dos mozos; hé aquí dos nuevos jefes que Dios os envía y dos huérfanos que entrego á vuestra custodia. »

El joven Béarnais no contaba sino quince años, pero era valiente, alegre y muy listo; los soldados y los oficiales se prendaron de él y lo proclamaron con entusiasmo su generalísimo. Coligny aceptó el puesto de consejero y lugarteniente del futuro rey.

Los reformados no habían perdido en Jarnac más que 400 hombres. Coligny recibió poco después un refuerzo de 13.000 alemanes, y pudo hasta tomar de nuevo la ofensiva. Cerca de la Rochela obtuvo un pequeño triunfo, y luego puso sitio á Poitiers. Pero el duque de Anjou logró hacerle levantar el asedio, y sorprendió al ejército protestante entre el Dive y el

Thoué, cerca de Moncontour (3 de octubre). De esta vez los hugonotes quedaron completamente deshechos, dejando 6.000 hombres en el campo de batalla.

Sin embargo, el almirante no quedó abatido por su derrota. Mientras su vencedor se apoderaba de San Juan de Angély, Coligny reanimó el furor de los sectarios en el mediodía, reconstituyó sus fuerzas y se presentó en Borgoña con toda la nobleza protestante del Delfinado y la Provenza.

Paz de Saint-Germain (1570). — Carlos IX se mostraba celoso de la gloria adquirida por su hermano. Por su parte Catalina, que tenía como política no permitir el triunfo total de ningún partido, volvió á su sistema de negociaciones. Los protestantes respondieron con arrogancia á las proposiciones que les fueron hechas, y obtuvieron mucho más de lo que podían esperar. Designáronse los puntos en que podrían edificar templos, se les habilitó para todos los empleos, y como garantía para el cumplimiento de esas promesas, se les entregaron cuatro plazas fuertes, la Rochela, la Charité, Montaubán y Cognac. Esas concesiones fueron firmadas en Saint-Germain-en-Laye el 15 de agosto de 1570.

La noche de San Bartolomé (1572). — Ante el edicto de Saint-Germain, el partido protestante manifestó satisfacción que no estaba exenta de desconfianza; así fué que sus principales jefes permanecieron reunidos para esperar la ejecución del convenio á que ya daban el nombre de *paz coja y mal sentada* (*mal assise*), porque los negociadores católicos fueron Biron, que era cojo y Enrique de Mesmes, señor de Malassise. Y la verdad era que esa paz no podía durar. El rey veía con disgusto las pretensiones del almirante de Coligny, jefe de los hugonotes, y consideraba á esa facción enemiga del poder monárquico. No teniendo medios de combatirla abiertamente, recurrió, como todas las almas débiles, á procedimientos bajos y criminales, y resolvió salir de sus apuros con un crimen. Catalina de Médicis, que sólo deseaba perpetuar su poder, creyó también que su interés consistía en ahogar en sangre al bando protestante, por lo cual atrajo á su corte á Enrique de Béarn y al almirante de Coligny, esfor-

zándose en seducirlos con sus lisonjas, y cuando le pareció haberles inspirado completa confianza, hizo firmar al rey la pena de muerte de los dos jefes, así como la orden de exterminar á todos sus partidarios.

Al hacerse una señal convenida, Coligny fué asesinado en su casa, y como el reloj de palacio diera inmediatamente las doce de la noche, que era el momento designado, empezó la matanza general de los protestantes (24 de agosto). Los asesinos se lanzaron á las calles, los hugonotes fueron asesinados en sus casas, y cerca de 4.000 fueron víctimas de esa espantosa ejecución. El rey de Navarra y el príncipe de Condé no se salvaron más que fingiendo abjurar.

Debe observarse que ese triste acontecimiento fué puramente político.

Al consejo en que se decidió esa medida sanguinaria no asistieron ni sacerdotes, ni obispos ni cardenales; los que la tomaron no tuvieron más fin que sus intereses particulares, y el clero no figuró en esas horribles represalias más que para protestar contra ellas siguiendo conducta completamente opuesta. Así fué que en Lyon y Tolosa los religiosos abrieron sus conventos á los desdichados proscritos, para darles asilo; en Lisieux, el obispo en persona tomó la defensa de los protestantes que residían en su diócesis. Nimes había visto por dos veces á los católicos asesinados por los protestantes de la región, y sin embargo, no por eso creyeron los primeros tener derecho para usar de represalias. Multitud de católicos de París no vieron en los innovadores sino hermanos, que la caridad les ordenaba poner á cubierto de la espada que en ese momento se hallaba suspendida sobre sus cabezas.

Muerte de Carlos IX. — Ese crimen no produjo el efecto que esperaban sus autores. Todas las personas honradas deploraron esas bárbaras violencias y los protestantes se hicieron aún más hostiles al poder real. En todas las ciudades donde los sitiaban las tropas de la corte, los reformados se defendieron con increíble furor. La Rochela, cuyo asedio dirigía el duque de Anjou, resistió veinte y nueve asaltos que costaron la vida á 40.000 hombres, y como en ese

entonces el duque fué elegido rey de Polonia, los dos bandos se apresuraron á firmar la paz (6 de julio de 1573). Carlos IX reconoció al recuperar su calma lo vergonzoso de los atentados á que lo arrastrara la política de su madre. El remordimiento penetró en su alma, y todas las noches tenía horribles pesadillas que turbaban su sueño y lo hacían delirar. Murió á la edad de 24 años (30 de mayo de 1574). Su enfermedad fué tan cruel que se creyó que lo habían envenenado; pero después de su muerte se abrió su cuerpo, y se vió que las sospechas no eran fundadas.

Resumen de este capítulo. — La reforma fué combatida en Francia por los soberanos, pero parte de la nobleza la sostuvo con pasión, aprovechando esas divisiones religiosas para sublevar á la nación contra el rey y retirar así á la monarquía todo su influjo.

I. Las doctrinas de Lutero penetraron en Francia bajo Francisco I. Ese príncipe tomó las más severas medidas para impedirles progresar. Los obispos recibieron orden de establecer una comisión particular en sus diócesis para sofocar el error donde quiera que se manifestase, y todos los libros heréticos fueron condenados. Sin embargo, el mal se extendió. Calvino se puso al frente de los innovadores y no tardó en ser jefe de una nueva secta que contó numerosos partidarios en Francia, Suiza, los Países Bajos y Escocia. Francisco I lo desterró, pero aquél se retiró á Ferrara, y luego fué á establecerse en Ginebra (1536). Los ginebrinos lo expulsaron de su ciudad, mas no tardaron en llamarlo, dejándole ejercer autoridad verdaderamente tiránica (1542-1564). Cuando se trataba de católicos que defendían enérgicamente sus creencias contra los errores de los sectarios, Calvino hablaba de intolerancia, y ninguna pena le parecía bastante grande contra sus adversarios. Sus escritos y libelos excitaban á los franceses á la rebelión, por lo cual Francisco I dictó un decreto contra los partidarios del hereje. El monarca no se salió por eso de los límites de la moderación y del derecho. El parlamento de Aix fué menos prudente é hizo exterminar á los Valdenses que vivían retirados en las montañas del Delfinado y de la Provenza (1545). Enrique II persiguió á los autores de esas matanzas, pero el parlamento de París no se atrevió á secundar al monarca. En el Mediodía estallaron movimientos sediciosos, Enrique II dictó su decreto de Chateaubriant contra los sectarios (1551) y el cardenal de Lorena propuso el establecimiento de la Inquisición (1555). Pero todas esas medidas fueron inútiles. Al morir Enrique II se pudo ver que iba á estallar la guerra civil.

II. El reinado de Francisco II fué tan corto (1559-1561) que ese príncipe no tuvo tiempo para ver organizarse los partidos, por una parte los Guisas y los calvinistas por otra. Catalina de Médicis procuró mantener la discordia entre los dos bandos, conforme á su máxima: *dividir para reinar*. La conjuración de

Amboise (1560) hizo presentir entonces los peligros que amenazaban al trono y á la nación. Sin embargo, la tempestad no estalló hasta el reinado de Carlos IX, con motivo de la mantanza de Vassy (1562). La guerra civil desoló el reino en tres ocasiones distintas: en la primera fueron derrotados los hugonotes por el duque de Guisa ante las murallas de Dreux (19 de diciembre de 1562), y Catalina les concedió la pacificación de Amboise (12 de marzo de 1563); la segunda fué célebre por la batalla de Saint Denis (10 de noviembre de 1567), y terminó con la toma de Longjumeau (29 de marzo de 1568); por fin, en la tercera el duque de Anjou se distinguió alcanzando las victorias de Jarnac (13 de marzo de 1569) y de Montcontour (3 de octubre), y la paz se firmó al año siguiente en Saint-Germain-en-Laye (15 de noviembre de 1570). Todas esas guerras terminaron por la matanza de la noche de San Bartolomé, que fué un hecho puramente político, del cual es la única responsable Catalina de Médicis, que había querido librarse primero del almirante de Coligny, y que, teniendo noticia del fracaso del complot, se decidió de pronto á aquella horrible acción. Carlos IX, que tuvo la debilidad de sancionarla, murió de remordimiento (1574).

CAPÍTULO XXXII.

LOS ESTADOS GENERALES. ENRIQUE III Y LA LIGA.
(1574-1587).

El reinado de Enrique III fué uno de los más deplorables de la monarquía; su debilidad dejó que las disensiones de que Francia era presa se envenenasen cada vez más, hasta el punto de que la nación entera se halló desde luego separada en dos bandos hostiles, los hugonotes y los católicos. Viéndose amenazados éstos últimos en sus creencias por la inercia del rey, se unieron, según la expresión de los antiguos, *pro aris et focis*, y su liga tuvo por objeto al mismo tiempo la religión y la patria. Pero al lado de esos nobles sentimientos, se observan en aquellos desdichados tiempos multitud de pasiones estrechas y mezquinas que excitan profunda piedad. Hubo hombres bastante desdichados para buscar en esos tristes debates la satisfacción de sus intereses personales. Así, el hermano del rey, el duque de Anjou, se puso al frente de los descontentos y reunió á su alrededor una oposición que era más bien política que religiosa. Después de la muerte de ese príncipe, las debilidades y vacilaciones de Enrique III crean un partido diferente del de los calvinistas y del de los ligeros, de modo que el reino se halla separado en tres grandes fracciones: los reformados, que aspiran al triunfo de las nuevas doctrinas, los partidarios de la liga que sostienen la antigua fe de sus mayores, y los realistas, que siguen fieles á la monarquía, á pesar de las faltas y debilidades cometidas por ella.

§ I. — Desde el advenimiento de Enrique III hasta la muerte del duque de Anjou (1574-1584).

Carácter de Enrique III. — Cuando murió Carlos IX, Enrique III reinaba en Polonia, á donde llamaran después de sus victorias de Jarnac y de Montcontour. Así que tuvo noticias del fallecimiento de su hermano, se evadió de Cracovia como un fugitivo, apresurándose á presentarse en Francia para recoger su corona. En los primeros años de su vida mostró ese príncipe energía y valor grandes; pero una vez que se halló en el trono, se dejó enervar por los placeres, y se prestó ciegamente á todos los designios de su madre, Catalina de Médicis. Su debilidad y el rebajamiento de su carácter multiplicaron á su alrededor los desórdenes, y se vió al duque de Alencón, propio hermano del rey, ponerse al frente de los facciosos que habían tomado el nombre de *malcontentos*. Para dar mayor importancia á su partido, no vaciló en unirse con los protestantes reconociéndoles, en los tratados que firmó con ellos, principios republicanos que tendían á la anulación de la monarquía. El duque de Guisa, fiel á los sentimientos religiosos y patrióticos que su familia había defendido siempre con abnegación, tomó las armas contra aquellas dos facciones, y obtuvo sobre ellas una victoria en Château-Thierry, donde fué herido, lo que hizo que lo llamasen el *Acuchillado* (octubre de 1575).

Paz de Monsieur (1576). — Pero en vez de sacar partido de esa victoria, Catalina de Médicis se apresuró á recurrir á las negociaciones, y á pactar una tregua (20 de noviembre de 1575). El duque de Alencón estipuló las condiciones de ese convenio en nombre de los sediciosos. El rey se comprometía á entregar seis ciudades de garantía al partido de los descontentos y de los hugonotes, y á pagar lo que se debía á los alemanes que el príncipe de Condé llamara á su servicio.

Después de eso se presentó de nuevo la reina á la corte, donde manifestó, á pesar de lo humillante de aquella tregua, la misma alegría que si hubiese obtenido una victoria. El rey agotaba el tesoro en derro-

Amboise (1560) hizo presentir entonces los peligros que amenazaban al trono y á la nación. Sin embargo, la tempestad no estalló hasta el reinado de Carlos IX, con motivo de la mantanza de Vassy (1562). La guerra civil desoló el reino en tres ocasiones distintas: en la primera fueron derrotados los hugonotes por el duque de Guisa ante las murallas de Dreux (19 de diciembre de 1562), y Catalina les concedió la pacificación de Amboise (12 de marzo de 1563); la segunda fué célebre por la batalla de Saint Denis (10 de noviembre de 1567), y terminó con la toma de Longjumeau (29 de marzo de 1568); por fin, en la tercera el duque de Anjou se distinguió alcanzando las victorias de Jarnac (13 de marzo de 1569) y de Montcontour (3 de octubre), y la paz se firmó al año siguiente en Saint-Germain-en-Laye (15 de noviembre de 1570). Todas esas guerras terminaron por la matanza de la noche de San Bartolomé, que fué un hecho puramente político, del cual es la única responsable Catalina de Médicis, que había querido librarse primero del almirante de Coligny, y que, teniendo noticia del fracaso del complot, se decidió de pronto á aquella horrible acción. Carlos IX, que tuvo la debilidad de sancionarla, murió de remordimiento (1574).

CAPÍTULO XXXII.

LOS ESTADOS GENERALES. ENRIQUE III Y LA LIGA.
(1574-1587).

El reinado de Enrique III fué uno de los más deplorables de la monarquía; su debilidad dejó que las disensiones de que Francia era presa se envenenasen cada vez más, hasta el punto de que la nación entera se halló desde luego separada en dos bandos hostiles, los hugonotes y los católicos. Viéndose amenazados éstos últimos en sus creencias por la inercia del rey, se unieron, según la expresión de los antiguos, *pro aris et focis*, y su liga tuvo por objeto al mismo tiempo la religión y la patria. Pero al lado de esos nobles sentimientos, se observan en aquellos desdichados tiempos multitud de pasiones estrechas y mezquinas que excitan profunda piedad. Hubo hombres bastante desdichados para buscar en esos tristes debates la satisfacción de sus intereses personales. Así, el hermano del rey, el duque de Anjou, se puso al frente de los descontentos y reunió á su alrededor una oposición que era más bien política que religiosa. Después de la muerte de ese príncipe, las debilidades y vacilaciones de Enrique III crean un partido diferente del de los calvinistas y del de los ligeros, de modo que el reino se halla separado en tres grandes fracciones: los reformados, que aspiran al triunfo de las nuevas doctrinas, los partidarios de la liga que sostienen la antigua fe de sus mayores, y los realistas, que siguen fieles á la monarquía, á pesar de las faltas y debilidades cometidas por ella.

§ I. — Desde el advenimiento de Enrique III hasta la muerte del duque de Anjou (1574-1584).

Carácter de Enrique III. — Cuando murió Carlos IX, Enrique III reinaba en Polonia, á donde lo llaman después de sus victorias de Jarnac y de Montcontour. Así que tuvo noticias del fallecimiento de su hermano, se evadió de Cracovia como un fugitivo, apresurándose á presentarse en Francia para recoger su corona. En los primeros años de su vida mostró ese príncipe energía y valor grandes; pero una vez que se halló en el trono, se dejó enervar por los placeres, y se prestó ciegamente á todos los designios de su madre, Catalina de Médicis. Su debilidad y el rebajamiento de su carácter multiplicaron á su alrededor los desórdenes, y se vió al duque de Alencón, propio hermano del rey, ponerse al frente de los facciosos que habían tomado el nombre de *malcontentos*. Para dar mayor importancia á su partido, no vaciló en unirse con los protestantes reconociéndoles, en los tratados que firmó con ellos, principios republicanos que tendían á la anulación de la monarquía. El duque de Guisa, fiel á los sentimientos religiosos y patrióticos que su familia había defendido siempre con abnegación, tomó las armas contra aquellas dos facciones, y obtuvo sobre ellas una victoria en Château-Thierry, donde fué herido, lo que hizo que lo llamasen el *Acuchillado* (octubre de 1575).

Paz de Monsieur (1576). — Pero en vez de sacar partido de esa victoria, Catalina de Médicis se apresuró á recurrir á las negociaciones, y á pactar una tregua (20 de noviembre de 1575). El duque de Alencón estipuló las condiciones de ese convenio en nombre de los sediciosos. El rey se comprometía á entregar seis ciudades de garantía al partido de los descontentos y de los hugonotes, y á pagar lo que se debía á los alemanes que el príncipe de Condé llamara á su servicio.

Después de eso se presentó de nuevo la reina á la corte, donde manifestó, á pesar de lo humillante de aquella tregua, la misma alegría que si hubiese obtenido una victoria. El rey agotaba el tesoro en derro-

ches é innobles bacanales, y daba margen á las burlas insultantes de los hugonotes por la mezcla de devoción y escándalo en que consistía su conducta. Así fué que no tardaron en renovarse las hostilidades.

El rey de Navarra, que hasta ese momento había sido afecto al partido de Enrique III, lo abandonó, y fué á reunirse con los sediciosos en Saumur, declarando que la profesión de catolicismo que le arrancaran en la noche fatal de San Bartolomé fué sólo producto de la violencia. Al mismo tiempo, el príncipe de Condé, que no había aceptado la tregua, reapareció en Borgoña con sus alemanes. El duque de Alencón fué á unirse con los invasores, que le dieron el mando en jefe. Pero ese príncipe carecía de la fuerza y del genio del soldado, y prefería las negociaciones á las batallas.

Catalina de Médicis aprovechó de nuevo esa disposición, y firmó con él en Chastenoy, cerca de Châteaulandon, la quinta paz de religión, que fué llamada *paz de Monsieur* (6 de mayo de 1576) porque ya entonces se empezaba á dar ese calificativo al hermano segundo del rey. Concedióse libertad indefinida de conciencia á los hugonotes, anuláronse los edictos anteriores que les eran desfavorables, y se les colmó de riquezas y honores. Además, los facciosos recibieron en garantía ocho plazas: la Rochela, Montauban, Cognac, Saint-Jean d'Angély, Niort, Saumur, la Charité y Mezières. El duque de Alencón tomó el título de duque de Anjou, y añadió á su patrimonio el Anjou, la Turena y el Berry; el rey de Navarra recibió el gobierno de la Guyenna, Condé el de la Picardía, y todos los príncipes fueron considerados buenos y fieles vasallos, parientes y amigos.

Formación de la Liga (1576). — La *paz de Monsieur* era para la monarquía la confesión de humillante derrota. En adelante, la religión católica dejaba de ser la del Estado; la unidad de cultos, por la cual se habían reñido tantos combates, quedaba sacrificada, y por tierra los principios fundamentales de la realeza. Asustados los católicos por esas concesiones arrancadas á la falta de ánimo de su rey, empezaron á temer por

su fe y por el honor de la nación. Los hugonotes habían formado asociaciones en todas las provincias; los católicos los imitaron para ver el medio de salvar sus creencias. Por todas las ciudades circularon fórmulas de protesta, mas en general se adoptó la que fué redactada en Peronne.

Según la *paz de Monsieur*, el gobierno de Picardía debió pertenecer al príncipe de Condé; pero Humières, que mandaba en Péronne, se negó á entregar esta plaza al nuevo gobernador, y organizó, para resistir á los hugonotes, una liga que todos los católicos de Francia tomaron como modelo. Cuantos firmaron esa protesta, se comprometían, en nombre de la Santísima Trinidad, á emplear sus personas y bienes en defensa de la fe, contra los enemigos de dentro y de fuera del reino.

El duque de Guisa fué el jefe que los ligeros parecieron querer darse, y hasta se decía en el pueblo que esa gloriosa casa de Lorena descendía de Carlomagno, y que probablemente la Providencia la destinaba á recoger el cetro con tanta debilidad sostenido por los Valois. De ese modo se mezclaba la ambición con el sentimiento religioso que originara la Liga, y desde el principio tuvo en ésta quizás más influencia la política que la fe.

Primeros estados de Blois (6 de diciembre de 1576). — Enrique III se manifestó por de pronto muy inquieto ante ese movimiento popular, pero la astuta política de Catalina lo tranquilizó, aconsejándole que se declarara jefe de los ligeros y anulara todas las concesiones hechas á los protestantes por la *paz de Monsieur*. Y así lo hizo en efecto ante los estados de Blois, aprobando la Liga, y tomando su dirección (12 de diciembre). Como los diputados le pidiesen después la revocación de los edictos de pacificación, consentió en ello sin dificultad (1.º de enero de 1577). Pero cuando á su vez expuso que ese acto era una declaración de guerra y que para sostenerla necesitaba dinero, ya no encontró en la asamblea la misma unanimidad. El clero ofreció costear seis mil doscientos hombres y la nobleza se comprometió á servir en persona; pero el estado llano negó su concurso. « Esa

es enorme crueldad, dijo el rey al saberlo; no quieren ayudarme con lo suyo, ni permitir que me sirva de lo mío. » Los estados se disolvieron el 4.º de marzo, sin dejar más que estériles peticiones.

Guerra mal hecha y paz mal observada con los hugonotes. — El rey no había observado la paz que hiciera con los protestantes, y tampoco supo hacerles la guerra. El duque de Anjou y los demás príncipes entraron con él en la Liga, pero cuando hubo que ejecutar los compromisos contraídos, ninguno desplegó la energía ni la actividad necesarias. El duque de Anjou, que tomó el mando del ejército del Loira, se contentó con apoderarse de la Charité y de Issoire. El de Mayenne, á quien Enrique III había confiado el mando del Poitou, prefiriéndolo á su hermano el duque de Guisa, se distinguió con algunos hechos de armas en la Saintonge.

El rey de Navarra y el príncipe de Condé no se hallaban entonces en estado de resistir á sus adversarios. Pero en vez de aprovechar tales circunstancias, Enrique III cambió de pronto todos sus planes, y quiso la paz sin que se comprenda el por qué de ese capricho. En consecuencia, publicó un edicto de pacificación (17 de septiembre de 1577) en el cual concedía á los protestantes la libertad de conciencia, jueces en los ocho parlamentos, nueve plazas de garantía y tropas, pronunciando además la abolición de toda unión ó federación, lo cual era dar un golpe indirecto á la Liga. El rey llamaba á esa paz *mi edicto* en oposición á la de su hermano (*Monsieur*).

Muerte del duque de Anjou (1584). — No por eso dejó de seguir reinando en todo el reino la anarquía. Los hugonotes celebraban sus asambleas, procurando en vano constituirse en república. Catalina de Médicis recorría el territorio, agotando sus fuerzas en estériles negociaciones. Enrique III, insensible á todos esos desórdenes se sumía en la disolución y las infamias. Su alma no se abría al dolor más que para llorar la muerte de sus *mignons* (1). Viósele recogiendo después que ellos morían sus cabellos y los pendientes

(1) Favoritos.

que llevaban en las orejas, conservándolos con la misma devoción que los objetos más preciosos. Semjante rey no podía ser más que motivo de vergüenza para sus defensores, y de escarnio para sus enemigos. Los ligeros dejaban oír quejas, y sus motivos de descontento iban aumentando, cuando la muerte del duque de Anjou, que ocurrió por entonces, cambió totalmente la faz de los asuntos públicos. Ese príncipe había sido llamado á los Países Bajos para sostener en ellos la lucha contra Felipe II. Proclamáronlo en efecto duque de Brabante y conde de Flandes (19 de febrero de 1582); pero no teniendo á su disposición el dinero ni las tropas necesarias, se vió obligado á evacuar el país y á retirarse á Francia, donde murió poco después en Château-Thierry, cuando contaba apenas treinta años (10 de junio de 1584).

§ II. — Desde la muerte del duque de Anjou hasta la de Enrique III (1584-1589).

Enrique de Navarra. — La muerte del duque de Anjou era un acontecimiento cuyas consecuencias fueron inmensas. Como ese era el heredero presunto de la corona y como Enrique III no tenía hijos, el trono correspondía naturalmente al rey de Navarra, Enrique de Borbón. Pero éste era hereje, y los católicos juraron que no lo reconocerían jamás. Á los ojos del pueblo, la Liga conservaba ante todo carácter religioso, y no se la consideraba más que como baluarte de la fe. Pero los príncipes y los grandes veían en ella más bien una empresa política. Los duques de Guisa se unieron con el rey de España, y resolvieron que si Enrique III moría sin descendencia, su sucesor sería el cardenal de Borbón. Éste tomó en serio su título de heredero presunto de la corona, y en una asamblea pública celebrada en Péronne habló de los medios de remediar la miseria del pueblo. Toda la nación lo acogió con entusiasmo, y se pidió al papa una bula que sancionara lo hecho y que declarase á Enrique de Borbón incapacitado para reinar por causa de herejía. El papa concedió lo que le pidieron, y con arreglo á su acuerdo, la Liga se convirtió para

el pueblo en una especie de cruzada católica. Enrique III no sabía qué partido tomar. Al principio pareció inclinarse hacia el rey de Navarra, por temor á la ambición de los Guisas y á la efervescencia de los ligueros. Pero como esa protección aparente hacia los reformados excitó entre los católicos violentas reclamaciones, se decidió de repente por la Liga y la declaró *patriótica y santa*, siguiendo los consejos de su madre (1585). Si ese príncipe hubiese tenido firmeza de carácter y capacidad para dominar la situación, habría puesto término á la anarquía. Pero uniéndose con los ligueros, se dejó eclipsar enteramente por los hombres de mérito que éstos tenían á su frente. Todos hablaban de la cobardía, debilidad y degradación del monarca, comparando esos defectos con la actividad, prestigio y talento del duque de Guisa. Los acontecimientos se encargaron una vez más de poner de manifiesto ese injurioso contraste.

Guerra de los tres Enriques (1586-1587). — Habiendo sido declarada la guerra á los hugonotes, Enrique III entregó el mando de los ejércitos reales al duque de Joyeuse y al de Epernon, sus favoritos. Joyeuse marchó contra Enrique de Navarra y lo encontró cerca de Coutras (1587). Antes de la batalla, el Navarro dijo á los príncipes de Condé y de Soissons, á quienes enviaba á sus puestos: «Acordaos de que sois de la raza de Borbón y ¡vive Dios! ya os probaré que soy el mayor de la familia.» La victoria protestante fué completa; los católicos quedaron aniquilados.

Creyéose que ese revés haría salir de su inacción á Enrique III, recordándole sus victorias de Jarnac y de Montcontour, y que al menos marcharía contra los alemanes que invadían el reino para socorrer á los calvinistas; pero nada pudo arrancarlo á sus infames placeres. Entreteníase en coleccionar perritos, monos y papagayos, mientras la planta del extranjero hollaba el suelo de su reino. Enrique de Guisa tomó la espada y fué á recoger nuevos laureles oponiéndose al torrente de raitres, y lansquenetes que invadían la Francia, y en efecto, obtuvo sobre ellos dos brillantes victorias en Vimorí y Auneau (1587), obligando á los

que sobrevivieron á esa doble derrota á pasar la frontera para volverse á su país. Esos triunfos eran puros, puestos que los había inspirado el sentimiento nacional, y en aquellos turbados tiempos, cuando en todos los campos de batalla corría la sangre de los franceses luchando unos contra otros, era glorioso combatir por la independencia de su nación contra la intervención extranjera. Así fué que el duque de Guisa entró en París con los honores del triunfo. En la exaltación de su entusiasmo, el pueblo exclamaba: *Saúl ha muerto mil y David ha matado diez mil*. Ese era un reproche dirigido á la indolencia del monarca.

Las Barricadas (1588). — Los ligueros no se contentaron con humillar al rey, sino que también se formó en su seno una facción terrible para destruirlo. Llamábase la facción de los *Diez y seis*, porque dominaba sobre los diez y seis barrios de París, y hacia ya dos años que iba aumentando su furor. En los pulpitos resonaban discursos sediciosos; los libros de los doctores contenían doctrinas de rebelión, y los Diez y seis proclamaban que cuando el rey se mostraba infiel á la Iglesia, había que abandonarlo. El duque de Guisa acudió á París llamado por esos facciosos; la multitud lo acogió con aclamaciones, y aquel personaje fué á presentarse al rey, quien lo recibió con frases llenas de temor y de indignación. Entonces el pueblo se amotinó. París entero se cubrió de barricadas, hizo imposible el tránsito en las calles, fortificáronse las casas, y los soldados del rey, cercados por todas partes, sólo se salvaban gritando ¡*Católicos!* y enseñando su rosario. El mismo Enrique III tuvo que huir á Chartres, y Guisa, solo en París, pudo creerse investido del poder, como si la corona hubiese caído de la cabeza del monarca.

Estados de Blois. Asesinato de los Guisas (1588). — Las negociaciones empezaron entonces entre el duque y Enrique III. Aquel, que era dueño de París, y que estaba apoyado por la Liga y por Felipe II, dictó á su soberano las condiciones de la paz, como un vencedor. Enrique aprobó todo cuanto Guisa había hecho, le otorgó el título de generalísimo de sus ejércitos, y convocó en Blois los estados. Esa

asamblea, dirigida por el duque, pareció haberse propuesto destruir la autoridad del rey. Entonces el desdichado príncipe, completamente perdido, resolvió librarse de sus señores por medio de cobarde asesinato.

Varias veces recibió el duque de Guisa noticias de los complots que se tramaban contra él, pero nunca quiso creerlo. Cierta día, al sentarse á la mesa halló debajo de su servilleta una carta que era también una advertencia. *No se atreverían*, dijo tirándola, y manifestó su tranquilidad acostumbrada. En la mañana del 23 de diciembre, al encaminarse al consejo del rey, vió que se le acercaba Larchant, capitán de guardias, que le había entregado la víspera un *placet* para obtener el pago de sus tropas; pero apenas se separó de él para entrar en el gabinete de Enrique III, se vió asaltado por diez asesinos que allí tenían emboscados. Sólo pudo pronunciar estas palabras: *¡Dios mío, tened piedad de mí!* Enrique III corrió á ver el cadáver, exclamando en la alegría de su triunfo: « Ahora soy el señor, y ya no tengo compañero. » Su deseo hubiera sido destruir á toda la familia de los Guisas. El duque de Mayenne escapó, pero el cardenal fué preso y entregado á los asesinos. Catalina de Médicis no sobrevivió más que doce días á todos esos crímenes. En su lecho de muerte dió á su hijo consejos de tolerancia, débil compensación por cierto á una vida llena de matanzas y de infamias.

Sitio de París. Asesinato de Enrique III (1589).

— Los cueros de los dos Guisas fueron quemados y aventadas sus cenizas. Privada de sus jefes, la Liga respondió á esas provocaciones nombrando al duque de Mayenne, hermano de los muertos, lugarteniente general del reino, y declarando á Enrique III privado de su derecho al trono, por asesino y perjuro. París estaba entonces lleno de turbulencia y confusión. Los doctores de la Sorbona se habían reunido y declarado que en adelante nadie debía sumisión ni respeto á Enrique III. Los Diez y seis redujeron á prisión á cuantos creían afectos á los Valois; las iglesias estaban tendidas de negro en señal de duelo por la muerte de los príncipes de Lorena; y en los púlpitos se pronunciaba

su elogio fúnebre, que arrancaba lágrimas al pueblo. Los predicadores declamaban contra Enrique III, llamándolo *nuevo Herodes*, y á menudo esos discursos eran excitaciones al regicidio. El público aplaudía y se le vió lanzarse al Louvre, volviendo de allí con el retrato del rey para quemarlo en la plaza pública.

Abandonado por todo el mundo y privado de los consejos de su madre, Enrique III volvió la vista hacia el rey de Navarra y justificó, si no los excesos, al menos las aprensiones de los católicos al unirse con los hugonotes. Mientras sus ejércitos reunidos marchaban sobre París, el infortunado monarca supo que sus crímenes pasados y su conducta presente habían hecho que el sumo Pontífice lo excomulgara. Su fe le hizo vacilar un instante en sus designios, pero el rey de Navarra lo tranquilizó diciéndo: « Venzamos primero, y luego nos haremos absolver. » Y así se presentaron juntos á sitiar la capital del reino.

Entonces un pobre fraile, llamado Santiago Clément, que había oído repetir constantemente que se debe dar muerte al tirano, se preparó á cometer tan horrible acción, como si se hubiere tratado de una empresa patriótica y santa. Pasó ocho días en oración y penitencia, dijo una mañana adiós á sus hermanos y se fué á Saint-Cloud á solicitar una audiencia de Enrique III, con el pretexto de tener que enseñarle papeles muy importantes. Apenas se vió en su presencia, sacó un cuchillo que llevaba debajo de su vestidura, y lo hirió mortalmente. Los satélites del príncipe acribillaron á cuchilladas al asesino, pero Clément murió satisfecho, persuadido de que se había sacrificado por su patria y su religión. Los Diez y seis alabaron su valor y no se avergonzaron de glorificar su muerte como un martirio. *¡Felices*, exclamaba el pueblo, *felices entranas las que te dieron abrigo, y dichosos los pechos que te amamantaron!* El entusiasmo llegó, como se ve, hasta la blasfemia.

Resumen de este capítulo. — Al perder de vista los sentimientos de fe que en otra época animaran á los fundadores de la monarquía, los hijos de Enrique II olvidan las ideas de honor y la sublimidad de abnegación que hemos admirado en los antiguos reyes.

I. Enrique III se había distinguido por su valor antes de subir al trono de Polonia, y era lícito esperar que haría un gran rey. Pero cuando llegó al poder, sus cualidades se eclipsaron en el crimen y la disolución, y después de haber sido estimado y querido, acabó por hacerse odioso y despreciable. A su lado tenía á los Guisas, cuyo valor y talento podían hacer triunfar la causa católica, si el rey se hubiera mostrado enérgico defensor de ella. Lejos de eso, dejó que el duque de Alencón, su hermano, formara ante sus mismos ojos un partido político, y luego hizo á los reformados tan grandes concesiones, que, alarmados los católicos, se creyeron obligados á formar una liga para la defensa de su fe, que creían en peligro (1576). El temor, ya que no el corazón ni la inteligencia, le hacen ver que el puesto de la monarquía es al frente de aquella liga, porque el interés del trono y de la nación exige que el rey tome en manos la causa de la religión de San Luis. Pero apenas ha tomado esa resolución que parece deber conjurar todos los peligros, cuando su indecisión lo sume en nuevas dificultades. No sabe conservar la paz, ni hacer la guerra, y los ligueros comprenden que no pueden contar con él. El duque de Alencón, ya por entonces duque de Anjou, no se muestra más fiel que el soberano á las antiguas creencias. Al contrario, cuando cree que sus intereses políticos se lo aconsejan así, se pone de parte de los reformados, y termina tristemente su carrera á la edad de treinta años sin dejar nada digno de memoria (1584).

II. Enrique de Navarra era el heredero presunto del trono. El partido de los ligueros se hace aún más ardiente ante el peligro que corre Francia de tener un rey hereje. Enrique III deja correr las cosas, en vez de aspirar á dirigir las. El poder de los duques de Guisa le asusta, y no retrocede ante el asesinato para librarse de los que considera sus rivales (1588). Ese crimen lo aleja de los ligueros, y lo echa en brazos de los reformados. Su ejército se une con el de Enrique de Navarra, y se ve obligado á sitiar su propia capital. La sangre pide sangre, y el crimen provoca el crimen: Enrique III cae á su vez herido de una puñalada (1589). Nada más triste que esa terrible expiación. La última rama de los Valois se extingue de ese modo en medio de la guerra civil. Habiéndose separado esos príncipes de las antiguas tradiciones monárquicas, al negarse á defender abiertamente los intereses de la fe, todos mueren en la flor de la edad y no legan á sus descendientes más que un trono azotado por el huracán. Esa es la gran lección que la Providencia nos permite sacar del estudio de tan desdichados tiempo

CAPÍTULO XXXIII.

ENRIQUE IV Y SULLY. EDICTO DE NANTES. ADMINISTRACIÓN Y POLÍTICA (1).

Al morir Enrique III, Francia se encontraba en situación muy difícil. La reforma había dividido los espíritus, y la cuestión religiosa se hallaba complicada por todos los excesos de las pasiones políticas. Felizmente, la abjuración de Enrique IV puso término á esas dificultades cuya solución parecía imposible, y una vez que el país lo reconoció, librólo de extranjeros, expulsando de su seno á los españoles. Enrique, ayudado por Sully, cerró en poco tiempo las heridas hechas al Estado y difundió por todo su reino la prosperidad y la abundancia. La deuda pública fué cubierta gracias á sus reformas, la agricultura recibió impulso, la industria se desarrolló, inaugurándose nueva era para Francia. La política exterior de Enrique IV colocó al mismo tiempo á su nación á la cabeza de Europa. Eligiéronlo como mediador entre todas las potencias, y ya se disponía á realizar los vastos y elevados planes que había concebido, cuando la muerte llegó á sorprenderlo en los comienzos mismos de su empresa.

I. — Desde la muerte de Enrique III hasta la abjuración de Enrique IV. Fin de las guerras de religión (1589-1593).

Estado de Francia al morir Enrique III. Batalla de Arques (1589). — Francia estaba dividida entonces en dos campos perfectamente distintos, los hugonotes y los católicos. Su cuna daba al rey de Navarra derechos incontestables á la corona; pero el pueblo tenía demasiada fe para obedecer á un rey hugonote; Mayenne reanimó la Liga con varios manifiestos políticos, en los cuales repetía constantemente que lo salvación de la Iglesia católica en Francia dependía del mantenimiento de aquella poderosa asociación, y señalaba al cardenal de Borbón como el rey que el pueblo católico debía oponer al Bearnés. Durante ese tiempo, Enrique IV, abandonado por la mayor parte de sus tropas, se veía obligado á levantar el sitio de

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: *Cartas misivas de Enrique IV*, el *Diario de l'Estoile*, las *Economías reales de Sully* y las *Memorias de la época*, las *Historias de d'Aubigné*, de de Thou, de La Popelinière y de Péréfixe; Anquetil, *Espíritu de la Liga*; Capefigue, *De la Reforma y de la Liga*; Poirson, *Historia de Enrique IV*.

I. Enrique III se había distinguido por su valor antes de subir al trono de Polonia, y era lícito esperar que haría un gran rey. Pero cuando llegó al poder, sus cualidades se eclipsaron en el crimen y la disolución, y después de haber sido estimado y querido, acabó por hacerse odioso y despreciable. A su lado tenía á los Guisas, cuyo valor y talento podían hacer triunfar la causa católica, si el rey se hubiera mostrado enérgico defensor de ella. Lejos de eso, dejó que el duque de Alencón, su hermano, formara ante sus mismos ojos un partido político, y luego hizo á los reformados tan grandes concesiones, que, alarmados los católicos, se creyeron obligados á formar una liga para la defensa de su fe, que creían en peligro (1576). El temor, ya que no el corazón ni la inteligencia, le hacen ver que el puesto de la monarquía es al frente de aquella liga, porque el interés del trono y de la nación exige que el rey tome en manos la causa de la religión de San Luis. Pero apenas ha tomado esa resolución que parece deber conjurar todos los peligros, cuando su indecisión lo sume en nuevas dificultades. No sabe conservar la paz, ni hacer la guerra, y los ligueros comprenden que no pueden contar con él. El duque de Alencón, ya por entonces duque de Anjou, no se muestra más fiel que el soberano á las antiguas creencias. Al contrario, cuando cree que sus intereses políticos se lo aconsejan así, se pone de parte de los reformados, y termina tristemente su carrera á la edad de treinta años sin dejar nada digno de memoria (1584).

II. Enrique de Navarra era el heredero presunto del trono. El partido de los ligueros se hace aún más ardiente ante el peligro que corre Francia de tener un rey hereje. Enrique III deja correr las cosas, en vez de aspirar á dirigir las. El poder de los duques de Guisa le asusta, y no retrocede ante el asesinato para librarse de los que considera sus rivales (1588). Ese crimen lo aleja de los ligueros, y lo echa en brazos de los reformados. Su ejército se une con el de Enrique de Navarra, y se ve obligado á sitiar su propia capital. La sangre pide sangre, y el crimen provoca el crimen: Enrique III cae á su vez herido de una puñalada (1589). Nada más triste que esa terrible expiación. La última rama de los Valois se extingue de ese modo en medio de la guerra civil. Habiéndose separado esos príncipes de las antiguas tradiciones monárquicas, al negarse á defender abiertamente los intereses de la fe, todos mueren en la flor de la edad y no legan á sus descendientes más que un trono azotado por el huracán. Esa es la gran lección que la Providencia nos permite sacar del estudio de tan desdichados tiempo

CAPÍTULO XXXIII.

ENRIQUE IV Y SULLY. EDICTO DE NANTES. ADMINISTRACIÓN Y POLÍTICA (1).

Al morir Enrique III, Francia se encontraba en situación muy difícil. La reforma había dividido los espíritus, y la cuestión religiosa se hallaba complicada por todos los excesos de las pasiones políticas. Felizmente, la abjuración de Enrique IV puso término á esas dificultades cuya solución parecía imposible, y una vez que el país lo reconoció, librólo de extranjeros, expulsando de su seno á los españoles. Enrique, ayudado por Sully, cerró en poco tiempo las heridas hechas al Estado y difundió por todo su reino la prosperidad y la abundancia. La deuda pública fué cubierta gracias á sus reformas, la agricultura recibió impulso, la industria se desarrolló, inaugurándose nueva era para Francia. La política exterior de Enrique IV colocó al mismo tiempo á su nación á la cabeza de Europa. Eligiéronlo como mediador entre todas las potencias, y ya se disponía á realizar los vastos y elevados planes que había concebido, cuando la muerte llegó á sorprenderlo en los comienzos mismos de su empresa.

I. — Desde la muerte de Enrique III hasta la abjuración de Enrique IV. Fin de las guerras de religión (1589-1593).

Estado de Francia al morir Enrique III. Batalla de Arques (1589). — Francia estaba dividida entonces en dos campos perfectamente distintos, los hugonotes y los católicos. Su cuna daba al rey de Navarra derechos incontestables á la corona; pero el pueblo tenía demasiada fe para obedecer á un rey hugonote; Mayenne reanimó la Liga con varios manifiestos políticos, en los cuales repetía constantemente que lo salvación de la Iglesia católica en Francia dependía del mantenimiento de aquella poderosa asociación, y señalaba al cardenal de Borbón como el rey que el pueblo católico debía oponer al Bearnés. Durante ese tiempo, Enrique IV, abandonado por la mayor parte de sus tropas, se veía obligado á levantar el sitio de

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: *Cartas misivas de Enrique IV*, el *Diario de l'Estoile*, las *Economías reales de Sully* y las *Memorias de la época*, las *Historias de d'Aubigné*, de de Thou, de La Popelinière y de Péréfixe; Anquetil, *Espíritu de la Liga*; Capefigue, *De la Reforma y de la Liga*; Poirson, *Historia de Enrique IV*.

París, retirándose á Compiègne. El duque de Mayenne se lanzó en su persecución, anunciando con insopor- table jactancia que lo « traería atado de pies y ma- nos. » Alcanzólo en efecto cerca de Arques (21 de sep- tiembre) pero fué vencido, á pesar de tener fuerzas diez veces superiores á las de su rival.

Batalla de Ivry (1590). — Ese triunfo devolvió el



Enrique IV.

valor y la esperanza á Enrique IV que, después de haber mostrado sus armas victoriosas á las puertas de París, se retiró á Tours, donde estableció su parla- mento, y en cuyo punto recibió al embajador de Venecia, que se presentaba á reconocerlo como rey. Esa era la primera nación católica que le tributaba tal homenaje, que acogió con grandeza, esforzándose en justificarlo con nuevos hechos de armas. Pero no por eso parecía menos terrible la Liga. Mayenne había

hecho proclamar rey al cardenal de Borbón, con el nombre de Carlos X, y se había reservado la lugarte- nencia general del reino. Después de ese golpe de Estado, volvió á entrar en campaña con la esperanza de reparar el descalabro que sufriera el año prece- dente en la batalla de Arques. Su encuentro con el Bearnés se efectuó esta vez en las llanuras de Ivry (14 de marzo). Antes del combate, Enrique IV dijo á sus soldados : « Compañeros, si perdéis vuestras cornetas, insignias ó pendones, seguid á mi penacho blanco, pues siempre lo hallaréis en el camino del honor y de la gloria ¡Dios nos proteja! » Los ligueros fueron vencidos, dejando más de cuatro mil hombres en el campo de batalla.

Sitio de París (1590). — Esa victoria aumentó mucho el ejército de Enrique IV, quien se presentó entonces á bloquear á París (8 de mayo). Cuando se le vió dueño de todas las comunicaciones, cada ciuda- dano se convirtió en soldado; los Diez y seis mostraron de nuevo sus furros entusiastas, los monjes vistieron la coraza; en una palabra, todo el pueblo juró que moriría antes que obedecer á un rey hereje. La fe despertaba en todas partes el valor, y si bien es justo condenar los excesos en que la ambición de los facciosos precipitó con frecuencia á esas generosas poblaciones, no es posible negar á la elevación de sus ideas y sentimientos el homenaje que merecen. El mismo Enrique IV se conmovió ante el espectáculo que presentaba el pueblo heroico sacrificando su vida por la religión. En ocasiones dejó entrar víveres en París, diciendo : « No quiero reinar sobre cadáveres » Y tam- bién : « Me parezco á la verdadera madre del cuento de Salomón; preferiría no llegar á poseer París antes que lograrlo hecho pedazos. » La miseria era espanta- tosa; las calles se llenaban de cadáveres que ni siquiera eran enterrados; perros, caballos, gatos, y aun los animales inmundos servían para la alimentación; la hierba que crecía en las paredes era arrancada para comerla y hasta se trató de hacer pan con huesos machacados que fueron recogidos en el cementerio de los Santos Inocentes (16 de agosto).

Refiérese que una mujer se comió á su prop' o hijo.

Esas escenas horribles eran conocidas, y sin embargo nadie pensaba en rendirse. Al fin Alejandro Farnesio apareció, y puso término á tantos males obligando á Enrique IV á levantar el sitio (18 de septiembre).

Abjuración de Enrique IV (1593). — Esa intervención de las tropas españolas anunciaba que la Liga había dejado de ser, á lo menos en parte, patriótica y santa, según desde el principio se declarara. El rey de España Felipe II quería aprovechar las desgracias de Francia para apoderarse de la corona. Ese príncipe se había constituido en toda Europa en defensor intrépido de la causa católica, y con tal título mereció la confianza del sumo Pontífice. Entre los ligueros, los Diez y seis se habían declarado abiertamente en su favor. La muerte del cardenal de Borbón, que ocurrió por entonces, aumentó sus esperanzas, y despertó al mismo tiempo los apetitos de varios ambiciosos. El duque de Guisa y el de Mayenne eran opuestos á los partidarios del rey de España, porque pensaban ante todo en los intereses de su familia. El duque de Saboya recordaba que su madre había sido una infanta de Francia, y se creía con derecho para intrigar. El de Nemours solicitaba para sí la mano de la infanta de España y prometía á Felipe su apoyo bajo esa condición. Por fin, en todas partes surgían ambiciones personales, y la idea religiosa era invocada solamente como pretexto por esas rivalidades mezquinas.

Entonces los católicos moderados celebraron en Suresnes una conferencia con Enrique IV (29 de abril 1593). Después de haber discutido con prelados y doctores los puntos principales en que los protestantes se hallaban en desacuerdo con los católicos, el rey se declaró satisfecho y consintió en la abjuración de todos los errores que había profesado hasta entonces.

El 23 de julio siguiente aceptó la fórmula de fe que le presentaron los obispos, y se anunció para el 25 la ceremonia de su abjuración. Todo París se puso en movimiento, y á pesar de las amenazas de los ligueros, el pueblo en masa se encaminó hacia la iglesia del pueblo de Saint-Denis, donde debía operarse la mencionada solemnidad. El acto se realizó con pompa inusitada. « El rey, vestido con un justillo y calzas de

raso blanco, y un ferruero y sombrero negro, acompañado por multitud de príncipes, grandes señores, dignatarios de la corona y otros muchos gentiles hombres, precedido por los suizos de la guardia y los guardias de corps escoceses y franceses y por doce trompetas, fué á la iglesia de Saint-Denis, cuyas paredes estaban tapizadas y cubiertas de flores, en medio de los gritos mil veces repetidos de ¡viva el rey!

» Cuando Enrique llegó al pórtico de la iglesia, el arzobispo de Bourges le preguntó: ¿Quién sois? — Soy el rey. — ¿Qué deseáis? — Deseo ser recibido en el seno de la Iglesia católica, apostólica y romana. — ¿Lo deseáis sinceramente? — Sí, lo quiero y lo deseo. » Arrodillóse entonces, leyó la profesión de fe redactada por los obispos, anatematizó todas las herejías contrarias, y adelantándose hasta el pie del altar, juró sobre los Evangelios vivir y morir fiel á la Iglesia católica, y protegerla y defenderla á costa de su sangre y de su vida.

Ante tal espectáculo, los concurrentes prorrumpieron en llanto. El entusiasmo realista se despertó en las almas; la fe había triunfado; la antigua monarquía se alzaba con todos sus derechos, y la Liga carecía en adelante de objeto.

II. — Desde la abjuración de Enrique IV hasta su muerte. Sully. Administración de Enrique IV. Sus proyectos (1593-1610).

Entrada de Enrique IV en París (1594). — Los ligueros se esforzaron por de pronto en hacer dudar de la sinceridad del acto que acabamos de relatar, y hubo un momento de general desconfianza. Mayenne vacilaba, sin saber qué partido tomar, y continuaba sus negociaciones con Felipe II; pero el pueblo veía con disgusto esas intrigas con el extranjero. Habiéndose hecho coronar en Chartres Enrique IV (22 de febrero), esa nueva manifestación de fidelidad al catolicismo, acabó por disipar la incertidumbre. Así fué que cada día ocurrían defecciones que alarmaban á la Liga y alegraban al rey. Pronto fué considerable en el seno mismo de París el número de partidarios de Enrique, y

Brissac le abrió las puertas de la capital el 22 de marzo de 1594. Admirado por la clemencia del Bearnés, el pueblo lo recibió con increíbles transportes. Al oírle gritar: « ¡ Viva el rey! ¡ viva la paz! ¡ viva la libertad! » Enrique IV decía: « Ahora veo que este pobre pueblo ha sido tiranizado. » Y como sus guardias quisieran abrirle paso por entre la multitud que estorbaba su marcha, el príncipe exclamó: « Dejados mirarme cuanto quieran, pues tienen hambre y sed de ver un rey. » Al día siguiente se publicó una amnistía general, dándose á los españoles la orden de salir de París. Viéndolos desfilar, desde lo alto de la puerta de Saint-Denis, Enrique IV les gritaba alegremente: « Recomendadme á vuestro señor, pero no volváis á París. » Francia iba al fin á ser dueña de sus propios destinos.

Enrique otorgó á todas las ciudades del reino los mismos beneficios y libertades que á París, y las poblaciones fueron reconociéndolo sucesivamente. En Roma, donde al principio se había vacilado, por no saber cómo interpretar la inesperada conversión del rey, Clemente VIII acabó por declararse en su favor, enviando á Enrique una fórmula de fe y exponiendo las condiciones que el rey de Francia debía aceptar para ser admitido en la Iglesia romana. Enrique IV consintió en todo, y entonces el cañón del castillo de Sant Angelo y las campanas de todas las iglesias de Roma anunciaron al universo la alegría que esa noticia causaba al mundo católico.

Ruina de la Liga (1595-1598). — « De allí en adelante, dice un cronista, Mayenne no pudo volar más que con un ala, lo mismo que la Liga, la cual se parecía en realidad á una corneja desplumada. » Enrique IV venció todas las resistencias que aun quedaban, ya negociando, ya combatiendo. Normandía, Champaña y Borgoña se sometieron. El mismo Mayenna declaró que, no habiendo tomado las armas más que para defender al catolicismo, las deponía, toda vez que la Iglesia absolvía al rey. Ese manifiesto puso fin á la Liga (1596). Ya no quedaban por satisfacer más que las ambiciones particulares que agitaban las provincias. Compróse la fidelidad de todas las ciudades, y la rebelión fué sofocada en Bretaña, su último baluarte.

Durante ese tiempo, el pueblo sufría grandes males. El hambre desolaba al reino, y la corte se entretenía en fiestas y regocijos. El rey se entregaba á los placeres, y hasta se atrevió á dar pompa y magnificencia á sus escándalos. Ya la nación empezaba á quejarse, y se lanzaban sátiras mordaces con el que fuera acogido con tal entusiasmo. Cometiéronse varios atentados contra su vida, y esos horribles complots no lo arrancaron á sus culpables excesos. Mas de pronto le anunciaron que los españoles se habían hecho dueños de Amiens por sorpresa, invadiendo la Picardía. Al saber esa noticia exclamó: « Basta de hacer de rey de Francia; ya es tiempo de hacer de rey de Navarra, » y se preparó á entrar en campaña.

Paz de Vervins. Fin de la preponderancia de España (1598). — Los triunfos de Enrique IV fueron rápidos. Venció en efecto á los españoles en Fontaine-Française, en Borgoña (5 de junio de 1595), recuperó la ciudad de Amiens (1597) y sometió toda la Picardía. Después de esos brillantes hechos, dieron principio las negociaciones en favor de la paz y al fin se firmó ésta en Vervins (2 de mayo de 1598). Francia recuperó las posesiones que le habían sido arrancadas por la paz de Cateau-Cambresis antes de las guerras civiles. Calais, Ardres, Doullens, la Capelle y otras muchas plazas ocupadas por los españoles, fueron restituidas á Enrique IV. Por su parte, Felipe II recobró el condado de Charolais, y estipuló la integridad de sus derechos sobre la Borgoña y la Bretaña, aunque concediendo al rey de Francia el mismo privilegio respecto de Navarra. Ese pacto anulaba todas las pretensiones de la casa de Austria á la dominación universal y constituía á la vez el principio de su decadencia. En París hubo con tal motivo gran regocijo, y se dieron espléndidos festejos en que Enrique IV hizo ostentación de pompa y amabilidad.

Edicto de Nantes (1598). — Un mes antes de esos acontecimientos, Enrique IV calmó y satisfizo á su vez á los protestantes, con la promulgación del *edicto de Nantes* (abril de 1598), por el cual les concedía no sólo la libertad de su culto y el derecho de admisión á todos los empleos civiles y militares, sino también la facultad de celebrar asambleas generales, imponerse

contribuciones destinadas al sostenimiento de su culto y de conservar plazas de garantía. Eso era crear un Estado en el Estado y dejar subsistir frente al trono una especie de república. Nadie comprendió claramente el peligro que envolvían esas inmensas concesiones; pero sí se lamentó la pérdida de la unidad religiosa que hasta entonces había sido uno de los fundamentos de la sociedad. Habiendo reclamado el parlamento, negándose á visar el edicto, Enrique IV se presentó ante aquella asamblea, para exponer en persona los motivos de su conducta. Su discurso fué sencillo pero conmovedor. Habló de las desdichas de la guerra civil, insistió en la necesidad de la unión entre católicos y hugonotes, y terminó con estas palabras: « Os ruego que no se hable más de este asunto, y que sea hoy la última vez. Hacedlo así; os lo ordeno y ruego al mismo tiempo. » El parlamento obedeció, y entonces parecieron quedar terminadas las luchas intestinas que por cuarenta años desolaron á Francia.

Sully. Administración de Enrique IV. — Sin embargo, Enrique IV tuvo que sostener una nueva lucha con la Saboya; pero ese país no se hallaba en estado de resistir á Francia. El papa y el rey de España intervinieron, y la paz quedó hecha, mediante la cesión por parte de Saboya de la Bresse, del Bugey, del Valromey y del país de Gex, lo que extendió por ese lado las fronteras francesas hasta el límite natural del Ródano y de los Alpes (1600).

Durante las negociaciones que produjeron ese tratado, Enrique cuarto se casó en segundas nupcias con María de Médicis, hija de Francisco, antiguo gran duque de Toscana, y sobrina de Fernando, que entonces se hallaba al frente de dicho Estado. Las bodas se celebraron con gran pompa, primero en Florencia y después en Lyon (9 de diciembre de 1600).

Francia disfrutó entonces de tranquilidad perfecta, y la prudente administración del rey, ilustrada por los consejos de Sully, no tardó en restañar la sangre que manaban las heridas de la nación. Cuando ese hábil ministro fué encargado de la administración de la hacienda, halló el patrimonio real invadido, el tesoro dilapidado, el Estado gravado por enorme deuda, y los

recursos casi agotados por los desórdenes de las administraciones precedentes. Para remediar tan grandes males, Sully no necesitó recurrir á medios extraordinarios; limitóse á moderar los gastos y á reducir los sueldos. Exigió ante todo completa regularidad en las cuentas, y á ejemplo de Santiago Cœur, estableció el equilibrio entre los gastos y los ingresos introduciendo



Sully.

en todas partes severa economía, vigilando el cobro de las rentas públicas y activándolo con medidas enérgicas, suprimiendo multitud de empleos inútiles y subiendo el tipo de los contratos hecho á precio demasiado inferior al justo. A fuerza de cuidados y perseverancia, logró disminuir la carga del impuesto personal en cuatro millones, y sin embargo puso al rey en situación de pagar por cien millones de deudas, de rescatar por sesenta millones de rentas ó de bienes, de fortificar las

fronteras, acumular en los almacenes pertrechos de guerra, armas y municiones, de construir varios palacios magníficos, de adornarlos con pinturas y muebles preciosos, y de tener siempre á su disposición veinte millones en las arcas del Estado.

Ese sabio ministro consideraba a agricultura como el principal recurso del país, y siempre exclamaba: « Labranza y pastoreo son los dos pechos que alimentan á la Francia y las verdaderas minas y tesoros del Perú. » Así fué que recurrió á todos los medios para proteger y alentar á los que se consagraban á las ocupaciones campestres. Por dos veces recorrió el reino, en 1596 y 1598, para ver por sí mismo los esfuerzos que se realizaban en la mejora de los cultivos. Renovó las antiguas ordenanzas que declaraban no embargables á los labradores así como á los instrumentos de cultivo, por deudas á particulares ó al Estado. Disminuyó el impuesto territorial y permitió en 1601 la exportación de granos, para estimular más y más la producción. Excitó á los señores á ocuparse en la agricultura, y á buscar de ese modo en las ocupaciones de los campos distracción á las fatigas y peligros de la guerra.

Sully hizo ejecutar al mismo tiempo inmensas obras públicas. Para facilitar el comercio, había proyectado unir por medio de canales el Sena y el Loira, el Loira al Saona, y el Saona al Mosa, pero sólo hizo ejecutar el canal que parte del Loira en Briare para desembocar en el Sena en Moret, á cuatro kilómetros de Fontainebleau. Entonces fué terminado y abierto á la circulación el Puente Nuevo de París, que se empezó bajo Enrique III. Al mismo tiempo, Sully mandó continuar la galería del Louvre que se extiende á lo largo del Sena entre el puente del Carrousel y el de las Artes, é hizo concluir en 1601 la fachada del Hôtel de Ville, cuyos cimientos se establecieron en los días de Francisco I. El año anterior se había empezado la place Royale, donde debía reunirse toda la sociedad elegante del siglo xvii. También cuidó de las residencias reales: Saint-Germain, Monceaux, Fontainebleau fueron aumentados, y se puso la primera piedra de la Biblioteca. « Cuando Felipe III envió á París á D. Pedro de Toledo,

como embajador junto á Enrique IV, aquél no reconoció ya la ciudad que en otro tiempo viera triste y moribunda. « *Es que entonces, le contestó el rey, el padre de familia no estaba presente, mientras que ahora cuida de sus hijos, y éstos prosperan.* »

Sully favorecía la agricultura, pero temía la industria, porque detestaba el lujo. Si Enrique IV hubiera seguido el parecer de su austero ministro, habría estorbado el desarrollo de las manufacturas, bajo el pretexto de que sólo servían para alimentar la corrupción. Pero el monarca poseía inteligencia demasiado alta para dejarse dirigir por consideraciones inspiradas más bien en el abuso de la cosa que en la cosa misma. Siguiendo, pues, los consejos de Oliverio de Serres, plantó morceras blancas hasta en el jardín de las Tullerías é hizo organizar establecimientos para la educación de los gusanos de seda. A la vez fundó manufacturas de crespón fino de Bolonia en Mantes, de hilo de oro, al estilo de Milán, de tapices en los Gobelinos y en la Savonnerie, y de vidrios y cristales. De ese modo arrebató Francia á Italia el monopolio de aquellos ricos tejidos, que cada año hacían salir del primero de esos países muchos millones.

Proyectos de Enrique IV. — Á la vez que trabajaba en la prosperidad interior de su reino, el rey elevaba á Francia, gracias á su política exterior, á la altura de las primeras naciones europeas. Venecia y la Santa Sede lo eligieron como mediador; y el mismo oficio desempeñó entre Francia y las Provincias Unidas. En este último asunto se presentaban grandes dificultades. Los dos hombres que se hallaban al frente de los Estados, Mauricio de Orange y Barneweld, eran de distinto parecer. El primero, que se hallaba al frente del ejército, quería la guerra; el segundo, jefe del parlamento, deseaba la paz. La habilidad diplomática del presidente Jeannin logró, después de prolongadas negociaciones, á poner de acuerdo á todo el mundo, concluyéndose entonces un tratado por el cual España reconocía la soberanía de los *Estados generales de las Provincias Unidas de los Países Bajos*, declaraba libre su comercio, y se comprometía á pagar á los herederos del príncipe de Orange trescientos mil florines (1609).

Enrique IV concibió por entonces el proyecto de establecer una paz perpetua en toda Europa, mediante la organización de un tribunal supremo que tuviese el derecho de juzgar las diferencias de los reyes y de los pueblos. Los Estados cristianos debían constituir en ese plan una vasta república federativa compuesta de quince miembros, á saber: el Estado de la Iglesia, y el del Imperio, que volvería á ser electivo, debían representar al frente de Europa el más alto poder religioso y civil; además, cinco reinos hereditarios: Francia, España, Gran Bretaña, Dinamarca y Suecia; tres reinos electivos: Bohemia, Hungría y Polonia; un ducado: el de Saboya, aumentado con la Lombardia; cuatro repúblicas, la de Venecia con la Sicilia, la de Italia; la de Suiza con Alsacia, el Tirol y el Franco Condado y la de los Países Bajos. Con objeto de realizar ese plan debían reunirse las fuerzas y fondos necesarios para expulsar de Europa á los turcos y los rusos, que en esa época no eran contados entre los pueblos europeos.

Para ejecutar ese plan, que prueba las rectas intenciones de Enrique IV y la bondad de su corazón, necesitaba éste disfrutar dentro de su reino indiscutible autoridad, y además atacar en lo exterior á la casa de Austria. El primero de esos resultados lo obtuvo, gracias á la severidad con que castigó á los señores que trataron de sustraerse á su ley. Para alcanzar el segundo, entró en relaciones con los protestantes de Alemania, y ya se había puesto de acuerdo con ellos, cuando sucumbió en el momento mismo de ir á emprender la realización de sus planes.

Asesinato de Enrique IV (1610). — Las facciones comprimidas habían tratado en distintas ocasiones de alzar cabeza otra vez, sumiendo de nuevo á Francia en la anarquía. Por eso perdió la cabeza en el tajo de la Bastilla el mariscal de Birón, en castigo de haber conspirado contra el rey y el Estado (31 de julio de 1602). El duque de Bouillon se había alzado también (1606), y á pesar de la dulzura de carácter y bondad de Enrique IV, sus días fueron puestos en peligro por varias conjuraciones y diez y siete tentativas de asesinato. Al fin, el 4 de mayo de 1610, habiendo salido del Louvre

por la tarde con objeto de ir á ver á Sully, que se alojaba en el Arsenal y que estaba un tanto enfermo, la carroza del rey se detuvo un momento á la entrada de la calle de la Ferronnerie porque el paso estaba obstruido á causa de una acumulación de coches en aquel sitio. Entonces un loco, llamado Ravallac, que seguía al coche de Enrique IV desde el Louvre, se subió sobre la rueda, y dió al rey dos puñaladas, una de las cuales le hirió en el corazón. Enrique levantó un brazo exclamando: ¡*Me han herido!* y expiró en el acto (14 de mayo de 1610).

Resumen de este capítulo. — El reinado de Enrique IV se divide en dos partes perfectamente distintas, á saber: los tiempos anteriores y los posteriores á su abjuración.

I. Durante el reinado de Enrique III, Francia se hallaba dividida en dos bandos opuestos, el del rey, el de los ligeros y el de los protestantes, que tenían á su frente al heredero de la corona, Enrique de Navarra. Después de la muerte de Enrique III, los realistas se alejaron de Enrique IV, que se quedó únicamente con los reformados. Eso aumentó el ardor de la Liga, puesto que su único objeto manifiesto era hacer triunfar el catolicismo, que se hallaba más amenazado que nunca. Pero éstos no tenían ya á su frente más que á Mayenne, quien no poseía ni con mucho los talentos militares de sus hermanos. Enrique IV lo venció dos veces en Arques, cerca de Dieppe (21 de septiembre de 1589) y en Ivry (14 de marzo de 1590). Esas dos victorias le permitieron poner sitio á Paris, pero la obstinación con que se defendió la ciudad le hizo comprender que sólo un príncipe católico podría reinar sobre la Francia. El mismo Sully le aconsejó que abjurase, y la Iglesia católica le recibió solemnemente en su seno el 25 de julio de 1593.

II. A partir de entonces, como la Liga no tenía ya razón de ser, fué fácil acabar con su resistencia. Entonces Enrique IV realizó dos grandes cosas que explican por sí solas toda su popularidad. Restableció mediante acertada administración el orden en la hacienda, disminuyó los impuestos, alentó los trabajos agrícolas, sostuvo la industria y el comercio, y mandó ejecutar numerosos y útiles trabajos. Así curó los males causados á la nación por la guerra. Al mismo tiempo restauró ante Europa el prestigio de Francia, evitando la dominación española. Ganó á las tropas de Felipe II la batalla de Fontenoy-Francaise (5 de junio de 1595) é impuso después á ese monarca la paz de Vervins, que devolvió á Francia todas las posesiones que cediera en 1559 por el tratado de Cateau-Cambresis. Pero también se debe reconocer que Enrique IV cometió dos grandes faltas que dependieron de sus antiguos errores y que apartaron al poder real de la vía que siempre hubiese debido seguir. Su edicto de Nantes creó un Estado en el Estado por los exageradas concesiones que hizo á los protestantes en el orden político, y preparó las mayores dificultades para los reinados siguientes. En la po-

lítica exterior se equivocó también al aceptar la alianza protestante, trazando de antemano el plan que veremos ejecutar por Richelieu.

CAPÍTULO XXXVI.

ESTADO DE EUROPA EN 1610.

Al morir Enrique IV, en 1610, la Reforma había dividido a Europa en dos grandes fracciones políticas: católicos y protestantes. La casa de Austria de hallaba al frente de los católicos, siendo poseedora del imperio de Alemania y dueña de España, Portugal y parte de Italia; pero sus adversarios constituían grupo numeroso, pues entre ellos hay que incluir a Inglaterra y Escocia, las Provincias Unidas, los reinos del Norte y los Estados secundarios de Alemania. Francia había permanecido en el catolicismo; mas, Enrique IV, que veía con disgusto la dominación de la casa de Austria, había resuelto unirse con las naciones protestantes, para lograr la preponderancia en Europa.

Estado de Francia. — Los proyectos en Enrique IV, que fueron continuados y ejecutados por Richelieu, lanzaban a Francia por caminos opuestos a su política tradicional. La hija primogénita de la Iglesia, que siempre había puesto su espada al servicio de la fe católica, iba a colocarse enfrente del sumo Pontífice, ayudando a los protestantes de todos los países en su lucha con la casa de Austria, y eso por el único deseo de humillar a una potencia rival. Se logró lo que se deseaba; pero a la vez que Francia adquiría la preponderancia bajo Luis XIV, falseó su misión en Europa y se creó dificultades que de entonces acá no han hecho más que aumentar, y de las cuales no ha salido todavía.

Reparando los males causados por la guerra civil, devolviéndole por el tratado de Vervins lo que perdiera por el de Cateau-Cambresis, fomentando el comercio, la industria y la agricultura, restableciendo el orden en la hacienda, organizando administración inteligente y cuerda, y reformando el ejército, Enrique IV había dado gran fuerza y poder a su nación, cosas que permitirán a sus sucesores ser árbitros de Europa. Si en vez de aliarse con los turcos y los protectores del protestantismo, hubiesen seguido contrario camino, no se

sabe hasta qué punto hubiese llegado la gloria de Francia. Por desgracia, se buscaron alianzas en el opuesto campo, y se patrocinó el error en vez de defender la verdad.

De Inglaterra. — En Inglaterra, Isabel había muerto en 1603, heredando el trono Jacobo VI de Escocia, hijo de María Estuardo, y que en la historia británica recibe el nombre de Jacobo I. « Ese príncipe teólogo, que era hostil a los presbiterianos y a los católicos, no tenía contra los españoles el odio de Isabel, y en 1604 celebró con la corte de Madrid un tratado de comercio. Pero Enrique IV había sabido separarlo de España para unirlo íntimamente con Francia. Por lo demás, no era posible tener gran confianza en el espíritu flotante de ese soberano, tan débil como incapaz. Mas, Enrique IV estaba persuadido de que, en una guerra contra la casa de Austria, tendría de su parte las simpatías de Inglaterra, que tan hostil se mostrara a las pretensiones de Felipe II.

De las Provincias Unidas. — Las Provincias Unidas no podían menos de aliarse con Francia contra España. Al cabo de cuarenta años de lucha, la república acababa de obtener una tregua de 12 (1609), que le permitía tomar en adelante puesto entre las naciones europeas. El autor de esa tregua había sido Enrique IV, y las negociaciones para obtenerla, empezadas bajo sus auspicios, fueron felizmente terminadas por la habilidad del presidente Jeannin. La república holandesa tenía ya establecidas las bases de su desarrollo colonial. En efecto fundó su compañía de las Indias en 1602, se estableció en Java, en las islas de la Sonda, y en Timor, mientras la llegaba la hora de penetrar en el Japón. Sus atrevidos marinos reconocieron en 1606 las costas de Australia septentrional, que llamaron Nueva Holanda, y sus mercaderes organizaron establecimientos en la América del Norte. Era una potencia marítima en pleno desarrollo, que iba a apoderarse del imperio colonial portugués.

De España. — España, contra la cual se dirigían todos los esfuerzos, estaba muy debilitada. Felipe II había fracasado en todas partes, al continuar la realización de los proyectos de dominación universal con-

lítica exterior se equivocó también al aceptar la alianza protestante, trazando de antemano el plan que veremos ejecutar por Richelieu.

CAPÍTULO XXXVI.

ESTADO DE EUROPA EN 1610.

Al morir Enrique IV, en 1610, la Reforma había dividido a Europa en dos grandes fracciones políticas: católicos y protestantes. La casa de Austria de hallaba al frente de los católicos, siendo poseedora del imperio de Alemania y dueña de España, Portugal y parte de Italia; pero sus adversarios constituían grupo numeroso, pues entre ellos hay que incluir a Inglaterra y Escocia, las Provincias Unidas, los reinos del Norte y los Estados secundarios de Alemania. Francia había permanecido en el catolicismo; mas, Enrique IV, que veía con disgusto la dominación de la casa de Austria, había resuelto unirse con las naciones protestantes, para lograr la preponderancia en Europa.

Estado de Francia. — Los proyectos en Enrique IV, que fueron continuados y ejecutados por Richelieu, lanzaban a Francia por caminos opuestos a su política tradicional. La hija primogénita de la Iglesia, que siempre había puesto su espada al servicio de la fe católica, iba a colocarse enfrente del sumo Pontífice, ayudando a los protestantes de todos los países en su lucha con la casa de Austria, y eso por el único deseo de humillar a una potencia rival. Se logró lo que se deseaba; pero a la vez que Francia adquiría la preponderancia bajo Luis XIV, falseó su misión en Europa y se creó dificultades que de entonces acá no han hecho más que aumentar, y de las cuales no ha salido todavía.

Reparando los males causados por la guerra civil, devolviéndole por el tratado de Vervins lo que perdiera por el de Cateau-Cambresis, fomentando el comercio, la industria y la agricultura, restableciendo el orden en la hacienda, organizando administración inteligente y cuerda, y reformando el ejército, Enrique IV había dado gran fuerza y poder a su nación, cosas que permitirán a sus sucesores ser árbitros de Europa. Si en vez de aliarse con los turcos y los protectores del protestantismo, hubiesen seguido contrario camino, no se

sabe hasta qué punto hubiese llegado la gloria de Francia. Por desgracia, se buscaron alianzas en el opuesto campo, y se patrocinó el error en vez de defender la verdad.

De Inglaterra. — En Inglaterra, Isabel había muerto en 1603, heredando el trono Jacobo VI de Escocia, hijo de María Estuardo, y que en la historia británica recibe el nombre de Jacobo I. « Ese príncipe teólogo, que era hostil a los presbiterianos y a los católicos, no tenía contra los españoles el odio de Isabel, y en 1604 celebró con la corte de Madrid un tratado de comercio. Pero Enrique IV había sabido separarlo de España para unirlo íntimamente con Francia. Por lo demás, no era posible tener gran confianza en el espíritu flotante de ese soberano, tan débil como incapaz. Mas, Enrique IV estaba persuadido de que, en una guerra contra la casa de Austria, tendría de su parte las simpatías de Inglaterra, que tan hostil se mostrara a las pretensiones de Felipe II.

De las Provincias Unidas. — Las Provincias Unidas no podían menos de aliarse con Francia contra España. Al cabo de cuarenta años de lucha, la república acababa de obtener una tregua de 12 (1609), que le permitía tomar en adelante puesto entre las naciones europeas. El autor de esa tregua había sido Enrique IV, y las negociaciones para obtenerla, empezadas bajo sus auspicios, fueron felizmente terminadas por la habilidad del presidente Jeannin. La república holandesa tenía ya establecidas las bases de su desarrollo colonial. En efecto fundó su compañía de las Indias en 1602, se estableció en Java, en las islas de la Sonda, y en Timor, mientras la llegaba la hora de penetrar en el Japón. Sus atrevidos marinos reconocieron en 1606 las costas de Australia septentrional, que llamaron Nueva Holanda, y sus mercaderes organizaron establecimientos en la América del Norte. Era una potencia marítima en pleno desarrollo, que iba a apoderarse del imperio colonial portugués.

De España. — España, contra la cual se dirigían todos los esfuerzos, estaba muy debilitada. Felipe II había fracasado en todas partes, al continuar la realización de los proyectos de dominación universal con-

cebidos por Carlos V. Fracasó en los Países Bajos, á los cuales no pudo impedir que se hicieran independientes; fracasó en Inglaterra, contra la que fue inútil el envío de la *Armada invencible*; y fracasó en Francia, cuyas disensiones intestinas tratara de aprovechar. El tratado de Vervins había cerrado para siempre Francia á los españoles. Habiendo muerto ese rey en 1598, dejó á su hijo, Felipe III, un reino casi exhausto. El nuevo príncipe, incapaz de gobernar personalmente, dejaba amplia libertad al duque de Lerma, su primer ministro, cuyas larguezas contrastaban con la miseria general de la nación. Acababa de firmar la tregua de doce años con Holanda, cuando al siguiente (1610) expulsó de España á los moriscos. Esos infieles se habían puesto de acuerdo con los sultanes de Fez y de Marruecos para excitar una insurrección. El duque de Lerma los arrojó del reino, á pesar de las observaciones de Paulo V. Sólo el reino de Valencia perdió más de ciento cuarenta mil habitantes; las poblaciones de Cataluña quedaron sin las tres cuartas partes de sus moradores, y las montañas de Sierra Morena se convirtieron en desiertos. La mayor parte de los emigrados perecieron de hambre y de miseria; eso fué lo que hizo decir á Richelieu que tal destierro constituye la medida más osada y bárbara de que hace mención la historia. Portugal formaba entonces parte de España, pues Felipe II la conquistó en 1581. El Nuevo Mundo seguía mandando á España su plata y su oro. El imperio colonial castellano comprendía en sus límites Méjico y el Perú, toda la América central y meridional. A pesar de tan inmensos recursos, las arcas del Estado se hallaban vacías, siendo necesario recurrir á impuestos muy duros para atender á las cosas de primero necesidad.

De Italia. — Italia estaba muy dividida. España poseía en ella Nápoles, Sicilia, Cerdeña y el Milanesado. En el reino de las Dos Sicilias, aprovechando las divisiones que existían entre los nobles, unos angevinos y otros aragoneses, lograron los gobiernos de Madrid debilitarlos y hacer absoluto su poder. Pero ese país estaba, como España, exhausto de fuerzas, y su ayuda en un conflicto europeo no podía ser muy eficaz.

El Milanesado era para los españoles una posición completamente excepcional, pues los ponía en comunicación con los suizos y alemanes y aseguraba su preponderancia en Italia. Francia les había disputado siempre por ese motivo dicha provincia, y en ella estaban los castellanos tan poco firmes que debían ocuparla militarmente, respetando sus inmunidades y privilegios.

En el centro de Italia sólo se hallaban organizados pequeños Estados, como los ducados de Parma y de Plasencia, de Mantua, de Ferrara, de Módena y de Reggio. Enrique IV jactó mucho la vanidad de esos principillos, logrando, á fuerza de favores, que se separaran de la casa de Austria. Enrique contrajo matrimonio con María de Médicis, captándose así la amistad del gran duque, que tenía en Florencia poder absoluto.

La república de Génova carecía ya de importancia, pero Venecia, por más que estaba debilitada, conservaba aún algo de su prestigio. Ésta había sido la primera en reconocer á Enrique IV, en la época de su advenimiento, y ese príncipe pidió que lo inscribiesen en el *Libro de oro* de los ciudadanos de la República. Además, habiendo ocurrido un conflicto entre Paulo V y los venecianos, intervino amistosamente y logró poner de acuerdo á las dos partes. El negociado de ese convenio fué el cardenal de Joyeuse.

En 1601, Enrique IV había arrancado á la casa de Saboya, por el tratado de Lyon, la Bresse, el Bugey, el valle de Romey y el país de Gex; pero le cedió el marquesado de Saluces. Mas, el duque, que esperaba lograr una porción del Milanesado y del Montferrat en el reparto de la casa de Austria, casó á su hijo mayor con Isabel, hija de Enrique IV, y concluyó con Francia una alianza ofensiva y defensiva contra los españoles.

Del Papado. — El papado brillaba entonces con vivos resplandores. Después de sufrir mucho, por efecto del saco de Roma que llevaron á cabo las bandas fanatizadas del luterano Fronderberg, tuvo por representante al célebre Paulo III, que introdujo en el Sacro Colegio á los Contarini, los Caraffa y los Sado-

let, es decir, los hombres más sabios y virtuosos de su siglo, y que ordenó la convocación del concilio de Trento, cuya apertura se hizo en 15 de marzo de 1545. Reformó además la Cámara apostólica, la Rota, la Cancillería y la Penitenciaria; á ese pontífice siguieron otros dotados de verdadero genio. Fueron esos Pío IV, que gobernó á la Iglesia ayudado por la ciencia y virtud de San Carlos Borromeo; San Pío V, el vencedor de Lepanto; Gregorio XIII, reformador del calendario; y Sixto V, cuyas grandes dotes no necesitan ser elogiadas. El siglo xvi terminó con el pontificado de Clemente VIII, quien tuvo á su lado al historiador de la Iglesia, el inmortal Baronio, y al teólogo Bellarmino, autor del libro *De potestate summi Pontificis*, en el cual se enseñaban á toda Europa las prerrogativas de la Santa Sede, apoyando todas sus proposiciones en la certeza de incontestable saber. Paulo V, de la familia Borghesi, promulgaba las mismas doctrinas en la bula *In cenâ Domini*, precisamente el año mismo del asesinato de Enrique IV. En esos documentos existía la verdadera luz, y la verdad se revelaba autorizada-mente á todas las naciones. Hubiera sido de desear que marchasen guiadas por esa antorcha resplandeciente, en vez de extraviarse por el dédalo tenebroso y las vueltas y revueltas de la astucia y de la política moderna.

De Alemania. — El protestantismo dividió la Alemania en dos campos: los católicos y los protestantes. Los príncipes que se habían separado de la Iglesia lo hicieron, según todos lo confesaban, mucho menos porque las tesis y declamaciones de Lutero los convenciesen, que por el deseo de apoderarse de las riquezas y beneficios eclesiásticos. La Iglesia poseía en Alemania, antes de la reforma, la tercera parte del suelo. Los arzobispados de Magdeburgo y de Bohemia, los obispados de Moravia, de Verden, de Lübeck, de Halberstadt y multitud de grandes abadías se secularizaron, y habiéndose casado sus titulares, se convirtieron en poseedores hereditarios de todos esos bienes. La paz de Augsburgo había estipulado que en lo futuro el que entrase en el partido protestante, lo haría renunciando á los beneficios eclesiásticos de que estaba investido. Á

eso fué á lo que se dió el nombre de *reservas eclesiásticas*. Pero dicha cláusula era violada constantemente á pesar de ser tan justa. Habiéndola hecho observar el sumo Pontífice, con ocasión de haberse separado del catolicismo el arzobispo de Colonia, pretendiendo no obstante continuar siendo elector y hacer de los dominios de su diócesis patrimonio de familia (1584), los protestantes reclamaron contra la tiranía católica y sostuvieron que su libertad religiosa se hallaba en peligro. Así fué que formaron entre sí ligas diversas en 1594, 1598 y 1600, y el landgrave de Hesse, Mauricio el Sabio, fué enviado á Francia para hacer presente á Enrique IV la situación de Alemania. El rey de Francia, que veía en esos reformados auxiliares contra la casa de Austria, á la cual deseaba abatir, envió á Bongars, hábil diplomático, para que se pusiese de acuerdo con ellos, agrupando todos los pequeños Estados descontentos, de modo que constituyesen un haz poderoso de fuerzas, que Enrique se proponía utilizar en la guerra que meditaba. Así se llegó á formar una liga temible, llamada *Unión evangélica*, cuyo jefe fué el Elector Palatino (1608). Habiendo muerto al año siguiente (1609) sin descendencia, el duque de Clèves, de Juliers, de Berg, conde de la Mark y de Raveinstein, se disputaron su herencia el conde palatino de Newbourg y el elector de Brandeburgo. El primero estaba sostenido por los católicos, y por los protestantes el segundo. Estos últimos se reunieron en Hall (Suavia) y renovaron su unión. Enrique IV se adhirió al convenio de Hall, y ya habían empezado las hostilidades cuando Ravaillac lo asesinó. Esa catástrofe obligó á la *Unión* á renunciar á sus designios. La guerra de Treinte años se aplazó por espacio de ocho (1618), pero eso sólo debía contribuir á hacerla más terrible.

De la casa de Austria. — Después de la abdicación de Carlos V, la casa de Austria se halló empequeñecida, dejando que España dirigiese la política interior de Europa. Los sucesores inmediatos de Carlos V, Fernando I y Maximiliano II habían afectado en Alemania clemencia religiosa de que no tardaron en abusar los protestantes. La tolerancia de Maximiliano llegó hasta el indiferentismo, y así pudieron exten-

derse las nuevas doctrina, sin que nadie les pusiera obstáculo, por el alta y la baja Austria, y cuando los duques de Baviera le cedieron el condado de Glatz, nobleza, funcionarios públicos y gran parte del pueblo abrazaron la confesión evangélica.

Rodolfo II, su heredero (1576), era muy afecto al catolicismo, pero poseía carácter muy original, y gustaba más de ocuparse en la astronomía, las matemáticas y la alquimia con los hombres de ciencia, que de gobernar sus Estados. Cuando este soberano subió al trono, el protestantismo dominaba en las provincias austriacas de lengua alemana, eslavona y húngara. En Carintia y Stiria lo adoptaron por unanimidad, y hubo que conceder el libre ejercicio de la confesión de Augsburgo á las ciudades de Grätz, Indenburgo, Clagenfurth y Laybach.

Su hermano Matías aprovechó la debilidad de Rodolfo para arrebatarle la Hungría, el Austria y la Moravia, y hacerse reconocer como su sucesor en Bohemia. Un príncipe que no podía conservar sus Estados, no se hallaba tampoco en situación de restaurar la fuerza del catolicismo en Alemania. Concedió á los bohemios las *cédulas de majestad*, en las cuales autorizaba á los protestantes para abrir escuelas, edificar iglesias, y elegir jefes que recibieron el nombre de *defensores de la fe*, formándose así un partido siempre dispuesto á entrar en lucha con la monarquía (11 julio 1609).

Los católicos formaron frente á la *Unión evangélica* la liga de Wurtzburgo, célebre en la historia con el nombre de liga católica. No siendo posible dar su jefatura al débil Rodolfo, se proclamó director de la misma al duque de Baviera, Maximiliano I, apellidado el Grande (11 de julio de 1609).

De los Estados escandinavos. — Dinamarca y Suecia debían declararse ardorosamente en favor de los protestantes en la guerra que iba á estallar. El reino de Dinamarca comprendía entonces la Noruega y la parte meridional de Suecia. Cristián III había impuesto por la fuerza sus ideas luteranas á los noruegos, absandor de su despotismo para separar á sus pueblos de la comunidad católica. Cristián IV, que debía tomar parte en la lucha, no poseía ejército bien

organizado. Además, le faltaba inteligencia, y esas circunstancias explican la escasa influencia que tuvieron los daneses en la guerra de Treinta años.

El período sueco fué mucho más brillante, gracias al genio de Gustavo Adolfo y al fanatismo de sus soldados. Gustavo Wasa había introducido el luteranismo en ese reino. Su hijo Juan III había querido restablecer en él la religión católica, propósito de que participó también su sucesor Segismundo III. Pero esas tentativas fracasaron, y de ahí resultó terrible reacción que hizo de los suecos partidarios fanáticos, intolerantes y crueles.

De la Polonia. — Al extinguirse los Jaguellones, Polonia se había convertido en reino electivo (1572). El trono fué ofrecido á Enrique de Valois, que lo dejó para pasar á Francia, donde reinó con el nombre de Enrique III. Esteban Bathori (1575-1586) se distinguió por los triunfos que obtuvo sobre los rusos, pero permitió que se arrebatase al poder real su independencia, consintiendo que todos sus actos fueran sometidos á la aprobación de diez y seis señores. Segismundo III reinaba en Polonia al ocurrir la muerte de Enrique IV. Al mismo tiempo había sido rey de Suecia, pero los suecos lo destronaron, para dar el poder á su tío Carlos de Sudermania, que reinó con el nombre de Carlos IX. En 1610 le fué ofrecida para su hijo Wladislao la corona de Rusia.

De Rusia. — El rey de Polonia no sacó partido alguno de ese acontecimiento. Por lo demás, en esa época Rusia carecía de importancia. Habiéndose extinguido en 1578 la dinastía de Rurik, un período de turbulencias y anarquía que duró casi cuarenta años (1578-1613) causó la desolación de ese país. Rusia no salió de él más que al operarse el advenimiento de la casa de Romanof, que produjo á Pedro el Grande, cuyas reformas fueron tan útiles para ese vasto imperio.

De los turcos otomanos. — El imperio otomano había empezado á decaer desde la muerte de Solimán el Magnífico. Bajo su sucesor Selim II realizaron, es cierto, los infieles la conquista de Chipre (1570), pero al año siguiente fué destruída su flota en Lepanto por Don

Juan de Austria (7 de octubre de 1571). Entonces los janisarios llegaron á ser omnipotentes y dispusieron á su gusto de la corona. Mahomet III, á quien aquéllos elevaron al trono, pasó su reinado en la ociosidad (1593-1603). Achmet I, contemporáneo de Enrique IV, es joven y posee bastante energía; pero fracasa al querer sostener á Hungría y Transilvania contra Austria, dejándose arrebatarse además por el shah de Persia, Abbas (1611), en la parte oriental de sus Estados, Tauris y otras varias provincias.

Resumen de este capítulo. — Si se echa una ojeada sobre el estado de Europa á principios del siglo XVII, se la encuentra dividida en dos bandos: católicas son Francia, España, Italia, Austria y Polonia. Los Estados protestantes son Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Suecia y la mayor parte de las provincias de Alemania septentrional. Francia ocupaba el primer puesto entre las primeras, pues Enrique IV logró cerrar la era de las discordias intestinas, rehaciendo la prosperidad interior por lo prudente de su administración. Bastábale en ese supuesto seguir la misión que tan dignamente desempeñara dicho país en tiempos de Carlomagno y de San Luis para ponerlo, glorioso y floreciente, en primera línea entre las naciones de Europa. Pero en vez de inspirarse en esas grandes tradiciones, se prestó solamente oídos á estrecho interés de familia, y se quiso que la casa de Francia hiciese la guerra á la de Austria. Con tal fin los reyes se aliaron con los protestantes, y la monarquía francesa echó por vías enteramente nuevas para ella y opuestas á sus tradiciones. Es cierto que así llegó á ser preponderante, pero al mismo tiempo aumentó la fuerza del protestantismo, siendo favorecidas todas las malas doctrinas, secuela de la herejía. Además, al lado de la nación francesa se alzó vigorosa la Alemania del libre examen que hoy reprocha á Francia su catolicismo, amenazando perpetuamente la independencia y seguridad del mencionado país.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA É IMPERIO DE ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1270. San Luis parte para la última cruzada. — Su muerte. — Advenimiento de Felipe el Atrévado.		
1272. Eduardo I.		
1273. Felipe el Atrévado.	Rodolfo de Habsburgo es elegido emperador.	
1282.	Visperas sicilianas. — Reunión de Sicilia a Aragón.	
1285. Felipe IV el Hermoso.		
1293. Guerra contra Inglaterra.		
1295. Cámara de los comunes en Inglaterra.		
1297. Guerra contra Flandes.		Grandes duques de Moscú. 1295
1298. Disputas de Felipe el Hermoso contra Bonifacio VIII.		
1302. Primeros estados generales. — Batalla de Courtrai.		
1304. Batalla de Mons-en-Puelle.		
1307. Eduardo II.		
1308.	Establecimiento de la confederación helvética.	
1309.	Traslación de la Santa Sede a Aviñón.	
1312. Concilio general de Viena. — Abolición de los Templarios.		
1314. Luis X el Testarudo. Hazañas de Roberto Bruce en Escocia.		
1316. Juan I. Felipe V el Largo. Aplicación de la ley salica.		
1321. Carlos IV el Hermoso.		
1328. Advenimiento de los Valois.	El emperador Luis V sostiene a los gibelinos en Italia.	

IMPERIO DE ORIENTE Y CRUZADAS.	ASIA.	ESPAÑA.
1270. Octava cruzada. — Muerte de San Luis en Túnez.		
		Portugal alcanza bajo Alfonso III su extensión actual. 1279 Reunión de Sicilia a Aragón. 1282
1291. Los cristianos son enteramente expulsados de Siria.		Navarra queda unida a Francia por el matrimonio de Juana de Navarra con Felipe el Hermoso. 1284 Guerra de Francia contra Aragón. 1285
1294.	Fin del imperio de los Seldjucidas.	
1299.	Osmán funda el imperio de los turcos otomanos.	
		Navarra pasa á la casa de Evreux. 1328

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA É IMPERIO DE ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1328. Advenimiento de Felipe VI de Valois.	El emperador Luis V sostiene a los gibelinos en Italia. El papa excomulga al emperador, y el emperador depone al papa.	
1329. El rey de Inglaterra Eduardo III presta homenaje al rey de Francia. Invención de la pólvora.		
1337. El rey de Inglaterra toma el título de rey de Francia. Principio de la guerra de Cien años. 1338.	Pragmatica de Frankfurt.	Casimiro III, apellidado el Grande, reina gloriosamente en Polonia. 1333
1344. Principio de la guerra de los dos Juanas, en Bretaña.		
1346. Batalla de Crécy.	Rivalidad de Génova y Pisa.	
1347. Toma de Calais por Eduardo III.		
1349. Reunión a Francia del Delfinado y del condado de Montpellier.		
1350. Advenimiento de Juan II el Bueno.		
1356. Batalla de Poitiers, en que es hecho prisionero el rey Juan.	La bula de oro en Alemania determina el modo de elección de los emperadores.	
1360. La Jaqueria. Tratado de Brétigny. Liberación del rey Juan.		
1363. Creación del ducado de Borgoña en favor de Felipe el Atrevido, hijo de Juan el Bueno.		
1364. Carlos V. Batalla de Cocherel ganada por Duguesclin.		
1365. Batalla de Auray. Duguesclin prisionero.		

ESPAÑA Y PORTUGAL	IMPERIO DE ORIENTE Y TURCO OTOMANOS	ASIA, AFRICA Y AMÉRICA.
1333.	Toma de Nicea.	
1342. Los árabes Merinidas son expulsados de España.		
1356	Toma de Galipoli por los turcos otomanos; ese triunfo les abre el Helesponto.	
1360.	Amurath II. — Creación de los janisarios.	Tamerlan, jefe de los mongoles. 1360

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1367. Tratado de Guérande, que pone término a la guerra de Bretaña.		
1376. 1378. Carlos el Malo entrega Cherburgo a los ingleses.	Fin de la residencia de los papas en Aviñón. Gran cisma de Occidente. Urbano VI en Roma. Clemente VII en Aviñón.	
1380. Muerte de Duquesclín. Menor edad de Carlos VI. 1381.	Guerra de Chiozza entre Génova y Venecia. Paz entre Génova y Venecia. El duque de Anjou se propone subir al trono de Nápoles.	
1382. Batalla de Rosbeck. Los <i>Mailloins</i> . 1383. Flandes es reunida al ducado de Borgoña.		Vladislao Jagellón, convertido al cristianismo, reina en Polonia y la Lituania. 1386
1388. Casamiento de Carlos VI con Isabeau de Baviera. Nueve a empezar la guerra entre Francia é Inglaterra.		Reunión de Dinamarca, Suecia y Noruega bajo Margarita de Valdemar. 1389
1392. Demencia de Carlos VI. Regencia de sus hijos.		
1395. Tregua con los ingleses.	Juan Galeazo Visconti, primer duque de Milan.	Unión de Calmar. 1397

ESPAÑA Y PORTUGAL.	IMPERIO DE ORIENTE Y TURCOS OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA.
1368. Lucha entre Enrique de Trastámara y Pedro el Cruel, rey de Castilla. Este es muerto y destronado por su hermano (1369).		Tamerlán subyuga a los getas. 1371
		Conquista del Kharismo. 1379
1383. Advenimiento de la dinastía de Avis en Portugal.		Conquista del Khorasan. 1383 Conquista de la Georgia. 1386 Conquista del Turquestán. 1387
1389.	Bayaceto I sucede a Amurath.	Invasión en Mesopotamia. 1393
1396.	Batalla de Nicópolis, ganada por Bayaceto I.	Conquista del Indostán. 1398

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1404. Juan sin Miedo, duque de Borgoña.		
1405. Querrela de los duques de Orleans y de Borgoña.		
1406.	Florenia domina sobre toda la Toscana.	
1407. Asesinato del duque de Orleans.		
1409.	Concilio de Pisa. Elección de Alejandro V.	
1410. Los burguñones y los Armañacs.		
1414.	Concilio de Constanza. Condenación de Juan Huss y de Wicklief.	Muerte de Margarita, la Semiramis del Norte. 1412
1415. Batalla de Azincourt.		
1416.	El condado de Saboya es erigido en ducado.	
1418. Perrinet Leclerc entrega Paris al duque de Borgoña.		
1419. Asesinato del duque de Borgoña en Montreuil.		
1420. Tratado de Troyes; Francia es puesta a merced de los ingleses.		
1422. Carlos VII y Enrique VI proclamados reyes de Francia.		
1423. Batalla de Cravant.		
1424. Batalla de Verneuil.		
1428. Sitio de Orleans por los ingleses.		
1429. Juana de Arco los obliga a levantar el sitio de Orleans, prosigue sus triunfos, y Carlos VII es coronado en Reims.	Influencia de Cosme de Médicis en Florenia.	
1430. Sitio de Compiègne. Juana de Arco cae en manos de los ingleses.		

ESPAÑA Y PORTUGAL.	IMPERIO DE ORIENTE Y TURCOS OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA.
1402.	Derrota de Bayaceto I en Ancira.	Invasión de los mongoles en el imperio otomano. 1400 Tamerlán gana la batalla de Ancira. 1402 Desmembramiento del imperio de Tamerlán después de su muerte. 1405
1412.	Los turcos vencen al emperador Segismundo en Semendria.	
1415. Guerra de los portugueses en África.		
1418. Los portugueses descubren Porto-Santo.		
1419. Descubrimiento de la Madera.		
1422.	Amurath sitia a Constantinopla.	
1429.	Toma de Tesalónica por Amurath.	

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1431. Suplicio de Juana de Arco en Ruan. Enrique VI coronado rey de Francia en París.		
1435. Tratado de Arras. Reconciliación de Carlos VII y del duque de Borgoña.		
1436. Entrada de Carlos VII en París.	Invención de la imprenta por Juan Gutenberg, de Maguncia.	
1439.	Concilio de Florencia. Reunión de la Iglesia griega y de la latina.	
1440.	Federico III emperador.	
1444. Tregua entre Francia é Inglaterra.		Vladislao VI, rey de Polonia y de Hungría, es vencido por Amurath II. 1444
1449. Conquista de Normandía y de Guiena.		Ruptura de la unión de Calmar. La Suecia se separa de Dinamarca v. de Noruega. 1448
1450.	Francisco Sforza, duque de Milan.	
1433. Combate de Castillón, que termina la guerra de Cien años. Los ingleses sólo conservan en Francia la plaza de Calais.		
1454. Ordenanza para la redacción del derecho consultudinario.	Congreso de Lodi.	Los prusianos se entregan a la Polonia. 1454
1455. Principio de la guerra de las Dos Rosas. Batalla de Saint-Alban.		
1437.	Separación de la Bohemia y de la Hungría.	
1458.	Pío II predica una nueva cruzada. — Jorge Podiebrad, rey de Bohemia; Matias Corvino, rey de Hungría.	
1460. Ricardo, duque York, trata de hacerse proclamar rey de Inglaterra.		

ESPAÑA Y PORTUGAL.	IMPERIO DE ORIENTE Y TURCOS OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA.
1435.	Guerra de los turcos contra los húngaros.	
1440.	Hazañas de Hunyade Corvino, waivode de Transilvania.	
1451.	Mahomet II sucede a Amurath.	
1453.	Toma de Constantinopla por Mahomet II. Fin del imperio de Oriente.	
	Mahomet II sitia á Belgrado.	
1458.	Los turcos se apoderan de Servia y de Moravia.	
	Dstrucción del imperio de Trebizonda por los turcos.	Descubrimiento de las islas de Cabo Verde y del Senegal. 1460

FRANCIA E INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1461. Luis XI, rey de Francia. Eduardo IV, rey de Inglaterra. Batalla de Towton.		Iván III, gran duque de Moscow. 1461
1464. Liga del bien público contra Luis XI.	Hazañas de Scanderberg contra los turcos.	
1465. Batalla de Montlhéry. Tratados de Conflans y de Saint-Maur.		Tratado de Thorn. Desmembramiento de los Estados de los caballeros teutónicos 466
1467. Carlos el Temerario, duque de Borgoña.		
1468. Luis XI en Péronne.		
1469.	Los Médicis Julian y Lorenzo, jefes de la república florentina.	Iván III, vencedor de los tartaros de Kasan. 1469
1470. Luis XI convoca los estados generales. Carlos el Temerario organiza una coalición. Eduardo IV se ve obligado a huir; restablecimiento de Enrique VI.		
1471. Restablecimiento de Eduardo IV en Inglaterra. Muerte de Enrique VI y de su hijo.	Sixto IV, papa; Wladislao, rey de Bohemia.	1471
1472. Heroísmo de Juana Hachette en Beauvais.		
1474. Liga del duque de Borgoña y del rey de Inglaterra contra Luis XI.	Guerra de Matías Corvino contra los polacos, los bohemios y los turcos.	1474
1475. Tregua entre Luis XI y Carlos el Temerario.		
1476. Derrotas de Carlos el Temerario en Granson y Morat.		
1477. Carlos el Temerario es muerto delante de Nancy.	Convenio de Olmütz entre los reyes de Bohemia y de Hungría. Matías Corvino invade el Austria. Maximiliano se casa con María de Borgoña.	
1478. Establecimiento de los correos en Francia.	Decadencia de la república de Venecia.	
1479. Guerra entre Luis XI y Maximiliano. Batalla de Guinegate.		

ESPAÑA Y PORTUGAL.	TURCOS OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA.
1461.		
		Descubrimiento de las islas Azores. El papa arma al rey de Persia Gauhassan contra los turcos. 1471
		Uzún Hassan es derrotado por los turcos. 1475
1474. Isabel, mujer de Fernando de Aragón, reina de Castilla.		
1475.	Conquista de Crimea por los turcos.	
1476. El rey de Portugal, Alfonso V, es derrotado en Toro por Fernando el Católico.		
1477.	Invasión de los turcos en Italia.	
1479. Fernando el Católico, rey de Aragón.		

FRANCIA Y INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
		Ivan III destruye la gran- de horda y toma el título de autócrata de las Rusias. 1480
1481. El Anjou, el Maine y la Provenza son reunidos a Francia.		
1483. Carlos VIII, rey de Francia. Los hijos de Eduardo IV en Inglaterra son asesinados por su tío Ricardo III.		
1484. Ana de Beaujeu, regente, convoca los esta- dos generales en Tours.		
1485. Rebelión del du- que de Orleans contra Carlos VIII. Batalla de Bosworth. Enrique VII, rey de Ingla- terra.		
1488. Batalla de Saint- Aubin. El duque de Or- leans es hecho prisionero. Jacobo III, rey de Escocia, es asesinado.		
1490.	Ladislao II sucede a Ma- tias Corvino en Hungría.	
1491. Reunión de la Bretaña a la Francia.		
1492.	Alejandro VI papa. Pe- dro de Médicis en Floren- cia.	Juan Alberto, rey de Po- lonia. 1492
1493.	Maximiliano sucede a Federico III, emperador de Alemania.	
1494. Expedición de Carlos VIII a Italia.	Luis el Moro, duque de Milan. Alfonso II, rey de Nápoles.	
1495. Batalla de For- núa; vuelta de Carlos VIII a Francia.	Fernando II, rey de Nápoles.	
1498.	Los Franceses son arro- jados de Nápoles. Fede- rico III, rey de Nápoles. Suplicio de Savonarola.	
1498. Luis XII, rey de Francia.		
1499. Luis XII se apo- dera del Milanesado.		Progresos de Ivan III en Rusia. 1499

ESPAÑA Y PORTUGAL.	TURCOS OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA.
1480. Establecimiento de la Inquisición en España.		
1481. Juan II, rey de Portugal.	Bayaceto II sucede a Mahomet II.	
1482. Dieta de Évora en Portugal.		Los portugueses se es- tablecen en Guinea. 1482 Colonia española en las Canarias. 1483
		Descubrimiento del Congo. 1484
1486.	Los turcos se apoderan de Moldavia.	Descubrimiento del cabo de Buena Esperanza. 1486
1488.	Guerra de los turcos con- tra los ersas.	
		Descubrimiento de Amé- rica por Cristóbal Colón. 1492
1492. Los moros son ex- pulsados de España. Toma de Granada por Fernando e Isabel.		Descubrimiento de Ja- maica por Cristóbal Colón. 1494
1495. Manuel el Afor- tunado, rey de Portugal.		
1496. Felipe el Hermoso se casa con Juana la Loca, heredera de España.		Viajes de Vasco de Ga- ma a las Indias Orientales. 1498
1499.	Guerras de los turcos, que devastan el Friul.	

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1500. Los franceses pierden el Milanesado y lo recuperan. Alianza con España.	División del imperio en seis círculos.	
1501. Los franceses se apoderan del reino de Nápoles.	Organización del Consejo antico.	Guerra entre Suecia y Dinamarca. 1502
1503. Los franceses son rechazados del reino de Nápoles.	Julio II..	Stenón-Sture, administrador de Suecia. 1504
1504. Tratados de Blois.		Wasili IV sucede a Ivan III. 1505
1506.	El papa coloca la primera piedra de la iglesia de San Pedro	Segismundo I. rey de Polonia. 1506
1508. Liga de Cambrai contra Venecia.		
1509. Enrique VIII, rey de Inglaterra.	Batalla de Agnadel.	
1511. Liga santa.		
1512. Hazañas de Gastón de Foix. Batalla de Ravenna.	Quinto concilio de Letran.	Stenón-Sture II, administrador de Suecia. 1512
1513. Francia es invadida. Jacobo IV, rey de Escocia, muere en la batalla de Flodden.	León X.	Cristián II, rey de Dinamarca. 1513
1515. Francisco I, rey de Francia. Batalla de Marignan; conquista del Milanesado.	Luis II, sucesor de Ladislao en Hungría.	
1516. Tratado de Noón	Primeras predicaciones de Zuinglio.	
1517.	Lutero ataca las indulgencias.	
1519. Rivalidad de Francisco I y de Carlos V.	Carlos V emperador.	
1520. El campamento del Paño de Oro.	Lutero quema la bula en que el papa lo condena.	Crueldades de Cristián II de Suecia. 1520
1521. Guerra entre Francisco I y Carlos V.	Condernación de Lutero en la dieta de Worms.	Invasión de los tártaros en Moscovia. 1521
1522. Derrota de los franceses en la Bicoca.	Adriano VI.	
1523. Los franceses son arrojados de Italia por Carlos V.	Herejía de los anabaptistas.	Federico I, rey de Dinamarca. — Gustavo Wasa, rey de Suecia. 1523

ESPAÑA Y PORTUGAL.	TURCOS OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA.
1500. Alianza de Fernando el Católico con Luis XII.		Descubrimiento del Brasil. 1501
1504. Muerte de Isabel Juana y Felipe, reyes de Castilla.		Almeida, primer virrey de las Indias. 1505
1507. El cardenal Ximénez, ministro en España.		
1512.	Selim I sucede a Bayaceto.	
1516. Carlos V, rey de España.	Conquista del Diarbekir por los turcos.	Muerte de Albuquerque; decadencia del poderio portugués en las Indias. 1515
1517.	Toma del Cairo por los turcos.	Hernán Cortés, en Méjico. 1519
1520.	Advenimiento de Soliman II, el Grande.	Sitio de Méjico. 1521
1521. Rebelión en España.	Toma de Belgrado por Soliman.	Descubrimiento de las Filipinas por Magallanes.
1522.	Toma de Rodas.	Conquista de Méjico. 1522

FRANCIA Y INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1524. Sitio de Marsella.	Herejía de los sacramentarios. Liga católica de Ratisbona.	
1525. Derrota de los franceses en Pavía. Cautiverio de Francisco I.	Liga católica de Dessau. Guerra de los anabaptistas.	Secularización de la Prusia y de la Livonia. Progresos de la Reforma en el Norte. 1525
1526.	Dieta de Spira. Liga luterana de Torgau. Juan Zapolya, rey de Hungría, y Fernando I, rey de Bohemia.	
1527.	Saco de Roma. Liga católica de Breslau.	
1529.	Protesta de los luteranos contra la dieta de Spira.	
1530.	Dieta y confesión de Augsburgo. Liga de Smalkalda.	
1532. Enrique VIII se casa con Ana Boleyn ó Bolena. Primeras predicaciones de Calvino.		Iván IV, gran duque de Moscovia. 1533 Cristian III, rey de Dinamarca. 1534
1534. Cisma de Inglaterra. Francia se alía con los turcos.		
1535.	Expedición de Carlos V contra Túnez.	
1536. Suplicio de Ana Boleyn. Explotación de los monasterios en Inglaterra. El ejército de Carlos V es arrojado de Picardía.		
1538. Tregua de Niza entre Francisco I y Carlos V.		Noruega es reunida a Dinamarca. 1537
1539. Ley de los seis artículos promulgada por Enrique VIII.		
1540. Carlos V obtiene permiso para atravesar la Francia con su ejército.	Aprobación de la Sociedad de Jesús fundada en 1534.	Juan Segismundo. 1540
1541.	Expedición de Carlos V contra Argel.	
1542. María Estuardo, reina de Escocia.		
1543. Nueva guerra entre Carlos V y Francisco I.		
1544. Batalla de Cerisoles. Paz de Crespy.		

ESPAÑA Y PORTUGAL.	TURCOS OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA.
		Pizarro en el Perú. 1525
1526. Tratado de Madrid, que devuelve la libertad a Francisco I.		
1529.	Solimán sitia á Viena.	
		Conquista del Perú. 1532
1534.	Alianza de Solimán con Francisco I.	Los franceses en el Canadá. 1534 Fundación de Lima y de Buenos Aires. 1534 Descubrimiento de California. 1536
1538.	Conquista del Yemen por los turcos.	
1540.	Paz entre Turquía y Venecia.	
		Misión de San Francisco Javier á las Indias. 1541 Los portugueses en el Japón. 1542
1544.	Solimán invade la alta Hungría.	

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1545. Matanza de los Valdenses. Enrique VIII despoja las universidades, los hospitales y las iglesias.	abrese el concilio de Trento.	
1546. Tratado de paz entre Francia e Inglaterra. Progresos de la reforma en Escocia.		
1547. Enrique II, rey de Francia. Eduardo IV, rey de Inglaterra; éste establece el protestantismo.	Batalla de Muhlberg.	
1548. Maria Estuardo en Francia.	Publicación del <i>interim</i> .	Segismundo II, rey de Polonia. 1548
1550. Tratado de Francia con Inglaterra.	Julio III.	Código de Ivan IV. 1550
1551. Edicto de Chateaubriant.	Reapertura del concilio de Trento.	
1552. Conquista de los tres Obisposados bajo Enrique II.	Transacción de Passau.	
1553. Sitio de Metz. Maria Tudor, reina de Inglaterra.		
1554. Casase con Felipe de España y restablece el catolicismo.	Batalla de Renty.	
1555.	Dietas de Augsburgo; paz de religión. Carlos V abdica la soberanía de los Países Bajos.	
1556. Tregua de Vaucelles.	Abdicación completa de Carlos V.	
1557. Derrota de San Quintín.		
1558. Toma de Calais. Batalla de Gravelines. Isabel, reina de Inglaterra. Casamiento de Maria Estuardo con el delfín Francisco II.	Fernando I, emperador. Muerte de Carlos V.	
1559. Restablecimiento de la religión anglicana. Paz de Cateau-Cambresis; Francisco II, rey de Francia.	Pío IV.	
1560. Conjunción de Amboise, dicha de Romorantin. Carlos IX. Estados generales de Orleans. Triunfo del protestantismo en Escocia.		Guerra entre Rusia y Polonia. Eric XIV, rey de Suecia. 1560

ESPAÑA Y PORTUGAL.	TURCOS OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA.
1546.	Muerte de Barbarroja.	
1548.	Los persas son vencidos por Soliman.	
1556. Felipe II, rey de España.		
1557. Sebastian, rey de Portugal.		

FRANCIA INGLATERRA	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE
1561. Edicto de San German. Coloquio de Poissy. María Estuardo reina de Escocia.	Segunda reapertura del concilio de Trento.	Cesión de la Livonia a Polonia. 1561
1562. Edicto de Enero, que concedía a los protestantes el libre ejercicio de su culto. Pretendientes matanza de Vassy. Batalla de Dreux.	Maximiliano, rey de Hungría.	Nueva guerra entre Rusia y Polonia. 1564
1563. Pacificación de Amboise. Asesinato del duque de Guisa.	Ciérrase el concilio de Trento.	
1564.	Pío V.	Juan III, rey de Suecia. 1567
1566. Asamblea de los notables en Moulins.		Unión definitiva de la Lituania y la Polonia. 1569
1567. Batalla de Saint-Denis.		
1568. Paz de Langinmeau. María Estuardo prisionera de Isabel.	Batalla de Lepanto.	
1569. Batallas de Jarnac y de Montcontour.	Rodolfo, rey de Hungría.	
1570. Paz de San German.		Enrique de Valois, rey de Polonia. 1573
1571.		Esteban Bathori, rey de Polonia. 1575
1572. Matanzas de la noche de San Bartolomé.	Rodolfo, rey de Bohemia.	
1573. Edicto de Julio.		Descubrimiento de la Siberia. 1577
1574. Enrique III, rey de Francia.	Edicto perpetuo.	
1575.		
1576. El duque de Alencón, jefe de los hugonotes. Estados de Blois.		
1577. Formación de la liga.		
1578. Institución de la orden del Espíritu sant por Enrique III.		
1579. Paz de Nérac. Ordenanza de Blois.		

ESPAÑA Y PORTUGAL.	TURCOS OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA
1560. Turbulencias en los Países Bajos.		
1563. Destitución de Granvela.		
1564. Compromiso de Breda.		
1565.	Los turcos se ven obligados a levantar el sitio de Malta. Selim II, sultán.	
1569. El duque de Alba en los Países Bajos.		Conquista de la isla de Chipre.
1571.		Derrota de los turcos en Lepanto.
1572. Rebelión de la Holanda.		
1574. Guerra de los Países Bajos. Derrota de los españoles.	Muerta de Selim II. Advenimiento de Murat III.	
1575. Secta de los iluminados en España. Conferencias de Breda.		
1576. Pacificación de Gante. Don Juan.		
1578. El archiduque Matias en los Países Bajos. El cardenal Enrique I rey de Portugal.		Los ingleses procuran establecerse en la América del Norte. 1578
1579. Constitución de la república de las siete Provincias Unidas. Guillermo el Taciturno, stathouder.		

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1580. Nueva guerra de religión.		La Siberia es unida a la Moscovia. 1581
1582. Leyes contra los católicos ingleses.	Calendario gregoriano.	
1585. Enrique III jefe de la liga.	Sixto V.	
1586. Guerra de los tres Enriqueques.		Fundación de Tobolsk en Siberia. 1586
1587. Batalla de Coutras. Suplicio de María Estuardo.		Segismundo III, rey de Suecia. 1587
1588. Facción de los diez y seis. Poder del duque de Guisa. Estados generales de Blois. Asesinato del duque de Guisa. Muerte de Catalina de Médicis.		Cristián IV, rey de Dinamarca. 1588
1589. Enrique III es asesinado. Enrique IV. Batalla de Arques. El cardenal de Borbón es proclamado rey y el duque de Mayenne lugarteniente general del reino.	Restauración de la biblioteca del Vaticano.	
1590. Batalla de Ivry, ganada por Enrique IV.		Guerra entre Suecia y Rusia. 1590
1591. Jornada de las hainas. Toma de Chartres.		Segismundo III, rey de Suecia 1592
1593. Conferencia entre los católicos y Enrique IV. Abjuración de Enrique IV. Turbulencias en Escocia suscitadas por Isabel.		Rebelión de la Finlandia. 1595
1594. Entrada de Enrique IV en París. Turbulencias en Irlanda.	Clemente VIII absuelve a Enrique IV.	
1595. Enrique IV derrota a los españoles en Fontaine-Française.	La independencia de la Transilvania es reconocida.	
1596. Sumisión de los ligueros. Asamblea de los notables.		Guerra civil en Suecia. 1596
1598. Sumisión de la Bretaña. Edicto de Nantes. Paz de Vervins.		

ESPAÑA Y PORTUGAL.	TURCOS OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA.
1580. Felipe II se apodera de Portugal.		
1581. Las Provincias Unidas se separan definitivamente de España.		Colonia inglesa en Virginia. 1584
1584. Triunfos de Farnesio en los Países Bajos.		Descubrimiento del estrecho de Davis. 1585
1585. Las Provincias Unidas se ofrecen a Inglaterra y a Francia.		
1586. Hazañas de Farnesio en los Países Bajos.		Viaje de Cavendish a Chile y el Perú. 1587
1588. Destrucción de la Armada invencible.		
1589.	Paz entre Turquía y Persia.	
1591. Hazañas de Mauricio en los Países Bajos.		Viajes de Raleigh. 1592
1592.	Rebelión de los janisarios.	
1594.	Toma de Raab.	
1595.	Mahomet III.	Los holandeses en las Indias Orientales 1595
1596.	Expedición a Hungría. Toma de Agria.	
1597. Victoria de Mauricio de Nassau.		
1598. Felipe III, rey de España.		

ANCIA É INGLATERRA	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1600. Administración de Sully. Guerra con la Saboya. 1602. Nuevas reformas operadas por Sully. 1603. Jacobo I, rey de Inglaterra. 1604. 1605. Conspiración de la pólvora. 1607. Enrique IV reconcilia al papa y a Venecia. 1608. 1609. 1610. Asesinato de Enrique IV. Luis XIII.	 Matias es elegido rey de Hungria. Dieta de Ratisbona. Rebelión de Bohemia.	 Carlos IX, rey de Suecia. Código danés. 1604 Falsos Dmitri en Rusia. 1605 Turbulencias en Rusia. 1610

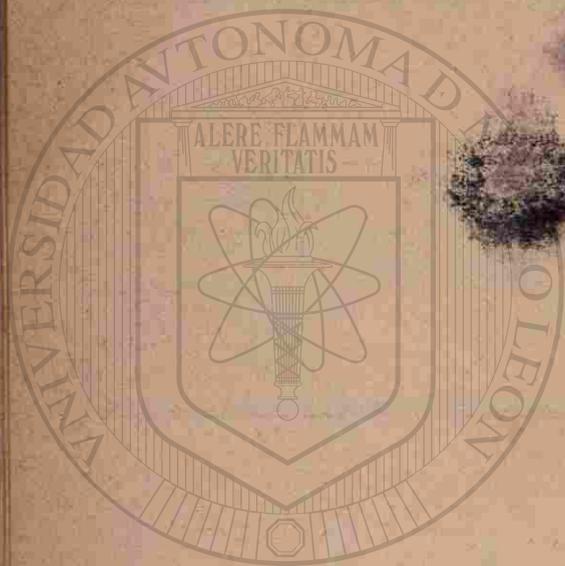
ESPAÑA Y PORTUGAL.	TURCOS OTOMANOS.	ASIA, AFRICA Y AMÉRICA.
 1603. 1605. Hazañas de Espinola. 1609. Tregua de doce años entre las Provincias Unidas y la España.	 Achmet I.	 Compañía holandesa de las Indias Orientales. 1602 Los holandeses en las Molucas. 1604 Los daneses en Groenlandia. 1605 Los holandeses en el Japón. Los jesuitas en el Paraguay. Descubrimiento de las Bermudas. 1609

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

I. — Geografía política de Europa en 1270.....	1
II. — Felipe el Atrevido y Felipe el Hermoso. — Guerras con Aragón, Flandes é Inglaterra...	18
III. — Lucha contra Bonifacio III. — Primeros estados generales. — Condención de los Templarios.	26
IV. — Nuevo carácter del gobierno bajo Felipe el Hermoso. — Los legistas. — Levantamiento de la nobleza en 1314. — Los tres hijos de Felipe el Hermoso.....	34
V. — Advenimiento de los Valois. — Felipe VI. — Primera parte de la guerra de Cien años....	46
VI. — Juan el Bueno. — Los Estados generales y Esteban Marcel. — La Jaqueria. — Tratado de Brétigny.....	61
VII. — Carlos V y Duguesclin. — Guerra y gobierno. Paris en el siglo xiv.....	71
VIII. — Alemania. — Advenimiento de los Habsburgos. — Suiza se hace independiente. — La bula de Oro. — La hansa.....	87
IX. — Postrimerías de la edad media. — Principios del Renacimiento en Italia; Dante, Giotto, Petrarca. — La pólvora; la brújula; el papel.	98
X. — Los papas en Aviñón. — El gran cisma de Occidente. Wicklef en Inglaterra. — Agitación en Europa.....	113
XI. — Segunda parte de la guerra de Cien años. — Carlos VI; papel que desempeña la casa de Borgoña.....	125
XII. — Carlos VII y Juana de Arco. — Tratado de Arras.	140
XIII. — Fin de la guerra de Cien años. — Instituciones de Carlos VII; ejército permanente. — Pragmática de Bourges. — Costumbres. — La nueva nobleza. — La corte de Borgoña.....	157
XIV. — Guerra de los hussitas. — Fin del gran cisma de Occidente.....	170
XV. — Desmembramiento del imperio de Oriente. — Eslavos y húngaros. — Los turcos en Europa. La Moscovia. — Iván III.....	181
XVI. — Nuevos progresos del poder monárquico. — Francia. — Luis XI y Carlos el Temerario. — Gobierno é instituciones. Carlos VIII y Ana de Beaujeu. — Estados generales de 1484.....	205
XVII. — De Inglaterra. — Ricardo II. — Advenimiento de los Lancaster.....	230
XVIII. — De Inglaterra y de Escocia hasta el advenimiento de Enrique VIII. — Guerra de las Dos Rosas. — La constitución inglesa á fines del siglo xv.	247



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

XIX. — Formación del reino de España. — Fernando e Isabel. — Toma de Granada.....	263
XX. — Descubrimientos marítimos; Cristóbal Colón y los portugueses en las Indias; los descubrimientos en América.....	276
XXI. — Estado de Italia. — Los Médicis en Florencia. — Guerras de Italia. — Luis XII. — Los papas Julio II y León X.....	293
XXII. — Rivalidad de Francia y de la casa de Austria. — Francisco I y Carlos V. — Tratados de Madrid y de Cambrai.....	316
XXIII. — Solimán. — Enrique VIII. — Tratados de Bréscy y de Ardras.....	330
XXIV. — Enrique II. — Adquisición de los Tres Capetidos. — Abdicación de Carlos V. — Carlos II. — Batalla de San Quintín. — Tratado de paz de Cateau-Cambresis.....	343
XXV. — Gobierno e instituciones de Francia, de Carlos VIII a Francisco II; administración, ejército, justicia, hacienda; el concordato.....	349
XXVI. — El Renacimiento. — Invención de la imprenta. — Las artes y las letras en Italia; Brunelleschi; Maquiavelo, Ariosto, el Taso; las escuelas italianas; Leonardo de Vinci, Rafael, Miguel Angel. — Flandes y Alemania: los Van Eyck, Erasmo, Durero; Copérnico. — Francia; el cardenal de Amboise; el Colegio de Francia; Rabelais, Ronsard, Montaigne; la escuela de Fontainebleau; Juan Goujón, Filiberto Delorme.....	364
XXVII. — La Reforma en Suiza; en Alemania y los Estados escandinavos. — Zuinglio y Lutero. — Paz de Augsburgo. — Calvino en Ginebra.....	397
XXVIII. — La Reforma en Inglaterra y en Escocia. — Enrique VIII; Eduardo VI; Isabel y María Estuardo.....	421
XXIX. — El concilio de Trento y la Compañía de Jesús.....	444
XXX. — Guerras religiosas. — Felipe II; papel que desempeña en Europa. — Independencia de las Provincias Unidas. — Guillermo el Taciturno.....	455
XXXI. — Principios de la Reforma y de las guerras de religión en Francia. — Carlos IX. — El conde de l'Hôpital. — Los Guisas.....	466
XXXII. — Enrique III y la Liga.....	482
XXXIII. — Enrique IV y Sully. — Edicto de Nantes. — Administración y política.....	493
XXXIV. — Estado de Europa en 1610.....	506
CUADRO SINCRÓNICO de la historia de Europa, de 1270 a 1610.....	516

D116

FHRC

D7

v. 2

156747

AUTOR

DRIOUX, Claude Joseph, 1820

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS



AD AUTÓNOMA DE NUE
ÓN GENERAL DE BIBLIOT